

Selección RNR

MARION S. LEE

Hasta
que tú
llegaste



Romance Actual

Hasta que tú llegaste

Marion S. Lee



1.ª edición: junio, 2017

© 2017 by Marion S. Lee

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-918-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi marido, Javier, por su comprensión y su apoyo constante. No puede haber un compañero mejor. Esto también es tuyo.

A mis amigas Isa y María Eugenia, que con sus consejos, su paciencia y su ayuda incansable han hecho posible que esta historia haya tomado forma. No hay palabras suficientes para agradecerlos todo lo que habéis hecho por mí. Os quiero, señoras mías.

Y para Silvia, por regalarme la memoria de su amado Pepper. Querida, mil gracias por ello. Espero haber podido reflejar aunque sea solo una parte de lo especial que era.

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Nota de la autora

Promoción

CAPÍTULO 1

La tarde había comenzado a caer aquel día de finales de junio, augurando una plácida y encantadora noche. Las escasas nubes que adornaban el cielo parecían pintadas por la mano de un niño travieso, iluminadas por la luz anaranjada del tardío sol.

Frank dejó la pesada caja que llevaba entre las manos sobre la mesa que había improvisado esa misma tarde con una tabla y un par de caballetes, y se apoyó contra el muro de la azotea. Despacio, levantó la cara hacia el cielo, cerró los ojos y dejó que la brisa le acariciara el rostro recién afeitado. El aire traía el olor del salitre del mar mezclado con el aroma de la última remesa de pan que horneaban en la panadería que había en la esquina de aquella misma calle. Las gaviotas, aun estando algo lejos de la línea de costa, se aventuraban a buscar algo que comer. Abrió los ojos y vio a uno de los pájaros pasar a unos metros sobre su cabeza, como si supiera que, en unas horas, allí iba a poder encontrar algo que rapiñar.

Bajó la caja de la mesa y la dejó a un lado, cerrada. No quería encontrarse sus hamburguesas y su bacón picoteados por esas aves. Echó una nueva mirada al cielo, asegurándose de que se habían marchado, y salió de la azotea para volver unos minutos más tarde, cargado de nuevo pero esta vez con un montón de latas de cerveza frías, que se apresuró a meter en un bidón con hielo que había dejado preparado. Volvió a su apartamento para regresar con una nueva caja –que contenía el pan para las hamburguesas, dos grandes bolsas de patatas fritas, un montón de paquetes de salchichas y mazorcas de maíz dulce–, que dejó junto a la otra caja, en la mesa. Echó un vistazo a lo que había ido apilando y sonrió satisfecho; tenía casi todo preparado, a la espera de que sus vecinos comenzaran a llegar.

Organizar una barbacoa justo cuando entraba el verano se había convertido en tradición desde hacía unos pocos años. El último sábado del mes de junio

invitaba a todos sus inquilinos a una barbacoa en la azotea del edificio. Nada ostentoso: cervezas, hamburguesas y patatas fritas. Pero la gente se lo pasaba bien, charlando y riendo, y él tenía la oportunidad de confraternizar con ellos fuera de su papel como casero y dueño de aquella finca.

Cuando había comprado el edificio cinco años atrás, su matrimonio aún funcionaba. O él pensaba que funcionaba. Creyó que iba a ser un proyecto común; un proyecto que los uniría como pareja y que les haría ver la vida desde otra perspectiva. «Y lo hizo. Vaya si lo hizo», pensó con cierta tristeza, recordando que la perspectiva se convirtió en un divorcio que llegó un par de meses después de que el edificio se terminara de remozar y acondicionar. Pensar en su fallido matrimonio siempre lo entristecía porque había puesto muchas ilusiones en él, y aun así habían fracasado. Metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada hacia el suelo. Sentía que su buen ánimo se estaba viniendo abajo cuando una voz, potente y profunda, lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Hey, señor B! ¿Podría ayudarme con todo esto?

Frank giró la cabeza con rapidez hacia la puerta de entrada a la azotea. Cruzando por ella, cargado con dos sillas grandes de jardín y una bolsa de plástico que colgaba de su antebrazo, estaba Bernie, el inquilino del 2A.

Bernie era un veterano de guerra, viudo y dicharachero, con un corpachón que ocupaba todo el umbral de la puerta y una sonrisa bonachona y afectuosa que podía eclipsar a su enorme vientre. Ya hiciera frío o calor, lloviera o luciera un sol espléndido, fuera de día o de noche, la cabeza de Bernie siempre estaba cubierta por una gorra, seguramente para ocultar que su pelo había comenzado a escasear. Tenía unos ojillos vivarachos tras unas gafas de montura metálica que habían pasado de moda hacía ya algunos años, y una ligera inclinación a meterse en la vida de los demás, pero Frank sabía que lo hacía sin maldad alguna. Sonriendo, se apresuró en dirección hacia él para ayudarlo con su carga.

—Te dije que me avisaras cuando fueras a subir las cosas —le dijo, tomando una de las pesadas sillas de plástico y la bolsa que portaba.

En cuanto tuvo desocupado el brazo, Bernie hizo un ademán con la mano y torció el gesto.

—Tonterías. ¿Acaso pensabas que no iba a poder con dos simples sillas, muchacho? —le preguntó mientras intentaba recuperar el aliento—. No conoces al viejo Bernie, no señor.

Frank ahogó una sonrisa e instaló la silla al otro lado de la azotea, junto a las mesas improvisadas. Bernie era de ese tipo de hombre cabezota que se negaban a admitir que cumplían años, aunque su cuerpo se empeñara en recordárselo a base de padecer insomnio o artritis en las rodillas. Era una buena persona, y a Frank le gustaba considerarlo su amigo antes que su inquilino y vecino.

Con paso decidido, el hombre fue hasta donde Frank había dejado la silla, colocó a su lado la otra que él aún llevaba y la abrió con un enérgico gesto. Una vez hubo terminado, miró a su alrededor y sonrió satisfecho.

—Veo que lo tienes todo casi listo, señor B —dijo mientras señalaba con su barbilla en dirección a la barbacoa.

Frank alzó una ceja. Apoyó la cadera contra la mesa y cruzó los brazos delante de su pecho.

—¿Desde cuándo nos conocemos, Bernie?

El hombre levantó la visera de la gorra para recolocarse las gafas sobre el puente de su nariz.

—Desde que compraste el edificio. Yo venía con él. ¡Ah! Y la señora Lileh. Ella también estaba aquí. Sí, desde entonces nos conocemos.

Con un enérgico cabeceo, Frank asintió.

—¿Y por qué sigues llamándome señor?

Bernie miró hacia un lado y hacia otro hasta que sus ojillos se posaron en Frank.

—Eres mi casero —le respondió el hombre a renglón seguido.

Frank se encogió de hombros.

—¿Y qué?

Bernie dejó caer su corpachón en uno de los sillones y alzó la mirada.

—Sé que tienes edad para ser mi hijo. Pero da la casualidad de que no lo eres: eres mi casero. Hay cosas que son difíciles de olvidar para un viejo militar como yo, muchacho.

Dirigiéndose despacio hacia el murete de la azotea, Frank se apoyó en él y metió ambas manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

—Supongo que debe de ser difícil, sí. —Asintió con convicción. Se pasó una mano por el corto flequillo castaño, despeinándolo más aún de lo que ya lo estaba—. Bien, podemos hacer una cosa, Bernie: puedes seguir llamándome *señor B* delante de los demás pero, a cambio, me llamarás Frank cuando estemos tú y yo a solas. ¿Trato hecho? —Y le tendió la mano.

Bernie miró la mano desplegada ante él durante unos segundos. Unos instantes después la aceptó con una amplia sonrisa en su rostro.

—De acuerdo. Frank.

Con una palmada y una enorme sonrisa iluminando su rostro, Frank tomó la caja que contenía las hamburguesas y la puso en la mesa que le serviría de encimera.

—¿Por qué haces esto? —oyó decir a Bernie a su espalda. La pregunta lo tomó por sorpresa. Se giró un poco para mirarlo por encima de su hombro.

—¿El qué?

El hombre señaló todo el despliegue de mesas y comida que había a su alrededor.

—Esto de las barbacoas con los vecinos. No tienes por qué hacerlo.

Frank se giró mientras se limpiaba las manos con un paño de cocina que había llevado junto con todo lo demás que iba a necesitar.

—Me gusta. Me siento bien.

Bernie desvió la mirada hacia sus pies, sonrió y levantó despacio la cabeza.

—Déjame decirte que fuiste un gran cambio. Con el dueño anterior, esto estaba hecho un desastre y apenas se podía vivir aquí. Ahora las cañerías

funcionan como tienen que funcionar, y la calefacción caliente, no echa aire frío. Fue una suerte que compraras este edificio. Una suerte para nosotros, se entiende.

Sin saber bien por qué, Frank notó que un ligero calor había comenzado a cubrir sus orejas. Recordaba cómo había encontrado el edificio cuando estaba todavía estudiando la posibilidad de comprarlo. Se acordaba de los desconchones en las paredes, los cuadros eléctricos obsoletos y con los cables pelados, la sala de la caldera hecha un desastre, amén de la capa de pintura que faltaba por cualquier lado que mirase, y todo ello debido a la mala gestión del dueño, que no quería gastarse ni un solo centavo en adecentarlo y mantenerlo si no ya en óptimo estado, sí en condiciones habitables. Era evidente que, como inversión, hubiera podido ser una ruina. Solo tenía arrendados dos de los diez apartamentos de los que constaba el edificio y, sin lugar a dudas, aquellos ingresos eran insuficientes para mantenerlo. Aún después de todo el tiempo que había transcurrido, seguía sin comprender qué lo había llevado a hacerle una oferta al dueño del inmueble en aquel momento, pero ahora, tras todos esos años, se alegraba de haberlo hecho. Le sonrió a Bernie y dejó el paño junto a la caja.

—Se entiende. Me alegra que os sintáis bien.

Bernie se arrellanó en el asiento, estiró las piernas y colocó ambas manos unidas sobre su abultado vientre.

—¿Y qué hay de ti?

Frank se encogió de hombros sin saber bien a qué se refería esa pregunta.

—¿Qué pasa conmigo?

El rostro de Bernie se iluminó con una sonrisa que traspasó hasta sus ojos.

—¿No hay ninguna mujer en tu vida? ¿Cuánto hace que te separaste? ¿Dos, tres años?

—Casi cinco —le respondió mientras bajaba la cabeza. Bernie era un buen tipo, eso era cierto, pero Frank no llevaba demasiado bien que quisieran meterse en su vida y en sus asuntos. Y para Bernie aquello era como una afición.

El hombre se inclinó hacia adelante.

—Y después de todo ese tiempo, ¿todavía no le has echado el ojo a nadie? —le preguntó. Señalándolo con un dedo admonitorio, la sonrisa de Bernie desapareció de su rostro—. Eso no está bien, Frank. Eres un tipo guapo y seguro que hay por ahí alguna mujer que está deseando pasar un buen rato contigo. Un hombre necesita echar un polvo de vez en cuando.

Frank respiró profundamente y se rascó una oreja de manera nerviosa mientras sus labios se contraían con una mueca de fingido desagrado.

—No pienso hablar de mi vida sentimental ni de mi vida sexual contigo, Bernie —dijo fijando la mirada en su vecino. El hombre no lo hacía con ninguna maldad, de eso estaba completamente convencido, así que se resignó a contestarle—. Mira, voy a cumplir treinta y nueve años dentro de unos meses, ya no tengo edad para ir enredándome con líos de una noche. Y tampoco tengo ganas de hacerlo.

Encogiéndose de hombros, Bernie volvió a arrellanarse en su sillón.

—Eres un buen tipo. Además, un casero feliz no da problemas.

Tuvo que ahogar la carcajada que se le había formado en la garganta. Miró a Bernie de soslayo y se incorporó.

—¿Acaso yo os he dado problemas?

—No, la verdad es que no. Llámalo chismorreos de viejo si quieres, muchacho. Estaría bien que nos dieras un poco de qué hablar. Ya me entiendes —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

—Chismorreos de viejo. Por supuesto —masculló Frank y giró la cabeza hacia su derecha para mirar más allá del pretil de la azotea.

El color del cielo era espectacular; iba desde un suave azul hasta un intenso rojo por donde el sol se estaba ocultando, pasando por una hermosa gama de anaranjados y violetas. Tomó aire y lo dejó escapar con lentitud mientras su mente se dedicaba a no pensar en nada más que en el momento.

—Echo de menos a mi Dottie —oyó decir a Bernie unos momentos después. Frank volvió a mirarlo. El hombre tenía la mirada perdida en el

rincón opuesto de la azotea—. Ya hace diez años que se fue. Tú no la conociste, pero era una mujer increíble. Se fue de pronto. Eso sí, déjame decirte que, hasta el último día, fue una mujer feliz. —Y volvió a guiñarle un ojo de manera cómplice.

En esa ocasión Frank no pudo contenerse y terminó riéndose con ganas.

—Eres incorregible, Bernie.

Con una sonora palmada, el hombre se puso en pie y, pasando a su lado, se encaminó hacia donde él había dejado enfriándose las cervezas.

—Venga, bebámonos una antes de que lleguen los demás —dijo a la vez que sacaba un par de latas y le tendía una.

Tomándola, Frank la dejó sin abrir junto a la caja de las hamburguesas.

—Aún tengo que sacar los refrescos de la nevera. Para los niños.

Bernie abrió la lata y dio un gran trago antes de contestarle.

—Si Charlotte ve una cerveza cerca de sus hijos, puede cortarnos las pelotas, eso tenlo por seguro.

—Es comprensible —añadió Frank alejándose en dirección a la puerta de la azotea. Antes de salir, se detuvo bajo el vano y miró al hombre—. No quiere saber nada de algo que contenga ni siquiera un poco de alcohol. Y como aún le tengo aprecio a mis pelotas, tengo los refrescos preparados.

Frank regresó justo a tiempo para ver llegar a Charlotte con sus tres hijos. La mujer, que vivía en el 1B, se estaba encargando ella sola de criarlos. Tim, un adolescente de quince años que jamás olvidaba su gorra y que lucía una expresión en el rostro de permanente aburrimento. Su otro hijo, Charlie, acababa de cumplir los diez y era un puro nervio. Apenas cruzó el umbral de la puerta de la azotea, ya estaba encaramado en una de las sillas, riendo con entusiasmo. Amanda era la menor, una niña encantadora de cinco años, con enormes ojos marrones, pelo negro profusamente rizado, heredado de su padre y que su madre peinaba con dos coletas que parecían dos pompones adosados a su cabeza. En cuanto lo vio corrió hacia él con una radiante sonrisa dibujada en su infantil rostro.

—¡Señor B! —exclamó mientras sus bracitos se abrazaban a sus piernas con efusividad.

Frank miró por el rabillo del ojo para ver cómo Bernie estallaba a su lado en una estruendosa carcajada que lo hizo echarse hacia atrás mientras se sujetaba su abultado estómago. Apoyó con delicadeza sus manos sobre los pequeños hombros de la niña.

—*¿Et tu, Brute?* —dijo con una sonrisa en sus labios.

La pequeña se separó de él un par de pasos, con una ceja enarcada y una expresión reprobatoria.

—No se dicen palabrotas —le advirtió con condescendencia, elevando un poco el tono de voz mientras agitaba un dedo frente a ella—. Mamá dice que, cuando decimos palabras feas, los angelitos lloran.

Frank tuvo que hacer un esfuerzo para no ser él quien, en aquella ocasión, terminara estallando de la risa y no ofender así a la niña. Levantó la mirada para ver a Bernie que los observaba a su vez, encantado, mostrándole una enorme sonrisa. Volvió a bajar la vista hacia la pequeña, se agachó delante de ella y la agarró con delicadeza por ambos brazos.

—Yo no... —comenzó a decir para intentar justificarse ante los ojos de Amanda. Antes de continuar, asintió con convicción—. Lo siento, no volveré a decir ninguna palabra fea.

Amanda levantó la naricilla, sonrió y asintió, todo a la vez, para correr en dirección a su madre, que estaba riñendo al inquieto Charlie.

Bernie y Frank observaron a la niña mientras se marchaba.

—¿Cómo pudo el cabrón de Johnny largarse y dejarla con esos tres niños? —preguntó Bernie, más para sí mismo que para que Frank le contestara.

En realidad, Frank no tenía la respuesta a esa pregunta. Solo sabía que Charlotte estaba mucho mejor sin aquel borracho marido suyo, que los había llevado por la calle de la amargura con sus copas de más y su mano suelta.

Antes de que pudiese volver a hablar, la vecina del 2B, la señora Lileh, apareció por la puerta con su amado gato entre sus brazos. La mujer había

cumplido ya los ochenta años, era arisca y poco propensa a intercambiar un simple saludo, pero se llevaba bien con Frank. Los niños, al verla aparecer con el animal, corrieron hacia ella para acariciar al sufrido gato, que metió la cabeza bajo la axila de su dueña. Charlotte fue con paso calmado tras ellos para saludar a su vecina.

Los vecinos del 3A fueron los siguientes en aparecer. Henry y su hijo, Henry Junior, al que todos llamaban Hank llegaron saludando con afectuosidad a cuantos ya estaban allí congregados. Henry era un hombre que había rebasado la cincuentena y que se había hecho cargo de la custodia de su hijo cuando se separó de su mujer. Hank, un muchacho extrovertido y brillante en los estudios, se dirigió de inmediato hacia el joven Tim, al que saludó de manera efusiva.

Frank se encaminó hacia la mesa en donde tenía todo preparado para comenzar a asar las hamburguesas. Bernie lo siguió, con la cerveza aún a medio beber.

—Faltan Lucas y Gabriella, del 3B —le dijo con cierto tono burlón antes de dar un trago a su bebida—. Pero dudo que vengan.

Abriendo la parrilla, Frank asintió y miró de reojo a su amigo.

—Están recién casados, Bernie. Es comprensible que, ahora mismo, les estorbe todo el mundo.

Bernie le ofreció una sonrisa antes de apurar lo que le quedaba de cerveza.

—¿Y qué hay de los Vargas? ¿Sabes algo de ellos? —preguntó Frank justo cuando iba a poner la carne en la plancha, que aún se estaba calentando.

—Han ido a San Antonio. Su hija se gradúa y quieren estar allí con ella. ¡Ah, sí! Abe y Miranda están con el pequeño Nicky en un evento familiar, no sé cuál, así que no vendrán. Tampoco pregunté cuál evento era, ojo, que no quiero que me tachen de viejo chismoso. Sobre todo cuando eso está tan lejos de la realidad —respondió el hombre mientras dejaba la lata de cerveza a un lado y alcanzaba una llena, a la que dio un gran trago.

Frank lo miró de soslayo y la comisura de sus labios se alzó de manera casi involuntaria al oírlo.

—Tan lejos de la realidad. Claro que sí, Bernie.

Sintiéndose de un humor excelente, Frank se giró hacia sus vecinos.

—Muy bien, ¿quién quiere una hamburguesa?

La noche había caído y estaba espléndida. Frank había colocado varias lámparas portátiles en la azotea para tener más luz y así pudieran charlar hasta la hora que les apeteciera.

Los recién casados, Lucas y Gabriella, habían aparecido cuando las primeras hamburguesas acababan de salir de la barbacoa. La joven se aproximó a Charlotte con una sonrisa y Lucas, su marido, hizo lo propio, acercándose a Henry y a Bernie.

Los niños se habían sentado en un rincón. Los dos pequeños jugueteaban con el gato de la señora Lileh, que aguantaba estoico las carantoñas que le prodigaban. Los dos adolescentes estaban sentados juntos, con las cabezas pegadas y la mirada fija en la pantalla de un teléfono que Tim sostenía frente a ambos.

La comida había ido desapareciendo poco a poco, así como la bebida. El ambiente era distendido y relajado, y las risas llenaban el lugar. Frank se separó de sus vecinos y los observó con disimulo. Hacía cinco años que esas personas habían llegado a su vida pero, para él, era como si siempre hubiesen estado allí. Eran lo más parecido que tenía en aquella ciudad a una familia.

Ya rondaban casi las dos de la mañana cuando Charlotte se marchó de regreso a su casa. La pequeña Amanda se había quedado dormida entre sus brazos y su cabecita descansaba sobre el hombro de su madre. Frank se ofreció a ayudarla, pero la mujer declinó su ofrecimiento con una sonrisa educada. Charlie y Tim se despidieron también de él y abandonaron la azotea tras los pasos de su madre. La señora Lileh fue la siguiente, argumentando que hacía tiempo que debía estar en la cama y que ella no solía estar despierta a esa hora. Frank la despidió con una sonrisa y un *buenas noches* que quedó en

el aire.

Nadie se había dado cuenta de que los recién casados, Lucas y Gabriella, habían desaparecido, seguramente bastante tiempo atrás. Una sonrisa perenne se resistía a abandonar el rostro afable de Bernie, que estaba sentado en su silla con la enésima cerveza en sus manos. Henry y su hijo Hank aguardaron unos pocos minutos más antes de despedirse, dejando a Frank a solas con Bernie.

—Bueno, creo que es hora de recoger todo eso —dijo Frank mientras se levantaba de su asiento. Bernie se puso en pie a su vez.

—Déjame que te ayude.

Con soltura, Frank se giró hacia el hombre.

—No, vete a casa ya. Es muy tarde.

Bernie miró al hombre, levantando la visera de su sempiterna gorra.

—¿Estás seguro? No me importa quedarme un poco más.

Frank hizo un gesto con la mano.

—Estoy seguro. Vete y descansa.

Con paso cansado, Bernie se encaminó hacia la puerta de la azotea.

—Está bien. Porque aún tengo que tomarme mi pastilla para dormir y tarda un rato en hacerme efecto. Si no fuera así, me quedaba para ayudarte a recoger.

—¿Aún estás con esas pastillas? —le preguntó Frank dejando junto a la parrilla los platos que había recogido de la mesa que les había servido para cenar y los vasos de plástico que había ido recogiendo a su paso.

Bernie asintió con pesar.

—Y ya no creo que el médico me las vaya a retirar, muchacho. Sin ellas no puedo pegar ojo —le confesó con cierto pesar en sus palabras—. Menos mal que surten efecto. Me las tomo y, a la media hora, caigo en coma hasta el otro día. Bien, buenas noches, señor B.

Frank sonrió una vez más ante la despedida del hombre.

—Buenas noches, Bernie.

De repente, la azotea estuvo desierta, aunque todavía se podían apreciar los

vestigios de la velada que todos habían compartido. Frank se agachó a recoger un par de vasos del suelo y los dejó sobre la mesa, junto a la barbacoa. Cuando compró el edificio jamás hubiese pensado que aquella gente iba a significar para él tanto como significaban ahora. Todos ellos. Sintiendo que estaba viviendo la vida que le apetecía y quería vivir, Frank alzó la vista hacia la noche y sonrió.

Media hora después, Frank tenía la azotea completamente recogida, como si allí no se hubiese congregado un montón de gente que habían estado bebiendo y comiendo. Puso los platos de plástico sucios, así como los vasos, los cubiertos desechables y las latas de bebidas en una bolsa y lo separó de la basura orgánica, que metió en una bolsa algo más pequeña. Echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no quedaba nada. No quería encontrarse a la mañana siguiente a las gaviotas dándose un festín con algo que hubiese olvidado. Satisfecho cerró la puerta y, con las bolsas de basura en la mano, bajó las escaleras.

En la calle la temperatura se notaba algo más alta que en la azotea, donde la brisa corría más libremente. Allí abajo, la humedad y el calor que desprendía el pavimento, recalentado de todo el día, hacían que un ligero hedor se notara en el ambiente. La mezcla de alquitrán y suciedad hizo que Frank arrugara la nariz con un gesto de desagrado. Aligerando el paso giró en la esquina del edificio con una bolsa en cada mano, para encaminarse hacia el callejón en donde estaban los contenedores de basura. Antes de alzar la primera bolsa para introducirla en el contenedor de reciclaje, Frank oyó algo a su espalda, como si fuera un ruido de pequeñas uñas contra el pavimento.

Con cautela, en parte para no asustar a lo que fuera que lo estaba observando y en parte para ser precavido, se giró para encontrarse frente a frente con un perro que lo miraba con aire interesado, la cabeza ladeada y las orejas levantadas.

Frank se movió con lentitud, dejando la bolsa más pesada, la que contenía los desechos de plástico, en el suelo. Lo miró y sonrió.

—¿Qué tal, colega? ¿Dando un paseo?

El animal movió la cabeza hacia un lado y hacia otro sin dejar de mirarlo y, un segundo después, se sentó barriendo con su cola el suelo que había tras él. Frank lo observó por unos momentos. Era un bonito perro, de tamaño mediano y un pelaje claro. Se dio cuenta de que tenía un fino collar de cuero rojo al cuello, así que no podía tratarse de uno callejero. «Se debe de haber escapado y alguien lo estará buscando», pensó sin desviar los ojos de él. Su mirada era inteligente y aguda, como si quisiese comunicarse con él a través de ella. El chuchó abrió desmesuradamente la boca y se relamió los labios. Frank sonrió y levantó la bolsa que aún mantenía en la mano, la que contenía los desechos de la barbacoa.

—Tienes hambre, ¿eh? Te ha llegado el olor de la carne, ¿a que sí?

Como si lo hubiese comprendido a la perfección, el animal ladró. Sonriendo, Frank abrió la que tenía los restos de comida.

Con las orejas levantadas y la nariz apuntando hacia él, el perro olisqueó el aire, con toda su atención puesta en sus manos y la bolsa que él manipulaba. Despacio, Frank sacó un trozo de hamburguesa que se le había chamuscado en la plancha.

—No creo que te importe que esté muy hecha. —Y se la tendió. El animal estiró el hocico y, con cuidado, tomó de su mano el trozo de carne, que desapareció de inmediato en su boca con un exagerado ruido al masticar.

Frank lo observó por unos instantes, sonriendo. No, no parecía importarle que la carne estuviera algo pasada. El perro dio buena cuenta de la hamburguesa y se relamió feliz cuando se la tragó.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado? —preguntó, obteniendo como respuesta un inmediato bufido que se asemejó a una aprobación. Frank asintió, complacido —. Ya veo que sí. ¿Quieres otra?

Un nuevo ladrido lo hizo volver a sonreír.

—Está bien. Es mejor que te lo comas tú a que termine en la basura, ¿no estás de acuerdo? —Y sacó otro trozo de carne.

El perro se apresuró a llegar a sus pies, lo que le permitió verlo con más

detalle. La luz de la farola lo iluminaba de pleno. No podía ser un chucho callejero porque estaba demasiado limpio para estar viviendo en la calle, y tampoco estaba escuálido. O, tal vez, se las arreglaba bien para obtener comida. Sí, eso sí que lo creía posible, pues se las había apañado a la perfección aquella noche para terminar dándose un festín con los restos de su barbacoa. Sacó un nuevo trozo de carne y se lo tendió al animal, que lo tomó de su mano con cuidado y lo masticó con fruición. Antes de que volviese a pedirle algo más, sacó un par de lonchas de bacón que le habían quedado demasiado crujientes y que nadie había querido. Al perro no pareció importarle y desaparecieron en cuanto Frank se las acercó al hocico.

Lo observó comer, allí frente a él, con tanta ansia que Frank no podía quitar los ojos del animal. Despacio, sin desear que se asustara, Frank tendió la mano y le acarició la cabeza.

—Eres un buen perro, ¿a que sí? —le dijo en voz baja. El perro volvió a sentarse sobre sus cuartos traseros y alzó una pata a modo de saludo. Sin pensárselo dos veces, Frank se acuclilló frente a él y tomó su pata.

—Encantado de conocerte. Soy Frank. ¿Y tú eres...?

El perro volvió a ladrar.

Los ojos de Frank se fijaron en el collar que tenía puesto. Le acarició el cuello y rebuscó alguna placa identificativa que le dijera a quién pertenecía ese simpático y sociable animal, pero no pudo encontrar ninguna.

—Vaya, no hay nombre, ni ninguna dirección. ¿Te has perdido?

El perro olisqueó la bolsa de donde Frank había sacado la carne.

—¿Quieres más? Espera un momento. —Metió de nuevo la mano para sacar más desperdicios de la cena, que el perro hizo desaparecer con rapidez. Frank volvió a acariciarle la cabeza y el animal no se inmutó con su contacto. El pelaje, que era suave y largo, le crecía un poco más bajo el cuello y sobre su cabeza y le escondía así en parte el nacimiento las orejas. Tenía unos enormes ojos castaños que parecían sinceros y amistosos, enmarcados por unas espesas pestañas y un hocico no demasiado prominente.

Después de unos minutos, Frank cerró la bolsa y se puso en pie.

—Bueno, creo que te has terminado toda la carne que había sobrado.

El perro lo miraba con interés, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si comprendiera lo que le estaba contando. Frank separó los brazos del cuerpo y se encogió de hombros.

—No queda nada más, muchacho.

El perro miró hacia su derecha y abrió la boca, cerrándola de inmediato, como si se le hubiera escapado un bostezo. Sin aguardar un segundo, dio media vuelta y se alejó con paso ágil, haciendo que sus uñas repiquetearan en el suelo.

Lo observó marcharse. Hizo una mueca con los labios y alzó una mano, a modo de despedida.

—Vale, de nada.

El perro pareció no oírlo y siguió su camino hasta perderse por la esquina del callejón.

La sonrisa que se había instalado en su rostro desde que apareció al animal se estaba resistiendo a abandonarlo. Arrugó la bolsa ya casi vacía de los desperdicios de comida y la arrojó al contenedor. Después, hizo lo mismo con la otra en el depósito correspondiente. Cuando salió a la calle principal miró a uno y otro lado, por si el animal aún rondaba por los alrededores, pero no logró atisbarlo por ningún sitio. Miró el reloj. Eran más de las tres de la mañana del domingo y dio gracias al cielo por no tener que levantarse temprano al día siguiente.

CAPÍTULO 2

El despertador tuvo que sonar varias veces antes de que Aliena se decidiera a levantar la cabeza de la almohada.

A tientas tomó el móvil, que solía dejar sobre la mesilla de noche, y lo miró alzando un único párpado. Eran casi las ocho de la mañana, las ocho de la mañana de un domingo en el que ella podría seguir durmiendo felizmente.

En días como ese, ella no solía ir a la clínica salvo que tuviera alguna urgencia. Para su pesar, ese era el caso. Con desgana, bajó los pies de su confortable colchón y los puso en el suelo. Le era difícil mantener los ojos abiertos y se tambaleó a un lado y a otro hasta que fue capaz de mantenerse sentada al borde de la cama.

—Venga, Ali, tienes que ver cómo está tu paciente —se dijo para infundirse ánimos, sintiendo la boca pastosa.

Se retiró unos mechones de largo pelo rojizo del rostro y entornó un ojo. Por el hueco de la puerta de su habitación vio aparecer a su gata, un magnífico animal de brillantes ojos azules y con un lustroso pelaje completamente negro, que caminaba con sigilo y elegancia con la cola en alto. Llegó hasta ella y se frotó contra sus tobillos mientras ronroneaba.

Ali se inclinó para tomarla en brazos y la gata se enroscó con rapidez entre ellos mientras cerraba los ojos con aparente deleite.

—Buenos días, Bluebell. Veo que tú has dormido bien. O al menos lo suficiente. Yo estoy muerta —le dijo al tiempo que se acercaba hasta ella y le daba un beso entre las orejas. Levantó al animal en peso hasta tener el morro a pocos centímetros de su nariz y compuso una mueca forzada—. Tengo que ir a la clínica hoy.

Blue volvió a maullar mientras levantaba una pata que rozó la mejilla de Ali. Ella asintió con pesadez.

—Sí, en efecto, en domingo. Genial, ¿no es cierto?

La tarde anterior, cuando estaba a punto de marcharse de la clínica veterinaria en donde trabajaba, unos niños acompañados de su asustada madre habían llegado con un gatito en brazos. El pequeño animal, de pelaje gris atigrado y ojos de un azul clarísimo, se retorció de dolor y maullaba sin cesar. Después de descartar algunas hipótesis sobre qué podía tener, llegó a la conclusión de que era una obstrucción estomacal y que requería una cirugía de urgencia. Solo cuando el animalito hubo salido del postoperatorio, y tras asegurarse de que se encontraba bien y hablar con la familia del pequeño felino, Aliena pudo dejar la clínica. Para entonces ya era de madrugada. Tal había sido su cansancio que, con dificultad, se había arrastrado hasta el dormitorio y se había quedado dormida tan pronto estuvo en posición horizontal.

Como si hubiera recordado algo en aquel preciso instante, Bluebell saltó de sus brazos hacia el suelo y salió de la habitación tan altanera como había llegado. Ali resopló mientras dejaba caer con pesadez las manos sobre su regazo para pasárselas a continuación por el rostro, intentando así alejar la modorra que se resistía a abandonarla. Probando sus piernas, se levantó y con paso vacilante se dirigió hacia el baño.

Un rato después, recién duchada y algo más espabilada, Ali se vistió con lo primero que pilló en su armario, que resultaron ser unos pantalones de lino, frescos y holgados, y una camiseta de manga corta. Volvió a mirar el reloj: eran más de las ocho y media y ella ya estaba lista para encaminarse hacia la clínica. Pero antes de encerrarse allí pasaría por la cafetería que había a pocas manzanas. Necesitaba café en abundancia y no tenía tiempo para entretenerse en prepararlo ella misma. Así que, cogiendo el vaso termo que Sean y Jimmy le habían traído de Disneyworld, lo metió en su bolso y abandonó su apartamento.

Apenas abrió la puerta de la cafetería, el aroma del café y de los dulces recién hechos le asaltó el olfato. Cerró los ojos y sonrió con satisfacción. Necesitaba cafeína cuanto antes. El local estaba vacío, dada la temprana hora

y el hecho de que era domingo. Otro día cualquiera, el establecimiento estaría ya a rebosar, lleno de clientes en busca de un rico café para llevarse a sus trabajos, pero en días como ese la clientela era más remolona y tardía. No es que ella lo hubiera deducido por sí sola, no; se lo había contado un día la dueña mientras charlaba con ella. Se acercó hasta la barra y se sentó en uno de los altos taburetes, dejando que sus piernas colgaran por un lado.

Hacía no más de ocho meses que la cafetería había abierto al público y ella ya se consideraba una cliente fiel. La dueña era una mujer que rondaría los treinta y cinco años, algunos más que ella. Tenía una larga cabellera rubia, unos ojos claros que miraban con franqueza y una sonrisa perenne en su rostro. Era simpática y eso, junto con sus exquisitas tartas y su café, le habían granjeado a su tienda un nombre en el vecindario con rapidez.

Aliena sacó el teléfono del bolsillo y arrugó la nariz con cierto disgusto. Faltaban cinco minutos para las nueve y a esa hora ella ya quería estar en el trabajo. Jimmy, uno de sus mejores amigos y el enfermero de la clínica, había estado toda la noche de guardia con su paciente y esa era la hora a la que ella debía relevarlo. Después, por la tarde, la reemplazaría Sean, el otro veterinario y su otro mejor amigo.

Sacó el termo de su bolso y lo puso sobre el mostrador. El pelo insistía en salirse de la coleta en la que se lo había recogido apresuradamente. Estaba intentando recomponer en vano su peinado cuando en ese momento Laurie, la dueña, salió de la cocina con una humeante tarta que desprendía un exquisito olor en sus manos.

—¡Ali! No te he escuchado entrar —le dijo mientras se dirigía hacia ella al otro lado del mostrador. Colocó la tarta en el expositor de cristal que había sobre la encimera y cerró la pequeña puerta corredera.

—Buenos días, Laurie —la saludó Aliena ahogando un bostezo.

La mujer la miró con una media sonrisa en su rostro. Se acodó en el mostrador para quedar a pocos centímetros de ella.

—¿Has tenido mala noche? ¿O muy buena?

Aliena levantó la mirada, entornando los ojos.

—Anoche me acosté tarde. Tuve un paciente a última hora y la cosa se complicó un poco.

Laurie se incorporó.

—¡Ah, ha sido por trabajo!

Aliena envaró la espalda para mirar a la mujer de frente.

—¿Y qué pretendías que fuera? —le respondió encogiendo los párpados para mirarla—. Claro que fue trabajo.

El rostro de Laurie se iluminó con una sonrisa.

—No sé. Tal vez un hombre que te hubiese...

Como si le hubiesen restado toda la fuerza de sus brazos, Aliena se desplomó sobre el mostrador con teatralidad.

—¡Venga ya, Laurie! No hay ningún hombre. Un gato, fue un gato y una enorme bola de pelo en su estómago.

Visiblemente decepcionada, Laurie dejó de sonreír y compuso una mueca compungida.

—Pues lo siento mucho. Habría estado bien que hubiese sido un hombre el que te quitara el sueño, ¿no crees?—. Y tomó el termo para llenarlo con el café que humeaba tras ella en la cafetera.

Aliena la observó mientras lo hacía. No, no habría estado mal que hubiese sido un hombre, para variar, quien le quitara el sueño la noche anterior. Pero no había sido así, y era de tontos lamentarse por algo que ni siquiera había pasado por su cabeza. El causante fue su trabajo, al que adoraba, aunque en momentos como ese, no le parecía tan maravilloso.

Centró su mirada en Laurie, en cómo vertía con cuidado y con mimo el brebaje caliente para que nada se derramara. Cuando terminó, cerró la tapa con fuerza y colocó el termo delante de ella.

—¿Quieres un trozo de tarta también? Acabo de sacarla del horno.

Los ojos de Aliena regresaron hacia la vitrina. La tarta tenía un aspecto delicioso. Un rugido de su estómago le recordó que no había cenado la noche anterior. Sin pensárselo dos veces asintió con resolución.

—Por favor.

Sonriente, Laurie colocó un gran trozo en una pequeña caja de cartón cuadrada, lista para llevar. Aliena le dejó el dinero sobre el mostrador y, con una mueca de agradecimiento, tomó su termo y el dulce empaquetado.

—Nos vemos otro día, Laurie.

La mujer la despidió con la mano.

—Que te vaya bien.

Antes de que pudiese salir por la puerta, la voz de Laurie la detuvo.

—¡Ali! Espera un momento.

Sin saber bien a qué venía aquel requerimiento, Ali regresó sobre sus pasos.

—¿Qué ocurre?

Inclinándose sobre el mostrador, y apoyándose en ambas manos, Laurie se acercó a ella, bajando el tono de voz, como si alguien pudiese escucharla.

—Tú eres rusa, ¿verdad?

Ali torció el gesto y se encogió de hombros.

—En realidad, el ruso era mi abuelo. Yo nací aquí.

Laurie la miró con ojos esperanzados.

—¿Pero sabes ruso? Quiero decir, ¿puedes leerlo o algo así?

Con una sonrisa, Ali asintió.

—Sí que puedo, y hablarlo, aunque lo tengo algo oxidado. Mi abuelo se encargó de que supiera el idioma de su madre patria —respondió con rotundidad.

El rostro de Laurie se iluminó de inmediato.

—Entonces tal vez seas capaz de traducirme esto —le dijo al tiempo que se giraba sobre sus talones y alcanzaba una postal que estaba colocada junto a la máquina del café—. Sé que con todo esto de internet y la mensajería instantánea y Skype, las postales están un poco anticuadas, pero Nick sabe cuánto me gusta recibirlas —le comentó mientras se la tendía.

Ali la tomó y observó la imagen de la postal antes de leerla. La fotografía

era una panorámica del Kremlin y la Plaza Roja. Ella no había estado nunca en la tierra natal de sus abuelos, pero verla le arrancó una sonrisa y le hizo recordar todas aquellas veces que su abuelo le habló de esos lugares que habían sido el hogar de su familia tiempo atrás. Despacio, Ali giró la postal.

—Es la última parte —le indicó Laurie señalando con el dedo.

Leyó rápidamente las líneas y apretó los labios con una mueca divertida, antes de levantar la mirada para posarla sobre la mujer que tenía frente a ella con expresión expectante.

—¿Estás segura de que quieres que te lo lea?

—¿Por qué? ¿Qué dice? ¿Ocurre algo? —le preguntó, subiendo una octava el tono de su voz.

Ali tuvo que contener una risa que se le formó en la garganta.

—No, tranquila, no ocurre nada malo. Solo... solo que creo que Nick no pensó que esto podría leerlo alguien más. Es bastante... efusivo.

Los azules ojos de Laurie se abrieron como platos.

—¿Cómo? ¡Oh, dios mío, qué vergüenza! —exclamó la mujer mientras sus mejillas se ruborizaban. Se apresuró a tomar la postal de manos de Ali con un visible embarazo—. Lo siento mucho, Ali. No sabía...

Cada vez le era más difícil contener la risa. Ali frunció los labios y recogió de nuevo el termo y la caja con la tarta.

—Voy a matarlo cuando regrese. ¡Puede haberlo leído alguien más! ¡Claro que lo ha leído alguien más! ¡Lo ha escrito en una maldita postal! Sí, definitivamente, voy a matarlo cuando regrese —oyó decir en retahíla a Laurie mientras regresaba la postal a su anterior lugar junto a la cafetera.

—No te preocupes. Es bonito ver estas cosas en una pareja... o leerlas.

El rubor que vio antes en las mejillas de Laurie se intensificó más aún si cabía. Sabiendo que no podría contener por mucho tiempo la risa, Ali se dirigió hacia la entrada.

—Seguro que el café y la tarta están riquísimos —le dijo cuando ya casi había puesto un pie en la calle. Laurie la despidió con la mano y una sonrisa, y

Ali abandonó el local con mejor ánimo del que tenía cuando había llegado. Con una radiante expresión prendida en su rostro, se sintió dispuesta a enfrentarse a su guardia del domingo.

Tan solo había un paseo de diez minutos entre la cafetería de Laurie y la clínica veterinaria que era prácticamente la vida de Ali.

Había empeñado muchos años para lograr que la pequeña consulta para animales domésticos, que abrieron ella y Sean justo cuando terminaron sus estudios, se convirtiera en lo que era ahora. Había trabajado muy duro, le había restado muchas horas al sueño, al descanso y a su vida personal para lograrlo. La suerte les había sonreído cuando un antiguo amigo de su abuelo le facilitó la compra de ese inmueble en pleno centro de la ciudad, que no lucía su mejor aspecto pero que era todo lo que ellos querían y necesitaban: una planta amplia y estratégicamente bien emplazado. Lo cierto era que no podían pedir una ubicación mejor para su negocio. Estaba en una calle que aunque era paralela a State Street, la principal avenida que cruzaba la ciudad de parte a parte, estaba lo bastante alejada del bullicio y del intenso tráfico para resultar tranquila.

Mientras Sean y Jimmy se habían dedicado a viajar por el estado para adquirir todo el equipamiento, ella se encargó de supervisar las obras. Les llevó varios meses adecuarlo y muchos disgustos con los contratistas, reticentes en gran parte a que una mujer quisiera mostrarles su punto de vista y su opinión. Pero aquellos pequeños contratiempos merecieron la pena cuando encendieron por primera vez el rótulo que se encontraba sobre la puerta principal. Lo recordaba como si solo hubiese pasado una semana y no cuatro años.

Como pudo, Ali se recolocó en el hombro el bolso, que se empeñaba en resbalar por su brazo, y siguió caminando. Aunque había tenido que dejar la cama temprano aquel domingo de finales de junio, sentía que la vida le sonreía: hacía lo que más le gustaba en el mundo y, además, el negocio iba bien. «¿Puedo pedir más?», se preguntó. Lo dudaba.

Levantó su rostro hacia el cielo con una sonrisa asomando en sus ojos. El azul intenso de la mañana era impresionante, sin ninguna nube que lo empañara. El aire estaba cargado ligeramente de olor a salitre y pensó que ese sería un día maravilloso para ir a la playa. Y allí sería donde iría si no fuera porque tenía que trabajar. Con aquel ánimo cruzó la calle, mirando a un lado y a otro.

A apenas unos veinte metros estaba la fachada principal de la clínica, pintada de un color verde agua. El cartel que la anunciaba estaba sobre la puerta de madera, que habían decorado con cientos de huellas de gatos, que le daban un toque divertido. Ante la entrada nacían unos escalones de piedra, rematados en ambos extremos por macetas con peonías que Jimmy se encargaba de regar y cuidar todos los días.

Había alcanzado los contenedores de basura cercanos a la clínica cuando creyó escuchar un pequeño ruido, como si alguien, o algo, estuviese revolviendo entre la basura. Intrigada, y algo cautelosa, se acercó despacio hasta que atisbó al causante. Junto a uno de los grandes cubos, un perro hurgaba entre las bolsas y los cartones que algún vecino había dejado allí. Se paró y silbó con suavidad. Al momento, el animal giró la cabeza hacia ella, otorgándole su atención mientras meneaba el rabo y levantaba las orejas. Ali sonrió al verlo.

—Hola, bonito, ¿qué haces aquí?

El perro se acercó a ella con paso vacilante, aunque guardando la distancia que los separaba. Era de tamaño mediano, con un pelaje claro y un poco largo. Tenía unos brillantes ojos color chocolate y un hocico algo corto para la raza que ella creía que debía ser.

—¿Te has perdido? —Por supuesto que no iba a contestarle, pero ella tenía esa costumbre con sus pacientes. El chucho se sentó en el suelo y meneó una vez más el rabo, barriendo con él una porción de acera.

—No te he visto antes. ¿Eres de por aquí? —preguntó de nuevo. Entonces se fijó en el collar que rodeaba el cuello peludo—. ¿Y tu amo, dónde está?

El animal abrió la boca como si estuviese bostezando, y dio un ladrido.

Despacio, se levantó y dio un nuevo paso hacia ella. Con cautela, estiró el cuello y olisqueó la caja que portaba Ali y que llevaba dentro la tarta que le había dado Laurie.

Ella lo miró con una sonrisa.

—¿Así que tienes hambre, eh? Pues lo lamento. No puedes comer azúcar.

Como si hubiese comprendido sus palabras, el perro ladró de nuevo, más insistente en aquella ocasión. Dio un paso hacia atrás y volvió a ladrar sin quitarle la vista de encima.

Ali se irguió de hombros.

—No te pongas así, amigo. Lo hago por tu bien.

El chucho pareció perder interés y miró hacia otro lado. Ali intentó acercarse a él y el animal, de inmediato, posó de nuevo sus ojos en ella.

—Ven conmigo —le dijo, sin poder tender una mano y tomarlo por el collar porque tenía ambas ocupadas con el termo del café y la caja—, te daré algo rico que te gustará. ¿Trato hecho?

Sin prestarle más atención, el perro desvió por completo la vista hacia el contenedor de basura y, tras unos breves segundos, se alejó acelerando un poco su caminar.

Ali continuó donde estaba, viendo al animal marcharse.

—¡Hey, vuelve! —le gritó, pero ya era demasiado tarde para que la oyera. Bufó y dejó que el asa del bolso resbalara totalmente por su brazo. Había estado tan atenta al animal que no se había dado cuenta de que ya había sobrepasado su hombro y había ido descendiendo con lentitud hacia su codo. Aunque el perro se perdió pronto de su vista, se mantuvo varios minutos en el mismo lugar, con la esperanza de que regresara. No parecía un animal vagabundo. Había apreciado que estaba limpio y no estaba tan delgado como los perros que vivían en las calles. No le gustaba que se hubiese marchado. Sabía mejor que nadie qué les ocurría a los perros que eran encontrados vagabundeando, y no quería eso para él. Ni para ningún otro. Después de varios minutos, y ante la certeza de que no iba a volver, Ali giró sobre sus talones y emprendió camino hacia la clínica.

Apenas abrió la puerta de entrada, oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo que partía desde el vestíbulo, donde estaba el mostrador de recepción, hasta la zona donde estaban las consultas y la sala donde descansaban los pacientes que debían pasar algunas horas allí, como había sido el caso la noche anterior. Dejó sobre la encimera de la entrada la caja con la tarta y el termo del café, al igual que su bolso, y se giró a tiempo para ver llegar a Jimmy, el enfermero que trabajaba con ella desde que abrió la clínica y que era uno de sus mejores amigos.

—¡Buenos días, dormilona! —la saludó con efusividad, plantándole un sonoro beso en la mejilla.

Ali le sonrió y le devolvió el beso con el mismo entusiasmo.

—Tu barba pincha, Jimmy. Aféitate —le dijo componiendo una mueca de fingido disgusto.

Con más de un metro ochenta, Jimmy era bastante más alto que ella, que apenas rondaba el metro sesenta y cinco. Unos expresivos ojos azules iluminaban una cara armoniosa, de mandíbula cuadrada, frente firme y con una sonrisa que encandilaba a cuantos entraban por la puerta de la clínica, sin importar el sexo ni la edad, o si eran humanos o animales. Tenía una media melena negra que le llegaba por encima de los hombros y que solía recoger en una coleta que jamás estaba bien hecha.

Se colocó tras la oreja un mechón que se había escapado de su peinado y le sonrió.

—Lo haré en cuanto llegue a casa y pueda ducharme.

Consciente de que su compañero había pasado allí toda la noche, Ali le sonrió.

—¿Qué tal nuestro pequeño paciente? —preguntó mientras pasaba junto a él y se encaminaba pasillo abajo hacia la sala de tratamientos.

—Ha dormido gran parte de la noche y se ha despertado hace un rato. Ha bebido agua y parece estar bien —le respondió Jimmy a sus espaldas, siguiendo sus pasos ágiles al caminar. Ali llegó a la habitación y empujó la puerta de vaivén con moderación.

—Estupendo. Veré cómo está y, si todo va como espero, llamaré a la familia para que venga a buscarlo esta tarde.

Ali llegó hasta la jaula en donde estaba el pequeño felino que había operado el día anterior y se colocó unos guantes de látex. El animal la saludó con un maullido lastimero y la cola en alto.

—Hola, bonito. ¿Qué tal te encuentras? —le preguntó mientras abría la jaula. El gatito se acercó hasta la mano que le tendía y, tras unos segundos, se frotó contra ella emitiendo un suave ronroneo. Ali lo tomó con cuidado y lo sacó de la jaula.

—Ven aquí. Tengo que ver cómo tienes esa tripita —le dijo al animal acercándolo hasta su rostro y acariciando la cabeza con su nariz—. Eres una monada, ¿te lo ha dicho alguien?

El animal volvió a ronronear y Ali lo acercó a su pecho con una sonrisa en los labios mientras lo llevaba hasta la mesa de exploración.

Jimmy ya le había preparado la lámpara, había tendido un protector sobre la superficie metálica y tenía a mano todo lo que Ali podría necesitar.

Con todo el esmero del que era capaz, tendió bocarriba al animal y le rascó la barriga con delicadeza, cerca de la incisión de la operación. Al gato parecieron gustarle aquellos mimos que le prodigaba y se dejó explorar sin ninguna queja por su parte.

Después de unos minutos, satisfecha con su examen, Ali permitió al pequeño gato ponerse en pie. Con paso titubeante, el animal se paseó por la camilla bajo la atenta mirada de Ali, que lo observaba con una sonrisa en su rostro. La operación había salido bien y se estaba recuperando aún mejor. Estaba muy feliz de que hubiese sido así.

—¿Le preparo un poco de pienso de remolacha? —oyó decir a Jimmy a su lado. Ali asintió con convicción.

—Mezcla también un poco de malta. Le irá bien. Si lo tolera y no hay ninguna complicación, tal vez Sean no tenga que venir esta tarde a hacerme el relevo y todos podremos descansar. Incluido este pequeñín —dijo mientras rascaba al animal entre las orejas. El gatito ronroneó y cerró los ojos,

visiblemente complacido con las atenciones de Ali.

Justo en ese momento, oyeron la puerta de la clínica abrirse. Miró a Jimmy y este se encogió de hombros.

—No he quitado el cartel que dice que estamos cerrados. No sé quién podrá ser.

Dejando al gatito de nuevo en su jaula, los dos se encaminaron hacia el vestíbulo con paso rápido. Al llegar, ambos de detuvieron justo a la vez para ver cómo Sean, su mutuo amigo y veterinario en la clínica como ella, cerraba la puerta tras de sí. El hombre los obsequió con una amplia sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Ali mientras daba un paso en dirección a su amigo—. No tenías por qué venir hasta esta tarde.

Conocía a Sean desde su primer año en el instituto. Había sido su amigo más cercano, y casi el único, hasta que apareció Jimmy. Era alto, tanto o más que Jimmy, con el pelo corto y rubio. Tenía una sempiterna sonrisa dibujada en su rostro y unos ojos tan azules como sinceros. Le encantaba el deporte, de cualquier tipo, y su físico así lo delataba, con un amplio torso y unos brazos bien formados. Sean era, básicamente, como un gran osito de peluche.

Cubriendo toda la distancia que los separaba con apenas dos largos pasos, Sean le dio un afectuoso beso en la mejilla antes de dejar sobre el mostrador de la recepción una caja de cartón, un poco más grande que la que había dejado Ali allí minutos antes.

—Buenos días, preciosa. Me aburría en casa y os he traído esto —le dijo sin dejar de sonreír. Entonces la mirada de su amigo se posó en la figura de Jimmy, y su sonrisa se hizo más amplia aún, si aquello era posible. Se acercó y le dio un beso en los labios con ternura, que Jimmy retribuyó al instante, con la misma expresión embelesada. Ali creyó escuchar un «te echaba de menos» dicho en voz baja que, seguramente, no era para sus oídos.

—En serio, comportaos, que estoy delante—. Ella compuso una teatral mueca y elevó la mirada hacia el techo—. ¡Qué bonito es el amor cuando es el tuyo, pero qué empalagoso es ver el de los demás!

Sean y Jimmy se miraron un instante para después posar sus ojos en Ali y

estallar en una sonora carcajada casi a la vez. Con un exagerado gesto, Sean anduvo hasta ella con los brazos bien abiertos, encerrándola entre ellos y dándole un fuerte abrazo.

—Ven aquí, también tengo amor para ti —le dijo dándole un beso en la coronilla con efusividad.

No existía nadie en el mundo a quien ella quisiera más que a Sean y a Jimmy. Ali pasó sus brazos alrededor del amplio y musculado torso de su amigo y lo abrazó también, apoyando la mejilla en su pecho y cerrando los ojos, feliz.

—Ya sabes que sois los únicos a los que quiero, bobo.

—Eso es porque aún no has encontrado al hombre de tu vida. Cuando lo hagas, nos darás la patada —oyó decir a Jimmy a su espalda. Los brazos de Sean cejaron en su gesto y ella se separó de él.

—Mirad que sois tontos cuando os lo proponéis —respondió mientras ponía los ojos en blanco para mirar el techo.

Sean le dio un nuevo beso, en esa ocasión en la frente, y se separó de ella.

—Anda, os he traído rosquillas para desayunar —les dijo, mirándolos a ambos alternativamente, sin perder ni un solo instante la sonrisa de sus labios. Ali no pudo por menos que corresponderle de la misma manera mientras se dirigía hacia la caja que ella había llevado con la porción de tarta.

—Pues yo tengo tarta.

—¿De Laurie?

Ali los miró a ambos.

—Ajá —dijo, asintiendo con una enorme sonrisa en su rostro.

La caja de las rosquillas estaba por la mitad y de la tarta ya no quedaban más que algunas migajas cuando Ali se terminó su taza de café y se reclinó en el asiento.

—¿Sabéis? Estoy pensando teñirme el pelo —dijo sin prestarle especial atención a ninguno de sus amigos, que aún masticaban el desayuno.

Jimmy se incorporó y apoyó los antebrazos en el borde de la mesa del despacho de Ali, que les había servido para desayunar.

—¿De qué color? —preguntó con manifiesto interés.

Ali arrugó la nariz, pensativa.

—He pensado que me puede quedar bien el rubio.

El último bocado de la rosquilla se quedó a medio camino de la boca de Sean, que la miró con los ojos espantados.

—¿Rubio? ¿De veras?

La mirada de Ali se posó en su amigo antes de asentir.

—Creo que sí.

Sean arrugó la nariz, visiblemente contrariado, y una enorme arruga cruzó su frente.

—Tienes el pelo de un color rojo espectacular, Ali. ¿Por qué quieres cambiarlo?

Ella se encogió de hombros, arrugando la nariz al mismo tiempo.

—No sé, para variar un poco.

—¿Pero qué tono sería? —los interrumpió Jimmy, interesado en el posible cambio de aspecto de su amiga—. ¿Como Madonna en *True Blue*?

Ali retuvo el aliento por unos instantes y arrugó la nariz.

—¿Madonna? Joder, Jimmy, ¿no crees que te has quedado un poco anclado en la música de los ochenta? No recuerdo cómo lo llevaba.

Sean se incorporó en su asiento.

—Podrías haberle dicho algo más actual, no sé, ¿como Taylor Swift, quizás?

Jimmy frunció la boca y señaló a Sean con el dedo.

—Todo el mundo debería saber cómo llevaba el pelo Madonna en *True Blue*.

—Que sea tu cantante favorita no significa que tenga que serlo de los demás, Jimmy —le respondió Sean en tono conciliador.

Ali dejó la taza sobre la mesa y alcanzó un pañuelo de papel para limpiarse

la boca.

—Como sea. No me lo voy a cortar, solo a darle un nuevo color.

Con rapidez, Sean sacó de su bolsillo su teléfono móvil y lo activó pulsándolo varias veces. Tecleó algo y, unos momentos después, giró el aparato hacia ella mientras la imagen de la cantante ocupaba toda la pantalla.

—¿Así?

Ali miró con interés la imagen. No, no era para nada lo que ella tenía en mente que podría ser su nuevo aspecto. Le devolvió a Sean el teléfono para ver cómo Jimmy se lo arrebató de las manos a su amigo.

—No, definitivamente así no. Algo más...

Un segundo después, Jimmy le estaba mostrando una nueva foto de su artista favorita.

—¿De esta manera?

En aquella otra, la cantante lucía una media melena rubia, mucho más natural que el pelo corto y casi platino que mostraba en la primera foto que Sean le enseñó. Asintió con un cabeceo complacido.

—Sí, algo así —les dijo con una amplia sonrisa en el rostro—. Pero sin el traje rosa, por favor. Ni los diamantes falsos.

Los tres se miraron en silencio y estallaron en una sonora carcajada al mismo tiempo.

—Sí, puede que sí te quede bien —intervino Sean cuando fue capaz de hablar sin reír—. Claro que a ti te va a quedar bien cualquier color, te hagas lo que te hagas. Como si te lo quieres poner verde. Te quedaría bien.

De un fluido movimiento, Ali se levantó de su asiento y le estampó un cariñoso beso a su amigo en la mejilla, acompañado de un fuerte abrazo.

—Y es por eso por lo que sois mis mejores amigos.

—Y porque juntos tenemos el sesenta y seis por ciento de la clínica, no lo olvides —apostilló Sean mirándola desde abajo con una amplia sonrisa.

Ali se irguió cuan alta era y puso los brazos en jarras, componiendo una mueca de contrariedad.

—Me gustabas más cuando me halagabas.

Sean y Jimmy se miraron y estallaron en risas. Sin poder evitarlo, Ali se contagió del buen humor de sus amigos. Sentándose de nuevo, recogió los restos del desayuno.

—Por cierto, ¿alguno de vosotros ha visto a un perro vagabundear cerca de la clínica?

Sean alzó una ceja.

—¿Un perro?

Jimmy asintió de inmediato mientras se tragaba el último bocado de su rosquilla.

—Hace un par de semanas que ronda por aquí. Un cruce de un labrador con alguna otra raza un poco más pequeña. Color claro pero no blanco, ¿no es cierto?

Ali asintió.

—Sí. Se me acercó cuando pasé junto a los contenedores, pero no pude hacer que viniera conmigo.

Sean chasqueó la lengua y negó varias veces con la cabeza.

—Ya sabes cómo son los perros que viven en las calles. No se fían de nadie. Deberíamos dar con él antes de que lo haga el ayuntamiento.

—Sí —dijo Ali de inmediato, con el semblante serio—. Terminará en las perreras.

El buen humor que había reinado hasta ese momento había desaparecido. Cuando Ali se propuso estudiar veterinaria, no lo hizo solo porque creyera que podía ser un buen negocio para el futuro y para establecerse por sí misma, sino que lo hizo por auténtica vocación. Le encantaban los animales, los adoraba. Cuando era pequeña soñaba con cuidar caballos, vacas y ovejas, pero en la ciudad no eran animales que la gente tuviese en sus casas. Así que su amor se trasladó a cualquier tipo de animal doméstico.

—La próxima vez seré más insistente. Y si tengo que chantajearlo con la tarta, lo haré —dijo en voz alta, más para sí misma que para que la oyeran sus

amigos.

Jimmy y Sean se pusieron en pie casi a la vez y la ayudaron a recoger lo que restaba de su extinto desayuno.

—Nosotros nos marchamos —anunció Sean.

Ali le sonrió mientras metía ambas cajas vacías en una bolsa de papel para la basura.

—Te llamo después. Tal vez no tengas que venir esta tarde. Nuestro amigo con bigotes está sanando muy rápido.

Con efusividad, Sean palmeó en el aire y sonrió ampliamente.

—Eso estaría muy bien.

Tras estamparle sendos besos en cada una de sus mejillas, Jimmy y Sean se despidieron de ella con un saludo de la mano cuando bajaron por las escaleras de la entrada. Ali se quedó en el umbral, viendo cómo se encaminaban calle abajo. Alzó la vista hasta el cielo azul y torció el gesto. Se iba a perder un gran día. Con un suspiro, dio media vuelta y regresó al interior.

—Bueno, es hora de volver al trabajo.

CAPÍTULO 3

El verano era una época intensa para Frank. El buen tiempo acompañaba para realizar todas las mejoras que posponía durante el invierno. Aquel día le tocaba una revisión completa a la caldera y en eso estaba. Claro que también había un inconveniente en hacer esto cuando el calor comenzaba a apretar y era que, en la reducida habitación de la planta baja del edificio, no había ventanas, y la temperatura era casi como si alguien hubiese dejado abiertas las puertas del mismísimo infierno.

Con el antebrazo se limpió por enésima vez el sudor, que se empeñaba en resbalar por sus sienes y su nariz, hasta acabar formando una gota que terminaba cayendo sobre lo que estuviese manipulando. Con cierto fastidio, y viendo que lo anterior no había sido suficiente, se pasó el faldón de la camiseta por la cara para limpiarla en la medida de lo posible, aunque sabía que medio minuto después estaría sudando de nuevo.

Alargó el brazo para alcanzar una llave inglesa y apretó con ella las juntas que había cambiado al sistema de calefacción central. Estaba a punto de terminar cuando un toque en la puerta le hizo pegar un respingo.

—¿A esto te dedicas ahora, Bradley? ¿A cambiar tornillos? —oyó decir a su espalda.

Frank se levantó de inmediato al reconocer esa voz que no escuchaba en directo desde hacía un par de años. Giró sobre los talones de sus zapatillas deportivas para sonreír de inmediato a su dueño.

—¡Samuel!

Y dejando a un lado la herramienta que aún llevaba en la mano, cubrió en un instante la distancia que lo separaba del hombre que estaba apostado bajo el umbral de la puerta y apoyado sobre una jamba, con los brazos cruzados ante su pecho.

—¿Samuel? ¿Ahora me llamas como mi tía abuela Eloise?

Frank estalló en una carcajada antes de que se fundieran en un amistoso abrazo, lleno de golpes en la espalda y amplias sonrisas. Apartándose, observó al recién llegado. Tan alto como él y casi de su misma complexión, se dio cuenta de que su amigo no había cambiado ni un poco: su pelo negro y enortijado seguía siendo tan lustroso como siempre; en su rostro, de rasgos afroamericanos, no se apreciaba ninguna arruga que no hubiese estado antes, y sus ojos brillaban con la misma chispa divertida que lo caracterizaba.

—Te veo estupendo, colega.

Frank asintió sin dudar.

—Lo estoy, Sam.

Una pletórica sonrisa de dientes blancos cruzó el rostro de su amigo.

—Me alegro muchísimo. De verdad.

Frank dio un paso hacia atrás para observarlo. Había conocido a Samuel Warden hacía más de doce años, cuando ambos trabajaban en Wall Street. Había sido en su primer año como corredor de bolsa cuando ambos coincidieron en el parqué. Fue sencillo hacerse amigo de ese hombre afable, divertido y que tenía cierta tendencia a bailotear si las cosas le salían bien. Aquella amistad había continuado incluso cuando Frank cambió Nueva York por una pequeña ciudad en la costa de Massachusetts, abandonando los bonos, las divisas y el mercado bursátil para convertirse en el dueño y casero del inmueble en el que ahora vivía. Durante todo el tiempo que llevaba allí, él y Sam habían permanecido en contacto. Era su mejor amigo pese a que los separaban varios cientos de kilómetros de distancia.

—¿Qué te trae por aquí, Sam? —le preguntó con una sonrisa en sus labios—. No me avisaste de que venías.

Sam le dio un suave toque en un hombro.

—¿Acaso no puedo darle una sorpresa a mi colega?

—Por supuesto que puedes —contestó Frank de inmediato—. ¿Dónde te alojas? ¿Has venido con Martha? Puedo prepararos el apartamento que aún tengo vacío en la cuarta planta.

Sam colocó delante de sí las manos y dio un paso atrás.

—Vale, vale, tranquilo —rezongó—. Nos alojamos en el Port House, y sí, he venido con Martha. Ha querido quedarse en el hotel porque tenía unos cuantos correos que enviar antes de cerrar el ordenador durante todas las vacaciones. Después vendrá a buscarnos. Y tú te vienes a almorzar con nosotros. No hay discusión.

—¡No pensaba discutirte eso! Pero antes vamos a subir para que me duche y me cambie. No puedo aparecer con estas pintas en ningún sitio.

De la garganta de Sam salió una profunda carcajada que llenó todo el vestíbulo del edificio.

—¿Y privarnos de ese aspecto de tipo duro y hecho a sí mismo?

Sonriente, Frank recogió rápidamente del suelo las herramientas con las que había estado trabajando y las metió en su caja.

—No te gustará tanto cuando comience a oler como un oso —replicó apenas se hubo incorporado—. Anda, sube conmigo y charlemos mientras me doy una ducha.

Antes de poner un pie en el primer escalón, Sam lo miró con ojos entornados.

—¿Este edificio sigue sin tener ascensor?

Frank asintió con rotundidad.

—Sigue sin tener ascensor.

Con un gesto de absoluta resignación, Sam elevó el rostro hacia el techo y respiró hondo.

—Y hay que subir cuatro plantas, ¿verdad? ¿O te has mudado a la primera? Dime que te has mudado a la primera, por favor —casi lloriqueó con teatralidad.

Frank le palmeó el hombro sin que la sonrisa que se había instalado en su rostro cuando vio a su amigo se esfumara.

Frank salió de la ducha medio vestido, con la camiseta en la mano y

secándose el pelo aún húmedo con la toalla. Había dejado a Sam bebiendo una cerveza en el salón, confortablemente sentado en el sofá.

—¿Cómo está Martha? —preguntó nada más regresar a la sala. Sam dejó el botellín de cerveza sobre la mesa que había delante de él y se recostó contra el respaldo.

—Está estupenda. Deseando comenzar las vacaciones. O sea, tirarnos en una hamaca de la marina, beber cerveza hasta que tengamos que ir al baño y no hacer nada más.

—¿Cuánto tiempo vais a estar aquí? —quiso saber mientras dejaba la toalla, se acercaba a la nevera y sacaba una cerveza para él. Un segundo después estaba sentado junto a su amigo.

—Todo el mes de julio.

Frank apuró el primer sorbo y miró a Sam con sorpresa.

—¿Todo el mes de julio? Te vas a dejar una pasta en ese hotel, colega.

El hombre se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—Puedo dejaros el apartamento de aquí abajo, el que aún está vacío. Lo digo en serio.

Samuel se rascó una oreja sin dejar de sonreír.

—Y yo también lo digo en serio. Estamos bien en el Port. Además, ¿para qué me sirve ganar todo ese dinero si después no puedo emplearlo en cosas que me gustan y me hacen feliz?

Frank no podía rebatirlo. Sabía cuánto trabajaba Sam en Wall Street; sabía cuántas horas de su vida le dedicaba a aquel trabajo que era, básicamente, intentar hacer ricos a quienes los contrataban. Conocía al dedillo lo que era levantarse al amanecer y acostarse cuando el reloj ya había dado la medianoche. Sin tener fines de semanas, ni fiestas de cumpleaños o salidas con los amigos. Lo entendía a la perfección.

—Claro.

Ambos tomaron sus respectivas cervezas y dieron un nuevo sorbo casi a la

vez. Sam echó un vistazo por todo el salón, despacio, como si estuviese estudiándolo al detalle.

—Veo esto algo cambiado, ¿no es cierto? Me gusta cómo lo has dejado.

Frank imitó a su amigo y paseó la mirada por el lugar. Desde la última visita de Sam, había hecho algunas mejoras en el apartamento; había tirado paredes y abierto la cocina al salón, para poder cocinar sin tener que encender la luz del techo. También había agrandado la ventana que daba a una terraza, y por donde entraba todo el sol del mediodía.

—A veces siento envidia de ti —oyó decir a Sam. Volteó la cabeza hacia él para mirarlo.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó con cierto tono de curiosidad.

Los ojos de Sam estaban clavados en la ventana. La sonrisa que había lucido desde que llegara se había evaporado, dejando en su lugar una tenue sombra de tristeza.

—Tuviste el valor de romper con aquello, tío. Te lanzaste de lleno a algo que no sabías cómo iba a ir. Hay que tener cojones para hacer lo que tú hiciste: dejar un trabajo, un buen trabajo, con ese sueldazo, y venirse aquí, a hacer de casero de un edificio que entonces casi se caía a pedazos.

Frank tomó aire y asintió despacio, como si le costara ejecutar ese simple movimiento. Nunca había visto el asunto de esa manera; se había marchado de Wall Street porque estaba harto de no tener vida; de llegar a casa y encontrarse a su mujer ya durmiendo e irse cuando ella aún estaba en la cama. De no poder ver a sus amigos, más que a Sam, cuando todos los demás quedaban para tomar una copa a la salida de sus trabajos; porque estaba harto de ver pasar los días, las semanas y los años y sentir que no estaba viviendo. Apretó los labios y tomó aire.

—Eso no era una vida para mí —le contestó en voz baja.

Sam apuró su cerveza y, en cuanto lo hizo, se levantó para dirigirse hacia la nevera y sacar otra. La abrió y le dio un gran trago que la dejó por la mitad.

—¿La echas de menos? —preguntó su amigo desde la cocina. Frank se giró en su dirección para mirarlo. No tenía que pensar mucho la respuesta.

—No —respondió convencido por completo. Su mirada se encontró con la de Sam. Los ojos de su amigo habían perdido cualquier atisbo de sonrisa o de alegría que tuvieran al llegar allí. Que Sam y Martha estuvieran de vacaciones en Newburyport no era casualidad. Si conocía bien a Sam Warden, y lo conocía muy bien, podía asegurar que su amigo no estaba pasando por un buen momento.

El hombre se acercó de nuevo.

—¿Qué te ocurre, Sam? ¿Van las cosas bien?

Su amigo se arrojó pesadamente sobre el sofá, a su lado, cuidando de no derramar la cerveza que sostenía. Después de unos segundos, la dejó sobre la mesita y se pasó la mano por el rostro, que ahora parecía más cansado que cuando lo viera por primera vez hacía apenas una hora.

—No sé si van bien, tío.

—Cuéntamelo. Soy todo oídos —le pidió mientras se giraba hacia él y descansaba su rodilla doblada sobre el cojín del asiento.

Sam dejó caer la cabeza en el respaldo y clavó los ojos en el techo.

—Ni siquiera sé qué ocurre. Es esta... sensación de que no hago nada con mi vida, salvo ganar dinero y hacérselo ganar a otros. Sí, vale, el dinero está genial, claro que sí, me permite comprar un montón de cosas chulas, pero... ¿para qué me sirven todas esas cosas si no tengo tiempo de disfrutarlas?

Tomando aire, Frank se apostó contra el respaldo, fijando su mirada en un punto indefinido del techo.

—Sé lo que quieres decir, amigo.

Él había pasado por lo mismo que le acababa de contar Sam. En Nueva York tenía todo lo que cualquiera podía desear: un buen trabajo, alguien que lo quería y una cuenta corriente más que desahogada. Pero, aun así, él había sentido que algo no funcionaba. Entonces fue cuando se planteó aquel cambio radical.

—Estaría bien ser como tú: liarme la manta a la cabeza y dejar la Gran Manzana —confesó Sam sin mirarlo, más para sí mismo que para que Frank lo

oyera. Giró la cabeza hacia su amigo.

—¿Quieres hacer de casero también?

Sam negó muy despacio.

—No... no exactamente. ¡Qué sé yo sobre arreglar calderas o revisar el estado del cuarto de la basura!

Una media sonrisa apareció en los labios de Frank.

—¿Crees que me enseñaron eso en la facultad de económicas? Solo es cuestión de ser un poco mañoso... y acertar con el tutorial de Youtube.

Sam lo miró por el rabillo del ojo.

—Mira que eres tonto a veces. —Y no pudo evitar que una sonrisilla fugaz apareciera en sus labios, aunque se desvaneció casi al instante.

—Estoy pensando en dejar el trabajo —añadió Sam—. Podría vender el apartamento de Manhattan y venirme aquí, o a algún pueblo parecido a este, en la costa. Con la indemnización, lo que sacara por el apartamento y lo que Martha y yo tenemos ahorrado, no necesitaría más que encontrar un trabajo con un sueldo medio decente.

Un cómodo silencio llenó el salón hasta que, unos minutos después, Frank lo rompió con una nueva pregunta.

—¿Qué piensa Martha de ello?

Sam se apresuró a contestar.

—Le agrada la idea. Nos gusta este lugar. Además, no sería como irse a un pueblo sin conocer a nadie. Aquí estás tú.

Frank lo miró de frente y una agradable sensación de camaradería se abrió paso en su pecho. Sam era lo más parecido que tenía a un hermano, mucho más cuando su verdadera hermana estaba a tantos kilómetros de distancia.

—¿Te levantas en alguna ocasión diciéndote que la has cagado y no deberías haberlo hecho?—le preguntó Sam sin mirarlo mientras continuaba con la vista clavada en el techo.

Tomando aire de nuevo, Frank apretó los labios. Rebuscó en su memoria algún momento, algún día en que se levantara de la cama y pensara en lo que

le había preguntado su amigo. Pero ni en esos días en los que acababa de separarse de su mujer, cuando su matrimonio se fue a pique, y ella lo dejó en aquel recién estrenado apartamento que ambos habían decorado para que fuera su nuevo hogar, ni en esos días pensó que se había equivocado.

—No.

Samuel giró la cabeza hacia él muy despacio. Una leve sonrisa apareció en el rostro de su amigo.

—Tienes los cojones bien puestos, Bradley. —Y levantó su cerveza ante él, gesto que Frank imitó, y ambos apuraron sus bebidas.

En cuanto dejó el botellín sobre la mesa, Sam miró el reloj que llevaba en su muñeca derecha.

—He quedado con Martha en el bar del hotel a las doce. No quiero hacerla esperar. ¿Estás listo? —quiso saber mientras se ponía en pie con un ágil saltito.

Frank lo imitó. Se colocó la camiseta que había dejado olvidada en el respaldo del sofá y se pasó los dedos por el pelo, sin que supusiera una gran diferencia con su anterior estado.

—Listo.

Los labios de Sam se curvaron con una mueca de disconformidad.

—¿Qué eres tú? ¿Un adolescente? —objetó con un tono reprobatorio—. Anda, ve y péinate, o no iré contigo a ningún sitio.

El salón se llenó del sonido de las carcajadas de los dos hombres. Frank hizo lo que le había pedido su amigo y un par de minutos después ambos salían por la puerta del apartamento, palmeándose mutuamente las espaldas.

Cuando Frank regresó a su apartamento eran casi las cuatro de la tarde. Llegaba con el estómago lleno, la mandíbula dolorida debido a las risas y una sonrisa en sus labios que se resistía a evaporarse.

Se habían encontrado con Martha, la novia de Sam, en el vestíbulo del hotel, tal y como él le había dicho. Después de la calurosa bienvenida,

tomaron una mesa en el restaurante del hotel, para no perder ni un segundo en buscar un lugar en donde almorzar. Así podrían emplear todo aquel tiempo en ponerse al día.

La comida transcurrió entre carcajadas, brindis y anécdotas. Martha era una mujer encantadora, amable y alegre, que llevaba más de diez años de relación con Sam, a la que conoció cuando comenzaron a trabajar juntos en Wall Street y que se alegró enormemente de volver a verlo. Su larga melena negra enmarcaba un rostro agradable, con unos impresionantes ojos azules que destilaban calidez.

Para cuando llegaron a los postres, a Frank le dolían las costillas de tanto reírse. Tenía que admitir que había echado mucho de menos aquellos buenos momentos con sus amigos. En Nueva York, cuando el trabajo no les atosigaba y disponían de un fin de semana libre, solían quedar para cenar e ir a ver algún espectáculo. Desde que él vivía en Newburyport, las salidas se habían ido espaciando, produciéndose tan solo cuando él iba de visita a Nueva York. Tal vez, esas reuniones con sus amigos eran lo único que echaba de menos de su vida en la Gran Manzana.

Durante el almuerzo, Frank no quiso sacar a colación nada relacionado con el trabajo ni con la conversación que había mantenido con su amigo en el apartamento. Había notado a Sam muy tocado con ese tema y esperaría un poco más para hablar con él de nuevo. Tenía todo un mes para hacerlo.

Dejaron el restaurante cuando ya no quedaba ningún otro comensal y los camareros no hacían más que mirar sus relojes con falso disimulo. Se levantaron y abandonaron el lugar con amplias sonrisas en sus rostros. Se despidió de sus amigos y se encaminó hacia su casa.

Frank abrió la puerta de su apartamento y dejó las llaves en el pequeño aparador que había junto a ella. Mientras caminaba se deshizo de los zapatos y de la camiseta, y se desabrochó el cinturón, que arrojó lejos, para un segundo después caer de bruces sobre el sofá en cuanto lo tuvo delante. Había comido y bebido demasiado, y la modorra hacía que los párpados, al igual que todos los huesos de su cuerpo, le pesaran. Sabía que aún tenía trabajo por hacer en

el edificio y eso le hizo perder durante unos segundos el buen humor. No había terminado de reparar la caldera, pero eso era algo que podría esperar a más tarde, cuando estuviese más espabilado y la habitación no le diera vueltas. No le vendría mal descansar cinco minutos y recobrar fuerzas después de tantas carcajadas y tanto vino.

—Solo quince minutos. Descansaré quince minutos y volveré a la caldera. Lo prometo —dijo en voz alta.

Un minuto después estaba profundamente dormido en el sofá con la misma sonrisa en su rostro que había tenido durante todo el día.

Ya estaba atardeciendo cuando despertó. Parpadeó varias veces, no sabiendo con certeza dónde estaba, hasta que cayó en la cuenta de que era su propio sofá y su propio apartamento. Levantó la cabeza con dificultad. Se pasó la mano por el rostro y notó las marcas que los pliegues del cojín le habían dejado en la mejilla.

La habitación estaba bañada con la luz anaranjada de la puesta de sol, que apenas alcanzaba para iluminar la sala. Sintiendo la cabeza confusa, se giró en el sofá para desplomarse bocarriba.

Se había excedido con el vino en la comida. Estaban pasando un rato tan estupendo que ninguno de los tres había sido consciente de que una botella reemplazaba a otra en cuanto esta se acababa. Tan solo se preocuparon de seguir bebiendo y celebrar el reencuentro.

Miró el reloj que llevaba en la muñeca. Pasaba un poco de las ocho de la tarde. Frank abrió los ojos como platos y dejó caer el brazo molesto consigo mismo.

—¡He estado durmiendo cuatro horas! ¡Joder! —exclamó en voz alta. Su intención de dar solo una cabezada antes de ponerse de nuevo a trabajar se había quedado solo en la intención.

A regañadientes se sentó en el sofá. La habitación giró un poco a su alrededor. Cerró los párpados y esperó a que todo se asentara. Cuando

pasaron unos pocos minutos, abrió un ojo y luego el otro, para asegurarse de que el mundo ya no seguía girando sin freno. Al comprobar que ya nada se movía, se levantó muy despacio para encaminarse hacia la nevera. Era la hora de la cena y, aunque no tenía realmente hambre, tendría que comer algo si no quería levantarse a media noche a causa de las protestas de su estómago. No sería la primera vez que le sucedía.

Miró el interior casi vacío del frigorífico y dejó escapar un gruñido de frustración. Había planeado ir a hacer la compra esa misma tarde, pero la aparición de Sam había trastocado sus planes. Poco le importaba si eso significaba que sus amigos estaban en la ciudad. Torció el gesto mientras hacía una lista mental de los víveres que aún tenía: la mitad de una botella de leche, dos cervezas, algo de jamón y huevos y dos botes de salsa de tomate. Con aquello no iba a ninguna parte. Cerró la puerta con ímpetu y paseó la vista por la cocina. Aunque hubiese algo más en los dispenseros, tampoco podía decirse que tuviese muchas ganas de ponerse a hacer la cena. Sus ojos recalaron en la cafetera que se había preparado por la mañana, en donde aún quedaba un poco de café en el fondo. Con decisión, tomó la jarra y se lo sirvió en una taza del estante para tomárselo sin tan siquiera calentarlo un poco.

Resuelto a comer algo, pero reacio a tener que cocinar, se vistió de nuevo con la camiseta que había caído sobre una silla, volvió a colocarse el cinturón y los zapatos, y alcanzó las llaves del apartamento, asegurándose antes de que llevaba la cartera en el bolsillo del pantalón. Iba a tener que salir si quería cenar.

Hasta que no estuvo caminando calle abajo no pensó en qué le apetecía cenar. En la avenida principal había varios restaurantes convencionales, y también de comida para llevar, en los que había estado con anterioridad y que le gustaban bastante. Recordaba que cerca había un tailandés que cocinaba un Pad Thai espectacular, una pizzería de un italiano nacido en Nápoles que hacía las mejores pizzas de la ciudad y una hamburguesería que solía estar llena de adolescentes. Siguió andando con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Todo le gustaba y no tenía ninguna inclinación especial en ese

momento. Cuando llegara delante de los establecimientos, escogería. Con aquel ánimo, Frank levantó el rostro hacia el cielo ya oscuro y sonrió.

Al final había terminado decidiéndose por entrar en la pizzería. El olor a masa recién hecha en horno de leña, tal y como anunciaba el cartel de la puerta, lo había atraído como las moscas a la miel. El dueño, un italiano alto y moreno, le había preparado la pizza especialidad de la casa. Aunque estaba exquisita y había resultado tener más apetito del que creyó en un principio, no había podido acabarla. El hombre, con suma amabilidad y una retahíla en italiano que no llegó a entender del todo, le había metido en una caja lo que había restado y, una hora después de salir de su apartamento, Frank se dirigía de nuevo hacia su casa, sosteniendo la caja entre las manos.

Acababa de pasar junto a los contenedores de basura que había cerca de su edificio cuando oyó un ruido que le resultó vagamente familiar. La luz de las farolas iluminaba de lleno el lugar. Se giró despacio para encontrarse al perro de unas noches atrás, el mismo que se había comido los restos de su barbacoa, con la cabeza ladeada y mirándolo con interés con aquellos expresivos y nobles ojos marrones.

Frank sonrió al verlo.

—¡Hola, colega! ¿Qué tal todo?

El animal posó sus cuartos traseros en el suelo y clavó la mirada en Frank mientras su cola barría la acera. Ladró una única vez, como si hubiera tenido verdadera intención de contestarle. Frank asintió con entusiasmo.

—Ya veo que te va bien. Te las has vuelto a arreglar para encontrar comida —le dijo a la vez que señalaba con un gesto de la cabeza la caja que portaba.

Al moverla, el perro se levantó y caminó hacia él con cautela, con el hocico estirado y las orejas alzadas. Frank miró a la caja y después al chuchó.

—¿Quieres un trozo? —Y obtuvo como respuesta un ladrido bajo y ronco, y un gracioso meneo de rabo. Con precario equilibrio Frank abrió la caja y sacó un trozo de pizza. El animal se sentó de inmediato y se relamió los labios con

anticipación.

—Tiene anchoas. Espero que no te importe.

Tomándola con rapidez, el perro colocó la porción en el suelo mientras comenzaba a dar buena cuenta de ella, y no parecía que las anchoas le importaran demasiado. En menos de un minuto, la comida había desaparecido, y él volvía a relamerse, esta vez visiblemente satisfecho.

La expresión de Frank se iluminó con aquella reacción. Los ojos color chocolate del perro estaban fijos en él y en cada movimiento que hacía. Despacio, para no ahuyentarlo, se sentó en la acera. Antes de que hubiera terminado de acomodarse, el animal se le acercó por la derecha para olisquearlo e intentar darle un lametón en la mejilla.

—Yo no soy tu cena, colega —protestó Frank con una media sonrisa en los labios. Sacó de la caja un nuevo trozo y lo partió en varios pedazos más pequeños. Puso uno de ellos en la palma de su mano y se la tendió—. Toma.

El perro hizo desaparecer el trozo que le había ofrecido y lo engulló con rapidez. En cuanto terminó, rodeó a Frank para sentarse frente a él, a la espera de algún trozo más. Tuvo que hacer un esfuerzo para no estallar en carcajadas cuando lo vio levantar una pata, como si estuviese reclamando un nuevo premio. Aquel animal sabía cómo ganarse el afecto de un humano. Y también cómo conseguir comida.

—Está buena, ¿a que sí? Salvatore hace las mejores pizzas de todo el estado —le contó, como si pretendiera que el animal le contestara. Le tendió un pedazo más, que tardó un instante en desaparecer. Y detrás fue otro, y luego otro hasta que dentro de la caja solo quedaron las migajas.

Frank volteó la caja abierta con una expresión de fingida contrariedad.

—Se ha acabado. Ya no hay más.

El perro levantó el morro y ladró.

Extendiendo una mano, Frank acarició la cabeza del animal, que aguantó con visible regocijo las carantoñas.

—¿Dónde está tu dueño, eh? —preguntó Frank en voz baja. Era una pena

que un animal tan magnífico, tan dócil y tan simpático, estuviese vagando solo por las calles. El perro volvió a ladrar, aunque en un tono más bajo, más parecido a una tos humana que a otra cosa.

El animal cerró los ojos, en apariencia deleitado con las caricias que Frank le prodigaba entre las orejas y sobre el morro. Incluso podría haber dicho que lo que veía en su rostro era algo que se asemejaba mucho a una sonrisa perruna.

Aunque se sentía a gusto allí sentado con ese cariñoso animal, Frank notó que las piernas comenzaban a entumecerse debido a la posición. Se levantó despacio mientras el perro seguía con su mirada cada movimiento que hacía.

—Bien, tengo que marcharme —murmuró una disculpa, como si el animal pudiese entenderle. Por unos instantes sí que se lo pareció, pues el chucho ladeó la cabeza y lo miró con interés.

Frank emprendió el camino con paso lento, con todos sus sentidos puestos aún en el perro y mirando por el rabillo del ojo. Lejos de quedarse en aquel lugar, el animal fue tras él, siguiéndolo de cerca. Frank se detuvo, y el perro hizo lo mismo. Volvió a reanudar la marcha, y el chucho lo imitó, bien cerca de sus piernas. Una vez más, Frank se detuvo para girarse y enfrentarlo.

—No puedes venirte conmigo, ¿lo entiendes?

Un ladrido fue todo lo que Frank obtuvo por parte de su nuevo amigo peludo.

Antes de ponerse en camino, el perro ya estaba atento a cualquier movimiento que él pudiese hacer. Frank lo miró, pensativo. Cuando era pequeño y vivía en su pueblo natal había tenido un perro, un alegre y simpático golden retriever, que había sido su amigo inseparable hasta que murió de viejo. Cuando se mudó a la gran ciudad tener uno fue impensable. En Nueva York su piso era pequeño, y ni él ni su mujer estaban en casa prácticamente en todo el día, lo que significaba que no podían cuidar y mantener una mascota como se merecía. Frank torció el gesto mientras sus ojos seguían fijos en el animal. ¿Qué le impedía tener un perro ahora? Desde luego, a su casero no iba a importarle, convino con una amplia sonrisa en el rostro.

«¿Y por qué no?»

Dio un nuevo paso, y luego otro más. Pero en aquella ocasión, el perro se mantuvo sentado, observando cómo se iba alejando de él. Frank le hizo una seña con la mano.

—Venga, ¿qué estás esperando? —preguntó. Y el perro se levantó y fue tras él, con la cola en alto y un alegre trote.

El perro apenas se separó de sus talones mientras subían las escaleras con tranquilidad y sin apresurarse, como si estuviese estudiando el nuevo sitio donde viviría. Frank no perdió detalle del movimiento del animal por el rabillo del ojo, con cierto temor de que, en cualquier momento, se diera media vuelta y saliera corriendo escaleras abajo. Pero el perro parecía decidido, con las orejas levantadas y el morro en alto, salvando escalón tras escalón. Subieron todos los tramos hasta que llegaron ante la puerta del apartamento. El animal se paró y alzó la mirada. Frank no pudo evitar sonreírle.

—Sí, aquí es. Espero que todo esté a tu gusto.

Antes de que hubiera abierto la puerta por completo, el perro se coló por el hueco. Con un ligero correteo, entró en el salón, olisqueando de manera nerviosa todo lo que quedaba a su altura. Frank cerró tras de sí y se encaminó hacia donde el chucho se había detenido.

—A ver, un par de cositas —apuntó mientras se ponía a su altura. Las dos canicas marrones que el animal tenía por ojos lo miraron, intrigados—. Una: nada de marcar territorio o mear por los rincones. Ni hacer tus... cosas por aquí. Eso lo dejas para cuando salgas a la calle, ¿de acuerdo? Dos: nada de subirse al sofá. Ni a la cama. Ni a ningún otro mueble. Y tres: nada de robar comida de mi despensa, aunque viendo tal y como está ahora mismo, antes te morirías de hambre.

Frank retiró el rostro un segundo antes de que el perro intentara lamerle la nariz. Con una sonrisa en los labios, lo miró con ojo crítico antes de echarle un vistazo al reloj que tenía en la muñeca. Faltaban apenas unos minutos para las nueve y media de la noche, pero antes de irse a dormir, creyó que sería

necesario bañarlo. No iba a dejar que se estuviera rozando con sus muebles y sus cosas cuando lo único que sabía era que había estado buscando comida entre los contenedores de la ciudad. Se levantó y el animal lo siguió con la mirada.

—Espero que te guste el agua o entonces, colega, tenemos un problema.

Sin agregar nada más, Frank se encaminó hacia el cuarto de baño, con el perro pegado a sus piernas. Cogió la alcachofa de la ducha y señaló al interior de la bañera.

—Venga, adentro.

El animal lo miró a él primero, para luego pasar a observar la ducha y pasar otra vez a Frank sin inmutarse lo más mínimo. Frank hizo una mueca con los labios.

—Entra. Vamos.

Una vez más, el chucho no se movió. Frank hundió los hombros con un gesto de impotencia. Hasta que se le ocurrió algo.

—¿Quieres más pizza? ¿Sí? Pues entra ahí.

Sin que tuviese que añadir ningún argumento más, el perro entró en la bañera dando un ágil salto. Antes de que pudiese cambiar de opinión, Frank ya había abierto el agua caliente y el animal estaba empapado de nariz a rabo.

Lo frotó a conciencia, y el perro lo salpicó todo cuando acabó con el último enjuague. Pese a que había dejado el baño hecho un asco, y a él también, Frank no podía dejar de sonreír. Tomó una toalla vieja del mueble bajo el lavabo y se arrodilló frente al chucho para terminar de secarlo.

—Tengo que ponerte un nombre, tío. ¿Elegimos uno que te guste?

El animal se relamió los labios y enderezó las orejas aún mojadas.

Frank torció el gesto, pensativo.

—No creo que te vaya bien Bobby. O Toby. O nada que se le parezca. ¿Rocky, quizás? —le preguntó, como si el animal pudiese contestarle de alguna manera. Medio distraído, Frank continuó secándolo—. No, no creo. ¿Sansón? ¿Thor? ¿No te gusta ninguno? ¿Nada?

El animal emitió un sonido a modo de respuesta, más parecido a un bufido que a otra cosa.

—Entonces, veamos... ¿Athos? ¿Y Capitán? Me gusta como suena. Capitán. Es contundente.

El perro abrió desmesuradamente la boca, como si se le hubiese escapado un bostezo.

—¿Te aburres? Pues aquí no se va nadie a la cama hasta que no decidamos tu nombre, que te quede claro. No voy a estar usando *perro* para dirigirme a ti.

Siguió con su tarea de secarlo, con la mente dándole vueltas a qué nombre podría ponerle a aquel nuevo inquilino que se iba a instalar en su apartamento. Torció el gesto antes de volver a hablar.

—¿Qué tal Pepper?

Las orejas del animal se enderezaron al momento, ladrando a la vez con energía.

—¿Te gusta Pepper? —preguntó con esperanza—. No será porque quieres irte ya a dormir y me estás dando la razón como a los locos, ¿verdad?

De nuevo la respuesta fue un ladrido. Frank dejó a un lado la toalla, ahora empapada, y miró de frente al animal, tomando ambas mejillas entre sus manos y acariciándolo con sus pulgares.

—Muy bien. Entonces serás Pepper. Bienvenido a mi casa.

CAPÍTULO 4

Frank se despertó sintiendo una extraña humedad en la mejilla, seguida de un cosquilleo. Apretó los ojos y levantó un poco la cabeza de la almohada. Entonces oyó un bufido a su lado, justo en su oído. Cuando abrió los párpados, una intrigada cara canina lo sorprendió por un momento.

—¡Joder, qué susto me has dado! —rezongó, con el corazón desbocado, para dejar caer de nuevo la cabeza contra la almohada.

El animal volvió a bufar cerca de su oreja, y Frank hizo un gesto de desagrado. Alargando la mano para tomar el móvil que solía dejar todas las noches en la mesilla, miró la hora con ojos entornados. Eran las siete y media de la mañana. Dejó el aparato de nuevo sobre la superficie con un golpe más fuerte del necesario y levantó una ceja para mirar al perro, que no dejaba de observarlo a su vez con aquellos enormes ojos que se asemejaban a dos canicas brillantes.

—Son las siete y media, colega. ¿Qué es tan urgente?

Tras un breve instante, Frank entendió que, si no quería recoger algún estropicio del suelo de su apartamento, sería mejor levantarse y sacarlo a la calle. Cuando puso los pies en el suelo, Pepper pegó un par de brincos hacia atrás, ladró una única vez y se agachó sobre sus patas traseras, mientras mantenía estiradas las delanteras, como si fuese a saltar de un momento a otro, meneando la cola sin descanso. Frank lo miró por el rabillo del ojo, con gesto contrariado.

—Ya voy, ya voy.

Se puso los pantalones y se pasó por la cabeza la misma camiseta que había dejado en la silla la noche anterior. Antes de poder llegar a la puerta de la habitación, Pepper ya estaba en la entrada del apartamento, dando vueltas en círculos, inquieto.

El perro observó con interés cómo Frank agarraba las llaves y las metía en

la cerradura. Aún no había terminado de abrir la puerta cuando Pepper ya estaba escabulléndose por el hueco para correr escaleras abajo sin esperar a que Frank saliera del apartamento.

—Ya que me has despertado podrías esperarme —dijo Frank en voz baja, aunque hubiese deseado gritárselo al animal que corría hacia el vestíbulo del edificio. Se quedó paralizado sin saber bien qué hacer: si ir tras él o quedarse allí. Sintiendo ahora responsable de aquella bola de pelo, Frank echó la cabeza hacia atrás y tomó aire antes de disponerse a bajar las escaleras.

Alguien había dejado la puerta del edificio abierta, así que el perro ya había salido cuando Frank llegó al rellano de la planta baja. Acababa de asomar la nariz por la calle cuando vio a Pepper regresar por la acera, con un pequeño y alegre trote, las orejas en alto y lo que a él le pareció una sonrisa de satisfacción perruna dibujada en su hocico. Frank se llevó las manos a la cintura.

—¿Ya estás listo? ¡Vaya velocidad! Mañana te doy las llaves y así no me despiertas, ¿de acuerdo? —Aunque su voz sonaba a enfado, en realidad no se sentía así. Se acercó a él para acariciarle la cabeza. El animal se sentó y cerró los ojos, visiblemente complacido con sus atenciones.

Frank dio media vuelta y se palmeó el muslo.

—Volvamos arriba. Aún puedo dormir un poco más antes de que suene el despertador.

Para cuando hubo caído de nuevo sobre su confortable colchón, tras despojarse de su ropa, Frank supo que iba a ser misión imposible volver a dormirse, porque Pepper se iba a encargar de que así fuera. El perro entraba y salía del dormitorio; llegaba hasta el borde del colchón, posaba en el suelo sus cuartos traseros y, muy erguido, clavaba su mirada sobre Frank para emitir un sordo resoplido, una y otra vez.

Harto ya de aquel ir y venir, Frank intentó esconder su cabeza debajo de la almohada, ahogando así un gruñido de frustración, a la espera de que el perro se cansara y lo dejara dormir un poco más. Pero fue inútil: Pepper insistió y, para desdicha de Frank, el perro comenzó a olisquearlo en la porción de

hombro que la almohada no cubría. Sacó la cabeza y miró al animal con ojos entornados.

—¿Va a ser así todas las mañanas? ¿En serio?

El perro, como única respuesta, ladró una sola vez y acercó la nariz hasta su cara. Por mucho que lo intentó, y aun teniendo razones como tenía, no podía enfadarse. Bajó de la cama y se encaminó hacia el salón, con Pepper siguiéndolo de cerca. Normalmente se levantaba temprano, pero esa hora era ridícula. Su jornada laboral solía comenzar sobre las ocho y media o nueve de la mañana, cuando los vecinos ya habían partido hacia sus trabajos y los niños a los colegios. Así no corría el riesgo de importunar a nadie, ni que nadie lo importunara a él con subidas y bajadas por las escaleras. Llegó a la cocina, cargó la cafetera con un poco más de café de lo habitual y la puso en marcha.

Cuando se giró, Pepper estaba allí, mirándolo con fijeza, con la lengua asomando por la comisura de la boca.

—Bueno ¿qué? Ya estoy levantado.

Pepper se acercó más a él. El olor del café recién hecho comenzó con rapidez a llenar la cocina. Frank no pudo evitar sonreír al ver a aquel animal allí sentado esperando, con total seguridad, que él le diera algo de desayunar. Lo cual lo llevó a pensar en lo vacía que tenía la despensa. Apretó los labios y cruzó los brazos delante de su pecho, pensativo. Iba a tener que adelantar la visita al supermercado para proveerse de víveres, tanto para él como para su nuevo inquilino.

Girándose, tomó una taza del estante y se sirvió el café humeante, al que dio un sorbo casi sin pensar.

—¡Joder, que quema! —exclamó retirando la taza de sus labios con un rápido movimiento. Posó la mirada sobre el perro y le sonrió—. Voy a darme una ducha y esperaremos a que el supermercado haya abierto. Hay que comprarte algunas cosas, ¿de acuerdo?

La única respuesta que obtuvo Frank fue un sonoro y enérgico ladrido, acompañado de un pequeño salto que lo hizo estallar en carcajadas ante tal muestra de entusiasmo.

La primera parada que planeó hacer fue en una tienda de animales cercana. No podía llevar al perro suelto, o corría el peligro de que alguien le llamara la atención o avisara directamente a la policía. Y no pensaba ir por la calle con el perro atado con una simple cuerda. Además, suponía que iba a necesitar algunas cosas más para el día a día, a no ser que quisiera que Pepper bebiera y comiera en ensaladeras de plástico. Otro punto importante era que debía llevarlo a un veterinario. Había estado rondando Dios sabía cuántos días por las calles, hurgando entre la basura y durmiendo entre cartones. Que estuviera sano y que no tuviera ninguna enfermedad era primordial. Con seguridad, en la tienda le podrían dar referencias de alguno que hubiese por la zona.

Giró la esquina y miró en ambas direcciones antes de seguir calle abajo. Sabía que había una tienda de animales domésticos a un par de manzanas de su casa. Recordaba haber visto a niños con las narices pegadas al cristal cuando, hacía tiempo, todavía estaba permitido mostrar a los animales en el escaparate. Caminó con tranquilidad, con Pepper que le seguía el paso a su lado. De vez en cuando lo miraba por el rabillo del ojo para asegurarse así de que el perro continuaba junto a él. Y así era: Pepper caminaba con un ligero trote, la cola levantada y el hocico bien alto, con una pose casi orgullosa. Sonriendo, siguió adelante.

Cuando llegó a la tienda se detuvo en la puerta. Por regla general, los animales no podían entrar en los establecimientos públicos, pero dado que era tienda una específica para ellos, creyó que no importaría que Pepper entrara. Empujó la puerta de cristal y miró al perro.

—Adelante, chico—. Y el animal pasó delante de él con paso ágil.

Diferentes graznidos de pájaros exóticos y suaves ladridos de perros pequeños le dieron la bienvenida. Frank paseó la mirada por el amplio local. A su derecha, a unos pocos metros, había una pared llena de peceras que emitían un burbujeo constante; algunas estaban vacías y en otras había diminutos peces de brillantes colores que nadaban sin descanso. Cerca de los peces había unos terrarios iluminados con brillantes focos, que creyó saber que eran para mantener calientes a sus inquilinos. A su izquierda, al fondo del

local, había unos compartimentos hechos con paredes de cristal en los que parecía haber algún animal. Pepper se había dirigido hacia allí y Frank fue detrás de él antes de que pudiera ocasionar algún estropicio.

Lo alcanzó delante de un vidrio de poco más de un metro de alto, que cercaba un pequeño espacio cuadrado y sin techo. Dentro, tres pequeños cachorros de una raza que no pudo identificar se habían acercado hasta donde estaba Pepper. Frank sonrió con ternura al verlos. Eran encantadoras bolitas de pelo que se pisoteaban los unos a los otros para ocupar el espacio que había justo enfrente de Pepper. Su perro los miraba con interés, las orejas levantadas y la lengua colgándole por la comisura de la boca. Pepper levantó una pata y la colocó sobre el cristal, y los cachorros al otro lado intentaron imitarlo sin éxito: al levantar las patitas, los tres cayeron de lado, como si fueran unas pequeñas y peludas fichas de dominó. Frank tuvo que reprimir la carcajada que le nació en el centro del pecho. Se obligó a desviar la vista y dejar de mirar a los cachorros haciendo monerías.

La tienda estaba vacía, a excepción de una única clienta que estaba siendo atendida por la dependienta. Era una mujer unos diez centímetros más baja que el metro ochenta que medía él. Una abundante melena pelirroja, ligeramente ondulada, le llegaba un poco más allá de los hombros y una mochila colgada de su espalda. Ninguna de las dos mujeres se había percatado de su presencia allí, así que Frank se acercó hasta el mostrador.

La dependienta, una joven con el pelo corto y muy rizado, dejó a la mujer por unos instantes y, sonriéndole, se dirigió a él.

—En unos momentos estoy con usted —le dijo con una voz amable y bien modulada, acompañada de una sonrisa franca. Frank asintió, dispuesto a esperar su turno. La joven desvió de nuevo su atención hacia la mujer que estaba atendiendo—. ¿Cómo está Bluebell?

—¡Oh, está muy bien! Es la dueña de la casa —le respondió ella mientras palmeaba con suavidad sobre el cristal.

La cabeza de la dependienta se movió en una serie de exagerados gestos de asentimiento.

—Tú mejor que nadie tienes que saber que los gatos son así. Nosotros, humildes mortales, somos sus esclavos —la escuchó decir. Un instante después, la mujer añadió—: Espera un momento, voy al almacén a por tu pedido. Lo tengo casi listo.

Y desapareció por una puerta de la que Frank no se había percatado hasta ese momento, disimulada por un gran poster de un perro que parecía guiñar un ojo.

Pepper eligió ese momento para regresar a su lado. Se sentó junto a sus pies, dispuesto a hacerle compañía en la espera. Frank le rascó la cabeza y Pepper le obsequió con una amplia sonrisa canina y un suave jadeo.

La clienta giró despacio la cabeza hacia ellos, casi de manera casual. Frank pudo fijarse en algo más que su espalda y su precioso color de pelo. Era una mujer joven: no debía de tener más de treinta años; con una piel clara y luminosa, unos llamativos labios de un rosado natural y una encantadora sonrisa prendida en su boca. Cuando los ojos de ella recayeron en el perro, un gesto de desconcierto cruzó su hermoso rostro.

—Yo te conozco —le dijo sin dejar de mirarlo, girándose un poco hacia él. Pepper la miró a su vez para volver la vista hacia Frank—. ¡Sí, eres tú!

Frank dio un paso adelante, como si con ese gesto quisiera interponerse entre esa mujer y su perro. Ahora que había tomado la decisión de adoptar a Pepper, no le gustaría tener que renunciar a él porque su dueña hubiese aparecido, salida de la nada.

—Perdona, ¿lo conoces? —preguntó no sin cierta inquietud.

La joven levantó la mirada y clavó sus expresivos ojos en él. Hizo un único gesto afirmativo con la cabeza.

—Ha estado merodeando cerca de donde trabajo. ¿Es tuyo?

Frank comenzó negando para cambiar de idea al momento.

—No. Bueno, ahora sí que es mío. Parece que le soy bastante útil a la hora de conseguir comida.

Una preciosa sonrisa apareció en el rostro de la mujer, iluminándole los

ojos. Frank se vio sonriendo a su vez sin saber bien por qué. Despacio, con unos movimientos muy precisos, ella se arrodilló ante Pepper para tomar con delicadeza la cabeza del can entre ambas manos.

—Así que has encontrado a alguien, ¿no? —le dijo en tono bajo, como si no quisiera que nadie más la escuchara hablar, mientras sus dedos acariciaban las orejas del perro.

Frank se movió un poco para poder observarlos a ambos con más detalle. Pepper tenía la lengua fuera, en un gesto que Frank le había visto hacer cuando algo parecía gustarle mucho, mientras jadeaba ligeramente. Se dejó mimar por la mujer, aceptando sus arrumacos con mansedumbre.

—Eso parece —respondió Frank.

La joven levantó la cabeza, mirándolo desde abajo y aún arrodillada frente al perro.

—Tiene suerte. Muchos perros como él terminan en la perrera y...

El ánimo de Frank se ensombreció por un momento. Pepper apenas llevaba en su vida unas horas y él no podía conciliar la idea de que ese final, que apenas le había insinuado la mujer, podría haber sido el que corriera *su* perro. Porque ahora era suyo.

—Sí, ya. Lo pillo —masculló él, moviéndose incómodo y clavando la mirada en la puerta de salida.

—Pretendió que le diera mi desayuno —dijo ella con ligereza y con un tono más jovial, rompiendo así con el ambiente algo fúnebre de unos segundos atrás—. Se largó cuando le dije que no, que nada de azúcar.

Agachando la cabeza, Frank reprimió una carcajada hasta que se vio asintiendo con rotundidad.

—Me lo creo. Creo que me lo gané cuando se comió lo que sobró de mi barbacoa. O tal vez fue cuando se terminó mi pizza, no lo tengo muy claro.

La mujer los miró alternativamente hasta que se incorporó para tenderle la mano acompañada de la sonrisa que parecía no querer abandonar sus labios en ningún momento.

—Soy Ali.

Frank clavó su mirada en la mano tendida ante él. Era una mano delgada, con dedos largos y elegantes y un anillo de metal en el dedo índice. Cuando se dio cuenta de que estaba tardando en corresponder al saludo, se apresuró a estrechársela.

—Frank.

Notó cómo Ali sostenía su mano con energía. No fue un saludo laxo y blando; al contrario, resumaba vigor y determinación, asegurando el contacto. Se miraron por unos momentos a los ojos: los de ella eran de un intenso color verde que reclamaban de manera inconsciente su atención. Incapaz de dejar de mirarla, Frank se sintió repentinamente estúpido, con aquel esbozo de sonrisa en sus labios.

Después de un tiempo, que a Frank le pareció demasiado corto, Ali retiró su mano para volver a mirar a Pepper.

—Deberías llevarlo al veterinario. Se ve sano y limpio, pero estaría bien asegurarse.

Frank tardó varios segundos en regresar sus ojos a Pepper.

—Sí, debería hacerlo —corroboró con un lento gesto de la cabeza, mientras escondía sus manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

La chica pareció recordar algo en aquel instante, a tenor de la expresión que surcó su rostro. Echó mano de la mochila que llevaba colgada a la espalda, metió la mano en ella, sacó una pequeña cartera y de ahí extrajo un pequeño rectángulo de cartulina blanca.

—Toma —le dijo a la vez que le tendía la tarjeta y él la cogía para leerla. Aliena Ruslan. Veterinaria. Y la dirección de lo que suponía sería su consulta. Frank apretó los labios, conteniendo una mueca burlona.

—Vaya, una veterinaria —comentó—. Debe de ser mi día de suerte.

La expresión del rostro de la mujer mudó por completo: abrió los ojos de manera desmesurada y gesticuló delante de su pecho, como si quisiese parapetarse detrás de sus manos.

—¡Oh! No... No creas que te lo digo por... porque quiera un nuevo cliente, claro está. Pero...

Por supuesto, Frank entendía lo que ella quería decir. Era algo sensato y juicioso. Asintió, convencido.

—Ha estado vagando por las calles solo Dios sabe cuánto tiempo, me hago la idea, sí.

La respuesta pareció tranquilizarla. Ella apretó los labios en una graciosa mueca.

—Exacto.

—Era algo que ya tenía pensado hacer —respondió Frank buscando con la mirada a Pepper, que parecía muy interesado en el intercambio de palabras de los dos.

La dependienta eligió ese momento para regresar del almacén, con una pequeña caja entre sus brazos que dejó de inmediato sobre el mostrador, delante de Ali.

—Siento haberte hecho esperar. Aquí está todo lo que me encargaste.

—No pasa nada —dijo la mujer.

Intentando no prestarle demasiada atención, Frank la vio abonar la compra. Ali cogió la caja entre sus brazos y le sonrió cuando pasó por su lado. Antes de salir, empujando la puerta con el hombro, se giró hacia él.

—¿Tiene ya un nombre? —preguntó alzando la voz para que él pudiera oírla.

Frank se vio moviendo la cabeza con seguridad y le respondió en el mismo tono vigoroso.

—Sí. Pepper.

Los labios de Ali se curvaron con una graciosa mueca.

—Pepper. Es bonito —le dijo—. Bien, Pepper, espero volver a verte.

Por el rabillo del ojo Frank vio que Pepper hacía un intento de incorporarse, pero pareció pensárselo mejor y siguió sentado, aunque su rabo comenzó a moverse como si quisiese limpiar el suelo con él. Frank regresó la

mirada hacia la mujer que estaba a punto de marcharse y asintió.

—Creo que está de acuerdo.

Ali lo obsequió con una última sonrisa y un gesto de reconocimiento antes de abandonar el local.

Frank continuó por unos instantes con la mirada fija en la puerta. Como si se hubiese dado cuenta en ese momento del trozo de papel que tenía en la mano, volvió a leer la tarjeta.

—¿Puedo ayudarle en algo? —oyó decir a la dependienta.

Frank volvió a concentrarse en lo que le había llevado hasta allí. Con una sonrisa en sus labios, que parecía no querer marcharse, se guardó en el bolsillo trasero de su pantalón la tarjeta que acababan de entregarle.

Con cierta dificultad, porque no llegaba bien a agarrar el pomo, Ali abrió la puerta de la clínica. El tintineo de una campanilla anunció su llegada. Casi de inmediato, el rostro de una chica joven apareció por la pequeña ventanilla que había en el vestíbulo.

—¿Qué desea...? ¡Ah, eres tú! —exclamó. La joven se enderezó y corrió a su encuentro.

Con los brazos ya cansados por el peso de la caja, Ali resopló con fuerza. Se adentró en el recibidor para encontrarse cara a cara con la muchacha.

—¿Puedes ayudarme, Shirley?

Con presteza, la mujer estiró los brazos hacia ella y Ali le traspasó su pesada carga.

—¡Joder, no creí que fuera a pesar tanto! —reconoció Ali.

—¿Qué traes aquí? —preguntó Shirley mientras giraba sobre sus talones y entraba por un pasillo hacia la zona de las consultas, con Ali detrás de ella.

Habían contratado a Shirley tres años atrás, cuando ella, Sean y Jimmy comprendieron que no podían atender a las consultas y a la recepción de pacientes ellos mismos. Shirley se encargaba de las citas y la agenda, del inventario y de llevar al día la contabilidad. Era una chica jovial, con un gran

espíritu emprendedor y una eterna sonrisa dibujada en su amigable rostro; tenía una larga melena rubia y era más alta que ella. Habían hecho buenas migas casi desde el principio y Ali pensaba que ya no sabrían qué hacer sin ella.

—Cosas que había encargado para Bluebell.

Shirley dejó la caja en un rincón y se giró hacia ella.

—¿Dónde están Sean y Jimmy?

—Sean está con un paciente que se ha pinchado la pata con un clavo. Jimmy está detrás, con las curas.

Ali le sonrió y pasó junto a ella, en dirección hacia donde se encontraba su amigo Jimmy con los animales a los que debían ver ese día. Traspasó el umbral de la sala de tratamientos y lo vio junto a la mesa de operaciones, con el perro que habían atendido una semana atrás, curándole los puntos de la intervención a la que lo habían sometido. Estaba absorto en su trabajo, y Ali carraspeó para advertir su presencia antes de llegar hasta él.

—¿No te ibas a tomar el día libre? —le preguntó su amigo sin dejar de prestar atención al husky siberiano que tenía sobre la camilla, que lo miraba con sus brillantes ojos color cielo.

Ali asintió, aunque Jimmy no podía verla.

—Sí, pero me he pasado para dejar unas cosas aquí. Tengo que regresar a casa para cambiarme antes de ir a la peluquería, y luego me marcho a Boston.

Jimmy levantó la cabeza y la miró por encima de su hombro.

—¿Para qué vas a la peluquería? Tienes el pelo perfecto.

—¿No os dije que quería probar un nuevo color? —le respondió con cierto retintín en su tono de voz.

Dejando el instrumental junto al perro, Jimmy se giró para mirarla de frente.

—¿Lo decías en serio?

Ali arrugó la nariz.

—¡Por supuesto que lo decía en serio! Quiero cambiar un poco. No hay

nada de malo en ello.

Jimmy palmeó con suavidad el costado del husky y el perro continuó tumbado en la camilla.

—No, claro que no hay nada de malo en ello. Eres mayorcita, no esperes que te llenemos los oídos diciéndote que eres muy guapa tal y como estás ahora y que no deberías cambiar ese impresionante color de pelo que muchas mujeres, y algunos hombres, envidiarían poder tener.

—Estás intentando picarme, ¿verdad? —quiso saber Ali a la vez que cruzaba los brazos delante de su pecho.

—¿Y funciona?

—Ni por asomo —aseguró ella levantando la barbilla y mordiéndose el interior de la mejilla para no terminar riéndose.

Con un exagerado gesto, Jimmy echó los hombros hacia adelante. Llevaba el pelo recogido en una pequeña coleta atada a la nuca y el uniforme azul de enfermero. Se acercó hasta él y, alzándose de puntillas, le dio un beso en la mejilla.

—Nos veremos mañana. Y despídeme de Sean.

Una sonrisa ladeada apareció en los labios de Jimmy.

—Lo haré —oyó ella que le respondía cuando ya estaba de camino hacia la puerta. A lo que él añadió—: ¡Conduce con cuidado y ten ojo con dónde te metes en Boston! ¡Esa ciudad está llena de delincuentes! ¡Acuérdate de esa peli que vimos el otro día, la de los ladrones vestidos de monjas!

Con la vista clavada en la puerta que estaba delante de ella, Ali agitó la mano y se despidió de él sin volver la vista atrás.

—Sí, mamá.

Volvió a mirarse en el pequeño espejo retrovisor de su coche por tercera vez en aquel minuto. El color de pelo que la peluquera había elegido para ella le resultaba perfecto. Ali le había dicho que no quería nada demasiado llamativo y que quería que fuese algo muy natural. El resultado fue un rubio

con ciertos reflejos color miel que casaban a la perfección con el tono claro de su piel. Estaba encantada con el aspecto que le ofrecía el espejo. Se atusó el flequillo largo a un lado de su rostro y sonrió. Feliz, con el ánimo por las nubes, dejó de mirarse, encendió el motor del coche y salió del aparcamiento rumbo a la reunión semestral de la comunidad rusa de Massachusetts.

Aunque ella había nacido en Norteamérica hacía poco más de treinta años, y se sentía orgullosa de ello, su abuelo paterno le había inculcado el amor por su Madre Patria. En su casa se había hablado de Rusia como el hogar, y Ali había crecido oyendo contar a su abuelo miles de historias de cómo creció allí y cómo tuvieron que salir de Moscú, huyendo de la expulsión a la que el gobierno ruso sometió a miles de miembros y simpatizantes del partido comunista en los años treinta. Su abuelo y su familia habían estado entre ellos, junto con otros cientos de personas que eligieron los Estados Unidos porque allí tenían ya familiares que habían emigrado a comienzos del siglo anterior.

Cuando arribaron al país, muchos de esos ciudadanos rusos se desperdigaron por los alrededores de Boston, pero se las apañaban para continuar en contacto tantas décadas después. Aquellos niños y jóvenes llegados poco antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando crecieron, siguieron inculcando en sus hijos y nietos, nacidos y criados ya en tierras estadounidenses, el amor por su lugar de origen y por su cultura.

Así era como Ali se encontraba de camino hacia la reunión que iban a tener en Boston. Los miembros que eran naturales de aquel lejano país, pero en cierto modo tan cercano en el corazón, apenas llegaban ya a la veintena. Eran hombres octogenarios, integrados por completo en la sociedad que los había acogido, pero que aún continuaban hablando en ruso cuando se reunían y que tenían en el vodka la medicina para sus achaques, producidos casi todos por la edad.

Cuando las señales de tráfico le avisaron de que estaba entrando en el centro de la ciudad, Ali miró de reojo la pantalla del navegador, para asegurarse de que seguía correctamente las indicaciones. La última vez que la comunidad se había reunido en Boston, ella se había perdido buscando el hotel

en donde habían alquilado un salón. Le llevó más de media hora encontrarlo, perdida por el vecindario. No quería que le pasara una vez más.

Quince minutos después, satisfecha consigo misma por haber encontrado el edificio sin dar muchas vueltas, Ali dejaba su automóvil estacionado en el aparcamiento. No iba a quedarse a pasar la noche, a fin de cuentas Boston solo distaba cincuenta minutos de Newburyport, pero era de agradecer que los organizadores de la reunión hubieran pensado en aquellos que venían de fuera y para quienes, muchas veces, era un engorro buscar un lugar donde poder dejar su vehículo. Sintióse de buen ánimo, bajó del coche y se encaminó al vestíbulo del hotel.

No tardó en averiguar hacia dónde tenía que ir: un enorme cartel sobre un caballete indicaba a los recién llegados el salón en el que iba a tener lugar la reunión y hacia allí se dirigió, con un caminar de pasos cortos pero firmes, sobre unos tacones de mediana altura, el bolso en el hombro y sintióse segura de sí misma.

Antes de llegar a la puerta del salón vio varios rostros conocidos; rostros que hacía casi seis meses que no veía. Amigos de su infancia, cuando su abuelo la llevaba a esas reuniones y ella se dedicaba a corretear entre las sillas junto con otros niños y niñas de su misma edad, cuyo único interés en esos momentos era divertirse y robar algunos Korovka Roshen de la mesa de las golosinas.

Vio a lo lejos a Nadia, una chica unos pocos años mayor que ella, a la que recordaba haberle jalado de sus largas trenzas rubias mientras jugaban, y que ahora era una ejecutiva en alguna empresa de Boston que no alcanzaba a recordar. La saludó con la mano y una exagerada sonrisa en sus labios, y continuó andando hacia el salón.

Un hombre entrado en años y en kilos, con las mejillas sonrosadas y una abundante mata de pelo de un blanco níveo, le dio la bienvenida con dos sonoros besos en las mejillas y un apretón en ambos hombros.

—¡Aliena, pequeña! —exclamó con un fuerte acento—. ¡Es un gusto tenerte aquí!

Ella le sonrió con sincera amabilidad. Yuri había sido amigo de su abuelo y era de los pocos miembros que quedaban en la comunidad que habían llegado desde Rusia siendo unos niños.

—¡Estás estupendo, Yuri! —contestó ella, alejándose un poco para mirarlo de arriba abajo con genuino interés—. Yo también me alegro mucho de verte. ¿Cómo está Katia?

La sonrisa del hombre se desvaneció de inmediato de su rostro y su mirada se tornó triste al momento.

—Mi pobre Katia falleció hace cinco meses, querida.

Aliena se quedó sin palabras, con la boca medio abierta y los ojos fijos en el anciano bonachón que tanto le había hecho reír cuando era pequeña.

—No tenía ni idea, Yuri. Lo siento de veras.

Yuri bajó la cabeza, asintiendo con comedidos movimientos.

—Lo sé, Aliena. Fue algo muy rápido. Un cáncer, ¿sabes? Se la llevó un cáncer. Mi pobre Katia.

Ali sintió lástima por aquel hombre que tan bien la conocía.

—De verdad que lo siento.

—Gracias, Ali —le respondió. Su expresión cambió de nuevo, forzando una sonrisa—. No estamos aquí para nada triste, sino para celebrar el cumpleaños del viejo Dimitri. ¿Te puedes creer que cumpla ya ochenta y siete? ¡Quién lo diría! ¡Si hace nada que cumplió los sesenta!

El hombre señaló con un gesto de la cabeza hacia un grupo que departía amigablemente en el fondo del salón, cercano a una mesa. Allí, entre los invitados, estaba Dimitri Bogdánov, un hombre alto, elegante y con cara de pocos amigos que, como bien había referido Yuri, no parecía que acabase de cumplir ochenta y siete años, y al que iban a agasajar en esa reunión de la comunidad. Dimitri también había sido amigo íntimo de su abuelo Nikolay. Esa era otra de las razones por la que ella no podía perderse aquella celebración.

Ali se giró hacia el anciano Yuri, sonriendo.

—Voy a por algo de beber. Si me disculpas.

El hombre asintió con un enérgico cabeceo y se dedicó a saludar a los nuevos asistentes que iban llegando.

Con un gesto casi inconsciente, Ali se colocó en el hombro el bolso que había ido resbalando por su brazo hasta acabar enganchado en el hueco de su codo. Anduvo hacia la mesa donde estaban las viandas y echó un vistazo a todo lo que allí había expuesto para que los asistentes tomaran lo que les apeteciera. Los rusos no celebraban ningún evento sin que hubiese comida y bebida en abundancia para todos. Y tenían fama de gozar de un buen apetito, algo que ella había heredado, sin duda, de su abuelo paterno. Aliena miró alrededor con cierto disimulo, para comprobar si los invitados ya habían comenzado a comer. Los *pirozhki* tenían un aspecto estupendo, así como las distintas variedades de queso que ella sabía que habían importado para la ocasión. Le apetecía probar de todo, pero se decidió, para comenzar, por una versión reducida de un *blini* que le supo a poco.

Cuando hubo probado dos o tres variedades más de entremeses, se encaminó al lugar donde habían colocado la barra de las bebidas y le pidió una cerveza al camarero que la atendió. Rechazó el vaso que este colocó junto a la botella y dio un largo sorbo mientras escaneaba con disimulo el resto del gran salón.

—Aliena Victorovna Ruslana —oyó decir a su espalda. Conocía de sobra aquella voz. Sin retirar la botella de cerveza de sus labios, se giró sobre sus talones con tanta rapidez que el bolso resbaló de nuevo por su brazo. Entonces su vista recayó en el hombre que había llamado su atención.

Ali bajó el botellín y le dedicó al recién llegado una amplia y espléndida sonrisa.

—¿Tenemos que saludarnos con nuestros nombres completos, Sergei Antonovich Lébedev? ¿Incluso con el patronímico?

El aludido, un joven alto con un pelo tan rubio que casi parecía no existir y una nariz algo puntiaguda que no podía ocultar su ascendencia eslava, le ofreció una sonrisa igual de amplia y la besó en ambas mejillas con

efusividad.

—Vivimos en la misma ciudad y hace cuánto que no nos vemos, ¿seis, siete meses?

—Desde la anterior reunión de la comunidad —respondió ella, aún con la cerveza en la mano.

Sergei dio un paso hacia atrás para mirarla de arriba abajo.

—Estás estupenda, Ali.

Ella frunció los labios con una encantadora mueca.

—Siempre viene bien que te adulen.

—Lo digo en serio —le aseguró él con una sonrisa que asomó por sus ojos grises.

Sergei era un amigo de la infancia, unos pocos años más joven que ella. Lo recordaba de niño, colgándose de su espalda cuando todos se reunían. Ali se acordaba de haber lloriqueado y haberse quejado cuando el pequeño Sergei la seguía y ella tenía que cuidar de que no le pasara nada. Su relación cambió conforme ambos fueron creciendo y Sergei se convirtió en un buen amigo con el que charlar. A menudo, siendo ya adolescentes, se aliaban para chingar a Nadia. Sus vidas comenzaron a tomar rumbos distintos cuando Ali se fue a la universidad y él quedó en Newburyport. Y aunque esa amistad había continuado con los años, ahora sus encuentros se reducían a las reuniones de la comunidad.

—Vale, pues muchas gracias —le contestó. Se llevó la cerveza a los labios y dio un nuevo trago antes de señalar al hombre frente a ella con un gesto de la cabeza.

—¿Qué tal va todo?

Una sonrisa pagada de sí misma apareció en el lánguido rostro de su amigo.

—No podía irme mejor.

—¿Sigues trabajando para Kozlov?

Sergei asintió con energía.

—Sigo.

La cerveza de Ali se acabó y, haciéndole un gesto a Sergei, se volvieron hacia la barra y ambos le pidieron al camarero nuevas bebidas.

—¿Cómo está el viejo Kozlov? —preguntó Ali sin mirarlo mientras el camarero les entregaba dos frías cervezas y ella volvía a rechazar el vaso que le tendían. Sergei echó mano también de una y le agradeció al camarero con un gesto.

—Para un hombre de su edad, está francamente bien.

Recordaba a la perfección a Ivan Kozlov, el jefe de Sergei. Recordaba tardes de invierno sentada en las rodillas de Kozlov cuando este iba a visitar a su abuelo, escuchándolos hablar sobre la vieja Madre Rusia con nostalgia.

—Me alegro de que se encuentre bien. ¿No ha venido? —le preguntó sin que la sonrisa desapareciera de su rostro.

—No. Mañana tiene una reunión con Charles Donovan.

—¿Con Charles Donovan? —preguntó Ali no sin cierta sorpresa—. ¿El mismísimo Charles Donovan que es dueño de medio Newburyport?

Sergei asintió con contundencia.

—El mismo.

—Joder. Sabía que los contactos de Iván llegaban muy lejos, pero no creía que hasta ahí.

Antes de que él volviese a hablar, Sergei y Ali dieron un nuevo sorbo a sus respectivas bebidas a la vez.

—Iván no deja entrever muchos detalles de sus negocios. Solo a quien le interesa mostrárselo.

Con un gesto de la cabeza, Ali estuvo de acuerdo con él.

—Sí, siempre ha sido así. Lo recuerdo de niña, charlando con mi abuelo, con aquel aire de... frialdad y sabiduría. Me quedaba embobada escuchándolo hablar de su tierra y de sus días de colegio en Moscú.

Sergei no le contestó, atareado con acabar la cerveza que tenía en la mano. Ali terminó la suya y miró la botella vacía.

—Y dime, ¿cuál es el orden del día? —preguntó Ali.

Su amigo se encogió de hombros con un brillo travieso en sus ojos.

—¿Hay algún plan más que beber y comer hasta que no podamos más?

Aliena echó la cabeza para atrás y rio con ganas. No, con total seguridad, no había otro plan. Ni otro mejor.

CAPÍTULO 5

Lo habían convocado a esa reunión a las doce en punto de la mañana y ya llevaban media hora de retraso. Respirando profundamente, retiró su mirada del caro reloj que llevaba en su muñeca. No estaba acostumbrado a eso. Nadie solía atreverse a hacer esperar a Iván Kozlov.

Cuando llegaron, una secretaria, amable y sonriente, le había dicho que aguardara junto a Sergei, su asistente, en esa sala en donde se encontraban en ese preciso instante. Tenía que admitir que era un lugar amplio y espacioso, bastante cómodo y con una vista increíble al río Merrimack y a la avenida que lo bordeaba. El bullicio a esa hora de la mañana parecía ser menos con la apariencia de calma de las aguas del río, de un azul oscuro tan intenso que parecía insondable. Algunos viandantes caminaban tranquilos, disfrutando de la jornada veraniega que ya se adivinaba. Otros tantos se aventuraban a tomar el sol en las terrazas que los numerosos bares colocaban cuando llegaba el buen tiempo. Sin lugar a dudas, era el mejor sitio de Newburyport para tener un complejo de oficinas como ese, en donde la Riverside Corporation tenía su sede.

La secretaria, con toda la cortesía de la que había sido capaz y acompañada de la misma y radiante sonrisa, le había dicho antes de marcharse que tenía a su disposición el minibar, que estaba hábilmente camuflado dentro de un mueble que, por su aspecto de cara antigüedad, debía haber cumplido ya los cien años. Iván chasqueó la lengua y miró en dirección a la ventana. ¡Qué lástima estropear algo tan hermoso como aquel objeto, convirtiéndolo en una simple nevera!, pensó con cierto desdén, mientras paseaba sus ojos entornados por la sala. Podían tener mucho dinero, podían tener muchas influencias, en efecto; pero no tenían ni el más mínimo sentido del gusto.

Iván acarició con la yema de los dedos los reposabrazos del sillón de cuero, como si se hubiese tratado de una hermosa mujer. A pesar de su edad, y

de los muchos años que había trascurrido desde la muerte de la última mujer que le importó, no había olvidado ni por un instante el tacto de una suave piel femenina y cuántas sensaciones habían despertado en él a lo largo de toda su vida. Entre las pocas cosas de verdad buenas que había vivido en su dilatada existencia, las mujeres, en general, habían ocupado un lugar de honor. Se había casado tres veces, y con ninguna de ellas fue bendecido con un hijo al que dejar su apellido y su empresa. Tardó en aceptar que jamás lo tendría cuando su tercera mujer murió, así que sus esfuerzos se centraron en su trabajo y en los negocios. Dejando que los recuerdos vagaran a sus anchas, una sonrisa apareció en sus labios: podía no haber sido agraciado con familia ni hijos, pero había tenido una vida plena y fructífera. Entrelazó los dedos de sus manos delante de sí, para descansarlas sobre su abultado vientre, y cerró los ojos.

Cuando los abrió al cabo de unos instantes, fijó la mirada en su joven ayudante, Sergei, que estaba parado en ese momento junto a la ventana doble que se abría al paseo marítimo de la ciudad. Parecía algo nervioso; o al menos así lo dejaba entrever con aquellas idas y venidas y el movimiento casi compulsivo de estar adecuándose constantemente la corbata y los faldones de la chaqueta.

Había apadrinado a Sergei hacía unos seis años, apenas salió de la Facultad de Derecho, para que le sirviera como asistente personal. El joven no pudo negarse cuando le presentó una oferta más que generosa, unida a sustanciales ventajas sociales que ningún joven que tuviera dos dedos de frente y que pensara en sí mismo y en su futuro podría rechazar. Ahora, Sergei se había convertido en el bastón en que se apoyaba, aun cuando fuera de manera figurada, y era lo más parecido que jamás había tenido a un hijo.

Iván volvió a mirar la hora en el Montblanc que llevaba en la muñeca izquierda y torció el gesto, sintiendo que su paciencia se estaba agotando por momentos. Carraspeó y estiró las piernas. Con ese simple gesto, el dolor que acunaba desde hacía ya años en la rodilla izquierda se hizo más acuciante. Aunque su cumpleaños ya estaba cercano, nadie diría que estaba a punto de

dejar atrás sus ochenta y seis años. Estaba ágil de cuerpo y de mente, y su pelo, aún abundante, era de un blanco níveo. Vestía con pulcritud y cierta coquetería, engalanándose con caros trajes que mandaba confeccionar a un sastre de la Quinta Avenida de Nueva York. Sus maneras eran exquisitas, pulcras y educadas, fruto de la rígida educación a la que fue sometido cuando era niño, y se manejaba siempre con una pátina de decadente elegancia de la cual le había sido imposible deshacerse en toda su vida.

Desvió la mirada hacia el gran ventanal, en dirección al río Merrimack, aunque realmente no tenía su atención puesta en él. Tenía que admitir que la ciudad a la que arribó hacía tantos años se había portado bien con él: lo acogió como a un hijo más cuando llegó de su Rusia natal a finales de los años 30, tras la Gran Purga que obligó a su familia al completo a huir de Moscú. Había pasado toda una vida desde aquello; una vida desde que desembarcaron en Boston, en donde falleció su madre a los pocos días cuando no logró superar la neumonía que contrajo durante el largo trayecto en barco. Fue entonces cuando él y su padre se encontraron en una ciudad en donde no entendían el idioma y no tenían ni un trozo de pan que llevarse a la boca. Newburyport, en donde terminaron recalando después de dar tumbos por varias ciudades más, había sido todo lo generosa que podría haber sido una segunda madre, dándoles cobijo, alimento y un porvenir.

Sergei se movió por la sala, inquieto, con las manos unidas tras de sí y la barbilla levantada, mirando por la ventana, sacándolo de sus cavilaciones.

—Nos están haciendo esperar demasiado —le dijo mientras se giraba hacia él con los labios apretados y las aletas de la nariz dilatadas. Podía apreciar en sus ojos claros, ocultos detrás de sus gafas de diseño y ensombrecidos por el creciente enfado, que su paciencia se estaba agotando—. Esto es inadmisibile.

En ese momento, justo cuando Iván le daba la razón con un escueto gesto de asentimiento con la cabeza, la puerta se abrió dando paso a una mujer alta, con algunas curvas y un largo pelo rubio, que se dirigió hacia él con paso ágil.

—Señor Kozlov, el señor Donovan lo está esperando —le dijo con una amplia y estudiada sonrisa en su afable rostro—. Si es tan amable de

acompañarme.

Iván asintió e intentó levantarse, no sin ciertas dificultades. La rodilla se había enfriado y se negaba a dejar de dolerle. El tiempo de espera allí sentado no le había hecho ningún bien. Sergei se acercó hasta él con rapidez y lo tomó del codo para ayudarlo a incorporarse. Iván se deshizo de su ayudante con un mal gesto.

—Ya puedo yo solo. No soy ningún inválido— rezongó con voz ronca. El joven asistente dio un paso atrás de inmediato ante la orden de su jefe.

En cuanto estuvo incorporado, Iván se irguió en toda su estatura y miró a la secretaria con dureza.

—Indíqueme el camino. Ya he aguardado bastante —le expresó con acritud. La sonrisa que la muchacha había mantenido hasta ese momento en su bonito rostro se disolvió por completo. Dio un par de pasos hacia atrás e hizo un movimiento amplio con el brazo.

—Si es tan amable, señor Kozlov.

Sin molestarse en volver a mirarla, Iván pasó por delante de la secretaria, en dirección al pasillo. La mujer se colocó de inmediato delante de él para indicarles el camino hacia el despacho de Charles Donovan, el dueño y cabeza visible de Riverside Corporation.

Iván sabía muchas cosas de Charles Donovan. En realidad, cualquiera en esa ciudad conocía a la familia Donovan, al menos de oídas. Su padre, Warren, un acaudalado y próspero empresario de Newburyport, había sido un importante benefactor y propulsor del desarrollo urbanístico de la ciudad en los años cuarenta. Muchas de las grandes inversiones inmobiliarias se habían hecho bajo sus auspicios y, en aquella época, le habían tomado por un visionario y un hombre de futuro.

El hijo había seguido la estela dejada por su padre y se había afianzado en el negocio familiar y lo había vuelto más grande y más próspero aún. Había ramificado el negocio inmobiliario en varias filiales y todas ellas gozaban de gran prestigio y fama dentro del estado.

Iván caminó tras el paso firme de la joven secretaria hasta una salita

amplia, amueblada con varios sofás de piel rojiza y una cara alfombra a los pies de estos. La mujer se giró hacia ambos y les hizo un gesto con la mano. Apresuró su caminar hacia una puerta de cristal opaco y desapareció tras ella. Unos segundos después, volvió a aparecer, quedándose bajo el umbral.

—Pueden pasar, si son tan amables —les dijo, con una sonrisa en el rostro mientras que, con su mano izquierda, les invitaba a entrar con un leve movimiento. Iván desfiló delante de ella sin mirarla, seguido de cerca por su asistente. Un momento después, oyó la puerta cerrarse tras de sí.

Iván esperó encontrarse al empresario en ese lugar, pero el despacho estaba vacío. Así que se tomó la libertad de examinarlo a conciencia, como si así estuviese analizando al dueño.

El despacho de Charles Donovan era grande, mucho más que el que él poseía en uno de los edificios de su propiedad, al otro lado de la ciudad. Tenía unos inmensos ventanales, que dejaban entrar toda la radiante luz de ese día de principios de verano, orientados al río y a la marina, que estaba repleta de pequeños veleros de un mástil. Iván paseó la mirada por el lugar con disimulo. Sobre una esquina del enorme escritorio de caoba recién barnizado había una auténtica lámpara de Tiffany y varios utensilios de escritura. Junto a la mesa, dos sillas tapizadas en cuero verde, muy en boga hacía unos treinta años, pero que no habían perdido ni un ápice de su esplendor ni de su prestancia. En la pared, cerca de una puerta, había un sofá del mismo cuero verde que la tapicería de las sillas y, sobre él, un grabado antiguo de la ciudad hecho a plumilla. Todo allí rezumaba solera. Estaba repasando el lugar cuando la puerta junto al sofá se abrió y Charles Donovan hizo entrada en el despacho.

El empresario debía de tener unos cuantos años menos que el propio Iván, no muchos pero sí los suficientes para que en su cabello, que llevaba peinado con pulcritud, se pudiesen apreciar aún vestigios del castaño que fue su color de pelo natural. Era un poco más bajo y con una complexión menos robusta, pero que suplía con el aire de prepotencia de aquel que cree que los demás están por debajo de él, que intimidaba igualmente. Vestía un traje de impecable factura, que Iván reconoció como hecho a medida, y unos zapatos

de cuero negro que resplandecían a cada paso. Con una amplia sonrisa, Donovan se acercó hacia él con un brazo extendido.

—Mi querido Kozlov, ¡por fin volvemos a vernos después de tanto tiempo!

Con el semblante severo, Iván correspondió su saludo y apretó la mano que el magnate le ofrecía, clavando sus ojos claros en él.

—Sí —respondió con parquedad.

Donovan no parecía estar por la labor de soltar su mano.

—¿Cuánto tiempo hace de la fiesta de beneficencia de los Fittz-Simmons en Boston? ¿Siete, ocho años?

Iván apretó los labios y levantó la barbilla. No recordaba cuánto tiempo hacía de la fiesta a la que se refería Donovan. Tampoco era que le importase mucho.

—Puede ser —contestó mientras intentaba desembarazarse del saludo sin que resultara demasiado descortés. Aunque eso tampoco le importaba.

Donovan pareció darse por aludido y soltó la mano de Iván. Con un exagerado movimiento, dio una palmada de pura satisfacción y le ofreció la más amplia de las sonrisas, que a Iván le desagradó en lo más hondo.

—Antes de entrar a hablar de negocios, ¿te apetece un trago? ¿*Whisky*? ¿*Cóñac*? Lo que prefieras. Tengo lo mejor. Traídos desde Europa —le dijo mientras se dirigía con paso ágil hacia un mueble, parecido al que él había visto en la sala de espera. Con un gesto contenido, Iván negó con la cabeza.

—Nada. Muchas gracias.

La mano de Charles Donovan se quedó congelada antes de que pudiera tocar el cuello del costoso decantador de cristal tallado. Lo miró con ojos espantados.

—¿Estás seguro?

Iván alzó la barbilla, en un gesto deliberadamente altanero.

—Prefiero que hablemos de negocios. Porque será para eso por lo que me has llamado y no para invitarme a tomar algo, ¿no es así?

Despacio, Donovan enderezó los hombros y se giró hacia Iván, hasta estar

por completo frente a él.

—En efecto. Negocios. ¿Qué otra cosa podría ser?

Iván no se molestó en contestarle; se limitó a mirarlo con fijeza, intentando figurarse qué había empujado al omnipotente Donovan a requerir de su presencia allí.

Con un estudiado giro sobre los talones de sus zapatos, Donovan se encaminó hacia el enorme sillón de cuero marrón que había tras el escritorio.

—Toma asiento, así podremos hablar más cómodos —le dijo.

Con paso calmado, fruto a partes iguales de su dolor acuciante de rodilla y de una deliberada parsimonia, Iván tomó asiento en uno de los sillones, al otro lado de la mesa.

—Verás —comenzó diciendo el empresario, respaldándose en su asiento y enderezando los hombros tanto como fue capaz. Iván pensó que era un milagro que no se le hubiese quebrado ningún hueso del cuello—, tengo unos amigos, muy buenos amigos y también muy influyentes, con muchas ganas de invertir en nuestra ciudad. Tienen los recursos y el empeño y, sobre todo, tienen el dinero que haría falta para acometer el proyecto que tienen en mente.

No habría prosperado tanto en la vida sin una cierta dosis de curiosidad, recapacitó Iván, así que tal vez debiera mostrar un poco para acabar de saber por qué lo había convocado Donovan. Torció un poco el gesto, simulando una sonrisa.

—Entonces, ¿qué les falta? —preguntó Iván con acritud. La ceja derecha de Donovan se alzó hasta el nacimiento de su pelo al mirarlo.

—Les falta algo que tú tienes —le respondió sin ambages. Y, acto seguido, se levantó para dirigirse hacia uno de los muebles que había cercano al escritorio y que destacaba por encima de cualquier otro que había en la habitación. Iván entendía de antigüedades, y esa era un Chippendale que debía valer una fortuna. Donovan descorrió la puerta de rejilla que había en la parte superior y sacó de él un plano enrollado. Lo llevó hasta la mesa y lo extendió sobre ella. Con un pisapapeles de cristal de cuarzo lo sujetó por un extremo y utilizó su mano para aguantar el otro. Iván se levantó con dificultad para mirar

lo que Donovan quería mostrarle.

El plano que había extendido delante de él pertenecía a una porción de la ciudad, la que lindaba con la avenida principal por su parte norte y que la recorría en gran medida. Las manzanas eran bien visibles, así como los cortes de las calles y las avenidas. Iván se apoyó sobre la superficie de la mesa, para acercarse un poco más. En el plano, una manzana estaba trazada con líneas más gruesas. No tuvo que mirar dos veces para saber que toda aquella zona remarcada era de su propiedad desde hacía muchos años.

Pasar por una infancia llena de penurias y por un largo viaje en barco hasta la falsamente idílica «Tierra de las Oportunidades» le había forjado el carácter. Lo había hecho duro y tenaz, capaz de amasar una fortuna cuando, en la época de bonanza y crecimiento económico, tuvo el buen tino de apostar por el sector inmobiliario y de la construcción, dedicándose a edificar durante el auge urbanístico. Su verdadero triunfo y su valía como empresario se vieron fortalecidos cuando supo conservarla en la época de vacas flacas.

La manzana que ocupaba la parte central del plano era una de las posesiones que aún seguía manteniendo casi al completo, a excepción de un único inmueble, el cual vendió unos pocos años atrás, cuando pensó que le estaba causando más problemas que beneficios y decidió deshacerse de él. Iván levantó la mirada con lentitud y la clavó en Donovan.

—Muy bien. Esas son mis propiedades.

Donovan asintió con un enérgico cabeceo y alzó la barbilla.

—Son tus propiedades, sí. O una parte de ellas. Son en las que está interesado el grupo inversor al cual represento.

Iván se incorporó cuando un pequeño dolor en la base de su espalda le recordó lo incómodo de la postura.

Por unos momentos se sostuvieron las miradas. Donovan soltó el extremo del plano y este rodó hasta enrollarse de nuevo sobre sí mismo con un suave ruido de papel contra papel.

—Son muy influyentes, Kozlov —le dijo con un hilo de voz, como si no quisiese que Sergei se enterase de qué estaban hablando, para añadir con el

mismo tono—: Y tienen dinero, más del que sacarías por ese puñado de edificios si los vendieras por separado, o en otro momento. Quieren toda la manzana. Han hecho un estudio de mercado y creen que ese es el emplazamiento ideal para llevar a cabo su inversión.

—¿Qué quieren hacer allí? —preguntó Iván, intentando no parecer muy atraído por lo que le contaba.

Donovan se encogió de hombros con despreocupación.

—Un gran centro comercial, creo. Uno de esos llenos de tiendas, zonas de restauración y locales de ocio. En realidad, me importa poco lo que quieran hacer allí, pero es algo importante para el desarrollo de la ciudad, Kozlov. Debes entenderlo.

Iván apretó con fuerza los labios, apenas visibles por el vello de su poblada barba.

—Y para nuestros bolsillos.

—Y para nuestros bolsillos —repitió Donovan con seriedad.

Tomó aire lentamente para terminar asintiendo.

—Lo entiendo.

—Pero quieren el paquete completo. Quieren toda la manzana —le dijo mientras señalaba en dirección al plano—. Saben que uno de esos edificios ya no te pertenece. Han indagado y pedido informes en el Registro de la Propiedad y ha salido a relucir otro nombre que no es el tuyo.

Iván no contestó. Podría negar esa información, pero no tenía sentido hacerlo cuando ellos ya lo habían averiguado. Apretó la mandíbula con fuerza y tomó aire.

—Lo vendí hace unos años, en efecto.

Donovan buscó de nuevo el sillón para tomar asiento a continuación, arrellanándose en él.

—¿Hay algún problema para que puedas volver a adquirirlo? Si no tienes ese edificio no hay trato, Iván. Piénsalo —dijo mientras sacaba del cajón del escritorio un papel y se lo tendía por encima de la mesa, muy despacio, como

si con ese movimiento quisiese reclamar toda su atención. Iván lo alcanzó para leerlo. En el folio estaba la copia en blanco y negro de un cheque a su nombre. Un cheque con muchos ceros.

—Arregla el asunto del edificio y solo faltará que te entreguen el original y firmar los contratos. Me parece un trato justo, ¿no crees?

Iván no pensaba decirle, ni tampoco hacerle ver, que la oferta le parecía más que generosa por aquel puñado de edificios. Como tampoco pensaba decirle que, en alguna que otra ocasión, y dada su edad, había pensado que lo que ya necesitaba era alejarse del mundo de los negocios y retirarse a algún lugar con un clima más cálido que el de Massachusetts.

—Es un buen trato. Pero, de todas maneras, hay que estudiarlo. No creerías que iba a aceptar sin hacerlo y presentar una contraoferta.

Los labios de Charles Donovan se curvaron con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—No, no lo había creído —contestó mientras se levantaba para acercarse al mueble bar y servirse un vaso de *whisky*, que apuró de inmediato.

Iván lo miró, sabiendo que en su rostro no podía adivinarse la cantidad de variantes y situaciones que su mente barajaba.

—Le pasaré la propuesta a mis abogados y hablaremos —convino.

Donovan regresó sobre sus pasos para volver a sentarse en el sillón con la espalda bien erguida y los antebrazos apoyados en el borde del escritorio.

—¿Habrá algún problema con ese edificio? —le preguntó mientras se adecuaba un botón de su chaqueta—. ¿Podrás convencer al nuevo dueño de que te lo revenda?

Iván dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de la mesa del empresario.

—No habrá problemas.

En el rostro de Donovan apareció una resplandeciente sonrisa, que le mostró una impecable dentadura blanca.

—Me alegra escuchar eso —dijo mientras palmeaba con efusividad—. Te volveré a llamar, ¿dentro de una semana te parece bien? Hablaremos con más

detalle entonces. Espero que, para ese momento, hayas podido conseguir hacerte de nuevo con el edificio. O, al menos, que tengas bastante adelantadas las negociaciones.

Iván se irguió cuan alto era y alzó el rostro, para clavar su mirada en el empresario.

—Entiendo que tú también sacarás tajada de esta... transacción —preguntó de manera directa y franca. No iban con él las medias tintas; le gustaba saber a qué atenerse y conocer qué tenían entre manos las personas con las que iba a hacer negocios. Donovan se arrellanó en el sillón, apoyando un codo sobre el reposabrazos de manera prepotente y lo obsequió con una media sonrisa.

—Esto es algo que va con nuestra profesión —le dijo mientras extendía una mano para jugar con el pisapapeles que había usado para sujetar el plano. Levantó la mirada y sus ojos se clavaron en Iván—. No hemos llegado hasta donde estamos siendo hermanitas de la Caridad ni trabajando por amor al arte, ¿no es cierto?

Iván sabía que tenía razón. Hombres como ellos dos, y seguramente como los socios de Donovan, no hacían ningún movimiento sin que les reportara algún beneficio. Cualquier beneficio. Asintió con pesadez.

Con la misma parsimonia con la que se había conducido durante toda la reunión, Iván giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta del despacho. Sergei, que se había mantenido todo el tiempo en un conveniente segundo plano y sin intervenir, se adelantó con rapidez y le abrió la puerta con diligencia. Un segundo antes de salir, Iván miró de nuevo a Donovan, que no perdía detalle de la salida de su invitado.

—Donovan. Un placer. —Y salió sin más con paso calmado, sabiendo que la mano de Charles Donovan estaba ya a medio camino de su teléfono móvil para llamar a sus asociados.

Aún no había avanzado un par de metros en el pasillo cuando Sergei se colocó junto a él.

—Señor, creo... —Pero la mano alzada de Iván lo detuvo.

—Aquí no, Sergei.

Un par de pasos después, su asistente insistió.

—Pero, señor...

Y el joven obtuvo la misma respuesta por parte de su jefe.

—He dicho que aquí no. Hablaremos cuando hayamos salido de este edificio.

El coche de Iván, un Bentley de brillante carrocería negra, que había encargado expresamente en el Reino Unido hacía casi diez años, estaba estacionado en el mismo sitio en donde lo había dejado. Pierre, su chófer desde hacía casi tres décadas, esperaba dentro a que su patrón regresara de la reunión con paciencia y estoicismo, las virtudes que tan valioso lo hacían ante los ojos de Iván.

Ambos, Iván y Sergei, cruzaron la acera hasta llegar al automóvil. Sergei se adelantó unos pocos pasos para abrirle la puerta a su jefe y este entró en el interior sin molestarse siquiera en mirar al joven. Se sentó en el amplio sillón forrado en cuero blanco, y oyó cómo el otro hombre cerraba la puerta con un sordo sonido.

Tenía que admitir que lo había sorprendido la oferta de Donovan. Pero, sobre todo, lo había hecho la cantidad de dinero que aquel grupo empresarial estaba dispuesto a entregarle a cambio de sus propiedades. No era tonto, sabía cuál era el valor real en el mercado, y la oferta lo multiplicaba por diez. Querían asegurarse de que no la rechazara.

Sergei abrió la puerta contraria y se sentó junto a él, resoplando y despegando el nudo de la corbata de su cuello con un gesto algo impaciente. El joven se revolvió en su asiento y se giró hacia él unos segundos después.

Antes de que Sergei pudiese pronunciar palabra alguna, Iván habló.

—¿Cómo se llamaba el hombre al que le vendí el edificio de la calle Harris? —preguntó sin molestarse en mirarlo siquiera, mientras continuaba erguido en su asiento, con la cabeza levantada y los ojos clavados en el frente, más allá de lo que se desarrollaba en la calle al otro lado del parabrisas del

coche.

Con el ceño arrugado, la expresión de Sergei denotó el esfuerzo que estaba haciendo por recordarlo.

—Frank, pero no recuerdo su apellido. Tendría que mirar en la copia del contrato de compraventa.

Iván asintió con parsimonia.

—Frank. Bien.

El asistente chasqueó los dedos de una mano y se enderezó al girarse hacia su jefe.

—¡Bradley! ¡Eso era! Frank Bradley —exclamó con tono triunfal, como si hubiese recordado el listado de los cuarenta y tres presidentes de los Estados Unidos ante su profesor de Historia.

Con tranquilidad, Iván tomó aire.

—Frank Bradley. Sí. Lo recuerdo. Un hombre sensato.

Un pesado silencio se estableció entre ambos. Si quería hacer esos negocios con los asociados de Donovan, tenía que conseguir que Frank Bradley le revendiera el inmueble que él le vendió hacía ya algunos años. En aquel momento, deshacerse del edificio le pareció lo más oportuno; se caía a pedazos y había dejado de ser una fuente de ingresos para él. Apenas tenía un par de apartamentos alquilados y la renta no alcanzaba ni para pagar los impuestos municipales. Se libró de él con alegría y sin arrepentirse ni un solo instante, claro que tampoco tenía por qué. Sus propiedades eran eso: simples propiedades y, como tales, las compraba y las vendía según estuviese el mercado. No había nada de sentimentalismos en esas operaciones. Él no era una persona sentimental, ni apegado a nada ni a nadie. Si lo hubiese sido, tal vez no habría llegado tan alto como lo había hecho.

En realidad, nada había cambiado en su manera de ver la vida, pero ahora era ligeramente distinto. No lo había pensado hasta el instante en el que Donovan le había ofrecido que vendiera la manzana. Se hacía mayor. No, recapacitó con frialdad; era mayor: estaba a punto de cumplir ochenta y siete años y ya no tenía las mismas energías que diez años atrás. Le pesaba cada vez

más levantarse por las mañanas e ir a la oficina. Los achaques cada vez eran más frecuentes y sus huesos se resentían cada día y en cada momento. Sergei era de gran ayuda para él, por supuesto, pero no podía confiarle el grueso de sus negocios, al menos, aún no. Tal vez era hora de descansar y retirarse del panorama empresarial cuando aún se sentía bien y podría disfrutar de su dinero por algunos años más.

Apretó la mandíbula y, despacio, se colocó el cinturón de seguridad.

—Quiero que vayas a ver a ese Frank Bradley, Sergei —le dijo. El joven dio un respingo junto a él y compuso una expresión de extrañeza.

—¿Yo, señor? —preguntó mientras se le escapaba un pequeño gallo al modular su voz.

Iván miró de soslayo a la acera que había a su derecha. Había llegado a querer a Sergei como al hijo que jamás tuvo, pero en ocasiones pensaba que el joven no tenía los arrestos que debía tener para lidiar con sus negocios.

—Sí, irás tú. Y le propondrás al señor Bradley una oferta por el edificio que no va a poder rechazar.

El joven tardó unos segundos en asentir con un comedido movimiento de cabeza, con la expresión indefinida en su rostro de quien no está muy convencido de lo que debe hacer.

—¿Y si dice que no?

Iván se inclinó hacia adelante y colocó su mano izquierda sobre el respaldo del sillón del conductor.

—Pierre, llévanos a casa —le dijo al hombre, que de inmediato puso el coche en marcha. Su espalda apenas había tocado el respaldo al reclinarsse cuando se giró hacia Sergei, que lo miraba con fijeza.

—Dirá que sí, Sergei. Dirá que sí. Y si no es así a la primera, nos aseguraremos de que así sea a la segunda.

CAPÍTULO 6

Ali no sabía bien si el sol estaba demasiado brillante esa mañana, o eran sus ojos los que se sentían más sensibles a la luz solar. Lo cierto era que entró en la clínica con las gafas de sol puestas y la mochila colgada de mala manera sobre los hombros mientras caminaba por el pasillo casi arrastrando los pies.

—¡Buenos días, Ali! —oyó decir a la siempre alegre Shirley. Se limitó a levantar la mano en la que no llevaba su vaso térmico de café, y siguió adelante.

—Ya veo que te lo pasaste en grande ayer en la reunión.

Ali torció el gesto. ¿Shirley estaba hablando demasiado alto ese día o eran figuraciones suyas? Asintió una única vez con un gesto contenido.

—Sí, me lo pasé de fábula. Tan de fábula que voy a tener que volver a Boston a por mi coche.

Creyó oír una risotada detrás de ella justo cuando entraba en la zona de las consultas.

Jimmy ya estaba allí, con una carpeta en la mano, haciendo inventario de todo el instrumental y los medicamentos que tenían en los estantes. La miró con ojos entornados mientras fruncía el ceño.

—Menuda noche has debido de pasar.

Sin dirigirle una sola mirada, Ali pasó por su lado, retiró una silla que había cerca y se derrumbó en ella con pesadez.

—Espero que al menos hayas echado un polvo —lo oyó decir.

—Calla, anda. —Y le dio un trago a su café para dejar caer luego la cabeza contra la pared.

Jimmy se acercó y se agachó junto a ella.

—Ahora en serio, ¿estás bien? No tienes muy buen aspecto.

Ali se enderezó y se quitó las gafas con sumo cuidado.

—No te preocupes, estoy bien. Anoche me pasé un poco con la Báltika, eso es todo.

Su amigo arrugó la nariz.

—¿Báltika?

—Cerveza, Jimmy. Perdí la cuenta cuando iba por la... ¿tercera? ¿O era la cuarta?

Con agilidad, Jimmy volvió a ponerse en pie, la miró desde arriba y soltó una profunda carcajada que casi la hizo dar un respingo sobre la silla. Ali lo miró con ojos entornados.

—No te rías. Tendría que reñirte por hacerlo, pero me duele demasiado la cabeza —aclaró ella y dio un nuevo sorbo a su café.

Mientras Ali continuaba sentada, Jimmy regresó a lo que estaba haciendo: tomó el cuaderno y siguió con el inventario.

—Oye —dijo Ali, esperando llamar la atención de su amigo. Lo miró con la cabeza ligeramente ladeada, lo que le propinó un ligero mareo.

—Dime.

—¿No me... me notas algo extraño? —quiso saber ella con cierta cautela. Conocía a Jimmy desde su época de instituto; era uno de sus mejores amigos y tenía con él la misma confianza que tendría con un hermano. Él negó con la cabeza sin molestarse en mirarla.

—No, nada. ¿Por qué me lo preguntas?

—Esto. —Señaló con su dedo en dirección a su cabeza, ahogando una sonrisa que no pretendía que apareciera en sus labios—. Mi nuevo color de pelo. ¿Te gusta?

Su amigo se giró hacia ella con los ojos abiertos como platos y una expresión de contrariedad en su rostro.

—¡No me había fijado! ¡Vaya por Dios!

Ali echó mano de una caja de guantes de látex que había a su lado y se la arrojó con fuerza.

—¡Joder, Jimmy! —Seguía teniendo un terrible dolor de cabeza, demasiado

fuerte para sonreír. Pero sí que podía seguirle el juego.

«¿Que no te has dado cuenta, eh? Vale, pues juguemos, Jimmy».

—¡Hey! Te estaba tomando *el pelo* —le contestó guiñándole un ojo.

La puerta de entrada a la sala se abrió dejando paso a Sean. Tenía la bata blanca abierta, el uniforme azul de la clínica debajo y su sempiterna sonrisa prendida en sus labios.

—¿Qué ocurre aquí? Se oyen vuestros gritos desde la sala de espera.

Ali exageró un bufido y se recostó en el respaldo de la silla de mala manera.

—Nadie está gritando.

—Ali ha venido a trabajar con un resacón de mil demonios —contestó Jimmy mientras se giraba hacia ella y torcía el gesto con una mueca divertida.

—No tengo resaca —replicó Ali—. Solo... solo bebí unas cuantas cervezas de más.

Sean y Jimmy se miraron el uno al otro.

—Resaca —exclamaron al unísono.

Sí, tenía una resaca de mil pares de demonios, convino para sí Ali, pero eso no le impediría divertirse a costa de sus queridos amigos. Iba a continuar fingiendo un gesto hosco y antipático hasta que ambos dejaran de tomarle el pelo, porque ella sabía que era eso lo que estaban haciendo.

—Ahora en serio —dijo Jimmy—. Ali se ha enfadado porque no me he dado cuenta de su nuevo aspecto.

Sean giró la cabeza y la miró con ojos entornados.

—¿Qué nuevo aspecto?

Con un enérgico salto, Ali se levantó de la silla. Su malestar le recordó lo inapropiado de aquel movimiento, pero no le importó.

—¿Sabéis qué? Sois insufribles los dos —espetó ella mientras pasaba junto a ambos con largos pasos que intentaban acrecentar su fingido mal humor, con la barbilla en alto y los hombros echados hacia atrás en una postura algo forzada, rezumando una indignación que ni por asomo sentía—.

¡Estáis hechos el uno para el otro! Me largo a trabajar, antes de que empiece a echar espuma por la boca. ¡Que no se ha dado cuenta de que me he cambiado el color del pelo! ¡Oh, sí, claro que sí! ¡Ten amigos para esto! ¡Para que les importe un pimiento lo que me haga!

Antes de que llegara a la puerta, Sean tomó a Ali por el codo y la hizo girar hasta tenerla frente a él y a Jimmy.

—Ali, estábamos bromeando.

Ella alzó la nariz con un aire de reproche dibujado en su rostro. Dejó sobre la camilla el vaso de café que aún tenía en una mano y cruzó los brazos con fuerza delante de su pecho, rehusándose a mirarlos a ambos. Y ya no pudo evitar sofocar más la sonrisa y terminó estallando en una carcajada.

—Y yo. ¡Ay, mi cabeza! ¡Joder! —se quejó al sentir una nueva punzada por lo inapropiado de sus movimientos.

Sean y Jimmy se miraron mutuamente para encogerse de hombros.

—¿Alguien en la sala dijo que no tenía resaca?

El brazo de Sean la agarró por los hombros y la atrajo hacia él, achuchándola contra su costado.

—Eso te pasa por querer quedarte con nosotros, cariño. Se llama karma —le dijo mientras depositaba un rápido beso sobre su cabeza.

—Creí que era resaca, no karma —contestó Ali, mirándolo de reojo.

—Estás guapísima con este nuevo color de pelo, en serio. Claro que a ti te sentaría igual de bien aunque te lo tiñeras de verde.

Ali no pudo reprimir una sonrisa que afloró por sus labios. Pasó el brazo por la cintura de su amigo y dejó que él la achuchara una vez más.

—¿Ves? Eso es lo que quería escuchar. Para eso se tienen amigos —contestó mientras alzaba su rostro para mirar a Sean—. Anda, invítame a un café. Creo que voy a necesitar algo así como un litro para deshacerme de esta resaca.

La caldera, al fin, estuvo lista aquella mañana. Frank se irguió para mirar el

trabajo que había realizado, sintiéndose absolutamente satisfecho consigo mismo. Un punzante dolor en ambas rodillas le recordó todo el tiempo que había estado agachado, pero no le importó. Una radiante y orgullosa sonrisa apareció en su rostro. Giró la cabeza para mirar hacia donde Pepper descansaba.

—Pues he terminado, colega. Recojo esto y nos vamos para casa. Me merezco una ducha —dijo en voz alta como, si de alguna manera, el perro pudiese responderle.

A su manera, Pepper sí le respondió: levantó la cabeza, que había estado descansando sobre sus patas delanteras, y agitó el rabo. Había estado allí, con él, toda la mañana, viendo cómo trabajaba. Solo un par de veces había reclamado su atención, y ambas fueron para que lo dejara salir a la calle. Frank fue con él en las dos ocasiones, porque había necesitado estirar las piernas, y porque no podía dejar al perro solo y sin hacerse cargo de lo que el perro ensuciaba. Si era dueño del chuchó, lo era para las maduras y, aunque no le agradara demasiado, para las duras.

Lo cierto era que Pepper sabía manejárselas bien sin la ayuda de ningún humano que tuviese que estar atento a dónde debía colocarse. Frank pensó que, en algún momento, aquel perro había sido bien educado y adiestrado, y se preguntó qué podría haber pasado para que se hubiesen deshecho de él. Aunque había otras posibilidades, claro estaba, como que se hubiera escapado o que lo hubiesen robado. Fuera como fuese, se había convertido en su perro y Frank se sentía feliz por ello.

Mientras estaba recogiendo sus herramientas, escuchó un par de personas bajando las escaleras del edificio, una de ellas más rápidamente que la otra. Un segundo después el peinado de Amanda, la hija de Charlotte, hizo aparición por el quicio de la puerta antes que su dueña como si se tratase de una nube negra y esponjosa.

—Buenos días, señor B.

Una voz femenina la regañó a renglón seguido.

—¡Amanda! —oyó decir a la madre de la niña.

Charlotte y la pequeña Amanda estaban ante la puerta, una con una cara de disculpa y la otra con una expresión de no saber por qué había sido reprendida.

La mujer torció el gesto.

—Lo siento, señor Bradley.

Limpiándose las manos con un viejo paño ya bastante sucio, Frank negó con la cabeza.

—No tienes que sentir nada, Charlotte. La niña no ha dicho nada malo.

La sonrisa de Amanda se hizo aún más amplia si cabía. Entonces sus enormes y vivarachos ojos recayeron en la figura de Pepper, que se mantenía acostado en un rincón, pero con la cabeza y las orejas bien erguidas.

—¡Mira, mamá, un perrito! —Antes de que la mujer pudiese responder, Amanda se soltó de su mano y corrió hacia Pepper.

—¡Amanda!

Frank siguió el correteo de la niña hasta donde estaba su mascota. La pequeña se arrodilló ante él y volvió la cabeza hacia Frank, con la mirada suplicante y las manitas levantadas a medias ante ella.

—¿Puedo acariciarlo? ¿Puedo, señor B?

—Claro que puedes, Amanda.

Con cuidado, la niña estiró una mano y acarició al animal sobre la cabeza. Deleitado en parte por la atención que recibía, Pepper cerró los ojos. Claro que también podría ser, pensó con suspicacia Frank, porque su siesta de media mañana se había visto interrumpida y el perro aún estaba soñoliento.

—¡Le gusta, mamá! —exclamó la niña girando la cabeza hacia su madre. Volvió a mirar a Pepper y recibió un pequeño lametón en la nariz, que ella correspondió con una exclamación nerviosa y divertida.

Charlotte dio unos pasos hacia el interior de la habitación, con una hermosa sonrisa en los labios que hizo comprender a Frank de quién la había heredado Amanda.

—Ya lo veo. Pero tenemos que marcharnos. Anda, despídete del señor

Bradley y del perro.

La niña hizo a regañadientes lo que le había pedido su madre. Antes de acercarse a ella, Amanda se giró y miró a Frank con los ojos bien abiertos y gracioso mohín que siempre iba acompañado de alguna petición.

—¿Puedo subir algún día a jugar con él? —le preguntó. Frank la miró y asintió sin pensarlo. No sería él quien le rompiera el corazón a esa jovencita. Levantando la mirada, Frank señaló en dirección hacia donde se encontraba Charlotte.

—Si tu madre te deja, por supuesto que puedes subir.

Apenas había acabado la frase cuando la niña corrió hacia su madre, para prenderse de sus piernas y lograr así su atención mientras le tiraba de un brazo sin especial cuidado.

—¿Puedo, mamá, puedo? ¿Puedo ir? ¿Cuándo? ¿Esta tarde? ¿Sí? ¡Por favor, por favor! —soltó en retahíla. Frank estaba seguro de que si él hubiese intentado hablar tan rápido como la pequeña Amanda, y con tantas preguntas seguidas, habría terminado quedándose sin aire en los pulmones.

Charlotte palmeó con suavidad la cabeza de su hija.

—Ya hablaremos después, ¿vale? Puede que el señor Bradley tenga cosas que hacer esta tarde.

La niña desdeñó la idea con un ademán de su pequeña mano.

—No, seguro que él no tiene nada que hacer, ¿verdad, señor B?

Frank apretó los labios, ahogando una carcajada que se le encajó en el centro del pecho. Con cierta reticencia, negó con la cabeza.

—No, Amanda, no tengo nada que hacer. Puedes subir cuando quieras, pero solo si mamá te deja.

Los ojos de Charlotte le agradecieron en silencio su actuación. La mujer se giró hacia su hija.

—Venga, tenemos que irnos. Dile adiós al señor Bradley —le pidió su madre mientras la tomaba de la mano y tiraba de ella con suavidad hacia el exterior.

—¡Adiós, señor B! —la oyó despedirse cuando ambas, madre en hija, habían salido del cuarto de la caldera. Frank creyó escuchar a Charlotte recriminarle a su hija de nuevo que lo hubiese llamado *señor B*. No pudo evitar sonreír abiertamente mientras bajaba la cabeza y se giraba hacia donde estaba Pepper.

—Parece que tienes una nueva amiga, ¿eh, colega?

—¿Señor Bradley?

Una voz masculina lo sobresaltó. Frank se giró de inmediato hacia la puerta para encontrar a un hombre joven, alto y delgado, bajo el dintel.

—¿Frank Bradley?

Con un gesto casi inconsciente, Frank volvió a limpiarse las manos en el paño que no había soltado en todo aquel tiempo. Vio cómo Pepper se erguía y se sentaba apoyado en sus patas delanteras para mirar al recién llegado con interés y la lengua colgando por la comisura de la boca.

—¿Y usted es? —preguntó.

El hombre dio un par de pasos hacia el interior del cuarto de la caldera con su brazo extendido delante de él y la mano dispuesta a estrechar la de Frank.

—Sergei Lébedev.

Sin perder tiempo, Frank correspondió al saludo del desconocido, que seguía siéndolo aunque ahora supiera su nombre. No pudo evitar pensar lo poco que encajaba con el joven, vestido con esmero con un traje azul de tres piezas, en ese lugar rodeado de tubos de calefacción, algo de polvo y grasa.

—Encantado, señor Lébedev. ¿En qué puedo ayudarlo?

El joven miró con disimulo a su alrededor, componiendo una mueca de disgusto. Volvió la vista hacia Frank, agarrando con más fuerza la carpeta que llevaba en su mano izquierda y estrujándola contra su cuerpo.

—Trabajo para el señor Iván Kozlov. Hace cinco años usted le compró este edificio. ¿Lo recuerda?

Frank asintió con rotundidad.

—Por supuesto. Y dígame, ¿hay algún problema? Creía que todo había

quedado bien zanjado.

Sergei cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y tomó aire.

—Sí, sí, no hay ningún problema. Voy a ser directo con el asunto que me trae hasta aquí: el señor Kozlov está interesado en recomprarle el edificio. Con unos interesantes beneficios para usted, claro está.

Un pesado silencio se abrió paso en la sala de la caldera. Frank entrecerró los párpados sin dejar de mirar al hombre que estaba apostado frente a él. No estaba muy seguro de qué había querido decir. Dio un paso al frente, acercándose así a Sergei.

—Perdone, no lo he comprendido bien.

Vio al hombre tomar aire y asentir antes de que le contestara.

—El señor Kozlov quiere recuperar el edificio. Le pagará generosamente por ello.

Aquellos breves segundos le permitieron a Frank asegurarse de que había oído bien. Recordaba las ganas y las prisas con las que Iván se había deshecho del inmueble cinco años atrás. No podía entrever por qué quería volver a recuperarlo. Pero de algo sí estaba seguro: él no estaba interesado en venderlo. Frank dio un paso hacia el hombre, reduciendo la distancia que los separaba.

Con la misma calma con la que había aparecido, el enviado de Kozlov sacó de la carpeta que portaba un documento que le tendió con cierta formalidad y las mismas maneras que un ayuda de cámara. Frank lo tomó sin saber muy bien qué estaba aceptando. Cuando sus ojos recayeron en lo que había escrito en la hoja, le fue bastante difícil que su rostro permaneciera inmutable y que no reflejara la sorpresa de ver la cifra escrita debajo de su nombre, una cifra enorme que era casi el cincuenta por ciento más de lo que él había pagado en su día por el inmueble. Tragó saliva y enderezó los hombros cuando, al fin, le devolvió el papel al joven.

—Mire, voy a serle igual de franco que usted lo ha sido conmigo —le dijo, haciendo una pausa para tomar aire y para estar seguro de que se expresaba con total claridad—. No me interesa. Su oferta es más que generosa, pero no

me interesa vender. Por favor, transmítaselo al señor Kozlov de mi parte.

Los ojos del hombre estaban fijos en él. Eran de un gris acerado, casi inexpresivos. Lo vio torcer el gesto con desagrado.

—Me temo que el señor Kozlov insistirá en ello. Es muy persistente, y este edificio le interesa de veras.

Frank levantó la barbilla. Estaba comenzando a sentirse muy inquieto con esa visita y no veía el momento de que se largara de allí.

—No niego que lo sea, pero yo igualmente lo soy. Él insistirá en comprar y yo seguiré diciéndole que no.

Ambos se sostuvieron la mirada en una suerte de duelo silencioso. Unos segundos después, pareció que el joven Sergei tomaba conciencia de que una retirada a tiempo constituía una victoria. Dio un par de pasos atrás y movió la cabeza arriba y abajo con lentitud.

—¿Se lo pensará, señor Bradley? Podría visitarle dentro de unos días. Piénselo y consúltelo con quien desee. La oferta es negociable. El señor Kozlov está abierto a escucharlo.

Frank se quedó en donde estaba, sin atreverse a mover un músculo.

—No le prometo nada. Lo más probable es que obtenga la misma respuesta que acabo de darle —le respondió con sequedad.

Sergei continuó caminando de espaldas hacia la puerta, con la vista clavada en Frank.

—Muy bien, señor Bradley. Estaremos en contacto. Buenos días. —Se despidió de él antes de girar sobre los talones de sus caros zapatos y desaparecer de la vista de Frank.

—¿Y bien? ¿Te has entrevistado con el señor Bradley?

Sergei Lébedev oyó a su jefe antes de haber terminado de abrir la puerta y entrado en el despacho.

Kozlov estaba sentado detrás de su opulento escritorio y no se había molestado en levantar la mirada de los papeles que tenía ante él. Sergei

frunció los labios, molesto, y caminó hacia él para pararse en el lado opuesto de la gran mesa.

—Sí —respondió únicamente.

El hombre mayor continuó leyendo los documentos que tenía frente a sí. Pasó una página y luego otra más.

—¿Qué ha contestado? —preguntó al fin.

Aunque no lo estaba mirando, Sergei se encogió de hombros.

—Que no está interesado en vender el edificio.

—¿Le enseñaste la oferta?

Asintió con un gesto de la cabeza.

—Se la enseñé, sí.

Un incómodo silencio se adueñó de la habitación por unos instantes hasta que Kozlov volvió a hablar.

—¿Y aun así no está interesado?

De nuevo un parco movimiento, pero esta vez para negar de manera rotunda.

—No.

Fue entonces cuando Iván Kozlov tuvo a bien levantar la mirada de lo que estaba leyendo hasta ese momento. Lo miró con fijeza, con los ojillos empujados detrás de los cristales de sus gafas. Con un lento y estudiado gesto se las quitó para dejarlas a un lado, junto a un montón de documentos apilados. Kozlov clavó su mirada azul hielo en él, y Sergei se estremeció, tal era el poder que tenían a veces las miradas de su jefe.

—¿Le dijiste que esa oferta era negociable?

—Se lo dije, sí —se apresuró a contestar—. Pero tampoco pareció muy sorprendido, ni muy interesado.

Despacio, Kozlov se reclinó sobre el respaldo de su alto sillón de cuero, que cedió ligeramente hacia atrás. Apoyó ambas manos sobre los reposabrazos y levantó la barbilla para fijar la mirada en algún punto detrás de Sergei.

—Creo que vamos a tener que ser más... *persuasivos* con el señor Bradley.

Una pregunta que no sabía si debía o no formular se atascó en la garganta de Sergei. A veces, su jefe podía ser de lo más enigmático. Él creía entender a qué se refería, pero prefería pensar que no se trataba de eso. Quería creer que Iván Kozlov era un hombre duro, por supuesto que sí, pero alguien íntegro y que no usaría jamás unos modos más propios del mundo del hampa. Indeciso, se atrevió a dar un paso adelante y preguntar:

—¿Qué quiere decir con persuasivos?

Iván se levantó de su asiento con deliberada lentitud. Sergei sabía que la rodilla derecha lo estaba molestando bastante esos últimos días. Con una media cojera que estaba intentando disimular, Iván rodeó la mesa para pararse junto a él.

—Por lo pronto, volverás a visitarlo dentro de dos o tres días. Entonces veremos si es capaz de negarse a la nueva oferta.

Sergei asintió con cierto reparo antes de volver a preguntar. Se sentía un idiota, hablando solo con preguntas.

—¿Y si se sigue negando?

El rostro siempre serio de Iván Kozlov lo fue aún más. Sus ojos se convirtieron en dos hendiduras rasgadas en su arrugado rostro, endureciendo su expresión y otorgándole un aspecto feroz, tanto que Sergei se sintió tentado de dar un par de pasos atrás y alejarse de él.

—Entonces —habló con voz profunda y dura—, habrá que llevar nuestra persuasión un poco más lejos.

Aunque lo intentó, a Frank le fue imposible sacarse de la cabeza la visita de aquella mañana. Sin quererlo, se vio sumido en un profundo silencio solo roto en ocasiones por los bufidos de Pepper, que reclamaba así que le hiciera caso.

No sabía bien a qué había venido semejante oferta. No podía entender cómo, después de tantos años, el señor Kozlov volvía a estar interesado en un

edificio que, en su momento, le había sido completamente indiferente.

Frank tomó la segunda taza de café de la tarde y se la llevó a los labios sin prestar demasiada atención a lo que hacía, con la mente puesta en la suma de dinero que figuraba en el documento que el secretario de Kozlov le había entregado. Tenía que admitir que la cifra casi le hizo perder el aliento; eran demasiados ceros para que dejara a cualquiera indiferente. Recordarla lo hacía tomar aire para dejarlo escapar poco a poco, soplando contra el borde de la taza. Era mucho, mucho dinero. Sería idiota si al menos no considerara la oferta. A fin de cuentas, él había vivido en un mundo donde se vendía y se compraba constantemente. En su caso habían sido acciones y bonos, pero en el fondo todo era lo mismo. Había sido testigo de que un inmueble no representaba nada más que lo que valía en el mercado, ni más ni menos. No había ataduras sentimentales ni decisiones tomadas con el corazón. Aquellas actuaciones no tenían cabida en un lugar como Wall Street.

Pero ya no vivía en ese mundo. Ahora no tenía que tomar decisiones teniendo en cuenta índices bursátiles ni fluctuaciones del mercado; su vida había cambiado, y para bien. Deshacerse del edificio significaría volver a empezar de nuevo, y ya no tenía edad para eso, y tampoco tenía ganas de hacerlo. Quería vivir en un lugar al que pudiese llamar hogar, con gente que le importase y a la que él le importase. Todo eso era lo que había llegado a representar su edificio y la gente que lo habitaba.

No, no iba a venderlo, porque era su hogar; había invertido allí mucho esfuerzo, sudor y muchas noches en vela. Había perdido su matrimonio por aquel proyecto, y no se arrepentía de ello, porque con el tiempo había entendido que habría terminado rompiéndose de una manera o de otra. Ese edificio no era un número, ni una cifra en un cheque, por muy abultada que esta fuera. Era el hogar del siempre jovial Bernie y sus cotilleos, el de la señora Lileh y sus malas caras, de los hijos de Charlotte, y también de los recién casados Gabriella y Lucas. Pero, sobre todo, era su hogar.

No. Definitivamente, no iba a vender ese lugar.

Había estado tan enfrascado en sus pensamientos que no se había dado

cuenta de que Pepper estaba sentado a su lado, con sus ojillos puestos fijamente en él.

—¿Qué pasa, colega? —le preguntó, sonriendo por primera vez en toda la tarde mientras le acariciaba la cabeza. El perro le correspondió con un jadeo más insistente, que casi le pareció una sonrisa.

Sin darse cuenta se había hecho de noche, y ni él ni Pepper habían cenado. Miró el reloj y supo lo que le ocurría al perro.

—Vale, lo entiendo. Quieres salir, ¿no es así? —le preguntó mientras se acercaba hasta la puerta con el animal pegado a sus talones—. ¿Te importa que no baje esta vez? Voy a ir preparando la cena, que se me ha echado la hora encima, ¿de acuerdo?

Antes de abrir la puerta y que el perro saliera corriendo escaleras abajo, Frank lo miró con fijeza y una mueca divertida en sus labios.

—No tardes, ¿de acuerdo? —y lo dejó salir.

Frank se quedó mirando el lugar por donde Pepper había desaparecido. Torció el gesto, ahogando una mueca divertida.

«Si pretendo que me conteste, voy listo. Y, como lo haga, me va a dar algo. Así que mejor seguir como hasta ahora», pensó mientras daba media vuelta y volvía al interior de su apartamento, dejando la puerta entreabierta.

Frank comenzó a preocuparse cuando, tras diez minutos, Pepper aún no había regresado.

Había estado ocupado preparando algo para la cena que no fuera coger el teléfono y llamar a la pizzería de Sal —sobre todo porque era justo eso lo que había hecho al mediodía— cuando miró su reloj. Normalmente, Pepper era bastante rápido en atender a sus necesidades. Salía, daba un par de vueltas por la acera y por el callejón que había junto al edificio, y volvía tan feliz. Solo le llevaba cinco minutos. Pero ya habían pasado más de diez y él se estaba comenzando a impacientarse. Tal vez *impacientarse* no era la palabra adecuada, recapacitó torciendo el gesto; era más bien un pellizco en el estómago, una

incertidumbre que se estaba adueñando de él poco a poco y que lo hacía ir hasta la puerta, regresar sobre sus pasos y mirar el reloj una y otra vez. Pepper había aparecido en su vida de repente, ¿y si, tal y como había aparecido, se marchaba? Con el ceño fruncido y de un extraño ánimo, Frank salió al rellano de la escalera en el preciso instante en el que su perro subía el último tramo de escalones.

Reprimiendo un suspiro de alivio, se colocó ambas manos en la cintura y miró fijamente al animal.

—¿Por qué has tardado? Ya estaba a punto de enviarte un wasap —bromeó, con una media sonrisa en sus labios. Frank convino que era la última vez que lo dejaba bajar solo, porque no quería volver a sentir esa sensación nunca más. Se giró sobre sus talones para mirar sobre su hombro—. Anda, entra en casa.

Entró primero y Pepper lo hizo detrás de él, con ese caminar alegre, casi dando saltitos, que le causaba tanta gracia. Fue hasta la cocina para recoger el cuenco del perro del suelo y llenarlo de pienso, cuando se dio cuenta de que en el vano de la puerta de su apartamento había otro perro que caminaba hacia el interior del salón con calma, el rabo en alto y la cabeza algo baja.

—¡Pero qué demonios!

Antes de que pudiera hacer nada, Pepper fue hasta el otro perro con paso tranquilo. Era más pequeño de tamaño, con un pelaje medio rizado de un color rojizo apagado, unas largas orejas y una cara casi amable. Parecía como si le faltara la respiración, seguramente por haber subido todos esos escalones de seguido detrás del vivaracho Pepper. Se olisquearon el uno al otro y, como si se hubieran entendido, Pepper giró hacia Frank y el otro animal lo siguió con mucha más calma, como si le costase dar el siguiente paso. Frank miró a su perro con las cejas arqueadas y una expresión reprobatoria en su rostro que cualquiera podría entender, fuera humano o animal.

—¿Me vas a explicar qué es esto, eh? ¿Ahora hemos convertido el apartamento en un albergue para tus colegas?

Mientras, el otro perro pasó por su lado, se dirigió al rincón de la cocina

en donde había dejado las cajas vacías de las pizzas que habían almorzado ese día y se echó en una de ellas con una inusitada lentitud.

Frank no podía evitar que su mirada fuera de un perro a otro de manera alternativa: Pepper sentado a su lado, con un meneo constante de rabo que barría el suelo tras él y el otro perro, que descansaba ahora en su salón con la respiración agitada.

Entonces se fijó bien en el recién llegado. Su respiración no le parecía nada normal: jadeaba con insistencia con la lengua fuera. Fue cuando se fijó con más detalle en su cuerpo. Se había tumbado de medio lado y tenía un grueso abdomen que parecía... Los ojos de Frank se abrieron como platos cuando comprendió de golpe: el perro era, en realidad, una perrita y, según su inexperta mirada, estaba preñada.

Con un brusco giro, Frank se enfrentó a Pepper.

—¿Has traído a tu novia aquí para que dé a luz?! —le preguntó elevando una octava su tono de voz.

Como respuesta, Pepper lo miró con fijeza con sus enormes y brillantes ojos que parecían canicas y le ofreció un sordo bufido.

Frank se acercó a la perrita, se arrodilló junto a ella y, con extremo cuidado, colocó su mano en su abdomen. En efecto, bajo su palma, el vientre del animal estaba caliente y algo duro. Y retiró la mano de inmediato cuando apreció un sutil movimiento. Giró de manera brusca su cabeza en dirección hacia donde estaba Pepper.

—¡Está preñada! —exclamó con los ojos bien abiertos, señalándola con el dedo—. ¿Y ahora qué hago? ¡No puedo dejar que tenga a los perritos aquí! ¡¿Qué se yo de traer perritos al mundo?!

Frank se levantó con ímpetu. Fue hasta la puerta del apartamento para deshacer el camino de inmediato, pasándose de manera nerviosa la mano por el pelo y despeinándolo más de lo que normalmente ya estaba, para dejarlo de punta. Ambos perros seguían con sus miradas las idas y venidas de Frank. No iba a echar a ese animal a la calle por mucho que él no supiera nada de partos, ni de perritos ni de nada de nada. Pero tenía que buscar una solución y pronto,

a tenor de cómo la perra jadeaba.

Fue entonces cuando su mirada recayó en el trozo de cartulina que había dejado el día anterior sobre la pequeña mesa junto al sofá. Era la tarjeta de visita de la veterinaria con la que se había encontrado en la tienda de animales y que había reconocido a Pepper. Frank tuvo la tarjeta en su mano casi al momento y la releyó con cuidado. Aliena Ruslan. Y la dirección que leía no estaba muy lejos de su apartamento, tan solo a un par de manzanas de distancia.

Giró la cabeza hacia donde estaba la perra tendida.

—Bueno, creo que nos vamos al médico.

Se acercó con lentitud hasta ella, no quería asustarla y que saliera corriendo, o que se hiciera daño. Con todo el cuidado del que fue capaz, tomó la caja de pizza en donde la perra se había acostado y la alzó en sus brazos. El animal no intentó levantarse, tal vez porque ya no era capaz de hacerlo.

—Bien, preciosa, despacio —le dijo con suavidad al animal, que lo miraba con ojos bien abiertos. La perrita acercó su nariz hasta él para olisquearlo, y Frank le sonrió antes de girar la cabeza hacia Pepper y mirarlo de manera reprobatoria—. Nos vamos, y tú también vienes. Andando.

Solo le llevó doce minutos llegar hasta la clínica veterinaria, doce largos minutos en los que creyó que nunca llegaría. La perrita continuó jadeando durante todo el camino y, en alguna que otra ocasión, emitió un ligero quejido que hizo que Frank acelerara el paso.

Faltaban cinco minutos para que fueran las ocho de la tarde y rezó para que la clínica estuviera aún abierta. Emitió un fuerte suspiro cuando llegó ante la puerta, en donde aún se veía luz en el interior. No lo había notado durante la rápida caminata, pero ahora sentía los brazos cansados y el corazón bombeándole con fuerza en el pecho. Subió los pocos escalones y abrió la puerta como pudo.

Apenas había dado unos pasos en el vestíbulo cuando una chica rubia, con

un bolso colgado al hombro y que se arreglaba el pelo, lo interceptó.

—Perdone, estamos a punto de cerrar.

—¿La doctora Ruslan?

La mujer asintió con reservas.

—Sí... pero está a punto de marcharse.

Frank dio un paso más hacia ella con una manifiesta preocupación dibujada en su rostro. Intentó tragar saliva, pero se le había quedado la boca seca de la carrera. Tomó aire y miró a la mujer que tenía frente a él para señalar con un movimiento de su barbilla al animal que llevaba en brazos, acostado sobre el cartón de una caja de pizza.

—¿Podría decirle que es algo urgente, por favor? Creo que esta perrita se ha puesto de parto.

CAPÍTULO 7

Aquel día había sido largo de narices, pensó Ali mientras colgaba —¡al fin!— su bata en el perchero y tomaba la mochila. Era hora de marcharse a casa.

Había estado de un humor de perros durante toda la jornada, con la garganta reseca, los hombros y la espalda agarrotados, y bebiendo más café del que debería.

En realidad, el día no había sido tan malo si lo pensaba con objetividad. No habían tenido incidencias especiales, ni ninguna visita que no estuviese ya programada. «Pero cuando te has pasado con la cerveza la noche anterior, el día se hace cuesta arriba, lo mires por donde lo mires».

El resultado de todas aquellas horas en la clínica era que se notaba cansada. Pero se conocía muy bien y sabía que le iba a ser casi imposible conciliar el sueño cuando cayera en su cama. En más de una ocasión, cuando se sentía de esa manera, no lograba quedarse dormida hasta bien entrada la madrugada. Pero, al menos, lo que sí podría hacer era sentarse en su sofá, con Bluebell en su regazo, y ver la tele hasta que una de las dos se quedara dormida. Se consoló con esa idea, esbozando una tímida sonrisa. Apenas se había girado para abandonar la sala de curas cuando Shirley entró, abatiendo las puertas dobles con energía.

—¿Qué pasa? —preguntó Ali mientras continuaba caminando para enfrentar a la chica—. Creí que ya te habías marchado.

La joven asintió con efusividad.

—Y estaba a punto de hacerlo cuando un hombre ha entrado con una perrita en brazos, diciendo que está preñada y que cree que se ha puesto de parto.

Ali dejó salir aire entre los dientes mientras hundía los hombros con exageración. La barbilla rozó la parte superior de su pecho cuando bajó la cabeza.

—Y adiós a mis planes de tirarme en el sofá y ver la tele —murmuró entre dientes.

—¿Quieres que le diga que te has ido? —preguntó Shirley, dando un paso hacia ella.

Ali giró la cabeza hacia la joven mientras torcía el gesto, exhalando con exageración.

—No, claro que no. No voy a dejar a una pobre perrita sin ayuda —se oyó decir.

Aunque no le apeteciera, aunque lo que realmente quisiera fuera llegar a casa, enfundarse en su pijama y ver la tele, sabía que no iba a hacerlo. No podría decirle a aquella persona que se llevara a su mascota y buscara alguna otra clínica veterinaria que tuviese un servicio de urgencias. No podía hacerlo y no lo haría, por profesionalidad y por simple convicción. Con gesto cansado devolvió la mochila al perchero y tomó la bata de nuevo.

—Venga, salgamos para ver cómo va esa pequeña.

Ali tomó la delantera, caminando con paso enérgico hasta llegar a la sala de espera. Allí se detuvo en seco al ver a un hombre sentado, ofreciéndole su perfil. Debía tener a la perrita que había llevado a su izquierda, pues estaba ligeramente girado hacia ese lado y con toda su atención en aquel lugar, sin enterarse de que ella había entrado en la sala. Había otro perro más sentado a sus pies, atento a lo que hacía su amo. Solo cuando se fijó con más detalle se dio cuenta de que conocía al hombre. Y al perro que barría el suelo con su rabo, que parecía querer dar a entender con su expresión perruna que él también estaba preocupado.

Dio un paso hacia ellos con ojos entornados.

—¿Pepper?

El hombre giró la cabeza hacia ella como si lo hubiesen pinchado con una aguja e hizo el intento de ponerse en pie. Pero a mitad de camino pareció pensárselo mejor y volvió a sentarse sin que su brazo izquierdo dejara de sujetar al animal que tenía junto a él, en la silla contigua. El perro al que reconoció el día anterior, Pepper, se puso en pie y dio un paso en su dirección,

con la nariz por delante para olisquearla.

—¿Eres Frank, verdad? —preguntó ella mientras palmeaba la cabeza de Pepper, que había llegado hasta ella. El hombre asintió con un único gesto de cabeza.

—No... no sabía a dónde llevarla —dijo con cierto nerviosismo en su voz—. Y tenía tu tarjeta. Siento mucho la hora que...

Ali estuvo frente a él un segundo después, con la mirada puesta en la pequeña perra que estaba acostada sobre lo que parecía una caja de pizza. Arrugó la nariz y levantó la vista para clavarla en el hombre.

—¿Una caja de pizza? ¿En serio? ¿No tenías una toalla vieja o una manta? —preguntó con cierto tono de reproche. Él se encogió de hombros.

—Llegó a casa y se echó ahí. No quise levantarla.

Tomando aire, Ali asintió.

—Ya veo. Supongo que le gustó ese lugar para tumbarse y prepararse para dar a luz a sus cachorros —le dijo mientras estiraba la mano y le acariciaba con mimo la cabeza. Despacio, se arrodilló para que la perrita quedara frente a ella—. Parece joven, ¿qué edad tiene?

Frank se encogió de nuevo de hombros.

—No lo sé.

Girando la cabeza, Ali lo miró con ojos entornados.

—¿No sabes cuántos años tiene tu perra?

—No es mi perra —contestó él con severidad—. Pepper la ha traído a casa hace un rato.

Cuando escuchó su nombre, el perro se acercó hasta ella y le olisqueó la oreja, que estaba a su misma altura. Ali lo retiró con un gesto delicado.

—¿Ella tampoco es tu perro? ¿Acaso te has convertido en una especie de versión canina moderna de la Madre Teresa o algo parecido?

La mueca de preocupación que él había mantenido hasta ese momento se transformó en una ligera sonrisa. Fue la primera vez que lo vio sonreír desde que lo saludó, y ese gesto hizo que las comisuras de sus labios se elevaran en

otro idéntico. Frank bajó la cabeza y negó varias veces.

—No lo sé. Tal vez sea eso —le respondió, con una visible preocupación patente en sus ojos.

Ali suspiró y volvió a clavar su mirada en la perrita. Jadeaba con ansia, como si le estuviera faltando el aire. Estaba tumbada medio de lado y el abultado vientre parecía tenso. Necesitaba reconocerla y cuanto antes mejor. Sin perder tiempo y con largas zancadas, se acercó al mostrador de recepción, y se asomó al interior para echar mano de la caja de guantes que Shirley siempre tenía allí. Tomó un par, se los colocó con premura y regresó hacia la perrita de inmediato. Cuando volvió a agacharse frente a ella, le tomó la cabeza entre ambas manos y la observó con más detenimiento. Le examinó los ojos y los dientes, palpó con cuidado el vientre, notándolo duro bajo su palma. Era un bonito animal e iba a tener cachorritos. Era hora de ayudarla a traerlos al mundo. Se levantó con energía y colocó ambas manos en sus caderas.

—Bueno, pongámonos en marcha. Esto puede llevarnos un rato.

Frank se levantó con la misma agilidad con que lo había hecho ella y la expresión de quien necesita sentirse útil.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

Ali señaló hacia la puerta que daba acceso a la sala de observaciones.

—¿Puedes cogerla y seguirme? Le haremos una ecografía antes de nada.

Fue al darse la vuelta cuando la mirada de Ali recayó en la joven recepcionista, que aún seguía allí y se había mantenido en completo silencio. Shirley dio un paso hacia ella.

—¿Necesitas que me quede? No me importa hacerlo.

Con un enérgico gesto, Ali negó con la cabeza.

—De eso nada. Encárgate tú de abrir la clínica mañana por la mañana, ¿quieres? Mucho me temo que esto va a llevar gran parte de la noche.

—¿Estás segura? En serio no me importa.

Ali palmeó el brazo de la chica de manera amigable.

—Estoy segura. Anda, vete.

Shirley se despidió de ella, ondeando una mano, y cerró la puerta tras de sí.

En cuanto la joven salió, Ali se giró en dirección hacia Frank, que aguardaba detrás de ella sosteniendo en brazos la caja de pizza con la perrita, y le hizo un gesto para que la siguiera.

—Venga, no podemos perder tiempo.

Ali abrió la puerta delante de Frank y permitió que él pasara con su carga. Volvió a ponerse frente a él para indicarle el camino.

El perro, Pepper, los seguía a ambos. Podía escuchar sus pisadas detrás de Frank, como un buen guardián. Ali giró un poco la cabeza para mirar sobre su hombro. En efecto, allí estaba el perro, pegado a las piernas del hombre, siguiendo el ritmo ágil de su caminar.

Cuando llegaron ante la sala de exploraciones, Ali abrió una de las puertas, sujetándola para que Frank pasara. Volvió a adelantarse a él con paso rápido.

—Déjala sobre esa camilla.

El hombre hizo de inmediato lo que ella le había pedido. Depositó con cuidado su carga y se mantuvo junto al animal, que miraba a uno y a otro con interés.

Ali estuvo junto a la perrita en cuanto encontró el ecógrafo portátil, retiró la caja de pizza, que le tendió a Frank sin mirarlo, y volvió a ella.

—Vamos a ver cómo están esos pequeñines.

Tan pronto colocó el cabezal sobre el abdomen de la perrita, la pantalla negra cobró vida. Con todo el cuidado del que era capaz, Ali fue moviéndolo poco a poco, y el ecógrafo empezó a devolverle imágenes imprecisas. Una nueva pasada más, y unas pequeñas y vagas formas aparecieron en la pantalla.

—Ahí los tenemos.

El hombre se acercó hasta ella, y se detuvo a su lado con la mirada puesta en el monitor.

—¿Eso son los cachorros? —preguntó mientras señalaba con su dedo.

Ali asintió con una sonrisa. Llevaba en esa profesión mucho tiempo; había ayudado a nacer a un buen montón de crías de distintas especies, y siempre se

maravillaba cuando descubría la vida en el interior de una hembra y cómo luchaban por salir al mundo.

—Así es.

—¿Cuántos hay?

Volvió a mover el cabezal, a un lado y a otro. Tres pequeños puntos blancos parpadeaban con fuerza en la pequeña pantalla.

—Hay tres —respondió—. Sí, es una perra joven y puede que esta sea su primera camada. Normalmente, las primeras camadas son de menos cachorros.

Satisfecha, Ali apagó el ecógrafo y se giró hacia Frank.

—¿Son de él? —quiso saber mientras señalaba hacia Pepper con un gesto de la cabeza.

Frank miró a su perro y regresó la vista hacia ella.

—No tengo ni idea. ¿Es importante?

Ali se encogió de hombros.

—No realmente. Pero podría darme una idea del tamaño que pueden tener las crías.

Antes de que Frank pudiera responderle, la perrita se tumbó de lado y bufó con fuerza. Ali se giró hacia ella.

—Bueno, parece que esto comienza. Si quieres esperar fuera...

—No, me quedaré. ¿Te importa si lo hago? No me gustan mucho las salas de espera —la interrumpió él antes de que ella pudiera acabar su frase. Apretando los labios, Ali asintió.

—Está bien. Pero puede llevar bastante tiempo.

Vio al hombre tomar aire y asentir con seguridad.

—No tengo ninguna prisa.

El primer perrito nació media hora después. Era una pequeña bolita, con el pelo brillante y adherido a su cuerpo, los ojos cerrados y una diminuta nariz negra. Ali se dio prisa en limpiarlo; le abrió la boca y, con la ayuda de su

dedo y de una pequeña cánula, le extrajo el líquido viscoso que había tragado en la última fase del parto. El animal se quejó con un suave gritito que la hizo sonreír. Con él aún en la mano, le hizo señas a Frank.

—Coge aquellos paños que están allí y sécalo, por favor —le dijo mientras terminaba de atender a la mamá.

El hombre hizo lo que ella le pidió. Ali lo vio manejarse con cuidado, lentamente y con mimo, secando al pequeño animal que no era más grande que la palma de la mano masculina. Cuando él consideró que había terminado, lo envolvió en el paño, lo dejó en una bandeja transparente que Ali había colocado sobre la encimera del mueble metálico, junto al fregadero, y se giró hacia ella.

—¿Y ahora?

Ali se deshizo de los guantes y acarició la cabeza de la perrita. Continuaba acostada a medias, recuperándose del esfuerzo de dar a luz.

—Ahora tenemos que esperar. El segundo perrito puede tardar un poco.

Sin dejar de vigilar a la flamante mamá, Ali tomó una silla y se sentó junto a la camilla. Frank la imitó, sentándose a su lado.

Durante los minutos que siguieron al alumbramiento, el silencio de la sala solo se vio roto por los agudos quejidos del recién nacido y los jadeos, cada vez más frecuentes, de la madre.

Ali miró a Pepper. Estaba sentado al pie de la camilla, con la cabeza levantada y las orejas tías, atento a todo lo que acontecía sobre esa mesa.

—¿Has pensado en esterilizarlo?

La pregunta pareció sorprender al hombre. Notó cómo Frank se enderezaba en su asiento y se giraba hacia ella para mirarla con una expresión de desconcierto.

—Apenas me ha dado tiempo de pensar en cuándo iba... voy a traerlo a la consulta, para que le eches un vistazo. Me he encontrado con esto sin esperarlo.

—Entiendo —contestó Ali, apretando los labios. Una mueca apareció en

sus labios—. Por regla general, a los hombres les da cierto... reparo hablar de esterilizaciones a sus mascotas de sexo masculino. No sé, parece que piensan que se lo están haciendo a ellos mismos o algo así.

Una sonrisa afloró a los labios del hombre y unas pequeñas arrugas aparecieron en torno a sus ojos.

—No te voy a mentir. Hablas de *esterilizar* y se me eriza el vello de los brazos.

—Es a él, no a ti, tranquilo —le contestó, divertida—. Los hombres sentís mucha empatía con ellos en ese sentido.

Con disimulo, se detuvo un momento a observarlo con más calma. Frank debía ser un poco mayor que ella; no mucho, solo algunos años. Vestía de manera informal, con unos vaqueros desgastados, unas deportivas de color gris y una camiseta a la que había comenzado a borrársele el símbolo de alguna banda de rock que no lograba precisar. El color de su pelo —un más corto por detrás— era algo indefinido. Recordaba que el día anterior, cuando lo vio por primera vez, había pensado que era de color castaño, pero allí, bajo la luz de los fluorescentes, creía apreciar algunos reflejos más rubios. Le hizo gracia la forma en que peinaba su flequillo, medio de punta. O que no lo peinaba, pensó, pues cada mechón parecía ir a su aire, confiriéndole un aire desenfadado y más juvenil. Su mandíbula era fuerte y con personalidad, oscurecida por el atisbo de una barba que no aparentaba ser demasiado cerrada, y tenía una nariz algo ancha pero que encajaba a la perfección con su rostro. Eran sus ojos lo que más le llamaba la atención. O tal vez era la manera en que miraba, como si todo lo que veía o escuchaba le interesara o quisiese asomarse a su interior.

Su manera de sentarse, echado hacia adelante, con las piernas algo separadas y los codos apoyados en ambas rodillas, le otorgaba un aire muy masculino. Unía las manos ante sí, unas manos anchas de dedos largos y delgados. Aquella postura revelaba también unos brazos bien torneados y musculados, aunque muy lejos de los que lucían quienes se pasaban la vida en un gimnasio. Ali recordaba que era más alto que ella pero no tanto como lo

eran Jimmy o Sean, que le sacaban casi una cabeza de altura. Si tuviera que definirlo, lo haría como de altura media.

Un nuevo quejido de la perrita la sacó de su velada inspección. Se palmeó ambas rodillas y se puso en pie casi de un salto, girándose hacia Frank.

—Bien, creo que allá vamos otra vez.

Cuando Frank dejó el segundo perrito junto al que había nacido en primer lugar, el reloj pasaba veinte minutos de las dos de la mañana. La joven madre jadeaba sobre la camilla mientras Ali la atendía.

—Está cansada.

—¿Eso es malo? —preguntó Frank mientras caminaba hacia ella con paso calmado. Ali se encogió de hombros.

—Cuanto más cansada esté, menos fuerza tendrá para empujar al último cachorro. Si no es capaz de parirlo, tendré que hacerle una cesárea. No me gusta nada esa idea —le contestó sin mirarlo. Respiró profundamente mientras se quitaba el par de guantes y los arrojaba a un cubo de basura que pulsó con la puntera del zapato.

Con paso tranquilo regresó hasta la silla que había estado ocupando gran parte de la noche, sentada junto a Frank, charlando de cosas sin transcendencia para aliviar así la espera. Se dejó caer sin atender que fuera un gesto poco femenino. Notó la mirada del hombre en ella y se fijó en cómo una sombra de sonrisa aparecía por la comisura de sus labios.

Ali lo imitó apenas y se echó hacia el lado contrario, para mirarlo desde más distancia.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó.

Como si fuera un niño sorprendido metiendo los dedos en la tarta de cumpleaños, Frank enderezó la espalda y, de manera automática, la expresión desapareció.

—Lo siento. Es que pensaba que ayer te había visto con otro color de pelo. Debo de haberme equivocado.

Lo que había sido un atisbo de sonrisa en los labios de Ali se convirtió en una más amplia que llegó hasta sus ojos. Frunció el gesto de manera divertida y asintió.

—No te has equivocado. He cambiado de color de pelo. Ayer por la tarde, después de vernos en la tienda de animales.

Ahora estaba completamente segura de que era la mirada de Frank la que hacía que sus ojos fueran tan especiales. Estaban fijos en ella como si, en ese momento, no hubiese en la sala ningún animal al que estuviesen ayudando a dar a luz.

—Te sienta bien —le dijo en voz un poco más baja, relajando los hombros, como si fuese un pensamiento que hubiera previsto guardarse para sí mismo, pero sin querer hubiera terminado diciéndolo en voz alta. Pareció darse cuenta y se enderezó en su asiento, con los ojos abiertos como platos y una muda expresión de arrepentimiento—. Quiero decir que... que te ves bien, claro. Con aquel color rojizo también te veías muy bien, igual que con este rubio, pero... Vale, lo... lo siento, de verdad. No creo que sea algo que se le deba decir a una mujer que casi acabas de conocer. No si no quieres parecer uno de esos tíos que... ya sabes, van baboseando detrás de una chica.

Ali consideró que el ligero rubor que vio aparecer en las orejas de Frank era algo que rara vez veía en un hombre. No era frecuente ver esa incomodidad. Normalmente era todo lo contrario: se le acercaban mientras la miraban de arriba abajo, como si ella fuese un trofeo de caza, para decirle algo que, por regla general, no quería ni deseaba escuchar. Así que ver a un hombre ruborizarse hasta las orejas por haberle dicho que le sentaba bien su nuevo color de pelo era toda una novedad. Y le pareció encantador. Decidida a que él no se sintiera más incómodo de lo que ya se veía, desvió la mirada hacia Pepper, dispuesta a cambiar de tema de conversación por otro más neutral.

—¿Así que se comió tu hamburguesa? —preguntó mientras apuntaba a Pepper con un gesto de su barbilla.

Frank giró la cabeza en dirección a su perro.

—Los restos de la barbacoa que habíamos terminado, en realidad. Apareció cuando iba a tirarlos a la basura. Se los zampó en un santiamén.

Ali lo creyó a pies juntillas mientras asentía una y otra vez.

—Me parece propio de él, sí. Una mañana vino a mí y me pidió mi desayuno. Se largó cuando le dije que no.

Giró la cabeza hacia Frank cuando este estalló en una carcajada que hizo que Pepper, tumbado a los pies de la camilla, levantara la cabeza de sus patas delanteras y los mirara a ambos.

—Es un perro listo —añadió Ali sin dejar de mirar a aquel precioso animal que ahora movía el rabo de manera insistente.

Vio cómo Frank movía la cabeza con convencimiento.

—Lo es, te lo garantizo. A veces creo que solo le falta hablar, porque parece entender todo lo que le digo. Se ha adaptado a la perfección a vivir en mi casa. Creo que alguien se tomó la molestia de educarlo.

Al mirar al perro, Ali sintió cómo su buen humor se desvanecía en el aire.

—Puede que se le haya escapado a alguien —oyó decir a Frank nuevamente. Ella apretó la mandíbula y respiró hondo.

—O puede que se hayan deshecho de él.

Frank giró la cabeza hacia ella como si la hubiesen accionado con un muelle.

—No... no creo, ¿o sí?

Era algo a lo que nunca se acostumbraría, pensó Ali. Muchas veces había visto llegar animales a su clínica, a los que habían abandonado y que habían tenido la mala fortuna de que los atropellaran, o que algunos desalmados les dieran una paliza, con los cuerpos vapuleados.

—Te sorprenderías de lo que es capaz de hacer la gente por deshacerse de algo que ya no quiere. Una mascota entra dentro de esa categoría.

Por el rabillo del ojo vio cómo un pulso apareció en la mandíbula de Frank, como si estuviese apretando fuertemente los dientes. Su mirada había cambiado, haciéndose más dura.

—Algunas veces me siento frustrada con la raza humana. Hay gente muy desalmada en el mundo —continuó ella, sintiendo que su ánimo caía a la altura de sus tobillos. Se fijó en las manos de Frank, en cómo las retorció una con la otra—. Al menos Pepper ha tenido suerte. Ha encontrado a alguien que se va a preocupar de que esté bien.

Frank giró la cabeza y clavó sus ojos en ella. Fue incapaz de retirar la vista de él, de esos ojos claros y profundos, de color indefinido, cuya mirada no sabía cómo interpretar pero que no la incomodaba en absoluto. Un segundo después, sin dejar de mirarla, el gesto de preocupación que viera en el masculino rostro se transformó en una tímida sonrisa.

—Gracias.

Ali le sonrió a su vez sin ningún esfuerzo; sentía que lo que le había dicho era lo natural y lo justo, lo que se merecía escuchar por haber hecho algo que no todo el mundo estaba dispuesto a hacer.

—¿Has visto si tiene el chip? —le preguntó.

—No he visto nada. Ni cuando lo bañé.

Ella tomó aire, exhalándolo poco a poco.

—Puede que esté debajo de un pliegue de la piel. Podrías traerlo mañana a la consulta y lo miramos. ¿Te parece?

Frank tardó unos segundos en contestarle con un simple y parco gesto de cabeza.

—Sí. Creo que será lo mejor.

Un nuevo quejido de la perra hizo que Ali se levantara de la silla de inmediato para comprobar cómo estaba. Sonrió abiertamente cuando vio que había comenzado de nuevo con las contracciones y estas parecían muy seguidas. Se colocó un nuevo par de guantes, dispuesta a volver a la faena.

—Bien, vamos a por el último.

—Y aquí tenemos al último, mamá —dijo Ali, acercándole el cachorro recién nacido a la perrita, que lo olisqueó con un gesto entre agotado e

intrigado. Cuando la joven madre dejó descansar su cabeza sobre la mesa, Ali le tendió la pequeña bolita de pelo a Frank.

—Sécalo y ponlo junto a los demás.

Frank hizo de inmediato lo que ella le pedía. Por el rabillo del ojo, Ali vio cómo él procedía con todo el cuidado del que era capaz. Una sonrisa involuntaria se adueñó de su semblante mientras terminaba de atender a la perra. La dejó tumbada en la camilla y se dirigió hacia donde estaba Frank.

Había colocado a los tres recién nacidos uno junto al otro. Los animalitos se retorcían, emitiendo una especie de gruñidito agudo. Los ojos eran apenas unas rendijas en sus caras y una diminuta lengua rosa aparecía de vez en cuando en una boca desdentada.

—Es increíble —oyó decir a Frank, que no dejaba de mirar a los tres nuevos inquilinos de la clínica.

Ali asintió.

—Son bonitos, ¿verdad?

—Lo son.

Con todo el mimo del que era capaz, Ali tomó a uno de los cachorros entre sus manos, lo levantó para colocarlo a la altura de su nariz y mirarlo de cerca.

—Y creo que hemos resuelto el misterio.

Frank giró la cabeza hacia ella, con una mirada de no comprender de qué estaba hablando.

—¿Misterio?

Completamente convencida, Ali asintió. Miró a Frank y se giró con el perrito acunado en la cuenca de sus manos. Dio un paso hacia adelante, en dirección a donde estaba Pepper, que se levantó con las orejas tiesas y el hocico en alto.

—Felicidades, Pepper. Eres papá.

Frank se colocó junto a ella.

—Entonces, ¿son de él?

—Lo son. Esos dos son iguales que su madre, pero este parece que ha

salido a su padre.

Vio a Frank acercarse hasta su perro, agacharse delante de él y rascarle con energía bajo las dos orejas.

—Bueno, colega, quizás tenga que darte la enhorabuena. Pero la próxima vez toma precauciones, ¿quieres? No quiero tener que volver a pasar por esto. No creo estar preparado —dijo él. El perro lamió la nariz de Frank, y Ali tuvo que contenerse para no estallar en una carcajada. Frank se levantó y se giró hacia ella.

—¿Y ahora qué? Quiero decir, ya están los tres fuera. ¿Qué pasará? Yo...

Ali creyó entender inmediatamente.

—Me has dicho que no es tu perra, aunque Pepper sea el padre de sus cachorros, lo sé.

—No puedo encargarme de esos pequeñines. Apenas estoy aprendiendo a hacerlo con él. —Señaló con el pulgar a su perro, que se había levantado sobre sus dos patas traseras y, apoyado contra el borde de la camilla, olisqueaba a la perrita que se mantenía acostada.

—No te preocupes. Te entiendo.

El rostro de Frank se ensombreció al instante siguiente.

—¿Qué va a pasar con ella? ¿Y con los cachorros?

Pese a que era algo a lo que Ali podía dar respuesta, aún no se había parado a pensar en ello. Se giró para dejar al cachorro junto a sus hermanos.

—Tengo contacto con algunas asociaciones. Se encargarán de buscar un hogar de acogida para los cuatro. Pero esta noche se quedan aquí —le explicó—. Será algo provisional hasta que los cachorros estén destetados y puedan separarse de la madre. Y hablando de ello... —Se giró de nuevo y tomó a dos de los cachorros—. Coge al otro, ¿te importa?

Frank asintió sin decir una palabra. Tomó al pequeño que había quedado solo y fue tras Ali.

—Venga, mamá, es hora de que estas bellezas intenten comer —le susurró a la perrita mientras colocaba a los dos cachorros junto a su vientre. Frank dejó

el tercer cachorro al lado de sus hermanos.

Los tres animales buscaron a tientas con las bocas bien abiertas, intentando equilibrarse con sus pequeñas garras. En un gesto instintivo, cada uno encontró un pezón de la madre y se engancharon a ellos como si la vida, en efecto, les fuera en ello.

Ali no podía borrar la sonrisa floja que mostraba su rostro, como no había podido hacerlo en toda la noche. Y parecía que Frank tampoco. Los dos miraron a los animales casi con embeleso.

Y aunque estaba encantada con cómo se había presentado el final de su jornada después de todo, Ali no pudo evitar dirigir su mirada hacia el reloj que pendía de la pared, sobre la puerta de la sala. Las cuatro y media de la mañana.

—Bien, creo que esto ha terminado.

Frank se giró hacia ella para asentir un par de segundos después. Ali se quitó los guantes y se deshizo de la bata, que colgó en el perchero.

—Me quedaré con ellos aquí esta noche hasta que llegue Shirley. Mañana hablaré con la asociación, para encontrarles un hogar, al menos provisionalmente.

—Estupendo —oyó decir a Frank mientras se alejaba con paso calmado de la camilla en donde los cachorros se alimentaban de manera entusiasta. Pepper se colocó junto a las piernas de su amo, alzando la mirada hacia él.

—Pepper y yo tenemos que marcharnos —continuó diciendo él—, pero antes tenemos que hablar de tus honorarios.

Torciendo la expresión, Ali contuvo la enésima sonrisa de la noche y le respondió con un único gesto de asentimiento.

—Ya hablaremos de eso cuanto traigas a tu perro. Habría que echarle ese vistazo y ver si, en efecto, tiene o no tiene puesto chip.

Los ojos de Frank se clavaron en ella, y Ali tomó aire. La mirada de Frank era intensa, una mirada de ojos penetrantes que la dejó momentáneamente sin poder respirar y con una extraña sensación en la boca del estómago.

—¿Mañana por la tarde te viene bien? —se escuchó diciendo a sí misma. No recordaba cómo tenía la agenda para el día siguiente, pero haría un hueco para ellos.

Él tardó un segundo en asentir. Las manos del hombre desaparecieron dentro de los bolsillos de sus pantalones.

—Está bien. Entonces hablaremos mañana —dijo mientras caminaba despacio hacia la salida—. Buenas noches, y gracias por todo.

Ali tuvo la impresión de que aquel caminar era demasiado lento y pausado, como si, en realidad, no quisiera marcharse. Antes de que Frank abriera una de las puertas, Ali dio un paso hacia él.

—Nos vemos mañana. Buenas noches —se despidió.

Ali levantó la mano tímidamente.

—Buenas noches a los dos.

CAPÍTULO 8

A Pepper no pareció importarle haber dormido solo tres horas cuando lo despertó, pasadas las ocho de la mañana. A él, en cambio, sí que le importaba.

Se levantó a duras penas, sin saber en dónde ponía los pies. Pepper se empeñó en corretear a su alrededor y casi le hizo caer en un par de ocasiones. Se vistió con los ojos aún cerrados, sin fijarse bien en lo que se estaba poniendo. Fue hasta la puerta; Pepper ya lo esperaba allí, con la lengua fuera, las orejas en alto y esa expresión que Frank estaba comenzando a asociar con los momentos en los que el bicho –dicho cariñosamente– parecía disfrutar más. Antes de salir, cogió la correa que le había comprado y se la enganchó al collar. Se agachó hasta que tuvo a su perro cara a cara.

—No pienso dejar que salgas corriendo de nuevo. Te voy a atar corto, colega, así no iras dejando tu semillita esparcida por ahí. ¿Estamos de acuerdo?

Pepper lo miró fijamente, se relamió e intentó lamerlo, todo a la vez. Frank retiró su rostro en el momento justo para no acabar babeado por completo.

—Anda, vamos.

Frank tuvo que agarrarse a la barandilla con la mano libre para evitar que Pepper lo arrastrara escaleras abajo. No recordaba haber bajado tan rápido en su vida. Cuando llegó al descansillo abrió la puerta, y el animal corrió hacia la calle, con él a la zaga. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para que el ímpetu del perro no le arrancara el brazo.

Diez minutos y varios paseos después, Frank regresaba a su apartamento, con un Pepper mucho más sosegado.

Le quitó la correa en cuanto entraron en el apartamento y fue a llenarle los comederos. El perro ya lo esperaba sentado frente a ellos, con evidente expectación. Había aprendido bien pronto cuál era la rutina que Frank seguía cuando iba a darle de comer. En cuanto retiró la mano Pepper se arrojó sobre

la comida. Y allí lo dejó, disfrutando del desayuno, devorándolo y haciéndolo desaparecer con celeridad. Él, en cambio, no tenía aún apetito, así que decidió tumbarse en el sofá, porque sabía a ciencia cierta que, si volvía a la cama, Pepper iba a ir tras él en cuanto se terminara su desayuno. Era curioso, pero cuando se quedaba dormitando en el sofá, el perro parecía respetarlo y se tumbaba a su lado, imitándolo plácidamente. Así que eso era lo que iba a hacer, al menos hasta que fuera la hora de ponerse a trabajar.

En algún momento debió quedarse dormido, porque un golpe en la puerta lo despertó, haciéndolo dar un respingo en el sofá. Se incorporó de inmediato, se pasó la mano por los ojos y el rostro para despejarse. En ese momento volvieron a llamar con más insistencia.

—A ver, bello durmiente, ¿tengo que entrar para despertarte con un besito?

Frank no pudo evitar sonreír al escuchar la voz de su amigo Sam.

—¿Y ese besito? —preguntó con una sonrisa burlona en el rostro nada más abrir la puerta.

Su amigo compuso una mueca de fingida repulsa.

—¿Con ese aliento de recién levantado que debes tener? Ni de coña. Besaría antes a un wookiee.

—¿Star Wars? ¿En serio? —le respondió, alzando las cejas, exagerando su expresión—. Serás friki.

Sam asintió con convicción.

—Lo soy. Y tú también, porque lo has entendido a la primera.

Frank pensó, divertido, que eso no podía refutárselo.

—Anda, pasa. *Princesa Leia* —le dijo mientras daba un paso atrás para dejar que su amigo entrara en el salón de su apartamento.

Acababa de cerrar la puerta cuando la mirada de Sam se fijó en Pepper, que seguía tumbado en el suelo, junto al sofá, pero atento a la persona que acababa de llegar.

—¿Y quién es este? No sabía que tenías un perro —dijo Sam mirando alternativamente a perro y dueño.

—Es Pepper.

El animal, como si hubiese entendido que tenía la atención de los dos humanos allí presentes, se sentó, sosteniéndose sobre sus patas delanteras y meneó el rabo con entusiasmo.

—El otro día no lo tenías, ¿no es así?

Frank asintió.

—Digamos que es una amistad reciente.

—Pues lo veo muy cómodo ahí tumbado —añadió su amigo. Sam fue a sentarse junto del animal. Este se acercó y lo olisqueó, intrigado. Sam acercó su mano a él y le acarició la cabeza, arrancando un pequeño gruñido de satisfacción en el animal.

—Parece que le gusta.

—Le gusta todo el mundo, no te hagas ilusiones —dijo Frank sonriendo. Fue hasta la cocina y cogió el bote del café, de la despensa—. ¿Café? ¿Has desayunado?

Sam asintió con un cabeceo sin dejar de acariciar la cabeza de Pepper.

—He desayunado con Martha, sí.

—¿Te importa que desayune yo? No recuerdo si cené anoche o no.

Su amigo se enderezó en su asiento, dejó de prestarle atención al perro y elevó sus cejas hasta el nacimiento de su espeso pelo negro.

—¿Tan gorda la pillaste anoche para no recordarlo?

—¿Qué? ¡No! —exclamó mientras cuidaba de que el agua no rebosara del depósito de la cafetera que estaba rellenando—. Es... es largo de contar. La forma abreviada es que me pasé media noche en un veterinario, viendo nacer a la progenie de mi amigo, aquí presente.

—Bien, no entiendo nada, pero tampoco voy a hacer que te devanes los sesos para que me lo expliques. Sé muy bien que no eres nadie hasta que te has tomado dos tazas de café. Mínimo.

Frank asintió, convencido. Su amigo lo conocía a la perfección; habían trabajado muchos años juntos, codo con codo. Había pasado más tiempo con

él que con su mujer, así que Sam sabía de lo que hablaba.

—¿Qué te trae tan temprano por aquí, Sam? Me encanta que vengas a verme, pero me extraña que lo hagas a estas horas.

El hombre se levantó del sofá y colocó ambas manos sobre sus caderas.

—Son las nueve y media, *portento*. Además, ¿es que no puedo venir a ver a mi amigo, al que echo tanto de menos?

Frank giró la cabeza, para mirar a Sam por encima del hombro.

—Vas a hacerme llorar. Desembucha.

Oyó cómo Sam se acercaba a él. Su amigo se apoyó contra la encimera de la cocina mientras se cruzaba de brazos.

—Ahora en serio: no pasa nada. He venido porque tenía ganas de verte y charlar un rato. ¡Ah! E invitarte a comer. No nos vemos desde el día en que Martha y yo llegamos. Solo tengo un mes para disfrutar de mi amigo favorito.

Esas palabras arrancaron una sonrisa en Frank. Él también echaba de menos a Sam. No podía decir que estuviera solo en la ciudad en la que llevaba pocos años; tenía a sus vecinos, que eran como una familia para él. Pero no eran Sam. Dejó la cafetera en su lugar, accionó el interruptor y se giró hacia el otro hombre.

—¿A almorzar dices? ¿Dónde? ¿Me llevarás a un sitio caro? —preguntó mientras intentaba batir las pestañas en una suerte de fingido coqueteo que Sam ignoró.

—Martha y yo habíamos pensado en el club que hay al final del puerto. Nos han dicho que se come muy bien.

—Y no te han engañado —convino Frank—. Dime la hora y allí estaré.

Sam palmeó con fuerza y visiblemente complacido.

—A las doce. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Al pasar junto a Pepper en dirección a la salida, Sam volvió a acariciarle la cabeza al animal. Antes de llegar se giró hacia Frank.

—Te he salvado de un nuevo almuerzo a base de pizza, ¿a que sí?

—Te odio.

—Y yo te quiero más.

Ambos hombres rieron con ganas y Sam le palmeó afectuosamente en un hombro mientras se dirigían hacia la entrada.

—Nos vemos luego. Adiós. ¡Ah, por cierto! Martha y yo hemos alquilado un barquito para dar un paseo por la costa después del almuerzo. Te apuntas, ¿verdad? Te puedes traer tus cañas de pescar. Martha se va a pasar todo el rato tirada en cubierta, tomando el sol. Si vienes, podré tener alguien con quien charlar.

Frank chasqueó la lengua.

—No puedo. Tengo que llevar el perro al veterinario.

Los ojos oscuros de su amigo se abrieron como platos.

—¿Al veterinario? ¡Menudo planazo! —exclamó con sorna—. A menos, claro está, que estemos hablando de una preciosa veterinaria, con bonitos ojos y que sonría cuando te hable.

Por unos momentos, Frank pensó que Sam sabía dónde había estado casi toda la noche anterior. Y con quién. O, más bien, acompañando a quién. Pero eso no lo hizo sentir menos incómodo. Compuso un gesto esquivo.

—Eh..., ¿por qué dices eso?

—Por decir algo —le respondió Sam de manera distendida mientras se alzaba de hombros—. Solo así encontraría comprensible que prefirieras ir al veterinario antes que venir con tus amigos.

Volvió a pensar que lo conocía muy bien. O tal vez era él, que no era capaz de disfrazar sus reacciones, sobre todo porque con Sam no necesitaba hacerlo. La expresión del otro hombre cambió de inmediato: caminó hacia él con la mirada clavada en sus ojos.

—¿Acaso he acertado? ¿Lo he hecho?

Era inútil ocultarle algo a Sam. Además, pensó, ¿por qué iba a ocultarlo?

—Es... sí, es una veterinaria.

—¿Es bonita? —quiso saber su amigo a renglón seguido.

Frank torció el gesto.

—¿Acaso importa?

Fue el turno de Sam de sentirse visiblemente incómodo. Dio un paso hacia atrás y arrugó el ceño.

—Bueno, no, claro. Al menos será simpática, ¿no?

—No he dicho en ningún momento que no sea guapa. Y sí, es simpática.

Con un contundente gesto de asentimiento, Sam le ofreció una amplia sonrisa.

—Vale, guapa y simpática. ¿Me la vas a presentar?

Frank intentó contener la risa, pero le fue imposible.

—¿No vas tú demasiado rápido?

—¿Sabes qué? Me encanta cuando logro ponerte incómodo —le dijo mientras lo apuntaba directamente con el dedo en el centro del pecho y presionaba con suavidad.

—No estoy incómodo.

La sonrisa que apareciera segundos antes en el rostro de Sam se hizo aún más amplia si cabía, todo dientes y hoyuelos en las mejillas. Dio un paso atrás y luego otro más hasta que llegó al borde de las escaleras.

—No, por supuesto que no. Él no está incómodo. Para nada. Solo te has puesto un poco rojo, nada más. Venga, nos vemos luego, campeón. —Se despidió alzando el brazo sobre la cabeza para ondearlo con exageración.

Frank se mantuvo unos segundos más en el rellano, mirando hacia las escaleras ya vacías y con una sonrisa que no pudo evitar que se dibujara en su rostro.

«Jodido Sam», pensó. Se pasó la mano por el corto cabello de la nuca y regresó a su apartamento.

Pepper continuaba donde lo había dejado minutos atrás: junto al sofá, tumbado en el suelo y dormitando como él mismo debería estar haciendo. Pero ya no podía. La visita de Sam lo había espabilado y se sentía incapaz de echarse de nuevo en el sofá. Además, ahora debía atender en menor tiempo las

tareas que había planificado, porque no quería hacer esperar a Martha y a Sam a la hora del almuerzo.

Fue hasta la cocina, tomó la cafetera y se sirvió una generosa taza a la que no se molestó en echarle azúcar. Necesitaba algo fuerte que lo despejara y lo pusiera en marcha. Se apoyó contra un mueble de la cocina y dio un sorbo al café.

—Jodido Sam —repitió, esta vez en voz alta, acompañado de una mueca que se asemejaba mucho a una sonrisa. Pepper levantó las orejas sin molestarse en alzar la cabeza, que reposaba sobre sus estiradas patas delanteras.

Tal vez para su amigo era un *planazo*, como se había referido a la visita al veterinario, pero él se encontró pensando que le apetecía mucho volver. Nunca había pensado en pasar una noche ayudando a nacer a unos cachorros, pero la sensación le había encantado. Ver a aquellas pequeñas bolitas de pelo dar su primera bocanada de aire había sido toda una experiencia, una muy gratificante. Y tenía que admitir que ella, la doctora Ruslan, le había puesto las cosas muy fáciles. Se había desenvuelto con profesionalidad y eficacia, teniendo siempre palabras de ánimo para la perrita que estaba dando a luz. Recordaba haberla observado en silencio, viendo cómo acariciaba con mimo la cabeza y el vientre del animal y cómo no tuvo en cuenta ni una sola vez en toda la noche la cantidad de tiempo de más que aquel alumbramiento le estaba haciendo pasar en su puesto de trabajo, fuera de su horario habitual. Habían estado hablando de cosas sin importancia en los momentos que transcurrieron entre el nacimiento de un perrito y otro. Había resultado ser una mujer ingeniosa, alegre, de trato fácil y sonrisa sincera. Pero recordaba, sobre todo, sus ojos; de un color verde intenso, que lo habían mirado con franqueza mientras charlaban.

Así que sí, convino, para él era un planazo porque le apetecía, más de lo que debería admitir, que estaba deseando regresar a la clínica.

Ali entró en la cafetería de Laurie con decisión, con la mochila colgada a la espalda y de buen ánimo. Se había levantado temprano solo para darle de

comer a Bluebell, que había maullado sin descanso en su oído y se había frotado contra su brazo, avisándole de que tenía hambre. En cuanto lo hubo hecho, había vuelto a la cama y durmió hasta pasado el mediodía.

Se había despertado descansada y de buen talante, pese al poco tiempo que, en realidad, había dormido. No había esperado atender ningún alumbramiento el día anterior, y mucho menos a las horas que se había producido; sin avisar siquiera. Claro que podría haber sido peor. El nacimiento de unos cachorritos siempre era motivo para alegrarse, y todo había ido a la perfección con el parto. No podía estar más contenta.

Había almorzado en su casa, viendo tranquilamente la televisión. En cuanto hubo terminado de fregar había llamado a Jimmy y este le había asegurado que todo estaba controlado con los recién nacidos, que se encontraban en perfecto estado, así como también lo estaba la madre.

El local de Laurie estaba bastante concurrido. Había un montón de clientes tomando café después de la hora del almuerzo, sentados en las mesas que había delante del gran ventanal que daba a la calle. El aroma de las tartas y los pasteles inundaba el local. Cerró los ojos unos momentos para poder deleitarse a gusto con él.

—Buenas tardes, Laurie —le dijo cuando llegó hasta la barra. La mujer dio un pequeño respingo para girarse a continuación con una expresión de sorpresa dibujada en su rostro.

—¡Ali! No te oí entrar. Dime, ¿qué te apetece?

—Dame tres cafés para llevar, por favor.

—¿Uno solo y fuerte, y otros dos con un poco de crema y azúcar?

Ali asintió con entusiasmo.

—Exacto.

Mientras los preparaba, la mujer la miró de reojo.

—¿No has trabajado esta mañana?

—No. Anoche tuve una urgencia en la clínica y tuve que estar allí toda la noche.

Del hermoso rostro de Laurie se desvaneció su sempiterna sonrisa.

—¡Vaya! ¿Algún animalito enfermo?

—No, el parto de una perrita.

Laurie terminó de llenar el último de los vasos de cartón y la miró de reojo mientras colocaba las tapaderas de plástico.

—¿Todo bien entonces?

—Muy bien —asintió Ali—. Nacieron tres hermosos cachorros.

Laurie colocó los vasos en una bandeja para que los pudiera transportar con comodidad y se la entregó.

—Aquí tienes —le dijo mientras tomaba el billete de veinte dólares que Ali le tendía, y le entregaba su vuelto.

Tomando la bandeja, Ali se dirigió hacia la puerta.

—Gracias, Laurie. Nos vemos mañana.

Frank estaba a punto de posar la mano sobre el pomo de la puerta de la clínica veterinaria cuando esta se abrió desde el interior. Se quedó aguardando en el umbral, a la espera de que una mujer saliera con un pequeño terrier en brazos, que le gruñó a Pepper como si este fuera su peor enemigo. Su perro, sabiamente, lo ignoró desviando la mirada y posándola en él, como si esperara alguna orden por su parte. La mujer le ofreció una sonrisa a modo de disculpas y bajó presurosa la escalera, para llevarse lejos a ese pequeño escandaloso.

—¡Qué genio! —le susurró en confidencia a Pepper. Este lo miró y bostezó, como si la actitud de aquel congénere de cuatro patas le resultara por completo aburrida. Frank le palmeó la cabeza, complacido—. Me gusta tu filosofía. Sí, señor.

Con ese ánimo entró en la sala de espera de la clínica.

No recordaba la sala pese a que había estado esperando allí la noche anterior hasta que la doctora Ruslan apareció. Había estado pendiente en todo momento de la perrita y no se había fijado en si la habitación era grande o no, ni de qué color estaban pintadas sus paredes o cuántas sillas había para

esperar sentados. Lo cierto era que había tres hileras de sillones de plástico naranja, cada una de ellas pegadas a su correspondiente pared de la sala; la cuarta pared era donde estaba la pequeña ventana que debía ser la recepción y una puerta junto a ella, que él sabía daba a la zona de consultas y a la de curas, en donde ya había estado.

En la sala había solo un hombre, acompañado de un niño que no tendría más de ocho años, con una caja para transportar animales en su regazo. Aunque tenía una portezuela enrejada, no veía bien en su interior, pero creyó escuchar el bufido de un gato. Pepper intentó jalar de la correa de la que estaba sujeto, pero él se lo impidió con un suave tirón que el perro interpretó al momento, quedándose quieto a sus pies.

Frank paseó la mirada por el lugar. Había pósteres de diferentes animales colgados de las paredes, que estaban pintadas de un color verde muy claro. Por el rabillo del ojo, Frank creyó apreciar movimiento tras la ventanilla. Un segundo después, por la puerta que daba a la recepción apareció la chica que lo había atendido el día anterior cuando llegó.

—Lo recuerdo. Usted fue el que trajo ayer a última hora aquella perrita, ¿verdad? —le dijo con un gesto de reconocimiento.

Frank se levantó al instante.

—Sí, soy yo. La doctora Ruslan me dijo que viniese hoy por la tarde.

La mujer asintió.

—Sí. Ali dejó anotado en la agenda de hoy que vendría esta tarde. Un momento, por favor. —Se alejó con paso rápido hacia el lugar por donde había aparecido para regresar al momento, con una carpeta en la mano y un bolígrafo en la otra.

—Tome. Rellene esto antes de pasar a la consulta, por favor. —Y le entregó la tablilla con gentileza, y volvió a la recepción.

Frank volvió a tomar asiento, con toda su atención puesta en el formulario que debía rellenar. Tardó solo algunos minutos en hacerlo, teniendo que dejar en blanco algunas preguntas como la edad de su mascota o la raza a la que pertenecía. Miró a Pepper, tendido a sus pies. Pese a la aparente calma, el

perro se mantenía con las orejas en alto, mirando en dirección al niño que sostenía el transportín. Frank sonrió y agarró con más fuerza la correa, colándola por su muñeca. Cuando se trataba de un perro y un gato en la misma habitación, la tormenta podía estallar en cualquier instante.

Giró la cabeza en el preciso momento para ver a un hombre alto, rubio y que bien podría haber pasado por jugador de la NFL asomarse por la puerta que daba a las consultas, y dirigirse hacia él con un caminar ágil y seguro de sí mismo.

—Me ha dicho Shirley que tiene cita con la doctora Ruslan —le dijo a modo de saludo y tendiéndole la mano con amabilidad.

Frank asintió y correspondió el gesto con uno idéntico.

—Sí.

—Usted fue quien trajo a la perrita que dio a luz anoche.

—Sí, fui yo —contestó, deseando ocultar la incipiente incomodidad que lo estaba abrumando—. Me siento como si hubiese hecho algo extraordinario, y no lo veo de esa manera.

—No todo el mundo hace algo así, ¿sabe? —respondió el hombre de inmediato—. La mayoría dejaría al animal de vuelta en la calle para que se las apañara solo.

Pensar en la mera posibilidad de que alguien hubiera dejado de lado a aquel animal cuando necesitaba ayuda, y que lo hubiera abandonado a su suerte, le revolvió el estómago.

—Hice lo que me dictó mi conciencia. Solo eso.

Frank miró al hombre desde su posición. Debía tener unos cuantos años menos que él, era ancho de hombros y muy alto. Supo que era otro de los doctores de la clínica porque su bata blanca y la placa prendida de ella así lo decía: «Dr. Sean R».

—Ali aún no ha llegado, pero no tardará en hacerlo.

Como si la hubieran convocado con algún tipo de magia, la puerta se abrió, y Ali apareció tras ella. Llevaba una bandeja con tres cafés en equilibrio en

una mano mientras sujetaba aún el pomo de la puerta. La mujer, en cuanto los vio a ambos, les ofreció una enorme sonrisa que iluminó sus hermosos rasgos.

—Buenas tardes —saludó a ambos, mirando a uno y a otro para terminar fijando sus ojos en su colega—. Te he traído tu café.

Un gesto complacido apareció en el rostro del doctor.

—Gracias, cariño. —Y le dio un sonoro beso a la altura de su sien derecha que ella aceptó con una expresión alegre. El hombre recogió el vaso y se giró hacia Frank—. Creo que tiene cita contigo, ¿no es así?

Los enormes ojos de Ali se clavaron en él y asintió para, inmediatamente, pasar a mirar al perro que la observaba con interés, las orejas en alto y el rabo meciéndose de un lado a otro con energía

—Así es. Tenemos que ver a este grandullón —corroboró ella. Pepper hizo el intento de ir a su encuentro, pero la poca longitud de la correa se lo impidió. Frank se levantó con rapidez, y el perro tiró de él para poder acercarse a las piernas de la mujer.

Ali lo acarició entre las orejas y el perro emitió un pequeño gruñido de pura satisfacción que hizo reír a Frank.

—Creo que hay alguien agradecido por aquí.

—Ya veo que sí —dijo Ali mientras hacía malabarismos con la otra mano para que no se le cayera la bandeja con los dos cafés restantes.

Dándose cuenta, Sean le tomó la bandeja con las bebidas.

—Anda, dame o se te van a caer —le dijo para entregarle a continuación uno de los vasos—. Ya veo que tienes un paciente deseando que le hagas caso.

Ali se agachó delante del perro y lo tomó con cariño por ambas mejillas mientras sus dedos le rascaban el nacimiento de las orejas.

—Anoche ayudé a que nacieran sus cachorros. Es un padre agradecido, sin duda.

Con la misma agilidad con la que se había agachado, Ali se levantó ofreciéndole una amplia sonrisa a Frank.

—Venga, vamos a ver cómo se encuentra —le dijo. Se giró hacia su

compañero y se despidió de él—. Nos vemos luego.

Aunque una media hora atrás le había dicho expresamente a Sergei que no quería interrupciones, su joven ayudante abrió la puerta de su despacho con sigilo, para asomar únicamente la cabeza por el hueco que quedó.

—Señor Kozlov.

Iván, que lo había observado por el rabillo del ojo, prefirió no levantar la cabeza del documento que estaba revisando.

—Te dije que no me molestaras, Sergei.

El joven carraspeó antes de contestar.

—Lo sé, señor, pero tiene una llamada importante.

—¿Quién es? —preguntó, aun cuando sus ojos continuaban fijos en el papel.

—El señor Donovan.

Con un estudiado movimiento, fruto de muchos años de ensayo, Kozlov se quitó las gafas que utilizaba para leer y las dejó a un lado. Levantó la cabeza para mirar con ojos entornados al joven.

—¿Te ha dicho qué quiere?

Sergei negó con un gesto antes de contestar.

—No, señor. Solo que quiere hablar con usted. Y que es importante.

Iván Kozlov tardó unos segundos en asentir y, cuando lo hizo, fue con un movimiento casi imperceptible.

—Pásame la llamada.

Su ayudante no aguardó ninguna otra orden más y desapareció por el hueco de la puerta, cerrando tras de sí. Unos segundos después, el suave timbre del teléfono que tenía a su izquierda sonó. Lo descolgó con parsimonia y se lo llevó a la oreja.

—Aquí Kozlov.

—¡Iván! ¿Cómo andas, viejo zorro? —oyó decir a Charles Donovan. Iván hizo un gesto de desagrado con los labios.

—Muy bien —contestó con cierta acritud.

—¡Estupendo! Uno llega a una edad en la que hay que cuidarse sí o sí.

Iván se reclinó sobre el respaldo de su caro sillón de cuero, que crujió bajo su peso.

—Estoy seguro de que no me has llamado para interesarte por mi estado de salud. ¿O me equivoco?

Su interlocutor tardó unos segundos en contestar.

—Tan encantador como siempre, Kozlov —respondió a Donovan. Toda ligereza en su tono de voz había desaparecido. Iván se alegró enormemente por ello. No consideraba a aquel hombre un amigo con el que departir sobre achaques de la edad. Quería que le dijera qué lo había llevado a llamarlo. Aunque no había que ser muy listo para saberlo.

—Muy bien, hablemos de negocios. El grupo inversor que quiere comprar tus inmuebles ha vuelto a llamarme. Quiere saber si estás interesado en vender.

Iván dejó pasar unos segundos antes de responder.

—Estoy interesado —le contestó.

—Lo suponían.

—¿Suponían algo más? —preguntó Iván de manera cortante.

Fue el turno de Donovan de demorarse en su respuesta.

—También me preguntaron si yo sabía si habías iniciado ya algún trámite.

Ayudándose de los dos pies, Iván hizo girar el asiento sobre sí mismo para quedar frente a la ventana. No tenía las vistas que tenía Donovan desde su despacho, pero se podían ver las copas frondosas de los árboles del parque que había cercano y, un poco más allá, el mar.

—Algo he hecho, sí.

—Bien —contestó Donovan al otro lado de la línea—. Me dijeron que tienen que viajar a Japón para un asunto de negocios y que estarán allí más o menos un mes. Así que tendrás un poco más de tiempo para hacer las gestiones oportunas. Seguro que te alegras de ello.

Iván apretó los labios, convirtiéndolos así en una dura y fina línea en su arrugado rostro.

—Un tiempo extra nunca viene mal.

—Kozlov —dijo el magnate, cambiando el tono de voz por otro más serio—, no puedes dejar pasar esta oportunidad. Es mucho dinero el que hay en juego. Incluso creo que, si les aprietas un poquito las tuercas, pueden soltar un poco más.

—Gracias por el consejo —dijo Iván, meciéndose lentamente en el sillón—. Ya he tomado cartas en el asunto.

—¿Y tienes ya alguna noticia?

—Aún no. Pero no tardará en responderme. Me encargaré personalmente de que lo haga lo antes posible.

Casi pudo ver la amplia sonrisa que debía tener Charles Donovan en ese momento.

—Me alegra escuchar eso. Bien, no te entretengo más. Espero noticias tuyas pronto. Y que sean buenas. Adiós.

Antes de que pudiera corresponder a la despedida, el pitido inconfundible le dijo que se había acabado la comunicación.

Con algo de trabajo, Iván hizo girar el sillón hasta que volvió a tener el escritorio delante de él. Alargó la mano y tomó la agenda forrada de cuero marrón.

Pasó una página tras otra hasta detenerse en la doble página de la semana siguiente. Sin mirar, apretó el botón del intercomunicador y aguardó. A los pocos segundos, su asistente estaba tocando a la puerta.

—¿Me ha llamado, señor?

—Sí. ¿Frank Bradley ha dado señales de vida?

Sergei contestó de inmediato.

—No, señor.

Iván torció el gesto con profundo desagrado. Respirando profundamente, clavó sus ojos en la agenda abierta ante él.

—¿Qué tal tenemos la tarde del lunes?

El joven pareció esforzarse en recordar por el gesto que hizo con los labios.

—No creo haber acordado ninguna reunión.

Complacido con la respuesta, Iván sonrió a medias.

—Bien. Reserva esa tarde. Vamos a ir a ver al señor Bradley. Creo que su tiempo para pensárselo ya ha terminado.

CAPÍTULO 9

La habitación a la que Ali los llevó era bastante más pequeña que la sala en donde nacieron los cachorros. Había una enorme ventana en la pared del fondo y un estor que la tapaba a medias. Delante de esta, una mesa de escritorio repleta de papeles, carpetas y el marco con la foto de un gato negro que miraba a la cámara con aire de saber que lo estaban inmortalizando. Junto a la foto había un monitor plano de ordenador lleno de pequeñas notas adhesivas de colores en el marco de la pantalla, que casi dificultaban que se viera al completo.

En el otro extremo de la habitación había una camilla metálica delante de un mueble y un pequeño lavabo. Ali se dirigió hacia la mesa y depositó allí su café.

—Pasad y poneos cómodos —les dijo mientras dejaba su mochila, tomaba una bata blanca colgada de un perchero y se la ponía.

Frank intentó entretenerse mirando a su alrededor mientras Ali se colocaba la bata, pero le era casi imposible que sus ojos no volvieran a ella una y otra vez. La mujer sacó algo del bolsillo de su pantalón y lo utilizó para recoger su melena en una coleta alta, de la que se le escaparon algunos mechones rebeldes que enmarcaron de inmediato su rostro ovalado y de pómulos altos. Se acercó hasta el mueble y tomó un par de guantes de látex antes de volver la atención a Frank y al perro.

—¿Puedes subirlo aquí, por favor? —le pidió ella, palmeando la superficie de la camilla.

Abrazando con cuidado el cuerpo del animal, Frank lo alzó y lo colocó sobre la camilla. El perro se quedó muy quieto, mirando a derecha y a izquierda, curioso. Ali se acercó hacia él y le palmeó el lomo con cariño.

—Eres un perro muy bonito, ¿lo sabías? —la oyó decir en voz baja, muy cercana al hocico del perro mientras le ofrecía una hermosa sonrisa. Las

comisuras de los labios de Frank se alzaron involuntariamente ante la enésima muestra de cariño que tan natural parecía en ella.

La observó con interés mientras trabajaba, viéndola manejarse con el perro. Pepper era un buen paciente: se estaba quieto cuando ella se lo pedía y eso hacía que la sonrisa siempre presente en el rostro de Ali fuera aún más amplia. Parecía algo innato; aparecía sin forzarla, iluminándole los ojos y las mejillas y, si cabía, la hacía resplandecer y parecer aún más hermosa.

Sin saber cómo, la pregunta que le había hecho Sam sobre si era bonita o no regresó a su mente. La había evitado en el momento en que su amigo se lo cuestionó, no porque no hubiese apreciado la belleza de la mujer la primera vez que la vio, o la noche anterior, en aquella espera a que nacieran los cachorros. Por supuesto que lo había hecho, no era ciego, pero siempre se había considerado un hombre que valoraba a una mujer por algo más que ser una cara bonita. Aunque tenía que admitir que, ese rostro en concreto, era precioso.

Ese color de cabello, un discreto rubio, la hacía parecer más joven de lo que, seguramente, ya era. Un mechón de pelo le cayó sobre la frente y ella se apresuró a retirarlo con el dorso de la mano. Frank se sentía incapaz de dejar de mirarla, a su rostro, a sus manos que trabajaban con delicadeza en su perro, tomándole la mandíbula para verle los dientes y los ojos. Esperaba que ella no girara la cabeza hacia él porque si lo sorprendía mirándola de la manera tan absorta en que lo estaba haciendo, se sentiría profundamente comprometido y, lo más importante, la haría sentirse incómoda a ella, y no quería que eso sucediera. Tomó aire y apretó la mandíbula, dispuesto a prestar atención en exclusiva a la exploración a la que Pepper estaba siendo sometido. Solo a eso. Pero le iba a resultar difícil. *Muy* difícil.

Unos segundos después, el rostro de Ali se giró, clavando su mirada franca en él.

—Es un perro joven, no tendrá más de dos años y medio, tres a lo sumo. Y está bastante sano. Tiene signos de haber estado algo desnutrido, pero parece que se ha repuesto, no es preocupante. —Se volvió de nuevo hacia el perro

para alzarle el rostro—. Seguro que ahora te están dando bien de comer, ¿a que sí?

Frank no pudo evitar sonreír una vez más. Parecía que eso era todo lo que sabía hacer cuando ella estaba cerca.

—Voy a darle un tratamiento antiparasitario, ¿de acuerdo? —No esperó a que él respondiera; se acercó hasta el mueble que había detrás de ella y cogió una pequeña ampolla que distribuyó entre el pelaje del perro, desempeñándose con eficacia y rapidez. Después tomó una jeringuilla y se la inyectó en el cuello. Pepper se movió inquieto durante el proceso—. Ya estamos terminando, tranquilo.

Tal y como le había prometido, Ali retiró la aguja con una expresión de triunfo.

—¿Ves? Tenía razón. Ya está listo —le dijo mientras le masajeaba el lugar en donde le había administrado el medicamento. Se giró hacia Frank—. Deberías comprarle un collar antipulgas y antigarrapatas.

Convencido, Frank asintió.

—De acuerdo.

—Sus oídos están bien y también los dientes. Su corazón se escucha perfectamente, sin ninguna anomalía. Es un perro sano.

A Frank le alegraron esas palabras. No se había encariñado con ese animal para que terminara muriéndose a los pocos meses. Aunque, si así fuera, habría sido incapaz de no hacer lo mismo que había hecho: recogerlo de la calle y darle un hogar.

—Y ahora vamos a buscar ese chip, ¿de acuerdo? Si tiene un dueño, o no, es mejor que lo sepamos cuanto antes.

Del mismo mueble del que había tomado las vacunas, Ali alcanzó un pequeño aparato, no más grande que un teléfono móvil, aunque sí más grueso. Emitió un pitido cuando lo encendió, iluminándose la pantalla. Con él en la mano fue hasta Pepper y lo colocó junto a su cuello.

—Allá vamos.

Frank se acercó a la camilla para ubicarse en el lado opuesto a donde estaba Ali. Le pasó la mano de manera distraída al animal por el costado y este se giró en su dirección, para intentar lamerle la mejilla. Con suavidad, Frank lo apartó, sin dejar de prestarle atención a la mujer.

Ali pasaba el escáner una y otra vez por el cuello de Pepper. Lo hacía despacio, sin prisas, asegurándose de hacer una tarea concienzuda. Pero Frank intuyó que algo no iba como ella pretendía que fuera, porque la sonrisa que siempre tenía en su rostro comenzó a desaparecer lentamente.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

Sin mirarlo, todavía atenta al trabajo que estaba haciendo, Ali negó con un contenido gesto de cabeza.

—No lo encuentro. Por regla general se implanta debajo de la piel del cuello, pero no lo encuentro.

—¿Siempre se pone ahí? —preguntó Frank, inquieto. Ella volvió a asentir.

—Sí. El chip no es más grande que un grano de arroz y a veces puede desplazarse por debajo de la dermis, pero no es probable.

Con un gesto algo rudo, Ali apagó el aparato, lo dejó a un lado y volvió a Pepper.

—Ven, déjame mirar.

Con mimo, Ali comenzó a apartar el pelaje del perro. El pelo sobre el cuello era algo espeso, pero ella siguió con su búsqueda, fuera lo que fuese lo que anduviera buscando.

Entonces su expresión cambió, haciéndose grave y preocupada.

—Mierda.

Frank giró alrededor de la mesa para colocarse a la izquierda de la mujer, con su brazo rozando el hombro de ella.

—¿Qué ocurre?

Los dedos de Ali despejaron una porción del cuello de Pepper. Bajo el pelo, en su piel, había una cicatriz de unos siete centímetros, sonrosada y con bordes irregulares y gruesos, como un corte con una navaja que no hubiese

estado lo suficientemente afilada.

—Ahí debió tenerlo.

—¿El microchip? —preguntó Frank acercándose a Ali para poder ver lo mismo que ella estaba viendo.

Ali asintió.

—Sí.

—¿Y es extraño que ya no lo tenga?

La mujer levantó la mirada para clavarla en él. En sus ojos pudo ver un destello, mezcla de rabia y tristeza.

—Lamentablemente, no, no es tan extraño. A veces llegan perros a los refugios con estas mismas marcas. Cuando sus dueños se cansan de ellos, porque ya no es el cachorro gracioso que era o porque ya no quieren mantenerlo, les extraen el microchip y los dejan en la calle. Así es imposible identificar al propietario y ponerle la denuncia que se merece —dijo con voz ronca, casi enfadada. Por el rabillo del ojo la vio intentar controlarse tomando aire que dejó escapar por su nariz—. Al menos le cosieron la herida, aunque no se esmeraron mucho. Tuvo suerte, después de todo. A otros muchos se las dejan abiertas y eso les causa una infección enorme que acaba con sus vidas.

Frank notó cómo, al igual que la de ella, su respiración se había vuelto más profunda, inhalando y exhalando por la nariz, y cómo un enfado que no sabía de dónde había salido se apoderaba de él.

—Hijos de puta —masculló entre dientes, apretando con fuerza la mandíbula.

Vio cómo Ali asentía con vigor, dándole así la razón.

—Lo son. A quien perteneciera Pepper se aseguró de que no pudiéramos dar con él.

Los ojos grandes y color chocolate de Pepper, enmarcados en esas largas pestañas, lo miraron directamente, como si comprendiera con claridad qué estaba ocurriendo.

—No me entra en la cabeza que alguien pueda hacer algo así —comenzó

diciendo Frank, con la vista clavada en su mascota—, abandonar a un animal a su suerte, un animal con el que has convivido y que espera que lo cuides. Y encima provocarle el sufrimiento que debió sentir cuando le extrajeron el microchip y lo cosieron de mala manera.

El perro dio un paso corto hacia él y Frank le acarició bajo la mandíbula, dejando que lo olisqueara a su antojo hasta que la lengua áspera de Pepper lo lamió en la mejilla.

—¿Qué has pensado hacer? —oyó preguntar a Ali. Frank retiró con cuidado a Pepper para mirarla a ella.

—¿Qué he pensado hacer sobre qué?

—¿Vas a adoptarlo?

Una profunda arruga apareció en mitad de la frente de Frank, partiéndola en dos. Entornó los ojos sin comprender a qué venía la pregunta.

—¿Crees que sería capaz de dejarlo de nuevo en la calle?

Después de unos segundos, la sonrisa que tanto le estaba comenzando a gustar a Frank apareció de nuevo en los labios de Ali.

—No. No creo que seas capaz.

Se sostuvieron las miradas por unos instantes que a Frank le parecieron dolorosamente cortos. Sentir los ojos de esa mujer sobre él lo convertía en alguien que era incapaz de continuar pensando con coherencia, solo atento a ella.

—Entonces, ¿lo formalizamos?

Frank no sabía a qué se refería. Su mente hacía un buen rato que había dejado de procesar información, desde que ella lo miró.

Parpadeó varias veces.

—¿Formalizar? ¿El qué?

Un pequeño y divertido gesto al fruncir los labios hizo que el rostro de Ali se iluminara.

—La adopción. Hay que formalizar la adopción.

Se sintió estúpido de inmediato. «Estábamos hablando de la adopción de

Pepper. Eso era».

—Claro, por supuesto.

Allí estaba de nuevo la sonrisa que tanto le gustaba a Frank, y que tan bien le sentaba a Ali, según su opinión. Ella se giró, tomó una jeringuilla y una pequeña torunda de algodón, impregnada con algún líquido antiséptico.

—Esto no te va a doler, campeón.

Y así pareció ser porque Frank no apreció en Pepper ninguna incomodidad cuando Ali le clavó la aguja en la piel del cuello, en el lado contrario en donde, una vez, llevó el primer chip. Un segundo después, la mujer retiró la aguja.

—Listo. Voy a activarlo.

Cogiendo el aparato que había utilizado antes, Ali lo pasó por el cuello del animal, en el lugar exacto en donde le había pinchado. Se oyó un ligero pitido, y en la pantalla apareció un largo número identificativo.

—Este es tu número. Lo registraremos ahora mismo y te haré los papeles. Ya puedes bajarlo si quieres.

Mientras Frank bajaba a Pepper de la camilla, Ali se sentó tras su ordenador. Pepper debió decidir que el lugar le fascinaba porque dedicó los siguientes minutos a olisquear cada rincón y cada recoveco, por debajo de las sillas y alrededor de las mesas. Frank no podía apartar la vista de la bola de pelo y de su incesante actividad.

—¿Rellenaste el formulario? —preguntó ella sin desviar la mirada de la pantalla del ordenador.

—¿Qué formulario?

Los ojos de Ali recayeron en él.

—El que debieron darte cuando llegaste.

Frank recordó al instante. Hizo una mueca con los labios.

—¡Ah, sí! Se lo devolví a tu marido.

Los ojos de Ali se abrieron de manera desorbitada. Dejó de teclear e hizo un extraño gesto, frunciendo los labios.

—¿Marido? ¿Qué marido?

Las dos preguntas de la mujer lo hicieron sentir al momento que había metido la pata. No sabía de dónde había salido aquella conexión que su mente, al parecer, había hecho. Lo único que sabía era que sus orejas habían comenzado a arderle de repente. No se le ocurrió otra cosa que responderle con otra pregunta.

—¿Con el hombre con el que estaba hablando cuando llegaste?

—¿Y por qué has pensado que es mi marido?

Haciendo un esfuerzo por no comenzar a tartamudear, Frank apretó los labios con disimulo.

—¿La placa que tenía prendida de la bata? ¿El apelativo cariñoso? ¿Sean R.?

La cabeza de Ali asintió una única vez.

—Y has pensado que la *R* es de Ruslan, ¿no es así?

Frank despegó los labios para contestar. En lugar de eso, volvió a cerrarlos de inmediato, como si fuera un pez y un niño juguetero lo hubiese sacado de la pecera.

—Yo... —fue lo único que atinó a responder.

Conteniendo una sonrisa, Ali regresó a lo que estaba haciendo en la pantalla. Fue el momento en que Frank volvió a respirar, cosa que había dejado de hacer al darse cuenta de que había metido la pata hasta la rodilla. La voz de Ali casi le hizo pegar un respingo.

—Si querías saber si estaba casada, podrías haberme preguntado sin más y yo te habría sacado de dudas sin problema —le respondió sin mirarlo siquiera, para añadir a continuación—: No, no estoy casada. Ni con Sean ni con nadie. ¿Contento?

Y continuó con su tarea frente al ordenador, pero sin que una extraña expresión de diversión abandonara su rostro.

Lo cierto era que no sabía qué lo había llevado a hacer esa conjetura. A lo mejor fue la familiaridad que vio entre ambos, o el apodo cariñoso con el que

él se había dirigido a ella, no tenía ni idea. Pero, tal vez, tenía que considerar que su subconsciente sí había querido saber ese dato sobre ella. Aunque aún no entendía por qué. O sí lo entendía, pero su consciencia lo había intentado disimular de una manera tan torpe.

Sintiéndose incómodo, cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y escondió sus manos en los bolsillos de sus pantalones, maldiciéndose en silencio una y otra vez.

Unos segundos después, Ali tomó una pequeña libreta, garabateó algo en su interior y en la portada y, levantándose, se la tendió a Frank.

—Enhorabuena, ya es oficialmente tuyo —le dijo.

Frank tomó de su mano el pequeño cuaderno y le sonrió, agradeciéndoselo con la mirada. Se giró hacia el animal, que continuaba deambulando por la consulta. Frank lo llamó.

—Hey, colega, ya tienes papeles.

Pepper se acercó a su amo, se sentó delante de él y emitió un sordo bufido, que Frank insistió mentalmente en catalogar como un «me gusta».

—Y bien, ¿lo has pensado ya? —oyó decir a Ali cuando llegó hasta él. Frank se giró hacia ella, sin saber a qué se refería.

—¿El qué?

—Lo de esterilizarlo.

Frank tomó aire. Lo cierto era que no lo había pensado. Había tenido toda la mañana para hacerlo, pero por una razón o por otra, no lo había hecho. Y después, durante el almuerzo con Sam y Martha, no se había acordado siquiera. Y estaba el asunto de que no sabía si quería. Ali había llevado razón cuando la noche anterior le dijo que, estúpidamente, los hombres empatizaban con sus mascotas macho de esa manera tan absurda. Sabía que no era lo mismo un humano que un animal, por supuesto, pero no podía evitarlo. Todo eso de tener un perro en su vida era algo muy nuevo para él. Se pasó una mano por el corto pelo de su nuca.

—Es que...

Ali pareció entender su incomodidad.

—Ya, se te ponen los vellos de punta.

Asintió casi con exageración, era inútil negar lo evidente.

—Exactamente.

Ali buscó a Pepper, que acudió a ella de inmediato. Le acarició la cabeza y el perro se pegó a sus piernas.

—Bueno, piénsalo. Tienes tiempo, pero es bueno para él y para ti. Aquí ya hemos terminado, ¿qué te parece si vamos a ver a los cachorros?

Frank miró primero a la mujer y luego a su mascota.

—¿Qué me dices, Pepper? ¿Quieres verlos?

Como respuesta obtuvo un enérgico movimiento de rabo que sacudió a Ali en la pantorrilla. La mujer soltó una carcajada.

—Creo que está de acuerdo. Venid por aquí.

Aquel lugar era muy distinto a plena luz del día, pensó Frank mientras atravesaba la sala en donde había estado la noche anterior, siguiendo a Ali de cerca. Pasaron por la zona de curas y se encaminaron hacia una puerta que había al fondo y en la cual no había reparado antes. Pepper atravesó la puerta antes de que él lo hiciera, persiguiendo de cerca los pasos de la mujer.

Antes de verlos, Frank pudo oír los pequeños llantos y grititos que daban los cachorros recién nacidos. Siguió a Ali hasta el fondo de una habitación, en donde había al menos una docena de jaulas ventiladas, limpias y vacías.

—Aquí están —la oyó decir al detenerse ante un pequeño recinto de fornida malla metálica. La perrita estaba tumbada en el suelo, apoyada contra un lateral del cuadrilátero mientras tres pequeñas bolitas de pelo pululaban cerca de su vientre, en busca de su alimento, arrastrándose sobre sus propias barriguitas. Agachándose, Ali tomó uno de ellos y lo acunó en el hueco de sus manos con todo el cuidado del que era capaz.

Frank se acercó un paso más, hasta quedar junto a ella y con la mirada fija en el pequeñín. Había cambiado mucho en apenas dieciocho horas. El pelo se

veía seco y lustroso, y el rostro menos hinchado. El cachorro aún tenía los ojos cerrados y la diminuta lengua sonrosada asomaba por la boca. Estiraba de manera desmesurada las cuatro patas, como si estuviese asustado de caerse. Ali colocó una de las palmas de su mano sobre él, dándole cobijo.

—¿A que es una preciosidad?

Frank no pudo por menos que darle la razón.

—Lo es, sin duda alguna.

—¿Quieres cogerlo?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Se enderezó todo lo que pudo, componiendo una expresión de no saber qué responder.

—No...

Ali se giró hacia él, quedando frente a frente.

—Anoche te manejaste a las mil maravillas con ellos cuando nacieron. No tengas miedo. No van a romperse.

Y se lo colocó en la mano.

De inmediato, Frank notó el acelerado pulso del cachorro en contacto con la palma, así como la calidez que desprendía el pequeño cuerpo. Era una cosita encantadora, pensó, y se quedó sonriendo embobado durante unos segundos mirando a aquel ser.

—Se llama Basil —oyó decir a la mujer. Levantó la mirada para encontrar los ojos de ella fijos en él.

—¿Basil?

Ali asintió.

—Jimmy se ha negado a llamarlos *cachorro uno* o *cachorro dos* y les ha puesto nombre a cada uno—. Ali tomó el pequeño animal de las manos de Frank y lo devolvió junto a sus hermanos y su madre.

—Dado que Pepper es el nombre de su padre, él es Basil, el que acabas de sostener —dijo mientras señalaba con el dedo al animal—. Esta pequeña es Rosemary, la única hembra. Y el otro es Mustard, el del pelo más claro y el que más se parece a Pepper. A ella le ha puesto Cinnamon¹.

Frank no podía controlar la amplia sonrisa que mantenía mientras los miraba a todos.

—Me gustan los nombres. Tienen personalidad.

—Me alegra que le guste —dijo una voz masculina detrás de él. Frank se giró de inmediato para enfrentar al dueño de aquellas palabras.

Frente a él estaba un hombre joven y alto, más que él mismo, de pelo oscuro recogido en una coleta en la nuca, mirada franca y ataviado con un pijama de enfermero color azul.

—Es Jimmy. Y tampoco es mi marido —oyó decir a Ali. Se volvió hacia ella con un rápido movimiento. La encontró conteniendo la risa, con labios apretados, mirada brillante y una sola ceja alzada. Lejos de sentirse ofendido o enfadado, sonrió también ante la broma.

—Me lo merezco —le respondió bajando un poco la cabeza.

Se giró hacia el hombre, que los miraba a ambos con los ojos entornados de quien no entiende de qué estaban hablando, y le tendió la mano, que este aceptó de inmediato.

—Soy Frank Bradley.

—El que trajo a Cinnamon anoche, lo sé.

—Jimmy y Sean se han encariñado enseguida con ellos —dijo Ali mientras señalaba a los cuatro animales con un gesto de la cabeza.

Jimmy rebasó a Frank, miró hacia los cuatro perros y asintió.

—Así es —contestó—. Pero ahora no puedo entretenerme en hacerles monerías, que es lo que realmente me apetece hacer, porque tengo en la consulta un gato que se ha clavado una espina en la pata y debo extraérsela.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —le preguntó Ali, entornando los ojos.

—He visto la puerta abierta y venía a saludarte. Nos vemos luego. Encantando de conocerte, Frank —le dijo casi sin pararse a tomar aire, mientras depositaba un rápido beso sobre la coronilla de Ali antes de marcharse a toda prisa.

Jimmy salió de la habitación, dejando que la puerta se bamboleara tras él.

—Les va a resultar muy duro a los dos cuando dejemos a Cinnamon y a los cachorros en el hogar de acogida temporal que les he encontrado.

Antes de preguntar, Frank vio cómo Pepper olisqueaba a la perrita por encima de la cerca, atento a las tres pequeñas formas que había junto a ella. Volvió su atención a Ali para preguntarle:

—¿Ya les has encontrado una casa?

Ella movió la cabeza de manera afirmativa.

—Una provisional, en donde podrán cuidarlos hasta que estén destetados y puedan ser dados en adopción. Tengo que dejarlos el lunes... —La expresión risueña de la mujer cambió de inmediato— ¡Mierda!

La exclamación sorprendió a Frank y le hizo arrugar la frente.

—¿Qué ocurre?

Ali se pasó despacio la mano por el rostro.

—La casa está al otro lado de la ciudad y mi coche... Lo dejé hace unos cuantos días en Boston —contestó justo antes de encogerse de hombros y exhalar aire con resignación—. Tendré que llevarlos en taxi, no pasa nada.

Los quejidos de los cachorros llamaron la atención de Frank y de Ali. Dos de ellos estaban intentando buscar el pezón de su madre, pero parecía que les estaba resultando una tarea imposible. Ali se agachó y los colocó frente a ellos. Los dos animales se agarraron con fuerza y comenzaron a succionar.

—Aún tenemos que hablar de tus honorarios —dijo Frank mientras ella observaba a los pequeños desempeñarse con brío. Ali giró la cabeza hacia él sin levantarse.

—No hay nada de qué hablar.

La frase sorprendió a Frank.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no piensas cobrar el trabajo que hiciste anoche?

Ella se irguió y se encogió de hombros casi al mismo tiempo de manera despreocupada.

—Es exactamente lo que quiero decir.

Frank negó con vehemencia.

—Fueron muchas horas y es tu trabajo. Dime cuánto es, por favor.

Cruzándose de brazos, Ali movió la cabeza de un lado a otro.

—No voy a cobrarte nada. Es mi trabajo, cierto, pero no pienso cobrártelo. No es la primera vez que ocurre algo así, y no va a ser la última, te lo garantizo. Era una perrita de la calle. Hiciste más que suficiente por ella con traerla hasta aquí.

Frank supo que, insistiendo, solo iba a lograr que ella se enrocara más en su deseo de no cobrarle. Así que, como surgida de la nada, una idea cruzó su mente.

—Entonces déjame que te lleve a Boston a recoger tu coche. Como pago por los servicios prestados.

Ali lo miró con ojos entornados.

—¿Hasta Boston? Es un largo camino. Podrías haberte ofrecido para llevarme el lunes hasta la casa de acogida.

Con un exagerado cabeceo, Frank asintió.

—Podría, por supuesto. Pero has dicho que la casa está al otro lado de la ciudad. En taxi son... más o menos, unos ¿diez dólares? ¿Quince? Me parece un precio muy barato por todo lo que hiciste anoche.

La mujer pareció considerar sus palabras por unos instantes. Frank temió que ella declinara su oferta. El ofrecimiento le había nacido del corazón; era lo menos que podía hacer por alguien que se había portado de manera tan generosa con aquel animal. Una tímida sonrisa, que poco a poco se fue haciendo más amplia, apareció en el hermoso rostro de la veterinaria.

—Está bien.

Frank no sabía bien por qué la respuesta le había alegrado tanto, pero así era.

—Muy bien. El domingo. ¿A qué hora?

—¿A las diez te viene bien? ¿Aquí, en la puerta de la clínica?

Frank asintió de nuevo y ella lo imitó.

—¿Me dejas tu móvil, por favor? —le preguntó Ali tendiendo una mano frente a él. Sin cuestionar la petición, Frank sacó el dispositivo del bolsillo y, sin saber para qué lo quería ella, desbloqueó la pantalla y se lo tendió.

Con dedos ágiles, la vio teclear con seguridad. Unos segundos después, los primeros acordes de una canción que creyó identificar se escucharon provenientes de un bolsillo del pantalón de ella. Ali se apresuró a colgar la llamada y le entregó el aparato.

—Ya tengo tu teléfono, y tú tienes el mío, por si surge algún contratiempo antes del domingo.

Frank se quedó parado con el teléfono en la mano, sin guardarlo.

—¿Algún contratiempo? —preguntó intrigado.

Ali compuso un gesto divertido.

—Como que traigan a una perrita a punto de dar a luz. Ese tipo de contratiempos.

De nuevo esa sonrisa, que le iluminaba las facciones por completo y que lo dejaba desarmado y sin saber qué hacer o qué pensar. Se miraron por unos momentos, en silencio, hasta que ella rompió el instante antes de que se volviera incómodo para ambos.

—Entonces nos vemos aquí el domingo.

Por lo visto, Pepper había decidido que estaba listo para marcharse, porque se dirigió hacia Frank para obligarlo a que le prestara la atención que, hasta entonces, había estado reservando para la mujer. Ni de lejos era tan apetecible mirar a su perro como a ella, pensó Frank, pero sabía que debía salir de allí antes de que quedara, aún más, como un auténtico idiota.

—El domingo. De acuerdo.

Giró sobre los talones para dirigirse hacia la salida.

—Te acompaño —la oyó decir a su espalda. Frank miró sobre su hombro derecho en dirección a la mujer.

—No te preocupes, conozco ya el camino. Hasta el domingo. —Se despidió con un cabeceo y salió por la puerta de la sala seguido de Pepper.

1 Nota de autor: Juego de palabras. Dado que el nombre del perro es Pimienta (Pepper), los nombre de los otros perros son Albahaca (Basil), Romero (Rosemary), Mostaza (Mustard) y Canela (Cinnamon).

CAPÍTULO 10

Cuando Ali miró la pantalla del móvil, faltaba un minuto para las diez de la mañana.

Había llegado un poco antes a la clínica y ya esperaba ante la puerta. Miró a su alrededor. La calle estaba tranquila, aunque había algunos transeúntes más de la cuenta para ser domingo, seguramente por ser un día festivo.

Aún le sabía mal haber aceptado el ofrecimiento de Frank de llevarla hasta la ciudad a recoger su coche. No se habría visto en aquella tesitura si ella le hubiese cobrado sus honorarios, pero no, haberlo hecho casi habría ido en contra de su código moral.

Era verdad lo que le había contado, que ya lo había hecho con anterioridad para algunas personas del refugio de animales y para algunos «padres y madres» de acogida, cuando las mascotas a las que cuidaban se habían puesto enfermas de repente. No había hecho nada especial ni nada digno de premiar. Su premio eran su conciencia tranquila y el saber que había aportado su granito de arena para que aquellos animales tuvieran una vida feliz.

Lo cierto era que Frank le hacía un gran favor llevándola hasta Boston, en especial ese día. No había caído en la cuenta de qué fecha era hasta que el sábado se levantó y miró el calendario que había en su cocina. El 4 de Julio siempre era especial; la calle se llenaba de gente dispuesta a pasarlo bien y celebrarlo con sus familias. No había pensado que, tal vez, Frank tenía una familia con la que celebrarlo.

Había esperado tener noticias de él durante todo el sábado, para disculparse de alguna manera por no haberse dado cuenta de qué fecha era y cancelar su ofrecimiento. Pero eso no llegó a pasar; el teléfono no sonó y la *cita*, por llamarla de alguna manera, continuó en pie. Por mucho que miró la pantalla no hubo ningún mensaje de su parte, así que el domingo por la mañana, tal y como habían quedado, allí estaba, delante de la puerta de la

clínica, esperando a que llegara.

Desbloqueó el teléfono una vez más para mirar la hora. Cuando levantó la cabeza, un Honda Civic de color azul intenso paró delante de ella.

La ventanilla del lado del pasajero bajó automáticamente. Ali se agachó lo suficiente para ver a Frank sentado detrás del volante, luciendo una radiante sonrisa.

—¡Buenos días! —la saludó con efusividad—. No llego tarde, ¿verdad?

Ali le correspondió con una sonrisa idéntica y un gesto de la mano.

—Buenos días. ¡No! Claro que no.

—Estupendo. Entra.

Sin que se lo tuviera que repetir, Ali abrió la puerta y se instaló en el asiento junto a él. Lo miró sin decir una palabra y carraspeó, sintiéndose un poco incómoda de repente.

—Frank, antes de nada, quiero disculparme —comenzó diciendo y se giró un poco hacia el hombre para poder tenerlo de frente—. Cuando te ofreciste a llevarme a Boston, no recordé que hoy es 4 de Julio. Es un momento para estar en familia, o disfrutar del día con la gente que quieres, y no me gustaría que, por mi culpa, te estés perdiendo una celebración familiar o algo por el estilo. Entenderé perfectamente que no puedas llevarme, lo digo en serio. Si tienes que estar en otro sitio, puedo apañármelas sola.

Los párpados del hombre se entornaron un poco antes de responderle.

—¿Me estás diciendo que me he levantado de la cama un día de fiesta para no ir de excursión? Porque en lo que a mí respecta, esto es un paseo. No tengo ninguna otra obligación, ni tengo que estar en ningún otro sitio. Yo sí recordé qué día era hoy. Y si no lo hubiera recordado, lo habrían hecho los niños con los que me topé hace un rato. Ya iban ondeando banderitas y llenando globos a pleno pulmón. Cuando llegue la tarde estarán reventados y sin ganas de celebrar nada más —le dijo pareciendo querer restarle importancia al asunto. Se giró un poco hacia ella—. Muy bien, dime dónde vamos.

Ali se removió en el confortable asiento.

—Al hotel Waterfront.

Antes de que ella pudiera ampliar la información, él tomó su móvil, toqueteó la pantalla e introdujo el nombre del hotel en el navegador. Unos instantes después, el programa le arrojó la ruta más adecuada para llegar al destino solicitado.

—Listo —dijo mientras colocaba el teléfono en un soporte que había junto al parasol y que Ali no había visto hasta entonces. Arrugó la nariz.

—¿Te fías de esos chismes?

Con un gesto incrédulo, Frank echó un vistazo a la pantalla para pasar a posar su mirada en ella.

—¿Y por qué no? Me entiendo con estas cosas. ¿Tú no?

El gesto de Ali fue una categórica negación.

—Jamás. Llego muy bien hasta la ciudad en cuestión. Después, puedo pasar media hora dando vueltas sin encontrar el destino final. Y no exagero.

Vio como el hombre contenía una sonrisa que amenazaba con convertirse en una carcajada en cualquier momento. Lo observó apretar los labios y torcer el gesto de manera divertida.

—Bueno, esperemos que no nos pase esta vez. ¿Nos vamos entonces?

La respuesta por parte de Ali fue recolocarse en el asiento, enganchar el cinturón de seguridad y volver a mirarlo.

—Nos vamos.

Tenían casi una hora por delante antes de que llegaran a Boston. El tráfico no era demasiado denso para esa hora de la mañana, así que no tardaron mucho tiempo en abandonar la ciudad.

Encararon la I-95 diez minutos después. Frank se incorporó a la autopista, y ella se relajó en el sillón, viendo pasar los árboles que había al borde de la ancha carretera. El día estaba espléndido; el cielo estaba completamente despejado y sin ninguna nube en el horizonte. El sol prometía apretar según fueran pasando las horas, pero allí, dentro de ese cubículo, la temperatura era

agradable.

Aunque iban en silencio, Ali se sentía cómoda. Por los altavoces del coche sonaba una música que apenas podía escuchar y que no alcanzaba a identificar. Miró a Frank por el rabillo del ojo. Se lo veía relajado. Conducía con la mirada puesta en la autopista, sujetando con ambas manos el volante. Ali había vuelto la cabeza hacia su derecha, para ver pasar los árboles, cuando decidió romper el silencio.

—¿Dónde has dejado a Pepper? —preguntó sin apartar la vista del paisaje.

—Está en casa —contestó él, con la mirada clavada en la carretera que se abría ante ellos—, dormitando junto al sofá. Se está adaptando a las mil maravillas. Lo cierto es que lo estamos haciendo los dos muy bien, el uno al otro. Ha debido de vivir en una casa antes y está acostumbrado a las normas y a no andar haciendo demasiados estropicios.

Ali asintió con lentitud. Recordaba a la perfección la herida del cuello del perro, una herida que le decía más claro que cualquier otra cosa la manera en la que ese cariñoso perro había sido tratado. Lo habían abandonado a su suerte, seguramente para que muriera. Se le revolvió el estómago y el escozor de la bilis le subió por la garganta. Ya había visto aquello antes, por desgracia, pero era incapaz de endurecerse ante el mismo hecho cuando se le había vuelto a presentar.

—Es un gran perro —dijo y miró a Frank de soslayo. Vio aparecer un pulso en la mandíbula del hombre, fruto de estar apretándola con fuerza.

—Lo es —respondió con voz grave—. No entiendo cómo pudieron echarlo a la calle como si fuera un trasto viejo.

—Yo tampoco lo entiendo.

El ambiente distendido que había predominado hasta ese momento se vio oscurecido por lo que pudo ser y, por fortuna, no ocurrió con Pepper. Ahora estaba en un buen hogar y siendo atendido como se merecía. Y ella se alegraba de verdad por ello.

—¿Puedo preguntarte algo? —oyó decir a Frank. Giró la cabeza hacia él, sorprendida.

Asintió antes de contestar.

—Por supuesto. Pregunta.

—Si no quieres no tienes por qué decírmelo. Es simple curiosidad.

Ella torció el gesto, divertida.

—Tú haz la pregunta y yo consideraré si voy a contestarla o no, ¿de acuerdo?

Frank se removió ligeramente en su asiento, todo lo que le permitió el volante y su postura para continuar conduciendo.

—¿Por qué está tu coche en un hotel en Boston? —quiso saber. Torció la cabeza hacia ella para mirarla—. Ya sabes: si no quieres, no tienes por qué responder.

Ali se encogió de hombros.

—No tengo nada que ocultar, señorita —contestó ella con teatralidad, moviéndose lo justo en su asiento para subir parcialmente la rodilla y colocarse de lado, para así tenerlo de frente cuando hablara—. Lo tuve que dejar hace unos días allí cuando fui a la reunión de la comunidad rusa. Bebí más de la cuenta y tuve que regresar en un taxi.

Frank desvió un momento la mirada de la carretera para clavarla en ella.

—Bebiste más de la cuenta. Vale, lo pillo: te emborrachaste.

Ella asintió con energía.

—Me emborraché, sí. Nunca recuerdo lo fuertes que pueden llegar a ser esas malditas cervezas rusas. Están muy buenas, pero con tres ya estás cantando una balalaika.

El hombre estalló en una carcajada que la hizo sonreír de inmediato.

—Nunca he probado una cerveza rusa. Voy a tener que hacerlo si promete esos resultados.

Ali se apresuró a replicarle.

—Cuando quieras.

El tenue sonido de una canción cambió por otro, pero Ali seguía sin distinguir de cuál nueva melodía se trataba.

—¿Así que eres rusa? —le preguntó Frank.

—En realidad, el ruso era mi abuelo. Yo nací aquí, pero él se encargó de que su familia conociera y amara la tierra que lo vio nacer. Me siento tan rusa como americana.

—¿Sabes hablarlo?

Ali lo miró y alzó una ceja.

—¿El ruso? ¿Acaso quieres comprobarlo?

Frank negó con la cabeza antes de girarla hacia ella y sonreírle.

—No. Quería saber cómo sonaba, solo eso.

Ali se quedó un momento callada, con la mirada fija en el perfil del hombre. Unas pequeñas arrugas se formaban en la comisura de sus ojos cuando sonreía, y eso era bastante a menudo. Se dio cuenta de que se había debido afeitarse aquella misma mañana, porque su mandíbula lucía tersa y sin sombra de vello facial, además de porque le llegaba el suave aroma del *after shave*. Con disimulo, tomó aire. Le gustaba ese olor: era limpio, agradable y encajaba a la perfección con su dueño. Tenía que admitir que era bien parecido, con ese aire varonil a lo Steve McQueen, que quizás estaba tan desfasado en los tiempos que corrían, y con la mandíbula proyectando determinación y la línea posterior del cuello despejada por el pelo corto a la altura de la nuca. Se obligó a dejar de mirarlo y clavar la vista en el exterior mientras algo, que aún no sabía bien identificar, le cosquilleaba el estómago.

—¿Qué hacéis en esas reuniones de... la comunidad rusa? —La voz de Frank la sacó de sus cavilaciones sobre el aspecto de su compañero de viaje.

—¿Además de beber, quieres decir?

Él la miró, desviando un momento sus ojos claros de la carretera.

—Sí, además de beber.

Ali contuvo una sonrisa frunciendo los labios.

—Pues charlamos. Y bebemos más.

—Suena divertido.

—Lo es —respondió ella con un exagerado movimiento de cabeza.

Supo que él quería preguntarle algo más con solo observar la manera en que apretaba los labios y se mordisqueaba el interior de la mejilla.

—Suéltalo —le dijo.

Pareció que sus palabras lo tomaron por sorpresa porque el hombre dio un pequeño respingo en el asiento.

—¿Que suelte el qué?

—Lo que estás queriendo decirme.

De nuevo lo vio removerse, como si estuviese buscando una postura más cómoda. Abrió la boca pero volvió a cerrarla de sopetón y exhaló con fuerza por la nariz. Al cabo de unos segundos, él volvió a hablar.

—Siento el malentendido del otro día.

—¿Qué malentendido? —preguntó ella de inmediato.

Una de las manos de Frank dejó momentáneamente el volante y se la pasó por el corto cabello, dejándolo desordenado y con cada mechón apuntando a un sitio distinto.

—Confundir a tu compañero con tu marido. No quería...

Ella levantó una mano antes de que él continuara.

—No pasa nada. No me importó en absoluto. Es más, me hizo mucha gracia.

—¿Ah, sí? —respondió él, mirándola por el rabillo del ojo.

Ali movió la cabeza arriba y abajo.

—Sí. Jamás me había pasado algo así y tiene su gracia —le dijo ella—. Ahora que lo pienso, ¿qué te llevó a pensar que estaba casada con Sean?

Si le hubiesen preguntado en aquel momento, Ali habría jurado que lo que vio aparecer en las orejas del hombre de manera súbita era cierto rubor que las encendió de inmediato. Frank balbuceó varias veces antes de encontrar las palabras para responderle.

—Os... os vi muy cercanos y muy compenetrados. Y pensé que una mujer como tú... quiero decir, una mujer tan hermosa como tú tenía que tener un marido. O un novio. Siento... siento la equivocación.

Ali bajó la mirada, ocultando la sonrisa de oreja a oreja. La encontraba hermosa. No bonita, no. Hermosa, una palabra que no creía haber escuchado nunca de los labios de un hombre. Guapa, por supuesto. Bonita, también. Y algunas cosas más que prefería no recordar porque no habían sido tan elegantes como esos adjetivos. Pero no recordaba que jamás le hubieran dicho *hermosa*, y le encantaba cómo sonaba con su voz grave y vivaz. Aquello la halagó más de lo que estaría dispuesta a admitir frente a nadie. Levantó la vista y se encogió de hombros.

—Sean es mi mejor amigo desde el instituto —comenzó diciéndole. No tenía por qué contarle nada ni darle ninguna explicación, pero le apetecía hacerlo. Él estaba siendo franco con ella, y ella podía corresponderle de la misma manera, pensó—. Estuvimos saliendo un par de meses. Pero resultó que funcionábamos mejor como amigos que como pareja, así que lo dejamos antes de que todo se estropeará y se fuera a la mierda. Entonces —Ali continuó hablando mientras gesticulaba con naturalidad—, el último año de instituto apareció Jim. Él y Sean conectaron a la primera. Están juntos desde aquel momento.

—¿Jimmy y Sean son pareja? —la interrumpió Frank.

—Sí. ¿Tienes algún problema con eso? —preguntó ella a su vez con cierta cautela. Ellos eran sus mejores amigos y si alguien los menospreciaba o los ponía en tela de juicio por su condición sexual, esa persona no tenía nada que hacer, ni que decir, con ella. Deseó que no fuera el caso de Frank porque le estaba cayendo realmente muy bien.

Frank se apresuró a negar con un rotundo movimiento de cabeza.

—No, ningún problema. ¿Por qué habría de tenerlo?

Su respuesta la alegró sobremanera. Se arrellanó en el asiento.

—Así que, cuando nos tocó el turno de elegir universidad, los tres nos marchamos a la misma. Y los tres teníamos muy claro qué queríamos hacer cuando termináramos. Así nació la clínica. Y ahí acaba mi historia.

Las manos de Frank descendieron arriba y abajo por el volante.

—Es una historia interesante.

Ella torció el gesto, divertida.

—No mientas —lo instó mirándolo de reojo—. Es una historia aburrida y sin ningún detalle jugoso que contar.

—No todas las buenas historias tienen por qué tener algún detalle jugoso. Es buena porque lo ha sido para ti. Simplemente eso.

Ali pensó con calma en sus palabras. Era cierto, no cambiaría nada de su pasado, ni con quién lo había compartido ni lo que había hecho o dejado de hacer, porque era su historia y estaba orgullosa de ella. Sintiendo bien consigo misma, clavó la mirada en él.

—¿Y la tuya? ¿Cuál es tu historia?

—¿La mía?

Ella sonrió.

—¿Creías que yo iba a ser la única en soltar el rollo y tú ibas a salir de rositas? Nada de eso.

La mano de Frank voló hacia el cambio de marcha. Un segundo después volvía a posarla en el volante.

—¿Quieres que te cuente mi vida?

—No toda. Lo importante —convino Ali con un exagerado cabeceo. La verdad era que se había quedado con las dudas de si Frank tenía una familia a la que había dejado plantada por llevarla a ella hasta Boston.

Ali sintió un ligero pellizco bajo su esternón cuando el rostro masculino se iluminó con una sonrisa. Tenía que admitir que tenía una bonita sonrisa, franca y amplia y, cuando sonreía, el color claro de sus ojos parecía serlo aún más. Tuvo que obligarse a bajar la mirada hacia sus propias manos para que él no advirtiera que se había quedado embobada mirándolo.

—Bueno, mi vida no es más excitante que la tuya. Nací en un pueblecito pequeño de Vermont, estudié en la universidad de Boston y trabajé durante algunos años en Wall Street.

Una expresión incrédula cruzó las facciones de Ali.

—¿Wall Street? ¿Eres corredor de bolsa?

—Lo era. Vine a vivir a Newburyport hace unos cinco años. Compré un edificio y lo reformé. Después me divorcié y aquí sigo. Como ves, tampoco es la historia más excitante que hayas escuchado en tu vida.

Los ojos de Ali se abrieron como platos.

—¡Pues no veo la similitud de tu vida con la mía por ningún sitio! ¿Trabajabas en Wall Street y ahora eres dueño de un edificio en un pueblo de mala muerte de la costa de Massachusetts? —Su voz se elevó una octava al preguntar.

—No es un pueblo de mala muerte. Es bonito, acogedor y se vive bien ahí.

Ali tenía que darle la razón. Newburyport era una pequeña ciudad, con las comodidades que le confería una urbe pero sin las prisas y los agobios de las más grandes.

—¿Cuánto tiempo estuviste casado? —La pregunta brotó de los labios de Ali por sí sola. Fue al ver el cambio en la expresión del rostro de Frank cuando se dio cuenta de que, tal vez, había metido la pata—. Lo siento, si no quieres contestar...

Una mano alzada de Frank la detuvo.

—No, no pasa nada. Está bien. Fue algo que ya pasó. Estuve casado cuatro años.

Ahora que él le había permitido hurgar en aquel episodio de su vida, Ali sintió curiosidad por saber algo más del hombre con el que tan cómodamente estaba charlando sin apenas conocerlo de nada.

—¿Por qué te divorciaste?

Por un momento esperó que él no le respondiera. Frank se encogió de hombros antes de hacerlo.

—Las cosas que pasan, no sé. Se acaba la chispa, la pasión que una vez sentiste por esa otra persona se esfuma. Un día te das cuenta de que solo tienes en común la casa en donde vives, porque tus intereses ya no son los de ella. Cuando se llega ahí, es mejor ponerle punto final antes de hacerse daño mutuamente.

—¿Tienes hijos?

De nuevo una sonrisa apareció en el rostro de Frank. «Te sienta mucho mejor que estar serio, sin duda alguna», recapacitó Ali.

—¿Me estás sometiendo al tercer grado?

No, no pretendía acribillarlo a preguntas, pero Ali pensó que era tan fácil hablar con él que las preguntas brotaban solas de sus labios. Se colocó tras la oreja un mechón de pelo que hacía un largo rato se había escapado de su peinado y al que no había prestado atención.

—No..., lo siento. Hay veces que no sé parar de hablar.

—Bueno, a mí tampoco es que me importe demasiado que me preguntes lo que quieras. Así que por mí está bien el tercer grado —le contestó, siempre con su atención puesta en la carretera pero desviando de vez en cuando la mirada hacia ella, acompañada con una media sonrisa que la hacía sonreír a su vez.

Continuaron conversando hasta que comenzaron a ver los letreros que les indicaban que estaban entrando en la ciudad. Ali no había sido consciente de que habían estado casi una hora completa sonriendo, bromeando y charlando sin parar.

La voz del navegador se hizo más presente, indicándole la ruta a seguir hasta llegar al hotel. Después de casi media hora de cruzar grandes avenidas, de pararse en un sinfín de semáforos y de cruzar un largo puente sobre el río Charles, el letrero del hotel Waterfront apareció frente a ellos.

Frank maniobró y estacionó el coche en la zona habilitada para la subida y bajada de huéspedes del establecimiento. Apagó el contacto y se giró hacia ella ligeramente.

—Bueno, hemos llegado.

Ali miró hacia fuera, como si tuviera que asegurarse de que, en efecto, habían llegado al hotel. Asintió con ciertas reservas y con un atisbo de decepción que no sabía de dónde había salido.

—Ya veo, sí.

—¿Quieres que te espere?

Se apresuró a negar con la cabeza.

—No, gracias. Ya has hecho suficiente por mí. No quiero que estés esperando. Tengo que buscar al gerente y darle las gracias por permitirme dejar mi coche aquí en el aparcamiento. No sé cuánto voy a tardar.

Una expresión que no supo identificar cruzó por el rostro masculino. Frank apretó los labios y terminó asintiendo.

—No es ninguna molestia para mí, pero como prefieras.

Tenía que bajarse del coche, pero eso era, precisamente, lo que menos le apetecía hacer en ese preciso instante, convino una vocecita en el interior de la cabeza de Ali. Obligándose a hacerlo, abrió la puerta y se apeó. Antes de cerrarla, se agachó para tener un ángulo en el que poder mirar a Frank a la cara.

—Has sido muy amable al traerme, en serio. Muchísimas gracias.

—No hay por qué darlas. Me lo he pasado muy bien charlando contigo. Hasta otra.

Ali le sonrió a modo de despedida y cerró la puerta. El coche se puso en marcha y ella vio cómo se alejaba avenida abajo. Tomó aire, sin saber que había estado reteniendo el aliento durante toda la despedida.

«Yo también me lo he pasado bien charlando contigo», pensó Ali. «Demasiado bien».

Ali salió del hotel media hora después. Le había dado las gracias en persona al gerente por su amabilidad. Cuando preguntó si debía abonar alguna cantidad por haber dejado allí el coche, el hombre, con la misma deferencia con la que la había tratado en todo momento, le informó que el aparcamiento del establecimiento era gratuito y que no tenía nada de lo que preocuparse. Agradeciéndole de nuevo el trato, Ali emprendió el camino de regreso a casa en su coche.

Cuando llegó a Newburyport ya había pasado la hora del almuerzo. Había

comprado un bocadillo antes de salir de Boston y se lo comió por el camino. Recibió varios mensajes de Jimmy y Sean, citándola en un pequeño pub en el centro de la ciudad, para celebrar al menos de esa manera la fiesta nacional. Ya que no habían podido quedar para almorzar, como solían hacer todos los años, sí que podían verse y pasar la tarde juntos.

El pub no estaba demasiado lejos de su casa, así que Ali decidió que dejaría el coche en el garaje y haría el trayecto andando. Le apetecía estirar las piernas después de estar una hora conduciendo. Y le daría tiempo a su cabeza para que dejara de pensar en cierto dueño de un simpático perro que, amablemente, la había llevado hasta Boston.

Mientras caminaba, Ali bajó la cabeza y sonrió. No habían parado de charlar en todo el trayecto. Se había reído muchísimo con él; Frank era simpático, abierto y de trato fácil y se habían comportado con cortesía en todo momento. Algunas otras veces, cuando conocía a un hombre, este la miraba como si fuera un trofeo que alcanzar y al que poseer. Odiaba con todas sus fuerzas esa manera que tenían algunos de mirarla, de arriba abajo y con descaro, como si estuvieran pensando en lo que podría ocurrir al final de la cita. Lo que sucedía en realidad –y lamentablemente con cierta frecuencia– era que ella los rehuía con una disculpa y un «me lo he pasado muy bien y otro día quedamos, ¿de acuerdo?», pero no los volvía a llamar nunca más. Con Frank no había tenido esa sensación. Y era toda una novedad, una agradable novedad.

Le envió un mensaje a sus amigos diciéndoles que estaba al llegar y ellos le respondieron con un montón de caritas sonrientes y otro buen puñado de corazones enormes. Aquello arrancó una nueva sonrisa de sus labios. Tenía mucha suerte de tenerlos en su vida.

Las terrazas de los bares y restaurantes estaban repletas de familia con niños jugando a su alrededor y de turistas que pasaban la jornada en Newburyport. Se respiraba un aire de felicidad en el ambiente. Era un bonito día, o tal vez era ella que estaba más feliz de la cuenta, no lo sabía. Ali

levantó la mirada hacia el cielo, completamente azul y sin una sola nube. Un par de palomas alzaron el vuelo, asustadas por un grupo de niños que correteaban detrás de ellas, ondeando pequeñas banderas pegadas a un fino mástil de madera. Ali subió los tres escalones y entró en el local.

El pub estaba concurrido para ser media tarde. Tal vez era porque todo el mundo estaba en la calle, celebrando y compartiendo el día. Se elevó sobre las punteras de sus zapatos y buscó con la mirada a sus amigos. Los vio al fondo del local: hacían aspavientos con sus brazos, intentando llamar su atención. Con paso seguro y una radiante expresión en el rostro se encaminó hacia ellos.

Los dos hombres le ofrecieron sus mejillas y ella les dio el beso que ellos estaban esperando.

—¿Qué tal? —preguntó Sean en cuanto volvieron a sentarse: ellos en el banco que había pegado a la pared y ella al otro lado de la mesa, en una de las sillas.

—Muy bien. Ya vuelvo a tener mi coche —les contestó.

Antes de que pudieran proseguir con la recién iniciada conversación, una joven camarera llegó a la mesa para preguntarle a Ali qué quería tomar. Pidió un té de canela y la chica se alejó con la escueta comanda.

—Entonces, ya tienes tu coche. Muy bien.

Ali asintió a la vez que se reclinaba en el asiento, cruzando una pierna sobre la otra, con cuidado de no darle una patada a la mesa.

—Sí. Me han llevado hasta allí.

—¿Y quién ha sido el buen samaritano?

La camarera regresó con la infusión de Ali, la colocó ante ella y se retiró de inmediato.

—Frank. Frank Bradley, el dueño de Pepper.

Sean y Jimmy se miraron mutuamente, girando la cabeza el uno hacia el otro, como si se hubiesen leído el pensamiento.

—¿Te ha llevado a Boston?

No se molestó en levantar la mirada del té que le acababan de traer. Metiendo la cuchara en su interior para asegurarse de que reposaba correctamente, Ali movió la cabeza de manera afirmativa.

—Sí.

—¿Y eso? Creía que no lo conocías —preguntó Sean.

Ali lo miró de reojo.

—Y no lo conocía, es cierto. Hasta hace cinco días, cuando lo encontré con Pepper en la tienda de animales. Creo que se sintió en un compromiso cuando le dije que no iba a cobrarle el parto de Cinnamon.

Jimmy se movió incómodo en su asiento.

—A ver, recapitulemos: conoces a un tío en una tienda de animales. Al día siguiente él trae a una perra que ha encontrado en la calle y que está de parto. Tú no le quieres cobrar tu trabajo y él, como pago, te lleva a Boston a recoger el coche. ¿Es así? Para hacerme una idea de la clase de cuelgue que has pillado con Bradley, vaya.

Ali puso los ojos en blanco y hundió los hombros.

—¡¿Qué?! No tengo ningún cuelgue, Jimmy. *Cuelgue* lo tienen los adolescentes, para que lo sepas. Además, él solo estaba siendo amable, eso es todo. Y yo no he podido decirle que no, o se habría sentido muy mal.

—Sabes lo que opino sobre no cobrarle a los clientes, Ali.

Despacio, Ali giró la cabeza hasta posar la mirada sobre su amigo Sean. Alzó una ceja y se cruzó de brazos.

—¡Venga ya, Sean! No es la primera vez que lo hemos hecho, tú o yo. Y no va a ser la última —le recriminó con cierta acritud—. No te preocupes, las vacunas las pago yo.

El hombre suspiró con fuerza, haciendo un gesto con la cabeza.

—No es eso, Ali, y lo sabes. Sé perfectamente que tú te harás cargo de lo que cuestan las vacunas, pero es tu tiempo y tu esfuerzo. Y el uso de la clínica en horas en las que debería estar cerrada.

Ali se llevó la taza a los labios y dio un sorbo a la bebida caliente antes de

contestarle.

—Nadie mejor que yo sabe eso, Sean, créeme. No me parecía cobrarle el parto de la perrita porque no era suya y porque se preocupó por ella cuando no tenía por qué hacerlo. Y él me ha hecho el favor de llevarme hasta Boston, así que ahora sí que no pienso cobrarle nada.

Conocía a Sean; él también había trabajado gratis en más de una ocasión cuando algunos miembros de refugios con los que colaboraban habían ido a la clínica con animales que necesitaban atención. En muchos de aquellos casos, ellos mismos se habían hecho cargo de los tratamientos, porque la mayoría de las veces los responsables de esos lugares no tenían dinero para abonar la factura. No era tan problemático, ni tan inusual.

—Si tú lo ves bien, de acuerdo. No insistiré más.

Ali le ofreció una amplia sonrisa y le arrojó un beso con coquetería.

—Gracias.

—Bueno, cuenta —casi la interrumpió Jim, sentándose en el borde del asiento y apoyando ambos codos sobre la mesa.

—¿Qué quieres que te cuente? —le preguntó Ali mirándolo sobre el borde de la taza mientras daba un sorbo a su té.

—No sé. ¿Qué tal todo?

Ali dejó la taza en el platillo y miró a su amigo.

—No hay nada que decir, Jim.

Jimmy miró a Sean en busca de apoyo moral para, rápidamente, volver a posar su mirada sobre ella.

—Por supuesto que no. Una hora metida en un coche con un tipo no da para nada. Habréis ido en silencio todo el rato. ¿A que sí?

—No, claro que no —le dijo con un tono de voz un poco más bajo.

Conocía a Jimmy de sobra para saber que no soltaría ese hueso hasta que lo hubiera roído por completo. Una sonrisa sesgada apareció en el rostro de su amigo, pues sabía que había ganado la primera batalla.

—Entonces, cuenta.

Ali soltó el aire poco a poco y se cruzó de brazos.

—Vale, ¿qué quieres saber?

—Háblanos del guapo Frank —le pidió, acompañando la demanda con un mohín que él sabía que lo hacía parecer irresistible.

Con una honda respiración, lo miró fijamente.

—A ver, qué quieres que te diga.

—Venga, no te hagas de rogar. Te conozco, Aliena Ruslan, y sé que estás deseando hablarnos de él. ¿A que no me equivoco?

Pese a lo que quería hacerle creer, Jimmy no se equivocaba en lo más mínimo. Había pasado un buen rato con Frank, charlando y descubriendo a un hombre simpático, atento y divertido. Ella podía hablar de todo con Sean y con Jim; eran sus amigos, casi los hermanos que nunca había tenido. Incluso si la apuraban un poco, pensó, la relación que tenía con ellos era aún más fuerte que un vínculo fraternal. Se mordió el labio inferior con aire pensativo antes de comenzar a hablar.

—Está bien. A ver... está divorciado.

—Y es guapo.

—Tiene treinta y ocho años.

—Y es guapo.

—Es casero de un edificio que está a unas pocas manzanas de la clínica.

—Y es guapo.

Torciendo el gesto, Ali echó la cabeza hacia atrás con teatralidad para volver a clavar los ojos en su amigo un instante después. Alzando las manos al techo, Ali se irguió en su asiento.

—¡Joder, Jim, para ya! ¡Esto parece una charla de instituto!

Sabiendo que él no iba a parar hasta que ella le diera la razón, Ali asintió con convicción.

—Sí, vale, es guapo. ¿Contento?

Una sonrisa enorme, que iluminó sus ojos azules, apareció en el rostro de Jimmy. Con el codo le dio un pequeño golpe a Sean en el brazo a la vez que se

inclinaba hacia él y se tapaba a medias los labios con una de sus manos.

—Ya lo decía yo —susurró Jimmy cerca del oído de su pareja. Se incorporó de nuevo, clavando la mirada en ella—. ¿Qué más?

Con un gesto de total rendición, Ali despegó ambos brazos de su cuerpo.

—¿Quieres saber su talla de calzoncillos? La mediana.

—Ya sabía yo que no ibas a perder el tiempo.

—Estaba de broma, Jimmy —replicó ella, conteniendo las ganas de soltar la carcajada que se le estaba formando en el centro del pecho. Por mucho que quisiera fingir contrariedad con esa conversación, lo cierto era que se estaba divirtiendo mucho. Su amigo se inclinó hacia ella, para acortar la distancia que los separaba. Su rostro se tornó más serio que segundos atrás.

—Pues yo no. Y sí, debe de usar la mediana.

—¡Oye! —se quejó Sean mientras golpeaba con su codo a Jimmy en el brazo. Fingiendo que le había dado mucho más fuerte, Jimmy se apartó un poco, mirando a su compañero.

—¿Qué? Que sea un hombre comprometido no significa que no tenga ojos en la cara.

A Ali no le extrañó en absoluto la expresión divertida que apareció en el rostro de Sean. Esos dos tenían una relación tan especial entre ellos, tan auténtica y tan natural, que en algunos momentos Ali se sentía algo celosa de ella. Finalmente, Sean se encogió de hombros.

—Vale, es cierto. Sí, la mediana es su talla.

Ali apuró lo que quedaba del té y dejó la taza sobre el platillo bajo la escrutadora mirada de Jim.

—¿Y dónde está el señor Bradley ahora?

Ali volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Me dejó delante del hotel y se marchó.

—¿Y no te esperó? Vaya, acaba de perder un punto —dijo Jimmy mientras se reclinaba sobre el respaldo del asiento y torcía el gesto.

Ella negó con la cabeza.

—Le dije que se marchara. No sabía cuánto tiempo me iba a llevar hacer las gestiones con el personal del hotel. No iba a hacerlo esperar en la puerta cuando, además, él iba a tener que regresar solo en su coche, y yo en el mío.

Jimmy buscó con la mirada a Sean y este asintió, dándole con aquel ademán la razón a Ali.

—¿Y si lo llamas y lo invitas a una copa como premio por sus desvelos?

Casi sin pensarlo, Ali envaró la espalda, irguiéndose en su asiento.

—¿Cómo dices?

Su amigo miró al techo exhalando ruidosamente el aire de sus pulmones, miró a Sean y, al fin, clavó los ojos en ella.

—Llámallo, invítalo a tomar una copa, o un café.

—¿Ahora?

Jimmy se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? Dile que venga, que estás con unos amigos y que te gustaría invitarlo a un café. Por las molestias, ya sabes. Además, es 4 de Julio, una fecha estupenda para invitar a alguien. No sé, suena bien a mis oídos. ¿Tú que dices, Sean?

El hombre, tras considerarlo unos breves segundos, terminó asintiendo con un enérgico cabeceo.

—Para mí también suena bien. Llámallo, o envíale un mensaje, lo que quieras, y dile que lo esperas aquí.

Lo cierto era que, cuanto más lo pensaba, menos descabellada le resultaba la idea, consideró Ali. Torció el gesto y, sin esperar un segundo, sacó el móvil, buscó el teléfono de Frank y tecleó un mensaje con dedos ágiles.

—¿Qué le has puesto? —quiso saber Jimmy mientras se alzaba sobre la mesa para atisbar lo que ella había escrito en la pantalla.

Ali dejó el teléfono sobre la mesa.

—Lo que hemos hablado: que me gustaría invitarlo a un café, por las molestias.

Sean se giró hacia Jimmy, para mirarlo de frente.

—¿Y si no ve el mensaje? ¿No es mejor que lo llames?

A Ali no le dio tiempo de considerar aquella posibilidad: la pantalla de su móvil se iluminó y apareció un mensaje en respuesta. Tomó el aparato y lo leyó. No pudo evitar que una sonrisa enorme apareciera en sus labios.

—¿Qué te ha dicho? Estás sonriendo —le preguntó Jimmy.

Ella levantó la mirada de la pantalla y continuó sonriendo, solo que más ampliamente que segundos atrás.

—Me ha dicho que le encantaría tomar un café. Que conoce el lugar y que estará aquí en quince minutos.

—Pues sí que se ha dado prisa en contestar —repuso Sean.

Ali elevó la mirada hacia el techo unos segundos para volver a mirar a sus amigos.

—Bueno, ¿qué estáis esperando?

Jimmy y Sean se miraron mutuamente para clavar sus ojos en ella a la vez.

—¿Qué esperamos? —preguntó Sean.

—Os vais, ¿no es cierto?

Moviendo la cabeza de manera exagerada, Jimmy se acodó sobre la mesa.

—¿Y perdernos el espectáculo? Ni lo sueñes. Además, nosotros te hemos dado la idea. Es un precio justo que nos quedemos, ¿no crees?

Ali sabía que era algo inútil entrar en una discusión con Jimmy, así que se giró en el asiento y llamó a la camarera, dispuesta a pedir otra consumición mientras los tres aguardaban la llegada de Frank.

La pantalla del teléfono de Frank se apagó y él continuaba sonriendo, de la misma manera que lo había hecho cuando había visto de quién era el mensaje que le llegó. Dejó el aparato sobre la mesilla de café y fijó la vista en su perro.

—Bien, Pepper, voy a volver a salir.

El animal ladeó la cabeza a derecha e izquierda, irguiendo las orejas como si estuviese haciendo un esfuerzo por comprenderlo. En respuesta, meneó el

rabo con alegría y se relamió con avidez.

—Pero tú no vienes en esta ocasión. He quedado con Ali y sus amigos.

Pepper se acercó a él, se sentó en el suelo mientras su lengua colgaba por fuera de su boca, con la respiración algo agitada. Levantó una pata, como si estuviera esperando a que su amo le hiciese alguna carantoña.

Frank se arrodilló frente a él y le rascó la cabeza con energía, a lo que el animal respondió intentando lamerle la nariz.

—Tengo quince minutos para estar allí así que no puedo entretenerme mucho, colega. Voy a cambiarme.

Se levantó de sopetón. Pepper siguió con aquellos enormes ojos color chocolate su decidido caminar hacia el dormitorio. Antes de llegar a él, los pasos de Frank se frenaron en seco.

—¡Joder, lo había olvidado! ¡Mierda! —exclamó, llevándose una mano a la frente. Le apetecía tanto el plan al que lo había invitado Ali que había olvidado por completo los que ya tenía. Giró sobre sus talones para alcanzar de nuevo el teléfono.

No había quedado con sus amigos Sam y Martha para pasar el día de fiesta porque ella llevaba un par de días indispuesta, según le había contado Sam. Debía de haber comido algo en mal estado, o haber cogido uno de esos virus estomacales, que desaparecían de la misma manera misteriosa en la que habían llegado.

Cuando regresaba de Boston, había recibido la llamada de Sam diciéndole que Martha se encontraba mucho mejor y que si le apetecía quedar esa misma tarde para tomar un café y, al menos, cenar juntos, ya que no habían podido verse para la hora del almuerzo. Frank, en aquel momento, había accedido de buena gana.

Pero ahora no sabía qué hacer. Le apetecía estar con ellos, por supuesto, pero también le apetecía volver a ver a Ali. Mucho. Había pasado un rato muy agradable mientras la llevaba hasta Boston y estaba deseando seguir charlando con ella.

Sin saber cómo se lo iba a tomar Sam, marcó su número y esperó. El

hombre contestó unos instantes después.

—¡Hey, colega! —le dijo a modo de saludo.

Frank dio un paso hacia la cocina para desandar lo rápidamente.

—Hola, Sam. Esto... ¿cómo se encuentra Martha?

—Está mucho mejor, gracias. Ha tenido un par de días malos. No sé qué le ocurrió, aunque ya parece estar bien.

Asintió con severidad, moviendo la cabeza repetidas veces.

—Bien, me alegro.

—Frank, ¿pasa algo?

—Sam... ¿te importaría si cancelamos lo de luego?

Un pesado silencio se apoderó de la línea. Frank despegó el teléfono de la oreja para asegurarse de que no se había cortado la comunicación. Sam habló unos segundos después.

—No, claro que no, aunque me apetecía que nos viéramos y charlar un rato y tomarnos unas cervezas —le confesó, para añadir a continuación—: ¿Ha pasado algo?

Como si su amigo lo pudiese ver en ese momento, Frank hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no... es que... me han invitado a...

—Tranquilo, tío —oyó decir a su amigo—, no tienes que darme ninguna explicación. Te apetece ir a otra parte, ¿no es cierto?

Frank se pasó la mano por el pelo.

—Si te molesta, llamo y digo que no me esperen, de veras.

—No me molesta. A ver, un poco sí, si te soy sincero, pero tú no me lo habrías planteado si no fuera realmente importante para ti.

Sin esperar, Frank asintió con rotundidad.

—Sí, lo es.

—Venga, no te preocupes. Le diré a Martha que no vas a venir. No pasa nada, tío.

Frank dejó escapar el aire de sus pulmones y en sus labios apareció una

efímera sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, Sam.

—Pero, *porque hay un pero* — le dijo, recreándose en sus palabras—, por dejarme plantado como a una lechuga, vas a decirme con quién tienes esa cita que te apetece más que quedar con tu querido amigo del alma.

No pudo evitar que la sonrisa se hiciera más amplia. Sabía que Sam intentaría indagar en sus planes. Y contárselos, aunque fuera por encima, era lo menos que podía hacer por él.

—¿Recuerdas que te hablé de la veterinaria que atiende a mi perro?

—¿La que me dijiste que no era guapa?

Frank miró la pantalla con los ojos abiertos como platos.

—¡¿Qué?! ¡No! No te dije que no era guapa, te dije que no era algo importante. Pero, si quieres saberlo, es una mujer preciosa. Y muy simpática.

Antes de que su amigo contestara, Frank sabía que Sam estaba sonriendo de oreja a oreja.

—¡Ajá! Así que sí te habías fijado. Bien, cuéntame y dame más detalles. Me los merezco.

Despacio, Frank se encaminó hacia su dormitorio, con Pepper pegado a sus talones.

—Esta mañana la llevé a Boston para que recogiera su coche. Es una larga historia. Y...

Su amigo lo interrumpió.

—¿Dos citas en un mismo día? ¡Vaya, vaya, vaya! Venga, vale, sigue contando.

—Y hace un rato me ha enviado un mensaje preguntándome si me apetecía ir a tomar algo con ella y sus dos amigos, que son también sus colegas en la clínica veterinaria.

—Y tú no has sabido decirle que no, claro. Pero, ¡hey!, que lo entiendo perfectamente. Entiendo que te has pillado bien por ella.

El brazo de Frank se detuvo cuando estaba a punto de descolgar una camisa

limpia de una percha en su armario.

—No me he... pillado por ella, Sam, solo es que...

—Te tiene pillado, lo que yo te diga. Tú no me llamarías para cancelar una cita si esa chica no lo mereciera.

No supo qué contestarle. Se quedó callado, con el gesto torcido y pensativo.

—¿Sigues ahí? —oyó preguntar a Sam.

—¿Qué? Sí, sigo aquí.

—Venga, no voy a entretenerme más. Ve a buscarla. Pero otro día vas a tener que contármelo todo, ¿estamos?

Aliviado por la manera en que su amigo se había tomado que cancelara la cita, Frank asintió.

—De acuerdo.

—Pásalo bien, Casanova.

Antes de que Sam cortara, Frank habría jurado que su amigo se estaba riendo a carcajada limpia al otro lado. Cortó la llamada y terminó de descolgar la camisa. Un par de minutos después tenía las llaves en la mano y abría la puerta del apartamento dispuesto a ir al encuentro de Ali, y de sus amigos, en aquel bar.

CAPÍTULO 11

—Parece que estamos de buen humor esta mañana, ¿no es así, señor B? — oyó decir a Bernie detrás de él.

Frank se agarró con fuerza a la escalera a la que se había subido para cambiar la bombilla del rellano de la segunda planta. Se giró cuanto pudo, manteniendo el equilibrio precariamente en los peldaños, con los ojos abiertos como platos y sintiendo el corazón latir desbocado.

—¡Joder, Bernie, casi me caigo! —le espetó entre dientes. Tardó unos pocos segundos en recuperarse de la sorpresa y fue entonces cuando su mirada recayó en su vecino, apostado en el umbral de su apartamento, aún en pijama y con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Eso crees? ¿Y por qué piensas que estoy de buen humor? —le preguntó Frank unos instantes después.

El hombre le ofreció una sonrisa aún más amplia y se balanceó sobre las punteras de sus zapatillas.

—Llevas tarareando una cancioncilla sin parar desde hace ya un buen rato. Una y otra vez. Te llevo escuchando desde que me levanté. No sé qué canción es, porque a mí me sacas de Frank Sinatra o Dean Martin y no conozco ninguna de esas modernas que suenan en la radio. Al menos, la que estás cantando no es una de las que suenan como un *pum, pum, pum* constante, que se te meten en la cabeza y te la martillean hasta que te han licuado el cerebro. Así le luce el pelo a más de uno —le dijo de retahíla.

Antes de que Frank pudiera replicarle, Bernie se movió a un lado.

—¿Quieres un café? Seguro que sí. Déjame que me ponga más presentable y lo preparo, ¿de acuerdo? No tardo nada. Ah, y puedes seguir canturreando si te apetece. Da gusto oírte así de contento, sí, señor. —Y cerró la puerta del apartamento sin dejarlo meter baza.

Frank se mantuvo en lo alto de la escalera, agarrado a ella y sonriendo ante la súbita aparición, y desaparición, de su vecino.

No se había percatado de que estaba canturreando hasta que Bernie se lo había señalado. Lo cierto era que, desde la tarde anterior, estaba ridículamente exultante. Decir que no sabía por qué se sentía de esa manera sería engañarse a sí mismo. Su alegre estado de ánimo tenía nombre y apellido y trabajaba, entre otras tareas, trayendo perritos al mundo.

El día anterior, después de llegar a casa desde Boston, le estaba dando de comer a Pepper cuando el inequívoco sonido de un mensaje de su móvil reclamó su atención. Podía ser que su corazón se hubiese saltado un latido cuando vio quién era la remitente, pero no lo iba a admitir ante nadie, tal vez ni ante sí mismo. Lo que sí podía admitir era que lo había hecho sonreír. Le llevó menos de un minuto responderle que aceptaba encantado y que conocía el sitio. En apenas seis minutos se había excusado con Sam por dejarlo en la estacada, cambiado de ropa y enfilado escaleras abajo. Todo un récord.

Cuando llegó al lugar en donde Ali lo esperaba, la encontró sentada en una mesa al fondo, con Sean y Jimmy. Los tres lo recibieron con unas amplias sonrisas y palabras amables. Tomó asiento en la silla que había libre, junto a Ali, y ella se giró hacia él para mirarlo de frente y reiterarle las gracias, cosa que él no necesitaba oír.

A partir de ese momento Frank perdió la noción de las horas. Estuvieron charlando animadamente, como si los tres lo conocieran desde hacía tiempo. Sean y Jimmy eran dos personas que transmitían energía y buenas vibraciones, corroborando así la primera impresión que tuvo de ellos. Apenas había intercambiado dos palabras con ellos cuando los conoció en la clínica, pero aquello no pareció importarles a ninguno de los dos, y a él tampoco le importó. Ambos le contaron algunas anécdotas de Ali que tuvieron, como único objetivo, sacarle los colores a su compañera. La reacción de la mujer, siempre sonriendo y bromeando con los dos hombres, fingiendo en ocasiones que se sentía traicionada por ellos, decía mucho de la relación que compartían. Ella le había hablado de los dos como sus mejores amigos, y él comprobó de primera mano la verdad de aquellas palabras. A cada minuto que pasó, Frank se había sentido más y más cómodo.

Cuando Ali no lo miraba, los ojos de Frank se habían permitido posarse en ella, para observarla con más calma. Era una mujer preciosa, de eso no había ninguna duda. En un momento recordó cuando le había dicho, sin pretenderlo, que era una mujer hermosa. «No tendría que haberme avergonzado de mis palabras porque uno no debería avergonzarse de decir la verdad», había pensado mientras mantenía la mirada fija en el perfil de Ali, en su rubio cabello, que le caía ligeramente en ondas sobre los hombros, en su nariz algo respingona y en sus labios sonrosados y plenos, cuya comisura parecía alzarse de una manera muy particular antes de dar paso a una sonrisa en toda regla. Se había descubierto pensando en cómo sería besar aquellos labios y que, a su vez, lo besaran. Había tenido que agachar la cabeza para desviar la mirada de ella porque temió que en su rostro se pudiesen leer sus pensamientos.

En un par de ocasiones, al girarse en su dirección, la mirada de Ali se había quedado fija en la suya, en silencio, observándolo. Y él había sido incapaz de deshacer aquel efímero vínculo que se estableció entre ambos. Los ojos de Ali eran de un verde que no se atrevía a describir: brillantes y sinceros, enmarcados por unas espesas pestañas. Se había inquietado al pensar que podía ponerse en evidencia si permanecía un instante más mirándola de la manera en la que lo estaba haciendo, como si no hubiese nadie más en aquel bar, como si no estuviesen acompañados de otras dos personas. Solo ella y él. Pero le había sido imposible retirarse y mirar hacia otro lado. Aunque Jimmy había estado contando algo, él no hubiera sabido precisar de qué se trataba. Toda su atención y cada uno de sus sentidos estuvieron puestos en la mujer que estaba sentada a su lado.

La charla y las risas habían continuado durante gran parte de la tarde. El café inicial había dado paso a un par de cervezas y unos cacahuetes como aperitivo; los vecinos de mesa fueron cambiando varias veces, pero ellos cuatro habían permanecido inamovibles.

No sabía si fue producto de la ligera cantidad de alcohol en su sangre, pero la cercanía de Ali lo había afectado más de lo que hubiera esperado. Estuvieron sentados uno junto al otro y, de vez en cuando, al moverse en sus

asientos, sus brazos o sus piernas se habían rozado tímidamente. Casi había podido sentir el calor del cuerpo femenino y apreciar el olor del perfume que usaba. La reunión, aunque amena y divertida, había resultado también ser una tortura porque todo su cuerpo había estado demasiado consciente de la proximidad de Aliena Ruslan.

Frank se obligó a regresar al presente, dejando los recuerdos de la tarde anterior en su memoria. La imagen de Ali parecía haberse quedado grabada a fuego en sus retinas. Aún encaramado en la escalera, bajó la cabeza y tomó aire. Hacía mucho tiempo que no sentía nada especial por ninguna mujer. Cuando se separó salió con algunas chicas, mujeres que no querían nada serio con él, tan solo pasar el rato, a lo cual él se había prestado de buen talante. Había disfrutado de aquellas compañías, sí, pero jamás llegó a sentir algo más que aprecio y amistad. Ninguna de ellas lo había dejado sin aire en los pulmones con solo mirarlo, como le había pasado el día anterior con Ali.

Se pasó la mano por el rostro, emitiendo un pequeño bufido. Era inútil negar que le gustaba esa mujer. Mucho. Simpática, guapa y encantadora, de sonrisa fácil e ingeniosa. Una gran amiga de sus amigos, se preocupaba por los animales y se podía mantener una conversación con ella sin tener que estar midiendo las palabras. No sabía bien cómo, pero parecía que Ali se estaba colando, poco a poco, debajo de su piel.

Tomó aire una vez más, pensando qué podría hacer a partir de ese momento. ¿Volver a la clínica para verla? Sí, claro que podría hacerlo, pero no quería ser uno de esos hombres que atosigan a una mujer. Podría llamarla antes de eso y ver...

—¡Joder! —masculló entre dientes. Casi había olvidado lo que era *cortejar* a una mujer, si es que esa palabra se seguía utilizando, aunque podía ser que él nunca la hubiese utilizado realmente. Él no era tan mayor como para no saber cómo se manejaban aquellas situaciones en los tiempos que corrían. La última mujer a la que, hacía ya tiempo, le había interesado conquistar de verdad fue a su ex y de eso había pasado ya más de una década.

Estaba a punto de bajar de las escaleras cuando oyó ruido en el piso

inferior. Eran voces masculinas, graves, que Frank no reconoció. Intrigado, descendió los escalones y se asomó por la barandilla.

—¿Hola?

La cabeza de un hombre joven apareció en el hueco de las escaleras, buscándolo con la mirada.

—¿Señor Bradley? —escuchó preguntar. Frank supo de inmediato de quién se trataba. Reservando para más tarde los pensamientos sobre Ali y cómo acercarse a ella, se dispuso a bajar hasta el vestíbulo del edificio.

Tal y como había pensado, allí estaba el hombre joven que lo había visitado días atrás. No recordaba su apellido, tan solo que tenía un nombre ruso. A quien sí recordaba, y muy bien, era al otro hombre que justo en ese momento estaba traspasando de la entrada.

Iván Kozlov seguía teniendo el mismo aspecto imponente que seis años atrás, cuando le vendió el edificio. En aquel momento no tuvo que tratar mucho con Kozlov en persona; todo se desarrolló con rapidez a través de sus abogados y solo se cruzó con él una vez en la notaría donde firmaron el contrato de compraventa. Aún así, ese hombre era una persona difícil de olvidar.

No tenía idea de cuántos años podía tener: podía estar igualmente abandonando la sesentena como a punto de comenzar su octava década, no lo tenía muy claro. El pelo era de un blanco casi reluciente, peinado hacia atrás. Era ancho de hombros y parecía ocupar toda la entrada del edificio. Vestía un traje de tres piezas, de color claro, que se veía un poco discordante con la época del año pero que hablaba más alto que ninguna palabra de la altanería de Iván Kozlov.

Frank continuó bajando las escaleras con paso lento, con la mirada yendo y viniendo de un hombre a otro. El más joven, Sergei recordó al fin que se llamaba, dio un paso hacia él, saliéndole al encuentro.

—Señor Bradley, no sé si se acuerda del señor...

—Me acuerdo perfectamente del señor Kozlov, sí. —Frank asintió con la mirada clavada en el anciano.

El ruso dio un paso hacia el interior, con la cabeza en alto y mirándolo con sus penetrantes ojos claros, cuya mirada no supo cómo interpretar.

—Señor Bradley.

Frank no estaba dispuesto a perder el tiempo. Bajó el último escalón y se paró a un par de metros de los dos hombres. El joven asistente dio un paso más al frente.

—Estamos aquí en referencia al asunto...

Frank no lo dejó acabar; levantó una mano y el joven se detuvo.

—Supongo que será por su oferta para recomprarme el edificio, ¿no es así?

El asistente de Kozlov se apresuró a asentir con energía. Giró la cabeza para mirar a su patrón. Un segundo después, volvió hacia él.

—Así es.

Frank tomó aire, desviando la mirada a un lado y a otro del vestíbulo, sintiendo cómo su mandíbula se tensaba. Guardó las manos en los bolsillos de sus pantalones de faena y, muy despacio, se encogió de hombros.

—Me temo que se van a marchar con la misma respuesta con la que se marchó usted el otro día: no me interesa el negocio.

Sin esperar a que su ayudante replicara, Kozlov sobrepasó al joven, colocándose frente a él.

—Estamos aquí porque nosotros sí seguimos interesados en el negocio, señor Bradley. —Le habló con voz calmada y profunda, imprimiendo fuerza a cada una de las palabras que salían de su boca. El hombre alzó el mentón, mirando a Frank con ojos entornados—. Sé que mi asistente le dijo que la oferta era negociable. Bien, aquí tiene la nueva oferta por el edificio. Como verá estoy siendo muy generoso.

A la orden de un escueto gesto que hizo al levantar su mano, Sergei abrió un portafolio y sacó un documento que le tendió a su jefe con premura. Kozlov no se detuvo a revisarlo y, sin hacer ninguna pausa, se lo entregó a Frank.

—Tenga. Esta es la nueva oferta.

Con cierta cautela, Frank tomó de manos de Kozlov la página. Tuvo que

hacer un esfuerzo para que sus ojos no se abrieran de manera desorbitada cuando su mirada recayó en la nueva cifra que allí se exponía. Jamás había pensado que alguien quisiera pagar tanto dinero por recuperar algo que, en primera instancia, parecía haberle importado bien poco. Notó cómo su garganta se secaba y cómo su corazón comenzaba a bombear con fuerza en el pecho.

Despacio, levantó la mirada.

—Esto es mucho dinero.

Iván asintió con seriedad.

—En efecto. Es mucho dinero, el doble de lo que usted pagó por él hace cinco años.

El hombre estaba en lo cierto: era la cantidad doblada, redondeada al alza, para que la cifra llamara la atención por tener tantos ceros. Los ojos de Frank iban una y otra vez de su nombre a la cifra que, de un modo casi grosero, tanto llamaba su atención.

—Con esa cantidad podría comprarse otro edificio, el que se le antoje. Si es que quiere seguir ejerciendo de simple casero. También podría invertirlo de otra manera. Sé que a usted se le daba bastante bien el mercado bursátil y que tenía muy buen ojo cuando se trataba de comprar y vender valores. Fue así como hizo su dinero, ¿no es cierto?

Frank apretó con fuerza la mandíbula. Supuso que Kozlov lo había investigado hacía seis años, cuando le presentó la oferta de compra pero, aun sabiéndolo, la idea le desagradaba a más no poder. Y más aún en la manera en que el ruso se dirigía a él, como si quisiera quedar por encima de todo y de todos, intentando intimidarlo con su tono, sus palabras y su actitud. Volvió a fijar su atención en el documento.

Tenía que admitir que llevaba razón: con ese dinero podría comprar cualquier otro inmueble y vivir un poco más relajado, sin la presión de ser únicamente él quien se ocupara de las gestiones y del mantenimiento del edificio. Podría contratar a otra persona que lo ayudara a que todas las tareas fueran más eficaces. Podría...

Se dio cuenta de que, sin pretenderlo, su mente había comenzado a hacer cálculas sobre qué podría hacer si aceptaba la oferta. Porque no podía negar que era muy tentadora.

De repente, oyó un ruido en las escaleras y miró hacia arriba para observar, por una fracción de segundo, el rostro redondo y ajado de Bernie, que se retiró en cuanto se percató de que Frank lo había pescado escuchando. Fue entonces cuando recordó que ese edificio no era simplemente un conglomerado de paredes de cemento y pilares de hormigón, no. Era el hogar de Bernie, y de la señora Lileh. Y de los Vargas. Y su hogar.

«Pero tal vez...», le susurró al oído una vocecilla de manera traidora.

Enderezando los hombros, Frank levantó la barbilla y miró con dureza a Kozlov.

—Si estuviera de acuerdo en revenderle el edificio, ¿qué pasaría con los inquilinos que ahora lo ocupan?

Una breve sonrisa, más parecida a una mueca que rezumaba prepotencia que a otra cosa, apareció en el rostro del anciano.

—Podríamos hablarlo.

—¿Se quedarían como inquilinos de los apartamentos que ahora tienen arrendados? ¿Y se comprometería a mantenerles el mismo alquiler?

Tardó unos segundos, pero Kozlov terminó asintiendo.

—Sí.

—Habría que incluirlo en el contrato —puntualizó Frank sintiendo que su corazón bombeaba a mil dentro de su pecho.

De nuevo, un gesto de asentimiento por parte de Kozlov.

—Podemos incluir todas las cláusulas que usted crea oportunas, Bradley.

Frank volvió a fijar la vista por enésima vez en el documento que tenía en su mano. Lo estaba apretando con tanta fuerza que la hoja de papel se había arrugado un poco. Su sentido común estaba intentando mediar entre su cabeza y su corazón. Por una parte, despreciar esa oferta sería una estupidez; pocas veces se presentaban oportunidades como esa, que le servirían para progresar

y aspirar a algo mejor: un edificio más nuevo, con mejores instalaciones o que estuviese mejor ubicado. Pero, por otra parte, su corazón le decía que no lo hiciera, que ese era su hogar, y el hogar de un montón de gente que él había llegado a apreciar incluso más que a su propia familia. Intentó tragar saliva, pero la boca se le había secado y notaba la garganta como si una mano invisible la estuviese apretando.

Al fin, levantó la mirada y la clavó en los dos hombres que esperaban una respuesta. Sin pretenderlo, sus ojos se endurecieron.

—Tengo que admitir que es una oferta muy jugosa, y tentadora. Pero tendría que pensármelo. He puesto mucho esfuerzo para sacar adelante este edificio —le dijo con sobriedad—. Como le digo, necesito un poco de tiempo para pensármelo.

—Dígame cuánto tiempo necesita.

La mente de Frank no atinaba a pensar un periodo concreto. No sabía cuánto le podría llevar tomar una decisión.

—¿Un par de semanas? —asintió, casi para convencerse primero a sí mismo—. Espero darle la respuesta en un par de semanas.

Frank se percató de que la expresión de Kozlov se endureció ante sus ojos. Posiblemente porque esperaba llevarse de allí un principio de acuerdo. No, él no iba a hacer nada sin meditarlo con tranquilidad.

Vio cómo los hombros del ruso se relajaban tras unos instantes.

—Está bien. Dos semanas a partir de hoy. Volveré a ponerme en contacto con usted entonces para saber qué ha decidido. Y espero que su decisión sea venderlo, señor Bradley.

Sin darle tiempo a nada más, Kozlov giró sobre sus talones y enfiló de nuevo hacia la entrada, seguido de cerca del hombre joven, que se había mantenido en un recatado segundo plano.

Antes de traspasar el portal, Iván Kozlov volteó la cabeza para mirarlo con severidad.

—Que tenga un buen día.

Y ambos hombres se marcharon apenas diez minutos después de haber aparecido en el vestíbulo del edificio.

Frank sintió la suavidad del papel que aún sostenía en su mano derecha. Lo alzó ante su rostro, pero en esa ocasión no fue capaz de leer nada; los números y las letras allí impresos se emborronaban ante sus ojos. Con paso calmado, como si las piernas misteriosamente pesaran más de lo normal, comenzó a subir las escaleras.

En el rellano del segundo piso, donde había dejado abierta la escalera de mano, lo estaba esperando Bernie. En su rostro no había ni rastro de la amplia sonrisa con la que le había dado los buenos días solo unos minutos atrás. Ahora, esa sonrisa había sido reemplazada por un rictus de seriedad que pocas veces le había visto. Terminó de subir el último peldaño y se detuvo a cierta distancia del hombre.

—¿Y bien? —le preguntó Bernie.

—Lo has oído —dijo Frank. Y no era una pregunta.

Bernie asintió con energía.

—Lo he oído, sí. ¿Qué piensas hacer?

Frank sentía los hombros pesados, como si alguien, de repente, hubiese dejado caer una gran losa sobre ellos. Movi6 la cabeza de un lado a otro. Su vecino anduvo delante de 6l para dirigirse hacia su apartamento.

—Pasa. El caf6 te est6 esperando.

Intentando hacer acopio de una tranquilidad que no sentía, Frank fue tras 6l. Cerr6 la puerta cuando traspas6 el umbral del hogar de Bernie, y lo sigui6 hasta la cocina. Cuando lleg6, el hombre le tendi6 una taza de porcelana blanca.

—Toma. El caf6. —Frank la tom6 de sus manos y se lo agradeci6 con un gesto de la cabeza.

Sentía los ojos del hombre fijos en 6l mientras daba un peque6o sorbo a la bebida ya templada.

—¿Me dejas ver ese papel?

Con cierta reticencia, Frank se lo entregó. El hombre anduvo hasta la encimera que había tras él y se apoyó en ella mientras mantenía su atención fija en lo que decía la página.

Frank lo observó en silencio mientras leía. Podía ver cómo los ojos del hombre reseguían las líneas impresas, volviendo a ellas una y otra vez. Un minuto después, tiempo que a Frank le pareció demasiado largo, Bernie lo miró.

—Esto es mucho dinero.

Como si le hubiesen dado un puñetazo en el centro del pecho, Frank exhaló el aire que había estado reteniendo en los pulmones.

—Lo sé.

—¿Has pensado qué vas a hacer?

Esa era una pregunta que rondaba en silencio por la cabeza de Frank desde que Iván Kozlov se había marchado. Lentamente negó con la cabeza.

—No sé qué voy a hacer, Bernie. Aunque el otro día me hizo una oferta generosa, no había considerado la posibilidad de que podría superarla.

Los ojos de Bernie se achicaron detrás de sus gafas pasadas de moda.

—¿Vino el otro día?

—Sí, la semana pasada. Le dije que no estaba interesado en revenderle el edificio.

Los rasgos del hombre mayor se endurecieron de repente.

—Estaba. Has utilizado el verbo en pasado. O sea que has cambiado de opinión.

Frank dejó la taza sobre la encimera con más fuerza de la que pretendía. Se giró hacia el hombre, extendiendo los brazos hacia adelante.

—¡No lo sé, Bernie! —exclamó—. Hasta hace un momento no lo había considerado.

Frank se movió incómodo, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. La cabeza le daba vueltas, sin poder centrarse en un pensamiento en concreto. En su mente se mezclaban la imagen del rostro de Kozlov con la de

Bernie. Cerró los ojos y se apretó los párpados con los dedos de la mano que aún tenía libre.

Su corazón le decía que ese era su hogar, pero suponía que el corredor de bolsa que creía dormido dentro de sí, ese que muchas veces le había dicho cuándo comprar o cuándo vender, seguía estando de alguna manera alerta y en activo. Había sido muy bueno en su trabajo, realmente bueno. Por aquel entonces, cuando trabajaba en el parqué de Wall Street, si se le presentaba una oportunidad de que sus inversores hicieran un buen negocio, jamás la desestimaba. ¿Tenía él que desoír y dejar pasar ese momento para prosperar?

—Y lo estás considerando, ¿no es cierto? A fin de cuentas, es una buena ocasión para hacer negocios, ¿verdad? —le preguntó el hombre con los ojos entornados y el cuerpo en tensión.

Frank se envaró mientras levantaba la barbilla y apretaba la mandíbula con fuerza, notando el aire caliente de sus pulmones salir por su nariz a cada exhalación que daba.

—Tengo que estudiarlo —contestó con severidad—. No puedo decirte nada más, ni decirte si, ahora mismo, me inclino por una opción o por otra. No hasta que haya mirado la propuesta del derecho y del revés.

Bernie se quitó las gafas y las dejó sobre la encimera de la cocina. Los ojos del hombre parecían más grandes ahora que no estaban tras los gruesos cristales.

—Jamás creí que esto fuera a ocurrir. Creí que, después de todos esos años de la mano de ese... hombre, tú habías llegado para ocuparte de nosotros. Creí que te preocupábamos y que te preocupaba este lugar —comenzó diciendo. Se pasó la mano por el escaso cabello, con la cabeza extrañamente desprovista de su sempiterna gorra—. Cuando te vi la primera vez, después de que compraras el edificio, con aquel caro traje de chaqueta y tu aire de hombre de la gran ciudad, pensé: «Vaya, un niño de papá que quiere jugar a las casitas». Pero resultó que no, que no eras así. Sí, con el tiempo te encargaste de hacerme ver que mi primera impresión sobre ti fue errónea. —Bernie volvió a ponerse las gafas. Con paso cansado se dirigió hacia la puerta de la cocina.

Cuando estuvo bajo el dintel, se giró hacia Frank, que había seguido los movimientos del hombre con la cabeza.

—Y ahora me dices que vas a estudiarlo —continuó Bernie mientras movía la cabeza arriba y abajo, una y otra vez, con la mirada fija en algún punto de las baldosas del suelo—. Yo creo que ya lo tienes muy claro, Frank. Entiendo que trabajar donde tú lo hiciste debe dejar huella, dejarte el gusanillo de comprar y vender metido en la sangre. Era cuestión de tiempo que te cansaras de nosotros, y de jugar a ser el caserucho de un edificio de mala muerte, de cambiar bombillas y de pelearte con una caldera que se niega a funcionar como debe.

Frank se giró sobre los talones de sus zapatillas para enfrentar a su vecino, sintiendo un extraño sentimiento bullir en su interior.

—¿Eso piensas que ha sido para mí, Bernie? ¿Un juego? ¿Piensas que todo este tiempo he estado jugando a las casitas? —lo cuestionó con acritud y los dientes apretados. Frank enderezó los hombros para erguirse delante de Bernie en toda su estatura—. Pues tengo que sacarte de tu error. Compré este edificio con todo el dinero que había logrado ahorrar durante años. Incluso me gasté el dinero de la indemnización que me dieron cuando me marché de mi empresa, y que iba a ser un colchón en caso de que las cosas salieran mal. Arriesgué mucho porque podría haberme visto cargando con un edificio destartado, sin dinero y con una deuda enorme. Lo compré porque creí que era una buena inversión, simplemente eso. Pero después ha resultado ser mucho más, y tú lo sabes, Bernie. No soy rico y creo que tengo todo el derecho del mundo a pensar dos veces qué voy a hacer con mi futuro.

Ambos hombres se miraron a los ojos. Un segundo después, el hombre mayor dio media vuelta para abandonar la cocina y dirigirse con paso cansado hacia la entrada del apartamento. Agarró la manija de la puerta con fuerza y giró la cabeza para mirar a Frank, que lo había seguido hasta allí. El anciano tomó aire y lo miró con dureza.

—¿Sabes lo que pienso ahora? Que sí tenía razón con la primera impresión que tuve de ti. Tal vez no eres muy distinto de Kozlov.

La bilis subió por la garganta de Frank cuando escuchó esas palabras y apretó la mandíbula con fuerza.

—No soy igual que Kozlov, Bernie. Creo que lo he demostrado. Y es injusto que tan siquiera lo pienses.

Bernie abrió la puerta describiendo un amplio y rápido giro con su brazo derecho y, con un simple gesto de la cabeza, lo invitó a abandonar el apartamento.

—Que tenga un buen día, señor Bradley.

A Frank no le dolió tanto el hecho de que Bernie diera por hecho que iba a vender el edificio, como que lo hubiese llamado formalmente por su apellido, en lugar del familiar y amigable *señor B* que solía utilizar. Pasó delante de él y, cuando salió al descansillo de la escalera, se giró para despedirse.

—Buenos días, Bernie.

El hombre le respondió cerrando la puerta con un duro golpe que retumbó en todo el rellano.

Estuvo todo un minuto mirando el trozo de madera, sin saber bien qué hacer, intentando calmarse y esperando a que su corazón dejara de martillearle el pecho y volviera a su ritmo normal. Bernie era una persona mayor y a él le habían enseñado a respetar a sus mayores. Además, nunca le habían gustado las peleas ni las discusiones, las había evitado en la medida de lo posible durante toda su vida.

Con cuidado dobló el papel, lo metió en el bolsillo trasero de su pantalón de faena y cerró la escalera de mano, olvidando por completo que aún le quedaban un par de bombillas por cambiar. Con la escalera al hombro, se encaminó hacia su piso, sintiendo sus pasos más pesados que habitualmente.

Al abrir la puerta de su apartamento, Pepper se apresuró a darle la bienvenida, con las orejas en alto y el rabo moviéndose de un lado a otro con energía. Frank dejó la escalera apoyada contra una pared y se giró hacia su perro.

—Menos mal que tú sí te alegras de verme —le dijo mientras le palmeaba la cabeza.

El perro lo siguió cuando se encaminó hacia el sofá. Frank se arrojó en él, dejando caer todo el peso de su cuerpo en el asiento. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos un momento.

Miró en silencio al techo y se fijó en cómo la luz de la mañana que se reflejaba en uno de los cristales terminaba incidiendo en él.

A su mente acudieron imágenes de la barbacoa que había tenido lugar hacía apenas dos semanas en la azotea, cuando se había reunido con sus vecinos. En aquel momento no se le habría pasado por la mente que, tan pocos días más tarde, se vería en la posibilidad de revender el edificio. Nunca pensó que Kozlov volvería a estar interesado en recuperarlo.

Y allí estaba él ahora, tirado en su sofá, con el ánimo por el suelo y considerando muy seriamente la opción de venderlo. Porque tenía que ser franco consigo mismo: al igual que había comprado ese edificio, podría comprar otro, uno con el que volver a empezar y hacer de él un buen lugar para vivir. Era cierto que había llegado a considerarlo su hogar, pero creía que podría volver a hacerlo con otro.

Él no era un filántropo ni una hermanita de la caridad; lo había comprado en primera instancia porque le pareció una buena inversión de cara al futuro. Los bienes inmuebles tenían su riesgo, como todo en el mercado, pero podían dejar sustanciosas ganancias si se vendían y compraban en el momento adecuado. Él lo había adquirido a muy buen precio, y ahora podría venderlo por uno aún mejor. En el fondo, cuando se había sido corredor de bolsa una vez en la vida, se lo seguía siendo para siempre.

Se pasó la mano por el rostro, intentando alejar ese lúgubre estado de ánimo. Las palabras y la mirada de Bernie le habían pateado el estómago más fuerte que si hubiesen sido un rechazazo. Entendía su punto de vista, claro que sí. Ahora tenía a alguien que se preocupaba por el bienestar del lugar, que lo mantenía en orden y cuidado. Perder eso y regresar con quien los había dejado casi abandonados a su suerte no debería resultarles muy halagüeño.

Era completamente cierto que sentía a esas personas que allí vivían casi como si fueran su familia. Lo habían acogido con los brazos abiertos y habían confiado por completo en él. Esa era la parte que más dolía de toda la situación. Pero también estaba esa otra parte, mucho más fría, la que consideraba a ese edificio como una simple inversión y se había presentado la oportunidad de recoger unas succulentas ganancias.

Tenía que admitir que su corazón y su cabeza habían tomado derroteros distintos en aquel asunto. Tenía dos semanas para que ambos se pusieran de acuerdo en qué iba a hacer. Y cualquiera que fuese la decisión que tomara, iba a ser igual de difícil de asimilar.

Volvió a pasarse las manos por el rostro y por el pelo, despeinándose a su vez. Exhaló el aire de sus pulmones con fuerza, como si con él quisiera echar lejos sus preocupaciones. Por desgracia, no iba a ser tan fácil. Palmeó con las manos abiertas ambos muslos. El sonido hizo que Pepper se incorporara y lo mirara. Se acercó hacia él jadeando y colocó su cabeza en el regazo de Frank, en busca de alguna carantoña.

Aquella actitud de confianza le arrancó, aunque con cierta resistencia, una sonrisa de los labios. Le rascó entre las orejas, y el perro cerró los ojos, complacido con los mimos de su amo.

—¿Sabes una cosa, Pepper? —le dijo incorporándose hacia adelante para quedar más cerca del perro. Le tomó la cara entre ambas manos y buscó con su mirada los ojos del animal—. Me gustaría saber qué piensas de todo esto, y que me dieras algún consejo sobre qué demonios puedo hacer. Pero supongo que tendré que hacerlo yo solo.

Pepper abrió aún más la boca, mientras continuaba jadeando y su lengua colgaba hacia un lado. Acercó el hocico hacia Frank y lo olisqueó con interés. Frank se retiró a tiempo para evitar que le lamiera la cara.

—Hey, nada de besitos. —Era imposible no sonreír si tenía esa cara afable y peluda delante de él. Cada día se alegraba más de haber permitido que Pepper entrara en su vida—. Bueno, hay que seguir trabajando, ¿no es cierto?

El día pasó con rapidez. Casi no había parado para comer, principalmente porque sentía el estómago cerrado y sin hambre, así que siguió trabajando. No se había vuelto a cruzar con Bernie, ni con ningún otro vecino, en todas aquellas horas. Sabía que los Vargas seguían en San Antonio, y que Gabriella y Lucas se habían marchado de viaje, intentando así que su luna de miel aún perdurara un poco más. Nada sabía de Charlotte y los niños. Y el único ser vivo que entraba y salía del apartamento de la señora Lileh era su gato.

Apenas había abierto la puerta de su casa cuando el teléfono móvil, que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón, vibró.

Arrojando con prisas las llaves sobre la mesita del café, tomó el aparato y miró quién lo llamaba. Una sonrisa que no había tenido ganas de esgrimir en todo el día acudió a sus labios sin esfuerzo cuando leyó el nombre de Ali en la pantalla.

—¿Frank? —oyó preguntar a la mujer en cuanto aceptó la llamada. Como si ella pudiese verle, Frank asintió antes de saludarla.

—Hola.

Frank escuchó un pequeño ruido de fondo, pero no la voz de la mujer. Miró extrañado a la pantalla, para asegurarse de que no se había cortado la comunicación. Un instante después volvió a oír a Ali.

—¿Qué tal va todo?

—Bien —se demoró un poco a contestar, sin demasiado entusiasmo—. Todo va bien.

—Me alegro —la escuchó responder, con ese constante tono alegre que tanto le estaba comenzando a gustar—. Bien, te llamaba para decirte que, al final, los perritos no van a ir al hogar de acogida que te comenté. Sean y Jimmy les han cogido tanto cariño que no quieren ni oír hablar de eso, y se han ofrecido a cuidarlos hasta que estén destetados y puedan darse en adopción. Jimmy me ha amenazado con hacerme la vida imposible si no les hago caso y, la verdad, aprecio la tranquilidad con la que vivo.

Inconscientemente Frank sonrió. Se alegraba de oír aquella noticia. Se dirigió hacia el sofá y se sentó en él mientras agarraba el teléfono con fuerza,

para mantenerlo pegado a su oreja.

—Me parece una idea estupenda que los perritos estén con ellos.

—No sé cómo van a hacerlo, la verdad —apostilló Ali—. Ellos siempre están aquí y tendrían que traerlos y llevarlos todos los días. No pueden dejarlos solos en casa siendo tan pequeños.

—Seguro que se las apañarán.

Aunque no pudiera verla, sabía que ella estaba sonriendo. Y deseó poder ver aquella sonrisa en ese preciso instante.

—Sí, de eso estoy completamente segura.

Se quedó un momento en silencio, con la mirada clavada en el frente.

—Sí —fue lo único que atinó a decir.

De nuevo se hizo el silencio entre ambos, el cual Ali rompió unos segundos más tarde.

—Frank, ¿seguro que no te ocurre nada? —inquirió. Frank percibió algo en el tono de su voz que parecía curiosidad, si no preocupación—. Te noto algo raro. Oye, si he interrumpido algo, lo...

—No, no has interrumpido nada —se apresuró a responder él, irguiéndose en su asiento—. No te preocupes. Es solo que el día de hoy está resultando ser bastante más duro de lo que me esperaba.

—Vaya. Lo siento. Supongo que todos los días no son iguales.

Frank bajó la cabeza y negó despacio.

—No, no lo son.

—Bueno, si en algún momento te apetece venir para ver cómo van los perritos, hazlo sin ningún problema. Seguro que a Pepper le gustará volverlos a ver.

«¡Por supuesto que me apetece!», quiso decirle, pero temía quedar como un estúpido al mostrarle su entusiasmo. De nuevo allí estaba, en su rostro, la sonrisa que hacía acto de presencia casi sola cuando la escuchaba. Quería imaginar que los labios femeninos también se rendían ante una idéntica. Sintióse torpe, y poniendo cuidado para no tartamudear como un idiota,

movió la cabeza afirmativamente como si ella pudiese verlo.

—Estupendo, lo tendré en cuenta.

—Hasta... hasta pronto, Frank.

—Adiós —se despidió él al fin, no sin cierta reticencia y con bastante decepción, porque la conversación había terminado mucho antes de lo que al él le hubiese gustado.

Dejó el móvil a su lado y sonrió de manera genuina por primera vez en todo el día.

Ali cortó la llamada con desgana, y una mueca de desilusión recorrió sus facciones. Miró por unos instantes la pantalla, ahora apagada, de su móvil. En contra de lo que había planeado, y deseado, cuando tomó la decisión de llamar a Frank, la llamada había sido demasiado corta.

En realidad, lo de los perritos había sido una excusa conveniente, pensó. Quería volver a hablar con Frank y cuando Jimmy la asaltó en la sala de curas diciéndole que ni *osara* —palabras textuales de su amigo— llevarse los perritos, y que él y Sean se harían cargo de ellos, lo primero que pensó fue en llamar a Frank y contárselo.

—¡Ah, estabas aquí! —El teléfono casi se resbaló de su mano cuando oyó exclamar a Sean detrás de ella. Se giró con rapidez para enfrentar a su amigo.

—Sí.

El hombre avanzó hasta ella y se detuvo a unos pocos pasos.

—Acaba de llegar tu paciente de las cuatro —le dijo antes de mirarla más fijamente con los ojos entornados. Señaló con un movimiento de cabeza al aparato que aún tenía en la mano—. Por cierto, ¿hablabas con alguien?

Ali levantó una ceja de manera inquisitiva.

—¿Cotilleando, Sean?

—Jamás —se apresuró a contestar su amigo—. Pero dime ¿quién era para que tuvieras esa sonrisa de oreja a oreja?

Por unos instantes, Ali consideró reservarse la información, pero al instante

pensó que no tendría por qué hacerlo. No estaba haciendo nada malo ni indecoroso. Y Sean era, además, su mejor amigo. Ocultárselo sería, entre otras muchas cosas, una estupidez porque sabía que, más pronto que tarde, ella misma le contaría que el hombre que había tomado unas copas con ellos el día anterior le caía especialmente bien.

—Con Frank.

Sean apretó los labios y asintió despacio.

—¡Ah, Frank! Vale, ya entiendo lo de la sonrisa.

Ali elevó sus ojos hacia el techo y se hundió de hombros de manera exagerada.

—¡No seas tonto! Lo he llamado para decirle que los perritos no se van a ningún hogar de acogida.

—Ah, estupendo. ¿Y por qué crees que él estaría interesado? Lo digo porque Cinnamon no es en realidad su perra, ¿no? Tan solo se la encontró en la calle y tuvo el buen corazón de traerla aquí.

Por unos momentos, Ali no supo qué responderle. Parpadeó varias veces antes de encontrar una respuesta que sonara plausible.

—Lo vi con los perritos cuando nacieron y creo que se preocupa por ellos.

—¿Ah, sí? ¿Esa es la razón? —preguntó su amigo, con un tono de voz un poco más agudo—. Porque tengo que decirte que vi cómo lo mirabas ayer cuando él no se daba cuenta. Te gusta, ¿no es cierto?

—Sí —contestó ella sin demora.

La respuesta pareció complacer al hombre. Sean asintió con seguridad.

—Bien, porque también lo vi a él mirándote a ti.

Ali mentiría si negara que, tal vez y solo tal vez, su estómago había dado un vuelco al escuchar esa afirmación de labios de su amigo. No quiso contestar de inmediato, o su voz esperanzada la delataría. Cuando, unos segundos después, estuvo completamente segura de que su ritmo cardiaco había regresado a la normalidad, clavó sus ojos claros en su amigo.

—¿Estás intentando hacer de casamentero? —le preguntó mientras

intentaba disfrazar su enorme sonrisa de satisfacción con una mueca de fingida molestia.

Sean se acercó un poco más a ella, deteniéndose a solo un paso. Ali tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a la cara.

—No, nada de eso. Eso se lo dejo a Jimmy —le dijo para besarla con cariño en el pelo. Se retiró un par de pasos para volver a mirarla a los ojos—. Además, te conozco lo suficiente para saber que te bastas y te sobras tú solita para ello. Solo digo que creo, por lo que pude apreciar, que el sentimiento es mutuo.

Con esas palabras, Sean se giró y emprendió el camino hacia la puerta. Antes de llegar a ella, volvió a girarse para enfrentarla de nuevo.

—Por cierto, yo no pienso inmiscuirme en tus asuntos, pero cuídate de Jimmy cuando se entere. Ya sabes cómo es.

Los ojos de Ali se abrieron como platos. Sí, ya sabía cómo era Jimmy. Y sí, tendría que cuidarse de que no se enterara antes de que ella decidiera dar un paso para acercarse a Frank. Porque Jimmy era un gran amigo, una persona excelente, y alguien que ella no querría que cambiara a pesar de todo, pero cuando tomaba algo como una cruzada personal, mejor no inmiscuirse en su camino.

Guardando el teléfono en el bolsillo de su bata por si Frank decidía llamarla, en lugar de dejarlo en su mochila como hacía habitualmente, Ali salió en busca del paciente que la esperaba.

CAPÍTULO 12

Frank intentó ir a la clínica la tarde anterior, pero le fue completamente imposible: la faena que se había propuesto hacer se le complicó más de lo esperado, y tuvo que dejar cosas pendientes para el día siguiente. Su mente no estuvo centrada en el trabajo que estaba haciendo y, en más de una oportunidad, se detuvo sin saber qué tenía que hacer a continuación. La visita de Kozlov y su propuesta regresaron cada tanto, haciéndole pensar qué decisión iba a tomar cuando hubieran pasado aquellas dos semanas.

Así que, esa mañana, había emprendido su trabajo más temprano de la cuenta. No había querido que nada ni nadie diera al traste con los planes que dejó aplazados la tarde anterior. A mediodía ya estaba listo, con el trabajo finiquitado y sintiéndose de mejor ánimo a cada minuto que pasaba.

Pepper se dejó colocar la correa sin dedicarse a corretear entre sus piernas, como solía hacer cada vez que atisbaba el trozo de cuero que tan bien había llegado a reconocer. Cuando abrió la puerta de su apartamento, el animal lo miró con aire interesado, moviendo el rabo con insistencia. Frank le sonrió.

—Vamos a ir a la clínica de Ali a que veas a tus perritos —le dijo, como si el perro pudiese entenderlo. Pero de inmediato añadió—: Vale, me temo que es una excusa para volver a verla, así que no se lo digas a nadie, ¿de acuerdo?

Como respuesta, el perro abrió la boca desmesuradamente y bostezó, ganándose unas palmadas cariñosas en la cabeza.

—Andando.

El día estaba espléndido. Hacía calor, pero no tanto como para que resultara pegajoso e incómodo el pasear a esas horas del mediodía.

Cerca de su casa, en los escalones de un bloque de pisos cercano, varios niños estaban sentados con las cabezas muy juntas, mirando una pequeña

pantalla que uno sostenía delante de todos ellos. Por unos momentos pensó en los juegos que él jugaba cuando tenía esa misma edad, y cuán diferentes eran en esos días. Se acordaba de sus piernas llena de moratones y las rodillas y los codos despellejados porque se había arrastrado por el duro asfalto al caerse de la bicicleta. Sonriendo ante el recuerdo que había aflorado en su mente, dejó atrás el pequeño grupo, que ni se percató de su paso por delante de ellos, y siguió su camino hacia la clínica.

Pepper caminaba a su lado, con un porte casi orgulloso: orejas alerta y la cola en alto. El animal se detuvo cuando hasta su nariz llegó el aroma que salía de la pizzería por la que estaban a punto de pasar. Pepper hizo el amago de cambiar de dirección hacia la fuente de tan exquisito olor, pero Frank tiró de la correa con suavidad.

—Venga, ahora no podemos pararnos. Te invito cuando volvamos, ¿quieres?

Como si, efectivamente, el animal lo hubiese comprendido, volvió a ponerse en marcha, aunque giró la cabeza una vez más hacia el establecimiento que iban a dejar atrás.

La clínica estaba a apenas diez minutos caminando, y todo ese tiempo Frank lo invirtió en buscar una excusa, una que sonara convincente a sus propios oídos y que pudiera contarle a Ali. Lo cual era una tontería, cayó en la cuenta apenas un minuto después, porque había sido ella misma la que lo había invitado a ir.

No entendía muy bien los derroteros que estaba tomando su mente, pero no podía echar a Ali de ella. En realidad, no había podido dejar de pensar en ella desde el 4 de Julio. Decir que tenía ganas de volver a verla era quedarse muy corto en cuanto a expectativas.

Giró la esquina. La clínica estaba en la acera de enfrente, así que cruzó con cuidado la calle y aceleró un poco el paso. Estaba a punto de subir los escalones de la entrada, que estaba flanqueada por un pequeño vallado de metal por el cual asomaban algunos pequeños arbustos y macetas, cuando oyó algo a su derecha. Giró la cabeza de manera mecánica hacia el lugar para

encontrarse con Ali, cabizbaja y sentada casi escondida entre un parterre de flores.

Extrañado, dio un par de pasos por el estrecho pasillo bajo las ventanas de la clínica en dirección a la mujer, con Pepper pegado a sus talones. Ali no lo vio llegar; tenía la mirada fija en sus manos, unidas delante de ella, y su pelo le caía a ambos lados de su rostro. Frank se acercó despacio. Antes de que pudiese hacer notar su presencia, ella levantó la mirada.

Tenía los ojos hinchados y brillantes, la nariz algo roja y dos surcos húmedos bajaban por sus mejillas, dejados por las lágrimas que aún rodaban por ellas. Un rictus amargo se adivinaba en sus labios. Frank se preocupó de inmediato.

—Hola. —La saludó con reservas, agachándose frente a la mujer y quedando a su misma altura—. ¿Ocurre algo?

Ali se encogió de hombros mientras apretaba con fuerza los labios.

—Lamentablemente, nada que no haya ocurrido antes. Pero, al igual que siempre, sigue doliendo de la misma manera.

Frank no comprendió esas palabras hasta que ella volvió a hablar.

—He perdido a uno de mis pacientes —le contestó con la voz ronca. Una nueva lágrima descendió por su rostro, y Frank tuvo que cerrar el puño con fuerza para contener el gesto de secarla con sus dedos. Ali se apresuró a retirarla con el dorso de la mano e hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa. Pero fue un intento inútil porque, a pesar de ello, esta no llegó a sus ojos—. Me duele porque era un animal joven y no tenía por qué morir tan pronto. Fue mi paciente desde que era un cachorro, cuando sus dueños lo adoptaron —le dijo con un hilo de voz, como si hablara para ella misma—. Pero ha tenido un problema en el riñón y no ha podido superarlo.

—Seguro que has hecho todo lo que podías —se apresuró a responderle Frank, hablándole en el mismo tono de voz bajo que ella había utilizado—. Te he visto desenvolverte con Cinnamon el otro día, con una perrita que no conocías de nada, y me fijé en cómo la alentabas y le dabas ánimos. Estoy completamente seguro de que has dado de ti todo lo que podías dar.

Los ojos de Frank se posaron en las manos de ella, en cómo las retorció con nerviosismo, agarrándose los dedos para apretarlos con fuerza. Unos segundos después los soltaba y volvía a repetir el proceso. Sin pensarlo, la mano de Frank aferró las de ella. Ali se detuvo al instante.

Las notó calientes al tacto. Incluso podría haber jurado que estaban algo temblorosas debido, con toda seguridad, a la mala experiencia que acababa de pasar. Frank levantó la mirada y se encontró con los ojos de ella a apenas un palmo de distancia.

Creyó que ella iba a retirarse de su agarre, pero no fue así. Ali mantuvo sus manos cobijadas en la suya, sin moverlas ni un centímetro. Entonces, el atisbo de una sonrisa apareció en la comisura de sus labios, más sonrosados de lo habitual.

Frank no pudo por menos que sonreír también.

—Eso está mejor.

Su mirada regresaba una y otra vez a su boca. Estando a tan corta distancia sería muy fácil acercarse y besarla. Eso era lo que más deseaba: acercarse a ella, darle un beso, hacerle olvidar con sus labios aquella experiencia que tanto la había apenado. Pero no podía hacerlo. Ella se sentía desdichada y vulnerable. Acercarse a Ali en ese momento sería como si quisiera aprovecharse de ella, y eso era lo último que quería. En silencio luchó contra el impulso que le estaba resultando difícil controlar y que le machacaba el pecho. Maldiciéndose mentalmente, se separó un poco, aguantando aún la postura en cuclillas.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —se oyó decir a sí mismo—. Te invito a una copa.

Ali torció el gesto, con simpatía.

—¿No crees que es algo temprano para una copa? —le respondió ella a su vez.

Frank parpadeó un par de veces, sintiéndose incómodo de repente. Había perdido la noción de qué hora era en realidad.

—Claro, claro. Es muy temprano, sí.

—Pero no diría que no a un helado —se apresuró a apostillar Ali.

La sonrisa, que apenas había sido un atisbo en su rostro de facciones dulces, se convirtió en una plena que le iluminó los ojos aún enrojecidos. Frank hizo un esfuerzo para que su mente volviera a procesar algún pensamiento coherente. Pero sabía que iba a tardar en suceder si ella continuaba mirándolo de ese modo, sonriéndole como lo estaba haciendo. Frank pensó que tal vez, solo tal vez, había olvidado cómo se respiraba.

—¿Entras conmigo, cojo mi mochila y nos vamos?

—¿Qué?

Pepper, que hasta entonces se había dedicado a inspeccionar todo el lugar, aprovechó ese momento para olisquear la oreja de Frank, lo que lo hizo regresar a la realidad. Frank lo retiró con un gesto contenido del brazo.

Ali le sonrió antes de enderezarse en su incómodo asiento en el filo del parterre. Como si no quisiera perder el contacto con sus manos, ella las retiró con lentitud, dejando la mano de Frank vacía y fría. Él se puso en pie un segundo antes de que ella hiciera lo mismo.

—Que si entras conmigo. A la clínica.

Frank notó que un cierto calor subía por sus orejas. Dio un paso atrás, asintiendo con energía.

—Sí, por supuesto.

La mujer pasó junto a él, rozando su brazo. Frank la siguió con la mirada para, un instante después, ir tras ella al interior del edificio.

La recepción estaba desierta. Era la hora de comer y podría ser que ese era el momento en que hacían un receso con las visitas programadas para la jornada, recapacitó Frank. Agarró con fuerza la correa de Pepper y traspasó la puerta que daba a las consultas, en pos de Ali.

Tras recorrer el pasillo que ya conocía tan bien, Ali empujó las puertas dobles que daban a la zona de enfermería y las sostuvo hasta que él llegó. Frank se lo agradeció con un gesto de la cabeza.

Al fondo de la sala, enfrascado en sus asuntos, estaba Sean, que levantó la

mirada cuando los escuchó llegar. Fijó sus ojos claros en Ali y su expresión se suavizó.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó mientras llegaba hasta ella. Sus grandes manos acunaron el rostro de la mujer y la besó en la frente.

—Mejor —la oyó responder.

—No te preocupes por nada, yo me encargo de todo el papeleo, ¿de acuerdo? —agregó el hombre con dulzura. Entonces miró a Frank—. Hola, Frank, ¿qué tal todo?

Frank levantó un poco la mano, respondiendo así al saludo.

—Hola, Sean.

Ali rodeó a su amigo, quedando entonces de frente a Frank.

—Oye, ¿te importaría que me tome un rato libre?

Antes de responderle, Sean hizo movimiento con la cabeza, negando con energía.

—Por supuesto que no. Tómame el tiempo que necesites —le dijo. Los ojos del hombre se posaron en Frank—. ¿Vas a acompañarla? Me sentiría mejor si lo haces.

Frank asintió sin dudar.

—Sí. Por supuesto.

Una sonrisa sincera apareció en el rostro de Sean.

—Entonces, nada. Vete y despéjate un poco. No tengas prisas por volver, te lo digo en serio.

Ali ya se había quitado la bata blanca y colgado la mochila en la espalda. Besó a su amigo en la mejilla y le palmeó el brazo.

—Gracias, Sean.

Pasando por delante de él, Ali se despidió de su amigo con un simple gesto y abandonó la sala. La voz de este lo detuvo cuando Frank tan solo había dado un par de pasos hacia la salida.

—Oye, Frank.

—Dime.

—Cuidala, ¿quieres?

Frank movió la cabeza de manera afirmativa y salió tras ella.

Ali lo esperaba en la acera. Con desenvoltura, se retiró varios mechones del rostro, alisándose la melena rubia que le caía sobre los hombros con ambas manos. Ese gesto lento le hizo ver lo cansada que debía estar. Los vestigios de su llanto aún se podían apreciar en sus ojos, algo hinchados y enrojecidos. Frank bajó las escaleras sin apartar la vista de ella.

Carraspeó cuando llegó a su lado, señalando a Pepper con la barbilla.

—Bueno, antes de ir a por ese helado, tengo que dejarlo en casa. ¿Me...?

—No hace falta —lo interrumpió ella antes de que terminara su frase—. Conozco un sitio con una gran terraza y en el que está permitido que se lleven perros. Siempre que te portes bien, Pepper.

El animal miró primero a su amo y luego a Ali como si, en efecto, supiera que estaban hablando de él. Frank sonrió al mirar a su mascota.

—Parece que te has ganado un helado tú también, ¿eh, colega?

Ali dio un paso hacia él, con una expresión de fingida seriedad, y los señaló a ambos con su dedo índice de manera alternativa.

—No, nada de helados. Ni de nada azucarado. Orden de su veterinaria.

Divertido por la manera en que ella se había dirigido a los dos, Frank compuso una mueca y miró de soslayo a su perro.

—Vaya, pues lo siento, Pepper. Órdenes son órdenes, y ni se me ocurre llevarle la contraria.

Ali bajó la cabeza, ocultando así una nueva sonrisa que hizo que la respiración de Frank se detuviera un breve momento.

«Eso es. Así está mucho mejor», se dijo a sí mismo, temiendo haberse quedado embelesado unos instantes.

—Bien, dime dónde vamos —le preguntó una vez que ella comenzó a caminar. Apresurándose, Frank se colocó a su derecha.

—No está muy lejos. A unos quince minutos andando, en dirección al paseo

marítimo —contestó ella.

Caminaron un par de minutos en completo silencio, con Pepper marchando entre ambos. Frank no podía evitar mirarla de reojo. La luz del sol de ese hermoso día hacía que su pelo brillara y le coloreara las mejillas con un saludable rubor.

—Oye, si prefieres comer algo antes, hay una pizzería cerca —dijo Frank al fin.

Ella negó tímidamente con la cabeza.

—No, está bien. Un helado me vale. Tampoco es que tenga mucha hambre. Tengo la fea costumbre de comer lo que pillo, sin preocuparme demasiado. Supongo que en algún momento comenzará a pasarme factura, lo sé. Pero la mayoría de los días llego a casa tan cansada de trabajar que no tengo ganas de ponerme a hacer algo de comida, así que cojo lo primero que haya en la nevera. Si es helado, pues ceno helado —le confesó. Se encogió de hombros, como si con ese gesto quisiera disculparse—. No es nada recomendable ni saludable. Siempre me digo que debo comenzar a tener una alimentación equilibrada, pero... Vaya, que no es nada por lo que deba sentirme orgullosa.

—No pasa nada. Y a mí también me vale con el helado —le dijo él, restándole importancia—. Tampoco soy un ejemplo de alimentación saludable. Además, si después del helado sigo con hambre, de camino a casa está esa pizzería de la que te he hablado. A Pepper le encanta la de anchoas, ¿no es así? —le preguntó al perro, que seguía caminando entre ellos. El animal levantó la cabeza al escuchar su nombre y ladró una única vez.

—¿Ves? Está de acuerdo conmigo.

La terraza de la heladería estaba llena de público; la mayoría, turistas que pasaban las vacaciones en Newburyport. Ali había estado en lo cierto: era un gran espacio que poseía un montón de mesas colocadas bajo sombrillas que protegían a los clientes del sol del verano. Él había estado allí en alguna ocasión, pero hasta que no llegaron no supo que Ali se refería a ese local en

concreto.

El aroma dulce de *crêpes* recién hechos inundaba todo el lugar, y el estómago de Frank rugió en respuesta. Encontraron una mesa en una esquina, bastante alejada de la puerta del local, por donde entraban y salían los clientes con grandes cucuruchos o vasitos de helados en las manos. Ali se adelantó para ocupar la mesa mientras Frank se dirigía a la barra para pedir sus consumiciones.

Cuando regresó, Ali estaba haciéndole carantoñas a Pepper, que estaba sentado a sus pies, con aire de estar muy complacido por las atenciones que la mujer le prestaba. Ralentizó el paso para observar con detenimiento cómo le sonreía al perro y lo acariciaba con adoración, pasando una y otra vez la palma de la mano por el lustroso pelaje del cuello y el lomo. La mirada de Frank se detuvo en las manos femeninas, en cómo subían y bajaban con lentitud; y en sus dedos delgados y finos. Manos que le gustaría que lo acariciaran algún día de manera parecida a como lo hacían con el animal.

Carraspeó, intentando llamar al orden a su propia mente. No era bueno comenzar con semejantes imágenes en ese lugar, ni en ese momento. Notó cómo, de repente, había comenzado a hacer más calor, pero se temía que no tuviera nada que ver con el sol ni con la época del año, sino con lo que Ali estaba comenzando a provocar en él, y que hacía mucho tiempo que no sentía.

Aceleró de nuevo el paso para llegar hasta la mesa lo antes posible.

—Ten, tu helado —le dijo, tendiéndole una de las copas que llevaba en la mano, que ella aceptó encantada y con un brillo alegre en los ojos. Ali le agradeció el gesto y tomó de sus manos su helado, de vainilla y chocolate negro, bañado con nata y pequeñas virutas de chocolate. Para él había pedido uno del mismo tamaño pero solo de vainilla.

Ambos atacaron sus consumiciones sin demora. El buen ánimo de Ali parecía haber resucitado durante el paseo hacia la heladería. Su hermosa sonrisa no se desvanecía ni un solo instante. Más aún: con cada porción que se llevaba a la boca, más intensa se hacía. Y precisamente eso estaba siendo una fuente de problemas para él.

Frank fue espaciando cada cucharada porque se quedaba mirándola, sin decir una palabra, deleitándose en cómo ella disfrutaba del momento y del helado. De vez en cuando, Ali dirigía sus ojos hacia Pepper, que estaba sentado en el suelo, entre ambos, con las orejas muy tiesas, el hocico con un movimiento incesante y la lengua colgando de la boca, como si esperara a que uno u otro se distrajera y así poder acabar zampándose el contenido de alguna copa.

Frank lo miró de reojo para, de inmediato, volver a mirar a Ali. Estaba preciosa, con el pelo despeinado y vestida de manera informal, con unos vaqueros y una simple camiseta roja que resultaría anodina en otra mujer, pero que le parecía que en ella lucía como si llevase un vestido de alta costura.

Después de darse cuenta de que su consumición se estaba derritiendo, Frank se obligó a regresar su atención a ella, pero sin dejar de mirar a Ali por el rabillo del ojo.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó antes de llevarse una nueva cucharada de vainilla a la boca.

Ali lo miró con los ojos muy abiertos. Un segundo después estaba asintiendo, aunque con ciertas reservas.

—Un helado siempre me levanta el ánimo.

—Me alegro.

La mujer tomó la copa en la mano para acceder al fondo del recipiente con la cuchara.

—Gracias por invitarme —le dijo, aunque sin mirarlo.

Los labios de Frank se curvaron ligeramente, conteniendo una sonrisa, algo que se estaba convirtiendo en algo asiduo cuando estaba junto a ella.

—No tienes por qué agradecerme nada.

Ali dejó la copa sobre la mesa y se arrellanó en su asiento, cruzando una rodilla sobre la otra para mirarlo de frente.

—Frank, ¿puedo preguntarte algo?

Con la última cucharada aún en la boca, Frank movió la cabeza de manera

afirmativa.

—¿Te ocurría algo el otro día, cuando te llamé? Te noté algo... raro, más serio que de costumbre. No sé, tal vez sea una tontería mía —le dijo mientras se encogía de hombros—. No tienes que decirme nada si no te apetece, o si crees que me estoy metiendo en donde no me llaman.

El ánimo de Frank se ensombreció al momento. Hacía ya un buen rato que su mente no pensaba en nada de lo que había ocurrido hacía dos días. Dejó la cuchara dentro de la copa, que arrastró un poco hacia el centro de la mesa.

—Tuve un problema doméstico, digámoslo así.

—¿En casa?—preguntó ella con rapidez—. ¡Qué preguntas más tonta hago! Si no, no sería doméstico. —Al instante, Ali pareció caer en la cuenta de que podía estar preguntando demasiado y apretó los labios—. No importa, no hace falta que me contestes.

Frank se removió en su asiento para girarse un poco más a su derecha y así poder mirarla de frente.

—¿Recuerdas que te conté que, hace cinco años, compré el edificio en donde vivo? —Ali asintió sin demora y Frank continuó—: Bien, lo compré a un precio muy bueno. Más que bueno, podría decir. El dueño estaba deseando deshacerse de él. Llegué yo, le hice una oferta y ya no hubo más de qué hablar. En todo este tiempo, he trabajado mucho en él. El anterior dueño casi lo tenía en ruinas. He tenido que esforzarme para sacarlo a flote y hacer de él un lugar habitable, en donde se pueda vivir bien y cómodamente, pero lo conseguí.

—Eso es muy bonito —lo interrumpió ella.

—Lo es, cierto. Pero, hace una semana, el asistente del antiguo dueño vino a verme. Me ofreció una buena cantidad para que le revendiera el inmueble. Me negué, por supuesto. Y lo tenía bastante claro...

—Pero... Intuyo que hay un pero.

Frank asintió con reservas.

—Lo hay, sí. El otro día, cuando me llamaste, había vuelto a aparecer. Y esta vez, vino con su jefe. Insistió en querer conseguir de nuevo el edificio y

me hizo una nueva oferta. Yo había pensado que la primera oferta era generosa, comparando con lo que yo pagué por él. Pero esta vez es... Es muchísimo dinero, Ali. Mucho.

Los labios de la mujer se fruncieron en un gesto de comprensión.

—Ya veo. Ahora te estás replanteando si vender o no.

Frank tuvo que darle de inmediato la razón.

—Así es. Lo compré como una inversión, pero con el tiempo se ha convertido en algo más, se ha convertido en mi hogar. Sin embargo una parte de mí, esa que no ha dejado de pensar nunca en números y beneficios, esa parte me dice que si lo he hecho una vez, puedo volver a hacerlo otra. Que aunque ya no sea el dueño del edificio, y no viva allí, puedo seguir viendo a todos mis vecinos. Aunque no creo que si lo llegara a vender, se lo vayan a tomar muy bien. De hecho Bernie no lo ha hecho. Y ni siquiera lo he decidido aún.

—¿Quién es Bernie?

Los labios de Frank se curvaron en una suerte de vaga sonrisa al recordar al simpático hombre.

—Ya vivía en el edificio cuando lo compré. Es un hombre mayor, afable y dicharachero. Creo que te gustaría si lo conocieses.

—Sí —le dijo ella por toda respuesta.

—Él estaba allí cuando Kozlov me hizo la nueva oferta.

Como si hubiera tocado algún resorte, vio a Ali incorporarse para acercarse a él, con un mudo interrogante en su mirada.

—¿Kozlov?

—El antiguo dueño del edificio y el que quiere recuperarlo.

—¿Te refieres a Iván Kozlov? ¿Un hombre mayor y con cara de pocos amigos? ¿Y su asistente se llama Sergei? —quiso saber Ali. Su tono de voz se había hecho un poco más agudo y se había apoyado sobre el borde de la mesa.

Frank la miró unos instantes, arrugando el entrecejo. Hasta que comprendió.

—Lo conoces, ¿no es cierto? Claro, es ruso, como tú eres medio rusa.

Con reticencia, Ali movió la cabeza de manera afirmativa una sola vez.

—Lo conozco. Era amigo de mi abuelo. Es un miembro de la comunidad de la que te hablé cuando me llevaste a Boston.

Sintiéndose incómodo de repente, Frank se retrepó en su asiento.

—Ya veo. Bien, puede que no haya debido contarte esto.

La expresión de Ali cambió de repente; sus ojos se abrieron de manera algo desorbitada y enderezó los hombros.

—No, no. No pasa nada. Ya no tengo relación con Kozlov salvo cuando lo veo en las reuniones. Incluso en esos momentos se trata de un saludo afectuoso, pero poco más. Perdí toda relación con él conforme fui creciendo y mi abuelo ya no estuvo. Sin embargo, sí soy amiga de Sergei, el ayudante de Iván. Bueno, no podría catalogarlo como amigo, como lo soy de Jim, o de Sean. Digamos que es un viejo conocido y que nos tratamos con afecto cuando nos encontramos.

Frank se apresuró a hablar.

—Pero...

—No voy a decirle nada, puedes estar tranquilo. Me has contado esto en confianza, y va a quedar entre tú y yo. ¿Te vale?

Después de unos segundos y de observarla con atención, Frank asintió. Había algo en los ojos de Ali, y en la manera en que lo miraba, que lo empujaban a creerle.

—Me vale.

Frank notó cómo ella se relajaba ante su mirada. Volvió a reclinarsse en el asiento, cambiando ligeramente la posición.

—¿Has decidido entonces qué vas a hacer?

—No, aún no. Estoy hecho un lío —le confesó, sintiéndose bien por poder contarle a alguien cómo se sentía con todo aquel asunto—. Mi cabeza me dice que venda, pero mi corazón me dice que no lo haga.

Pepper decidió buscar en ese momento los mimos de Ali. Se acercó hasta ella y dejó caer su cabeza en el regazo de la mujer. Ali lo acarició con cariño

entre las orejas y Frank pudo escuchar un leve gruñido de satisfacción.

—Es una decisión difícil —dijo sin levantar la mirada del perro.

—Le he dicho a Kozlov que necesito un par de semanas para pensármelo. Espero tener una respuesta para entonces.

Durante unos instantes ambos se mantuvieron en silencio; ella con su atención fijada en Pepper, y él evitando mirarla pero fracasando estrepitosamente cuando sus ojos, sin querer, volvían una y otra vez hacia Ali.

—Tal vez debemos dejar ese tema y pasar a algo más neutral y más agradable, ¿te parece? —Ella levantó la vista en ese preciso momento y sus miradas se encontraron.

Por unos brevísimos instantes Frank creyó que los dos estaban solos en esa inmensa terraza. Dejó de escuchar el alboroto de las demás personas que ocupaban las mesas cercanas; tampoco advirtió el sonido del tráfico que transcurría por el paseo marítimo, ni los graznidos de las gaviotas que, en ocasiones, pasaban sobre las sombrillas. Tan solo fue consciente de la mujer que estaba sentada a su lado y de cómo su cuerpo reaccionaba de inmediato cada vez que ella lo miraba; de su propia respiración entrecortada y del bombeo del corazón dentro de su pecho.

Hacía mucho tiempo que ninguna mujer lo dejaba de aquella manera, sin aire en los pulmones y con la boca reseca. Intentó ponerle remedio, respirando lentamente, buscando algún sonido en su garganta que se correspondiera a una palabra coherente. Tardó un par de segundos más en dar con ella.

—Me parece bien. ¿Como qué?

Ali frunció los labios con una graciosa mueca.

—Les caíste muy bien a Sean y a Jimmy —dijo ella—. Se rieron mucho contigo.

—El sentimiento es mutuo. Son dos buenos tipos —se apresuró él a contestar. No era una simple frase de cortesía, era la pura realidad. Los compañeros de Ali eran divertidos y simpáticos y le habían hecho pasar un rato muy agradable, a pesar de que casi no lo conocían de nada.

—Sí. Te aseguro que lo son.

El incómodo ambiente que se había creado cuando salió a relucir el nombre de Kozlov se vio reemplazado por otro más distendido cuando el tema de conversación cambió a los amigos y compañeros de Ali. No habían tenido tiempo de intercambiar impresiones de la improvisada cita del domingo anterior, aunque Frank no sabía si referirse a ella como cita.

Continuaron charlando un rato más, con Pepper echado a los pies de Ali, dormitando a la sombra. Frank no se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado hasta que vio a Ali mirar su reloj de muñeca.

—¿Quieres que nos marchemos? —le preguntó, esperando que ella le dijera que no, que podían quedarse un poco más, que tenía un rato más para estar allí, con ella.

Ali torció el gesto, contrariada.

—Sé que Sean me ha dicho que no tenga prisa por volver, pero no me siento bien dejándolo solo con todo el trabajo. Y, además, sé que la agenda está repleta de pacientes.

Frank colocó ambas manos en los reposabrazos de su asiento.

—Claro, te entiendo.

Se levantaron a la vez. Pepper lo hizo de inmediato cuando vio que las dos personas se disponían a marcharse. Con tranquilidad abandonaron la terraza y emprendieron camino hacia la clínica.

Frank se detuvo en los escalones de la entrada, con Pepper pegado a sus piernas. Ali se adelantó sin decirle una palabra.

—Bien, ha sido muy agradable, pero tengo que marcharme ya. —Frank intentó que su voz sonara despreocupada y alegre, pero lo cierto era que no quería marcharse. Debía, sí, pero no quería.

Antes de que abriera la puerta, la mujer se giró para mirarlo.

—¿No venías a ver a los cachorros de Cinnamon antes de que me encontraras sentada ahí? —preguntó mientras señalaba con la cabeza hacia el

parterre. Una sonrisa contenida apareció en el bello rostro de la mujer y su mirada adquirió un brillo especial.

Los ojos de Frank se abrieron como platos cuando entendió que había olvidado por completo a los perritos.

—¡Claro, sí!

Los labios de ella se curvaron un poco más antes de pasar al interior de la clínica.

Frank la siguió en silencio, traspasando puertas y pasillos como si los conociera de toda la vida. Atravesaron la sala de curas, en donde había dado a luz Cinnamon, para pasar a continuación a la sala en donde se encontraban las jaulas.

Al fondo, dentro de un pequeño corral habilitado, estaba la perra con sus tres cachorros. Frank se acercó hasta ellos y los miró, complacido. Los pequeños habían crecido en aquellos pocos días. El color del pelaje había cambiado, tornándose más claro en todos ellos. Ahora se podían mover con un poco más de soltura, pero sus movimientos casi se restringían a arrastrar sus barriguitas cerca de su madre y agarrarse al pezón más cercano para succionar con fuerza, o emitir pequeños quejidos y gruñidos cuando no lo lograban.

Frank dejó que Pepper se acercara a ellos a través del metal del cercado. Olisqueó a los perritos desde el exterior y levantó la mirada hacia Frank.

—Sí, son bonitos, lo sé. Eres un padre orgulloso.

Giró la cabeza hacia Ali cuando la oyó reprimir una risa. Ambos se miraron durante unos instantes antes de que ella señalara con su cabeza hacia los animales.

—Les está yendo muy bien. Van a ser unos perros muy bonitos.

Con un movimiento casi automático, sin mirar a los pequeños y a su madre, Frank asintió. Lo cierto era que él estaba allí no por ellos, sino por esa encantadora mujer que lo hacía sonreír una y otra vez.

«Tal vez sea el momento de llamar a cada cosa por su nombre y de poner las cartas sobre la mesa», pensó.

No quería ir cada día allí con el pretexto de ver a los animalitos. Eran graciosos, sí, y adorables, y le importaba su bienestar, pero deseaba ir sin poner ninguna excusa. Envalentonado, se giró hacia Ali, que miraba a su vez a los cachorros.

—Ali.

Ella giró la cabeza hacia él.

—Dime.

Cuando intentó hablar, ningún sonido salió de su boca. Se limitó a abrir y cerrar los labios como un pez al que acaban de sacar del agua y sintiendo un nudo en el estómago.

—Creo... creo que ya te hemos entretenido lo suficiente. Pepper y yo nos marchamos —dijo cuando fue capaz de articular palabra. Y acto seguido se maldijo en silencio por su cobardía.

Con una expresión incierta, que borró cualquier atisbo de sonrisa que hasta ese momento había tenido, Ali asintió con pesar.

—Claro.

Frank se giró, tirando suavemente de la correa de Pepper.

—¿Volveréis mañana a ver a los cachorros? —preguntó Ali antes de que él emprendiera camino.

—Si quieres que vuelva..., volveremos. Estaremos encantados de hacerlo, ¿verdad, Pepper? —El perro ladró una única vez en respuesta.

Antes de que llegara a la puerta que separaba esa habitación de la sala de curas, la voz de Ali lo detuvo.

—Frank.

Él se giró por completo para enfrentarla.

—¿Sí?

Ali redujo de inmediato a un par de pasos la distancia que los separaba. La mujer lo miró fijamente, con la barbilla levantada y un ligero rubor en sus mejillas que a Frank le pareció lo más adorable y hermoso del mundo.

—¿Y si te pido que vengas, pero no precisamente a ver a los cachorros? —

quiso saber ella, con los ojos verdes clavados en él—. ¿Vendrías?

La frase lo dejó sin aliento. Porque eso era justamente lo que había querido decirle desde que entendió que tenía que marcharse por ese día: que volvería para verla a ella, sin excusas ni pretextos.

Sin poder, ni querer, dejar de mirarla a los ojos, Frank sonrió.

—Lo haría, sí.

La respuesta pareció complacer a Ali, pues una sonrisa, aún más amplia y resplandeciente, apareció en su hermoso rostro.

—Me alegro.

La mente de Frank intentó obligar a sus piernas a ponerse en marcha de nuevo, pero estas parecían tener otra opinión, y se mantuvieron ancladas al suelo, sin moverse ni un ápice.

«¿Qué cojones hago ahora? ¿Le doy un beso o qué?», porque eso era lo que estaba deseando hacer, acunar su rostro entre sus manos y besarla hasta que los dos se quedaran sin aliento. Pero, en contra de sus deseos, se vio dando un par de pasos hacia atrás, alejándose de ella.

—Hasta mañana —se despidió, intentando prolongar su visión hasta el último segundo disponible.

—Adiós. Hasta mañana —le correspondió ella, y Frank giró sobre sus talones para abandonar la sala.

«Tú eres tonto, chaval», se dijo a sí mismo en voz baja cuando traspasó la puerta de la clínica en dirección a su casa sin haberla besado. «Tonto de remate».

CAPÍTULO 13

Ali fue incapaz de levantarse de la cama el lunes por la mañana.

Había dormido muy mal y, cuando se despertó e intentó poner los pies en el suelo, todo le dio vueltas. Un escalofrío recorrió su espina dorsal de arriba abajo, haciéndola tiritar. Por unos momentos pensó que estaban en pleno mes de enero y no en el caluroso julio. Entonces se dio cuenta de que le dolía la garganta como si, durante el sueño, se hubiese tragado un cristal. Se palpó el cuello y notó la inflamación bajo las yemas de sus dedos.

—¡Mierda! —intentó articular, pero la voz le falló y solo pudo escuchar una especie de graznido. Sintió un nuevo pinchazo que le hizo cerrar los ojos y componer una mueca de dolor.

Con reticencia se tocó la frente y la notó ardiendo al tacto. No necesitaba ponerse el termómetro para saber que rondaría los 39 grados de fiebre.

Miró su teléfono móvil. Faltaban diez minutos para las ocho de la mañana, la hora en que debía levantarse para ir a trabajar a la clínica. Pero, sintiéndose como se sentía, no iba a poder hacerlo. Pulsó el botón del WhatsApp y buscó el icono de contacto de Sean.

Tengo fiebre y me duele un horror la garganta. Me temo que no voy a poder ir a trabajar hoy.

Se tumbó bocarriba en la cama. Intentó tragar saliva, pero era como si tuviera cientos de pequeñas agujas clavadas en la garganta. Cerró los ojos con fuerza y tomó aire. Fue entonces cuando oyó el inequívoco tintineo que le indicaba que su interlocutor había respondido a su mensaje.

No te preocupes. Cuidate y llama al médico. Te queremos.

El siguiente mensaje que le llegó fueron un montón de pequeños dibujos de besos y corazones rosas.

Los labios de Ali apenas pudieron esbozar una sonrisa.

Me cuidaré. Tomaré algo y veré si mejoro. Si no es así, iré al médico. Yo

también os quiero.

Dejó sobre la mesilla el teléfono y se levantó de la cama para arrastrarse hasta el baño. Los pies le pesaban, al igual que los brazos y la cabeza. Cuando llegó encendió la luz, y con un gesto involuntario torció la cabeza. La claridad de la bombilla le molestaba en las pupilas. Con los ojos llorosos y medio entornados se acercó hasta el pequeño estante escondido tras el espejo y cogió un bote de analgésicos. Se tomó dos pastillas con un poco de agua que le costó la vida tragar y volvió a la cama para sentarse en el borde del colchón.

Se retiró con desgana el pelo de su rostro, resoplando y cansada como si hubiera corrido la maratón de Nueva York. No se sentía con fuerzas ni para acometer esa pequeña faena. Era como si le hubiesen puesto dos pesas en los codos, que tiraban irremediabilmente de sus brazos hacia abajo.

Fue entonces cuando su gata apareció, ronroneando. Saltó al colchón como salida de la nada. Se acercó a ella y se frotó contra su brazo.

—Ahora no tengo ganas de darte mimos, Blue —le dijo mientras giraba la cabeza para mirarla—. Me siento fatal. ¿Me dejas dormir un ratito más?

El animal maulló y levantó la mirada para clavar sus ojos azules en Ali. Sin esperarla saltó a sus piernas, se irguió sobre las patas traseras y se apoyó en ella, rascando su peluda y suave cabeza contra su mandíbula. Haciendo un esfuerzo, Ali le pasó la mano por el lomo.

—Estoy medio muerta, en serio. Déjame morir en paz —lloriqueó de manera fingida, esperando que así el animal tuviese piedad de ella y la dejase cerrar los ojos un rato más. Pero no fue así; la gata bajó sus patas y rascó su cuerpo contra su barriga.

Ali necesitaba dormir más que nada, así que, si quería conseguir meterse en la cama, tenía que tratar de que Bluebell la dejara descansar.

—Si te doy de comer, ¿me dejarás tranquila? —le dijo casi susurrando, porque tampoco se sentía capaz de alzar más la voz.

Como si la hubiese comprendido, la gata saltó al suelo y salió de la habitación con paso rápido y la cola en alto.

Ali asintió al ver cómo su mascota se marchaba, con total seguridad, hacia

el lugar en donde tenía su comedero.

—Bien, parece que voy a tener que darte tu desayuno si quiero regresar a la cama.

Llegar hasta la cocina le pareció una odisea porque, a cada paso que daba, una parte nueva de su cuerpo se resentía. Cuando logró hacerlo, alcanzó una lata de comida, la abrió y la vació en el cuenco mientras Bluebell se restregaba contra sus tobillos, complacida con las atenciones de su ama. Apenas había terminado de servirle y de poner el comedero en el suelo, la gata atacó la comida sin demora.

—Ahí tienes para un ratito —le dijo, sintiendo que el escozor de la garganta le hacía saltar las lágrimas—. Me vuelvo a la cama.

Ali llegó al dormitorio a duras penas, tiritando de frío y con la cabeza a punto de estallarle de dolor. Se metió bajo las sábanas, subió el edredón que tenía a los pies del colchón y se arrebujó bajo él. Un segundo después estaba de nuevo dormida.

El sonido de su teléfono móvil la hizo saltar de la cama. Levantó la cabeza, con el pelo enredado y pegado a la frente por el sudor. Sentía los párpados pesados e hinchados y un dolor constante y agudo en la garganta. Alargó la mano para tomar el móvil.

—¿Hola? —respondió sin haberse fijado en quién la llamaba.

—¿Ali? —preguntó una voz masculina que enseguida reconoció como la de Sean—. ¿Eres tú?

Ali giró los ojos hacia el techo. Se tumbó bocarriba en la cama y se quitó el pelo de la cara.

—¿Quién va a contestar mi teléfono si no soy yo?

—¿Quieres que te sea sincero? Pensé que eras Bonnie Tyler.

Los labios de Ali se curvaron con una mueca.

—Muy gracioso, Sean. Se te está pegando el sentido del humor de tu novio.

Oyó a su compañero reírse con ganas al otro lado de la línea. Y ella, sin

poder evitarlo, tuvo que esbozar una sonrisa también.

—Venga, ahora en serio, ¿cómo te encuentras?

Un bufido salió de los labios de Ali.

—He estado durmiendo todo el día. Estoy empapada en sudor por la fiebre y me duele la garganta como si me hubiese tragado un trozo de carbón encendido.

—¿Has tomado algo? —le preguntó Sean con manifiesto interés después de las pequeñas bromas que habían compartido.

—Sí. Un par de antiinflamatorios. Pero creo que no han hecho nada.

—Si tienes mucha fiebre, seguro que tienes infección. Vas a tener que ir al médico a que te receten un antibiótico.

Ali sabía que iba a tener que hacerlo. Si con los antiinflamatorios y los analgésicos el dolor no había disminuido, iba a necesitar algo más efectivo.

—Iré mañana por la mañana. Ahora mismo lo que necesito es una ducha y seguir durmiendo otras diez horas.

—¿Quieres que vaya contigo? Puedo pedirle a Jimmy que se haga cargo...

Arrugó el entrecejo para mirar la pantalla con extrañeza.

—Te lo agradezco mucho, papá, pero no hace falta.

—No seas tonta, Ali. Puedo ir contigo si lo necesitas.

Ali exhaló el aire de sus pulmones con exageración.

—Ya sé que vendrías conmigo si lo necesito, y te lo agradezco de todo corazón, de verdad. Pero puedo ir sola sin problemas. Gracias de todas maneras por el ofrecimiento.

—Muy bien, como tú quieras—se apresuró a contestar su amigo—. Te llamaré mañana a ver cómo sigues. Cuídate.

Sin reservas, Ali asintió.

—Lo haré. Hasta mañana. —Y colgó la llamada.

Sintiéndose débil y cansada, a pesar de todas las horas que había dormido, se levantó de la cama dispuesta a comprobar si una ducha caliente la hacía sentirse un poco mejor.

Amigdalitis.

Ese había sido el diagnóstico que le había dado el médico en cuanto ella abrió la boca tal y como le pidió. El hombre, sin apenas dirigirle una segunda mirada, le recetó un analgésico para el dolor y un antibiótico que debía tomarse tres veces al día. Con el papel en la mano, Ali salió de la consulta para ir a buscar ambos medicamentos.

Aún seguía doliéndole todo. Había pasado la noche despertándose cada tanto, sintiendo un frío aterrador, que la hacía taparse inmediatamente hasta las orejas y arrebujarse bajo capas y capas de ropa para, a los pocos minutos, sentir un calor extremo, que la llevaba a destaparse por completo. Hasta que volvía a sentir frío. Y así una y otra vez durante toda la noche.

En cuanto llegó a su casa tomó lo que le había recetado el médico, se deshizo de los pantalones y la camiseta, y se colocó unos más cómodos antes de tumbarse en el sofá. Al minuto, Bluebell saltó junto a ella para restregarse contra su costado.

—Hola, chica —la saludó acariciándola entre las orejas, gesto que el animal agradeció con un largo ronroneo y sentándose en su regazo.

Ali sonrió. Le gustaba la compañía de su gata. No era exigente, salvo en contadas ocasiones, y siempre podía contar con ella cuando necesitaba que le levantaran el ánimo. Como en ese instante.

El animal se tumbó y cerró los ojos. Ali la miró por unos momentos.

—Creo que yo voy a hacer lo mismo.

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre el respaldo del sofá, y se quedó dormida.

Odiaba que fuera el timbre del teléfono lo que la despertara. Pero, tal y como se sentía, no creía que hubiera otra manera de hacerlo. Si no fuera por las llamadas de Sean —porque estaba completamente segura de que era él—, Ali sabía que habría empalmado el día con la noche.

Levantó un párpado y luego el otro para fijar la mirada en el aparato, que

había dejado sobre la mesa de café. Bluebell saltó al suelo con agilidad, y sin hacer ningún ruido se perdió en dirección a la cocina. Agarrando el móvil, Ali contestó.

—Hola, Sean —dijo a modo de saludo antes de que el hombre hiciera lo propio.

—¿Cómo te encuentras hoy? ¿Has ido al médico?

Ella asintió mientras se retiraba un par de mechones de la mejilla.

—Amigdalitis. ¿Te lo puedes creer? No tengo amigdalitis desde que tenía... no sé, ¿diez años?

—Por esto tenías esa fiebre —le contestó su amigo afectuosamente—. ¿Has comenzado con el tratamiento?

—Sí. En cuanto llegué a casa. Espero que me haga efecto lo antes posible. No me gusta faltar tanto al trabajo.

—Por eso no te preocupes —se apresuró a contestar Sean—. Jimmy y yo lo tenemos todo bajo control.

Ali sonrió. Por supuesto que tenían todo bajo control. Ambos eran dos personas muy capaces, a los que no les asustaba el trabajo duro y que no les importaba cubrirle la espalda cuando había necesidad de ello.

—Gracias, Sean.

—Oye, como te conozco quiero saber una cosa: ¿desde cuándo no comes algo? —le preguntó, tomándola por sorpresa.

No supo qué contestarle y su amigo se apresuró a intervenir de nuevo.

—¿Ves cómo te conozco, Aliena Ruslan? Dime, ¿cuándo ha sido la última vez que has comido?

Ali torció el gesto y se encogió de hombros.

—¿Las galletas y la leche de ayer por la tarde cuentan?

—No, no cuenta. Me refiero a una comida de verdad —dijo con un tono de voz más duro y cortante de lo que era habitual en él.

Antes de que pudiera responder, al otro lado de la línea Ali oyó un pequeño cuchicheo que no supo identificar. Un segundo después, volvió a oír a Sean.

—¿Ali? ¿Sigues ahí?

—Claro que sigo aquí. Eres tú el que te has entretenido con algo.

—Eh... sí, sí, cierto. Frank acaba de llegar y ha preguntado por ti y le he dicho que estabas en casa, enferma.

Oír el nombre de Frank hizo que Ali se quedase sin respiración por unos momentos. Se incorporó en el asiento, como si con ese gesto pudiese ver a través de la pequeña pantalla de su móvil lo que ocurría al otro lado.

—O sea, que no has comido desde... ¿hace dos días? ¿Antes de que te pusieras mala? Bien —continuó Sean, con el tono de mando tan característico que usaba cuando tomaba las riendas—. Bien, voy a llegarme por tu casa a la hora del almuerzo y te llevaré algo de comer, ¿de acuerdo? Y no se te ocurra decirme que no, o estaré llamando al timbre hasta que me abras.

Ali sabía que cuando su amigo se ponía en modo sargento de marines — como ella solía llamarlo— era mejor hacerle caso. Además, sabía que con los medicamentos que estaba tomando, era mejor tener algo sólido en el estómago si no quería acabar con un principio de úlcera. Sin remedio, Ali asintió.

—Está bien.

—Vaya —prorrumpió Sean de inmediato, acompañado de un chasquido de su lengua—, me había olvidado de que tengo la hora del almuerzo comprometida con un paciente y necesitaré la ayuda de Jimmy. Le diré a Frank que se acerque él. Te parece bien, ¿verdad? Besos y cuídate.

Y todo lo que Ali pudo escuchar fue el sonido inequívoco de haberse cortado la comunicación. Se quedó con el teléfono pegado a la oreja, sin pestañear y sin saber bien qué hacer. Despacio, lo separó de su oído y lo miró como si la hubiese agraviado en lo más profundo.

—¿Y esto? —le dijo al mudo aparato que tenía aún en su mano—. ¿Que no ibas a hacer de casamentero, Sean? ¡No, claro que no! ¿Cómo llamas tú a esto, eh?

Pero el *agravio*, si en realidad podía denominarlo así, duró el tiempo que tardó una sonrisa en aparecer en sus labios. Dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá, sonriendo como una estúpida. No sabía bien qué haría

cuando volviera a ver a Sean: si darle una colleja por metomentodo o un beso por eso mismo.

Aún no se había borrado la sonrisa de su rostro cuando el aparato volvió a sonar, haciendo que diera un respingo en el sofá. Contestó de inmediato, llevándose el teléfono al oído de un rápido movimiento.

—Sean, en serio...

—Hola, Ali. Soy Frank.

El sonido de la voz del hombre la dejó muda de repente y con los ojos abiertos como platos.

—¡Auch! —se quejó en voz alta, y de manera involuntaria, cuando sintió un fuerte pinchazo en la cabeza, provocado por el brusco movimiento.

—¿Ali? ¿Te encuentras bien? —escuchó preguntar a Frank con preocupación.

Ella negó despacio con un gesto mientras apretaba los dientes.

—No, nada, solo que me duele la cabeza —le respondió con la voz ronca—. Hola, Frank.

—Iba a preguntarte cómo te encontrabas, pero ya oigo que no estás demasiado bien.

Ali se tumbó lentamente, con la sien aun palpitándole.

—He estado mejor —le respondió.

—Así que amigdalitis, ¿no?

—Sí. Y es un asco. Me duele la garganta y todo el cuerpo. —Ali torció el gesto y se encogió de hombros—. Parezco una quejica, ¿no es cierto?

Escuchó una ligera risa al otro lado que la hizo dejar de respirar por un breve instante, tan solo imaginando cómo luciría esa sonrisa en los labios de Frank, cómo se le iluminarían los ojos y las pequeñas arrugas que debían de haberse formado alrededor de estos.

—No, nada de eso. Tienes todo el derecho a quejarte si te encuentras mal.

—Gracias —respondió ella unos segundos después.

Un breve silencio se apoderó de la línea hasta que Frank le puso fin.

—Oye, Sean me ha dicho que no has comido nada desde ayer, y que él iba a pasarse por tu casa para llevarte algo, pero que tiene un compromiso y no puede ir. Me ha preguntado si yo podría ir en su lugar. Puedo ir, por supuesto, pero ¿te importa a ti que vaya yo en lugar de Sean?

—¡No, claro que no! —contestó Ali de inmediato. Apretó los labios con fuerza, porque tal vez había respondido con demasiada rapidez—. ¿Por qué debería importarme?

El hombre tardó un poco en contestar.

—Estupendo.

La voz seria y algo grave de Frank le acarició el oído. Ali cerró los ojos un segundo, para recrearse en ella. Notó cómo el aire se había quedado atascado en sus pulmones y, de repente, sintió la boca seca. Intentó tragar y un fuerte pinchazo le atravesó la garganta de parte a parte. Ali gimió por lo bajo ante ese súbito dolor.

—¿Te ocurre algo?

De manera instintiva, Ali se cubrió el cuello con la mano libre.

—La garganta. Me está matando.

—Algo caliente te irá bien. Te gusta la sopa, ¿verdad?

—Si no tengo más remedio que tomarla, la tomaré.

—Bueno, si no te gusta, puedo...

Ali lo interrumpió antes de que terminara su frase.

—Era broma. Sí, sí que me gusta. No es mi plato preferido, pero no creo ser capaz de tomar algo más sólido.

—Muy bien. Porque no tengo ni idea de cómo se cocina o qué lleva, pero sí que soy capaz de conseguir la mejor que hayas probado nunca y que te hará cambiar de opinión con respecto a que sea tu plato favorito. En un rato estaré por allí —oyó decir al hombre.

Ali sonrió abiertamente. Se incorporó sobre un codo, alejando de su rostro un mechón de pelo.

—¿Te ha dado Sean mi dirección?

—Sí, no te preocupes por nada —se apresuró él a contestar—. Tú descansa hasta que yo llegue con la comida, ¿de acuerdo?

Sin pensarlo dos veces, Ali asintió.

—De acuerdo.

—Nos vemos en un rato. —Y colgó la llamada.

Ali tardó unos segundos en dejar el teléfono en la mesa de café. Se mordisqueó el labio inferior, pensativa. No podía decir que no le agradara la visita de Frank porque no sería verdad. Bien era cierto que ella no estaba en ese momento para recibir ninguna: aún tenía fiebre, se sentía cansada y con ganas de seguir durmiendo. Sean había tenido razón cuando le había dicho que debía comer algo que no fueran unas simples galletas, y tomar algo de comida caliente le sentaría bien. Pero, de todo eso, lo que más le apetecía era volver a ver a Frank.

Una nueva sonrisa regresó a sus labios cuando pensó en él. Le apetecía mucho verlo y charlar, aunque tuviera que hacerlo por señas porque su garganta aún le siguiera doliendo. Por suerte se sentía mejor que horas atrás. La medicina que se había tomado cuando llegó debía de haber comenzado a hacer ya efecto. Ali cerró los ojos y se permitió relajar su mente, sintiendo como su cuerpo se rendía al cansancio.

«Me levantaré en un momento. Solo un rato más».

Unos golpes en la puerta la despertaron de sopetón. Ali se incorporó de un salto en el sofá con los ojos desorbitados y el corazón latiéndole a mil por hora en el pecho. Sin pretenderlo se había quedado dormida. Se pasó la mano por el rostro y luego por el pelo, intentando de esa manera tan torpe poner algo de orden en su melena.

—¿Ali? Soy Frank —lo oyó decir al otro lado de la puerta.

Escuchar esa voz no ayudó a que su corazón volviera a su ritmo normal. Bajó las piernas del sofá y se encaminó hacia la entrada de su apartamento con paso vacilante. Abrió la puerta para encontrarlo allí, parado a un par de

metros, con dos bolsas de papel en las manos y su preciosa sonrisa prendida de sus labios.

—Traigo el almuerzo —le dijo mientras levantaba ambas bolsas y se las tendía. Ali las recibió con agradecimiento.

—Muchas gracias, Frank, en serio. Eres muy amable. —Dio un paso hacia atrás para permitir así que él pudiera pasar—. Entra, por favor.

El rostro del hombre se ensombreció un poco.

—Creo que sería mejor que me marche. Debes comer y seguir descansando. Lo último que necesitas ahora es tener que aguantar una visita.

La respuesta la tomó por sorpresa.

—No estoy tan mal como aparento —afirmó Ali—. Puedo soportar *una visita* sin problemas.

Frank sonrió nuevamente.

—Lo siento, pero no me engañas. Tienes fiebre, ¿no es así?

Ali resopló con fuerza mientras sus hombros se vencían sin remedio. Sentía las mejillas ardiendo y los ojos llorosos, así que estaba segura de que su estado era bastante evidente.

—No tiene sentido que lo niegue, ¿verdad?

—No, no lo tiene —respondió Frank con ternura—. ¿Has ido al médico? ¿Te han recetado algo?

—Sí —respondió Ali—. Y espero que me haga efecto pronto porque estoy cansada de sentirme como si un camión me hubiese pasado por encima.

—Pues vuelve dentro y descansa. Pero antes tómate la sopa. Sean me ha advertido de que te podrías resistir a comer y que me asegurara de que lo hagas. Pero creo que no voy a hacerle caso. Ya eres mayorcita para que tú decidas que es lo mejor para ti.

La mirada de Frank descansaba en ella, tranquila pero teñida de una preocupación que la conmovió. Incapaz de dejar de mirarlo a su vez, Ali terminó asintiendo con reticencia.

—Sí, me tomaré la sopa, descuida.

Ali no supo si el haberse quedado en ese momento sin respiración fue producto de su enfermedad o fue culpa de la devastadora sonrisa que apareció en los labios del hombre. Por fortuna para ella, antes de que el silencio se prolongara un poco más y los hiciera sentir incómodos a ambos, Frank volvió a hablar.

—Si te parece bien, volveré mañana y veremos si te encuentras más repuesta, ¿de acuerdo?

Sintiéndose en parte decepcionada porque había esperado que él se quedara un poco más, pero entendiendo que no estaba en condiciones, Ali asintió mientras sostenía con fuerza las dos bolsas de papel.

—Está bien.

—Descansa y mejórate —le dijo Frank antes de dar un paso atrás—. Hasta mañana.

Ali lo vio marchar pasillo abajo antes de retirarse al interior de su apartamento y cerrar la puerta tras de sí.

Con paso fatigado volvió al sofá. El simple gesto de ir hasta la puerta y regresar la había agotado. Se sentía débil y, pese a que la presencia de Frank le había alegrado el momento, el cansancio podía más que cualquier otra cosa. Depositó las dos bolsas sobre la mesa y dejó caer su peso en el cojín del sofá para buscar la ligera manta con la que se había estado tapando y cerrar momentáneamente los ojos. Un segundo después, el rugido de su estómago le recordó lo que Frank le había traído.

Incorporándose, Ali sacó de una de las bolsas un recipiente térmico, que debía de contener la sopa. Intrigada, abrió la otra para encontrar una porción de tarta de manzana dentro de otro recipiente. Sin dejar de sonreír, fue hasta la cocina, tomó un juego de cubiertos y volvió a sentarse en el sofá.

El aroma que llegó a su nariz al destapar el envase le hizo cerrar los ojos de puro deleite. Sintiéndose más animada comenzó a dar buena cuenta del contenido del cuenco.

Cuando acabó miró el trozo de tarta y convino que lo dejaría para esa tarde. Se sentía incapaz de dar un bocado más. Se tomaría las medicinas y

regresaría a la cama a descansar de nuevo.

Al día siguiente, Ali se encontró mejor. Después de la comida del día anterior y del posterior descanso, sintió que su salud había mejorado bastante.

La garganta aún le seguía doliendo, sobre todo cuando tragaba, pero ya no sentía la imperiosa necesidad de estar en la cama, durmiendo hora tras hora. La medicación le había ido bien, y la fiebre había remitido hasta casi desaparecer. Incluso pudo ordenar un poco el apartamento, hasta que su estado le dijo que ya era suficiente con las labores del hogar y tuvo que sentarse en el sofá a descansar. Sabía que ese ligero malestar aún le iba a durar un par de días, pero estaba contenta con cómo había mejorado en tan corto espacio de tiempo.

Miró el reloj que tenía colgado en la sala. Frank le había dicho que volvería ese día, y ella ya lo estaba esperando. Pasaban unos minutos de las doce de la mañana cuando un golpeteo en la puerta le arrancó una sonrisa. Se dirigió hacia la entrada y abrió sin preguntar quién era. «¿Arriesgado? Tal vez» pensó, pero ella ya intuía quién estaba del otro lado.

No se había equivocado. Frank la saludó con un gesto de cabeza y una amplia sonrisa que iluminó sus ojos claros.

—No hace falta que te pregunte cómo te encuentras porque veo que estás mucho mejor —le dijo a modo de saludo.

Con un pequeño cabeceo, Ali asintió.

—Estoy mucho mejor, sí, muchas gracias. Pasa, por favor.

El hombre entró tras ella y cerró la puerta.

—Sean me llamó ayer para preguntarme si te habías comido todo el almuerzo. Le dije que sí, que lo habías hecho. ¿Voy a tener que pedirle disculpas por haberle mentado?

Ali se detuvo cerca del sofá para girarse sobre sus talones y enfrentar al hombre.

—No, no vas a tener que disculparte. ¿Sabes una cosa? Generalmente, Sean

lleva razón: suelo ser bastante tozuda con la comida y, si no tengo ganas, no como por mucho que me insistan. Pero sí le hice caso... os hice caso y me comí la sopa. Y tengo que decir que, desde que me la tomé, mi apetito parece que ha regresado.

Frank bajó la cabeza, escondiendo una mueca divertida que fastidió a Ali por ocultársela en parte.

—¿Te gustó?

Ali se sentó en el sofá y apartó la ligera manta que había estado utilizando.

—Mucho. Tenías razón cuando me dijiste que podría llegar a convertirse en mi nuevo plato favorito.

—Me alegro —aseguró él, sentándose a su lado—. Entonces, veamos, ¿te apetece de nuevo sopa? Parece que te sentó bien.

Ali arrugó la nariz con un gracioso gesto.

—Aunque estaba riquísima, si tengo que ser sincera sobre qué me apetece, ¿qué tal una hamburguesa? —preguntó ella, para añadir rápidamente—: Pero solo aceptaré que vayas a buscar una si te quedas a almorzar conmigo.

Su propuesta pareció tomar al hombre por sorpresa. Lo vio abrir la boca para a continuación cerrarla de nuevo sin emitir ni un solo sonido. Un segundo después, en sus labios aparecía una ligera mueca que dio paso a una sonrisa.

—Está bien.

Esas dos palabras alegraron a Ali más de lo que en un primer momento había imaginado. Le gustaba la compañía de Frank y se sentía cómoda con él. Y quería averiguar a qué se debía que su corazón latiera de esa manera tan alocada dentro de su pecho, tal y como lo estaba haciendo desde el momento en que aceptó quedarse a comer con ella.

Frank se levantó, y ella lo imitó.

—Muy bien, hamburguesa entonces. ¿Con queso? ¿Con bacón? —le preguntó mientras se dirigía hacia la puerta.

—Con todo —le contestó ella—. Ahora mismo me comería una vaca.

Esa respuesta pareció divertir a Frank.

—De acuerdo, entonces. Con todo. Nos vemos en un rato.

Frank regresó apenas media hora después. Entre los dos dispusieron la comida en la pequeña mesa que había delante del sofá y comieron mientras mantenían una animada conversación sobre nada en particular. Lamentablemente, de vez en cuando, un ligero pinchazo la hacía callar y llevarse la mano a la garganta. Pero el malestar pasaba enseguida y continuaba dando buena cuenta de la apetitosa hamburguesa. Alguna que otra vez Ali se resistió a desviar su mirada del hombre que tenía sentado a su lado. Convino que él no debía de saber qué efecto producía su sonrisa en ella porque, de saberlo, habría dejado de sonreírle hacía ya un buen rato. Agradeció en silencio el estar ya sentada porque no tenía muy claro si sus rodillas hubiesen sido capaces de soportar el peso de su cuerpo. Sintiendo que se estaba poniendo ella sola en evidencia, Ali volcó su atención en la hamburguesa que tenía delante y pegó un nuevo bocado.

Lo cierto era que se sentía mucho mejor que horas atrás. Tal vez se debía a que esa era la primera comida sólida que ingería después de varios días y la estaba disfrutando como si fuera un manjar de dioses, aunque no fuera más que un simple trozo de carne picada entre dos porciones de pan.

Cuando terminó, y solo quedaron en el plato algunas migajas, se arrellanó en el sofá, con Frank sentado a su lado.

—¿Te apetece un café? ¿O té? —le preguntó.

Frank se removió incómodo.

—No te preocupes. Creo que debo marcharme ya.

Un sentimiento de decepción afloró en Ali y no pudo reprimir que se dejara ver en su rostro.

—¿Por qué? ¿Tienes algo que hacer? —preguntó casi sin pensar.

Frank negó con un único gesto.

—No... no. Pero creo que tienes que descansar.

Arrugando el entrecejo, Ali se sentó al borde del sofá.

—Hagamos un trato: tú haces el café, y yo me quedo aquí descansando. A cambio, te quedas un rato más, y vemos una peli. ¿Te parece?

Ali no supo qué le gustó más: si que él accediera a sus planes, o que lo hiciera sin dudar. Frank se levantó, recogió los bártulos usados durante el almuerzo y se perdió en la cocina. Ali aprovechó esos minutos que le brindaba, para ir al baño.

Cuando regresó, unos minutos después, Frank ya estaba en el salón. Una bandeja con dos tazas humeantes estaba dispuesta en la pequeña mesita delante del sofá. El hombre se encontraba de pie, delante de una de sus estanterías. Se giró en cuanto la oyó entrar en la habitación.

—Estaba mirando tus libros. Espero que no te importe.

Ali fue hasta el sofá, tomó la manta, subió las piernas y se tapó.

—No, claro que no.

Frank regresó la vista hacia los estantes repletos de libros. Lo vio tomar uno y girarse de nuevo hacia ella.

—¿Qué libro es este? —le preguntó Frank.

Apretando los labios al ver el libro que él había cogido, Ali respondió.

—*Ana Karenina*.

—¿Está en ruso? ¿De veras lo has leído en ruso?

Ali fijó su mirada en el grueso tomo. Torció el gesto y, despacio, negó con la cabeza.

—No, no lo he leído. A ver, podría hacerlo, claro, pero no lo hice. Fue... fue un regalo de mi abuelo, el último que me hizo antes de morir. Le dije que sí, que lo había leído, pero por aquel entonces no estaba muy interesada en la literatura rusa. Después... después de que él muriera ya no fui capaz de hacerlo —respondió sintiendo que su buen ánimo desaparecía por momentos.

Frank dejó el libro en su lugar y volvió la mirada hacia ella. El rostro de él también se había ensombrecido de repente.

—Siento haberte puesto triste. No quería...

Intentando restarle importancia, Ali se encogió de hombros.

—No sabías nada, no te preocupes.

Con dos largos pasos, Frank estuvo junto al sofá.

—¿No tienes más familia?

Ali negó con la cabeza.

—Mis padres murieron cuando yo era una niña. Un accidente de tráfico. Me criaron mis abuelos.

—Ali..., lo siento mucho —replicó Frank, visiblemente afectado por lo que ella le acababa de contar.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo. Mi abuelo me dejó cuando apenas había entrado a estudiar en la universidad. Así que no, no tengo más familia que aquellos dos —le dijo mientras señalaba con la cabeza una foto que descansaba en la estantería, cerca del libro que él había cogido. En ella se la podía ver junto a Sean y a Jimmy mientras los tres sonreían a la cámara.

Bluebell eligió ese momento para aparecer. Había estado escondida desde que Frank llegara con el almuerzo, pero parecía que había decidido que su ausencia se había prolongado ya demasiado y se subió al sofá de un salto para sentarse junto a Ali.

—Hola, cariño —murmuró en voz baja mientras le acariciaba la cabeza. La gata ronroneó y cerró los ojos, complacida.

Sin apartar a la gata, Ali miró a un lado y a otro; no tenía ni idea de dónde había dejado el mando a distancia. Rebuscó entre los cojines hasta que dio con él y lo dejó sobre la mesita que había delante del sofá.

—El café se enfría —oyó decir a Frank, que la miraba aún de pie—. ¿Lo tomas solo o quieres que traiga leche?

—Está bien así.

Antes de sentarse, Frank se quedó mirando al animal que ahora ocupaba el asiento junto a ella.

—Vaya, creo que no nos han presentado.

Ali sonrió, acariciando con una mano el lustroso lomo de pelo negro una y otra vez.

—Esta es Bluebell. Blue, saluda a Frank.

El hombre hizo un gesto con la cabeza y se sentó, a cierta distancia de ama y gata.

—Es muy bonita —le dijo. Extendió su mano y acarició la cabeza del animal, que movió el rabo con lentitud pero sin molestarse siquiera en mirar al intruso humano.

Frank sonrió antes de levantar su mirada para clavarla en Ali.

—¿Y bien? ¿Qué te apetece ver? ¿Qué pelis tienes por ahí? —quiso saber él mientras alcanzaba el mando a distancia.

Ali se encogió de hombros justo antes de tomar la taza entre sus manos. El calor la reconfortó, aunque ya no sentía el frío que había sentido el día anterior.

—No lo sé. Tengo Netflix, así que hay bastante donde elegir. Hazlo tú.

Frank encendió la televisión y buscó el canal. Ali lo observó por el rabillo del ojo: tenía toda su atención en la pantalla, concentrado en las carátulas de las películas que pasaban unas tras otras. Estaba sentado al borde del sofá, con los brazos apoyados sobre ambas rodillas, mostrándole ese tono de piel ligeramente bronceado de sus antebrazos y unos músculos definidos pero sin ser exagerados. Ali no sabía bien si la manera en que se peinaba, con el flequillo algo de punta y desordenado, era algo estudiado o no, pero le gustaba el efecto que producía en su imagen, al igual que el mentón algo oscurecido por la barba de un par de días. Tuvo que controlar el reflejo de alargar la mano y comprobar por ella misma si se trataba de un vello duro o si, por el contrario, le cosquillearía las yemas de sus dedos al pasarlos por su mejilla. Tomando aire, desvió la mirada de él, intentando dejar a un lado los derroteros por los que parecía querer perderse su mente.

Frank continuaba enfrascado en elegir una película. Lo oyó murmurar sobre alguna de ellas en particular, desestimando otras que, decía, ya había visto o no valían gran cosa. Hasta que llegó a una que pareció agradaarle. Giró la cabeza hacia ella para deleitarla con una sonrisa que la dejó sin aliento.

—¿Qué te parece *Los inmortales*?

Ali asintió sin pensar.

—No la he visto, así que me parece bien —dijo. Le habría dicho lo mismo aunque se tratara de la peor película de la historia del cine. Si Frank le iba a ofrecer una sonrisa idéntica cada vez que se entusiasmaba, bien podía hacer el sacrificio, pensó.

Arrellanándose en el sofá, Frank apuntó con el mando hacia el televisor.

—La vi hace un montón de años, cuando apenas era un adolescente. Me gustó mucho, y la banda sonora es una pasada, ya verás.

Ali se reclinó contra el apoyabrazos del sofá, subió las piernas sobre el asiento y se arrebujó bajo la manta, dispuesta a dejarse transportar hasta las Tierras Altas de Escocia.

Una suave caricia en la sien la espabiló para, a continuación, notar cómo la manta que la tapaba subía hasta su barbilla. Sintiéndose víctima de una modorra que no sabía de dónde había salido, abrió los ojos con lentitud para encontrar que Frank se había aproximado a ella y la estaba arrojando con cuidado. La miró fijamente y la dejó por unos momentos sin respiración.

Era algo extraño, pensó; los ojos del hombre, esa manera que tenía de observarla, como si quisiera mirar dentro de ella, no la hacía sentirse incómoda ni nerviosa. Tal vez era porque notaba que su mirada era auténtica y sin dobleces, sin sentidos ocultos. La mano masculina se quedó congelada, sujetando la manta, a unos pocos centímetros de su mejilla.

—Te has quedado dormida y pensé que volvías a tener fiebre —le dijo Frank con una voz ronca que sonaba a una disculpa—. Si quieres, puedo apagar la peli y marcharme, para que descanses.

—¡No! No tienes por qué marcharte —respondió ella, demasiado rápido incluso para sus propios oídos. Se llevó el dorso de la mano a la frente—. No tengo fiebre. Solo he dado una cabezada, eso es todo.

Tenía que admitir que le había costado seguir la trama. No porque fuera enrevesada o difícil de entender, no, sino porque se estaba aburriendo

sobremanera. Se debía de haber quedado dormida en algún momento de la primera mitad de la película, así que resolvió prestar un poco de más atención a lo que restaba.

Frank volvió a su lado del sofá y puso nuevamente distancia entre ellos. Ali respiró hondo y se arrebujó aún más en la manta, resignada a mirar a la pantalla.

La otra mitad de la película Ali se lo pasó acariciando a Blue con un movimiento casi mecánico y mirando de reojo a Frank, que descansaba la cabeza sobre el respaldo, con los brazos cruzados delante del pecho y mirando la televisión. Eso le permitió a Ali contemplarlo a su antojo y recrearse en cada pequeña arruga que se le formaba en la comisura del ojo cuando los entornaba, en la sombra de la barba y en el cuello descubierto. Era mucho más satisfactorio observarlo a él que mirar las imágenes que se sucedían en la película.

Estaba ensimismada con el estudio del hombre cuando Blue decidió que ya había tenido bastante de estar allí tumbada sin hacer nada. Se levantó con un caminar elegante y la cola en alto para aproximarse a Frank con cautela. Ali vio cómo el animal se acercaba a olisquearlo con interés para, a continuación, rozarse contra el brazo masculino, despacio, tentándolo y emitiendo un casi inaudible maullido que llamó la atención del hombre. Frank dirigió su mirada hacia el pequeño ser peludo que ahora tenía junto a él.

—Hey, hola —dijo acompañado de una sonrisa.

Blue no se amilanó. Con parsimonia pasó al regazo del hombre para sentarse, hecha un ovillo, sobre los muslos de Frank.

Ali se incorporó un poco hacia adelante.

—Blue, ven aquí —la llamó también con un tono de voz bajo y haciendo un aspaviento con la mano.

Frank hizo un movimiento con su cabeza, sin perder esa sonrisa que estaba resultando todo un problema para los nervios y el estómago de Ali.

—Déjala. No me molesta.

Su gata parecía que había encontrado su nuevo sitio predilecto: ahuecó el

lomo y se tumbó con tranquilidad, cerrando los ojos con aparente deleite. Ali se reclinó de nuevo sin apartar la vista de ambos; miraba primero a Blue, arrebuada y soñolienta, para pasar luego a mirar a Frank, con sus ojos puestos en lo que sucedía en la pantalla. Acariciaba el cuerpo de Blue cada tanto, con un gesto que parecía casi inconsciente.

Se esforzó en regresar la vista a la pantalla, pero la presencia del hombre sentado junto a ella se lo impedía una y otra vez. Se fijó en sus manos fuertes, de dedos largos, que pasaban sobre el pelo negro de la gata. Ali inspiró un poco más hondo de lo habitual, tomando el aire que parecía estar faltándole en los pulmones. Por unos momentos temió que la comida le hubiese sentado mal, porque el estómago no hacía más que molestarle. Tardó muy poco en darse cuenta de que la comida no tenía nada que ver con lo que estaba sintiendo.

De manera disimulada se llevó el dorso de su mano a la frente porque creía que el calor que estaba notando era la fiebre, que había regresado. Pero no era así, pues la encontró fresca al tacto. Intentó controlar una sonrisa que afloró en sus labios porque, decididamente, ese calor no tenía nada que ver con su enfermedad y sí con quien ocupaba el otro extremo del sofá y que parecía absorto en la película.

Ali convino en silencio que debía comenzar a llamar a las cosas por su nombre: le gustaba Frank. Mucho. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde que alguien le había hecho sentir aquellas mariposas en el estómago y aquella falta de aire. Pero allí estaba, convirtiendo sus huesos en gelatina cada vez que la miraba y dejando en sus labios una sonrisa boba que tardaba en desaparecer.

La melodía final de la película sacó a Ali de sus pensamientos. Con cierto embarazo giró la cabeza con rapidez hacia la pantalla, no quería que Frank se percatara de que no había visto casi nada de la película, y lo que había visto no le había entusiasmado en realidad. Se esforzó por arrellanarse en su parte del sofá antes de que Frank girara la cabeza hacia ella.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Te ha gustado?

Ali lo miró, componiendo una mueca.

—¿Quieres la verdad?

—Por supuesto.

—No... no demasiado —le contestó con cierta reserva—. ¿En serio te parece buena esta peli?

Frank se encogió de hombros, más serio de lo que tenía por costumbre.

—Bueno, supongo que uno no ve las cosas de la misma manera ahora que cuando tenía quince años. Y también pienso que el tiempo no trata igual a unas pelis que a otras. Hay que reconocer que esta no ha envejecido muy bien.

Ali se incorporó un poco para quedar más cerca de él.

—Es mala a rabiar, Frank —le confesó con una amplia sonrisa en su rostro.

Frank le correspondió con una idéntica que iluminó sus ojos claros.

—Pero admite que la música es buena.

Sin reservas, Ali asintió.

—Vale, eso sí. Es lo único destacable. Y Sean Connery.

Frank estalló en una carcajada que hizo que Bluebell levantara la cabeza para maullarle, como si lo estuviera riñendo por haberla despertado de su plácido sueño.

—Sí, eso también.

Aunque Ali creyó que su gata se apresuraría a levantarse ahora que estaba de nuevo despierta, no fue así. Blue se mantuvo en donde estaba; cambió un poco de postura y se tumbó sobre su lomo, recostándose contra el cuerpo de Frank. El hombre la acarició despacio, y ella le maulló mientras estiraba las cuatro patas a la vez.

—Le caes bien a Bluebell. Y eso es algo raro. No le gustan los extraños —le dijo Ali sin poder retirar sus ojos de su mascota. «Claro que no puedo culparla porque yo habría hecho exactamente lo mismo».

—Mi padre me decía que yo le gustaba a los animales.

Ali apartó la manta para encoger las piernas delante de ella y abrazarlas para mantenerlas pegadas a su cuerpo.

—¿Ah, sí?

Vio a Frank asentir con suavidad.

—Sí. El lugar en donde nací está rodeado de ganado, caballos y animales de granja. No era difícil verme, sobre todo en verano, ayudando al viejo Timmy a dar de comer a sus vacas. Y después me dejaba bañarme en la alberca.

A Ali no le costó imaginar una versión mucho más joven de Frank, con el pelo más rubio pero con la misma sonrisa y unos ojos igual de expresivos.

—Si algún día te quedas sin trabajo, quizá tendría uno para ti en la clínica.

La mirada de Frank encontró la de ella y, por unos breves instantes, Ali olvidó cómo se respiraba, cómo se tragaba e, incluso, cuál era su propio nombre. Allí estaba de nuevo esa manera que tenía de mirarla, como si quisiera asomarse dentro de ella, que la dejaba sin palabras.

—Es bueno saber que, llegado el caso, tengo algo en cartera —le respondió él con una voz grave que resonó en los oídos de Ali, despertando todas y cada una de sus terminaciones nerviosas.

Ali notó la garganta repentinamente seca. Sus manos se agarraron con fuerza a ambos tobillos.

—¿De... de dónde eres? —logró decir al fin.

—De un pequeño pueblo de Vermont.

Ali se removió en el sofá. Le dolían las piernas por tenerlas tan pegadas a su cuerpo, así que las bajó del asiento.

—A mí me hubiese gustado vivir en un lugar así. Cuando era cría soñaba con vivir en un pequeño pueblo y traer al mundo a terneros y potrillos. Tener mi propia clínica veterinaria es lo más cercano que pude encontrar a mis sueños de niña —le confesó, componiendo una esquiva sonrisa—. No se lo digas a Sean. Él cree que esto fue siempre lo que quise. Y lo es, no me malinterpretes, pero lo es porque no he podido conseguir realizar el otro.

—No te preocupes, no le diré nada —se apresuró a contestar Frank.

Los ojos del hombre estaban fijos de nuevo en ella.

—Algún día deberías visitar Clarendon, el pueblo donde nací —agregó.

Ali no se tomó mucho tiempo para contestarle.

—Me gustaría mucho, sí.

Ambos se mantuvieron en silencio los instantes que siguieron. La imagen de la televisión había vuelto al menú principal, en donde estaban las carátulas de las películas para visionar. La mano de Ali buscó el mando a distancia y apagó el aparato. En ese mismo momento, Frank se puso en pie.

—Bien, creo que tengo que marcharme ya.

Ali lo imitó.

—Muy bien. Has sido muy amable al pasar este rato conmigo.

—De nada. Ha sido... revelador volver a ver esa peli —le dijo mientras rebasaba la mesa de café que había delante de él y se encaminaba hacia la puerta con paso lento.

Antes de abrirla, y con la mano aún en el pomo, Frank se giró hacia ella.

—Cuídate, ¿vale?

Sin pensarlo, Ali asintió.

—Lo haré. Aunque mañana creo que estaré de regreso en la clínica.

«No tengo ganas de que te marches», pensó. Pero fue incapaz de decirlo en voz alta.

Frank le sonrió una última vez antes de traspasar el umbral.

—Hasta mañana, Ali.

Lo vio salir y cerrar tras de sí, y la dejó frente a una puerta que, en ese momento, parecía ser su peor enemigo por la manera en que tenía sus ojos clavados en ella. Con parsimonia se giró para encontrar a Bluebell tumbada en el sofá, allí donde había estado sentado Frank. Fue hasta el animal, lo tomó en brazos y lo acercó a su cuerpo. La gata le correspondió con un maullido de satisfacción.

—¿Así que te gusta Frank, eh? —le preguntó acercando su nariz a la cabeza del animal y acariciándola con ella—. Pues bien, ya somos dos: a mí también me gusta. Pero, siendo franca conmigo misma, pienso que es algo más que un simple *gustar*. Creo que me he enamorado de él, Blue. ¿Qué te parece?

CAPÍTULO 14

Frank dejó la brocha junto al bidón de pintura, tomó un paño y se limpió las manos. Llevaba toda la mañana adecentando las escaleras. Había decidido darles una nueva apariencia, cambiando el tono cobrizo de la parte baja de las paredes por uno verde oscuro.

Pepper intentó olisquear dentro del bote, y Frank se apresuró a taparlo, interponiéndose entre el animal y la lata.

—Vas a mancharte y después tendré que refregar para quitarte los restos. Y te quejarás, colega. Así que échate hacia atrás.

El perro reuló, no sin ofrecer resistencia y gruñendo por la intromisión de su amo. Frank se levantó y echó un vistazo a su trabajo. Había quedado bastante bien, le daba un nuevo aspecto a la escalera y un poco más de sobriedad. Sonrió satisfecho mientras Pepper parecía haber olvidado ya las advertencias de su amo e insistía en volver a la pintura una y otra vez, olisqueándola y moviendo el rabo sin cesar. Acababa de recoger los rodillos y las brochas del suelo cuando escuchó pasos en el vestíbulo. Frank se asomó por la barandilla.

—¡Cuidado con las paredes! Acabo de pintarlas —gritó para quienes estuviesen a punto de subir.

Las cabezas de Charlotte y de Henry asomaron por el hueco del vestíbulo.

—Ya nos hemos dado cuenta por el olor, Frank. No te preocupes —le gritó la mujer en respuesta.

Menos de un minuto después Charlotte subía las escaleras, cargada de bolsas de la compra, seguida de cerca por Henry, el vecino del 3A, que también sostenía su compra. Detrás de ellos iban Tim y Hank, con las manos ocupadas por las bolsas que sus respectivos progenitores no podían acarrear y entretenidos en una animada conversación.

—Así queda mucho mejor, Frank —le dijo la mujer con una sonrisa en los

labios cuando alcanzó el rellano—. Me gusta el color.

Frank le correspondió con un cabeceo apreciativo.

—Me alegro.

Los dos recién llegados miraron a su alrededor. Charlotte se volvió hacia su hijo.

—Entra en casa y deja la compra en la cocina, Tim. Y dale a Hank un refresco, si le apetece.

El chico, ante la mención, encogió los hombros. Los dos adolescentes entraron en el apartamento y cerraron la puerta. Frank apreció cómo la sonrisa que le había ofrecido Charlotte unos segundos atrás se había evaporado, dando paso a un semblante serio y preocupado. La mujer miró de reojo a Henry, y este le hizo un pequeño gesto con la cabeza, como si estuviera alentándola. La mirada de Frank pasó de uno a otra, sin comprender bien qué estaba pasando allí.

Fue entonces cuando Charlotte decidió romper el incómodo silencio.

—Frank —dijo la mujer, que se giró hacia él para enfrentarlo—. Hemos oído que piensas vender el edificio.

Frank enderezó los hombros y se irguió en toda su estatura. Ahí estaba la causa de las miradas entre ambos, y el raro y frío ambiente. Dirigió la mirada hacia un lado, notando cómo su mandíbula se tensaba al instante.

—Os lo ha dicho Bernie, ¿no es así? —Frank fingió una sonrisa—. Claro, quién sino él.

Henry se apresuró a contestar.

—Sí. Ha sido él.

Pepper, como si hubiese presentido el cambio de humor de Frank, se acercó hasta él y se sentó junto a sus piernas, ofreciéndole una cálida mirada. Frank le rascó la cabeza y el perro cerró los ojos, visiblemente complacido.

—¿Y bien? —preguntó Charlotte—. ¿Es verdad?

Frank buscó la mirada de la mujer, esperando encontrar un reproche en sus ojos. Pero lo que encontró fue una muda pregunta que esperaba una respuesta.

Tomó aire con dificultad y lo fue expulsando poco a poco antes de contestar.

—No lo sé, Charlotte —dijo con voz cansada—. Aún no he tomado una decisión.

—¿Pero lo estás considerando? —Fue el turno de hablar para Henry. Frank lo miró y compuso una mueca.

—Te mentiría si te dijera que no —le respondió mientras echaba la cabeza hacia atrás e inspiraba de nuevo—. Es una buena oferta y tengo que estudiarla.

—Escucha. —La voz del hombre hizo que Frank lo mirara—. Yo no conocí al antiguo dueño, pero es muy extraño que quiera recuperar el edificio, ¿no te parece?

—Lo es.

Pese a que Henry llevaba razón, Frank no podía decirle que, en todo aquello de la recompra, los motivos de Ivan Kozlov era lo que menos le importaba.

—¿Qué va a pasar con los inquilinos? —preguntó Charlotte, sacándolo de sus cavilaciones.

Frank clavó su mirada en ella e hizo una mueca con los labios.

—Si le vendo el edificio a Kozlov, intentaré que os respete vuestros contratos y la renta que pagáis. Por eso no tenéis que preocuparos.

Hank se acercó hasta la mujer, para colocarse a su lado.

—Tengo entendido que, en su momento, no fue un buen casero.

Frank no contestó. No, no lo había sido, pero consideró que no sería bueno meterles el miedo en el cuerpo a esas dos personas antes de tiempo, cuando realmente aún no sabía qué iba a hacer.

Charlotte dio un paso hacia él y colocó una de sus manos en su antebrazo, apretando con suavidad.

—Entiendo que esto es para ti un negocio, Frank. Eres un buen hombre, que te preocupas por todos nosotros, pero si es tan buena oferta como nos ha dicho Bernie, es normal que te lo estés pensando seriamente.

—Solo esperamos que, si puedes y no te causa mucha molestia, nos cuentes si aceptarían tu propuesta de respetarnos la renta cuando se la presentes —la interrumpió Henry—. Para saber en qué condiciones quedamos nosotros, ¿de acuerdo? Así podremos decidir si nos quedamos o nos buscamos otro lugar donde vivir.

Las palabras del hombre le hicieron sentir un pellizco en el estómago. Intentó tragar saliva pero el nudo en la garganta se lo impidió.

—De acuerdo —contestó al cabo de unos segundos.

Charlotte y Henry se miraron el uno al otro con cierta preocupación dibujada en sus rostros. No podía decirles más, porque no sabía más. Fue entonces cuando la voz de Charlie, el hijo mediano de Charlotte, les llegó por el hueco de las escaleras.

—¡Frank!

—¡Señor B! —Amanda se unió a su hermano en su llamada, como si fuera su eco. Los tres adultos asomaron la cabeza por la barandilla.

—¡Charlie, Amanda! Subid. Y tened cuidado, que el señor Bradley acaba de pintar las paredes —les advirtió su madre.

Los rostros alzados de los dos niños surgieron de repente, rojos y empapados en sudor, y enmarcados por marañas de pelos alborotados.

—Hay una chica aquí que busca al señor B —dijo la pequeña Amanda con su voz aguda y cantarina.

Frank arrugó el ceño.

—¿Cómo dices?

—Amanda, por favor, sube —le pidió su madre sin darle la oportunidad de contestarle al hombre.

La niña hizo oídos sordos a la petición de Charlotte y miró directamente a Frank.

—Que aquí hay una chica que ha preguntado si usted vivía aquí, señor B —respondió Amanda al fin. Frank la vio girar la cabeza hacia donde estaba la entrada para, un segundo después, alzar de nuevo el rostro hacia los tres

adultos que la miraban—. Y es una chica muy guapa. Me ha dicho que se llama Ali.

Frank se enderezó de inmediato.

—¡Amanda! ¡Sube ahora mismo si no quieres que te castigue! ¡Y tú también, Charlie! —exclamó Charlotte muy seria.

—Si me disculpáis. —Frank no esperó respuesta alguna por parte de sus vecinos y se encaminó escaleras abajo.

Se cruzó con los niños hacia la mitad del tramo. Amanda le hizo una señal, y Frank se detuvo a su lado.

—Está ahí abajo. Le he dicho que sí vivía aquí. No he metido la pata, ¿verdad? Mamá me dice que no se habla con desconocidos, y no conozco a esa mujer. ¿Voy a meterme en un lío, señor B? —dijo de corrido la niña. Frank le sonrió y le despeinó el flequillo con ternura.

—No, claro que no te vas a meter en un lío. Dile a tu mamá que conozco a esa chica, ¿de acuerdo?

La respuesta pareció complacer a la pequeña Amanda, que le ofreció una enorme y radiante sonrisa. Sin más, comenzó a subir con brío junto a su hermano.

Al fondo, bajo el umbral de la puerta de entrada, estaba Ali con la vista clavada en algo que llevaba en las manos. Se acercó hasta ella incapaz de evitar que una sonrisa apareciera en su rostro. Aún no había llegado cuando ella levantó la mirada, encontrando la suya de inmediato.

—¡Hola! Siento no haber avisado antes que venía, pero... —comenzó diciendo la mujer a modo de saludo.

—No pasa nada.

Ali le sonrió, y Frank solo se dio cuenta de que Pepper lo había seguido cuando ella fijó su mirada en el animal y una sonrisa aún más amplia iluminó su rostro.

—Hola a ti también, Pepper.

El perro se sentó junto a las piernas de Frank, moviendo el rabo de manera

frenética de un lado a otro y esperando la caricia femenina. Sin hacerse de rogar, Ali le rascó la cabeza entre los ojos y el animal gruñó con deleite. Frank estaba seguro de que parecía un estúpido allí, de pie, con una sonrisa imposible de borrar de su rostro y viendo cómo ella acariciaba la cabeza de su perro. Pero no podía evitarlo por más que lo intentara. Ali levantó la mirada para clavarla en él. Inmediatamente le tendió lo que llevaba en la mano.

—Te dejaste olvidada la cartilla de vacunación de Pepper en la clínica y, ya que ahí aparece tu dirección, te la he traído. Espero que no te importe.

—¡No, claro que no! —exclamó casi a renglón seguido para pensar, un segundo después, que tal vez había respondido demasiado rápido. «¡Bah! ¿A quién le importa quedar como un idiota? Si ella está aquí, a mí no, desde luego». Frank recordaba habérsela dejado allí y esperaba poderla usar como excusa para volver a la clínica. El resultado de su *olvido* había sido incluso mejor.

—¿Te he pillado trabajando? —preguntó Ali a la vez que señalaba con un gesto de la cabeza hacia su pantalón manchado de pintura. Frank se miró a sí mismo para contestar con un exagerado aspaviento.

—¡No! Estaba pintando las escaleras, pero ya he terminado, descuida.

—¡Ah, estupendo!

—¿Qué tal estás? —preguntó Frank—. Te veo bastante repuesta.

El rostro de femenino se iluminó de nuevo.

—Estoy ya bien, gracias. Quedarme en casa la semana pasada obró milagros, y como pude empalmar esos días con los del fin de semana, ha sido perfecto para terminar de curarme.

Frank no podía dejar de mirarla. ¿Eran apreciaciones tuyas o Ali estaba especialmente guapa ese día? Había recuperado el color de las mejillas y su mirada ya no era acuosa ni triste. Ni su voz sonaba rasgada como la última vez que habló con ella.

—Me alegro mucho —le contestó al fin.

Moviéndose inquieta, Ali miró hacia Pepper y luego de regreso a él.

—Oye, quiero darte las gracias por...

Un gesto de Frank no la dejó terminar.

—Si vas a darme las gracias por lo de la semana pasada, olvídalo. No lo hice para que me lo agradecieras. Además, no iba a dejarte morir de inanición en tu casa, cosa que me dijo Sean que harías si no iba y te obligaba a comer.

La carcajada de Ali lo tomó por sorpresa. Pepper se puso en pie, dio un paso hacia ella, olisqueándola con interés.

—En mi descargo te diré que me dolía la garganta. Y que Sean me conoce bastante bien —acertó a decir la mujer cuando fue capaz de articular palabra—. Y es precisamente por eso por lo que he venido.

—¿Por Sean?

—No. No creas que se me pasó por alto que, los dos días, tú pagaste los almuerzos.

—No me importó hacerlo. Fueron una sopa y una hamburguesa —le respondió Frank de inmediato.

Ali parpadeó un par de veces.

—No venía a pagarte la comida. Venía a... ¿Te gusta la comida argentina?

La pregunta lo sorprendió.

—¿Cómo dices?

—La comida argentina. ¿Te gusta? ¿Has comido en un restaurante argentino alguna vez? —preguntó ella de nuevo.

Frank miró a un lado y hacia otro para que su mirada recayera de nuevo en Ali.

—No. ¿Te refieres a ese que abrió en el paseo marítimo hace casi un año?

—El mismo.

—No, no he estado allí.

—Muy bien, porque para eso he venido: para invitarte a cenar allí.

Fue el roce del lomo de Pepper contra su rodilla lo que lo sacó del mutismo que amenazaba con hacerlo pasar por un estúpido que no podía

contestar a esa proposición. Carraspeó, intentando que la saliva volviese a pasar otra vez por su garganta.

—Ali...

Un dedo admonitorio de ella delante de su nariz lo detuvo de inmediato.

—Ni se te ocurra decirme que no. Si no quieres... bueno, no sé con qué podría amenazarte para insistir que dejes que, esta vez, sea yo quien te invite.

«Amenazarme con que no volveré a verte más sería algo bastante contundente», fue lo primero que vino a la mente de Frank.

—No tienes que sentirte obligada por nada, en serio —le respondió cuando logró formular otro pensamiento.

—No me siento obligada —replicó de inmediato—. Quiero invitarte a cenar por haber sido tan amable conmigo, eso es todo. ¿O acaso eres uno de esos hombres a los que no les gusta que sean las mujeres las que paguen?

—¡No! ¡Claro que no! Puedes pagar cuando te plazca.

Con un simpático gesto, Ali arrugó la nariz.

—Tampoco te pases —rió ella—. Entonces, ¿estás de acuerdo? ¿Me dejarás que te invite a cenar?

Frank pensó que estaría loco si le dijera que no.

—Cuando quieras.

Ali dio un par de pasos hacia atrás mientras miraba el reloj.

—¡Joder, se me hace tarde! ¿Te parece que venga a buscarte el viernes? ¿A las siete o siete y media?

—A las siete me parece bien —se apresuró a contestar. «Cuanto antes, mejor».

Con un giro rápido, ella se alejó un poco.

—¡Nos vemos el viernes! ¡Hasta entonces!—le gritó mientras ondeaba su brazo a modo de saludo, justo antes de entrar en el coche.

Frank la vio partir calle abajo. Se quedó parado en la acera, sin saber bien por qué el corazón le bombeaba en el pecho de esa manera tan alocada, que casi lo dejaba sin respiración.

—A quién quieres engañar, colega.

Pepper se arrimó más a él y ladró suavemente para llamar la atención de su amo.

—Bueno, creo que tengo una cita este viernes.

Subió las escaleras a toda prisa, saltándose escalones y con él ánimo casi rozando el techo. No podía parar de sonreír y tampoco quería intentarlo. Tenía una cita con Ali el siguiente viernes y sabía que la semana se le iba a hacer eterna. ¿No era viernes ya?

Apenas había abierto la puerta de su apartamento cuando el sonido del teléfono fijo lo tomó por sorpresa. Ya casi nadie lo llamaba a aquel número, sino a su móvil, así que escuchar ese timbre era algo cada vez más extraño. «A no ser que se trate de una operadora de telefonía», convino.

Pepper buscó el lugar de donde venía el ruido y se paró junto al aparato, con las orejas tías y olisqueando el aire, como si hubiese algo flotando en el ambiente. Dio un par de ladridos antes de acercarse a Frank, que estaba a punto de descolgar el aparato para responder.

—¿Diga?

Una voz femenina, que no reconoció en ese momento, lo saludó.

—¿Hola? ¿Eres Frank?

Frank arrugó el entrecejo.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

Un suave gorgoteo, que creyó era una risita, llenó la línea.

—Soy yo, Colette. ¿Qué tal estás?

Frank buscó el sillón más cercano y se dejó caer con todo el peso de su cuerpo. Colette era la mujer de su padre, con la que se había casado años después de que la madre de Frank los abandonara para marcharse Dios sabía dónde. Era una persona dicharachera y resuelta que había alegrado la vida de su padre cuando este ya no tenía esperanzas de volver a encontrar a otra esposa. Hacía varios años que no hablaba con Colette y escuchar de nuevo su voz lo había tomado por sorpresa.

—Estoy bien. Gracias.

—Me alegra escuchar eso —contestó la mujer de manera educada.

Por unos momentos, Frank temió que esa inusual llamada se debiera a que había alguna mala noticia que él tuviera que saber. Se sentó en el borde del sofá, sintiendo que todos los músculos de su cuerpo se ponían en tensión.

—Colette, ¿ocurre algo? ¿Mi padre está...?

—¡Oh! No le ocurre nada, Frank. Pierde cuidado.

Frank se dio cuenta de que solo entonces sus pulmones pudieron llenarse en su totalidad de aire y que el puño que había comenzado a apretar su estómago estaba comenzando a aflojar.

—Estupendo —contestó—. Entonces, si no es para darme malas noticias, ¿a qué debo el placer de tu llamada? No me malinterpretes, por favor, pero creía que seguía enfadados conmigo.

Frank se arrellanó en el sofá casi al mismo tiempo en que la mujer comenzaba a hablar.

—¡Yo nunca he estado enfadada contigo, Frank! —la oyó exclamar mientras elevaba un poco el tono de su voz, pero sin perder en ningún momento el timbre jovial y desenfadado que recordaba en ella—. Ese es tu padre. Yo siempre pensé que habías hecho lo correcto, si realmente era eso lo que querías hacer con tu vida.

—¡Pues podrías haber intentado convencerlo, y nos hubiésemos ahorrado todos estos años en los que no me ha dirigido la palabra! —espetó Frank entre dientes y con todos los músculos de su cuerpo de nuevo en tensión.

—¿Quién te dice que no lo he intentado? ¡Pregúntale a tu hermana! Pero ya sabes lo tozudo que puede llegar a ser.

Pepper aprovechó el momento para acercarse a Frank, sentarse delante de él, entre sus piernas, y descansar la cabeza en su regazo.

—Sí, eso lo sé —contestó con parquedad.

—Bien, vamos a organizar una fiesta para festejar el cumpleaños de tu hermana y queremos que vengas.

—Colette...

La mujer no dejó que las siguientes palabras abandonaran los labios de Frank.

—Vendrás, ¿verdad? Por favor, di que sí. Winnie cumple dieciocho años y la harías muy feliz. Y también harías muy feliz a tu padre, estoy segura. No te lo va a decir, claro, porque es muy orgulloso y él no va a ser quien dé el primer paso. Pero ya no es un niño, Frank —dijo Colette, que había perdido por un momento su tono alegre—. No quiero que ocurra algo y después lamentos todos estos años que habéis pasado alejados el uno del otro.

Frank no supo qué contestar. Colette tenía razón: se había asustado al descolgar el teléfono y oír la voz de la mujer. Por un momento se había temido lo peor. Por unos breves instantes lo había sobrecogido la idea de oír unas palabras que no deseaba escuchar y había sentido un inmenso alivio cuando Colette lo sacó de su error.

Su padre era muy orgulloso, ella tenía razón, y esa misma tozudez la había heredado él. Aunque la relación no atravesara por su mejor momento, tal vez era hora de ponerle fin a aquel sinsentido. Si el hombre no daba el primer paso, tal vez debería ser él quien lo diera. No quería imaginar lo que sería perderlo sin haber podido arreglar las cosas entre ellos. La vida era así de imprevisible, cualquiera de los dos podía irse de repente mientras estaban separados por esa estúpida brecha. Una brecha que, al fin y al cabo, medía lo mismo desde un extremo que desde el otro.

Cerró los ojos mientras intentaba alejar esos lúgubres pensamientos. Estaban enfadados desde hacía años, pero era su padre a fin de cuentas y lo quería. Además, él fue el único que estuvo a su lado cuando más lo necesitaba. Tomó aire antes de contestar.

—Me lo pensaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Al menos no me has dicho que no.

Frank torció el gesto en una especie de media sonrisa.

—¿Cuándo será la fiesta?

—El último fin de semana de este mes. Podrías venir antes y pasar a ver a

tus antiguos amigos y a tus primos. La mujer de tu primo Bobby tuvo un niño este invierno pasado, ¿te lo puedes creer? Un muchachote robusto con la misma mata de pelo rojo que su madre. Si quieres, podría tener preparada tu casa, para que no tengas que quedarte en la nuestra si no te apetece.

—Sí, creo que sería lo mejor.

—Entonces, ¿contamos contigo?

Frank volvió a tomar aire y se pasó una mano por los ojos.

—Sí. Iré.

—¡Cuánto me alegra escuchar eso, Frank! ¡Tu hermana se va a poner muy contenta! Ya verás cuándo se entere.

Aunque apenas lo había confirmado, Frank se dio cuenta de que, de verdad, le apetecía volver a su pueblo y ver a su hermana. La última vez que la había visto apenas había cumplido los catorce años. Ya debía estar hecha toda una mujer. Sí, quería volverlos a ver a todos.

—Te esperaremos el fin de semana que viene, ¿de acuerdo?

—¿Colette?

—Dime.

—Cuéntaselo a mi padre. No quiero darle una sorpresa —contestó Frank, serio.

La oyó suspirar.

—Está bien, se lo diré antes de que llegues. ¡Ah! Sé que no tengo que decírtelo, pero tal vez podrías quedarte unos días después de la fiesta. Nos tienes que contar muchas cosas sobre cómo te va en Portbury.

—Es Newburyport.

—Bueno, eso. Siempre olvido el maldito nombre —dijo Colette mientras reía abiertamente. Un segundo después, la risa paró—. Frank, de verdad, estoy muy contenta de que hayas dicho que sí.

—Está bien.

—Nos vemos en una semana. ¡Voy a contárselo a tu hermana! Adiós.

Y Frank escuchó cómo la comunicación se cortaba.

Dejó el aparato a su lado y se derrumbó contra el respaldo del sofá. Pepper alzó la cabeza para pasar a mirarlo con sus dulces ojos.

—Bien, colega, ¿qué te parece pasar unos días en el campo?

Como respuesta, Frank obtuvo un enérgico ladrido. Con una sonrisa en los labios le acarició la cabeza, gesto que Pepper agradeció cerrando los ojos y sacando la lengua de esa manera tan característica suya cuando algo le agradaba sobremanera.

—A veces creo que me entiendes.

El perro abrió de nuevo los ojos e intentó lamerle la nariz, cosa que hubiese conseguido si Frank no hubiese sido más rápido que él.

—¡Eh! He dicho que nada de besitos.

Aún no le había dado tiempo de soltar el auricular del teléfono cuando su móvil sonó. Lo buscó con la mirada para hallarlo sobre la encimera de la cocina. Se levantó de un salto, haciendo que Pepper lo imitara. Cuando llegó hasta él se fijó en el número que mostraba la pantalla y no lo reconoció.

—Frank Bradley —dijo a modo de saludo a su interlocutor.

—Señor Bradley —le contestó con educación Sergei Lébedev, el asistente de Kozlov—, buenos días. Soy...

Automáticamente se irguió de hombros y su mandíbula se endureció. Frank se enderezó para apoyarse contra el mueble de cocina que había a su espalda.

—Sí, llama de parte de Kozlov. Buenos días.

Hubo un silencio prolongado al otro lado, que Frank aprovechó para cruzar la cocina y mirar a través de la ventana. Estaba a punto de preguntar si seguía en la línea cuando oyó la voz del joven.

—Señor Bradley, a finales de semana se cumple el plazo que usted nos dio para pensar sobre la propuesta que le hizo el señor Kozlov.

Frank cerró los ojos y se pasó la palma de la mano por la cara.

—Sí, sé que tengo que darles una contestación en unos días.

—A mi jefe le gustaría saber si ha tomado ya una decisión.

Poco a poco, los pulmones de Frank fueron expulsando el aire. No había

dejado de pensar en la propuesta en toda la semana. En unas ocasiones parecía tener muy claro qué quería hacer, pero a renglón seguido su elección le parecía incorrecta y volvía a la casilla de salida, sin saber qué decisión final tomar.

Pepper fue hasta él, se sentó junto a sus pies y lo miró en silencio.

—Señor Bradley, ¿sigue ahí?

Antes de contestar, Frank asintió con un mecánico movimiento de cabeza.

—Sí, sigo aquí.

—¿Y bien?

Frank tomó aire, como si con esa acción pudiera organizar de una vez por todas sus ideas y le diera el empujón final que le faltaba para decidirse por una opción u otra.

—Dígale a Kozlov que voy a vender.

—Nos alegra mucho su decisión, señor Bradley —contestó de inmediato el joven. Frank casi podía adivinar la sonrisa de oreja a oreja que debía de tener. En caso de que aquel hombre sonriera, que lo dudaba. Sergei volvió a hablar —. Tendremos la documentación lista para finales de semana, ¿le parece bien?

—Hablamos de incluir una cláusula sobre los arrendamientos a los inquilinos.

El joven hizo una pausa antes de responderle.

—Sí, sí, por supuesto. Le llamaremos la semana que viene para ultimar el día y la hora de la firma.

A la memoria de Frank regresó de repente la conversación que había tenido minutos antes con Colette.

—Saldré de viaje la semana que viene, ¿podríamos dejar la firma para principios de mes?

—No creo que haya ningún problema —respondió el joven asistente.

Sintiendo un nudo en el estómago, Frank asintió con reservas.

—Muy bien. Envíeme un mensaje con el día y la hora.

—Eso haré. Buenos días, señor Bradley.

Frank no tuvo tiempo de contestar. Pulsó el botón de finalización de la llamada y se metió el móvil en el bolsillo del pantalón. Finalmente había tomado una decisión: vendería el edificio. Aún no sabía si sería una buena elección o no, pero era la que había tomado, para bien o para mal.

Con una amplia sonrisa en su rostro, Sergei colgó antes de que el señor Bradley pudiese despedirse. Le había sorprendido que el hombre, al fin, hubiese accedido a vender el edificio a su jefe. En las ocasiones en las que había visitado a Bradley, lo había visto muy reticente, casi a la defensiva, así que escucharlo decir que vendería lo había alegrado sobremanera. Y su alegría no tendría comparación con la que sentiría su jefe. Aunque, conociéndolo como lo conocía, Kozlov se limitaría a asentir y beberse un par de vasos de vodka.

Dispuesto a darle la buena noticia, Sergei se levantó de la mesa de su despacho y enfiló por el pasillo en dirección a la sala de reuniones en donde se encontraba Kozlov. Sabía que había terminado una reunión con el bufete de abogados que llevaba sus asuntos y que el hombre aún se encontraba allí.

Cuando llegó, los abogados en efecto ya se habían marchado. Kozlov aún seguía sentado en el amplio sillón que coronaba la gran mesa de reuniones, totalmente concentrado en los papeles que tenía delante. Sergei empujó la pesada puerta de cristal y cerró tras él antes de carraspear.

—¿Señor Kozlov?

El hombre levantó la vista para mirarlo por encima de la montura de sus gafas.

—¿Qué deseas, Sergei?

El joven se acercó con paso decidido hasta su jefe.

—Acabo de hablar con el señor Bradley. Ha decidido venderle el edificio.

Para un ojo inexperto, la expresión de Iván Kozlov no habría variado ni un ápice. Pero él lo conocía y pudo apreciar una sutil y vaga mueca en sus labios, que era lo más parecido a una sonrisa que su jefe mostraría.

Lo vio arrellanarse en el asiento mientras dejaba descansar sus grandes manos sobre la mesa.

—Estupendo. Llama a los abogados y que vayan preparando el papeleo de la compraventa.

—Sí, señor —contestó de inmediato.

—¿Has puesto una fecha para la firma?

Sergei hizo un gesto con la cabeza.

—La semana que viene Bradley sale de viaje, así que ha trasladado la firma para principios de mes.

La noticia no pareció agradaarle a su jefe. Un ligero pulso apareció en su mandíbula.

—El mes que me dio Donovan termina esa misma semana. Espero que, con la noticia de la venta por parte de Bradley, no les importe esperar unos días más para cerrar el trato.

—Si lo desea, puedo ponerme en contacto con él —se apresuró a decir el joven.

Kozlov asintió con convicción.

—Si eres tan amable, Sergei.

Su jefe volvió a los papeles que tenía ante él. Sergei dudó unos instantes antes de dar media vuelta y enfilarse en dirección a la puerta con paso lento, como si algo le impidiera llegar hasta ella. Y ese algo eran unas cuestiones que le estaban calentando la cabeza más de lo que debería. Sabía que no era asunto suyo; que todo lo que tenía que hacer él era acatar las órdenes que le dieran, pero no podía evitarlo. Tenía que obtener algunas respuestas para que la situación tomara la dimensión correspondiente. Deshizo el camino con mucha más rapidez de lo que le llevó hacerlo y se paró a un lado de Kozlov, aunque a una distancia prudencial.

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

El hombre no se molestó en levantar la cabeza: siguió leyendo los papeles que tenía esparcidos delante. Con un gesto de la mano y un parco «Adelante»,

le concedió el permiso que Sergei había esperado obtener.

—¿Por qué?

La única pregunta consiguió que Kozlov levantara la cabeza para clavar su mirada de acero en el joven asistente. Sergei dio involuntariamente un paso atrás.

—No creo entender tu pregunta —le dijo Kozlov, con los párpados entornados mientras retiraba sus gafas y las dejaba a un lado, junto a la montaña de papeles—. ¿Por qué, qué?

Sergei tomó aire.

—Por qué quiere recomprar el edificio. Estoy seguro de que, si negocia con el grupo inversor, ellos mismos pueden hacer las gestiones con Bradley, y usted se quedaría al margen.

Kozlov se mantuvo en silencio durante unos instantes, hasta que se arrellanó en el caro sillón de cuero.

—Sergei, llevo muchos años en el sector inmobiliario y de la construcción, más de los que ya puedo recordar —comenzó diciendo con un tono de voz bajo, que obligó al joven a hacer un esfuerzo por entenderlo—. Por eso conozco cómo respira y cómo se mueve ese mundillo. Este grupo me está ofreciendo una buena suma por todo mi conglomerado, más de lo que valen por separado. Que sea tanto dinero es porque no quieren tomarse las molestias de lidiar con Bradley. Y yo ya no estoy en edad de dejar pasar oportunidades.

—Por supuesto.

—Además, hay otra razón más por la que quiero, digamos, deshacerme de todos esos edificios. —Hizo una nueva pausa que crispó un poco los nervios del joven asistente. Esperó hasta que su jefe tuvo a bien continuar—: Me hago mayor, Sergei. Corrijo: soy mayor. Y aunque la vida me ha tratado bien y me siento sano y fuerte, tengo muy claro que mañana mismo puedo no seguir así. No quiero terminar mis días en esta ciudad, ni en este país, al cual nunca he sentido mío. Desde que tuve uso de razón escuché en casa las virtudes de la patria que dejaron mis padres un día, porque la sensación de haber dejado atrás su verdadero hogar era más fuerte que la del miedo que los llevó a

abandonarlo. Crecí pensando y deseando volver allí algún día. Y es lo que quiero hacer con ese dinero: quiero regresar a la madre patria, comprarme una casa y pasar allí lo mucho o lo poco que me quede de vida. En mi auténtico hogar.

Esa revelación dejó sin palabras a Sergei. Conocía a Iván Kozlov desde hacía años y, a pesar de su manera un tanto fría y distante, habían llegado a congeniar. El empresario se había ganado la admiración del joven y, que él recordara, jamás lo había oído ser tan sincero y directo.

—No... no tenía idea de que esos eran sus deseos, señor.

Los ojos claros del ruso se clavaron en él.

—Lo son, desde que era un niño. Con todo ese dinero que obtendré por la venta me marcharé.

—Lamento oír eso —le dijo, sintiéndolo de corazón.

Un pesado silencio se apoderó de la sala de reuniones. Estaba a punto de despedirse de su jefe y dar media vuelta, cuando el hombre volvió a hablar.

—Hay algo más, Sergei: quiero que vengas conmigo —soltó de repente, sin que Sergei lo esperara—. Necesitaré allí a alguien que gestione las cosas por mí, que sepa moverse en el mundo financiero. Confío en ti más que en nadie. Sabes que eres como el hijo que nunca tuve, y por eso he pensado nombrarte mi único heredero.

Las palabras del hombre lo tomaron por sorpresa. Sabía que se arrepentía de no haber tenido hijos, y también sabía que, de alguna manera, él llenaba ese vacío que había en la vida del empresario. Pero de ahí a que quisiera nombrarlo su único heredero, iba un abismo.

—Señor Kozlov, yo...

Sergei se detuvo en cuanto el hombre levantó una mano.

—Para eso antes tenemos que vender todos esos edificios y comenzar a buscar una propiedad para comprar allá, en donde me pueda establecer con comodidad y con solvencia. ¿Estarás conmigo, Sergei?

Sintió que cualquier palabra que pudiese salir de su boca no se acercaría ni

remotamente a todo lo que pasaba por su cabeza en ese momento.

—No sé qué decir, señor —fue lo que acertó a responder—. Esto me...

Iván se enderezó y se irguió en el asiento.

—Piénsatelo. Sé que será duro para ti dejar la tierra que has conocido. Pero aquel es nuestro verdadero hogar, Sergei, la tierra de nuestros antepasados, la tierra que nos espera con los brazos abiertos a que regresemos. Tendrás una buena vida allá, te lo garantizo. Yo voy a encargarme de que ambos vivamos bien allí: yo, el tiempo que me queda y tú, el resto de tu vida.

Sergei no recordaba haber visto en mucho tiempo a su jefe con esa luz en la mirada, con esa fuerza que emanaba de su voz y de todo su ser. Asintió con energía.

—Lo pensaré, señor. Muchas gracias.

Con un rápido giro, el joven se encaminó hacia la entrada, sintiendo que la cabeza estaba comenzando a darle vueltas.

CAPÍTULO 15

Para Frank, la semana pasó lentamente.

Más veces de las que hubiera deseado se vio parado delante del calendario, mirando cómo el viernes parecía no llegar nunca. No recordaba cuánto tiempo hacía que no se sentía tan nervioso por una cita. Tal vez desde su época de instituto, cuando aún tenía acné y comenzó a salir con chicas. Porque no había sentido nada parecido con su ex mujer; ni había tenido esa sensación de que los días no pasaban.

Durante la semana habló un par de veces por teléfono con Ali, pero nada más. No pudo ir a verla. Cuando lo había intentado, los planes siempre habían terminado torciéndose. Un día había sido una fuga en la tubería principal que abastecía de agua al edificio, y que lo había obligado a llamar de urgencia a un fontanero. En otra ocasión, cuando estaba a punto de salir, Charlotte le había pedido, como un enorme favor, que se quedara con Charlie y Amanda porque ella tenía turno doble en su trabajo y no había encontrado a nadie con quien dejarlos. Los niños estuvieron toda la tarde jugando con Pepper, y cuando se marcharon, ya de noche y tras una cena ligera, Frank y el animal – desacostumbrados de tratar con dos niños que rondaban, a juicio de Frank, la hiperactividad– se habían tumbado, uno en el sofá y el otro a sus pies, y se habían quedado dormidos en el acto.

La última urgencia surgió el viernes por la mañana. Henry llamó a la puerta diciendo que tenía una avería eléctrica en su apartamento y que necesitaba de él para resolverla. Pepper tuvo el buen acierto de esconderse detrás del sofá cuando, tras cerrar la puerta, Frank había soltado un gruñido de exasperación y levantado los puños al aire de pura frustración. No pudo recordar una semana con tantos contratiempos. O quizás había sido su impaciencia la que hizo que todo le pareciese más grave de lo que, en realidad, era.

El problema en el apartamento de Henry y Hank se había solventado

cambiando uno de los fusibles en el cuarto de contadores y volviendo a restablecer la electricidad. A las doce de la mañana Frank ya había mirado su reloj de muñeca una veintena de veces, esperando que con ese gesto las agujas corrieran más rápido.

A las siete menos diez de la tarde Frank ya estaba vestido y listo para encontrarse con Ali. Cuando pensó en qué debía ponerse para salir a cenar, eligió un atuendo informal, pero cambió de opinión en cuanto estuvo vestido. No se sentía tan inseguro de algo desde... ni se acordaba cuándo. Diez minutos después, satisfecho con su última elección de camisa y pantalones de vestir, salió al salón. Paseó por su apartamento de un lado a otro bajo la atenta mirada de Pepper, que veía como su amo recorría el camino del sofá a la cocina una y otra vez. El perro ladró un par de veces, y Frank se detuvo en medio de la estancia, miró al animal con el ceño fruncido y se llevó las manos a la cintura.

—Vale, vale. Ya paro. Vaya carácter.

Sin hacerle más caso, Pepper buscó su lugar y se tumbó con parsimonia a dormir junto al sofá.

Frank repasó mentalmente la conversación con Ali. Habían quedado allí, a las siete de la tarde. Pero ¿dónde era allí? ¿En su apartamento? ¿En la puerta del edificio? No dispuesto a esperar ni un segundo más, cogió las llaves, el móvil y su cartera, y salió cerrando de un portazo.

Aún no había puesto un pie en la calle cuando se encontró de frente con Ali.

No sabía si el bombeo alocado de su corazón se debía a haber bajado las escaleras como si algo se estuviese quemando, o por verla allí parada delante de él, con esa hermosa sonrisa dibujada en sus labios y los ojos puestos solo en él.

Sabía que estaba a punto de quedar como un idiota, mirándola sin atreverse a decir nada, pues nada le pareció lo bastante inteligente o adecuado para la ocasión. Dio gracias en silencio al cielo por que fuera ella quien rompió el silencio.

—Hola.

Frank se esforzó para que su saludo no fuera meramente un balbuceo.

—Hola.

Ali estaba preciosa. Aún quedaba casi una hora para que el sol se pusiera, y los rayos arrancaban reflejos dorados a su melena. Se había maquillado un poco, solo lo suficiente para que resaltara su belleza natural, sin exagerar ni un ápice. El vestido, sin mangas y con un discreto escote del que nacía una fila de pequeños botones que llegaban hasta el corte de la cintura, era de un vivo color rojo que le sentaba más que bien y que armonizaba con el suave rubor de sus mejillas. Completaba su atuendo con unas sandalias de tacón bajo y un pequeño bolso que llevaba en una mano. Pese a la sencillez, Frank creyó que jamás la había visto más hermosa que en ese momento.

—¿Estás listo? —le preguntó ella mientras sus ojos verdes estaban clavados en él. Frank parpadeó un par de veces.

—¿Qué? Sí, sí, claro. Podemos marcharnos cuando quieras.

Comenzaron a andar uno junto al otro. Ali le habló de lo agitada y agotadora que había sido su semana, y él la escuchó con calma, refiriéndose de igual manera a la suya. Le gustaba verla hablar; ver cómo sus ojos se abrían desmesurados cuando le contaba algo que le tocaba de cerca, o cómo sonreía cuando algo en especial le hacía gracia. Le gustaban los gestos que hacía con las manos y cómo se encogía de hombros o se tocaba el pelo para recogerlo a un lado de su cuello. Frank llegó a la conclusión de que le gustaba absolutamente todo en ella y supo que iba a tener una velada muy complicada por delante porque sabía que le iba a costar Dios y ayuda contenerse para no besarla, que era lo que quería hacer en ese preciso instante y mandar al diablo los planes de la cena.

Los veinte minutos que tardaron en llegar al restaurante transcurrieron en un suspiro. Un camarero les abrió la puerta y ellos pasaron al interior. Una suave melodía, algo melancólica, parecía envolverlo todo. El salón era muy amplio, con un montón de mesas vestidas con manteles azules y blancos, y luces desperdigadas por algunos rincones. Al otro lado del lugar, un barman atendía a un par de comensales que aguardaban apoyados en una enorme barra. Un

segundo camarero, sonriente y repeinado, llegó hasta ellos y le preguntó algo a Ali que él no logró oír. Ella se giró para mirarlo y le sonrió.

—¿Vamos?

Frank no sabía a qué se refería ella, pero asintió sin pensárselo dos veces.

—Claro.

Los tres cruzaron el salón y accedieron, a través de unas enormes puertas de madera y cristal, a una gran terraza al aire libre.

La fresca brisa marina les acarició de inmediato el rostro. Sin detenerse, Ali y Frank siguieron al camarero hasta una de las mesas y tomaron asiento uno frente al otro. Agradecieron la deferencia al hombre, y este se marchó con un caminar ágil.

El lugar era un amplio patio en el exterior, con vistas al puerto deportivo y al mar, que ya exhibía un impresionante color violeta, reflejo del cielo al atardecer. En la terraza había farolas cada pocos metros, unidas por guirnaldas de bombillas ya encendidas a pesar de que aún no era completamente de noche. A un lado, lejos de ellos, había un largo mostrador de piedra, tras el cual había un hombre frente a una enorme parrilla que era calentada por las brasas. El olor de la carne asada se mezclaba a partes iguales con la de la leña y el salitre del mar. Un humo blanco salía en pequeñas volutas que ascendían hasta desaparecer. Frank dejó de observar cómo cocinaba aquel hombre para pasar a mirar a su alrededor. Las mesas estaban cubiertas por los mismos manteles que había visto al pasar por el salón interior y, en cada una de ellas, en el centro, un pequeño quinqué de aceite con la llama encendida.

Después de ese reconocimiento, su mirada recayó por fin en Ali. La pequeña luz amarillenta bañaba el rostro de la mujer, que observaba todo a su alrededor con una amplia sonrisa. Frank sintió que, de nuevo, se quedaba sin respiración al mirarla. Mucho temía que fuese incapaz de comer ni un bocado si su estómago no dejaba de campar libremente dentro de su abdomen. Se obligó a desviar la vista de ella. Había unas pocas mesas ocupadas por algunas parejas que se miraban embelesados, con ojos solo el uno para el otro, ante la luz del candil. Sonriendo, Frank regresó a Ali.

—¿Te gusta el lugar? —le preguntó ella.

—Sí —contestó él sin dilación.

Ali lo obsequió con una nueva sonrisa.

—Me alegro.

—¿Has estado aquí antes?

Ella asintió.

—Solo una vez, con Jimmy y Sean, apenas lo inauguraron.

—Pensé que habías estado aquí con algún novio o algo así —dejó caer, conteniendo la carcajada que se le agolpaba en la garganta.

Divertida, Ali torció el gesto, y una de sus cejas casi alcanzó el nacimiento de su pelo.

—¿Estás intentando preguntarme si hay, o había, alguien en mi vida, Frank? A estas alturas deberías saber que no. Bueno, al menos, ahora no. Ni entonces, si te interesa saberlo.

Sin poder contenerse, Frank rio con ganas.

—Solo era una broma. No lo he dicho en serio, descuida.

En ese preciso momento el camarero llegó con un pequeño plato que colocó frente a ambos. Frank lo miró con interés.

—Y esto es...

Ali tomó un trozo de pan del servicio que tenía ante ella y lo untó con deleite.

—Un aperitivo. Queso fresco mezclado con hierbas aromáticas. Pruébalo. Está exquisito —le dijo a la vez que se lo tendía, acercándoselo a los labios.

Por unos momentos, Frank no supo cómo reaccionar. Allí estaba Ali, sentada frente a él, con el brazo extendido, esperando a que tomara lo que le ofrecía, con un brillo expectante en sus ojos, clavados ahora en los suyos. No podía ni quería dejar de mirarla, así que abrió la boca para tomar el pedazo de pan. Al hacerlo, la yema del dedo de Ali rozó apenas su labio, y Frank notó cómo una corriente eléctrica recorría su espalda de arriba abajo, despertando cada poro de su cuerpo y dejándolo con el vello erizado y casi sin respiración.

En los pocos segundos que transcurrieron, sus miradas no pudieron desligarse la una de la otra. Esos ojos verdes eran como un canto de sirena al cual no podía evitar rendirse. Mordisqueó despacio el trocito de pan con el queso. La expresión de ella cambió de inmediato: la vio apretar los labios con fuerza y enderezar los hombros. Su sonrisa se evaporó, mudando su semblante con un gesto más serio. Aun así, ella no le rehuyó la mirada. Podría haberse abierto el suelo bajo los pies de ambos, y Frank pensó que ninguno de los dos se habría enterado.

—Está muy bueno —dijo Frank cuando pudo hablar al fin.

Ali se movió incómoda en su silla, pellizcó un nuevo trozo de pan, lo untó y se lo comió sin agregar ni una sola palabra.

Frank se sentía incapaz de apartar la mirada de ella. No le apetecía comer, ni estar allí, todo lo que quería era estar en algún otro lugar en donde pudiera besar sus labios, los que ella mordisqueaba una y otra vez con un gesto nervioso que a él lo estaba volviendo loco y que su cuerpo acusaba en forma de una embarazosa erección. Dio gracias al cielo en silencio por los faldones del mantel.

Como si hubiesen tocado la campana al final de un asalto, la llegada del camarero —una pequeña plaquita en la solapa de su camisa decía que se llamaba Mauro— los hizo desviar la atención el uno del otro.

—¿Han decidido ya los señores? — preguntó el hombre con deferencia.

Ali se volvió hacia Frank.

—¿Te gusta la carne o prefieres alguna otra cosa?

—No, no, carne está bien —le aseguró él—. Y me gusta, pero ¿qué es lo típico que se come aquí? Ya que estamos en un restaurante argentino, seamos argentinos.

El camarero carraspeó y se irguió en toda su estatura.

—Aquí la carne es exquisita. Traída desde Argentina. No habrán probado ninguna otra igual, se los aseguro —les dijo con un musical acento que los hizo sonreír a ambos—. Pueden pedir una parrillada para dos, si les apetece probarla. Aunque también pueden pedir cualquier otro corte.

—¿Corte? —Se interesó Frank.

El hombre movió la cabeza de manera afirmativa.

—Tipo de carne. Para el asado —le contestó Mauro, con aire solícito—. Costillas, tapa, lo que desee. Es carne de vaca, aunque en la parrillada también se suele incluir cerdo, y chorizos, morcillas y chinchulines.

Regresó a mirar a Ali. Sus ojos estaban iluminados por una sonrisa.

—Entonces, ¿parrillada para los dos? —preguntó ella.

Frank asintió con convicción.

—Estupendo.

Ali pidió que trajeran una botella de vino para acompañar la comida. Mientras aguardaban, Frank se inclinó un poco hacia delante para acortar la distancia entre ellos.

—La mitad de las cosas que dice que lleva la parrillada no tengo ni idea de qué son —confesó Frank—. ¿Chinchulines? ¿Qué es eso?

Ali rio con ganas.

—Yo tampoco lo sé, pero suena de fábula. Y te aseguro que todo lo que he probado aquí estaba muy rico, aún cuando no sabía bien qué era.

El vino llegó a los pocos minutos. El camarero les preguntó quién de ellos iba a probarlo primero.

—La señora lo hará —le respondió Frank con un educado gesto del brazo.

Mauro vertió un poco de un vino rojo oscuro en la copa de Ali, y ella lo degustó con deleite. Frank no pudo apartar sus ojos de ella, fijándose en cómo se pasaba la punta de la lengua por los labios para saborearlo. No se había percatado hasta ese momento de lo calurosa que estaba resultando la noche. O, tal vez, el repentino calor que sentía no tenía nada que ver con la temperatura del ambiente, sino con la mujer que tenía frente a él, amenazando todos y cada uno de sus sentidos.

Ali dejó la copa, miró al camarero y asintió con entusiasmo.

—Está muy bueno. Gracias.

Visiblemente complacido, el camarero llenó su copa para hacer después lo

mismo con la de Frank. Cuando Mauro se marchó, Ali alzó un poco su copa.

—Podríamos brindar por algo, ¿no te parece?

Frank tomó la suya y la imitó.

—Bien. ¿Por qué quieres que brindemos?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Qué te parece hacerlo por ti y por mí?

—Me parece bien —contestó él y, al momento, el cristal de la copa de Ali chocó con el de la suya.

—Pues por ti y por mí.

Ambos bebieron. Frank apuró la bebida del todo, aunque sabía que eso no estaba bien visto. Tenía la garganta demasiado seca y necesitaba que el alcohol lo distrajera un poco de la turbadora presencia de Ali.

De repente, los acordes de un bandoneón llenaron el lugar. Un par de músicos, que no estaban allí cuando Ali y él entraron, se habían colocado en una esquina de la terraza. Un hombre, vestido por completo de negro, con un pañuelo rojo al cuello y una flor del mismo color en la solapa, alcanzó un micrófono y comenzó a cantar.

—Me encanta este sitio —dijo Ali cuando regresó la mirada hacia él, después de estar unos minutos con su atención puesta en el hombre que cantaba.

Frank no había podido dejar de mirarla en todo ese tiempo. No entendía la letra de la canción, aunque tenía que reconocer que la melodía del tango que estaban interpretando era muy bonita. Se obligó a contestarle.

—Gracias por invitarme.

Ella arrugó la nariz con un gracioso gesto.

—Es lo menos que podía hacer, de verdad. Fue todo un detalle por tu parte.

—¿Volvemos a eso?

La vio negar con la cabeza. Un pequeño mechón de cabello cruzó la frente de Ali, molestándola. Ella lo retiró de inmediato con un femenino gesto.

—Tú has hablado de agradecimientos primero. Pero vale, no lo volveré a

decir.

Llevaban charlando un tiempo que a Frank se le antojó infinitamente corto, cuando Mauro llegó a la mesa con una fuente enorme de carne que desprendía un exquisito olor, acompañada de un gran plato de patatas fritas. Frank se enderezó en su asiento.

—¿Todo esto es para nosotros?

—Así es —contestó ella, dejando que otro camarero pusiera ante cada uno sendos platos vacíos. Antes de retirarse, el hombre rellenó las dos copas.

Frank miró la bandeja que habían dejado entre ellos. Tenía que admitir que tenía un aspecto espectacular.

—No dejes que se enfríe —escuchó decir a Ali, que ya había pinchado un trozo y lo había dejado en su plato. Frank la imitó al momento y comenzaron a dar buena cuenta de esa succulenta cena.

Estuvieron un pequeño rato comiendo en silencio mientras la música del tango llenaba el lugar. Una canción sucedió a otra, todas tan melancólicas como la primera que habían oído. Poco a poco, todas las mesas del salón se fueron ocupando hasta no haber ni un alfiler.

La comida, al igual que el vino, fue desapareciendo entre risas, charlas y bromas.

—Creí que iba a ser demasiado, pero resulta que no ha sido así —convino Frank mientras alargaba el brazo para pinchar un pequeño trozo de carne rojiza que jamás había probado y que tenía cierto gusto a especias, pero que era incapaz de identificar.

—Esto está demasiado bueno como para no comérselo todo —intervino Ali entre bocado y bocado.

Ambos rieron ante sus palabras. Frank lo estaba pasando muy bien. Charlar con Ali siempre era divertido y ameno. Era una mujer abierta y alegre, que sonreía sin parar y que transmitía energía positiva. Y a esas alturas él ya tenía asumido que estaba total y absolutamente enamorado de ella.

—¿Qué haces este fin de semana? —preguntó Frank cuando la comida ya

casi había llegado a su fin y Ali estaba bebiendo un sorbo de lo que le restaba del vino.

—Jimmy, Sean y yo estamos invitados a un evento que organiza uno de los hogares de acogida con el que solemos trabajar —le contestó y dejó a un lado la servilleta con la que se había limpiado los labios tras haber bebido—. Hay pequeños puestos con manualidades que hacen los socios y que venden para recaudar dinero. También se llevan allí a los animales que están en disposición de ser acogidos, para que puedan verlos las personas que quieren adoptar uno, estar con ellos y decidir si se los quedan o no. Vamos a llevar a Cinnamon y a los cachorros. Son aún pequeños, pero con un poco de suerte quizás podamos encontrarles un hogar en donde puedan vivir.

—Me parece fantástico. No pueden terminar en la calle.

Ali lo miró con fijeza, entornando los párpados, y el pulso de Frank se disparó.

—¿Te gustaría venir con nosotros? Te aseguro que un par de manos extras siempre serán bienvenidas.

Se sintió tentando a decirle que sí, que iría con ellos, pero ya tenía unos planes que no iba a poder postergar.

—Me temo que no puedo ir —le dijo con evidente decepción—. Tengo que avanzar algún trabajo que quiero dejar concluido antes de que me marche a Clarendon la semana que viene.

—¿Te marchas? —le preguntó ella conforme él terminó de hablar.

—Solo unos días. Mi... madrastra me ha invitado al cumpleaños de mi hermana. Hace años que no voy a casa de mi padre.

—No sabía que tenías una hermana. ¿Cuántos cumple? —quiso saber ella, acomodando la barbilla sobre los nudillos de sus manos unidas.

—Dieciocho.

—¡Dieciocho! Jamás habría pensado que tenías una hermana tan joven. Frank bajó la cabeza y asintió, sonriendo.

—Nació cuando yo estaba en la universidad. Es una larga historia.

Cuando levantó la mirada, los ojos de Ali seguían fijos en él, con una sonrisa prendida en la mirada. Se sintió incapaz de deshacer el lazo invisible que parecía unirlos, así que no la rehuyó. La luz del candil que había entre ellos hacía brillar sus ojos verdes y enmarcaba su rostro entre las sombras que ofrecía. Volvió a notar que le costaba respirar y que su corazón comenzaba a latir de nuevo como si quisiera salirse de su pecho, y un ligero cosquilleo apareció en las yemas de sus dedos por su deseo de acariciar su mejilla. Jamás había sentido una tortura como la que estaba sufriendo esa noche.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó ella para poner fin así al silencio que se había abierto paso entre ellos.

—El miércoles o el jueves, aún no lo sé. Depende de cuándo me digan que tengo que firmar los papeles de compraventa.

Los ojos verdes de Ali se abrieron de manera desmesurada.

—¿Vas a vender finalmente? ¡Joder, solo sé hacer preguntas!

—Sí, voy a vender —le contestó conteniendo una risa—. No sé si hago bien o mal, pero es lo que creo que tengo que hacer. Por regla general mi intuición no me falla en situaciones como esta, no creo que esta vez vaya a ser diferente.

Ali tomó su copa, a la que aún le quedaba un poco de vino.

—Bueno, no tienes por qué equivocarte. Confía en ti y en tu instinto —le dijo mientras alzaba la copa frente a él y apuraba el líquido.

«Confiar en mi instinto. Vale, muy bien».

—¿Te gustaría venir conmigo a Vermont?

La pregunta cogió a Ali por sorpresa, que retiró la copa de sus labios con rapidez.

—¿Cómo dices?

Ni él mismo sabía de dónde había salido semejante idea, pero conforme la repasaba en su mente para volver a pronunciarla, más sentido le encontraba.

—Ven conmigo a Vermont, a mi pueblo. Me dijiste que te hubiese gustado ejercer de veterinaria en un típico pueblo, ¿no era así? Ven a que te enseñe

Clarendon.

Frank temió haber ido demasiado lejos con su proposición. Enderezó los hombros para sentarse más erguido frente a una Ali que lo miraba sin pestañear.

—Lo... lo siento. Quizás no debí ofrecerte...

Ella agitó ambas manos delante de sí, deshaciendo aquella expresión de profunda sorpresa.

—No, no, espera. No lo sientas. Me ha pillado desprevenida, eso es todo —le dijo. Su rostro cambió, regresando esa hermosa sonrisa y dulcificando la mirada—. Me encantaría ir contigo, de verdad. Y lo haría sin dudar si no fuera por el trabajo y la clínica. No puedo dejar a Jimmy y a Sean solos en esta época del año. Lo siento de veras.

Frank asintió con un único cabeceo, intentando que no se mostrara en su rostro la decepción que sentía.

—Claro, lo comprendo perfectamente.

—Otra vez será —añadió ella de inmediato.

—Sí, otra vez será.

No sabía si eran imaginaciones suyas o no, pero Ali también parecía decepcionada con su propia respuesta. Hubiera dado lo que fuera por haberla escuchado decir que sí, que iría con él. Giró la cabeza hacia los dos hombres que continuaban tocando y apretó la mandíbula con fuerza. Su ánimo había decaído considerablemente. Por unos instantes, había fantaseado con la idea de que ella fuera con él a Clarendon. Pero había sido eso: una fantasía, un deseo que no sabía que albergaba en su interior hasta que lo expresó en voz alta.

La miró de reojo. Ali también tenía su atención en los dos músicos, y su semblante se había ensombrecido en los últimos minutos. No le gustaba verla así, seria. Ella era una mujer agradable, que transmitía alegría con cada mirada y con cada gesto. Frank se removió en su silla antes de acodarse en la mesa.

—He estado pensando lo de Pepper.

Ali giró la cabeza cuando lo oyó hablar.

—¿Qué es lo de Pepper?

—Lo de esterilizarlo.

La vio hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ah, ya. ¿Y qué has decidido?

Frank tomó aire.

—Sí, voy a llevártelo para que lo esterilices.

Ahí estaba de nuevo la sonrisa que él había echado de menos en los últimos minutos. La obsequió con una idéntica.

—Haces bien —le contestó ella. Lo imitó, acodándose en la mesa y estrechando la distancia que los separaba—. Pepper es capaz de llenar de cachorros el vecindario.

Su respuesta lo hizo reír. Los comensales de la mesa contigua lo miraron con gesto de extrañeza para volver a sus asuntos al momento.

—Vale. Entonces te lo llevaré cuando regrese de Vermont, ¿te parece bien?

—Por supuesto. Te reservaré una cita para dentro de dos semanas.

La música del bandoneón no había dejado de tocar en toda la noche. Vio cómo Ali miraba su reloj de muñeca.

—¿Quieres que nos marchemos? —le preguntó.

Ella alzó el rostro.

—Como prefieras. ¿O quieres tomar antes un postre?

Antes de que pudiera contestar un hombre, vestido de arriba abajo con un blanco uniforme de cocinero, se acercó hasta ellos.

—¿Qué les ha parecido la cena a los señores? —preguntó, forzando un poquito los finales de las palabras, pero sin pretender ocultar su verdadero acento.

Ali lo miró y asintió.

—Todo ha estado perfecto. Y la carne estaba buenísima. No recuerdo haber probado otra igual.

A ojos de Frank, el cocinero se hinchó como un pavo. Lo vio sonreír de una manera tan exagerada que temió que se le fuera a dislocar la mandíbula. El hombre se balanceó con orgullo sobre sus talones.

—Toda nuestra carne la traemos de Argentina. No probarán nunca otra igual. Es como cortar mantequilla.

Ali y Frank se miraron de reojo y asintieron a la vez.

—Tiene usted toda la razón —señaló ella con educación.

—Me alegra que les haya gustado. Si me disculpan. —Y el hombre se marchó en dirección a una mesa cercana.

Ali regresó su atención a Frank, mientras se colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Qué ibas a decirme del postre?

—¿Qué tal un helado fuera de aquí? —le ofreció al recordar cuánto le gustaban a Ali, a lo que ella le correspondió con una pletórica sonrisa que le iluminó el rostro.

—Sí, me apetece un helado.

La heladería en la que habían estado un par de semanas atrás no estaba demasiado lejos del restaurante. La noche había caído por completo, y las aceras estaban únicamente iluminadas por las luces amarillentas de las farolas, que ofrecían una sombra alargada a los pocos transeúntes que paseaban todavía a esas horas por el paseo marítimo. Caminaron uno junto al otro, en un silencio tenso que no hacía más que crispar aún más los nervios y el estómago de Frank.

No podría mantener esa compostura por mucho tiempo. Ali caminaba a su lado, mirando hacia el suelo. Se fijó en su mano derecha, que agarraba con fuerza el pequeño bolso. Sin pensárselo una vez más, su mano se cerró con suavidad en torno a la muñeca de la mujer. Ali se detuvo de inmediato, y él hizo lo mismo frente a ella, a un paso de distancia de separación.

—Ali.

Los ojos de la mujer estaban clavados en él, y Frank no fue capaz de apartar la mirada de ella.

—Dime.

Pasándose una mano por el pelo, Frank resopló con fuerza, intentando infundirse valor.

—Ali, me gustas... ¡Dios! Llevo toda la noche queriendo decírtelo, pero no recordaba que esto fuera tan difícil. Me gustas y querría seguir viéndote sin ninguna excusa de por medio. Nada de perros ni... enfermedades. Que salgamos más a menudo a tomar una copa o ir al cine o, no sé, lo que te apetezca.

La vio bajar el rostro casi con timidez para ocultar esa sonrisa que le estaba convirtiendo la sangre en fuego líquido a cada segundo que pasaba.

—Muy bien, ya lo has dicho —contestó ella al levantar la mirada.

—Sí —contestó él, muy lejos de sentirse aliviado.

Despacio, Ali redujo a la mínima expresión la corta distancia que los separaba. Casi podía sentir el calor del cuerpo femenino, y su cuerpo reaccionó en concordancia, enviando toda la sangre a una cuarta por debajo de su ombligo. Ella buscó sus ojos primero, para después fijarse en su boca y regresar de nuevo a sus ojos. Lo estaba matando lentamente.

—Lo cierto es que tú también me gustas y también llevo toda la noche queriendo... sacar el tema —respondió ella, y alzó una ceja con un gesto que a Frank le pareció encantador, antes de continuar hablando—: Yo, como tú, quiero seguir viéndote y me da igual si es con una excusa o sin ella.

Frank creyó que iba a morir al escuchar su respuesta, dicha con un tono de voz más grave de lo normal, que erizó cada poro de su piel. Pensó que, si alguien hubiese maquinado comenzar la Tercera Guerra Mundial justo en ese lugar y en ese preciso instante, él no se hubiese enterado de nada, absorto como estaba en la mujer que tenía a pocos centímetros de él.

—Ali...

Un paso más de ella, y la distancia entre ambos desapareció por completo.

—¿Frank?

—¿Sí?

—Bésame.

No pudo evitar una última sonrisa antes de contestarle.

—Sí, señora.

Despacio, Frank bajó la cabeza hasta encontrar los labios de ella y atraparlos con un beso.

Primero fue una suave caricia, un movimiento tentativo, solo un ligero roce. Los labios de Ali eran tiernos y cálidos, hechos para que los besaran, y que lo hicieran con adoración y delicadeza. Frank paseó los suyos por esa boca plena, sintiendo cómo su pulso se disparaba y su corazón amenazaba con salirse de su pecho.

En los labios de Ali aún podía apreciar el sabor del vino que habían compartido durante la cena, pero también sabían a mujer y a una promesa que él deseaba que ella mantuviera. Los mordisqueó casi con ternura y bebió de ellos, como si se tratase del último sorbo de agua que fuera a tomar en su vida.

Toda la delicadeza con la que se había conducido hasta ese momento no tardó en dejar paso al deseo que había ido acumulando durante todas aquellas semanas. En cuanto escuchó a Ali exhalar el aire de sus pulmones y agarrarse a sus brazos con fuerza, ya no hubo más roce, ni más caricias, y el beso se convirtió en uno hambriento, casi voraz.

La mano de Ali que no sujetaba su bolso recorrió su brazo para subir por el hombro y acabar en el cuello. Pegándolo a ella todo lo que pudo, Ali ladeó su cabeza y entreabrió los labios.

La sangre de Frank era lava incandescente en sus venas cuando su lengua dejó atrás los labios femeninos para adentrarse en la dulce profundidad de su boca. La atrajo todo lo que pudo contra su cuerpo, no dejando ni un solo resquicio entre ellos. Entonces sus lenguas se encontraron y Frank ya no supo qué iba a ser de él.

La respuesta de Ali no se hizo esperar. Le correspondió con pequeños

mordiscos y con contenidos gemidos de placer que salían de su garganta. Frank se dio cuenta entonces de cuánto había deseado besarla, probablemente desde aquella noche que acudió a su clínica.

Muy a su pesar el beso fue haciéndose más lánguido y tranquilo, hasta que de nuevo fue apenas un roce. Ali se separó de él y apoyó su frente contra la suya.

—¿Vas a responderme de esta manera tan entusiasta cada vez que te pida algo? —le susurró cerca de su boca y con la respiración entrecortada.

Frank le sonrió.

—Si la petición se parece en algo a esta, te aseguro que sí —contestó a media voz.

Ali volvió a rozarle los labios con los suyos, y una nueva corriente eléctrica sacudió el cuerpo de Frank.

—Me parece bien.

En contra de su voluntad, Frank se separó de ella. Ali tenía las mejillas sonrosadas y los labios rojos y algo hinchados por el beso que acababan de compartir. No podía dejar de mirarlos porque él había sido el causante.

—¿Sigues queriendo ese helado?

Ella negó con vehemencia.

—No. Creo que ya tengo todo lo que quería.

La besó de nuevo, con dulzura, poniendo toda su alma en él.

—Lo tienes —le confirmó Frank separándose apenas.

Notó la mano de Ali acariciarle la nuca, describiendo pequeños círculos. Frank cerró los ojos con fuerza e intentó tomar aire, pidiendo en silencio a sus rodillas que se comportaran aguantando su peso y con todas las fibras de su ser clamando por besarla de nuevo. En lugar de ceder a su impulso, fijó su mirada en la de ella. El negro de sus pupilas había engullido ese color verde que le hacía recordar la hierba fresca en primavera. Tragó saliva, tratando en vano de refrescar su garganta.

—¿Quieres que vayamos a tu casa?

Ella negó y le ofreció una sensual sonrisa ladeada que lo dejó desarmado.

—¿Qué tal la tuya? Está más cerca.

Frank olvidó cómo se respiraba y su cerebro no fue capaz de darle la orden a sus músculos para que se movieran. Incluso temió haber olvidado su propio nombre cuando la escuchó decir aquello. Se limitó a asentir con energía.

—Claro.

Ali lo tomó de la mano con fuerza, como si no quisiese que se separara de ella. Frank no iba a hacer semejante cosa. Enlazó sus dedos con los de la mujer, y emprendieron el camino de regreso hacia su apartamento.

CAPÍTULO 16

Se detuvieron varias veces para besarse, aprovechando cada rincón en penumbras que encontraron. Las manos de Frank se cerraban en torno a la cintura de ella, atrayéndola hacia su cuerpo y pegándola a él todo lo que podía. Cada vez que lo hacía, Ali no oponía ninguna resistencia y lo besaba a su vez con la misma intensidad y devoción. Si solo con esos besos le temblaba todo el cuerpo, Frank temía que se desharía como un castillo de naipes ante una ventana abierta cuando hicieran el amor por primera vez. El mero hecho de pensar en ello hizo que se estremeciera y que un gemido saliera de su garganta. Ali se separó de él y le sonrió con picardía.

—Preferiría llegar a tu casa cuanto antes.

La única respuesta que Ali obtuvo por su parte fue tomarla de la mano y aligerar el paso.

Volvieron a besarse en el soportal del edificio de Frank, y en cada uno de los rellanos. Le costaba mantenerse lejos de ella aunque fuera solo unos pocos minutos. Y a ella parecía pasarle lo mismo. Lo acercaba a su cuerpo tanto como podía, tomándolo de la cintura del pantalón y haciendo que la abrazara con fuerza. Ali mantuvo las distancias el tiempo justo que Frank necesitó para abrir la puerta. Un segundo después, ella volvía a besarlo con ímpetu, con sus manos ancladas a sus brazos y tirando de él hacia el interior.

Pepper apareció de la nada, brincando alrededor de los dos y moviendo el rabo, feliz y contento. Frank intentó hacer que su perro se echara a un lado, para evitar así que lo terminaran pisando o que se enredara entre las piernas de uno de los dos y acabaran cayendo al suelo. Abandonó la boca de Ali para mirar de soslayo a su perro.

—Ahora no, colega, ¿vale? Yo también estoy contento de verte, pero deja los brincos para mañana.

Por el rabillo del ojo vio a Ali sonreír. Ella no había dejado de abrazarlo

en toda la conversación con el animal. Frank cerró los ojos cuando ella la emprendió con el lóbulo de su oreja, mordisqueándolo suavemente pero sin piedad.

—Ali. ¡Dios! —balbuceó entre dientes.

—Deja esas exclamaciones para después —le susurró al oído—. Para mucho después.

Frank tomó aire, cerró su abrazo en torno al cuerpo de Ali y la pegó todo lo que pudo al suyo.

—Quieres matarme, ¿a que sí?

Ella negó con vehemencia y con una sonrisa que, en sí misma, era toda una promesa.

—Te aseguro que es lo último que deseo.

Pepper volvió a entrometerse entre las piernas de ambos. Ali dio un pequeño traspies y hubiese terminado cayendo de no haber estado abrazada a él.

Ella alzó la vista para mirarlo.

—Si no le decimos algo, va a estar así un buen rato —murmuró mientras señalaba al animal con un gesto de su cabeza—. Adoro a tu perro, pero no es con él con quien quiero estar ahora mismo.

Frank contuvo la respiración, intentando serenarse un poco. La besó fugazmente y se separó de ella un par de pasos.

—¿Qué tal todo, muchacho? ¿Te lo has pasado bien? —Pepper le respondió sentándose delante de él y barriendo el suelo con el rabo mientras su lengua colgaba por el lado de su boca.

No pudo evitar sonreírle. El animal no tenía la culpa de ser incapaz de entender que Frank quisiera estar con Ali en ese momento, en lugar de con él.

—Ven, tengo algo rico para ti por aquí.

—No vayas a darle nada de azúcar —le dijo Ali a su espalda. Frank se giró sonriente.

—No te preocupes. —Y volvió a mirar a su perro—. Lo siento, chico, iba a

darte una golosina, pero tu veterinaria me lo tiene prohibido. Vas a tener que conformarte con un hueso para limpiarte los dientes.

Oyó a Ali soltar una carcajada, y él hizo lo mismo. Pepper los miró a ambos alternativamente y caminó hacia donde estaba su amo. Sin perder un minuto, Frank sacó de uno de los muebles de la cocina un pequeño paquete, lo rasgó y le ofreció al animal lo que había en su interior.

—Toma. Entretente un rato.

Pareciendo conforme, Pepper tomó esa fiel imitación de un hueso y se tumbó en el suelo a roerlo con diligencia. Frank dejó al animal y regresó sobre sus pasos hacia donde estaba Ali. La mujer se había sentado en el sofá y observaba la escena, divertida y con los ojos brillantes.

—¿Te apetece un café?

Ella negó despacio, sin dejar de mirarlo. Frank no podía apartar la mirada de esos labios plenos y tentadores, que lo atraían sin remedio. Ella alzó los brazos y, con un contenido gesto de la mano, le indicó que se acercara. Frank se inclinó hacia ella y encontró los labios de Ali prestos para ser besados. Ella le ofreció su boca con deleite y la oyó exhalar un gemido que a él le encendió la sangre. Se arrodilló delante de ella y la acercó a su cuerpo, atrayéndola por la cintura.

Ali parecía encantada de tenerlo frente a frente, a su misma altura. Atacó sin miramientos su boca para, a continuación, dejar un reguero de suaves besos por toda su mandíbula y terminar en el centro de su cuello, en donde su nuez subía y bajaba acompañando a una respiración casi errática. Cerró los ojos con fuerza, concentrándose en cómo lo estaba haciendo levitar con sus caricias. Dispuesto a corresponderle punto por punto a todos sus gestos, Frank encontró el tierno lóbulo de la oreja de ella y lo succionó con suavidad.

La sintió estremecerse entre sus brazos y echar la cabeza hacia atrás con abandono. Frank enterró la nariz en el hueco de su cuello. Una sutil fragancia de perfume le nubló los sentidos aún más si cabía. Ali olía a flores frescas y a jardín en primavera. Pero, sobre todo, olía a promesa. Tentativo, la hizo reclinarsse sobre el sofá, y ella lo arrastró hasta que la terminó cubriendo con

su cuerpo por completo. Se separó unos centímetros para mirarla, apoyándose sobre sus brazos extendidos. Ali era preciosa: su pelo se esparcía como un halo de luz sobre el sofá, tenía las mejillas arreboladas y los labios entreabiertos con una muda invitación a que la besara de nuevo. No podía dejar de mirarla. Pensó que podría llevarse así la vida entera si se lo propusiera, solo mirándola. Entonces Ali le sonrió.

—Me gustan tus ojos —le dijo ella con voz baja, apenas un susurro—. Me gusta cómo me miras.

Ese sonido se coló en sus oídos como terciopelo e hizo que la erección que ya tenía, y que ella podía notar sobre su vientre, fuese aún mayor.

—No es mérito mío —le contestó cuando fue capaz de articular palabra.

—¿Ah, no?

Frank negó despacio con la cabeza, sin dejar de mirarla ni un solo instante.

—No. Eres preciosa, Ali.

Con un gesto coqueto, ella se mordió el labio inferior.

—Vas a hacer que me ponga colorada.

Bajó lentamente para dejar solo unos pocos centímetros de separación entre la boca femenina y la suya.

—Estarías aún más bonita —susurró contra sus labios antes de tomarlos de nuevo.

Volvió a besarla como si la vida le fuera en ello. Los brazos de Ali se cerraron en torno a su cuello para no dejarlo escapar. Frank se sostuvo sobre un brazo, aligerando así el peso de su cuerpo sobre ella. Su mano libre vagó con libertad contra el costado de la mujer, bajando por sus costillas hasta su cadera y continuando por su muslo. El bajo del vestido estaba arremolinado entre las piernas femeninas, y él pudo acariciar con libertad la suave piel, que se erizaba bajo la yema de sus dedos mientras ascendía.

No podía dejar de besarla. Se había centrado en agasajar con sus labios el cálido cuello de Ali y el lugar en donde sentía el paso frenético de su sangre, cuando varios golpes en la puerta del apartamento los sorprendieron.

Frank levantó la cabeza con rapidez, y Ali hizo otro tanto.

—Han llamado a la puerta —dijo ella en voz baja. Frank se apresuró a negarlo.

—Habrá sido un ruido en otro apartamento. —Y volvió a buscar la boca de Ali, que le devolvió el beso de inmediato.

Un par de toques más hicieron que Ali se zafara de la boca de Frank.

—Han vuelto a llamar.

Frank ahogó una maldición e, incorporándose, miró su reloj de muñeca.

—Son más de las diez y media. —Volvió a clavar su mirada en ella—. No pienso abrir. Seguro que se habrán equivocado.

—¿Y si es algo importante? —le preguntó ella con visible preocupación.

—Ya volverán mañana. —Antes de que su boca regresara a Ali, llamaron de nuevo.

—Frank, abre. Necesito hablar contigo —oyó decir a Sam desde el rellano, al otro lado de la puerta.

Frank dejó escapar el aire de sus pulmones de una vez, como si lo hubiesen golpeado en el estómago.

—¿Sabes quién es?

Asintió con desgana.

—Es mi amigo Sam.

—Entonces tienes que abrirle —lo instó ella, dándole una pequeña y cariñosa palmada en el costado.

Frank masculló un improperio entre dientes y, con reticencia, se levantó del sofá dejando que Ali se incorporara a su vez.

Llegó a la puerta y la abrió de sopetón. Su amigo estaba al otro lado con el puño levantado dispuesto para volver a llamar.

—Has tardado en abrir. Necesito hablar contigo.

Frank cerró los ojos, se pasó la mano por el pelo, desordenándolo más de lo que ya lo estaba, y exhaló con fuerza.

—Es tarde, Sam.

—Son solo las diez y...

La frase murió en los labios de su amigo en el momento en que posó la mirada en la figura de Ali, con los ojos abiertos como platos. Ella acababa de levantarse del sofá y se adecentaba el pelo con recato y disimulo. Por mucho que lo intentara, el rubor de sus mejillas y el enrojecimiento de sus labios no dejaban lugar a ninguna duda de lo que había estado ocurriendo allí hasta hacía pocos minutos.

Sam los miró a ambos, primero a uno y luego a la otra para acabar boqueando como pez fuera del agua y terminar clavando la vista en su amigo.

—Frank... Lo siento, no sabía... no tenía ni idea de que estabas acompañado. Puedo volver en otro momento, ¿de acuerdo?

Estaba a punto de girarse cuando Ali se paró junto a Frank, muy cerca, tanto que sus brazos se rozaron y llamó la atención de su amigo.

—No, por favor, no te marches. Si has venido hasta aquí a estas horas, es que debe ser algo importante, ¿no es cierto?

Frank desvió la mirada de ella de nuevo hacia Sam. A lo mejor, si se lo proponía, Sam podría disimular que estaba a punto de sufrir una apoplejía.

—De verdad que puedo regresar mañana.

Ali le tendió una mano.

—Soy Ali.

Sam miró a Frank, y sus ojos hablaron más claro de lo que podía expresar con palabras de lo avergonzado que se sentía. Le tendió la mano, correspondiendo a su gesto y acompañándolo de una sonrisa incómoda.

—Encantado de conocerte. Soy Sam, soy amigo de Frank.

Ali giró la cabeza hacia este y le sonrió ampliamente mientras soltaba la mano del otro hombre. Frank sintió que volvía a quedarse sin respiración al mirarla. La mano de Ali, que había quedado escondida entre ambos, rozó la suya con delicadeza y le apretó los dedos.

—Voy a marcharme, ¿de acuerdo?

Sin darle tiempo a reaccionar, Ali fue en busca de su bolso, y Frank fue tras

ella.

—Ali, lo siento mucho —le susurró muy cerca del oído, no deseando que ella se marchara—. No quería...

—Yo tampoco quería acabar la noche así, te lo aseguro —le contestó ella a su vez, en el mismo tono bajo e íntimo—. Pero tu amigo parece estar pasando por algún mal trago. Nosotros... nosotros podemos terminar esto en otro momento.

Frank desvió la mirada hacia Sam, aún parado bajo el dintel de la puerta, con los hombros hundidos, las manos metidas en los bolsillos de su pantalón y la expresión de alguien a quien habían pillado metiendo los dedos en una tarta.

—Mañana hablamos, ¿de acuerdo? —Y se levantó sobre las puntas de sus pies para darle un beso fugaz en la mejilla.

Apretando los labios, Frank se resistió unos momentos a que ella se marchara.

—¿Quieres... quieres que llame a un taxi?

Ali negó con la cabeza. Un mechón de su melena le acarició el rostro, y Frank tuvo que contenerse para no estirar el brazo hacia ella y retirarlo.

—No, déjalo. No estoy lejos de casa, y la noche está espléndida —le dijo antes de fruncir los labios en una mueca de complicidad—. Además, creo que necesito algo de aire fresco.

Con paso calmado, Ali se dirigió a la puerta y pasó frente a Sam.

—Buenas noches, Sam.

Visiblemente abochornado, Sam agitó una vez la cabeza.

—Buenas noches. Y de verdad que lo siento.

Antes de comenzar a descender la escalera, Ali lo miró y le sonrió una última vez.

—Adiós.

Frank resopló cuando la vio marchar y Sam se movió incómodo a su lado.

—Tío, lo siento. De verdad que no sabía...

—Ya —fue la única respuesta que atinó a expresar.

—Voy a tener que compensarte por esto, ¿verdad?

Una risa socarrona salió de la garganta de Frank.

—Absolutamente.

Aún tenía la mirada puesta en el lugar por donde Ali había desaparecido, como si así pudiese conjurar su imagen unos segundos más. Se obligó a regresar a la realidad, dando un paso hacia el interior de su apartamento, seguido de cerca por Sam.

—¿Es la veterinaria de la que me hablaste el otro día?

—Sí —le contestó mientras se dirigía hacia el sofá y se desplomaba en él con todo el peso de su cuerpo. Reclinó la cabeza en el cojín y cerró los ojos.

—¿Así que sí hay algo con ella? —oyó preguntar a su amigo. Frank se tomó tiempo antes de contestarle.

—¿De verdad te interesa ahora mi vida amorosa, Sam? ¡Podrías haberme llamado antes de venir, como hace la gente normal! ¡Un wasap, joder! ¿No es eso lo que se hace ahora?

—¡Y yo qué sabía que ibas a estar con alguien! Salí a pasear, a dar una vuelta. Y sin darme cuenta me vi ante tu edificio y subí. ¡Joder, Frank! ¿Tengo que volver a decir que lo siento?

Sintiéndose mal de repente por haber perdido la compostura con su amigo con tanta facilidad, Frank dejó escapar el aire antes de volver a hablar, ahora más calmado.

—Lo siento, tío. No tendría que haberte hablado así.

Sam bajó la cabeza ocultando una sonrisa.

—Ahora mismo, y por mi culpa, no tienes la cabeza fría. Podré aguantar unos cuantos gritos de tu parte.

Frank se pasó ambas manos por el rostro y soltó un bufido.

—Es verdad, no la tengo —le contestó dejando escapar todo el aire de sus pulmones y, con él, su inexplicable enojo—. Y respondiendo a tu pregunta sí, creo que sí hay algo con ella. O al menos, espero que lo haya porque me gusta muchísimo.

Sam se sentó a su lado. Se reclinó contra el respaldo, apoyó las manos sobre sus muslos y clavó la mirada en el techo sin decirle nada.

Frank lo observó unos momentos por el rabillo del ojo. Sam no habría ido a esas horas de la noche hasta allí por nada. Se giró en el asiento para mirar a su amigo de frente.

—A ver, espero que me hayas interrumpido por algo verdaderamente importante, como que se hundió la bolsa o que comenzó el apocalipsis zombi. O te juro por Dios que nuestra relación va a correr serio peligro —le dijo con tono ligero y de broma mientras sofocaba una sonrisa.

Sam giró la cabeza hacia él y sus miradas se encontraron.

—Martha está embarazada —le soltó.

Frank se quedó unos momentos en silencio, con los ojos abiertos como platos y con la vista clavada en su amigo.

—Vale, sí, es importante —atinó a decir cuando pudo hablar—. ¿Quieres algo de beber?

Sam asintió con energía.

—¿Qué tal un *whisky*?

—Y otro para mí —murmuró Frank—. Creo que lo necesito.

Se levantó, fue hasta el mueble de la cocina donde guardaba una botella de Crown Royal que dejó delante de ellos sobre la mesita de café, junto con dos vasos bajos.

Le sirvió primero a Sam, y este atacó la bebida, haciéndola desaparecer al momento. Frank le sirvió de nuevo.

—Bien, cuéntame. No estarías aquí, a estas horas, ni me habrías interrumpido lo que prometía ser una noche muy especial, si algo no fuera bien —le dijo antes de dar el primer sorbo a su bebida.

Sam se pasó la mano por el rostro.

—Martha seguía encontrándose mal, y hemos ido al médico. Le preguntaron si podría estar embarazada y le hicieron la prueba. Está de seis semanas. Voy a ser padre en febrero.

Las palabras de su amigo lo dejaron en silencio. Dejó el *whisky* sobre la mesa y lo palmeó en el hombro afectuosamente.

—Enhorabuena, tío. ¿O... no tengo que dártelas?

Por primera vez desde que llegara, Sam le sonrió, y Frank le correspondió de la misma manera.

—Sí, sí. Martha y yo queríamos tener hijos, pero no teníamos prisa. Esto... esto ha sido una sorpresa. Es cierto que no estábamos teniendo cuidado, pero...

—Sí, vale, lo entiendo.

Sam ondeó la mano con un gesto nervioso.

—No me malinterpretes, quiero tener un hijo, pero todo se ha complicado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Frank entornando los ojos.

El hombre volvió a darle un gran trago a su vaso.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre que no sabía si quería seguir viviendo en Nueva York? Ahora sé que no quiero. No quiero criar a mi hijo o a mi hija allí. Es un estrés constante. Y con mi horario de trabajo, ¿cuándo lo vería? Lo dejaríamos en la guardería apenas amaneciera y lo recogeríamos cuando estuviera a punto de anochecer. No quiero ser un extraño para él... o para ella; que me vea solo un rato por las tardes y los fines de semana que no lleve trabajo a casa.

Frank comenzaba a entender qué le pasaba a su amigo. Asintió con reservas.

—Ahora te sientes empujado a tomar esa decisión que estabas solo considerando.

—Así es.

—Nadie te está presionando. ¿O Martha lo está haciendo?

La espalda de su amigo se envaró de repente.

—¡No! Claro que no. Lo hemos hablado un montón de veces. Me escucha y me da su opinión, pero me deja la decisión a mí. Es mi carrera, aunque sea nuestro futuro lo que nos jugamos.

Frank sonrió levemente. Martha era una gran mujer y quería a Sam.

—Deja que pase un par de días y replantéate las cosas. Imagina tu vida de aquí a unos años y qué quieres que sea de ella. Entonces actúa en consecuencia.

Los ojos de Sam se clavaron en él.

—¿Y si me equivoco, Frank? —lo escuchó preguntar con un claro tono de miedo en su voz—. ¿Y si meto la pata y tomo la decisión errónea? ¿Cómo supiste tú que ibas a hacer lo correcto cuando dejaste Wall Street?

—No lo sabía, Sam —le contestó después de unos segundos recapacitando su respuesta—. No hay una respuesta válida, como no hay una fórmula para no fallar. Hice lo que creí que iba a ser mejor para mí y para mi futuro y me lancé a la piscina. Me salió bien, pero también me podría haber salido mal.

—¿Qué hubieses hecho?

—Apechugar e intentar reconducir mi vida —contestó sin dudar—. Fue mi decisión. Dejé por el camino mi matrimonio, y tú lo sabes. Pero no me he arrepentido de ello. Si volviese atrás y pudiese cambiar las cosas, no lo haría. Me gusta lo que soy ahora. Y donde estoy ahora. Soy más feliz de lo que nunca he sido en mi vida.

Con los ojos de Sam clavados en él, Frank le sonrió y volvió a palmearle el hombro.

—Venga, todo va a salir bien. Además, aquí tienes al tito Frank para lo que necesites.

Ambos rieron con ganas ante esas palabras, y a Frank le alegró sobremanera volver a ver a su amigo sonreír.

—Martha y yo regresamos a Nueva York el lunes. Queremos contemplar algunas opciones antes de tomar una decisión. Después, tal vez regresemos.

Frank chasqueó la lengua.

—Iba a decirte que te podría preparar el apartamento que tengo vacío para cuando regreséis, pero me temo que no va a poder ser. Voy a vender el edificio.

Los ojos de Sam se abrieron como platos.

—¿Vas a venderlo?!

—Así es —acertó a contestar Frank—. Me han ofrecido una cantidad casi indecente de dinero por él. Y voy a aprovecharlo. Puedo comprarme otro edificio y comenzar de nuevo. Oye, tal vez te interese ser mi socio en el nuevo proyecto.

—¿Cómo dices?

Frank se sintió exultante con la idea que acababa de llegar a su mente.

—Considéralo. Podríamos ser socios en el nuevo inmueble. ¿No sería una buena opción para vosotros de veniros a vivir aquí? Esto os gusta, ¿no es cierto?

Con visible desasosiego, Sam asintió una y otra vez.

—Sí, sí, claro que nos gusta —contestó. Unos instantes después Frank vio a su amigo enderezar la espalda—. Sería una buena opción, sí. Me gusta la idea.

Y a él también le gustaba, pensó Frank. Volver a comenzar, pero esta vez de la mano de su mejor amigo. Tal vez sí que era una buena opción.

Sam se levantó con agilidad.

—Me marcho. Voy a hablarlo con Martha. Cuando estemos en Nueva York hablamos, ¿de acuerdo?

Frank lo imitó, levantándose a su vez.

—Claro. Cuando quieras. Manténme informado, ¿quieres?

Los dos hombres se encaminaron hacia la puerta. Con el pomo ya en la mano, Sam se giró hacia él.

—Tío, siento haberte cortado el rollo esta noche.

Intentó quitarle hierro al asunto ofreciéndole una fingida sonrisa.

—No pasa nada. Esto era importante.

—¿Crees que Ali se habrá cabreado mucho? —preguntó Sam mientras le tocaba el codo con el suyo y le guiñaba un ojo—. Ahora sabe que tienes un amigo que es un incordio. Lo mismo no quiere saber nada de ti después de esto. ¿Querrá volver a quedar contigo si la llamas?

Frank intentó que una sonrisa no aflorara a sus labios, pero fue en vano en cuanto su mente conjuró la imagen de Ali.

—Espero que sí. Ali... Ali es una chica maravillosa. No creo que se haya enfadado.

Un suave silbido salió de los labios de Sam.

—Colega, estás coladísimo por ella, ¿no es así?

—¿Tanto se nota?

Sam hizo un gesto con la mano, como si quisiera restarle importancia.

—Nada. Solo un poquito. Un poquito del tamaño del edificio Chrysler —le contestó, pasándole el brazo sobre el hombro y haciendo que lo acompañara al rellano.

—Gracias, tío —le dijo Sam cuando se separó de él y dio un par de pasos hacia las escaleras.

Desde el umbral de su apartamento, Frank asintió.

—De nada.

Frank contempló el apartamento vacío y exhaló el aire ruidosamente tras cerrar la puerta. Había sido una noche intensa y reveladora. No había terminado como a él le hubiese gustado que acabara, pero no podía quejarse cuando había ayudado a su amigo. Sabía que Sam lo estaba pasando mal porque recordaba, hacía ya mucho tiempo, cuántas noches había pasado sin dormir, cuántos quebraderos de cabeza había tenido cuando estaba por decidir qué hacer con su vida y con su trabajo en la Bolsa.

Sonriendo, se encaminó hacia su dormitorio. Desterró a Sam de su mente y lo reemplazó por una Ali con las mejillas y los labios sonrosados, que lo besaba hasta dejarlo sin respiración y con los nervios adueñándose sin control de su estómago.

Estaba totalmente seguro de que esa visión no lo iba a dejar pegar ojo en toda la noche.

Ali encontró los ojos de Sean a través del espejo retrovisor del coche.

—Llevas todo el camino rezongando, Ali, ¿qué diablos te ocurre?

—Nada —fue la parca respuesta con que lo obsequió. Giró la cabeza hacia un lado para mirar por la ventanilla del coche, con el ceño fruncido y sin ver realmente nada del paisaje que pasaba ante ella.

Apenas había dormido. La imagen de Frank se le había presentado en sueños una y otra vez, sonriéndole como lo había hecho en el restaurante, besándola hasta dejarla mareada y con la sangre hirviendo en las venas, y haciéndole el amor hasta que ella olvidaba su propio nombre. Frustrada y excitada, Ali había acabado levantándose a media noche para meterse en la ducha y terminar por ella misma lo que en sueños había comenzado él. Exhausta, aunque no plenamente satisfecha, volvió a la cama envuelta en una gruesa toalla y se tumbó. El recuerdo de Frank se resistió a irse de su cabeza. Aquel hombre que llegó al apartamento podría ser su amigo y estar en un apuro, sí, pero ella maldijo mentalmente a todos sus ancestros por interrumpirlos de aquella manera.

Sean y Jimmy la habían recogido ese mañana bien temprano en su apartamento, cuando ella apenas se había quedado dormida. En el maletero llevaban la jaula en donde iban Cinnamon y los tres cachorros. Habían crecido en todo ese tiempo y ya eran capaces de pasearse por la jaula y corretear, aunque algo torpes aún, unos detrás de otros.

Acababan de ponerse en marcha cuando el teléfono de Ali vibró en su mochila. Lo sacó para comprobar que había recibido un mensaje. Desbloqueó el aparato y pulsó para leerlo.

Era de Frank.

Siento mucho lo de anoche, Ali, no era así como quería que terminara nuestra cita. ¿Estás segura de que no puedes venir a Vermont conmigo?

Un gemido salió de la garganta de Ali. Leyó varias veces el texto y bloqueó el teléfono mientras continuaba agarrándolo con fuerza.

Jimmy, sentado a la derecha de Sean, se giró para mirarla de frente.

—Venga, dinos qué te pasa. Y no digas nada porque no es así.

Ella arrugó la nariz. Sí, era cierto, llevaba todo el tiempo desde que se

levantó refunfuñando y gruñendo. Nadie tenía la culpa de lo que le pasaba; al menos no Jimmy y Sean. Dejando escapar el aire, se hundió de hombros.

—Ayer, Frank y yo...

Sean no la dejó terminar su frase.

—¿Os acostasteis?

—¡Joder, al fin! —exclamó Jimmy dando un golpe triunfal al reposacabezas de su asiento—. Ya era hora. Tantas miraditas y solo miraditas no es bueno. Ni sano. Hay que tirarse a la piscina y pasar a la acción.

Ali miró a uno y después a otro.

—Esa era la intención, sí. Pero nos interrumpió un amigo suyo que parecía tener un problema.

Momentáneamente, Sean desvió su atención de la carretera hacia ella, mirándola de reojo.

—¡Venga ya!

Las facciones de Jimmy se endurecieron, y una profunda arruga apareció en la frente de su amigo.

—Yo soy Frank y le corto las pelotas a mi amigo.

La mirada de Sean, que había regresado a la carretera, buscó la de ella a través del espejo interior.

—Lo siento, Ali.

Obligándose a sonreírles, Ali volvió a encogerse de hombros.

—Ya —respondió—. Quizás deberíamos haber ido a mi casa en lugar de a la suya. ¡Pero quién lo iba a saber!

Los ojos claros de Jimmy se fijaron en el móvil que aun agarraba en su mano.

—Te ha llegado un mensaje. ¿Ha sido él quién te lo ha enviado?

Bajando la cabeza, Ali asintió.

—Sí. Me ha invitado a ir a su pueblo, en Vermont, la semana que viene.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Sean.

—No tan estupendo —se apresuró a añadir Ali—. Le he dicho que no

puedo ir con él.

Jimmy y Sean se miraron con la misma expresión de no comprender de qué hablaba su amiga.

—¡Pero tú estás loca! —oyó decir a Jimmy, que clavó su mirada en ella—. ¿Por qué no puedes ir con él? ¿Dónde está el problema?

Los ojos de Ali se pusieron en blanco al mirar al techo del coche.

—En la clínica, Jim. No puedo marcharme con el trabajo que tenemos.

—¿No puedes o no quieres? —Fue Sean el que le preguntó.

Se sentó derecha en el asiento y el cinturón de seguridad se le clavó en el hombro.

—¡Claro que quiero irme con él! —exclamó, apenada—. Pero...

El dedo admonitorio de Sean la dejó callada.

—Nada de peros. Nosotros nos encargaremos y haremos todo lo que podamos para mantener el orden los días que tú no estés —le dijo con confianza—. Vete, disfruta y pásatelo bien.

—Eso —añadió Jimmy con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja y que era toda complicidad con la de Sean. Le guiñó un ojo a su compañero para hacer lo mismo con ella—. Ya sabes lo que quiero decir.

Ali sintió que no podía reprimir la sonrisa que afloró de repente en sus labios y notó cómo el corazón intentaba salirse de su pecho a base de fuertes latidos que la dejaban sin aliento. Sonriendo más aún, si eso era humanamente posible, asintió.

—Sé muy bien lo que quieres decir.

Jimmy hizo un gesto con la cabeza, señalando el teléfono que ella aún sujetaba.

—Mándale el mensaje y dile que irás con él.

Sin esperar más, Ali desbloqueó el terminal, deslizó la pantalla y tecleó con toda la rapidez de la que fue capaz.

Todo arreglado. Iré contigo.

CAPÍTULO 17

—Blue, joder, ¡entra en la jaula! —exclamó Ali a punto de perder la paciencia mientras intentaba coger a la gata, que se le escabullía entre las piernas correteando con la cola en alto—. Estoy de los nervios y no tengo tiempo de ponerme a jugar. Frank va a llegar en diez minutos. ¡Entra en la puñetera jaula!

La gata se subió al respaldo del sofá de un salto y se sentó en él muy erguida. Al mirarla, Ali pensó que, con esa actitud, Blue le estaba diciendo que se sentía muy ofendida por sus palabras. La gata la miró fijamente, retándola con sus ojos de un intenso azul.

Ali exhaló con teatralidad.

—Mira, ya sé que no te gusta ni un pelo ir ahí metida, pero no podemos hacer otra cosa. No puedo marcharme y dejarte en casa, sola.

El animal, como si de una conversación se tratara, maulló de manera lastimera. Ali se acercó despacio y la cogió.

—Al fin —le dijo mientras le daba un beso entre las orejas, al que Blue correspondió con un nuevo maullido.

Sin que opusiera más resistencia, Ali la metió dentro de la jaula. No podía llevarla suelta en el coche durante el trayecto hasta el pueblo de Frank. Además, sabía que él llevaría a Pepper. Y era mejor que ambos animales se conocieran a través de los barrotes de sus transportes que cara a cara, porque podrían armar un buen revuelo si fuese de esa manera.

Fue a por su maleta al dormitorio. El nudo que tenía en el estómago le había impedido desayunar aquella mañana. No había visto a Frank desde el día en que se besaron en su apartamento, y la prolongada espera había acabado por hacer mella en su humor y en sus nervios. Habían planeado por teléfono verse el lunes siguiente, después de pasar un fin de semana muy movido con las asociaciones protectoras de animales, intentando conseguirles

hogar a un montón de perros y gatos que habían sido abandonados. Había esperado continuar por donde lo dejaran la noche en que cenaron juntos, pero la llamada de una vieja amiga que había estudiado con ella en la facultad hizo que cambiara sus planes.

Su amiga, Melissa, la llamó muy entusiasmada el domingo por la noche para contarle que el lunes por la mañana le llegaba un caso extraño a su consulta, de esos que no se veían todos los días y sobre el que podrían escribir un artículo para la revista semestral del colegio de veterinarios. Le pidió que fuera hasta Filadelfia, el lugar en el que se había establecido después de terminar la carrera y que estaba a casi hora y media en avión, para que lo valorara junto a ella. Ali ya había estado allí en varias ocasiones y en idénticas circunstancias. Cuando Melissa le mandó el informe del cachorro de rottweiler que tenía un problema severo en la vejiga, Ali supo que no iba a poder perderselo. Así que, aún a su pesar, terminó postergando su reencuentro con Frank hasta el día en el que él iría a recogerla para marchar hacia Clarendon.

Hacía mucho tiempo que no estaba tan nerviosa. La cena que ambos habían compartido había sido muy especial, y lo había pasado muy bien. Pero lo que llegó después lo había sido aún más: Frank besándola como no recordaba que la hubiesen besado nunca, inflamando cada poro de su piel, dejándola sin respiración y con la sangre convertida en fuego líquido.

Ella había estado deseando besarlo durante toda la cena. Aquel momento en que, inconscientemente, le había tendido el pequeño trozo de pan untado con queso y que, al tomarlo él, la yema de su dedo había acariciado su labio de manera accidental había sido su perdición.

Ali sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos. Frank le había contado que quería llegar a Clarendon a mediodía, y si ella seguía recreando en su mente aquel beso una y otra vez, como había estado haciendo hasta ese momento, asaltaría a Frank en cuanto lo viera y no saldrían de su apartamento hasta el día siguiente. Así que pensó que era mejor mantener la mente fría –al menos hasta que llegaran a su pueblo–, aunque su cuerpo le estuviese gritando

lo contrario.

El maullido de Blue la hizo volver a la realidad. Fue hasta su dormitorio, cogió la maleta para regresar luego al salón. Miró a su alrededor y echó un último vistazo al apartamento, asegurándose de que todo quedaba cerrado y en orden, y que no olvidaba nada sobre la mesa o el sofá. Satisfecha, abrió la puerta y salió dispuesta a esperar a Frank en el vestíbulo de su edificio.

No tuvo que aguardar mucho. Apenas ella había dejado la jaula de Blue en el suelo del soportal y sacado el móvil de su mochila, Frank apareció por la entrada, con las llaves de su coche en la mano y una sonrisa sincera en el rostro que la dejó pensando en cómo iba a hacer para recuperar el habla en los siguientes cinco segundos.

Frank se paró frente a ella, clavando sus increíbles ojos azules en los suyos.

—Hola —le dijo con una voz ronca que hizo que un estremeciera de arriba abajo.

—Hola —fue su única respuesta.

Despacio, Frank se acercó para besarla en la mejilla. Buscando algo más que una tímida y recatada caricia, ella giró el rostro, y él terminó besándola en la comisura de los labios, algo que a Ali le pareció absolutamente insatisfactorio. Deseó en silencio que él lo enmendara, que le diera un beso pleno y que la dejara sin saber si había suelo bajo sus pies o no, como había hecho tras la cena. Pero, para su desdicha, Frank se retiró dando un par de pasos hacia atrás.

—¿Lista? —le preguntó.

Con un único cabeceo y dejando escapar el aire de sus pulmones con disimulo, Ali asintió.

—Lista.

Frank se guardó las llaves en el bolsillo de su pantalón y tendió la mano hacia la maleta que descansaba junto a Ali.

—¿La llevo yo?

—Por favor. Blue se está moviendo bastante y desequilibra la jaula.

—No le gusta estar ahí dentro, ¿verdad? —oyó decir a Frank cuando ambos se pusieron en camino hacia el coche.

Ali negó con rotundidad.

—Absolutamente nada. Está nerviosa. Espero que se porte bien durante el viaje.

Llegaron al automóvil, que tenía las ventanillas bajadas. Frank lo había estacionado a pocos metros del edificio; pulsó el mando a distancia y desbloqueó las puertas.

—Bueno, el trayecto no es demasiado largo. Si tenemos que parar para que descansa un poco, paramos —le dijo mientras abría el maletero. Frank había retirado la bandeja posterior y allí, metido en una jaula bastante más grande que la de Blue, estaba Pepper, tumbado tranquilamente. Cuando la vio, las orejas del animal se enderezaron al instante y se sentó, con la lengua colgándole de la boca

—¡Hola, Pepper! —lo saludó Ali con entusiasmo. Puso la palma de la mano sobre la jaula, y el perro se apresuró a acercarse a ella, olisquearla y darle un pequeño lametón como gesto de bienvenida.

Frank intentó organizar el maletero para que entrara la segunda jaula, pero era imposible. No era un espacio muy grande y ahí también iba su maleta. El hombre se incorporó, pensativo.

—Creo que vamos a tener que poner a Blue en el asiento de detrás, junto con tu bolsa.

—Está bien —contestó Ali. Rodeó el coche y abrió la puerta para dejar la jaula sobre el asiento. La gata bufó cuando el hocico de Pepper apareció por encima del respaldo, a través de los barrotes de su propia jaula.

—Es incluso mejor que vaya aquí atrás —dijo Ali mientras sujetaba el transportín con el cinturón de seguridad—. Poner a estos dos juntos puede que no sea buena idea.

Frank rodeó el coche por el otro lado y abrió la puerta del conductor.

—Ya tendrán tiempo de conocerse. No van a tener más remedio —le dijo antes de sentarse tras el volante.

—Blue está acostumbrada a los animales —le dijo Ali cuando se sentó en el asiento contiguo—. Algunas veces la he llevado a la clínica y, otras tantas, he llevado a casa a algunos pacientes para pasar la noche porque tenía que vigilarlos, pero no estaban tan mal como para dejarlos en la clínica. Pero bueno, es un gato, son impredecibles. Es parte de su encanto.

El motor cobró vida de manera sigilosa cuando Frank accionó el contacto.

—Bien, ¿nos vamos?

Ali terminó de colocarse el cinturón y giró la cabeza hacia él.

—Por mí, cuando quieras.

—Bueno, ¿a qué hora vamos a llegar? —preguntó Ali cuando cruzaron el río Merrimack y enfilaron la I-95, cinco minutos después de dejar Newburyport.

Vio cómo Frank buscaba una postura en la que estuviese cómodo para conducir las tres horas que tenía por delante.

—Le dije a Colette que llegaríamos a la hora de almorzar.

Ali se mordió el labio inferior.

—¿Le has dicho que no vas solo?

Él respondió sin perder tiempo.

—Por supuesto. Saben que vienes conmigo.

Ella desvió la mirada hacia la ventanilla que había a su derecha y, por unos minutos, observó el paisaje.

—Cuéntame algo de tu familia —dijo al fin, deseosa de romper ese silencio que, aunque cómodo, era silencio a fin y al cabo—. Me has dicho que Colette es tu madrastra.

—Sí —contestó Frank con un gesto de asentimiento—. ¿Qué quieres que te cuente?

Ali se encogió de hombros.

—No sé... ¿Cuándo se convirtió en tu madrastra? Oye, si hago alguna pregunta indiscreta o que no quieras contestar, me parece bien.

Un ligero pulso apareció en la mandíbula del hombre. Lo vio entornar los ojos y en la comisura de estos aparecieron unas pequeñas arrugas.

—Mi madre abandonó a mi padre cuando yo tenía catorce años. Se marchó sin más —dijo, y Ali creyó entender por el tono de su voz que, pese a todo el tiempo que había pasado desde entonces, ese recuerdo le seguía doliendo.

—Frank, no hace falta que me lo cuentes si no te apetece. No pasa nada.

Lo vio tomar aire y, un segundo después, girar un poco la cabeza en su dirección.

—No me importa. Hace años que no hablo de ello.

Ali colocó una mano sobre la de él, que había dejado descansando sobre la palanca del cambio de marchas.

—Como prefieras.

Frank no hizo el intento de zafarse de su contacto, y ella permaneció de esa manera, sintiendo el calor de la piel masculina bajo la palma de su mano.

—Le dejó una nota a mi padre diciendo que aquella no era la vida que ella había esperado vivir y nos dejó, pidiendo que no la buscásemos —continuó él al fin—. Colette llegó al pueblo unos años después. Era... es una mujer extrovertida y divertida, algo excéntrica. La antítesis de mi madre, que siempre mantenía la compostura, cosa que me costó muchos años entender que había sido una fachada. Bien, pues Colette y mi padre se enamoraron. Casi no viví con ellos porque me marché a la universidad al año siguiente de que se casaran.

Ali sonrió débilmente.

—Me alegro de que encontrara de nuevo alguien a quien querer. Tuvo que ser muy duro, para ambos.

Frank tomó aire.

—Lo fue. Mi padre lo pasó muy mal. Y yo también. No entendíamos nada. No lo vimos llegar. Un día mi madre estaba en la cocina, haciendo la comida y

escuchando la radio, y al día siguiente ya no. Así que me alegré de que hubiese encontrado a una mujer como Colette, que lo hacía reír cuando él mismo ya había olvidado cómo se reía. Winona, mi hermana, nació poco después.

—Os lleváis mucho tiempo.

—Así es. Me acuerdo de ella cuando era un bebé y yo la cogía en brazos. Era una pequeña bolita de cachetes sonrosados y casi sin pelo, y no sabía qué hacer con aquella cosa tan delicada.

Frank no había desviado la vista de la carretera, pero se le habían iluminado los ojos con calidez al hablar de su hermana. Ali sonrió y bajó la mirada para posarla sobre su propia mano, que aún resguardaba en parte la de él. La de Frank era ancha, robusta y sabía que era capaz de acariciarla hasta dejarla sin respiración. Levantó la mirada, dejó que su mano siguiera descansando sobre la de él y volvió a sonreír.

—Debe ser bonito tener una hermana, aunque te lleves tantos años con ella.

—No pude disfrutar mucho de ella. Casi había acabado la carrera y quería trabajar cuanto antes. Así que me marché a Nueva York y dejé Clarendon atrás.

Pepper hizo un pequeño ruido en el maletero que asustó a Blue y que hizo que la gata bufara. Ali se giró para calmar a su animal.

—Tranquila, Blue. Es Pepper, ya lo conocerás luego.

Cuando volvió a reclinarsse sobre su asiento, Frank volteó la cabeza hacia ella levemente.

—¿Está bien?

—Sí, no te preocupes —contestó, intentando quitarle importancia.

Los kilómetros se sucedieron casi sin darse cuenta. Frank era un hábil conductor, que mantenía su atención puesta en todo momento en la carretera que se extendía ante él. El paisaje se fue haciendo más verde conforme se iban adentrando en el estado de Vermont.

—¿Hace mucho que no vas a tu pueblo? —preguntó Ali cuando aún miraba por la ventanilla. Giró la cabeza hacia Frank al oírlo exhalar el aire.

—Pues... casi cinco años.

Los ojos de Ali se abrieron como platos.

—¿Cinco años?

—Sí —corroboró Frank.

—¿Por qué tanto tiempo?

Frank la miró por el rabillo del ojo, y ella vio cómo la comisura de sus labios se alzaba con una sonrisa.

—Deberías haber sido periodista.

Ella estalló en una carcajada.

—Lo siento —respondió cuando fue capaz de recuperar el aliento—. Es lo mismo que me dice Sean cuando me da algún ataque de *preguntitis*, como él los llama. Oye, pero ya sabes...

No la dejó acabar su frase.

—Sí, que no te responda si no quiero. No me importa responderte, me gusta ser sincero contigo.

Ali sintió que un ligero rubor se adueñaba de sus mejillas. Bajó la cabeza para ocultar el embarazo que sentía.

—Gracias por serlo. Eres muy amable.

—No hay de qué —respondió él, para luego mantenerse callado unos instantes hasta que decidió romper el silencio—. Bien, digamos que mi padre y yo no tenemos la mejor de las relaciones. No nos hemos hablado en todo ese tiempo. Tuvimos... diferencias de opiniones, por decirlo de alguna manera.

—Ah, bien.

Frank adelantó a una autocaravana que iba bastante más lenta que ellos y volvió al carril.

—¿No vas a preguntarme por qué?

Ali apretó los labios, sofocando una sonrisa.

—¿Para que me digas que debería haber sido periodista?

—No era un insulto —apostilló Frank al instante, más serio—. No quiero que te sientas incómoda.

—Ya lo sé. Y no estoy incómoda, descuida. —Ali se había movido en el asiento para quedar sentada de lado y así poder tener a Frank ante su vista todo el tiempo. Tomó aire y asintió sin más—. Vale, me rindo, quiero saberlo, ¿por qué tuvisteis diferencias de opiniones?

—A mi padre no le pareció bien que dejara Wall Street y comprara el edificio de Newburyport.

—¿Que no le pareció bien? —preguntó Ali subiendo una octava su tono de voz.

Frank negó lentamente con la cabeza.

—No. Me dijo que era un suicidio económico, un paso atrás en mi carrera y que iba terminar arrepintiéndome tarde o temprano. Entre otras muchas lindezas.

Ali se movió en el asiento, girándose aún más hacia él.

—Bueno, puedo entender que es tu padre y se preocupara por ti. Pero era tu vida, y tu dinero. Salvo el hecho de ser tu padre y de que tú le pidieras consejo, él no podía enfadarse por la decisión que tú habías elegido tomar.

—Eso le dije, pero es muy cabezota. Intentar razonar con él es frustrante. Es como darse contra una pared de hormigón una y otra vez. Colette trató de interceder entre ambos, pero fue inútil. Desde entonces no lo veo.

De repente, Ali se sintió incómoda.

—¿Tienes alguna esperanza de que todo se pueda arreglar entre vosotros?

Oyó a Frank soltar el aire poco a poco.

—Eso espero. Es mi padre y ya no es ningún niño. No quiero tener que arrepentirme por no haber intentado, por todos los medios posibles, arreglar las cosas entre nosotros.

Sin poder evitarlo, Ali le sonrió.

—Eso es algo que dice mucho en tu favor.

Frank no le respondió y se limitó a seguir conduciendo en silencio durante unos kilómetros más.

—Oye, si te apetece descansar un rato, puedo conducir yo —se ofreció Ali.

—No te preocupes. Me encanta hacerlo y mis viajes en coche no suelen ser largos, así que estoy disfrutando de esto —fue el argumento que él esgrimió, acompañado de una sonrisa de medio lado que hizo que el corazón de Ali comenzara a bombear más rápidamente.

La sonrisa de Frank siempre le parecía sincera, ya fuera amplia o más comedida. Y hermosa. Se le iluminaban los ojos cuando lo hacía, y ella a duras penas podía contener el arrebató que le nacía de ir hasta él y besarlo hasta dejarlo sin aliento. No era el lugar ni el momento para ello, así que se mordió el labio, impotente e impaciente.

Y eso le hizo recordar lo que dejaron inconcluso.

—Por cierto, ¿qué tal tu amigo?

Frank giró la cabeza para mirarla con expresión de extrañeza.

—¿Qué amigo?

—¿Sam se llamaba?

O ella estaba equivocada o lo que acababa de atisbar en Frank era un sonrojo que hizo que su nuez subiera y bajara al tragar. Carraspeó y se removió en su asiento.

—Sam está bien. Fue a contarme que su novia está embarazada.

—Ah, genial. Me alegro por ellos, aunque me parece una hora extraña para darle la noticia a un amigo. Y más si te cuélas directamente en su casa. —Ali se dio cuenta de que, tal vez, se había apresurado con sus conclusiones—. ¿O no hay que alegrarse?

—Sí, sí. Ellos están felices por la noticia, pero a Sam lo hace plantearse algunas cosas que había ido postergando.

—¿La paternidad lo asusta?

—No es eso —replicó Frank mientras miraba por el espejo retrovisor y tomaba una nueva carretera que se abría a su derecha—. Está pensando dejar Nueva York, pero no sabe si será la opción correcta.

—Nadie puede saber eso.

Frank le dio la razón con un movimiento de cabeza.

—Exacto. O se arriesga o se queda dónde está, pero viviendo de manera infeliz. Yo lo tendría claro. De hecho, lo tuve tan claro que fue lo que hice. Dejé la Bolsa, dejé Nueva York y me fui a Newburyport. Y jamás he sido tan feliz como lo soy ahora.

Ali no supo qué contestarle. Se veía en su rostro, en la luz que irradiaba, que decía la verdad, sin trampa ni cartón. Se sentó mirando al frente, acomodándose el cinturón que le apretaba sobre el pecho.

—Aunque vino a contarme una buena noticia, le dije que había sido bastante inoportuno.

Antes de volverse hacia él, Ali apretó los labios, conteniendo una sonrisa. Asintió con energía.

—Muy inoportuno —añadió Ali completamente convencida. Unos segundos después, añadió—: Tal vez haya que ponerle remedio a eso en algún momento, ¿no crees?

—En algún momento. Estoy de acuerdo.

Ali, en silencio, deseó que ese *algún momento* no tardara en llegar.

Pararon una única vez, en una gasolinera, para estirar las piernas y llenar el depósito del coche. Frank aprovechó para sacar a Pepper de su jaula, y este correteó durante unos minutos por el césped que había frente a los aparcamientos. Más tranquilo, el perro regresó cuando Frank lo llamó para reemprender el camino.

Llegaron a Clarendon cuando pasaban diez minutos de las doce de la mañana.

Ali no hacía más que mirar por la ventanilla mientras atravesaban la calle principal del pueblo, un lugar en donde el tiempo parecía haberse detenido. En la amplia calle amplia había coches aparcados a ambos lados, delante de los comercios que se alineaban en los bajos de los inmuebles, que apenas sobrepasaban los dos pisos de altura. Gente que entraba y salía de las tiendas con bolsas en las manos, sin prisas. El cielo era de un azul intenso, jalonado

por alguna que otra nube que se movía con rapidez gracias a la brisa del aire que venía de las montañas.

Frank conducía despacio. Ali lo miró de reojo. El aspecto relajado y cómodo que había mostrado durante todo el viaje había desaparecido, para dar lugar a una tensión que Ali podía percibir claramente en el ligero pulso que había aparecido en su mandíbula, en la espalda envarada y en los nudillos blancos por sujetar el volante como si se le fuera a escapar. Movida por un impulso, llevó su mano hasta el antebrazo masculino y le dio un suave apretón. Él apenas giró la cabeza hacia ella y, aunque lo hizo con una sonrisa, esta no alcanzó sus ojos claros.

—Todo va a ir bien, ya lo verás —le dijo en voz baja en un intento de infundirle ánimos.

Frank asintió con cautela y continuó conduciendo.

Atravesaron el pueblo para tomar la última calle a la derecha. El asfalto era antiguo, y había algunos socavones que debían ser arreglados. Blue maulló cuando sintió que su jaula se zarandeaba al pasar sobre uno de ellos. Unos minutos después, a la derecha del arcén, comenzó una cerca de madera rústica pintada de blanco que delimitaba un gran terreno, lleno de árboles y hierba bien cuidada. La cerca se acabó para dar paso a un camino de arena que Frank tomó con precaución.

Al fondo, Ali pudo apreciar una sólida construcción de madera, de dos plantas, pintada en gris y con contraventanas en blanco. Tenía un porche extenso, lleno de macetas y flores que ocupaba todo el frontal de la casa y al que se accedía por cuatro largos escalones. A ambos flancos del edificio había árboles grandes, de verdes y frondosas copas, que ofrecían una apetecible sombra a esa hora del mediodía. Bajo uno de ellos, había una mesa larga de madera maciza y bancos a cada lado.

Frank condujo despacio hasta que llegó a la explanada que se abría ante el porche y detuvo el coche. Por el rabillo del ojo, Ali vio cómo tomaba aire de manera exagerada y lo exhalaba con la boca entreabierta. Se giró hacia él.

—¿Estás bien?

—Lo estoy —le respondió tras unos segundos de espera. Frank asintió con vigor como si con ese gesto intentara infundirse el ánimo que parecía faltarle—. Vamos. —Y abrió la puerta sin esperar un segundo más.

Ali lo imitó. La brisa limpia le acarició el rostro, y cerró los ojos para tomar aire y llenar los pulmones por completo. Solo se oía el sonido de algunos pájaros cantar y el susurro de las hojas de los árboles. Los dos rodearon el coche para detenerse frente a él. Fue entonces cuando la puerta de la casa se abrió, chirriando levemente, y una mujer apareció en el umbral. Con el pomo aún en la mano y sin moverse, en su rostro asomó una sonrisa que, aún desde la distancia, Ali podía asegurar que le nacía del corazón.

Con paso ágil, la mujer comenzó a bajar las escaleras, y tanto Ali como Frank anduvieron unos pasos para acortar las distancias entre ellos. Llegaron hasta ella cuando acababa de dejar atrás el último escalón. Ali se quedó un poco rezagada a propósito, no quería interferir en el reencuentro de Frank con su familia. Era un momento importante para él, eso no hacía falta que se lo dijera, ella sola lo había podido intuir por la manera en que le había hablado de todos ellos durante el viaje.

La mujer volvió a sonreírle.

—Frank —le dijo con voz dulce mientras abría sus brazos—. Ven aquí.

Él cubrió los últimos pasos que los separaban y la mujer se echó en sus brazos. Ali los vio fundirse en un cálido saludo. Frank aferró los hombros de la mujer —por su edad, supuso que era Colette— apoyando su mejilla contra la sien femenina. Podía ver de frente la expresión de ella, sonriente, con los ojos cerrados tras sus pequeñas gafas redondas de cristales amarillos. Unas reveladoras lágrimas aparecieron de repente y rodaron por sus mejillas.

Tras unos largos instantes, Colette se separó de él, lo tomó de las manos y lo miró de arriba abajo.

—Estás estupendo, Frank. Tan guapo como siempre —la oyó decir. Colette era una mujer de mediana edad, delgada y un palmo más baja que Frank. Intuía que su larga melena, que le llegaba hasta la cintura, había sido oscura en sus años jóvenes, pero ahora estaba vetada por mechones plateados. Vestía una

camiseta de tirantes que dejaba al descubierto sus hombros y sus brazos. y una larga falda, vaporosa y colorida, que le llegaba hasta los pies. Unas sandalias de cuero completaban su particular atuendo. Giró la cabeza para clavar la mirada en Ali.

Esta se sintió nerviosa de repente bajo el escrutinio al que la sometió Colette, aunque tenía que admitir que la mujer no había dejado de sonreír ni un solo instante.

—Tú debes de ser Ali, ¿no es cierto? Bienvenida —la saludó cuando se acercó hasta ella y le estampó un efusivo beso en cada mejilla.

Colette la observó tal y cómo había hecho con Frank: tomándole las manos y mirándola de arriba abajo.

—Eres una preciosidad, Ali. Espero que Frank te lo diga a menudo porque lo eres.

Ali sintió que se sonrojaba hasta la raíz del pelo.

—Sí, descuida —le contestó. Ali buscó a Frank, para encontrarlo a unos pocos pasos de distancia y con la mirada fija en ella. Por unos brevísimos instantes Ali deseó perderse en sus ojos.

—¡Frank! —oyeron exclamar desde la casa y todos giraron hacia el porche, desde donde había procedido el grito.

En lo alto de las escaleras había aparecido una joven, con el pelo tan largo como el de Colette pero en un vistoso tono dorado, sembrado de mechaz más oscuras. Madre e hija —porque para Ali no había dudas de que era la hija de Colette y la hermana de Frank— vestían de manera similar: con una larga falda que se levantó de inmediato hasta la rodilla para que no se arremolinara entre sus piernas mientras bajaba las escaleras. En cuanto llegó al último escalón se lanzó a los brazos de Frank como un pequeño torbellino.

—¿Quién se supone que eres tú? —preguntó Frank, conteniendo la risa. Abrazó con fuerza a la joven y la levantó del suelo.

Ella le dio un golpe en el hombro.

—Eres tonto. ¿Quién voy a ser? Soy tu hermana, burro.

Frank la soltó, dando un paso hacia atrás para negar con la cabeza. Aunque lo pretendiera, él era incapaz de borrar la sonrisa de sus labios.

—Imposible. Mi hermana es así de bajita —dijo señalando a la altura de su propio hombro—. Y es una niña. *Usted* es toda una mujer.

La joven volvió a rodearlo con sus brazos con todas sus fuerzas.

—Te he echado de menos, idiota.

Esta vez, Frank la abrazó, tomándola por los hombros y pegándola a él todo lo que pudo. Colocó su barbilla sobre la cabeza de la chica, y Ali lo vio cerrar los ojos, feliz.

—Yo también te he echado de menos, enana.

Ali no podía parar de sonreír al ver ese cuadro desarrollarse ante ella. La joven saltaba y besaba a Frank de manera entusiasta, feliz de su llegada, mostrándole así la alegría que sentía y a lo que Frank correspondía con un abrazo cuando la joven dejaba momentáneamente de brincar. Al mirarla, Ali consideró que la chica era una versión más joven de Colette, pero podía ver ciertas expresiones faciales que le recordaban a Frank. Y también sus ojos: azules, francos y vivos. Verlos a los dos le levantó el ánimo y se alegró de haber aceptado ir con él hasta allí.

En ese momento, la joven desvió la mirada hacia Ali. Soltó a su hermano y se acercó a ella.

—Soy Winona, y tú eres Ali, ¿verdad? —la saludó, para estamparle dos efusivos besos que dejaron en pañales a los de su madre—. Pero puedes llamarme Winnie. Winona me hace pensar que soy una mujer mayor.

Colette se acercó a su hija, y miró a Frank y a Ali alternativamente.

—Vamos, entrad. El almuerzo está casi listo.

Como si de repente le hubiesen echado un jarro de agua fría por la cabeza, la sonrisa de Frank se evaporó.

—¿Está mi padre en casa? —lo oyó preguntar. Ali pudo intuir cierto tono vacilante en su voz.

Colette negó con la cabeza.

—No. Pero está a punto de llegar. Tenía unos asuntos en la granja de Warren. Me dijo que estaría aquí para la hora de comer.

Su hermana enlazó su brazo con el de Frank.

—Entremos.

—Creo que es mejor que vaya antes a casa —respondió Frank, con la espalda envarada y el rostro serio—. Tenemos a los animales en el coche y no podemos dejarlos ahí.

Su madrastra asintió con vigor.

—¡Claro! ¡Pobrecitos! Espera, que voy a por la llave. —Y con paso rápido, subió los escalones del porche y entró en la casa.

Winnie se giró hacia su hermano.

—La hemos limpiado de arriba abajo. Hacía mucho tiempo que estaba cerrada y necesitaba que la airearan.

—Gracias.

Las manos de la chica buscaron la de su hermano.

—De nada —le correspondió ella—. Ya verás. Hemos comprado algunas cosas nuevas, y la casa parece otra.

—No teníais que tomaros tantas molestias, de verdad.

Su hermana hizo un gesto con la mano.

—No pasa nada. No ha sido mucho sacrificio. Lo realmente importante es que has venido para mi cumple—. Y volvió a abrazarlo con efusividad.

Colette llegó, meneando una llave en el aire.

—Aquí está. Venga, daos prisa en instalaros. Os esperamos para comer.

Frank tomó las llaves.

—Gracias, Colette.

Ella los urgió con un gesto.

—¿Qué estáis esperando? Los pobres animales se deben de estar cociendo ahí dentro.

Tomando al pie de la letra la orden de la mujer, Ali y Frank regresaron al coche. Pepper los recibió con un ladrido que hizo bufar a Blue.

—Bueno, hagámosle caso. Vamos a mi casa —le dijo Frank mientras ponía en marcha el motor.

CAPÍTULO 18

En cuanto bajaron del coche, Frank se apresuró a abrir el maletero. Pepper se movía como podía dentro de la jaula, inquieto ya, y seguramente bastante harto de tanta inactividad.

—Quieres salir, ¿verdad? —le dijo mientras abría la puerta del transportín. Sin darle tiempo a reaccionar, Pepper saltó de la jaula y corrió como si la vida le fuera en ello. Frank lo observó, divertido. El animal correteó hasta un árbol, lo rodeó y se perdió tras él. Un segundo después, lo hacía en dirección a otro y luego hacia otro más, con las orejas levantadas, un meneo incesante de rabo y la lengua colgándole como si se quisiera salir de su boca.

Ali llegó hasta él, con la jaula de Blue en brazos, que ya había sacado de la parte de atrás del coche.

—Te advierto que se está adueñando de todo.

Frank rio con ganas para seguir mirando a su perro, deambulando feliz por las zonas de verde hierba que había a ambos lados del camino. Cuando el animal pareció calmarse, Frank se giró hacia Ali, que esperaba a su lado.

—¿Vamos a dejar dentro todo esto?

Ella asintió con convicción.

—Sí. Blue también tiene ganas de salir —le dijo mientras señalaba con un gesto de la barbilla al transportín en el que estaba encerrada la gata. Frank tomó su maleta y la de Ali y la guio hacia la casa.

La cerradura se abrió con facilidad, y Frank empujó la puerta. Parecía que acababa de ser engrasada, pues no chirrió lo más mínimo, algo que hubiese sido lo más normal después de llevar cerrada cinco años.

El interior estaba como lo recordaba: el amplio salón dividido en dos por un mueble bajo de cajones, que delimitaba un imaginario pasillo. A la derecha estaba la zona de estar, con una mesa de comedor, un confortable sofá cerca de la chimenea y, delante de este, una mesita de café. Al otro extremo de la

estancia estaba la cocina, abierta al salón y con dos grandes ventanales que daban al porche. Colette y Winnie habían adecentado el lugar y colocado dos jarrones con fragantes flores amarillas, uno sobre la mesa y el otro sobre aparador.

Entró, seguido de cerca por Ali.

—Esto es muy acogedor —dijo mientras paseaba su mirada por la estancia—. Creí, cuando me hablaste de *tu casa*, que te referías a la casa de tu padre.

Frank soltó las maletas junto al sofá.

—Le compré a mi padre este pequeño trozo de parcela con el primer dinero que gané en la bolsa —le confesó con cierta nostalgia al recordar aquellos años—. No quería que le pagara nada, pero yo insistí. Al final, aceptó el dinero, pero una cantidad muy inferior a su precio de mercado.

—Entiendo. Fue muy generoso por su parte.

Convencido, Frank asintió.

—Lo fue. Por aquel entonces yo estaba a punto de casarme y quería tener aquí una casa.

—Claro. Es comprensible —le contestó ella con una sonrisa.

Los ojos de Ali encontraron los suyos, y Frank olvidó de lo que estaban hablando. Ella sonreía abiertamente, con las mejillas sonrojadas por el sol y un brillo especial en sus ojos verdes. Estaba preciosa. Y él deseaba besarla lo antes posible.

—¿Me enseñas la habitación, por favor? —le pidió ella haciendo un gesto con los hombros—. Esta jaula pesa, y Blue está loca por salir de aquí.

La petición de la mujer lo hizo volver a la realidad. Frank asintió con premura.

—Claro. Sígueme.

Pasaron por un pequeño pasillo al cual daban tres habitaciones: una al fondo y otras dos, a derecha e izquierda, enfrentadas. Frank abrió la puerta de la derecha y dejó que Ali entrara delante de él.

Colette y Winona se habían asegurado de que todo estuviera preparado para

ellos. La ventana de la habitación, que daba a la fachada principal de la casa, estaba abierta y por ella entraba una ligera brisa que hacía ondear los visillos de encaje que pretendían detener el brillante sol de mediodía, sin conseguirlo.

Las paredes continuaban pintadas en el mismo color amarillo que él recordaba, pero la colcha era distinta. Habían dejado sobre ella toallas limpias y, sobre la cómoda, otro pequeño jarrón con unas diminutas flores violeta.

—Es muy bonito —comentó Ali, que miraba todo a su alrededor. La mujer dejó en el suelo, pegada a la pared, la jaula que portaba y sacó de ella al animal, que maulló de manera lastimera—. Listo, ya estás fuera —le dijo a su gata, haciéndole un arrumaco y besándola con cariño entre las orejas.

Blue volvió a maullar y saltó de los brazos de su ama al suelo.

—Se entretendrá en revisar cada rincón.

Frank tardó unos segundos en advertir que el animal había abandonado la habitación; estaba absorto en Ali y no deseaba mirar a nada o nadie más que no fuera ella. Dio un paso en su dirección, reduciendo la distancia que los separaba. La tomó suavemente de los antebrazos y la acercó hasta él.

Los ojos de Ali estaban fijos en los suyos. Incluso creyó adivinar cierta expectación en ellos. Su creencia se vio confirmada cuando ella buscó sus labios y lo besó con lentitud, como si se sintiera insegura de lo que estaba haciendo. Frank no quiso que dudara lo más mínimo sobre cuánto deseaba él que lo besara y le respondió atrayéndola hacia él para pegarla a su cuerpo. Quería abrazarla y sentirla, quería arrancarle gemidos cuando la besara. La quería por completo. Se adentró en la boca femenina con lentitud y obtuvo como premio un suspiro de sus labios que encendió su cuerpo. Ali lo rodeó con sus brazos, como si no quisiera dejarlo escapar. Él no pensaba irse a ninguna otra parte. La cabeza le daba vueltas. Había estado deseando besarla desde que la vio aquella mañana delante de su edificio, y su deseo solo había ido creciendo conforme pasaban los kilómetros y las horas.

Aunque notó reticencia en ella, como si estuviese luchando contra sus propios deseos, Ali dejó de besarla.

—Frank, nos están esperando para comer. Si seguimos así, no vamos a salir de aquí —susurró contra sus labios.

Con absoluta desgana, se separó de ella. Encontró los verdes ojos a pocos centímetros de los suyos, y su cuerpo reaccionó de manera traidora. Intentando insuflar algo de cordura a su mente, trató de que los latidos de su corazón volvieran a la normalidad, dio un par de pasos hacia atrás, aunque sin dejar de mirarla.

—Sí, vámonos. —Suspiró mientras se rendía ante los hechos—. Porque no voy a conformarme con unos minutos robados contigo y un polvo rápido.

El negro de las pupilas de Ali había engullido el intenso verde, y habría jurado que la respiración de ella se había hecho más rápida y errática al escuchar sus palabras. No le había dicho más que la verdad: quería tener horas por delante para que hicieran el amor, la noche o el día entero para tenerla entre sus brazos.

Al fin, Ali le sonrió, alzando la comisura de los labios. Ella buscó su mano y se la apretó.

—Retomaremos esto, y lo del viernes, esta noche. Palabra. —Y le acarició la mejilla. Frank besó su mano de manera fugaz y asintió.

—Vámonos, antes de que me arrepienta y mande la compostura al cuerno —masculló entre dientes, no sin antes robarle un rápido beso.

Salieron para buscar a Pepper y les costó dar con él. Lo encontraron tirado bajo un árbol, a la sombra, descansando de las interminables carreras que, con total seguridad, habría dado. Frank solo tuvo que preguntarle si quería comer para que el perro se levantara como si lo hubiera picado algún insecto. Ali y Frank rieron con ganas ante tal muestra de entusiasmo y, poniéndole la correa, él lo metió de nuevo en el maletero, aunque esta vez sin su jaula.

Recorrieron la distancia que separaba ambas casas, y Frank aparcó de nuevo delante de la de su padre. Allí había un coche que antes no estaba: una camioneta grande y algo anticuada, con la pintura ya descolorida por el sol y

el paso del tiempo. Recordaba el año en que su padre la había comprado: apenas había sacado el carnet de conducir y él dejó que la cogiera por el sendero que llegaba hasta la casa. Aunque quisiera, y por muchos años que pasaran, no podría olvidar aquel día.

Notó cómo los músculos de la espalda se le tensaban. Estaba deseando ver a su padre y darle un abrazo, pero temía encontrarse con una bienvenida fría y distante. No ponía en duda el cariño que su padre sentía por él, pero a veces aquel hombre parecía un témpano de hielo. Hasta que fue bastante mayor, no había sabido darse cuenta del carácter estoico y austero de Robert Bradley. Las muestras de cariño entre sus padres cuando él era un niño se habían caracterizado por apenas existir: nada de besos robados en la cocina, mientras su madre cocinaba, o sonrisas cómplices entre ambos. Que su padre quiso a su madre, no tenía ninguna duda; que se lo hubiese sabido demostrar en los años que duró su matrimonio, eso ya era otro asunto.

—¿Frank?

La voz de Ali lo sacó de sus pensamientos. Forzó una sonrisa cuando su mirada se posó en ella.

—Dime.

—¿Te ocurre algo?

Los ojos de Frank viajaron sin pretenderlo hasta el otro vehículo.

—Es el coche de tu padre, ¿no es cierto?

Con cautela, Frank asintió.

—Sí.

La mano de Ali agarró la suya y la apretó con fuerza.

—Ya te lo he dicho antes: todo va a ir bien, ya lo verás. Se alegrará de verte.

Frank sentía cada músculo de su cuerpo en tensión.

—¿Y si no se alegra de verme? —le preguntó aunque, en realidad, era a él mismo a quién se hacía esa pregunta—. No conoces a mi padre, Ali. Es un buen padre, y un buen hombre, pero su fuerte no es demostrar sus sentimientos.

Y en muchas ocasiones lo puede su orgullo.

Sabía que no debería sentirse de esa manera, pero no podía evitarlo. Percibió la mirada de Ali clavada en él y la buscó, deseando que ella tuviera alguna respuesta que ofrecerle. No la tenía. Debería conformarse con lo que ya le había dado: su apoyo y sus buenas intenciones. Deseó fervientemente poder estar tan convencido como lo estaba ella. Despacio, echó la cabeza hacia atrás y la dejó caer sobre el reposacabezas para tomar aire. Sus pulmones se llenaron, expandiéndose en su pecho. Se agarró con fuerza al volante y, sin esperar más, lo golpeó con suavidad con ambas manos.

—Vale. Vamos. —Salió del coche, sacó a Pepper del maletero y cerró el portón tras de sí. Unos ligeros toques en el cristal desde el interior llamaron su atención. Frank volvió a abrir su puerta, y Ali se inclinó hacia su lado, sobre el asiento, para mirarlo.

—Te has dejado las llaves puestas —le dijo mientras las señalaba con el dedo.

—Aquí no se lo va a llevar nadie, tenlo por seguro.

Un momento después, Ali se colocaba a su lado para subir las escaleras de la casa. Antes de poner un pie en el primer escalón, la mano cálida de ella se coló en la suya, enlazando los dedos con los de él. Frank la miró, agradeciéndole en silencio aquel simple gesto que para él significaba tanto. Ella asintió con una sonrisa.

—De nada —contestó Ali como si hubiera oído sus pensamientos.

Sin aguardar un segundo más, ambos subieron a la par. Frank empujó la puerta y tocó con los nudillos una vez que esta estuvo abierta.

—Colette, estamos aquí.

La mujer apareció de repente, limpiándose las manos con un paño de cocina, con el pelo recogido en una coleta alta y una sonrisa iluminando su rostro.

—¡Estupendo! —exclamó mientras hacía un gesto con los brazos abiertos para, enseguida, fijar su atención en Pepper, que se había sentado junto a las piernas de Frank—. Vaya, yo a ti no te conozco.

—Es Pepper, mi perro. Espero que no te importe que lo haya traído. No he querido dejarlo solo en casa.

La mujer hizo un gesto amplio con la mano.

—¡Claro que no me importa! Vamos a llevarlo a la cocina y allí le damos algo de comer, ¿de acuerdo?

Los tres siguieron a la mujer hasta la cocina, situada en la parte de atrás de la casa. Frank no la recordaba de esa manera. Habían cambiado los muebles y agrandado la ventana que daba al patio trasero. Colette buscó un par de cuencos, los puso en el suelo y rellenoó uno con agua y el otro con algo de carne de pollo y arroz que, seguramente, constituían parte de lo que ellos mismos almorzarían. Pepper se relamió con entusiasmo mientras la mujer procedía a prepararlos y tiró de la correa para acercarse hasta los comederos. Frank lo soltó, y el animal tardó menos de un segundo en comenzar a dar cuenta de su succulento festín. Mientras Colette le acariciaba el lomo con una sonrisa de satisfacción en su rostro, levantó la vista hacia ellos.

—Vamos, ya está puesta la mesa.

Frank y Ali fueron tras los pasos ágiles de la mujer hasta el salón. La estancia no había cambiado y estaba tal y como la viera la última vez que estuvo allí: los muebles oscuros y pesados, las cortinas de vivos colores, el sofá con una colcha sobre él, protegiéndolo, y libros —la gran pasión de Colette— apilados en las estanterías y desperdigados por todas partes.

Winnie estaba terminando de colocar los cubiertos y los vasos. Levantó la cabeza y los obsequió con una amplia sonrisa.

—Creí que ibais a tardar más en venir. —Y les guiñó un ojo de una manera cómplice que hizo que Frank enrojeciera sin pretenderlo.

—¿Necesitas ayuda? —oyó decir a Ali a su lado. Winnie negó con la cabeza.

—No, deja. Ya casi está todo listo.

Frank acababa de girar sobre los talones de sus zapatillas deportivas para ir hacia la cocina cuando se encontró frente a frente con su padre. El hombre estaba parado en el vestíbulo, con las manos metidas en los bolsillos de sus

característicos pantalones de faena. Había algunas canas más en su espeso pelo, así como alguna arruga más alrededor de sus ojos, pero consideró que el tiempo lo había tratado bien. Aún se lo veía vigoroso, con esos anchos hombros y sin haber ganado peso.

Frank sintió que la garganta se le cerraba y que ninguna palabra podría salir de ella. Tener a su padre allí, a esa corta distancia, lo hizo darse cuenta de cuánto lo había echado de menos. Dejándose llevar por sus pies, se acercó hasta él para pararse a poco más de un metro. Ambos se miraron por unos instantes, en silencio, hasta que su padre extendió el brazo hacia él, ofreciéndole su mano.

—Frank —dijo a modo de saludo mientras lo acompañaba de un suave cabeceo.

Oírlo usar su nombre de pila lo golpeó en el estómago. Había sido un estúpido al pensar que su padre lo iba a recibir con un abrazo, una cariñosa palmada en la espalda y diciéndole que él también lo había echado de menos. Apretó los dientes y correspondió al gesto alargando su mano.

—Papá.

Unas pisadas a su espalda y la aparición de Ali a su lado evitaron que diera media vuelta y se alejara de él.

—Buenas tardes, señor Bradley. Soy Aliena, amiga de Frank. —Le tendió la mano. Cuando él se la estrechó, ella lo saludó con entusiasmo y con una sonrisa abierta y sincera, que hizo que las comisuras de la boca de su padre se ensancharan ligeramente.

—Encantado, Aliena —dijo con voz ronca.

Colette apareció en ese momento con una fuente entre las manos, procedente de la cocina.

—Vamos a sentarnos, que esto se enfría. Por cierto, Frank, tu perro se lo ha zampado todo y ahora está dormitando debajo de la mesa de la cocina —le contó la mujer con una sonrisa de oreja a oreja.

Winona le indicó a Ali dónde podía sentarse, y Frank lo hizo a su lado, lejos de su padre, que había ocupado su lugar en la cabecera de la larga mesa.

No se sentía con fuerzas para hablar con él. Incluso dudaba que pudiese mirarlo sin que él viera en sus ojos el reproche que sentía por su fría acogida. Frente a Ali, a la izquierda de su padre, estaba Colette y frente a él, su hermana.

Colette era toda sonrisas y buenas palabras. Se había soltado el pelo, que le caía lacio hasta media espalda, y se había despojado del delantal. La mesa era un festín de diversos platos: zanahorias con guisantes, una ensalada de patata y brócoli, además del arroz con pollo del que antes había sacado un cuenco para Pepper. Colette se apresuró a servirles a ellos primero y lo hizo con generosidad. Por el rabillo del ojo observó a Ali, que obsequiaba a su madrastra con elogios por lo apetitosa que se veía la comida. Y era cierto, pero él había perdido el hambre por completo.

Cuando Colette se sentó, todos comenzaron a comer. La mujer parecía decidida a someter a Ali al tercer grado, y esta no ponía ninguna objeción en satisfacer su curiosidad. Colette se interesó por el viaje y por cómo era vivir en un lugar como Newburyport, tan cerca del mar.

—Así que eres amiga de mi hermano —añadió Winona, dispuesta a unirse a la batería de preguntas.

Ali cabeceó con energía antes de llevarse un trozo de pollo a la boca.

—Sí.

La chica torció el gesto, entre pensativa y divertida.

—Pero, ¿amigos con derecho a roce o no?

Frank casi se atragantó con el sorbo de cerveza. Ali, en cambio, prorrumpió en una carcajada.

—No creo que eso te importe, Winnie —le contestó Frank a su hermana cuando fue capaz de articular palabra. Sintió la mirada divertida de Ali en él. Los ojos le chispeaban y apretaba los labios intentando contener a duras penas una nueva carcajada.

La chica se encogió de hombros y pinchó un par de guisantes casi de manera casual.

—Bueno, no me importa, claro. Era simple curiosidad. Quería saber si iba a tener una nueva cuñada, eso era todo.

Por unos momentos, todos callaron y volvieron a lo que había en sus platos. Frank dio gracias en silencio por que su hermana parecía haber desistido de tocar el tema y que hubiese acabado con ese repentino interés por su vida amorosa.

—Mamá —dijo Winnie mientras se acodaba sobre la mesa—, ¿te acuerdas cuando me regalaste mi primera caja de condones? Incluiste una notita que decía «Úsalos con cabeza».

Frank pensó que su hermana siempre lograba sorprenderlo. Y esa ocasión no había sido diferente.

Colette pareció considerar las palabras de su hija hasta que una amplia sonrisa cruzó su rostro.

—¡Ah, sí! Cierto, cierto.

Sintiendo que se estaba poniendo rojo, Frank torció el gesto y se rascó un ojo, nervioso, con el talón de la mano.

—No me puedo creer que estemos hablando de esto.

—No hay que avergonzarse de nada, Frank. En esta casa se habla de sexo con total normalidad. No es un tabú.

Los ojos de Frank se dirigieron hacia su padre. El comentario de Winnie parecía no haberlo sorprendido en absoluto y se mantenía con su atención fija en la comida que había en su plato. Dejó de mirar al hombre para recalar en Colette, intentando encontrar en ella a una aliada que hiciese callar a la curiosa de su hermana. De la mujer solo obtuvo un encogimiento de hombros y una mueca de resignación.

—Frank, hijo —habló Colette después de masticar un pequeño trozo de brócoli—, mis padres era *hippies*, de los auténticos, de los que fueron a Woodstock en el 68. Yo tenía trece años cuando estuve allí con ellos. Creo que yo soy la culpable de que tu hermana haya salido así, aunque no me arrepiento de nada. —E hizo un gesto con la mano, le guiñó un ojo y añadió—: Paz y amor.

—En eso tienes razón —oyó decir a su padre. Giró la cabeza en su dirección, sorprendido. El hombre terminó de masticar lo que tenía en la boca y se limpió los labios antes de continuar hablando—: Ella ha salido a ti.

Frank volvió a mirar a su hermana y clavó sus ojos claros en los de ella, que se asemejaban mucho a los suyos.

—Me parece muy bien que no haya tabúes en esta casa. Pero si el objetivo de todo esto es ponerme incómodo... muy bien, lo has conseguido. Además, no me interesa escuchar nada de tu vida sexual. ¡Dios! No me puedo creer que le esté diciendo esto a mi hermana pequeña.

Winnie alzó la barbilla.

—Soy tu hermana, pero ya no soy pequeña. Menor es la palabra adecuada —le contestó para, a renglón seguido, obsequiarlo con una sonrisa que le iluminó el rostro por completo—. Me encanta ver cómo te sonrojas, es como si hubieses lamido un pimiento picante. Tranquilo, ya no voy a hacer más preguntas indiscretas... por ahora.

Esas palabras lo aterraron. Su hermana se había convertido en una mujer, pero el sentido del humor que había esgrimido durante toda su infancia no había hecho otra cosa que volverse más cáustico al crecer. Frank miró de reojo a Ali. Ella parecía estar pasándoselo en grande con las pequeñas puyas que le lanzaba Winnie. Ali pareció ser completamente consciente de su mirada sobre ella. Giró la cabeza para encontrar sus ojos. La vio encogerse de hombros.

—A mí no me mires. Creo que estas cosas ya no me afectan. Yo tengo a Jimmy, que me hace las mismas preguntas. O peores. Estoy curada de espanto.

—¿Quién es Jimmy? —preguntó la joven con genuino interés.

—Mi compañero de trabajo y mi mejor amigo, junto con Sean. Te caerían bien. Tampoco se andan con tapujos a la hora de preguntar *ciertas cosas*.

Winnie bufó con exageración.

—Pues espero que tu compañero tenga más suerte a la hora de sonsacarte algo, porque yo estoy fracasando estrepitosamente con mi hermano.

Frank intentó que Winnie no viera la sonrisa que estaba a punto de traicionarlo. Tenía que admitir que todo ese asunto tenía su gracia. Así que terminó sonriendo y agradeciendo en silencio que la actitud de su hermana le hubiese quitado por unos momentos de la cabeza la fría bienvenida de su padre.

—Ali, ¿te gustaría ayudarnos a mamá y a mí mañana a decorar el patio de atrás para la fiesta? —preguntó Winnie.

Ali asintió sin dudar.

—¡Claro! Estaría encantada de poder hacerlo.

—Muy bien —replicó su hermana con una sincera sonrisa—. Iré a buscarte por la mañana, ¿te parece bien?

Ali, Colette y su hermana siguieron charlando el resto del almuerzo. Frank sintió que se había podido relajar a pesar del intercambio con Winnie y del mutismo de su padre. Ambas mujeres habían intentado incluirlo en la animada conversación varias veces, pero solo obtuvieron gestos de asentimiento o algún que otro encogimiento de hombros, sin que dejara de prestar atención ni una sola vez a su plato. Colette y Ali parecían haber encajado bien: hablaban y reían mientras daban buena cuenta de la comida. Estaban a punto de acabar el postre, una tarta de manzana exquisita, cuando un teléfono móvil sonó. Frank miró a Winnie, sentada frente a él, hasta que se percató de que el sonido procedía del lugar que ocupaba su padre.

El hombre sacó el pequeño aparato del bolsillo de su pantalón y contestó.

—Dime, Andy.

Todos lo vieron asentir con el mismo gesto serio que había mantenido durante el almuerzo.

—Bien, no te preocupes. Voy para allá y te echo una mano.

Y colgó para levantarse inmediatamente de la mesa.

—Por favor, perdonadme. Un amigo tiene un problema con una vaca que se le ha puesto de parto, y parece que la cosa no va bien.

Ali se levantó como si la hubiesen accionado con un resorte.

—¿Puedo ir con usted?

La mirada de su padre se desvió de inmediato hacia él.

—Ali es veterinaria —indicó Frank.

Por los ojos claros del hombre cruzó un fugaz destello de sorpresa, y Frank pudo apreciar en sus labios el primer atisbo de sonrisa desde que llegaron.

—Vaya.

Ali asintió con un único gesto.

—Sí. ¿Podríamos ir Frank y yo con usted? Puedo echarle un vistazo a esa vaca.

El padre de Frank no tardó en claudicar.

—Está bien. El viejo McMillan, el veterinario del pueblo, está en Siracusa, visitando a sus nietos. No tiene planeado venir hasta dentro de una semana. Y puede que nos haga falta uno si, en verdad, el parto se ha complicado.

Sin aguardar una palabra más, Ali miró a Colette con expresión contrita.

—Espero que no te importe que me marche. Todo estaba buenísimo.

Colette hizo un gesto con la mano.

—No me importa. Iros, anda. Ya recogeremos todo esto Winnie y yo.

Ali se giró hacia él, con la expresión exultante, la misma de un niño al que Santa Claus le ha traído el juguete que deseaba tener. Ella le sonrió, y Frank no pudo evitar corresponderle de igual manera.

—Bien, vámonos. Esa vaca no va a estar esperando todo el día —oyó decir a su padre.

Al momento, Ali y él salieron en pos del hombre, que se adelantó a grandes zancadas para guiarlos hasta su camioneta.

—Será mejor que vayamos en el mío —dijo mientras abría la puerta—. El camino es algo difícil y no sé si ese coche vuestro podrá llegar sin quedarse atascado en un hoyo.

Frank apretó los dientes ante sus palabras. No le apetecía ir en el mismo vehículo que él, pero Ali ya había entrado en la parte de delante y ocupado el sillón del centro. Con reticencia, Frank se sentó a su lado y cerró la puerta con

un poco más de fuerza de la necesaria.

—Señor Bradley... —dijo Ali cuando se hubo puesto el cinturón. Su padre la interrumpió.

—Llámame Robert —le dijo con voz seria mientras ponía en marcha el vehículo y salían por el camino de la propiedad.

Frank torció el gesto ante la petición de su padre a Ali. Sin esperarlo, y sin que ella lo mirara siquiera, los dedos de Ali se entrelazaron con los suyos, agarrándolos con fuerza. Frank correspondió al gesto, apretando con suavidad a su vez.

—Bien, Robert, cuénteme, ¿sabe cómo está el animal?

Robert negó, tajante.

—Solo sé que es una vaca primeriza. Debería haberse puesto de parto dentro de dos semanas. Según me ha dicho Andy, ha estado rara todo el día y se ha alejado de las demás. La ha sacado del corral y la ha puesto sola.

Vio a Ali asentir.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—Apenas diez minutos.

Frank giró la cabeza hacia su izquierda para encontrar los ojos de Ali clavados en él, con su hermosa sonrisa prendida en los labios y un brillo de expectación que le hizo olvidar los desplantes y el mutismo de su padre.

Llegaron al linde de la propiedad de Andrew Collins —al que su padre seguía llamando Andy aunque Frank sabía que ya había rebasado la sesentena— diez minutos después. La granja era extensa y la camioneta se bamboleó por los estrechos y embarrados carriles hasta que llegaron a una construcción de madera oscura, precedida por una amplia extensión de tierra cercada.

Su padre detuvo el vehículo, y todos bajaron del coche en cuanto el motor de este dejó de rugir. Robert abrió el trozo de valla que hacía las veces de entrada al cercado y se dirigieron hacia el edificio. Las grandes puertas dobles que dominaban el frente de la construcción estaban abiertas de par en par, y todos cruzaron.

El olor a animal mezclado con el de la paja asaltaron a Frank de lleno al poner un pie en el establo. Era un olor que asociaba con su infancia, cuando iba a las granjas de sus amigos a bañarse en las albercas en los días de verano.

La primera parte del establo era un gran espacio diáfano, con techos muy altos de vigas vistas, aunque se podía escuchar el arrullar de algunas palomas que debían tener allí sus nidos. Al fondo, una puerta dividida en dos daba acceso a los establos.

—Andy, soy Robert —gritó su padre, anunciando así su presencia.

Por el hueco de uno de los cubículos apareció la cabeza de un hombre.

—Estamos aquí —le gritó alguien a su vez. Todos se dirigieron hacia allí redoblando el paso.

Cuando llegaron, los tres se detuvieron en el umbral. Dentro de la cuadra estaba el amigo de su padre, Andrew Collins, acariciando el cuello de una vaca que no paraba de mugir. Sin perder tiempo, Ali sobrepasó a Frank para adelantarse con largos pasos y se aproximó hacia animal y dueño, sin darle ninguna importancia a que el calzado que llevaba no era el más adecuado para un lugar como ese.

—Hola, soy Ali —se presentó en cuanto llegó hasta donde ambos estaban—. Me ha dicho el señor... Robert, que la vaca se ha puesto de parto.

Andy, un hombrecillo menudo y delgado, con el pelo casi blanco, la miró como ojos entornados y suspicaces.

—No quiero ser descortés, señorita, pero ¿por qué quiere saberlo?

Ali chasqueó la lengua.

—¡Ah, sí, perdone! Soy veterinaria. Tal vez pueda ser de ayuda.

La expresión del hombre cambió por completo. Abrió los ojos de par en par y asintió moviendo la cabeza una y otra vez, como aquel que ha recibido un regalo del cielo.

—Así es. Es su primer ternero. Temo que mi Priscilla no vaya a ser capaz de darlo a luz vivo.

Vio cómo Ali se acercó todo lo que pudo a la vaca, que estaba atada a un gancho, y le acarició el cuello con delicadeza.

—Vamos a ver cómo te encuentras, ¿quieres, bonita? —Ali se giró hacia el hombre con cara de preocupación—. No tengo mi instrumental aquí, pero voy a necesitar unos guantes largos y antiséptico, ¿sería posible? Voy a reconocerla, para ver cómo está ese ternero.

El hombre salió del establo sin decir nada. Cuando regresó, apenas un minuto después, lo hizo cargado con lo que ella le había pedido, además de un par de botas y un largo delantal de plástico.

—Puede que lo necesite —le dijo mientras le tendía todo.

Sin perder tiempo, Ali se recogió el pelo en una coleta improvisada y se vistió con todo lo que el hombre le había llevado. Los guantes le llegaban por las axilas, las botas le estaban ridículamente grandes y al delantal le faltaban apenas diez centímetros para tocar el suelo y, aun así, Frank pensó que ella era lo más hermoso que había visto en su vida. Observó a Ali tomar la botella, rociar a la vaca e introducir la mano por la vagina del animal.

La vaca mugió con fuerza. Ali le palmeó el cuarto trasero con mimo.

—Sé que es incómodo, cariño, pero tengo que hacer esto —la escuchó decir.

Su padre y él se habían quedado un poco rezagados, viendo cómo ella se desempeñaba sin vacilación. Ali no miraba a nadie, estaba por completo concentrada en la labor que estaba llevando a cabo. Unos instantes después se giró para buscar al señor Collins.

—Tiene una torsión media del cuello del útero.

La preocupación se hizo visible en el rostro del dueño del animal.

—¿Tiene alguna solución?

Con recelo, Ali asintió.

—Voy a intentar una resolución manual. La bolsa está rota y puedo agarrar al ternero para realizar el giro. El problema está en que no ha terminado de dilatar, y sin administrarle un espasmolítico para acelerar el proceso, no

puedo sacar al ternero. Espero que pueda hacerlo por ella sola, y dé a luz sin más problemas.

—Haga lo que tenga que hacer.

Ali palmeó de nuevo al animal.

—Intente que no se tumbe. Sería mucho más difícil hacerlo. Y sujete el rabo para que no moleste.

—Ali, ¿podemos ayudar nosotros? —le preguntó Frank desde atrás.

Ella se giró y le sonrió.

—Sí. Agárrala por delante e impide que se tumbe.

Frank y su padre se acercaron al animal y lo tomaron del cabezal.

—Bien, vamos allá.

Desde su posición, Frank no podía ver a Ali, oculta tras el cuerpo fornido de la vaca, que mugía cada vez que ella intentaba la maniobra. La podía oír mascullando, como si estuviese hablando sola o hablándole al animal, infundiéndole ánimos de que todo iba a salir bien. La respiración de Ali fue haciéndose más intensa y fuerte, y resultaba obvio que lo que estaba haciendo le suponía un gran esfuerzo físico.

La escuchó maldecir sin pudor y sin recato cuando no consiguió lo que estaba tratando de hacer. Frank dejó a su padre sujetando la correa y se acercó hasta ella.

—¿Necesitas ayuda?

Ali trató de limpiarse el sudor de la frente, pero sin conseguirlo.

—¿Puedes quitarme el mechón de pelo que tengo en la cara, por favor? Me hace cosquillas y me está poniendo nerviosa.

Frank hizo lo que le pidió, y ella le sonrió, agradecida, para volver de inmediato a la labor que intentaba realizar. Metió la mano dentro de la vaca hasta el codo, y Frank arrugó la nariz. Ella se rio al mirarlo por el rabillo del ojo.

Sin detenerse, Ali giró su brazo y lo introdujo un poco más. La vaca mugió una vez más y pateó el suelo con fuerza.

—¡Ya está! —exclamó Ali victoriosa y extrajo el brazo—. La torsión ya no existe. El ternero se mueve y parece estar bien.

La expresión de Andy cambió para volverse más tranquila. Incluso apareció una tenue sonrisa en el rostro del hombre.

—Ahora tenemos que esperar, ¿no?

—Sí. Esperemos que no tarde mucho en dilatar.

Frank la vio mojar el guante de su mano izquierda en antiséptico y volver a meterlo dentro de la vaca.

—Le ayudará que le dé un masaje.

Ella estuvo así unos minutos hasta que dio un par de pasos atrás al tiempo que la vaca emitía un largo y lastimero mugido.

—Parece que está funcionando. Ha tenido una contracción, y el ternero se ha movido hacia el cuello. Pero no permitáis que se tumbe, por favor —le dijo a Frank, que aún estaba a su lado.

Con reticencia, Frank regresó junto a su padre, ante el morro de la vaca. Ali no apartaba la mirada del desarrollo de esa fase del parto y, de vez en cuando, Frank la veía sonreír.

—¿Qué tal va todo?

Se inclinó hacia un lado para mirarlo.

—Está comenzando a salir.

Frank se alegró de verdad. Unos minutos después él escuchó un sonido extraño. Vio a Ali perderse de su vista y esconderse tras los cuartos traseros de la vaca, que mugía sin cesar. El animal tenía la boca abierta, como si le costara respirar, y el vientre se le movía con espasmódicos movimientos.

—Un poco más... —oyó decir a Ali. Frank se inclinó hacia un lado y la vio tirar con cuidado de las frágiles patas del animal que estaba naciendo. Unos segundos después, este estaba en el suelo, tras su madre.

Frank y su padre rodearon al animal para acercarse hasta donde estaba la mujer arrodillada. Estaba retirando la bolsa que recubría al ternero y lo limpiaba con cuidado.

—Es una hembra, señor Collins. Y creo que está perfectamente.

Andy dio una fuerte palmada, soltando así todo el nerviosismo.

—¡Qué alegría me da, señorita!

Ali le sonrió.

—Llámeme Ali.

—Ali —le correspondió el hombre con un gesto de agradecimiento.

—Soltadla —les pidió ella a Frank y a su padre, refiriéndose al animal—. Querrá ver a su hija.

Frank se apresuró a hacerle caso. Soltó la vaca y esta se giró despacio. Los tres sonrieron cuando el hocico húmedo de la res tocó a la ternera y la lamió con parsimonia. La recién nacida intentó moverse con torpeza, y todos sonrieron ante sus intentos.

—Tiene que mamar antes de dos horas, o habrá que darle un biberón. Esperaremos un rato. ¿Dónde puedo quitarme esto y asearme un poco? —preguntó Ali mientras se miraba a sí misma con los brazos separados del cuerpo.

El viejo Andy le indicó dónde podía encontrar un aseo, y ella se encaminó hacia allí con paso resuelto. Andy también se ausentó unos instantes para regresar, casi a la vez que Ali, con un termo de café, una petaca que debía contener algo más fuerte y un bizcocho partido a trozos. Con una sonrisa que le arrugaba aún más el curtido rostro, les sirvió el oscuro brebaje a cada uno en tazas de hojalata. Cuando dejó el termo a un lado, levantó su taza.

—Gracias a todos por la ayuda. —Y se giró hacia la mujer con una amplia sonrisa—. Pero sobre todo a ti, Ali. Has sido como un regalo caído del cielo.

Ella le obsequió con una de esas sonrisas que le iluminaban el rostro. Frank la vio sonrojarse por momentos.

—No, nada de caída del cielo. Yo solo estoy de paso. No estaría aquí si Frank no me hubiese invitado a pasar aquí el fin de semana.

Andy los miró a todos ellos.

—Pues lo que yo decía: caída del cielo. —Clavó su mirada en Frank y

arrugó el gesto—. No te ofendas, muchacho, pero me gusta más la idea de que Dios me la haya enviado para ayudar a mi pobre Priscilla.

Frank estalló en una carcajada.

—No me ofendo, pierde cuidado.

—¿Seguro que no se quiere quedar en Clarendon, en lugar del viejo McMillan? Sería un cambio muy agradable —señaló Andy antes de llevarse la taza a los labios.

Todos rieron ante las palabras del hombre, incluida Ali.

—Me temo que tengo que volver a Newburyport, Andy. Pero lo tendré en cuenta por si alguna vez me quedo sin trabajo.

Aunque tardó un buen rato, tiempo que todos aprovecharon para charlar, la ternera se puso en pie para alegría de los cuatro y, de inmediato, con pasos temblorosos e inseguros, buscó a su madre para comenzar a alimentarse.

—Bueno, creo que aquí hemos terminado —anunció Ali.

Frank la miró. El rostro y los ojos de ella resplandecían. Tenía algunas manchas en la mejilla y estaba sudada, tanto por el calor que hacía en el establo, como por el duro trabajo que había llevado a cabo. Era difícil, pero Frank sintió que se había enamorado un poco más de ella.

—Ali —dijo el viejo Andy Collins—, ¿te importaría que le pusiéramos tu nombre a la ternera?

La pregunta tomó a la mujer por sorpresa.

—¡No, claro que no! —exclamó con genuina alegría—. Será un honor.

Andy se acercó hasta ella

—Muchas gracias, de verdad. —Y le dio un beso en cada mejilla.

—No ha sido nada —contestó ella.

Dejaron a la madre y a su cría recién nacida, que se alimentaba con entusiasmo, y abandonaron el establo. Antes de llegar al coche, el señor Collins se giró hacia ellos.

—Ali, por cierto, tengo que pagarte por tus servicios. No creas que por aquí somos tan desconsiderados como para no valorar un trabajo en su justa

medida.

Frank la vio enderezar la espalda.

—Andy...

Antes de que ella pudiese replicar, el hombre levantó una mano y la detuvo.

—No quiero escuchar nada de que lo has hecho como favor. Has hecho un gran trabajo. No quiero ni pensar en la posibilidad de haberlo afrontado solo —le dijo, y su expresión se ensombreció un poco—. Así que mañana te haré llegar tus honorarios. ¿Tenemos un trato?

Ali asintió con energía, lo que hizo que el viejo Andy diera una palmada.

—¡Todo aclarado entonces! Por cierto, ¿os apetece venir conmigo a echarle un vistazo al rebaño de ovejas? Están a punto de recogerlas.

Frank clavó los ojos en Ali, y ella asintió con una amplia sonrisa que no dejó lugar a dudas de lo que deseaba hacer.

Las ovejas eran bastante más nerviosas que la vaca recién parida que habían dejado hacía unos minutos. Los perros danzaban alrededor de ellas, guiándolas con su mera presencia. Pero parecían animales bastante tercos, y algunas se resistían a entrar en el corral, así que con las indicaciones de Andy, Ali se aventuró a ayudar a recogerlas, haciendo aspavientos con los brazos y riendo sin parar cuando alguna intentaba escabullirse.

Durante la visita conocieron al vecino de Andy, y amigo también de su padre, el señor Garreth, que tenía una propiedad colindante con la de Collins y que los invitó a ver el entrenamiento de sus caballos.

La finca de Garreth estaba apenas media hora andando, así que todos, aprovechando el buen día, caminaron hacia allí. Hacía muchísimo tiempo que Frank no veía a los vecinos de su padre, pero nadie lo diría al verlos charlar de manera tan distendida durante todo el camino. Al llegar a la granja, un grupo no muy numeroso de caballos estaban siendo entrenados en un amplio corral, y todos se apostaron en la cerca para presenciarlo. Eran animales hermosos, de espesas crines y porte majestuoso, que trotaban en círculos guiados por la mano experta de un hombre de mediana edad.

Ali se apostó junto a Frank, con ambos brazos sobre el travesaño de madera. Sus ojos brillaban ante esa vistosa estampa, y una radiante sonrisa iluminaba su hermoso rostro. Aunque intentaba evitarlo, la mirada de Frank volvía una y otra vez a ella. Le encantaba mirarla, observar cómo ella seguía el desarrollo del entrenamiento como una niña que está viendo a Papá Noel entregar regalos en el centro comercial. Llevaban un rato allí cuando Ali lo miró por el rabillo del ojo y compuso una mueca con los labios.

—Son bonitos, ¿no crees?

Frank simplemente asintió. Eran bonitos, Ali estaba en lo cierto, pero no podían compararse con ella ni en un millón de años. Andy se acercó hasta ellos junto al señor Garreth.

—¿Te gustaría entrar ahí y probar?

Ali los miró con ojos espantados.

—¿Quiere decir a entrenarlos? No... no sabría cómo hacerlo.

Los dos hombres sonrieron.

—Luke te dirá qué debes hacer. No temas, lo harás muy bien.

Con un gracioso giro, que hizo ondear su rubia melena, Ali lo miró. Estaba preciosa, con las mejillas sonrosadas y esa hermosa sonrisa prendida de sus labios.

—Adelante —la instó—. Pásalo bien.

Ali no esperó un segundo más. Se dirigió, junto con los dos hombres, a la porción de cercado que hacía las veces de puerta y pasó al interior. El instructor, Luke, la recibió entregándole el largo látigo que llevaba en la mano y le explicó cómo debía ondear sus brazos y qué postura debía adoptar para que los caballos siguieran sus instrucciones. Eso fue lo que ella hizo, y Frank se sintió incapaz de dejar de mirarla en todo el tiempo que ella estuvo con los caballos. Deseó con más fuerza aún poder estar ya a solas con ella y besarla como si la vida le fuera en ello.

Casi una hora después, Ali salió del recinto rebotante de felicidad y se

acercó hasta donde estaba Frank.

—Tengo los brazos doloridos —le dijo.

Sin pensárselo, las manos de Frank le masajearon los brazos y los hombros, arriba y abajo, intentando así desentumecer los músculos.

—¿Te ha gustado?

Ella no dudó ni un segundo en mover la cabeza de manera afirmativa.

—¡Ya lo creo! Ha sido algo increíble.

«Lo único increíble que hay aquí eres tú», pensó Frank.

Sin esperarlo, Ali se acercó hasta él y rozó sus labios con un efímero beso que lo dejó sobrecogido. La voz de Andy a lo lejos, llamándolos, hizo que Ali girara su cabeza hacia el hombre y que él mascullara una maldición por interrumpirlos.

—Vamos a tomar algo, ¿os venís?

A regañadientes Frank asintió, y ambos se dirigieron hacia donde se encontraban los tres hombres.

Regresaron a la granja de los Bradley cuando ya estaba anocheciendo.

Colette había llamado a su padre para preguntarle dónde estaban y cuánto iban a tardar en regresar. Cuando bajaron del coche, Frank sintió el peso de todo el día sobre sus hombros. Subieron las escaleras del porche con calma, casi arrastrando los pies. Y si él estaba cansado, mucho más debía de estarlo Ali. La excitación del parto y de las siguientes visitas a los animales había desaparecido, y la adrenalina había dejado paso a un cansancio que se estaba haciendo muy notable en ella. La tomó de la mano para subir hasta la casa y, con paso calmado, se aventuraron hacia la cocina.

Pepper los recibió con un par de ladridos de felicidad y un meneo incesante de cola.

—¿Qué tal se ha portado? —le preguntó a Colette. Ella se acercó al perro y le palmeó la cabeza, gesto que él retribuyó buscando la mano de la mujer y dándole un lametón.

—Es un buen muchacho. Me ha seguido a todas partes y no me ha dejado

sola ni un momento. Creo que quiere cortejarme porque sabe que le doy de comer cosas ricas —les dijo con diversión.

Colette los miró a los dos de arriba abajo y arrugó la nariz.

—¿Os habéis caído en un estercolero?

Ali negó con lentitud pero sin que la sonrisa que había lucido durante todo el día se desvaneciera.

—Hemos traído al mundo una ternera.

—Ali ha traído al mundo una ternera —rectificó Robert, desde la pila de la cocina, donde se lavaba las manos—. Nosotros nos hemos dedicado a sujetar a la madre.

Los ojos de Colette se agrandaron por la sorpresa.

—¡No me digas! Espero que haya ido todo bien.

Frank vio a Ali asentir apenas sin fuerzas, sonriente. Colette también debió de notar el cansancio, pues le hizo un gesto con la cabeza.

—Venga, lavaos las manos y sentaos a la mesa. La cena está lista. — Colette miró de arriba abajo a Ali y arrugó la nariz—. Aunque a ti te hace falta algo más que lavarte las manos.

Ella asintió casi sin energía.

—Estoy deseando meterme en una ducha, de verdad.

—Bien. Pues vamos a cenar y podréis marcharos —les dijo Colette, haciendo un gesto con la cabeza para que pasaran al comedor.

Cenaron tranquilamente. Winnie había salido así que los cuatro ocuparon la mesa de la cocina, sin el protocolo que Colette había desplegado en el almuerzo. Frank no podía quitar la vista de Ali. Ella tenía los ojos entrecerrados y, aunque se esforzaba por seguir la sencilla conversación, en algún momento se quedaba abstraída y en silencio.

En cuanto terminaron, Colette no les dio tiempo a que recogieran sus propios platos y retiró los de todos. Apenas un minuto después, colocó delante de Ali una taza humeante rellena de un líquido ambarino que olía ligeramente a miel.

—Tómalo. Verás que te sienta muy bien.

Sin llevarle la contraria —porque Frank no estaba seguro de si podría hacerlo aunque quisiera— Ali se tomó el contenido de la taza. Y, en cuanto lo hizo, Colette se la retiró y buscó la mirada de Frank.

—Llévala a casa y que se acueste. Necesita descansar. A la pobre se la ve reventada.

Ali miró a ambos con los ojos brillantes.

—Estoy bien, de verdad. Solo... solo un poco cansada —dijo casi arrastrando las palabras.

Frank la tomó del brazo con suavidad y la ayudó a ponerse en pie.

—Vale, estás bien. Pero es hora de irse.

Se despidieron de su padre y de Colette y bajaron los escalones del porche cogidos de la mano, seguidos por Pepper. Frank vio a Ali intentar ponerse el cinturón de seguridad y desistir de hacerlo con un bufido al tercer intento.

—Son apenas cinco minutos —se justificó ella, casi sin fuerzas.

Él puso el coche en marcha y se encaminó con cuidado hacia su casa. El terreno estaba oscuro, apenas iluminado por la luz que proyectaban los faros del coche. Aunque atento al inseguro camino, Frank no dejaba de mirar por el rabillo a Ali, que iba sentada muy erguida, agarrada al asiento, como si no quisiera caerse a causa de los baches. Levantó el pie del acelerador y redujo una marcha, para ir aún más lento. Ella no iba a admitirlo, pero no podía mantenerse en pie ni un segundo más. No tenía idea de qué le había dado Colette en aquella infusión, pero conociéndola como la conocía, no solo habría sido manzanilla y melisa.

Tan pronto apagó el coche, Frank lo rodeó para ayudarla a bajar. Ella apenas se había movido y le tendió la mano para agarrar la que él le estaba ofreciendo previamente. Pepper saltó del vehículo y subió con rapidez hasta el porche.

Cuando Frank encendió la luz, Blue estaba sentada en el sofá, como si perteneciera a ese lugar desde siempre. Se puso en pie, maulló una sola vez y

se perdió en dirección a la habitación.

—Voy a darme una ducha —le dijo Ali, soltando su mano.

Frank la miró con sorpresa.

—No puedes mantenerte en pie. Déjalo para mañana.

—¿Y meterme en la cama oliendo a vaca? Ni de coña.

Tuvo que contenerse para no reír a carcajadas. Soltó su mano y le indicó el camino al aseo con una floritura.

—Muy bien. El baño es todo tuyo.

Ali entró en su dormitorio y salió a los pocos segundos con todo lo necesario para la ducha. Frank oyó el sonido del agua correr justo cuando salía al porche a buscar a Pepper. Encontró al perro tumbado, olisqueando el aire y golpeando el suelo de madera rítmicamente con el rabo. En cuanto lo vio se levantó y fue hasta él.

—¿Qué tal lo estás pasando, colega? —le preguntó mientras se sentaba en el banco, y el perro se acomodaba entre sus piernas para dejar descansar la cabeza en su regazo. Frank lo acarició entre los ojos, y el perro gruñó bajito de puro deleite.

—Vale, intuyo que lo estás pasando bien —contestó Frank por él. Siguió acariciando a su perro, y Pepper no hizo el intento de huir de él cuando pasó a rascarle las orejas y el cuello.

Estuvieron así un rato largo, amo y perro. Frank continuó con las caricias con la vista puesta en el frente. Las luces de la casa de su padre se veían en la distancia, como un reclamo en la negrura de la noche. No había más casas en los alrededores, y lo único que se escuchaba era el canto de las chicharras y el ulular de algún ave nocturna.

Giró la cabeza involuntariamente cuando oyó la puerta del baño abrirse y vio la figura de Ali perderse dentro de su habitación. Llevaba todo el día esperando el momento en que, al fin, se quedaran a solas. El momento en que estuviese con Ali y retomaran los besos de aquella mañana y las caricias del viernes anterior. Pero no creía que fuese oportuno. Ella estaba exhausta. No

iba a caer en la trampa de preguntarle cómo se encontraba porque estaba seguro de que ella lo negaría, pero él tenía ojos en la cara y la había observado durante la cena. No había nada que quisiera más en el mundo que hacer el amor con esa mujer que no se amilanaba por el trabajo duro, pero mucho se temía que iba a tener que seguir esperando.

Tomó aire y se levantó, seguido de Pepper. Entró en la casa y miró hacia el dormitorio de Ali. La puerta estaba abierta y la luz encendida. Con paso calmado se acercó hasta la habitación y, antes de llegar al umbral, se detuvo. Ali se había sentado en el filo del colchón y, en algún momento, se había tumbado de lado, con los pies colgando. Su cuerpo se había dado por vencido ante el sueño y el cansancio.

Despacio, y sin hacer ruido, entró en el dormitorio. Destapó el cobertor, le quitó las zapatillas y, acomodándola sobre la almohada, la cubrió con la ligera colcha hasta la cintura. Aún tenía el pelo húmedo, y los mechones se adherían a su mejilla. Con todo el cuidado del que era capaz, los retiró uno a uno, demorándose cuando las yemas de sus dedos rozaban la suave piel de su rostro. Ella suspiró con los labios abiertos, y Frank ahogó el deseo de darle un beso. En cambio, se incorporó, apagó la luz de la mesilla y, dándose media vuelta, se dirigió hacia el pasillo.

La voz de Ali lo detuvo antes de que saliera por la puerta.

—Frank —lo llamó con voz pastosa y adormilada.

Se giró para enfrentarla. Ella seguía tumbada y con los ojos cerrados.

—Dime —contestó él casi con un susurro y el corazón asomándose por su boca.

Los labios de Ali se curvaron con una sutil sonrisa que le dejó las rodillas temblando.

—Gracias por invitarme.

Aunque ella no podía verlo, Frank le sonrió y bajó la mirada.

—De nada. Duerme.

Ali ya no le contestó. Abrazó con fuerza la almohada y se acomodó para

darle la bienvenida al sueño.

Frank deseó haber sido él, y no aquella almohada, a quien ella abrazara esa noche. Con la imagen de Ali durmiendo aún viva en sus retinas, se retiró a su dormitorio.

CAPÍTULO 19

El sonido de voces que charlaban en el salón la despertó.

Ali abrió los ojos para encontrarse con el incómodo resplandor del sol entrando a raudales por la ventana. Se cubrió con el antebrazo y desvió la cabeza hacia la puerta entreabierta. La noche anterior llegó cansadísima después del intenso día y se metió en la ducha, aunque casi no recordaba haber salido de ella, y mucho menos meterse en la cama. Miró a su alrededor; el sol parecía estar ya alto en el cielo, y una ligera brisa mecía los visillos. Escuchó, a lo lejos, el ladrido de un perro y sonrió pensando que Pepper se lo debía estar pasando en grande correteando de un lado para otro.

Se incorporó sobre sus codos, resoplando a la vez para despejar de su frente un mechón de pelo, y paseó la mirada por la habitación.

«Vale, sé perfectamente dónde estoy. Estoy en casa de Frank».

Ese pensamiento le hizo cerrar los ojos y dejar escapar un gemido de frustración. Había tenido grandes planes para la noche anterior, planes que incluían al dueño de esa casa y una cama —o un sofá, no era muy exigente en cuanto a eso—. Sí que había tenido la cama, pero para ella sola.

Se dejó caer pesadamente sobre el colchón. No había sido esa la idea que había rondado por su cabeza para pasar juntos su primera noche. Durante todo el día había deseado que llegase la oportunidad de poder estar a solas con él, y que le hiciera el amor tal y como le prometían sus ojos cuando la miraba.

Y ella se había quedado dormida.

—¡La madre que me parió! —exclamó en voz baja y se tapó la cara con las sábanas.

Bluebell escogió ese momento para saltar sobre ella y se paseó sobre sus piernas. Ali retiró la sabana de su rostro y miró a su gata.

—¿Tu noche ha ido mejor que la mía? —le preguntó con desánimo.

El animal la miró y maulló de manera lastimera.

—Vale, no es un consuelo.

Despacio y con la cola en alto, Blue se acercó y se frotó contra su brazo, buscando mimos.

—Anda, ven aquí —le dijo a la vez que le daba un fuerte achuchón y un sonoro beso entre las orejas—. Y ahora salgamos ahí fuera. Creo que Winnie ya ha llegado.

Y llevaba razón. La hermana de Frank estaba charlando con él de manera animada, los dos sentados en sendos taburetes altos junto al mostrador que separaba la cocina de la sala de estar.

Dos pares de ojos se clavaron en ella cuando emergió de la habitación, con la gata aún en brazos. Blue no tardó mucho en saltar al suelo y se perdió tras el sofá.

—Buenos días.

Winnie compuso una mueca divertida al elevar una ceja.

—Alguien ha pasado una buena noche, ¿o me equivoco? —Y miró a su hermano de reojo.

Ali se acercó hasta ellos con el ceño fruncido.

—Anoche estaba muy cansada, y tu madre me dio una infusión y...

La joven no la dejó acabar, y su expresión cambió por completo.

—¿Que mamá te dio una infusión porque estabas cansada? —exclamó mirándola con ojos abiertos como platos para pasar a mirar a su hermano—. Las infusiones de mamá son... bueno, digamos que ella hace sus propias mezclas *especiales*, dependiendo del caso, y pueden llegar a tumbar a un elefante. Lo siento mucho.

Notando que la cara le estaba comenzando a arder, Ali bajó la mirada y sofocó una sonrisa.

—¿Quieres un café? —oyó decir a Frank, que se levantó del asiento como si le hubiesen pinchado con una aguja. Ella accedió con un único gesto de asentimiento.

—Entonces habrás descansado y estarás dispuesta para ayudarnos a

preparar el lugar en donde vamos a dar la fiesta, ¿verdad? —preguntó Winnie.

Ali se obligó a sonreírle. Después de todas las emociones del día anterior, había estado necesitada del descanso, pero creía que habría preferido continuar cansada esa mañana si ello hubiera significado que había pasado la noche con Frank.

—Si, por supuesto —terminó respondiéndole.

Frank se acercó hasta ella, le ofreció el café y le dio un fugaz beso en la mejilla que, por inesperado, dejó a Ali sin respiración y que hizo que la taza casi resbalara de sus manos.

El teléfono móvil de Winnie sonó, y ella lo sacó del bolsillo de inmediato.

—Perdón. Es Freddy, un amigo, y tengo que contestar.

Ali observó cómo ella atendía la llamada mientras daba media vuelta y salía hacia el porche.

—Me alegro de que hayas descansado —escuchó decir a Frank, que se sentó en el taburete que había estado ocupado por Winnie—. Anoche parecía que te ibas a quedar dormida de pie.

Ella dejó la taza con la bebida sobre la encimera y se giró para mirarlo de frente. Él estaba sentado a poco más de un metro de distancia, pero sus rodillas casi se rozaban.

—No entraba en mis planes quedarme dormida, te lo aseguro —le dijo buscando sus ojos.

Frank se levantó y dio un único paso, quedando entre las piernas de ella. Sus manos la tomaron por los brazos con suavidad y la acercó hasta él.

—Ni en los míos. También te lo puedo asegurar —le susurró ya muy cerca.

Al instante siguiente Frank apesó sus labios, y Ali se olvidó de todo lo que la rodeaba. Notó las palmas de sus manos grandes acariciar la piel de sus brazos, arriba y abajo, dejándola erizada y caliente a su paso. Desesperada por sentirlo, lo atrajo hacia ella y le rodeó la cintura, pegándolo a su cuerpo. Su boca no le daba tregua. Sabía a café; fuerte e intenso, tal y como era el beso que le estaba dando. Las manos de Ali se colaron, curiosas, bajo la camiseta

para acariciar la espalda. Notó cómo la piel masculina respondía a su contacto, y de los labios de Frank emergió un gemido que la deshizo por completo.

Ninguno de los dos oyó regresar a Winnie hasta que ella carraspeó. Frank dio un paso rápido hacia atrás, y Ali se enderezó en su asiento mientras trataba de disimular, enmascarada tras una sonrisa, la profunda frustración que sentía. La chica los miró alternativamente para terminar clavando los ojos en su hermano.

—Muy bien. Ya me habéis resuelto la pregunta de ayer. Pero descuidad, que si no podéis mantener las manos alejadas el uno del otro, puedo marcharme y volver dentro de un rato. No hay problema.

Vio a Frank bajar la cabeza y pasarse la mano por la nuca, con evidente embarazo por haber sido pescado por su hermana. Ali incluso podría jurar que se había sonrojado, y eso solo hizo que deseara volver a besarlo, le importaba bien poco si era delante de su hermana o no. Pero, muy a su pesar, iba a tener que postergarlo. «Una vez más», pensó y se bajó del taburete dando un pequeño salto.

—Voy a vestirme y nos marchamos. Y no te preocupes, Winnie —le dijo dirigiéndose a ella mientras componía una media sonrisa burlona—, soy perfectamente capaz de mantener mis manos alejadas de tu hermano hasta que regresemos.

Ali les guiñó un ojo a los dos y se encaminó hacia su dormitorio, consciente de la mirada de Frank clavada en su espalda. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella para exhalar el aire con determinación.

—¿Cuándo te has convertido en una consumada mentirosa, Aliena Ruslan?

Apenas veinte minutos después, los tres llegaban en el coche de Frank a la casa de Winnie, acompañados de un entusiasmado Pepper. Colette había preparado ya en el suelo del patio de atrás un montón de elementos decorativos que tendrían que colgar de las paredes, además de una gran

pancarta conmemorativa, que deseaba a Winnie un feliz cumpleaños.

Entre los cuatro estuvieron moviendo macetas, sillas y mesas, y prepararon los mostradores en donde colocarían los refrigerios. Ali ayudó a Frank a arrastrar las neveras portátiles que usaría para enfriar las bebidas, mientras que Winnie y Colette preparaban la barbacoa que encenderían cuando el sol cayera. Justo antes de comer, la decoración casi se había colocado en su totalidad, a falta de un par de cadenetas que no convencían a Winnie.

Robert se unió a ellos cuando estaban a punto de sentarse a la mesa. Ali lo miró de reojo, ubicada junto a Frank. Creyó que el momento compartido el día anterior, cuando ambos ayudaron en el nacimiento de la ternera, habría servido para acercar a padre e hijo, pero se estaba dando cuenta de que se había equivocado. Robert apenas miró a su hijo, y este no levantó la mirada cuando vio la actitud de su padre, la clavó en el plato para no alzarla en un buen rato.

El almuerzo pasó entre la cháchara incesante de Winnie y las risas de Colette. Ambas mujeres eran muy especiales, con un agudo sentido del humor que nada parecía poder tumbar. Mientras ella y Frank despejaban la mesa, Winnie y su madre se encargaron de recoger la cocina en tiempo récord antes de que comenzaran a llegar los invitados.

—¿Alguien quiere una infusión? —preguntó la mujer mientras se giraba para mirarlos a los tres por encima de su hombro.

—¡No, muchas gracias! —se apresuró a contestar Ali.

Las carcajadas de Winnie hicieron que Colette volviese la cabeza hacia su hija.

—Mamá, no creo que Ali quiera repetir con ninguno de tus brebajes. ¿Qué le diste anoche? Porque creo que les chafaste los planes. —Y la chica le guiñó un ojo.

Colette compuso una expresión pensativa.

—Pues melisa, tila, valeriana. ¡Ah, y boldo! Te prometo que no le eché nada más.

Winnie arrugó la nariz.

—Por supuesto, boldo. —La chica se giró en dirección a Ali con cara

apesadumbrada—. Lo dicho, para tumbar a un elefante. Lo siento mucho.

Ahogando un sonrisilla condescendiente, Colette se secó las manos con el paño y lo dejó a un lado.

—Mira, con infusión o sin ella, Ali estaba anoche muy cansada para cualquier otra cosa que no fuera dormir —dijo la mujer con cierto tono irónico y acompañado de un guiño.

Winnie miró de reojo a Ali y torció el gesto. A su pesar, Ali terminó asintiendo.

—Puede que tu madre lleve razón. —Desvió la mirada hacia la mujer—. Pero sí que fue una bomba, Colette. —Y las tres mujeres rieron.

Un rato después, cuando habían logrado descansar un poco, el primer invitado llegó. Era una muchacha de la misma edad que Winnie, que traía un paquete envuelto con un brillante papel rojo y un enorme lazo. Las dos chicas desaparecieron en cuestión de minutos, alegando que iban a elegir la música que iban a poner durante la fiesta.

Al fin, Ali estuvo a solas con Frank. Se sentaron en el porche trasero, en un banco de madera, uno junto al otro.

—¿Qué tal lo estás pasando? —quiso saber Frank. Ella lo miró sonriente.

—Colette y tu hermana me caen muy bien. Son geniales, y me estoy divirtiendo mucho con ellas.

—¿A pesar de la infusión?

—A pesar de la infusión, sí —aseveró ella, arrugando la nariz—. Pero no me lo recuerdes.

Ali esperó que él dijera algo más, pero no fue así, se mantuvo en silencio, con la mirada fija en algún punto indefinido del patio.

—Y tú ¿cómo lo estás pasando después de todo este tiempo sin venir por casa?

La expresión de Frank le contó más que cualquier otra palabra que él le pudiera decir. Lo vio encogerse de hombros e inclinarse hacia adelante para apoyar los codos sobre las rodillas separadas.

—Ya has visto el recibimiento de mi padre —dijo sin mirarla—. No ha cambiado en todos estos años.

Ali se acercó a él tanto como pudo. Su hombro rozaba el de Frank, así como su cadera.

—Ya verás cómo, antes de que te marches, podréis hablar y arreglar las cosas de una vez por todas. Ten paciencia —le susurró, cerca de su oído, para que solo él la escuchara.

Frank bajó la cabeza hacia sus propias manos, a las que ella también miró. Sin pensarlo, Ali encerró las manos más grandes bajo la suya en un fuerte apretón que solo buscaba darle un poco de ánimo.

—Estoy empezando a dudar, Ali —le dijo Frank mientras giraba las palmas hacia arriba y la atrapaba para agarrarse a ella con fuerza—. No ha cambiado de parecer.

—Colette te ayudará. Ella quiere más que nadie que os arregléis.

Frank estaba a punto de contestarle cuando Winnie apareció con tres amigas, riendo y buscando un lugar donde poner los regalos, sin percatarse de que ellos estaban allí.

—Hablaemos más tarde con Colette, ¿de acuerdo? —insistió Ali. No quería dejar pasar la oportunidad de ayudar para que aquella enemistad entre ellos terminara. Frank asintió sin demasiada convicción y se levantaron.

La música comenzó a sonar poco después, en cuanto llegaron algunos amigos más de Winnie. Se adueñaron del pequeño reproductor de música y lo conectaron a unos altavoces más grandes que uno de los chicos había traído consigo. Junto con los amigos del instituto, llegaron también algunos familiares. Todos ellos se fueron acercando a Frank con genuina alegría, abrazándolo y alabando lo bien que se veía después de no haber pasado por el pueblo durante varios años. Ali no podía evitar sonreírles a todos ellos. Los hombres la saludaron con entusiastas apretones de manos, y las mujeres lo hicieron besándola en ambas mejillas con afecto. Conoció a varios primos y primas de Frank, y a sus respectivos cónyuges. Una de sus primas llegó con un pequeño en brazos, de no más de un año, que era el vivo retrato del hombre

que los acompañaba a ambos y que mostraba con claridad que era el padre. El bebé no paraba de dar pequeños saltitos y sonreía sin parar enseñando su único diente.

Ali se sintió enseguida acogida entre ese grupo de recién llegados, que hablaban sin parar. Vio a Frank sonreír de verdad por primera vez desde que llegaran a Clarendon, entre todas esas personas que le daban palmadas en la espalda y se interesaban por cómo lo trataba la vida. Se giró cuando alguien tocó su hombro y vio parado frente a ella al señor Collins.

—¡Andy! —lo saludó de manera efusiva.

El hombre le dio un beso en la mejilla.

—No quería dejar pasar la oportunidad de darte de nuevo las gracias. Y de pagar tus honorarios por tu gran trabajo, por supuesto. —Y le tendió un cheque—. ¿Está bien? Quiero decir, ¿es suficiente? Es lo que hubiera cobrado el viejo McMillan por sus servicios —le dijo con mirada expectante.

Ella le sonrió mientras lo ojeaba y lo guardaba a continuación en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero.

—Es exactamente lo que yo hubiese cobrado. Muchas gracias.

Con la apariencia de alguien a quien le acaban de quitar un gran peso de los hombros, el hombre le sonrió.

—No, gracias a ti. Apareciste como caída del cielo.

—Estuve encantada de ser útil —le aseguró Ali.

—Más que útil, diría yo. Mi pobre Priscilla lo estaba pasando muy mal, y temí perderlas a ella y a la ternera.

—¿Y cómo está la pequeña Ali? —preguntó queriendo quitarle importancia.

Con una amplia sonrisa, el hombre echó mano a su bolsillo, sacó el móvil y le enseñó una bonita estampa de la ternera, firmemente en pie junto a su madre y alimentándose.

La fotografía la enterneció.

—Está espléndida. Va a ser una buena vaca.

—Gracias a ti —insistió el hombre—. ¿De verdad no vas a quedarte por aquí? Sería estupendo tenerte como veterinaria.

Ali negó, sintiéndose triste de repente.

—No, lo lamento. Tengo mi trabajo y mi clínica en Newburyport, aunque espero regresar de visita en alguna otra ocasión.

La decepción en el rostro del hombre fue evidente.

—Siento mucho escuchar eso. Pero si cambias de opinión, sabes que serás bienvenida.

—Lo tendré en cuenta.

El señor Collins se despidió de ella y se encaminó con paso ágil hacia la mesa en donde habían dispuesto las bebidas.

La tarde fue discurriendo entre la música, las risas de los más jóvenes y la charla de los adultos, que se habían recluso bajo el porche. Colette sacó una enorme tarta, con las velas de rigor, que hizo las delicias de Winnie y de sus amigos. Cuando comenzó a oscurecer encendieron varias guirnaldas de luces que, esa misma tarde, habían tendido entre las ramas de los árboles. Algunos primos de Frank se adueñaron de la barbacoa y ya estaban calentando las brasas para tenerlas a punto. Ali miró a su alrededor y pensó que era bonito tener a una familia que te quisiera y con la que poder compartir momentos como esos. Se fijó en Frank, que charlaba con uno de sus primos mientras sostenían sendas cervezas, y sonrió. Se lo veía relajado y feliz, como no lo había visto desde que llegaran allí. Frank era un buen hombre, que se preocupaba por todos los que lo rodeaban, y no comprendía por qué su padre se empeñaba en mantener las distancias con su hijo.

Las primas de Frank se interesaron por su vida y la sometieron a un improvisado interrogatorio: en qué trabajaba, cómo era tener una clínica veterinaria y cuánto tiempo llevaba saliendo con Frank. Eran mujeres simpáticas, que reían sin parar y se tomaban la vida con humor.

Kevin, el pequeño que su madre sostenía en brazos, era puro nervio. Se ponía en pie en su regazo, daba saltitos y la agarraba del pelo. O le babeaba la cara en un intento de darle un beso que su madre acogía con alegría y

expresión embelesada. Ali sonreía ante todo aquello, sintiéndose contenta por haber podido conocerlos. Los gorgoritos de Kevin llamaron la atención de todos, y los adultos le rieron las gracias. Como respuesta el niño gritó aún más, zarandeándose en pie, agarrado a los carrillos de su madre.

Frank se acercó hasta su prima y su hijo y lo tomó en brazos.

—Vas a dejar a tu madre sin mejillas, campeón —lo oyó decir.

El niño miró a Frank con expresión extrañada. Ali pensó que Kevin se iba a echar a llorar de un momento a otro al ver que lo sujetaba un extraño. Pero no fue así: la reacción del niño cambió al segundo siguiente, y se balanceó con alegría, golpeando a Frank en la cara con su manita abierta.

—¡Auch! —exclamó Frank al recibir la primera cachetada, pero sin poder evitar sonreír. Todos allí se rieron y continuaron con la charla mientras Frank le hacía carantoñas y burlas a Kevin.

—Está guapo con un niño en brazos, ¿a que sí? —le susurró Winnie a su espalda. Sobresaltada, Ali buscó a la chica y le sonrió.

—Me has asustado.

La chica se inclinó más hacia ella, y Ali pudo ver su rostro.

—No has respondido —señaló Winnie—. ¿No te enseñaron que debes responder cuando te preguntan? Mi madre siempre me ha dado la lata con eso.

Ali volvió la mirada hacia Frank y Kevin. Winnie llevaba razón: Frank estaba muy guapo sosteniendo a aquel niño y haciéndolo reír. El pequeño lo había despeinado y se empeñaba en agarrarle la nariz con sus dedos regordetes.

—Lo está —le respondió en voz tan baja que no estaba segura de si la chica la había escuchado.

—No sé qué tienen los hombres sosteniendo a un bebé que nos hacen rugir las hormonas.

Ali estalló en carcajadas.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿No eres muy joven para hablar de hormonas y de hijos?

Winnie compuso una divertida mueca.

—Las hormonas son las hormonas, Ali. Seré joven pero no ciega. A lo mejor, a Frank le gustaría hacerte uno de esos enanos. ¡Ah!, pero el vuestro sería mucho más guapo, seguro. El pobre Kevin ha salido a su padre, que no es un adonis precisamente.

—Para un poco, ¿quieres? —le pidió Ali a la vez que levantaba las manos ante ella—. Jamás he pensado en tener hijos. Ni con Frank ni con nadie. No quieras correr tanto, Winnie.

La chica se enderezó para encogerse de hombros.

—Bueno, tú verás. Sigo diciendo que sería un niño hermosísimo. O una niña. Sí, una niña que se pareciera a su preciosa tía.

El desparpajo y la insistencia de Winnie la hicieron sonreír de nuevo. Le había dicho la verdad: nunca había pensado en tener hijos. Eso del reloj biológico no funcionaba con ella. Jamás había sentido esa imperiosa necesidad de tener descendencia, ni se había planteado la posibilidad de, llegada a una cierta edad, tenerlos aunque no tuviera pareja, tal y como le había escuchado a algunas antiguas compañeras de facultad cuando se reunían. Pero, en ese momento, mientras miraba a Frank, que sostenía al bebé haciéndole carantoñas y soplándole en el cuello, y el niño respondía con carcajadas que eran más grandes que su cuerpecito, no supo si podría continuar pensando igual.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó Winnie palmeándole el hombro.

—Muy bien. Es una fiesta estupenda. Y tus primos son todos fantásticos.

—Lo son —convino la joven—. Me marchó. Freddy me está mirando con ojitos de ternero para que baile con él y no puedo resistirme. Hasta luego.

Se marchó, dejándola con una sonrisa en los labios y un pellizco en el estómago que no sabía de dónde había salido.

Cuando el sol cayó por completo y las brasas de la barbacoa estuvieron a punto, los hombres se dedicaron a abastecer a todos de hamburguesas y chuletas, acompañadas de mazorcas de maíz dulce y aros de cebolla. El pequeño Kevin se había quedado dormido en brazos de su madre, y ambos

progenitores se lo turnaron para poder comer cómodamente.

Frank fue en busca de Ali y se sentó a su lado tras entregarle una hamburguesa y una cerveza bien fría. Ali se lo agradeció con una sonrisa, y ambos comieron mientras continuaban inmersos en la conversación con sus primos.

Poco a poco la noche fue cayendo, y la música fue tornándose más tranquila. Los jóvenes habían cambiado el ritmoailable de las canciones por otro más lento, que les permitía acercarse los unos a los otros sin excusa. Algunos de los adultos, alentados por el cambio, se atrevieron a salir a la improvisada pista de baile. Un par de primas de Frank les pidieron bailar a sus respectivos maridos y las dos recibieron una negación por respuesta. Lejos de quedarse sin su momento de respiro, ellas arrugaron la nariz y, con un fingido enfado, salieron juntas a bailar ante las risas de todos.

Colette apareció, procedente de la cocina, junto con Robert, y ambos se sentaron en sillas que habían quedado vacías.

—¿Os lo estáis pasando bien? —preguntó ella con amabilidad mientras le tendía a su marido un botellín de cerveza. La mujer tenía los ojos brillantes y una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Muy bien, Colette. Es una fiesta magnífica.

—Winnie se lo está pasando muy bien. Eso era lo importante. No se cumplen dieciocho años todos los días.

Ali le dio la razón con un enérgico cabeceo.

—Es verdad. Es algo que se recuerda para siempre.

Como si supiese que estaban hablando de ella, Winnie llegó y se sentó sobre la rodilla de su padre para darle un sonoro beso en la mejilla.

—Estoy que me muero y me duelen los pies de tanto bailar —aseguró—. Pero me lo estoy pasando tan bien que no quiero que termine.

Colette se incorporó para besar a su hija.

—Me alegro mucho, cariño.

Ali los observó a todos. Eran una bonita familia, y lo serían aún más si

Robert no mantuviera esa postura tan intransigente con Frank y se acercara a su hijo, que se mantenía serio en la silla, junto a ella, sin meter baza.

—Dime, Winnie, ¿ya has decidido qué vas a estudiar? ¿Vas a ir a la universidad? —le preguntó Ali, por simple curiosidad.

La chica dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Cuando logre acabar con las dos asignaturas que me han quedado, quiero estudiar económicas en Boston.

Sin contenerse, Robert soltó una carcajada despectiva y dio un nuevo trago a su cerveza.

—¡Económicas! ¿Y para qué? ¿Para hacer como tu hermano y terminar de simple casero en un edificio de una ciudad que casi no sale en el mapa?

Cuatro pares de ojos se quedaron perplejos y fijos en el hombre, sorprendidos por la reacción que había tenido cuando su hija había expresado sus deseos. La chica se puso en pie con rapidez, miró a su padre y luego a su madre. Colette se levantó como si su asiento se hubiese convertido en brasas incandescentes y tomó la mano de su hija.

—Ven. Creo que tus amigos te están buscando. —Y las dos mujeres se marcharon.

Ali no podía creer que Robert hubiera explotado de aquella manera y quiso echarle la culpa a las cervezas que sabía que había tomado durante toda la velada. Desde que ellos habían llegado el día anterior, Robert había evitado la confrontación directa, aunque había puesto de manifiesto que seguía enfadado con su hijo. Ese arrebató la dejó desconcertada porque suponía un cambio total en su actitud.

Girando en su asiento, Ali quedó frente a Frank. Su expresión se había transformado por completo. Se había enderezado, cuadrando los hombros y levantando la barbilla casi con altanería. Pudo apreciar un ligero pulso aparecer en su mandíbula, fruto de estar apretando los dientes con fuerza. Su mirada, siempre dulce y sincera, se había endurecido, fija ahora en la figura de su padre, que se mantenía con la misma actitud orgullosa y despectiva con la que se había expresado.

—Muy bien. Has dejado muy claro qué es lo que piensas —espetó Frank.

Ali vio a Robert enderezarse a su vez, en un movimiento muy similar al que había ejecutado su hijo segundos antes.

—Exacto. Es eso lo que pienso. Era eso lo que pensaba cuando hiciste la locura de dejar Nueva York, y es lo que sigo pensando hoy en día.

Frank se puso en pie lentamente.

—¿Y no puedes pensar por un momento que estoy haciendo lo que me hace feliz? ¿Que lo soy ahora más que durante todos los años que viví en Nueva York y trabajé en Wall Street? —exclamó, levantando la voz.

Los amigos de Winnie cerraron filas en torno a la chica y a Colette sin decir nada, y los familiares dejaron sus bailes y chanzas para atender en absoluto silencio a lo que sucedía entre padre e hijo. Frank no se percató de nada de eso y continuó con la mirada puesta en su padre.

—No sabes cómo es la vida en la Bolsa, papá, en donde todos los días intentas que no te apuñalen por la espalda. Sales de casa cuando aún es de noche y regresas cuando tu mujer ya está en la cama y casi ni te mira. Al cabo de los años entendí que estuve viviendo con una compañera de piso en lugar de con una esposa, y todo por culpa de ese trabajo. Ganaba mucho dinero, es cierto, pero eso no lo es todo. Al menos, para mí no lo es. ¿No puedes comprender eso de una maldita vez?!

Robert levantó la barbilla.

—No, no lo entiendo. Tenías una posición y un...

—¡Al diablo la posición!

—¡Yo no sacrifiqué tantos años y tanto dinero para que terminaras siendo un simple casero! ¡Deberías estarme agradecido de que te pagara esa jodida carrera!

Vio a Frank tomar aire y cerrar las manos en puños.

—O sea que ¿a eso se reduce todo? ¿A que tendría que estarte agradecido por permitirme estudiar?

—¡Sí, maldita sea! Me pasé años, los peores años de mi vida, cuando tu

madre se largó, guardando cada centavo para que fueras a la universidad. ¡Y así es como me lo has pagado!

Ali se levantó despacio y se colocó junto a Frank.

—Muy bien, papá. Ya lo has soltado todo —siguió diciendo él—. Yo no voy a retractarme de lo que hice ni de lo que hago porque es lo que me gusta y lo que me hace feliz. Si tú no puedes serlo conmigo y alegrarte por mí, de verdad que lo siento. Pero no te voy a pedir disculpas por vivir mi vida como mejor creo que tengo que hacerlo. Y te enviaré un cheque con los gastos que te ocasioné, descuida.

Y sin añadir nada más, giró sobre sus talones y abandonó el porche.

Ali lo vio marchar, sin atreverse a ir tras él, que era lo que realmente deseaba hacer: estar a su lado y ofrecerle consuelo y apoyo. Pero pensó que, en esos momentos, tal vez Frank desearía estar unos instantes a solas, rumiar que su padre no iba a dar marcha atrás sobre sus desavenencias y asumir que, con bastante probabilidad, había perdido a su padre por culpa de una decisión que le correspondía tomar a él y a nadie más.

Colette se acercó a ella y le tocó con gentileza el brazo.

—Deja que se vaya, Ali, que respire un poco. Se le pasará. —Buscó a su marido con la mirada y su expresión se endureció—. ¿Estás contento? Has echado a tu hijo de tu vida para siempre. Y, ya de paso, arruinado la fiesta de tu hija.

La respuesta del hombre fue volver la cara hacia un lado. Colette soltó un bufido que decía a las claras cómo se sentía y se alejó hacia el interior de la casa.

Ali se quedó a solas con Robert, que evitaba mirarla, algo que ella agradeció. Toda la reacción del hombre le parecía una muestra inexcusable de egoísmo y egolatría. No lograba entenderlo, como tampoco entendía por qué odiaba de esa manera a lo que su hijo había decidido dedicarse, que no tenía nada de malo ni de vergonzante.

Después del incidente entre Frank y su padre, nadie tuvo más ganas de continuar bailando. Las risas se vieron reemplazadas por miradas subrepticias

y gestos serios. Los familiares de Frank fueron despidiéndose poco a poco, no sin antes pedirle a Ali que regresara algún día y que hiciera volver a Frank más a menudo, si eso era posible dado lo que había ocurrido. Ella les contestó con amabilidad que lo intentaría y los besó uno a uno cuando se marcharon. Tan solo quedaron en el patio Winnie y algunas de sus amigas, que se habían sentado junto a ella en una esquina con expresión desolada, y el padre de Frank, que se mantenía impassible en el mismo lugar.

Ali fue a dar media vuelta y marcharse, pero se detuvo. Miró por encima de su hombro hacia Robert. Volvió sobre sus pasos y lo enfrentó.

—Antes de irme, déjeme que le diga un par de cosas —comenzó diciendo. El corazón le latía con fuerza en el pecho y, aunque hacía calor esa noche de agosto, ella sintió frío.

—No creo...

Ali hizo un gesto decidido con la mano para silenciarlo.

—Si después de esto prefiere mantener las distancias conmigo, como hace con su hijo, perfecto, hágalo si quiere, no me importará. Pero no voy a irme de aquí sin decirle lo que pienso de todo esta... absurda situación, de la cual solo usted tiene la culpa. Ya le digo que a mí me importa poco que quiera o no quiera hablarme, pero a su hijo, al que acaba de echar, sí que le importa.

Dejó pasar unos segundos hasta estar segura de que tenía toda la atención del hombre. Cuando lo estuvo, Ali continuó:

—Frank ha venido hasta aquí para arreglar las cosas con usted porque lo quiere y lo echa de menos. Le duele esta situación que los mantiene alejados. ¿Y qué se ha encontrado? Frialdad y distancia. Mire, no hace demasiado que conozco a Frank, no lo conocía cuando él trabajaba en la Bolsa de Nueva York, pero si él me dice que es más feliz ahora de lo que lo era cuando trabajaba y vivía allí, le creo y lo único que puedo hacer es alegrarme por él.

—Mi hijo no sabe lo que quiere —espetó Robert con displicencia.

—¡Ah! ¿Y usted lo sabe por él? —Ali se detuvo, con los labios apretados y los puños en tensión—. Frank es un hombre con la cabeza bien puesta sobre los hombros.

—¡Es una insensatez!

—¿Puede dejarme acabar, por favor? —le exigió Ali, levantando un poco el tono de voz—. ¿Tan difícil es entender que él quiera hacer algo que realmente le gusta? Su hijo es un buen hombre, trabaja duro para sacar adelante ese edificio que compró y ha logrado que los inquilinos sientan respeto por él. Más que respeto, cariño, que parece ser más de lo que encuentra en su propio padre. Ellos lo quieren. Frank se molesta cada año en preparar una barbacoa para ellos, para pasar un rato todos juntos y estrechar lazos. Y... y ha adoptado a ese perro que encontró en la calle. Es una buena persona, señor Bradley, y lo quiere. Me duele que usted le esté haciendo daño con sus desplantes. ¿De verdad quiere que su hijo le esté agradecido de por vida porque le permitió estudiar? ¡Vaya! —rezongó, fingiendo una sonrisa que no alcanzó sus ojos—, pues entonces es usted más estúpido de lo que yo pensaba. Creía que los padres hacían esas cosas sin esperar que sus hijos se lo agradecieran. Está visto que estaba equivocada. Pensaba que lo hacían porque son sus padres y quieren que sean felices, algo con lo que usted, por lo visto, no está de acuerdo.

Robert le sostuvo la mirada con frialdad, sin decirle una palabra, con la barbilla levantada y las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones. Ella lo imitó, alzando el rostro casi como si lo estuviera desafiando. Tomó aire antes de despedirse con un escueto gesto de cabeza.

—Bien, eso era todo lo que tenía que decirle. Voy a buscar a su hijo, ese que acaba de perder. Buenas noches.

Con paso rápido, Ali salió del patio y se dirigió a la entrada principal. Allí seguía el coche de Frank, aparcado en donde él lo dejó. Miró a su alrededor, pero no alcanzaba a ver casi nada. Las luces de la casa apenas iluminaban unos metros más allá, y todo estaba sumido en una oscuridad solo rota por el resplandor de la luna a medio llenar. Ali volvió sobre sus pasos para encontrarse a Colette en la cocina, bebiendo de un vaso bajo algo que le pareció *whisky*.

—Colette, ¿has visto a Frank?

Ella asintió con pesadez.

—Me dijo hace bastante que se marchaba. Que te dijera que dejaba el coche para que tú regresaras cuando te apeteciera.

Ali bajó la cabeza, apesadumbrada.

—¿Se ha llevado a Pepper?

La mujer negó mientras daba un largo sorbo a su bebida.

—No. Debe de estar por ahí, tumbado al fresco.

—Voy a buscarlo y me marcho, ¿de acuerdo?

—Claro. La fiesta ha terminado —se rio sin ganas—. Robert la ha rematado. Esta noche duerme en el sofá. O en el porche, me da igual, pero esa escena con Frank no se la voy a perdonar fácilmente porque no lleva razón. Se lo llevo diciendo años, desde el principio, cuando se enfadó con él por dejar Nueva York. ¡Es su padre, maldita sea, no su asesor financiero! ¡Si el chico quiere vivir su vida, que lo haga como quiera, no como a él le salga de sus santos cojones!

El estallido sorprendió a Ali y a la propia Colette. En la comisura de los labios de la mujer apareció una sonrisa fortuita.

—Siento el arrebato, Ali.

—No pasa nada. Llevas razón, y es lo mismo que pienso yo. Si me disculpas, voy a buscar a Pepper, y nos iremos.

Encontrar al perro le llevó casi quince minutos. Estaba tumbado bajo un árbol, durmiendo plácidamente. Se puso en pie tan pronto Ali lo llamó y corrió hacia ella. Se alegró al verlo, con esa cara noble y esos ojos oscuros que la miraban con alegría. Le acarició la cabeza, y el animal jadeó, contento.

—Venga, nos marchamos, chico.

Con su alegría habitual, el perro la siguió hasta el coche. Le abrió el portón del maletero, y Pepper saltó dentro.

Tal y como había supuesto, las llaves estaban en el contacto. Ali condujo hacia la casa de Frank con una tranquilidad que difería por completo de cómo se sentía. Tenía un nudo en el estómago y notaba que el aire apenas llenaba sus

pulmones. Necesitaba ver a Frank y saber cómo se encontraba después de aquel incómodo y triste episodio.

CAPÍTULO 20

Cuando llegó a la pequeña explanada que había delante de la casa, Ali apagó los faros del coche. Dentro no parecía haber ninguna luz, y eso la alertó. Abrió el maletero, y Pepper saltó de él, perdiéndose de inmediato.

Nerviosa, subió los pocos escalones del porche y entró. Tal y como había observado desde el exterior, la casa estaba a oscuras, salvo por un pequeño resplandor que se colaba por debajo de la puerta del dormitorio de Frank. Estaba segura de que aquella mañana, cuando salieron, las luces quedaron apagadas, así que la tranquilizó saber que él ya debía de estar allí, que no se había marchado a cualquier otro sitio, tal vez caminando sin rumbo, perdido en la noche.

Encendió la lámpara que había junto al sofá y se giró hacia el pequeño pasillo. En ese preciso momento, la puerta de la habitación se abrió, y Frank apareció, descalzo y vestido con un cómodo pantalón deportivo de algodón y una camiseta del mismo tejido mientras se secaba el pelo con una toalla.

Cuando sus miradas se encontraron, Ali pudo apreciar que sus ojos estaban enrojecidos. Sus manos se convirtieron en puños por la rabia. Nadie se merecía semejante trato por parte de un padre, y mucho menos Frank, que no se había rebelado contra él, como hubiera sido entendible. Contuvo el deseo de correr hasta donde estaba y abrazarlo con fuerza, y permaneció donde estaba, aunque maldiciendo en silencio a Robert y su obstinación.

Frank dejó la toalla sobre una silla y bajó la mirada, visiblemente apesadumbrado.

—Siento haberme marchado así, pero no me apetecía quedarme.

Ali dio un pequeño paso hacia él.

—No tienes que excusarte. Lo comprendo.

Lo vio asentir con un gesto pesado.

—Bien —contestó él en un tono tan bajo que Ali tuvo que esforzarse para

escucharlo. Cuando creyó que iba a permanecer en silencio, Frank volvió a hablar—. ¿Te importaría que nos fuésemos mañana? No quiero...

—No, por supuesto. Lo entiendo —respondió Ali de inmediato, apretando los puños junto a su cuerpo.

Frank tomó aire y se esforzó por mostrarle una sonrisa, aunque ella supo que no era verdadera.

—Gracias, Ali.

Fue entonces cuando el resplandor de los faros de un coche que llegaba al frente de la casa iluminó el porche y se coló por las ventanas de la vivienda. Ali y Frank se miraron, extrañados, y ambos salieron a la entrada para averiguar de quién se trataba.

El destello de la luz dándoles de pleno les impedía distinguir la silueta del vehículo. Solo cuando los faros se apagaron pudieron apreciar que era la camioneta del padre de Frank. Robert salió del interior con calma y cerró la puerta con un golpe controlado.

Sin pensárselo, Ali se acercó hasta Frank en un movimiento espontáneo y le rodeó la cintura con su brazo, en un gesto que intentaba transmitirle que no estaba solo. Notó la rigidez de su cuerpo debajo de la palma cuando lo tocó y sintió cómo sus músculos estaban tensos. Él se mantuvo erguido y atento al hombre que subía los escalones.

—Frank. Ali. —Los saludó el recién llegado de manera escueta. Ambos le correspondieron con un sutil cabeceo.

Los ojos de Robert, tan parecidos a los de su hijo, se posaron en ella. Recordando aún la incómoda escena de la fiesta de Winnie, Ali se envaró. Sin embargo, la postura de Robert ya no era la misma que ella había percibido hacía apenas un par de horas. No tenía ese aire de prepotencia que vio en él tras la fiesta. El hombre se mantenía con la mirada baja, los hombros relajados, y su bota se empeñaba en despejar de su camino cualquier insignificante guijarro, dándoles pequeñas patadas.

—Ali, ¿podrías dejarnos un momento a solas, por favor?

La petición, dicha en un tono de voz completamente distinto a las últimas

palabras que Ali le había escuchado, hizo que mirara a Frank por el rabillo del ojo. Notó cómo debajo de la palma de su mano el cuerpo masculino continuaba en tensión. Finalmente, Frank asintió, y ella dejó escapar el aire de sus pulmones antes de acceder con reticencia.

—Claro. Iré..., iré a darme una ducha. Si me disculpáis.

Se marchó para dejar a Frank a solas con su padre.

Miró una vez más hacia atrás antes de que la puerta de entrada se cerrara tras ella. Sin perder el tiempo, se metió en el cuarto de baño. Decidió que no iba a lavarse el pelo, pues no quería tardar más de la cuenta en regresar. Se lo recogió en un improvisado moño sobre la cabeza y abrió el grifo de la ducha. Apenas tres minutos después salía de ella. Se secó con premura, deshizo el improvisado recogido, ahuecó el pelo con los dedos y se colocó un pantalón fresco junto con una camiseta de tirantes.

No se molestó en encender más luces cuando regresó al salón. Aún estaba tal cual ella lo había dejado minutos atrás. Con cierto recelo se acercó a la ventana y retiró el visillo con cuidado. Allí, sentados en el último escalón del porche, estaban Frank y su padre, uno junto al otro. Y parecían estar charlando de manera calmada, sin la tensión con la que lo habían hecho durante la fiesta de Winnie. Observó a Robert asentir con pesadumbre y bajar la cabeza mientras Frank continuaba hablándole de una manera sosegada. Llevaba apenas un minuto tras los cristales cuando los dos hombres se levantaron, para quedar uno frente al otro. Un momento después, Robert estaba abrazando a su hijo, que se agarró con fuerza al cuerpo de su padre y escondió la cabeza en el hueco de su cuello.

Ali se retiró un par de pasos y tomó aire. Notó un escozor en la garganta y no pudo evitar emocionarse al verlos arreglar sus diferencias. Intentó mitigarlo tragando saliva.

El abrazo se prolongó un poco más y solo se disolvió cuando Robert palmeó la espalda de su hijo para, a continuación, hacerlo en ambos brazos con evidente afecto. Ali vio sonreír por primera vez a aquel hombre desde que lo conociera en el salón de su casa. Y le gustó; era como si se hubiese quitado

varios años de encima al despejar su rostro de tanta seriedad. Frank se parecía mucho a él y, muy probablemente, así se vería cuando alcanzara su edad.

Sin dejar de sonreír, Robert enmarcó el rostro de su hijo con sus manos y le dio un par de suaves cachetitos que hicieron sonreír a su vez al hombre más joven. Robert bajó los escalones para llegar hasta su vehículo, y Frank se despidió de él alzando una mano. Esperó hasta que el coche diera media vuelta y se perdiera de regreso a la granja. Entonces, giró sobre los talones y se encaminó hacia la puerta.

Ali lo aguardó cerca de la ventana, con las manos unidas delante de sí, sintiéndose extrañamente nerviosa. Sus miradas se encontraron tan pronto como él entró y levantó la cabeza. El rostro de Frank se encontraba medio ensombrecido bajo la tenue luz del salón, pero sus ojos parecían brillar. Él le ofreció una sonrisa que le aligeró el alma.

—Os... Os he visto por la ventana. Lo siento, no quería husmear.

Él levantó una mano e hizo un gesto, restándole importancia.

—No pasa nada. En realidad, me alegro de que lo hayas hecho.

El semblante de Frank había cambiado desde que ella se marchara del porche. Se lo veía más relajado, y en sus labios ya no se adivinaba ese rictus de seriedad que a Ali tan poco le gustaba, sobre todo porque desplazaba a ese otro en el que sonreía y que le hacía sentir las piernas flojas.

—Entonces, ¿todo bien? Quiero decir, ¿te has arreglado con tu padre?

Frank tomó aire y guardó las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Creo que sí.

Lo había visto con sus propios ojos, pero escuchar la confirmación por boca de Frank la alegró más de lo que hubiese imaginado.

—No sabes cuánto me gusta escuchar eso.

—Así que hablaste con mi padre —le dijo él en voz baja, pero sin ningún reproche en ella—. Me ha contado todo lo que le dijiste en la fiesta. O al final de ella.

Sin saber bien qué responderle, Ali asintió. Antes de que pudiera decir

nada, Frank añadió:

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó Ali, arrugando la frente—. No le dije más que lo que sentía.

—Lo llamaste estúpido.

Ali sintió de repente que sus mejillas se coloreaban. Bajó la cabeza y se pasó la mano por la frente, con un gesto nervioso.

—Lo siento. Yo no, no pensé...

Frank caminó hacia ella con soltura y se paró a unos pasos de distancia, los que necesitó para alcanzar su mano.

—No tienes que disculparte. Me ha dicho que te dé las gracias.

Los ojos de Ali lo miraron con asombro.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí.

—¿Y por qué? —quiso saber ella, agarrando la mano de él con fuerza, para percibir a la perfección el calor que emanaba.

—Por hacerle ver lo equivocado que estaba, y que estaba actuando como lo que tú le echaste en cara: como un estúpido.

Ali giró la cabeza hacia la ventana mientras apretaba con fuerza los labios. Terminó sonriendo.

—Muy bien. Pues de nada.

La corta distancia que los separaba se vio reducida a ninguna cuando Frank se acercó hasta ella.

—Le cantaste las cuarenta a mi padre. Por mí —le dijo con una voz ronca que se coló por su oído e hizo que el pulso se le disparara.

Alzando la vista, Ali encontró los ojos de Frank a apenas unos centímetros. Su corazón pareció olvidar que debía seguir latiendo y, cuando lo hizo, regresó como si quisiera salirse de su pecho. A duras penas, asintió.

—Sí. Él no debería haberte...

No pudo acabar la frase porque los labios de Frank la acallaron con un

beso que la dejó sin respiración. Ali no puso ningún impedimento cuando sus brazos la atrajeron hacia él y la abrazaron con fuerza. Más aún: rodeó la cintura masculina y lo pegó a ella tanto como era físicamente capaz de hacer.

Correspondió el beso con uno idéntico, voraz y apasionado, uno que la estaba dejando sin aire en los pulmones, pero prefería mil veces morir asfixiada antes que perder el contacto con esa boca que la estaba llevando al cielo.

Frank abandonó los labios de Ali para trazar un sendero imaginario por su cuello y lo sembró de pequeños y rápidos besos que hicieron que un escalofrío recorriera la espalda de Ali de arriba abajo, culminando como un relámpago en su vientre.

—Ali, no sabes cuánto tiempo llevo soñando con esto, con besarte —le susurró cerca del oído, sin dejar de colmar de caricias y besos cada porción de piel que encontraba a su paso.

Apretando los párpados con fuerza, Ali dejó caer hacia atrás la cabeza, para dejarle vía libre a donde él quisiera dirigirse. Frank le apresó el lóbulo de la oreja, y ella gimió al instante. Se agarró con firmeza a los fuertes antebrazos porque temía que sus rodillas no fueran capaces de soportar su propio peso.

—Frank. —Sintió que todo el deseo contenido durante esos días se apoderaba de su cuerpo y de su mente, haciéndola temblar—. Si aparece alguien por esa puerta, o llaman por teléfono, te juro que soy capaz de liarme a tiros con quien sea.

Las palabras de Ali lo hicieron reír. Se separó apenas lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Por mí, pueden echar la puerta abajo.

Fue Ali la que, esta vez, buscó su boca casi con desesperación. Le mordisqueó el labio inferior, pasando la punta de su lengua por él, deseando acceder a ella de inmediato, entre suspiros y gemidos de placer de uno y otro. Frank la recibió con entusiasmo, y Ali sintió que su cabeza comenzó a dar vueltas.

Sus osadas manos buscaron el bajo de la camiseta de él, ansiando tocar su piel. La encontró caliente y se erizaba allí donde lo tocaba. Subió y bajó las palmas por los duros costados, todo lo despacio que se lo permitía su propio anhelo. Frank levantó la cabeza y suspiró vehemente, dejando ante ella la línea de la mandíbula sombreada por la barba incipiente, que Ali se apresuró a recorrer a base de diminutos besos.

Frank olía a jabón, ese mismo que estaba en el baño y que ella había usado hacía solo unos minutos, pero que en él olía de una manera especial que la estaba volviendo loca. Siguió su recorrido por la garganta y acabó encontrando el lugar por donde la sangre fluía, frenética, y lo colmó con nuevos besos que provocaron que él la apretara aún más contra su cuerpo.

Notar su erección solo hizo que su excitación se multiplicara. Atacó de nuevo su boca con voracidad rodeándole el cuello con sus brazos.

—Frank, por favor —rogó contra sus labios, sintiendo que su cuerpo comenzaba a temblar de pura impaciencia.

—¿Tu habitación? —respondió él sin dejar de besarla allí donde se posaban sus labios.

Ella se separó solo lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

—Me da igual, con tal de que haya una cama.

La sonrisa que vio en él terminó por deshacerla.

—Mi cama es más grande. —Sin que Ali lo esperara, Frank la agarró por la cintura y la alzó unos centímetros del suelo, lo que hizo que Ali cerrara con fuerza sus brazos alrededor de su cuello.

—¡Como si es un catre del ejército! —exclamó ella—. No vamos a necesitar mucho espacio, te lo puedo asegurar.

Echando la cabeza hacia atrás, Frank rio con ganas, y Ali lo imitó. Volvieron a besarse mientras Frank la cargaba, sin mirar por dónde pasaban. Trastabilló cuando se golpeó con la esquina del sofá, pero no la soltó; al contrario: la agarró con más ímpetu, y ambos rieron entre beso y beso.

Los pies de Ali tocaron de nuevo el suelo cuando llegaron a la habitación

de Frank, y la soltó junto a la puerta. La apoyó contra la pared para encerrarla entre esta y su cuerpo. No se molestaron en encender las luces, pues eso hubiera significado que debían dejar de tocarse, y ninguno estaba dispuesto a ello. Tendrían que contentarse con la tenue luz de la luna que entraba por la ventana abierta y que lo bañaba todo con un reflejo plateado.

Frank le quitó la camiseta con premura, y la arrojó al suelo. Y ahí murió toda su prisa. Se dedicó a acariciar cada centímetro de sus hombros y sus brazos con calma. Ali echó la cabeza hacia atrás tanto como se lo permitió la pared e intentó respirar hondo. La estaba matando lentamente con esos movimientos que ascendían para, a continuación, bajar por su brazo deshaciendo el camino.

—Llevo una semana deseando tenerte así, entre mis brazos —le dijo con la voz ronca, cargada de deseo—. Eres preciosa.

Ali apretó con fuerza los labios al escuchar sus palabras. A lo largo de su vida, le habían dicho que era bonita, incluso preciosa, tal y como le acababa de decir Frank, pero nadie se lo había dicho de aquella manera, poniendo el alma en esas dos únicas palabras que la dejaron con el corazón a punto de asomarse por su garganta. Cerró los ojos, concentrando todos sus sentidos en el eco de las palabras en su oído, en las caricias que le prodigaba y en las sensaciones que despertaba en ella. Notó una punzada entre sus muslos, el anhelo de sentirlo por entero, y cuanto antes, mejor. Con destreza, Ali se deshizo de su sujetador, que dejó caer a su lado.

Oyó a Frank ahogar un gemido, y lo siguiente que supo fue que la había tomado de nuevo entre sus brazos y tumbado sobre la cama con delicadeza. Frank estuvo junto a ella al instante, besándola, acariciándola, haciéndole sentir como si pequeños peces nadaran y nadaran en su estómago, y la piel asemejándose a un manto de ascuas al rojo vivo.

Sus pantalones y su ropa interior no tardaron en rendirse ante los avances de él y acabaron hechos un ovillo en el suelo. Ali giró la cabeza hacia él, y una sonrisa ladeada apareció en sus labios. Los ojos de Frank parecía querer devorarla, y que la mataran si ella se lo iba a negar.

—Es injusto que yo esté aquí, desnuda, y tú aún tengas esa camiseta puesta —le dijo con una voz que le costó reconocer como propia.

En la comisura de sus ojos claros, ahora oscurecidos por el deseo, aparecieron esas pequeñas arruguitas que Ali adoraba.

—¿Y qué planteas para ponerle solución? —preguntó él. Por toda respuesta, Ali se incorporó y, tomando la camiseta por las costuras de las mangas, se la sacó por la cabeza sin que Frank se opusiera.

—¿Ves? Mucho mejor.

Ali volvió a dejarse caer contra el colchón, sus manos buscaron a Frank, y él se inclinó sobre ella. Ambiciosa, se dedicó a recorrer la espalda masculina para notar bajo las palmas de sus manos los músculos contraerse con cada pasada. Como respuesta a sus caricias, Frank apretó los párpados, y un gruñido ronco, que la encendió en el mismo momento en el que lo oyó, salió de su garganta.

El mundo dejó de tener sentido cuando la boca de Frank apresó uno de sus pezones, y lo rozó con la punta de la lengua. Como si necesitara un punto donde apoyarse para no caer, Ali se agarró con fuerza a sus bíceps, sofocando un gemido que le quemaba en la garganta. Dejándose llevar por la vorágine de sensaciones, ella arqueó la espalda, invitándolo a que redoblara sus atenciones. Frank no necesitó ninguna otra señal ni ningún otro acicate y le prestó la misma atención al otro pezón, succionándolo con fervor.

Las manos de Frank estaban por todas partes, como si quisiese memorizar cada plano de su cuerpo, cada curva y cada valle. Eran manos gentiles, que la acariciaban con entusiasmo, agasajando cada centímetro de su piel, pero que también despertaban en ella un calor que intuía solo podría mitigarse cuando lo tuviese enterrado en su interior.

Ali sintió que la cabeza le daba vueltas y agradeció ya estar tumbada porque, de lo contrario, temía que sus piernas no hubieran podido sostenerla.

La boca de Frank dejó su pecho y fue bajando lentamente, besando su estómago y la línea de la cintura para continuar por la cadera. Ali mantenía los ojos cerrados con fuerza, centrada en todo lo que le estaba haciendo sentir.

Frank encontró su ombligo y, tras besarlo, sopló suavemente.

—¡Por Dios, Frank! —Ali se estremeció de la cabeza a los pies y se agarró con fuerza a sus hombros.

Junto al paso de la sangre alocada por sus oídos, creyó oír una risa que la hizo sonreír a su vez.

Frank continuó bajando. Dejó atrás su vientre con lentitud, paseando la punta de su lengua por la suave piel y dibujando erráticos patrones, para seguir por el exterior de sus muslos. Frank le alzó la pierna para colocarla sobre su hombro, y se dedicó a colmar de besos su piel, desde la cadera hasta el tobillo para deshacer el camino luego.

El colchón acusó cuando Frank bajó de la cama. Ali levantó la cabeza para buscarlo con la mirada. Se había apostado a sus pies, de rodillas, pero sus manos continuaron subiendo y bajando lentamente por sus piernas hasta que se detuvieron.

—Separa un poco las piernas —le pidió casi con un susurro.

El cuerpo de Ali se tensó tan solo al escucharlo.

—Frank...

Él la miró, casi suplicante.

—Déjame, por favor.

En ese momento, los pocos pensamientos coherentes que Ali podía tener se esfumaron. Su cerebro parecía no tener nada que decir, y su cuerpo, obediente, hizo lo que él le había pedido.

Ali ahogó un gemido de puro placer cuando sintió la lengua de Frank acariciarla íntimamente.

Toda la habitación comenzó a darle vueltas y sintió que en cualquier momento podría salir ardiendo por combustión espontánea. Mientras, Frank ponía todo su empeño en agasajarla: pellizcaba la hinchada carne con sus labios para luego recorrerla con la punta de su lengua. A dura penas, Ali enderezó la cabeza para mirarlo. Estaba arrodillado entre sus piernas, como aquel que adora a una diosa pagana a la que se le rinde pleitesía, con sus

manos fuertes agarradas a sus caderas, sosteniéndola y sosteniéndose.

Su lengua y su boca eran una auténtica tortura.

Ali se sentía al borde del precipicio. Su cuerpo pedía ya una liberación que estaba en las manos de ese hombre otorgarle. Arqueó la espalda y dejó escapar el aire entre los dientes cuando notó uno de sus dedos abrirse paso en su interior, buscando algún punto recóndito que no tardó en encontrar. A ese dedo lo siguió otro más, y ya no hubo más realidad a la que aferrarse ni Dios al que se pudiera encomendar. Ali estalló en un enfebrecido orgasmo que la hizo agarrarse con fuerza a la colcha, y que la dejó sin conciencia, sin aliento y sin recordar su propio nombre.

Cuando, segundos después, su corazón comenzó a apaciguarse, Ali se obligó a levantar la cabeza y buscar la mirada de Frank. Él continuaba arrodillado entre sus piernas, acariciando de manera errática sus caderas desnudas y sonriéndole como solo él sabía hacerlo. Ali tomó aire y le devolvió la sonrisa.

—Antes te dije que eras preciosa —le dijo él—. Me quedé corto.

—¿Ah, sí? —respondió cuando fue capaz de encontrar su voz.

Él asintió con lentitud y sin romper el lazo que sus miradas habían entretejido.

—Sí.

Los latidos de Ali aún no habían regresado a su ritmo habitual, y no creía que lo hicieran si Frank continuaba mirándola de esa manera. Extendió ambos brazos hacia él y le tendió las manos.

—Ven aquí.

Frank no tardó más que un instante en estar junto a ella, tumbado a su lado, abrazándola por la cintura y pegándola a su cuerpo. Volvió a besarla, esta vez con lentitud.

—Has gritado —le dijo él cuando se separaron.

Ali arrugó la nariz con una mueca divertida.

—¡Y tanto que he debido gritar! —exclamó ella—. ¿Esperabas que no lo

hiciera?

—En ruso.

Parpadeó varias veces antes de mirarlo.

—¿Eso he hecho?

—Sí. O creo que ha sido en ruso, porque no lo he entendido. Lo mismo ha sido en klingon, que me habría sonado igual.

Incorporándose sobre los codos, Ali se giró hacia él.

—Bueno, tal vez lo entiendas la próxima vez que lo haga —susurró contra sus labios, buscando de nuevo su contacto—. Tú sigues teniendo demasiada ropa puesta. Eso es algo que vamos a remediar ahora mismo.

Frank fue a buscar de nuevo sus labios, pero ella se los negó. Con una mano sobre el pecho lo empujó sobre el colchón, y él cayó con fuerza, pero sin dejar de sonreír. Con un ágil movimiento, Ali estuvo sobre él al instante siguiente, sentada a horcajadas sobre sus caderas, notando la erección contenida aún dentro de su ropa. Despacio, desató el cordón del pantalón, recreándose en cada movimiento y observando de reojo cada reacción que provocaba en Frank la labor que se había impuesto. Él la miraba con intensidad, sin perder detalle de lo que hacían sus dedos. Ali empujó hacia abajo las prendas hasta que quedaron arremolinadas en los tobillos de él, y Frank se deshizo de ellas al momento de una patada.

Tenerlo desnudo bajo su cuerpo sobrepasaba las expectativas que se había formado. Había fantaseado con él durante sus noches de desvelo, con acariciarlo y besarlo como él lo había hecho con ella minutos atrás, pero la realidad era muy superior a cualquier sueño. Paseó sus manos por los costados, duros y definidos, y bajó hacia las caderas siguiendo hacia los muslos, que sus dedos masajearon. Eran piernas firmes y duras, con un ligero vello que cosquilleó las palmas de sus manos.

Deliberadamente, Ali acarició con un dedo la longitud de su miembro, desde la base a la punta, con suavidad y parsimonia, arriba y abajo, con estudiada lentitud.

—¡Ali! —Frank dejó escapar el aire con un siseo lento. Arqueó la espalda

y buscó apoyo en el colchón, arrugando el cobertor entre sus manos. Satisfecha al ver la manera en que él reaccionaba a sus caricias, los labios de Ali se curvaron con una sonrisa.

Deseando volver a sentirlo cerca, Ali buscó su boca inclinándose sobre él. Frank la atrajo hacia su cuerpo, encerrándola entre sus brazos y devorándola con nuevos besos que la dejaron sin aliento.

No quería esperar, ni quería hacerlo esperar más. Frank la había hecho tocar el cielo con las yemas de sus dedos, y ella estaba deseando retribuirle el gesto y sentirlo en su interior. Se separó un poco para mirarlo.

—¿Dónde tienes...?

Antes de poder finalizar su frase, Frank señaló hacia el cajón de la mesilla que había junto a la cama. Ella se estiró sin perder tiempo y sacó del interior un pequeño envoltorio.

—Dámelo —le pidió él. Ali se lo negó con un lento e insinuante gesto de la cabeza.

—No. Déjame a mí.

Vio cómo su garganta se contraía al tragar saliva y no pudo evitar sonreír. Se apresuró a rasgarlo y, tomándolo entre dedos, lo desenrolló sobre el miembro erecto de Frank.

—Ali, por favor —le dijo con la voz áspera y cargada de deseo.

Volvió a inclinarse para detener su rostro a unos centímetros del suyo, asegurándose de que sus pechos rozaban el de él.

—Por favor, ¿qué?

—Te necesito. Necesito estar dentro de ti.

Ali no precisó oír nada más. Una nueva punzada entre sus muslos le hizo saber que estaba más que preparada para él, que ella también ansiaba sentirlo en su interior. Tomándolo con una mano, lo enfrentó con la entrada de su cuerpo y bajó lentamente, aceptándolo por completo.

Contuvieron la respiración al mismo tiempo, agarrándose con fuerza el uno al otro y mirándose a los ojos. Ali se veía reflejada en esos ojos azules que la

miraban como si fuese única, como quisiesen asomarse a su alma. Y ella se lo permitiría. Frank se había colado en su corazón, y estaba dispuesta a hacerle un hueco y que se quedara allí para siempre.

Frank se incorporó y la atrajo hacia él, buscando incansable sus labios. Ali podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y se agarró con fuerza a sus hombros. Lo mordisqueó en la línea del hombro y fue ascendiendo por el hueco de su cuello. Él se rindió y cayó de nuevo sobre el colchón, aunque sus manos parecían no estar de acuerdo con esa súbita rendición. Desde sus caderas ascendieron por los costados de Ali hasta que encontraron sus pechos para cubrirlos con sus palmas. Le pellizcó con delicadeza ambos pezones, y Ali echó la cabeza hacia atrás, acallando un sollozo de placer, sobrepasada por la gran cantidad de sensaciones que Frank despertaba en ella.

Comenzó moviéndose despacio, tentativa, buscando el mejor ángulo con el que poder sentirlo, y que él pudiera sentirla a ella. Subió y bajó, no permitiendo que él saliera de dentro de ella en ningún momento. Y el movimiento lento y comedido fue ganando en intensidad. Dos cuerpos que salían al encuentro el uno del otro, que chocaban y buscaban un ritmo mutuo que no tardaron en encontrar.

Frank la agarró por la cintura mientras se hundía por completo en su interior, lo más hondo que era físicamente capaz, y Ali notó la inminencia de un nuevo orgasmo. Se agarró a sus hombros, dejándose llevar mientras se estremecía de placer y lo arrastraba con ella. De la garganta de Frank salió un sordo gruñido cuando llegó su propia liberación.

Ali se dejó caer pesadamente sobre el pecho masculino, ambos con las respiraciones entrecortadas y en busca de aire. El corazón aún le latía desbocado y, tumbada sobre él, podía escuchar el de Frank, que también bombeaba de manera frenética.

La rodeó con sus brazos y la besó en la cabeza. Ali no podía dejar de sonreír por mucho que lo intentara. Se sentía maravillosamente bien, abrazada a su pecho. Pero necesitaba recuperar el aliento, al igual que lo necesitaba él. A regañadientes pasó una pierna sobre Frank y se tumbó a su lado.

Él volvió a buscar su boca y besarla, solo que, en esa ocasión, fue un beso lánguido y suave, sin las prisas y el deseo de minutos atrás pero igual de entregado.

—Ahora vuelvo —susurró Frank contra sus labios y bajó de la cama en dirección al baño.

Ali se tumbó bocarriba y clavó su mirada en el techo. La pálida luz de la luna entraba por la ventana, proyectándose en la pared junto a la puerta. Se movió un poco para retirar la colcha de debajo de su cuerpo y conseguir cubrirse. Frank regresó en ese mismo instante; ella destapó la cama por su lado para que él se introdujera bajo las sábanas, y se pegó a él todo lo que pudo en cuanto lo tuvo cerca. Frank pasó su brazo bajo sus hombros y la atrajo hacia sí.

La cabeza de Ali descansó sobre el bíceps de Frank, con la cara muy cerca de la suya. Podía apreciar cada poro y cada vello de su mandíbula. Sin pensárselo, lo besó cerca del oído y rio.

—¿Qué ocurre?

Sin poder borrar la sonrisa, Ali se incorporó para apoyarse sobre su codo e hizo un gesto divertido al torcer los labios.

—Ya estaba pensando que esto nunca iba a ocurrir.

—¿El qué? ¿Acostarnos juntos?

Ella hizo un movimiento exagerado con la cabeza al responderle.

—Sí.

Una arruga surcó la frente de Frank y se giró un poco hacia ella.

—¿Por qué?

—Te lo voy a enumerar: Sam y su visita, mi viaje a Filadelfia, el parto de la vaca —le dijo mientras utilizaba tres dedos para señalar cada uno de los argumentos—. Incluso estaba comenzando a creer que era la manera en que el universo me decía que ibas a ser un desastre en la cama.

Los ojos de Frank se abrieron de manera desmesurada.

—¿De verdad has pensado eso?

Ali apretó los labios y estalló en una sonora carcajada que sacudió su cuerpo al completo.

—¡No! Te estaba gastando una broma. —Rio con ganas.

Cuando logró dejar de hacerlo, encontró los ojos de Frank al instante siguiente, clavados en ella. La miró por unos largos segundos, en silencio pero sin que la sonrisa se desdibujara de su expresión.

—Creo que estoy enamorado de ti —le dijo en voz baja, solo para que ella lo escuchara.

Lo primero que Ali sintió fue que su estómago había entrado en conflicto con sus pulmones tras escuchar sus palabras. Apretando los labios, le sonrió y compuso un gesto divertido.

—¿Solo lo crees? Porque yo estoy completamente segura de que estoy enamorada de ti.

Los ojos de Frank brillaron en la semioscuridad de la habitación.

—Es cierto. He elegido mal la palabra. Sé que estoy enamorado de ti. Es un hecho.

Ali buscó sus labios y volvió a besarlos, demorándose en ellos hasta que se acordó de que ambos debían seguir respirando.

—¿He vuelto a gritar en ruso?

—No lo sé. Estaba preocupado intentando controlar mis gritos.

Ambos rieron con ganas. Pasó el brazo sobre su cintura desnuda y se pegó más a su costado, entrelazando sus piernas con las de él.

—Entonces, ¿nos marchamos mañana?

Después de unos segundos, Frank negó con un sutil movimiento de cabeza.

—No. Me gustaría estar algunos días más con mi padre. Ahora..., ahora que parece que hemos limado asperezas, me apetece estar con él.

Ali le acarició el brazo, arriba y abajo, y el suave vello le cosquilleó las yemas de los dedos.

—¿Te importa? —le preguntó Frank.

Ella se apresuró a contestar.

—No. En absoluto. Me parece muy bien que quieras estar con tu padre. No insulto a alguien de esa manera para que después las cosas sigan como estaban.

La respuesta hizo que de la garganta de Frank saliera una carcajada que hizo reír a Ali. Frank la abrazó y le dio un sonoro beso en la mejilla. Ali se giró hacia él para tenerlo por completo de frente.

—Me alegra mucho que os hayáis arreglado, de verdad.

—En gran parte por tu ayuda. Gracias.

Ali pasó la mano por el pelo de Frank. Nunca lo había hecho y descubrió que era suave al tacto. Se demoró en acariciar el cogote de manera distraída.

—Estoy contenta por haber servido de ayuda —le dijo mientras sentía que su cuerpo se relajaba entre sus brazos y que el sueño luchaba por llevársela a su terreno. Cerró los ojos un momento para volver a abrirlos con pesadez.

—Duerme —le dijo Frank en voz tan baja que actuó como un arrullo. Un largo suspiro abandonó su boca y sus párpados se cerraron.

Casi no fue consciente del beso que él depositó en la línea de su pelo. Solo supo que se durmió con una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 21

El sol ya entraba a raudales por las ventanas del salón cuando Frank salió del dormitorio arrastrando los pies al caminar. De manera descuidada se refregó un ojo con el talón de la mano y bostezó. Parpadeó un par de veces para que sus ojos se acostumbraran al resplandor antes de barrer con la mirada la estancia y componer una expresión de extrañeza.

—¿Ali?

Pero tanto allí como en su dormitorio no había rastro de ella. Como tampoco lo había en la pequeña cocina, que se veía a la perfección desde donde él estaba.

Dio un paso atrás y atisbó a través de la puerta abierta de la habitación que Ali había estado utilizando hasta la noche anterior. La cama estaba hecha, y la colcha perfectamente estirada, señal de que no había pasado por ahí. Porque ella había estado toda la noche en su cama, a su lado, entre sus brazos y durmiendo a ratos.

Bajó la cabeza, se pasó ambas manos por el pelo, desordenándolo aún más, y no pudo evitar sonreír. La noche anterior había sido muy especial para él. Estar con Ali había supuesto más de lo que habría esperado que fuera. Sentirla contra su piel, sentir cómo se deshacía en gemidos y suspiros cuando la tocaba, cómo ella lo buscaba a tientas y sin palabras en medio de la noche, besarse hasta que ambos se quedaban sin aliento había sido algo que aún no terminaba de asimilar. En las últimas semanas, Ali se había colado en sus sueños más veces de las que estaba dispuesto a admitir ante nadie, así que tenerla al fin, haber estado juntos, le hacía pensar que el corazón le iba a explotar en el pecho.

Volviendo sobre sus pasos, regresó a la habitación. La colcha estaba tirada en el suelo, a los pies de la cama, y las sábanas arrastraban por un lado del colchón. Eran los vestigios de la apasionada noche que habían compartido,

cuyas imágenes acudían una y otra vez a la mente de Frank, y hacían casi una misión imposible que esa sonrisa desapareciera de sus labios.

Levantó la colcha y la sábana para buscar entre ellas su camiseta. No recordaba en qué momento se la había quitado o dónde la había dejado. Entonces, la imagen de Ali arrancándosela casi se recreó en sus retinas, y un temblor recorrió su espalda ante el recuerdo. Rebuscando encontró su pantalón y el de Ali, hechos un ovillo, pero no había rastro de la desaparecida prenda, así que fue hasta el cajón de la cómoda, sacó una limpia y se la pasó por la cabeza.

Ya de vuelta al salón miró hacia un lado y hacia el otro mientras se dirigía a la cocina para prepararse un café. Lo necesitaba, y mucho, aunque no podía decir que se arrepentía de tener tanto sueño. «Ojalá lo tenga muchas mañanas de aquí en adelante», pensó sin dejar de sonreír, con el olor de Ali aún fresco en su piel.

Solo cuando tuvo preparado el café y se giró para mirar hacia el exterior, vio a Ali a través de la ventana.

Se acercó hasta el cristal para observarla. Había cogido la manta que normalmente descansaba en el respaldo del sofá y la había colocado en la hierba. Sobre ella, Ali parecía acometer una rutina de gimnasia. En pie, manteniendo una postura firme con las piernas separadas y ligeramente flexionadas, el tronco derecho y los brazos extendidos, Ali dibujó un gran círculo en el aire delante de ella.

Frank giró sobre sus talones, sirvió una taza más de café y, con las dos en las manos, salió al exterior.

Nada más abrir la puerta, la ligera y agradable brisa de esa mañana de agosto le dio la bienvenida. En el rellano del porche estaba Pepper, tumbado y con la cabeza apoyada en sus patas delanteras en una actitud entre relajada y somnolienta. Solo el sutil movimiento de las orejas, que levantó de inmediato, le hizo saber que lo había oído llegar. Eso y el rítmico golpeteo de su cola contra las maderas del suelo.

—Hola, colega —le susurró al animal. Pepper se enderezó para mirarlo

con sus dulces ojos marrones y sacó la lengua por el lateral de la boca en una expresión que arrancó una sonrisa en Frank. Unos segundos después, el perro regresó a la misma posición en la que lo había encontrado e ignoró a su amo.

Tuvo cuidado de no hacer ruido. Ali le daba la espalda, visiblemente concentrada en los ejercicios que estaba realizando. Frank se sentó en el último escalón del porche y dejó las dos tazas junto a él, una a cada lado. Y, al fijar su atención en ella, el misterio de la camiseta perdida quedó resuelto.

«A ella le queda mucho mejor», pensó Frank sin apartar los ojos.

La prenda le quedaba bastante holgada, con las mangas por los codos y los faldones rozando la mitad de sus muslos, pero Frank no recordaba a nadie que se viera más sugerente que ella en ese preciso momento con esa simple camiseta.

El mero hecho de mirarla hizo que su cuerpo reaccionara de inmediato, lo cual lo sorprendió. Durante la noche se habían despertado el uno al otro con besos y caricias que los llevaron, nuevamente, a hacer el amor. Pero al parecer, no había tenido bastante de ella. Y dudaba que, en un futuro próximo, esa sensación desapareciera. Pero no era solo el hecho de que Ali fuera una mujer maravillosa, que lo era, sino que él no recordaba que jamás hubiese conocido a una ninguna tan especial como ella. Una que se preocupara de los demás de la manera en la que ella lo hacía, tal y como le había demostrado que se preocupaba por él desde que supo el conflicto con su padre. Que se riera de aquella forma tan especial, arrugando la nariz, o que lo mirara de reojo con aquel gesto tan característico suyo al levantar una ceja. Nadie lo hubiera hecho sentir así nunca en su vida.

Para él, Ali era única.

Ella continuaba ajena a su presencia, inmersa en sus ejercicios. Los movimientos que ejecutaba eran lentos, calmados y casi milimétricos, pensados para estirar un músculo u otro. Ali iba trasladando el apoyo de un pie al otro, colocando el talón de sus pies descalzos primero, para después hacerlo con la punta e ir cambiando a la vez la posición de los brazos. Los músculos de sus piernas se dibujaban a la perfección al sostener su peso.

Una figura fue sustituyendo a otra. Algunas eran simples posturas que perduraban unos segundos, y otras eran una sucesión algo más rápida. Estiraba brazos y sostenía el equilibrio sobre una sola pierna durante unos instantes para, a continuación, alzar una de ellas y dar una patada al aire. Frank estaba absorto en la manera en que se movía, como si todo fluyera de su interior. Era algo extraño, pero sentía que podía relajarse tan solo con mirarla.

Unos minutos después, durante los que Frank no apartó la vista de ella, el ritmo cambió. Creyó que había terminado e iba a volverse al fin hacia él, pero no fue así. Ali se quedó en pie, mirando hacia el frente, con la cabeza levantada, el cuello perfectamente estirado y los brazos pegados al cuerpo para, a continuación, emprender una nueva rutina, mucho más calmada que la anterior y que comenzó dando un largo paso acompañado de un vaivén de manos y brazos casi hipnótico.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, mirándola en silencio, pero lo hizo hasta que ella culminó en la misma postura con la que había iniciado unos minutos atrás. La vio bajar los hombros y girarse hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días. —La saludó y se levantó del escalón, tomando ambas tazas de café.

Ali le correspondió con una sonrisa sin abandonar su lugar sobre la arrugada manta.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

Frank bajó la cabeza y ahogó una sonrisa ladeada.

—Muy bien. El rato que he logrado dormir.

Los bellos rasgos de Ali se iluminaron.

—Me alegro. Y dime, ¿te ha gustado?

Frank caminó hasta ella lentamente con una sonrisa pícaro en su rostro.

—¿El qué? ¿Tus ejercicios o tú? —le respondió mientras le tendía una de las tazas, aunque el café ya debía estar frío. No lo sabía con certeza porque él había olvidado tomarse el suyo.

Ali agradeció la taza y bebió un sorbo mientras lo miraba con dulzura por encima del borde.

—¿Qué era? ¿Alguna disciplina oriental?—preguntó Frank con genuino interés.

—Taichí —respondió ella.

—Es bonito.

La sonrisa en los labios de Ali se hizo aún más amplia.

—¿Yo o mis ejercicios?

Frank no tuvo dudas.

—Tú.

Ali compuso una pequeña mueca con los labios.

—Me gusta esa respuesta. —Se acercó hasta él, aún con la taza en la mano, y lo besó en la mejilla para pasar su brazo alrededor de la cintura masculina y girarse hacia el paisaje que se abría ante ellos.

—Esto es espectacular, Frank.

Él tomó aire y asintió mientras paseaba su mirada lentamente por todo lo que había a su alrededor: los árboles verdes y crecidos, cuyas copas se mecían al ritmo de la suave brisa; el campo abierto, con la hierba alta; la verja de madera, destartalada en algunos puntos y que delimitaba el camino hacia la casa. Y la figura recortada de la granja de su padre al fondo.

—Lo es. Y me alegra que te guste —le dijo al fin.

Ali dio un nuevo sorbo a su café.

—¿Puedo preguntarte algo?

Él asintió sin reservas.

—Claro.

—¿Cómo es que dejaste esto para irte a la ciudad?

Frank trató de ordenar sus ideas. Era una pregunta que se había hecho muchas veces cuando vivía en Nueva York. Y todavía no había encontrado una respuesta que lo dejara satisfecho. Terminó encogiéndose de hombros.

—Cuando uno es joven normalmente quiere romper con lo que ha conocido

durante toda su vida y conocer nuevos sitios, nuevas persona, correr aventuras, ver mundo, porque cree que lo que va a encontrar es mejor, más excitante, no sé —le contestó con la mirada perdida en la vasta pradera—. No sé si he llegado a encontrar lo que andaba buscando. Ahora mismo sé que me siento bien en Newburyport y que soy feliz allí. Con eso me basta.

—No sé si yo hubiese sido capaz de vivir lejos de aquí. Esto es hermoso, tranquilo. Yo hubiese regresado aquí de haber sido mi hogar.

Se mantuvieron unos largos segundos allí, abrazados, mirando hacia el hermoso paisaje hasta que Frank recaló en Ali por el rabillo del ojo. Ella estaba preciosa, con el pelo revuelto, un hermoso color en las mejillas y los labios de un intenso tono sonrosado que lo incitaban a que los besara.

Frank tomó de nuevo la taza de manos de ella y la dejó junto con la suya, en el suelo. En cuanto estuvo en pie, Ali volvió a abrazarlo por la cintura, y él la atrajo hacia su pecho. Sin perder tiempo, buscó su boca.

—Me gusta cómo te queda mi camiseta —susurró contra sus labios. Notó como ella se estremecía y cerraba con fuerza los ojos.

—A mí también me gusta cómo me queda —le respondió, en el mismo tono bajo e íntimo que él había usado.

—Me alegro. —Y la besó muy despacio, recreándose en el sabor a café que Ali apenas había bebido.

Los brazos femeninos lo rodearon con más fuerza y lo pegaron a ella. Frank sintió de inmediato el calor que desprendía y acarició la dulce curva de su cintura y sus caderas, que se escondían bajo la camiseta.

Su cuerpo no pudo evitar ponerse en evidencia por lo mucho que lo alteraba tenerla tan cerca. Ali lo besó con más ahínco, mordisqueándole el labio inferior y pasando la punta de la lengua por él.

—¿Crees que nos pueden ver desde la casa de tus padres? ¿O que tu hermana se presente aquí esta mañana?

Frank no se molestó en mirar hacia el lugar y buscó una vez más el contacto con su boca.

—No sé si pueden vernos. Y en cuanto a Winnie, lo más probable es que aún esté durmiendo. ¿Por qué?

Separándose un poco de él, Ali le sonrió.

—Porque espero que no les demos un espectáculo.

Frank arrugó la frente sin comprender a qué se refería ella, hasta que Ali se quitó la prenda y la arrojó lejos con un florido movimiento.

El aire se quedó atrapado en los pulmones de Frank. La había visto más desnuda aún aquella misma noche, pero verla a plena luz del sol, con esa sonrisa que lo encandilaba y lo volvía loco, fue demasiado para sus nervios. La atrajo hacia él y atacó su boca sin pudor, y sin pudor ella le respondió.

Se besaron como si nunca lo hubiesen hecho, como si no hiciera apenas unas horas que habían estado en brazos uno del otro, devorándose mutuamente, sintiendo el mismo hambre. Su camiseta corrió el mismo destino que la de Ali y se quedó solo con los bóxers, que poco podían hacer para esconder el deseo que sentía por ella.

Ali encerró su rostro en el hueco de su cuello y lo besó, abrazándose con fuerza a su cuerpo, clavándole la yema de sus dedos en los hombros. No pudo evitar que un largo suspiro saliera de su garganta al sentir los labios femeninos recorrer su piel.

—Deberíamos entrar en la casa, Ali —se oyó decir, no muy seguro de reconocer su propia voz.

—Deberíamos, sí. —Pero ella continuó con su tarea de sembrar de besos el hueco de su clavícula.

Los dedos de Frank se cerraron en torno a los brazos femeninos. Tenía que sostenerse o corría el riesgo de marearse con todas esas caricias que le estaban haciendo hervir la sangre. Notó que ella se deshacía de su ropa interior, contoneando las caderas para, a continuación, hacer lo propio con él y dejarlo desnudo. Ali enlazó sus manos tras su cuello y, con gentileza, tiró de él hacia abajo para tumbarlo sobre la manta.

No supo cómo ni cuándo, pero se encontró encajado entre sus piernas, besándola como si la vida le fuera en ello. Se incorporó sobre sus brazos,

poniendo distancia entre ambos para así poder mirarla a los ojos.

Ali lo dejaba sin aliento con solo posar la vista en ella y apreciar la manera en que lo miraba. Tomó aire, intentando mantener la cordura que, poco a poco, se le escurría entre los dedos.

—Ali, no podemos. Aquí no tengo...

—La casa está demasiado lejos —lo interrumpió ella, alzando la cabeza y mirando en esa dirección—. No voy a dejar que te levantes ahora. Algo se nos ocurrirá, ¿no crees?

Frank contuvo el aire en los pulmones hasta que Ali lo atrajo de nuevo hacia ella, impidiéndole con un beso que replicara. Las manos de Ali lo acariciaron, desde sus hombros hasta los muslos, pasando la yema de los dedos por su enfebrecida piel para dejarlo temblando de arriba abajo. Deshizo el camino varias veces hasta que las exigentes palmas de Ali recalaron finalmente en sus nalgas y se las apretó con suavidad. Ali alzó las caderas y salió a su encuentro, rozándose contra él de manera casi descarada.

Frank supo que había perdido esa batalla.

Buscando la postura adecuada, Frank se colocó en su entrada y la penetró de una sola acometida. El cuerpo de Ali lo recibió, gozoso y preparado. Ella arqueó la espalda y emitió un gemido de placer que reverberó en el fondo del alma de Frank.

Estuvo sin moverse unos instantes, tomando y expulsando el aire, tratando de que su cuerpo no se rindiera de inmediato al cúmulo de sensaciones que le provocaba el estar dentro de ella y sentirla plenamente, húmeda y acogedora, envolviéndolo con su calidez. Pero las nuevas caricias de las suaves manos de Ali por su espalda dieron al traste con su autocontrol. Enterró su rostro en el hueco de su cuello y aspiró su olor fresco de mujer, que hizo que su cuerpo reaccionara queriendo hundirse más en su interior.

Con los párpados fuertemente apretados y rozando la tersa piel de su cuello, comenzó a moverse, saliendo un poco de su cuerpo para volver a entrar en ella, llegando más hondo en cada ocasión. Y cada vez, ella lo acogió, adaptándose como un guante que estuviese hecho a su medida.

Las piernas de Ali se ciñeron en torno a él, atrapando sus caderas, y sus manos se aferraron con fuerza a sus brazos. Frank se movió con más ímpetu. Sus cuerpos chocaban uno contra el otro mientras buscaban el ritmo mutuo. Arqueando la espalda, la respuesta de Ali no tardó en llegar: dejando escapar un pequeño grito se estremeció de placer bajo su peso, a la vez que se deshacía entre sus brazos.

Frank sabía que ya no había vuelta atrás.

—¡Ali! —gritó, buscando sus labios e incapaz ya de controlarse. Frank se dejó llevar por esa maravillosa sensación y saliendo de su interior, se derramó fuera de ella con un orgasmo que nubló su vista y lo dejó sin aire en los pulmones.

Descansó su frente contra la de Ali, intentando recuperar juntos el aliento. Frank se apoyó sobre sus antebrazos, para aligerar así el peso de su cuerpo, y la miró. Ella tenía las mejillas arrojadas, los párpados entornados ocultando unos ojos brillantes y una hermosísima sonrisa prendida de sus labios rojos. Lo besó fugazmente y le sonrió.

—Sí, creo que deberíamos haber entrado en casa —confesó ella casi sin aliento.

Él le correspondió con un beso más lento, degustando una vez más sus labios.

Frank continuó mirándola durante unos instantes, mientras esperaba que el ritmo de su corazón aflojara un poco. Sintiendo los brazos pesados, Frank agarró una de las camisetas que tenía cerca hecha un ovillo y la utilizó para limpiar a Ali con todo el cuidado y el esmero del que fue capaz. Cuando terminó, volvió a dejarla a un lado y a fijar la mirada en esos increíbles ojos verdes que lo miraban.

La sonrisa de ella se hizo más amplia si cabía. Frank le sonrió.

—Tienes cara de sueño. Pero estás igualmente preciosa —le dijo mientras volvía a besarla.

Fue apenas un roce, pero lo hizo estremecer de todas maneras. Cuando se separó, ella lo miraba divertida.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

Ali arrugó los labios, enrojecidos por sus besos, y compuso una mueca.

—A finales de junio, llegaron a la clínica unos niños con un gatito — comenzó a contarle—. Tuvimos que operarlo de urgencia, y llegué a casa tardísimo. Al día siguiente debía regresar muy temprano a la clínica, así que dormí muy poco. De camino al trabajo pasé a comprar café para llevármelo, porque no tenía tiempo de hacerlo, y la chica de la cafetería, que ya me conoce desde hace algún tiempo, me preguntó si esa cara de sueño que llevaba era debido a que había pasado una noche estupenda, y si un hombre era el causante. Me reí mucho con su ocurrencia porque, en aquel momento, no había nada más lejano a la realidad que un hombre que no me dejara dormir. Si me lo dijera ahora, debería responderle de distinta manera.

Frank entornó la mirada, fingiendo seriedad, y chasqueó la lengua.

—Vamos a tener que hablar con ese tipo y que te deje dormir las horas suficientes.

Ali se apresuró a negar una y otra vez con la cabeza.

—¡Yo no pienso quejarme! —contestó alzando una ceja—. Prefiero mil veces que él me quite el sueño a que lo haga una guardia en la clínica.

Entre risas volvieron a besarse, divertidos.

—¿Vienes a la ducha conmigo? —le preguntó Ali al fin con un tono juguetón.

Frank gimió de manera lastimera y dejó caer la cabeza contra su hombro.

—Quieres acabar conmigo, ¿verdad?

Ali rio con ganas, y él notó cómo su cuerpo se estremecía tan solo con oírlo.

—¿Ahora que he logrado tenerte donde quiero? Ni por asomo.

Con un gruñido, Frank se puso en pie y la ayudó a levantarse. Entre los dos recogieron las ropas esparcidas por la hierba, y Frank tomó la manta, que colocó sobre los hombros de Ali para cubrirla con ella. La acercó hasta su cuerpo, pasó un brazo sobre sus hombros y le besó el pelo.

—Venga, vamos a la ducha.

Frank apagó el motor del coche delante de la casa de su padre una hora después. Al instante, sintió la mirada de Ali fija en él.

—Salgamos —lo instó y ambos abandonaron el vehículo, seguidos de un excitado Pepper que corrió hacia los árboles nada más poner sus patas en el suelo.

Antes de que acabaran de subir los escalones hacia el porche, la puerta se abrió con un vigoroso movimiento y apareció su hermana que, con una enorme y luminosa sonrisa y sin mediar palabra, se arrojó en sus brazos, encerró el rostro en su pecho y lo abrazó con fuerza. La reacción de la chica lo tomó por sorpresa, pero un segundo después la estaba abrazando con la misma intensidad con la que ella lo hacía.

Winnie levantó la mirada hacia él.

—Papá nos contó anoche que fue a hablar contigo.

—Sí.

—Que te pidió disculpas y tú las aceptaste.

Frank volvió a asentir.

—Es cierto.

En ese momento, Colette apareció en la entrada y, sin darle tiempo a reaccionar, los abrazó a él y a su hija, encerrándolos a ambos entre sus brazos.

—Me alegro de que todo se haya arreglado, Frank —le dijo, para después besarlo en la mejilla.

—Yo también me alegro —le dijo, sintiéndolo de verdad.

—Venga, venid a comer algo. —La mujer dio un par de pasos atrás y lo miró de arriba abajo, primero a él y luego a Ali—. Hijos, ¿habéis dormido algo? Tenéis cara de cansados.

La carcajada de Winnie llenó el porche.

—Sí, cansados. Por supuesto que sí —rezongó la joven, divertida.

Frank miró de reojo a Ali, que sonreía ante el estallido de la chica, pero sin

poder evitar que un ligero sonrojo coloreara sus mejillas. Quiso abrazarla, pero su hermana ya se había colgado de su brazo y lo arrastraba hacia el interior de la casa. Buscó la mirada de Ali, y ella se la devolvió junto con una sonrisa antes de pasar detrás de él.

La cocina olía a bizcocho recién horneado y a algo más que Frank no pudo identificar. El aroma de lo que fuera que se estaba cocinando hizo que su estómago rugiera sin vergüenza.

—Venga, sentaos y os pongo algo de comer.

Ali se acercó a él, tomó la silla que estaba a su lado y se sentó. Colette no tardó en poner delante de ellos un par de tazas humeantes y una tarta de manzana.

Antes de tomar la bebida, vio a Ali erguirse en su asiento y mirar el interior con suspicacia.

—¿Qué es?

La carcajada de Winnie no se hizo esperar.

—Tranquila —respondió Colette, lanzándole a su hija una mirada reprobatoria—. Es café de malta, centeno y achicoria. No es tan estimulante como el propio café, pero está rico.

—Mamá, su experiencia con tus brebajes no fue muy buena.

Colette desestimó las palabras de Winnie con un gesto de la mano y una expresión condescendiente.

—Tonterías. Conozco lo que es estar verdaderamente cansada, y te habrías quedado dormida de todas maneras—. Y le sirvió a cada uno una generosa porción de tarta que ambos aceptaron encantados.

Estaban a punto de acabar cuando Robert apareció en la cocina.

—Buenos días. —El hombre los saludó a todos con comedida cortesía. Frank se levantó instintivamente y correspondió al saludo de su padre.

—Buenos días.

Robert se acercó y lo abrazó con fuerza. Frank había temido la reacción por parte de él cuando lo viera. La noche anterior habían hablado, y su padre se

había disculpado por su explosión durante la fiesta, asumiendo que había estado equivocado todos aquellos años y que las duras palabras de Ali le habían hecho darse cuenta de lo absurdo e injusto de su actitud. Pero no sabía cómo iba a ser cuando se vieran a plena luz del día, sin que las sombras de la noche enmascararan las lágrimas que ambos derramaron. Frank abrazó a su padre con fuerza, sintiendo la garganta cerrada por la emoción, y enterró el rostro en su cuello.

Tardaron unos segundos en separarse y, cuando lo hicieron, una sonrisa cruzaba el rostro de Robert. Hacía años que no veía sonreír a su padre de esa manera. Por el rabillo vio a Colette secarse una lágrima. Cuando la mujer se percató de la mirada de Frank en ella, se encogió de hombros.

—Se me ha metido algo en el ojo. Tranquilo, no pasa nada.

Robert miró a Ali cuando se separó de su hijo.

—Gracias.

Ella le correspondió con un escueto cabeceo.

—De nada. Aunque no las merece.

—Te equivocas —respondió Robert con seriedad—. Necesitaba oír esas palabras que me dijiste. Por lo que a mí respecta, puedes llamarme estúpido cuando quieras.

El ambiente se relajó poco a poco. Frank volvió a sentarse a la mesa para acompañar a Robert, que aceptó de buena gana el trozo de tarta que su mujer le ofreció, junto con una sonrisa. Bajo la mesa, Frank notó cómo la mano de Ali buscaba la suya. Giró la cabeza al tiempo que cerraba sus dedos en torno a los de ella y los apretaba con delicadeza. La sonrisa que ya lucía Ali en su rostro se hizo más amplia aún, y a él le robó un poco más el corazón, si eso era posible.

Cuando miró el reloj habían pasado casi cuarenta minutos. Winnie se había levantado hacía un rato, con la excusa de que había quedado con una amiga, pero los adultos todavía conversaban de manera relajada alrededor de la mesa.

—¿Os apetece venir conmigo hoy? —oyeron decir a Robert.

Observó cómo Ali miraba a su padre y luego clavaba su mirada en él.

—¿Va a ir a ver al señor Collins?

Robert asintió con premura.

—Sí. Voy a ver qué tal va esa ternera nueva. Y luego a casa de Gertrude y Ambrose, que también les nacieron terneros la semana pasada. Y una de sus cerdas está a punto de parir.

La expresión de Ali se iluminó, y Frank se apresuró a aceptar.

—Claro. Iremos contigo.

A partir de aquella primera noche juntos, Ali ya no durmió más en la habitación que ocupara cuando llegaron.

Los días que siguieron de sus pequeñas vacaciones, cada anochecer, y después de haber pasado el día yendo y viniendo a las propiedades de los vecinos de los Bradley, visitando animales o simplemente charlando con Winnie en el patio de atrás, cenaban junto a Robert y Colette. Se marchaban cuando aún era temprano, aunque ninguno de los dos se dormía hasta bien entrada la madrugada. Cuando lo hacían era uno en brazos del otro, satisfechos y extenuados, y con una sonrisa que ni el sueño era capaz de hacer desaparecer.

Esa mañana de miércoles, cuando ya llevaban en Clarendon cinco días, Frank se sentó en los escalones de la casa de su padre. El sol de la tarde lo bañaba todo, dándole un brillo especial a las hojas de los árboles y a la hierba crecida. Alzó el rostro hacia el cielo y cerró los ojos unos segundos. Frank pensó que el arrullo de la ligera brisa que soplaba bien podría lograr que se quedara dormido sentado.

El buen ánimo que sentía desde que se había arreglado con su padre se vio ensombrecido cuando miró el móvil, que aún guardaba en la mano. Hacía apenas media hora que había recibido un mensaje de texto. El asistente de Iván Kozlov lo emplazaba para ese mismo viernes en las oficinas del empresario ruso para formalizar la compraventa del edificio.

Tomó aire y miró más allá de la explanada de arena prensada en donde aparcaban los vehículos. El camino a la casa era estrecho y estaba bordeado por una valla pintada de blanco, que su padre mantenía en buenas condiciones.

Sin remedio, sus cortas vacaciones estaban tocando a su fin. Había llegado hasta allí con el miedo de que las diferencias con su padre no se resolvieran y ellos continuaran de nuevo sin hablarse durante cinco años más. No solo se habían arreglado, sino que parecían dispuestos a recuperar todo el tiempo que habían perdido tontamente. Iba a echarlo mucho de menos cuando se fuera, como iba a echar de menos a Colette y a Winnie, que lo habían apoyado desde que llegó con Ali.

Pensar en ella y que su corazón se saltara un latido era todo uno. Ali, con su sonrisa a flor de piel y su alegre manera de ser. Con sus besos y su forma de amarlo que lo dejaba sin respiración. Ali era, sin duda, lo mejor que le había ocurrido en mucho tiempo, y estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para mantenerla en su vida.

La puerta de la casa se abrió, y alguien salió por ella. Como si la hubiesen llamado con campanillas, Ali apareció a su lado, ofreciéndole una de esas sonrisas que lo dejaban desarmado. Sin palabra alguna le tendió una taza de café.

—Te estaba buscando —le dijo ella. Ali bajó un par de escalones, tocó su rodilla para que le hiciese un sitio y se sentó entre sus piernas.

Frank la besó en el pelo para luego pasar sus brazos alrededor de sus hombros y atraerla hacia su cuerpo. En respuesta, Ali lo besó en la mandíbula mientras se arrebujaba en su abrazo. Estuvieron un rato en silencio, contemplando el sol ponerse entre las colinas y teñir el cielo de un naranja vivo.

—Me ha llegado un mensaje del asistente de Kozlov.

Ella se giró un poco para mirarlo de frente.

—¿De Sergei?

—Sí, de él. Me dice que está todo arreglado para la firma y que debería estar en Newburyport el viernes.

Ali apretó los labios.

—O sea que tendríamos que marcharnos mañana por la mañana.

Frank clavó sus ojos en ella y apretó los labios.

—Sí.

Removiéndose entre sus piernas, Ali agarró su antebrazo, que cruzaba por delante de su pecho.

—Bien. Me va a dar mucha pena marcharme, pero es algo inevitable. He dejado solos demasiado tiempo a Sean y a Jimmy y también es necesario que regrese a la clínica —explicó ella con cierto tono de tristeza en su voz.

—Claro.

—Lo he pasado muy bien aquí, Frank —continuó ella mientras se giraba para buscar sus ojos—, y no me refiero solo a los momentos en que hemos estado a solas, que también, esos sobre todo, pero les he cogido mucho cariño a Colette y a tu hermana y me siento muy bien aquí.

—Podemos volver más adelante. Cuando queramos. Solo tengo que llamar a Colette y pedirle que prepare la casa.

El brillo que vio en su mirada, el mismo que aparecía en la de un niño el día de su cumpleaños, le hizo buscar sus labios y besarla. Se tomó su tiempo, deleitándose con el sabor de estos, mezclado con un lejano recuerdo a alguna infusión de menta, que le gustó sobremanera en ella.

Pepper escogió ese momento para aparecer, rodeando la casa con un trote suave, la cola en alto y algo de barro en sus cuatro patas. Subió los escalones dando pequeños saltos y se plantó delante de Ali, meneando el rabo de un lado a otro. Le arrimó la nariz al rostro manteniendo la boca cerrada.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó la mujer cogiéndolo del hocico. El perro separó la mandíbula, y Frank pudo ver cómo Ali tomaba una mariposa de entre los dientes, que aún aleteaba, moribunda.

—¡Qué has hecho, Pepper, pobrecita! —lo riñó, aunque con cariño. Ali tomó el insecto y lo dejó en un extremo del escalón, a salvo del animal que lo miraba con intriga.

—No creo que se recupere, pero no voy a dejar que te la comas.

Ali se giró hacia Frank mientras acariciaba al perro entre las orejas.

—Creo que Pepper también va a echar de menos esto.

Como si hubiese entendido que hablaban de él, el chucho ladró una única vez e intentó lamer la mejilla de Ali. Frank no pudo evitar sonreír ante esa estampa.

—Ya me doy cuenta. Pero, como tú has dicho, no hay más remedio que regresar a casa.

Sin esperar, Ali se puso en pie y le tendió la mano. Frank la aceptó, pero continuó sentado, con el rostro de Ali casi un metro por encima de él.

—Bueno, ¿qué tal si nos marchamos ya? Tenemos que recoger nuestras cosas.

La tomó por la cintura, la acercó hasta él y la besó a la altura de su ombligo.

—Las maletas van a esperar un rato más —le dijo cuando levantó la cabeza para mirarla—. Tengo otros planes para nuestra última noche aquí.

Los ojos de Ali se oscurecieron levemente, se inclinó hacia él y lo besó con pasión. Cuando se separaron, ella se pasó la lengua por el labio inferior, no sabía si de manera fortuita o no, pero lo que Frank supo fue que incendió su sangre aún más.

Ali lo tomó de la mano y apretó sus dedos con suavidad antes de hablar.

—Vayamos dentro y digámosles que nos vamos. Tengo curiosidad por saber cuáles son esos planes.

CAPÍTULO 22

—Intentad venir en Acción de Gracias, ¿vale? —dijo Colette de pie junto al coche. La mujer llevaba el pelo suelto sobre los hombros, una falda larga de alegres colores y unas llamativas gafas de sol redondas con cristales amarillos. Pese a que todo parecía brillar en ella, se podía apreciar tristeza en su rostro, pero aun así, Ali la vio hacer un esfuerzo por sonreír—. Sería estupendo que vinierais.

Ali miró a Frank de reojo y lo vio asentir.

—Lo intentaremos, de verdad.

—Convéncelo, ¿quieres? —Colette se acercó a ella con los brazos abiertos y la abrazó con fuerza—. Nos ha encantado tenerte aquí, Ali, y poder conocerte. Vuelve cuando quieras, serás bienvenida.

Sintió que la garganta se le cerraba. Ali le correspondió el gesto, abrazando a la mujer a su vez.

—Muchas gracias. No vais a tener que insistir mucho. Me lo he pasado muy bien, de verdad. Habéis sido todos muy amables.

Fue el turno de Winnie de acercarse a ellos.

—No tardes tanto en regresar, ¿de acuerdo, hermano mayor? Te eché mucho de menos.

La chica se arrojó en brazos de Frank y enterró la cara en el pecho masculino. Los ojos de Ali volaron hacia su rostro para ver aparecer en su mandíbula recién afeitada un ligero pulso. A Frank le estaba costando despedirse tanto como a su familia. Él rodeó el cuerpo de su hermana y la besó en la coronilla con suavidad.

—Yo también te eché de menos, enana —susurró contra el pelo. La chica cerró aún más su abrazo, apretándose con fuerza contra él.

A desgana, Winnie se separó de su hermano y se limpió disimuladamente las lágrimas que habían escapado de sus ojos. Ali apretó los labios y respiró

hondo, intentando mitigar así el escozor que sentía en el fondo de la garganta.

Cuando Winnie se apartó, Frank se giró despacio hacia su padre. Robert se había mantenido en un segundo plano tras su mujer y su hija, observando la despedida.

—Papá.

Robert cabeceó una única vez, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones y la mirada baja. Hizo un gesto en dirección a Colette y a Winnie.

—Hazles caso: venid en Acción de Gracias. Os vamos a estar esperando.

Sin mediar palabra, Frank se acercó a su padre y lo abrazó. Ali giró la cabeza, sintiéndose incapaz de dominar las traidoras lágrimas que habían comenzado a correr por sus mejillas. Se las secó con disimulo para luego regresar su mirada hacia donde estaban Frank y su padre. Robert palmeaba con afecto la espalda de su hijo, complacido por su reacción. Unos instantes después, los dos hombres se separaron.

—Venga, marchaos ya o llegaréis muy tarde —dijo Robert.

Ali caminó hacia el coche y, antes de abrir, se despidió de todos ondeando su mano.

—Nos vemos pronto.

Entró en el coche a la vez que Frank lo hacía por su puerta. Pepper y Bluebell ya estaban en sus respectivas jaulas y las maletas ocupaban su lugar. Solo faltaba que encendiera el motor, cosa que parecía costarle hacer.

Ali buscó la mano de Frank sobre la palanca de cambios. Él la volteó para poder entrelazar los dedos con los suyos y apretarlos con fuerza.

—¿Preparado? —le preguntó.

Lo vio tomar aire.

—Nunca me había resultado tan difícil marcharme de aquí.

—Podemos regresar cuando quieras.

Los ojos de Frank buscaron los suyos.

—¿Vendrás conmigo?

—Sí —le respondió de inmediato. Lo miró de reojo y alzó una ceja con expresión pícar—. Si me invitas, por supuesto.

Con una sonrisa en los labios y una mirada de reojo, que a Ali le levantó el ánimo, Frank puso el coche en marcha.

A mitad de camino decidieron parar en una estación de servicio. Aunque el trayecto era exactamente el mismo que habían hecho seis días antes, Frank se lo estaba tomando con mucha más calma. Incluso parecía que estaba intentando dilatar el tiempo. A Ali no le importaba. Ponerle punto final a esas escuetas vacaciones no le agradaba en absoluto porque eso significaba volver a la rutina y volver a su apartamento, en donde no estaría Frank. Habían sido unos pocos días, pero se había acostumbrado a su presencia. Se sentía muy cómoda con él, y la convivencia, aunque corta, le había gustado.

Frank estacionó el coche, bajó de él para rodearlo de inmediato y dejar salir a Pepper antes de que el animal realizara un estropicio en su jaula. El perro, tan pronto se vio en el suelo, correteó hacia unos arbustos cercanos. Ali bajó del vehículo y se unió a Frank, que no quitaba ojo de donde se encontraba su mascota.

—Estar ahí encerrado todo el camino debe de ser duro para él. Se ha pasado casi una semana paseando a sus anchas por el campo, corriendo detrás de todo bicho que se le ha puesto por delante —le dijo a Frank mientras observaban cómo el animal se encaminaba feliz de un árbol a otro.

—Es verdad —replicó él, dándole la razón—. A ver cómo le sienta llegar a casa.

Ali le sonrió y rodeó el vehículo para abrir la puerta en donde estaba sujeta la jaula de Blue.

—Voy a comprar algo de beber, ¿quieres algo? —le preguntó Frank.

—Un refresco estaría bien.

Frank se alejó hacia el pequeño autoservicio que había junto a la gasolinera. Ali sacó a la gata, que había estado maullando gran parte del viaje,

y aunque a ella no iba a soltarla como habían hecho con Pepper, también se merecía un poco de aire fresco.

Con Blue en brazos se acercó hacia una de las mesas hecha con troncos de madera que había diseminadas por el lugar. Se sentó, cerró los ojos y aspiró el aire limpio. Que la fresca brisa que corría le acariciara el rostro era una maravillosa sensación. Se sentía feliz, muy feliz. Abrió los ojos para ver cómo el *culpable* en gran parte de tanta felicidad salía de la estación de servicio con dos refrescos en las manos.

Acarició la suave cabeza de la gata, que ronroneó en sus brazos complacida, mientras veía cómo Frank se acercaba hasta ella. Él miraba hacia donde correteaba Pepper, con una amplia sonrisa en el rostro que hizo que ella sonriera a su vez. Si mes y medio atrás le hubiesen dicho que conocería a alguien que la haría sentirse de esa manera tan especial y que terminaría enamorándose de él, tal y como lo estaba ahora mismo de Frank, se habría reído en su cara.

Él llegó hasta donde se encontraba, le tendió una de las latas de refresco y se agachó para robarle un beso que ella gustosamente le entregó.

—Echaba de menos que me besaras —le dijo contra sus labios.

—No puedo hacerlo mientras conduzco —respondió él sin alejarse— porque no me conformaría solo con uno y llegaríamos tarde a casa.

Blue maulló entre ambos, y Frank se retiró un poco para mirar al animal.

—¿Tú también quieres un besito?

Ali rio a carcajadas y le hizo sitio en el banco para que se sentara junto a ella. Acababa de abrir la lata para dar el primer sorbo, cuando su teléfono móvil, que llevaba en el bolsillo del pantalón vaquero, vibró.

—Toma, sostenla. —Le pasó la gata, que él acogió gustosamente mientras ella desbloqueaba la pantalla del aparato y leía el mensaje que emergió de inmediato. Conforme lo leía, la expresión de su rostro fue cambiando.

—¿Qué ocurre? ¿Malas noticias? —le preguntó él. Se había girado en el asiento para poder mirarla de frente.

Ella asintió, despacio.

—El mensaje es de mi amigo Sergei.

—¿El asistente de Kozlov? —inquirió él visiblemente intrigado.

—Sí. No te preocupes, no tiene nada que ver con la venta de tu edificio — le contestó para tranquilizarlo, porque se había percatado de que, al oír el nombre de Sergei, Frank se había tensado en su asiento.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

Ali cerró el móvil y levantó la cabeza.

—¿Recuerdas cuando me llevaste a Boston a recoger mi coche? Te conté que había estado en una reunión de la comunidad rusa a la que pertenezco. Bien, esa reunión fue para festejar el cumpleaños de Dimitri, uno de los miembros más antiguos. Cumplía ochenta y siete años.

—¿Ha pasado algo con él? ¿Ha muerto?

Ella asintió pesarosa.

—Sí.

Frank se acercó hasta ella y le colocó un brazo sobre los hombros, atrayéndola hacia él. Blue aprovechó ese interludio para saltar al regazo de su dueña y se acomodó allí.

—Lo siento mucho, Ali. De verdad.

—El funeral es esta tarde. A las cinco. ¿Nos dará tiempo a llegar?

Él asintió con seguridad.

—Claro. ¿Quieres que vaya contigo?

Ali se levantó con la gata en brazos y se giró para pararse delante de Frank.

—No, muchas gracias. Prefiero ir sola.

—Claro. Pero si cambias de opinión, dímelo, ¿de acuerdo?

El excelente ánimo que había tenido hasta ese momento se esfumó como el humo de un cigarrillo. Dimitri había sido amigo de su abuelo, y ella lo conocía desde que era una niña. Por aquel entonces, los miembros de la comunidad eran muchos más. Dimitri le había contado cuentos en ruso y hablado de su madre patria, como ellos llamaban a Rusia. Era ley de vida que, poco a poco,

todos fueran desapareciendo, pero dolía igualmente, porque le recordaba demasiado a cuando perdió a su abuelo.

Frank llamó a Pepper, que acudió de inmediato, y regresaron al coche. Colocaron a ambos animales en sus respectivas jaulas y se dispusieron a realizar el último tramo hasta Newburyport.

Cuarenta y cinco minutos después, Ali abrió la puerta de su apartamento. Frank la había ayudado a subir la maleta y la jaula de Blue. Antes de marcharse se acercó a ella y buscó sus manos.

—¿Quieres que nos veamos después?

Sin ningún tipo de duda, Ali movió su cabeza de manera afirmativa.

—Sí, claro que quiero.

—Bien.

—¿Qué tal si voy a tu casa cuando salga del responso, te parece? Podríamos pedir una pizza.

—Me parece perfecto —le respondió besándola con ternura.

Aun cuando fue un beso comedido, un escalofrío recorrió la espalda de Ali por entero. Frank se separó de ella a duras penas.

—Tengo que marcharme. Pepper espera en el coche.

Se despidieron con un último beso, una vez que Frank se hubo asegurado de que estaría bien.

Había tenido todo el camino para hacerse a la idea de la muerte del viejo amigo de su abuelo y se sentía un poco mejor. Abrió la puerta del transportín, y Bluebell salió rápidamente para subirse de un salto al sofá.

—Echabas de menos tu casa, ¿no es así? —La gata le correspondió con un largo maullido que la hizo sonreír, cosa que le agradeció porque realmente lo necesitaba.

Se dirigió a su dormitorio para deshacer la maleta, pero cuando la tuvo abierta sobre la cama pensó que, mejor que gastar el tiempo en sacar la ropa y amontonarla para bajarla al cuarto de lavadoras que había en su edificio, se

acercaría a la clínica para ver qué tal les había ido a Jimmy y a Sean. No dudaba que ellos se las habrían arreglado a las mil maravillas, pero ella los había echado de menos y no veía el momento de volver a verlos y darles un enorme abrazo.

Estaba de camino a la clínica cuando pasó por delante de la cafetería de Laurie y se detuvo ante el escaparate. Pensó en cuánto le gustaban a Sean y a Jimmy los pasteles que ella llevaba a veces a la consulta, así que les daría la sorpresa llegando con cafés y la tarta casera que Laurie tuviera recién hecha en ese momento. Miró el reloj. No tenía demasiado tiempo, apenas una hora para ir hasta la clínica, saludar a sus amigos e ir al sepelio de Dimitri. No podía entretenerse mucho, así que no se lo pensó más, y con una sonrisa en los labios entró en el local.

Encontró el lugar medio vacío, a excepción de tres mesas ocupadas, pegadas a la cristalera. Detrás de la barra, Laurie estaba atareada sirviendo un par de tazas de café para algunos de los clientes y no la vio llegar. Ali se sentó en uno de los taburetes y carraspeó. La mujer levantó la cabeza y su expresión educada cambió, mostrándole una sonrisa abierta y sincera.

—¡Ali! ¿Dónde has estado? Hace días que no sé nada de ti.

—He estado fuera. De vacaciones —le respondió.

Laurie se limpió las manos con un paño de cocina.

—Un segundo. Entrego estos cafés y estoy contigo.

Ali asintió y desvió la mirada hacia el expositor en donde la mujer guardaba las tartas. Había una que le apeteció nada más verla: un bizcocho alto y esponjoso, recubierto de crema y adornado con apetitosas fresas. El hueco dejado por una porción dejaba ver que el interior estaba relleno con crema de mantequilla, y mermelada del mismo sabor que la fruta que lo adornaba. Sabía que a Sean y a Jimmy les encantaría probarla, así que decidió que le pediría tres porciones para llevar en cuanto la mujer estuviera disponible.

Laurie no tardó en regresar. Se puso frente a ella y se apoyó en la barra con los codos desplegados.

—Así que de vacaciones, ¿eh? ¡Muy bien! Espero que lo hayas disfrutado. Una risotada emergió de los labios de Ali involuntariamente.

—Te aseguro que lo he disfrutado.

La mujer la miró con suspicacia y entornó los párpados.

—Uy, algo me dice que esa risa tiene algo escondido. —A Ali no le dio tiempo de agregar nada, ni a favor ni en contra, cuando Laurie se irguió en toda su estatura y le ofreció una sonrisa radiante—. ¡Hay un hombre! ¡Claro que sí! Tienes esa mirada.

—¿Cuál mirada? —preguntó Ali fingiendo sorpresa. Ella se había mirado al espejo y había reconocido un brillo especial en sus ojos, que hasta unos días atrás no existía. Alguien que no la conociera podría no advertirlo, pero Laurie, además de ser una mujer observadora, era su amiga.

Acercándose a través del mostrador, Laurie le hizo una señal con la mano, y Ali hizo lo propio, reduciendo la distancia que las separaba.

—Bueno... no, no voy a decirlo —dijo casi susurrando, para que el resto de los comensales no las pudieran escuchar—. Puede que suene bastante grosero una vez dicho en voz alta, pero es esa que aparece cuando lo has pasado *muy, muy bien*. —Y le guiñó un ojo con complicidad.

Sin poder ya remediarlo, Ali estalló en carcajadas. Sintió las miradas de los demás clientes sobre ella, pero poco le importó. Laurie rio con ella de buena gana. Cuando se recuperó del estallido, Ali se secó las lágrimas saltadas por la risa y miró de nuevo a la mujer.

—Sí, Laurie, hay un hombre. Hemos estado juntos esta semana, en su pueblo natal. He conocido a su familia y el lugar en donde se crio. Ha sido muy bonito.

—¡Vaya! Vais muy en serio si te ha presentado a su familia ya —añadió Laurie con ironía.

Ali negó rápidamente con la cabeza.

—¡No seas antigua, Laurie! No, no es eso. Quería enseñarme el lugar. Y los animales. ¡Los caballos, Laurie! Son una pasada. Aunque lo cierto es que no me importaría que lo nuestro fuera en serio.

—Bueno, cuéntame sobre él, ¿quieres? Pero antes, ¿qué querías? ¿Lo de siempre?

—Sí, lo de siempre. Y tres porciones de esa tarta de fresa. Tiene una pinta estupenda.

La mujer tomó tres vasos grandes para llevar y se giró hacia la máquina del café.

—Bueno, sigue contando. ¿Cuándo lo conociste?

Ali no pudo reprimir una nueva sonrisa cuando pensó en Frank y en cómo había llegado a su vida.

—Lo conocí a principios de verano en la clínica. Llevó a una perrita que estaba a punto de dar a luz. Es simpático y atento. Me hace reír y me siento muy bien con él.

Laurie colocó tres pedazos de tarta en una caja y regresó a ella con una sonrisa que iluminaba su hermoso rostro.

—Estás enamorada. No hay más que verte.

—Absolutamente —contestó ella con seguridad.

—Eso es bonito. Así que aprovéchalo. Y ojalá dure mucho.

Ali sacó dinero y abonó el pedido, que tomó de encima del mostrador. Antes de que se marchara, Laurie se inclinó sobre este y la llamó.

—Me alegro por ti, cariño. Y dime, ¿cómo se llama?

Se detuvo mientras sujetaba la puerta con la pierna para que no se cerrara y se giró hacia la mujer.

—Se llama Frank —le contestó, sintiendo que tan solo pronunciando su nombre el pulso se le aceleraba sin ella pretenderlo.

Laurie reprimió una carcajada.

—Aunque quisieras, no puedes negar la cara de enamorada que se te ha puesto al decir su nombre. Anda, márchate, que se van a enfriar esos cafés.

Tuvo que hacer malabarismos para que las bebidas no terminaran derramadas cuando intentó abrir la puerta de la clínica. Por fortuna para ella, un cliente que llevaba un pequeño hurón montado en un hombre le facilitó la entrada. Ali se lo agradeció con un cabeceo y miró a su alrededor en cuanto entró.

La sala de espera estaba vacía y no había rastro de Shirley. Con su carga de nuevo asegurada en las manos accedió al pasillo que llevaba hasta la sala de exploraciones.

—¿No hay nadie por aquí? —preguntó en voz alta y de buen humor mientras empujaba con el hombro la doble puerta de la sala de tratamientos—. ¿No se trabaja en esta clínica?

Dos pares de ojos se giraron hacia ella de inmediato. Los rostros de sus amigos se iluminaron nada más verla. Un segundo después, ambos se habían acercado ya a ella con largos pasos para quitarle lo que llevaba en las manos, ponerlo sobre la primera superficie que encontraron y darle un enorme abrazo que la dejó momentáneamente sin respiración.

—¡Ali! ¡Ya estás de regreso! —exclamó Sean con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja—. Se te ve estupenda. ¿Qué tal ha ido ese viaje?

—Bien.

Su amigo frunció el ceño y desvió la mirada hacia Jimmy, que aguardaba junto a él su turno para darle la bienvenida.

—¿Solo bien? —insistió Jimmy—. Ali, estírate un poco y danos algo de carnaza.

Ella frunció los labios, escondiendo una sonrisa.

—¿Muy bien?

—Tienes la misma cara que un gato que se acaba de zampar un plato de crema de leche —aseveró Sean mientras se cruzaba de brazos.

La mirada de Jimmy se clavó en el techo y exhaló el aire con exageración, para que ambos lo escucharan.

—A veces hablas como un vejestorio. Tiene cara de haber echado el polvo

de su vida. —Jimmy golpeó con su codo suavemente el brazo de su novio e hizo un gesto con la barbilla en dirección hacia Ali—. ¿O tengo que hablar en plural? ¿Tú que dices, Sean?

Los dos hombres la miraron, como si la estuvieran evaluando.

—Plural, definitivamente en plural —le dijo Sean a Jimmy inclinándose un poco hacia este.

Con una fuerte palmada, Jimmy se echó hacia atrás y dejó escapar una carcajada.

—¡Bien por ambos!

—Haríais buenas migas con la hermana de Frank —repuso Ali, intentando fingir que estaba molesta con el comentario. Sabiendo que no lo había logrado, les regaló una amplia sonrisa—. Ella tampoco tiene pelos en la lengua.

—¿Quién necesita tener pelos en la lengua cuando se pueden sonsacar detalles jugosos? —repuso Jimmy—. Oye, ¿qué se supone que hay dentro de esa caja?

Sin aguardar una respuesta por parte de Ali, Jimmy fue hasta la caja y la abrió para desviar a continuación su mirada hacia ella.

—Si cada vez que te vas a marchar vas a regresar con un regalito así, puedes marcharte las veces que quieras.

Sean se apresuró a ir por unos cubiertos y unos platos de plástico desechables que guardaban en el almacén y regresó con ellos, ondeándolos como si se tratase de una bandera.

—No llenéis el suelo de migas, que después hay que limpiarlo.

—Sí, mamá —respondió Jimmy en un tono de broma que divirtió a todos.

Los tres dieron buena cuenta del dulce y del café mientras los hombres la ponían al día de todo lo que había ocurrido en la clínica mientras ella había estado fuera.

—¿Y sabes? Vamos a quedarnos con Cinnamon.

Ali tragó el trozo de pastel que aún tenía en la boca.

—¿En serio?

Sean asintió, convencido.

—Sí. Hemos encontrado casas de acogida para los cachorros, pero nos hemos encariñado mucho con ella y no vamos a permitir que vuelva a la calle, o peor, que termine en la perrera —le dijo—. Así que hemos decidido quedárnosla. Es un amor, y muy cariñosa.

Absolutamente complacida, Ali los obsequió con una sonrisa enorme.

—Me alegro mucho por Cinnamon. No podría haber encontrado a nadie mejor para que la cuidara.

—Ahora dile a Frank que mantenga a su perro alejado de nuestra niña, ¿está claro?

Los tres estallaron en carcajadas.

—Se lo diré —repuso Ali cuando fue capaz de hablar—. Pero no va a hacer falta. Frank va a traer a Pepper para que lo esterilice.

—Es una sabia decisión, sí —contestó Sean mientras dejaba a un lado su vaso ya vacío.

—Bueno, y además de esta buena noticia, ¿algo más? —preguntó Ali.

—Nada —respondió Jimmy con la boca llena—. Los pacientes de siempre. Hiciste bien en irte con Frank, porque no te hubieras perdonado el haberle dicho que no ibas por quedarte aquí.

Sintiendo que le quitaba un peso de los hombros, Ali asintió.

—Estupendo. Porque tengo que pedirlos un favor.

—Pide —contestó Sean.

Ali dejó escapar el aire y se hundió de hombros.

—Unos de los miembros de mi comunidad rusa, Dimitri, murió ayer, y me gustaría ir al sepelio, que es dentro de un rato. Pero si hay trabajo que hacer...

Sus amigos no la dejaron acabar la frase.

—Nada que no pueda esperar —le dijo Jimmy, componiendo una expresión seria por primera vez desde que ella llegara—. Ve y presenta tus respetos. Sabemos que es importante para ti.

—De verdad que me siento mal por dejaros tantos días, pero...

—Mira, vamos a hacer una cosa. —Sean se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre sus rodillas—. El sábado por la mañana hemos acordado una pequeña intervención al pincher de la señora Gibbs, porque ella no tiene otro día en que pueda traerlo. Seguramente tenga que pasar el fin de semana aquí.

Ali entendió de inmediato.

—Yo me haré cargo de él el fin de semana.

—Solo haría falta que vinieras por la noche. Durante el día vamos a estar nosotros.

Con entusiasmo, Ali asintió.

—Es lo menos que puedo hacer. La guardia del sábado y del domingo por la noche es cosa mía.

Sean se entretuvo en limpiarle una pequeña migaja a Jimmy de la comisura de los labios, y este le guiñó un ojo de manera cómplice, lo que hizo que Ali sonriera.

—Anda, vete a ese entierro. Vaya manera de regresar de las vacaciones.

Ali se levantó.

—Bueno, al menos estos días sí que han sido buenos.

Jimmy se acercó hacia ella con un largo y teatral paso y parpadeó varias veces de manera exagerada.

—Y nos vas a contar algo, ¿a que sí?

Con un beso en la mejilla, Ali se despidió de sus amigos, sonriente.

—Nos vemos mañana.

Antes de que la puerta de la sala de exploraciones se cerrara tras ella, escuchó la voz de Jimmy al gritarle:

—¡Dale un besito a Frank de nuestra parte!

Ali llegó a la funeraria cuando pasaban diez minutos de las cinco de la tarde. Entró en la sala en la que se estaba oficiando el responso y se quedó junto a la puerta apenas traspasó el umbral. La sala estaba a rebosar de familia

y amigos del fallecido Dimitri. El hombre había tenido una vida larga y plena, y eso se notaba en ese triste momento.

Se alzó un poco de puntillas para echar un vistazo a su alrededor. Vio caras conocidas, compañeros de Dimitri, que también lo fueron de su abuelo, y que apesadumbrados lloraban la pérdida de su amigo.

El oficiante se dirigió a la familia, alabando la larga existencia del difunto y alentándolos para continuar adelante. A Ali no le gustaban los funerales. Le recordaban demasiado a cuando perdió a sus padres y a sus abuelos, aquella sensación de vacío ahondando en ella y el pensamiento de cómo se las iba a apañar para afrontar el futuro. Dejó que la comisura de sus labios se alzara tímidamente en una sonrisa. Ahora, después de que hubiera pasado tanto tiempo de aquello, tenía que admitir que el futuro no se le había presentado tan aciago y solitario como temió. Tenía unos amigos que eran su familia, un trabajo que adoraba y, ahora, tenía a Frank, que había irrumpido en su vida, y que ella esperaba que fuera para quedarse mucho, mucho tiempo. Tenía que estar agradecida por todo ello.

Los minutos pasaron y, cuando el oficiante dio por concluida la sencilla ceremonia, los congregados comenzaron a abandonar la sala en completo silencio, solo roto por el ruido por los zapatos al caminar y el llanto compungido de las hijas del desaparecido Dimitri.

Ali se retiró hacia un lado para permitir la salida de todas esas personas, que iban pasando de manera ordenada a una sala adyacente en donde se había dispuesto un pequeño ágape y donde, además, podrían darle el pésame a la familia de manera más distendida. Cuando la sala estuvo casi vacía, Ali salió y se dirigió al nuevo salón. Cabizbaja, se encaminó hacia Fyodor, el hijo mayor de Dimitri, que ya rondaba los sesenta años. Lo besó en ambas mejillas.

—Lo siento mucho. De verdad.

Fyodor bajó la cabeza y asintió, agarrando sus manos con cariño.

—Gracias por venir, Aliena.

Intercambiaron unas pocas palabras corteses, y dejó que el hombre se marchara a saludar a otras personas que esperaban para presentarle sus

respetos.

Con calma, Ali se dirigió a la mesa que habían colocado cerca de los ventanales, llena de bebidas y aperitivos. La gente charlaba en voz baja, con rostros serios. Había muchos conocidos allí, a los que había visto por última vez hacía poco más de un mes. Tomó un vaso de limonada y se giró de nuevo.

Fue entonces cuando vio a Sergei, apoyado en una esquina con una cerveza en la mano, a la que le daba largos tragos. Decidida a saludarlo se acercó hasta él.

—Sergei. Hola.

El hombre se incorporó en cuanto la vio.

—Hola, Ali. No te he visto dentro.

—He llegado un poco tarde, cuando ya había comenzado. Me quedé al fondo de la sala.

Sergei asintió y dio un nuevo sorbo a su bebida. Ella lo imitó, apurando su limonada mientras miraba a su alrededor.

—Quién nos iba a decir que volveríamos a reunirnos tan pronto.

—Y, de nuevo, a causa de Dimitri —añadió Sergei con visible tristeza—. Nadie podía adivinar que aquel iba a ser su último cumpleaños.

—¿Cómo ha sido? ¿Lo sabes?

Su amigo asintió.

—Ha muerto mientras dormía, tranquilamente.

Ali torció el gesto.

—Bueno, ya que todos tenemos que morir algún día, me parece una de las mejores formas de pasar a la otra vida, ¿no crees?

Sergei le dio la razón con un pesado movimiento de cabeza.

—Un segundo, por favor, voy a por otra cerveza. ¿Quieres tú otra limonada?

Antes de contestarle, el joven ya se había marchado. Regresó de inmediato con una bebida para cada uno. Ali le dio un sorbo y miró a su alrededor para acabar fijando los ojos en Sergei. Hacía muchos años que lo conocía y sabía

que era un hombre callado y taciturno, poco dado a expresar emociones. Pero ese día lo veía especialmente triste y apagado, como si la desaparición de Dimitri lo hubiese afectado más de la cuenta. Ali pensó que, además de conocerse por ser miembros de la comunidad, la relación entre el fallecido y Sergei había sido muy vaga, así que verlo en ese estado le extrañó un poco.

Sergei continuó bebiendo, apoyado contra el quicio de la alta ventana de cristales labrados que dejaba entrar la luz. Ali se sintió incómoda ante el prolongado silencio y miró el reloj. Apenas habían dado las seis de la tarde, y ella ya tenía ganas de marcharse, pero sabía que era demasiado pronto para ello. Aguantaría allí una media hora más y entonces se marcharía en busca de Frank.

Pensar en él hizo que sus labios se curvaran ligeramente. Con disimulo se llevó la mano a la boca para esconder la sonrisa que acudió a ella. No era un buen lugar ni un buen momento para estar sonriendo. Se obligó a sí misma a pensar en el triste acontecimiento que la había llevado hasta allí. Se giró hacia Sergei y lo observó por unos instantes antes de llamar su atención.

—¿Cómo está Iván? —preguntó sacándolo de su ensimismamiento. El joven se enderezó y carraspeó.

—Está muy bien. Es un hombre fuerte y sano. Creo que es su cabezonería lo que lo mantiene tan activo.

Ali sonrió.

—No me cabe la menor duda —corroboró. Conocía a Iván desde que tenía uso de razón y si había algo que podía describir a ese hombre, eso era su tenacidad.

El rostro de su amigo se ensombreció.

—Aunque tengo que decirte que estoy algo preocupado por él.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé, Ali, es una sensación rara —le dijo mirándola con una expresión alicaída—. Últimamente se obsesiona con cosas que, antes, no tenían tanta importancia.

Ali tomó aire.

—Sabe que se está haciendo mayor, Sergei, y eso tiene que hacer que cambie su forma de ver las cosas.

El joven torció el gesto.

—No sé si tiene algo que ver con la edad.

Volvieron a quedarse en silencio. Aún restaba un poco de limonada en su vaso, y Ali lo apuró.

—¿Sabes que pretende nombrarme su heredero universal?

Las palabras del joven la tomaron desprevenida. Ali abrió los ojos de manera desmesurada y dejó el vaso en la mesa cercana.

—¡Enhorabuena! Eso es fantástico. Sé que él te quiere como a un hijo.

Los labios de Sergei compusieron una mueca que distaba bastante de parecerse a una sonrisa. Ali se acercó a él.

—No pareces muy contento.

—No me malinterpretes, por favor. Estoy muy contento, claro que sí. Pero... —El joven no continuó y terminó haciendo un gesto con la mano—. Nada, olvídalo. Tengo que marcharme. Mañana tenemos cita en el abogado muy temprano para firmar una compraventa.

—El edificio de Frank Bradley, ¿no es cierto? —dijo ella sin apenas pensarlo.

Sergei la miró con extrañeza y asintió una sola vez.

—Sí. Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Frank Bradley es..., es mi amigo.

Los hombros del joven se enderezaron ante sus ojos, como si alguien hubiese tirado de un hilo invisible que tuviese en la coronilla.

—¿Es tu amigo?

—Bueno, ahora mismo no sabría cómo definirte mi relación con él. Estamos comenzando a conocernos y tal vez sea un poco pronto para poner etiquetas, pero ¿que si es mi amigo? Sí, lo es —contestó ella sin dudar.

Con un inquieto movimiento, Sergei se abotonó la chaqueta y se colocó

bien la corbata, aunque ninguna de las dos prendas requería tanta atención por su parte.

Ambos giraron a la vez al escuchar a una mujer, ya anciana, llorar cerca de ellos y lamentarse en ruso junto con otro hombre que la sostenía del brazo. Como en un acto reflejo, Ali miró su reloj. Faltaban un par de minutos para las seis y media, así que consideró que había cumplido con su visita y se volvió hacia Sergei.

—Voy a marcharme ya. Iba a despedirme del hijo de Dimitri, pero veo que está ocupado. En fin, espero volver a verte pronto, pero en un lugar más alegre que este. —Se acercó hasta él y le dio un beso en la mejilla—. Cuídate.

Apenas había recorrido unos pocos pasos cuando la voz de Sergei la hizo volverse.

—¡Ali, espera!

El hombre estuvo a su lado al instante, con el rostro muy serio y los labios apretados.

—Me gustaría hablar contigo. ¿Podemos salir fuera?

Extrañada ante la situación, Ali asintió. Sergei la tomó con delicadeza por el codo, y ambos abandonaron la sala mientras se despedían con un cabeceo de los conocidos que iban encontrando a su paso. Ya fuera, caminaron uno junto al otro hasta el lugar en donde estaban estacionados los coches. Ali se paró ante él.

—Tú dirás.

Así como hacía unos minutos Sergei se había acomodado correctamente la corbata, ahora se la comenzó a deshacer, hasta que el nudo quedó flojo sobre el cuello de su camisa.

—Ali, creo que tengo que contarte algo. Si no lo hago, no voy a poder tener la conciencia tranquila. Te conozco desde hace años, y me caes bien, eres mi amiga; por eso creo que tengo que decírtelo.

Las palabras de Sergei, dichas de manera nerviosa y casi atolondrada, la hicieron ponerse en guardia.

—¿Qué ocurre?

—Me has dicho que Bradley es tu... amigo.

—Más que amigo, sí.

El joven se pasó la mano por la frente, como si quisiera deshacerse de una invisible capa de sudor.

—Verás, Iván está muy obsesionado con recuperar ese edificio. Se lo vendió a Bradley hace cinco años.

—Lo sé.

—Bien. Pues Iván quiere recuperarlo a toda costa.

—También sé eso. Le ha ofrecido una cantidad desorbitada de dinero.

Sergei asintió y su nuez subió y bajó al tragar saliva.

—Exacto. Quiere recuperar ese edificio como sea. Bradley se ha comprometido a vendérselo con la condición de que respete los contratos de arrendamiento de los inquilinos que ya viven allí.

Sin articular palabra, Ali movió la cabeza sin dejar que sus ojos se desviarán de él.

—Bradley ha insistido en que añadamos una cláusula al contrato. Pero Iván no tiene intención de respetarla. Ha encontrado un resquicio legal en el que ampararse y, en cuanto Bradley haya firmado, enviará cartas de desahucio a todos los que viven allí. No va a poder hacer nada para impedirlo.

Los ojos de Ali se clavaron en Sergei.

—Pero no lo entiendo. ¿Para qué quiere deshacerse de los inquilinos? ¿O es que acaso quiere arrendarlos de nuevo con una renta más alta? ¿Es eso?

Sergei negó con vehemencia y bajó la mirada al suelo.

—Van a demoler el edificio, junto con toda la manzana. Un grupo inversor está esperando a que Iván vuelva a tener el edificio de Bradley, para que él les venda todos esos inmuebles en un solo paquete. Quieren construir allí un centro comercial. Algo así. Y es todo o nada. El paquete completo, o no hay trato. Y estamos hablando de muchos millones, Ali. Muchos.

El corazón de Ali comenzó a bombear con fuerza dentro de su pecho. Se

acercó al joven y lo tomó con suavidad por el brazo.

—¿Por qué me cuentas esto, Sergei? Eres el asistente de Iván. Y te ha dicho que quiere nombrarte su heredero. Esto te perjudica claramente.

—¡Lo sé! ¿Crees que no lo sé? Pero ya llevaba algunos días pensando en llamar a Bradley y decírselo. He visto cómo está el edificio ahora y recuerdo cómo estaba cuando lo tenía Iván. Parecen inmuebles distintos. Soy su asistente, sí, pero tengo conciencia, y quiero tenerla limpia. No quiero un legado que se haya forjado con malas prácticas, no quiero que me vean por la calle y me acusen con el dedo de que he dejado en la calle a ancianos y a madres con hijos pequeños. No creo que se lo pudiera hacer a nadie, y aún menos a alguien a quien conozco. Y ahora qué sé que es tu amigo... no puedo hacerle esto. No volvería a mirarme a un espejo.

—Sergei...

—Sueno muy teatral, ¿no es cierto? —le preguntó el hombre, ahogando una sonrisa que a todas luces era fingida.

Ali elevó la comisura de sus labios.

—No, para nada.

—Tal vez no esté hecho para esta profesión.

—Eres un buen hombre, y eso vale más que si eres o no eres un buen profesional.

—Dile a Bradley que no firme, ¿quieres?, que Iván no va a respetar el contrato.

Tomando aire, Ali asintió.

—Se lo diré. Gracias, Sergei. —Y le dio un beso en la mejilla que hizo que el hombre cerrara los ojos momentáneamente.

—De nada, Ali. Eres mi amiga y quiero que sigas siéndolo.

—Lo soy, sí.

Girando sobre sus talones, Ali se encaminó hacia su coche, apretando las llaves en su mano.

CAPÍTULO 23

Apenas se hubo abrochado el cinturón de seguridad, Ali conectó el teléfono al coche y marcó el número de Frank. Escuchó el primer tono en los altavoces del automóvil justo cuando abandonaba el aparcamiento privado de la funeraria.

Frank contestó de inmediato.

—¡Hola! —lo oyó saludar, con un tono alegre que hizo que una sonrisa emergiera de sus labios—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal ha ido todo?

Aunque era un gesto inútil, Ali se encogió de hombros sin dejar de mirar de reojo por el espejo retrovisor.

—Todo lo bien que puede ir un velatorio.

—Claro. Dime, ¿ya estás de regreso?

Ali puso un intermitente y giró por una calle, a su derecha.

—Sí. ¿Dónde estás? —le preguntó.

—La nevera estaba vacía y he salido a comprar unas cosas para esta noche, y ahora estoy tomando un café cerca de tu clínica. ¿Nos vemos en un rato en mi apartamento? ¿O prefieres que vaya al tuyo? No me importa ir yo allí si lo que te apetece es estar en tu casa.

Se paró en un semáforo y palmeó el volante, inquieta, mientras se mordisqueaba el labio inferior.

—¿Qué te parece si me esperas y nos vemos ahí?

Frank contestó enseguida.

—Claro. Estoy en una con un toldo rosa y un cartel de una tarta, ¿la conoces?

Sonriendo, Ali asintió.

—Por supuesto que la conozco. Llegaré en diez minutos.

Cuando iba a colgar, la voz de Frank requirió su atención.

—¿Ali?

—Dime.

El tardó unos segundos en contestar.

—¿Suena muy anticuado, o muy raro, si te digo que te he echado de menos esta tarde? —le preguntó. Había utilizado un tono de voz más suave e íntimo que momentos atrás, y Ali tuvo que tomar aire para intentar aplacar la dulce emoción que la embargó por entero.

—Ni lo uno ni lo otro, al menos no para mí —le respondió cuando fue capaz de domar los latidos de su corazón, que estaba a punto de salirse por su boca—. No deberías decirme esas cosas mientras conduzco. Me distraigo y me puedo comer al de delante.

—Entonces no te lo diré más... por ahora. Te lo volveré a decir cuando te tenga frente a mí. Nos vemos en un rato.

Y Ali escuchó el tono de haber finalizado la llamada. La imagen de Frank sonriendo y diciéndole que la echaba de menos tenía la virtud de hacerla sonreír, pese a que la conversación con Sergei aún resonaba en su cabeza, preocupándola profundamente.

Se paró en un nuevo semáforo en rojo y lo miró con fijeza, como si así pudiera hacer que el intervalo para que cruzaran los peatones durara menos tiempo. Quería llegar a la cafetería de Laurie cuanto antes.

Frank estaba sentado en una mesa cerca de la puerta, en uno de los bancos forrados de piel sintética que había a cada lado. El olor a tarta recién hecha y café llenaba el local. Había pocos clientes, y la camarera estaba tras el mostrador, de espaldas a él, ocupada en preparar alguna comanda. Frank miró el reloj: aún faltaban algunos minutos para la hora en la que había quedado con Ali. Sonrió al pensar en ella, tal y como venía haciendo desde que la había dejado en su apartamento. Le había dicho por teléfono que la echaba de menos y no había exagerado lo más mínimo. Habían estado juntos en todo momento los últimos días; el estar ahora lejos de ella se le antojaba, como

poco, extraño.

Ali se había metido debajo de su piel sin que él se diera cuenta, y Frank deseaba con toda su alma que hubiese llegado para quedarse. Ansiaba despertarse cada mañana a su lado, verla marchar a la clínica y recibirla con millones de besos cada tarde. Quería estar junto a ella todo el tiempo del que dispusiesen. Deseaba que ese sentimiento, que lo dejaba sin respiración y con las manos ansiosas por buscar su piel, perdurara todo lo posible. Se había enamorado de ella hasta el fondo de su corazón y no podía estar más feliz.

Absorto como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que la camarera se había acercado hasta él.

—¿Le apetece tomar otro café?

Frank levantó la cabeza, sorprendido.

—Estoy esperando a alguien. Gracias.

En ese momento, la puerta del local se abrió y apareció Ali, con su eterna sonrisa, sus ojos brillantes y su alegría contagiosa. Frank sintió que su corazón saltó en su pecho al verla. Ali anduvo en su dirección con paso rápido y se detuvo al otro lado de la mesa.

—¡Hola! —los saludó y tomó asiento frente a él, pero sin dejar de mirar la camarera, a la cual sonreía abiertamente.

La mujer se desplazó hasta donde Ali estaba sentada y se colocó a su lado, para poder mirar a Frank de frente. La vio inclinarse para que las cabezas de las dos mujeres quedaran juntas.

—¿Él es tu Frank? —preguntó con voz queda, como si no quisiese que él la oyera.

Él pudo apreciar cómo un ligero rubor se adueñaba de las mejillas de Ali. La vio asentir con una sonrisa enorme, pero sin desviar la mirada de él.

—Sí. Él es Frank

La mujer se enderezó, se limpió la mano derecha con el paño que llevaba anudado en el blanco delantal y se la tendió.

—Mucho gusto. Soy Laurie.

Frank correspondió el gesto con uno idéntico, incorporándose a medias. Laurie le sonrió.

—He oído hablar de ti. Poco, pero espero oír algo más en el futuro —le dijo mientras colocaba su mano sobre el hombro de Ali y lo palmeaba ligeramente.

—Laurie es una buena amiga. A Sean, a Jimmy y a mí nos tiene muy enganchados con sus tartas —dijo Ali mientras lo miraba, sin que esa preciosa sonrisa que lucía desde que entró, desapareciera. Luego pasó a mirarla—. ¿Puedes traerme un café? ¿Quieres tú otro? —le preguntó a Frank.

—Sí. Me parece bien.

Laurie sonrió aún más ampliamente.

—Bien, dos cafés. Y os voy a traer dos porciones de una tarta que me ha quedado riquísima. Vuelvo en un momento.

Un segundo después, Laurie había desaparecido tras el mostrador no sin antes dedicarles una franca y cálida mirada a los dos.

Frank clavó sus ojos en Ali, que había seguido a su amiga con la vista. Un segundo después, la vio estallar en una carcajada. Intrigado, giró la cabeza en dirección hacia donde se encontraba Laurie y vio como esta se volteaba con rapidez para darles la espalda.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Ali, sin poder evitar contagiarse de la sonrisa que ella lucía.

—Creo que has pasado el examen de Laurie.

Divertido, Frank bajó la mirada.

—Vaya, pues me alegro. Pero dime, ¿qué tal ha ido el sepelio? —le preguntó.

Ella compuso una mueca de resignación con los labios.

—No sé si *bien* es una respuesta adecuada para estos casos —respondió con un deje de abatimiento—. Aunque Dimitri era ya un hombre mayor, siempre es triste despedirse de alguien querido. De algún modo, me hace recordar cuando murió mi abuelo.

La expresión de Ali había cambiado por completo y podía ver cómo sus ojos reflejaban ese duro momento que estaba pasando. Se sintió tentado de levantarse, sentarse a su lado y abrazarla, pero finalmente se mantuvo en su sitio, frente a ella.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que nos marchemos?

La mirada de Ali buscó la suya.

—Sí que quiero, pero antes tengo que contarte algo.

—Tú dirás.

Laurie eligió ese momento para regresar, con dos tazas grandes de café y sendas porciones de una tarta que olía de manera exquisita y que dejó sobre la mesa. La mujer les sonrió a ambos.

—Aquí tenéis. Espero que os guste. —Y sin nada más que añadir, giró sobre sus talones y regresó a la barra.

Frank tomó su taza y dio un sorbo. Ali hizo lo mismo.

La vio removerse en su asiento, poner ambos brazos sobre la mesa y alejar de ella la taza de café que aún no había terminado de tomar. Ali apretó los labios y desvió la cabeza para mirar hacia el exterior a través de los cristales de la ventana.

—¿Recuerdas que te dije que conocía a Sergei, el asistente de Iván Kozlov?

Frank se apresuró a asentir con un único cabeceo.

—Sí, lo recuerdo.

Los ojos de Ali volvieron a él, buscando su mirada.

—Bien, pues estaba también en el funeral de Dimitri. Estuvimos charlando un buen rato, y salió el tema de la firma de la compraventa que tienes mañana.

Sin saber bien hacia dónde iba esa conversación, Frank volvió a asentir.

—Así es. Ali, no entiendo...

—Iván ha encontrado una manera de no respetar la cláusula que le has pedido que incluya, la que respetaría a los inquilinos que ya viven ahí y sus rentas. Quiere recuperar ese edificio a cualquier precio porque es la pieza que

le falta para poder vender todos sus inmuebles a un grupo inversor. Ellos van a derruirlos y construir en su lugar un centro comercial.

Las palabras de Ali lo dejaron sin habla. La miró, no muy seguro de haber entendido bien lo que había escuchado. Las manos femeninas buscaron las suyas.

—¿Frank? —Ali intentó llamar su atención, acariciándole el dorso con sus pulgares—. ¿Has oído lo que te he contado?

Sin pausa, él asintió.

—Lo he hecho, sí. No lo entiendo, Ali. ¿Por qué te lo ha contado?

—No le gustan las malas prácticas ni que se engañe a la gente. Iván está dispuesto a engañarte para conseguir de nuevo el edificio, le da igual que tú lo demandes porque tiene la sartén por el mango. Además, Sergei sabe que eres mi amigo. —Ali se detuvo un momento para mirarlo antes de continuar—. ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a seguir con la venta?

Frank tomó aire, para después expulsarlo poco a poco. Sentía el paso de la sangre por su oído, con un rítmico golpeteo, sin saber aún si el enfado que comenzaba a bullir en su interior era con Iván o con él mismo. Apretó los labios y negó con la cabeza.

—No, no pienso vender. Me había hecho a la idea de que podría comenzar de nuevo, pero ahora no quiero hacerlo —le dijo. Sintió cómo su mandíbula se tensaba al apretar con fuerza las muelas—. Además, ¿cómo podría hacerlo sabiendo que dentro de unos días todos se verían en la calle? No, mi conciencia no me lo permitiría. Porque Henry y Charlotte saldrían adelante y encontrarían algo en seguida, estoy convencido, pero ¿y Bernie y la señora Lileh? Llevan décadas viviendo allí, mucho antes incluso de que Kozlov comprara por primera vez el edificio. No voy a hacerles pasar por eso. Y mucho menos cuando sé que Kozlov nunca tuvo verdadero interés en el edificio. No, no voy a vender.

—Bien, llámalo mañana y dile que no vas a ir —se apresuró a añadir Ali—. Eso es lo que me dijo Sergei que debías hacer.

Frank se irguió en su asiento y enderezó los hombros, tanto que notó el tirón

de los músculos en el centro de la espalda.

—No. Voy a ir a ver a Kozlov, y le voy a decir que puede meterse su dinero por donde le quepa. Quiero ver su cara cuando se lo diga. No voy a esconderme detrás de un teléfono, como si fuese yo el que está haciendo algo malo.

Un suave apretón a sus dedos por parte de Ali hizo que fijara sus ojos en sus manos.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente seguro —le contestó sin ningún atisbo de duda.

—¿Quieres que vaya contigo? Puedo acompañarte.

Con reticencia, Frank se soltó de su agarre y se pasó una mano por el pelo, dejando escapar el aire que sentía que le oprimía el pecho.

—No, no. No quiero que te preocupes más de lo que ya lo has hecho.

—No me importaría ir contigo —insistió Ali.

No pudo evitar sonreírle al observar la mirada preocupada de ella. Lo conmovió hasta el fondo de su corazón.

—Sé que no te importaría, pero prefiero que no lo hagas. Puedo apañármelas solo.

Ella asintió con sobriedad.

—Como prefieras.

Aunque aún se sentía enfadado, Frank se obligó a sonreírle, y su sonrisa arrancó una en Ali que él había estado echando de menos durante toda la conversación.

—Gracias, Ali.

—No tienes que dármelas a mí, sino a Sergei. Yo solo te he contado lo que él me ha dicho.

—Se las daré cuando lo vea. ¡Dios, no sé cómo he podido caer en la trampa de querer venderle de nuevo el edificio!

—Te ha tentado con una cuantía muy jugosa.

—Y yo he picado como un incauto.

—No has picado.

Frank clavó los ojos en ella y encontró los suyos de inmediato. Por unos momentos olvidó en dónde estaban.

—Lo hubiera hecho si no te hubiera conocido —le respondió con seriedad para, de inmediato, dejar que una sonrisa volviera a aflorar—. ¿Ves? Tengo que darte las gracias. Como sea.

La vio tomar aire y apretar los labios de esa manera tan característica suya y que aparecía cuando tramaba algo.

—¿Qué tal si nos terminamos esta tarta con tan buena pinta y nos vamos a mi casa? —le sugirió en voz baja, lo que provocó que se estremeciera—. Aún no he desecho la maleta y podría necesitar ayuda.

Frank tuvo que contenerse para no reírse abiertamente.

—¿Seguro que lo que quieres deshacer es la maleta?

Ali frunció los labios. Cogió el tenedor de su plato y pinchó un trozo de tarta con una premeditada indiferencia.

—Pues no. Si se te ocurre alguna otra cosa, estoy abierta a cualquier sugerencia —respondió ella de manera coqueta y se llevó el pedazo de dulce a la boca. Frank olvidó al instante la venta del edificio y el enfado que había sentido hacia Kozlov. En esos momentos, su mente solo estaba puesta en la mujer que tenía sentada frente a él y que con cada meticulosa porción de tarta que se llevaba a la boca, lo estaba volviendo loco. Se terminó su café, ya frío, empujó con suavidad el plato con lo que aún quedaba de su porción y cogió la bolsa de la compra que descansaba a su lado.

—En cuanto te termines eso hablaremos de cómo puedo darte las gracias de la manera más sincera que encuentre.

Ella le respondió apartando el platillo hacia un lado de manera apresurada y limpiándose la boca con la servilleta.

—Ya estoy lista.

Se levantaron a la vez para acercarse a la barra.

—Hoy os invito yo, ¿de acuerdo? —les dijo Laurie.

Vio a Ali torcer el gesto.

—Laurie, en serio...

Ella se irguió en toda su estatura.

—Lo digo en serio. Me hace muy feliz verte tan contenta.

Un adorable rubor apareció en las mejillas de Ali.

—Gracias. Entonces, nos vemos otro día.

Con paso calmado, se encaminaron hacia la entrada. Frank estaba deseando salir de allí para tomarla de la mano y acercarla hasta él.

—Ali —oyó decir a Laurie. Ambos se giraron para ver a la mujer obsequiarlos con una ancha sonrisa y los dos pulgares en alto. Ni Ali ni Frank pudieron controlar la carcajada que les nació en la garganta.

Con mejor ánimo del que entraron dejaron la cafetería. Ali le apretó la mano al tomar la suya, lo que hizo que su pulso se acelerara.

—Y dime, ¿qué tenías en mente como retribución?

La única respuesta que Frank le dio fue entrelazar sus dedos con los de ella y apresurar el paso.

Abandonar el apartamento de Ali esa misma noche, cuando todo lo que quería era continuar en su cama y besarla hasta que amaneciera, se le había antojado una tarea casi dolorosa.

Los besos que ella le había dado a la hora de despedirse lo habían retenido y habían hecho que demorara su partida todo lo posible. Muy a su pesar, Frank regresó a su casa, pero lo hizo feliz, con una sonrisa en los labios y con el olor de Ali en su ropa y en su cuerpo.

Pepper lo recibió junto a la puerta. Movía el rabo de un lado a otro, contento de verlo. Frank se agachó y lo acarició entre las orejas. El animal emitió un gruñido de satisfacción que lo hizo sonreír.

—¿Me has echado de menos, campeón? —le preguntó mientras se dirigía a la cocina para dejar la bolsa de la compra que había hecho más temprano, antes de encontrarse con Ali. Sacó una lata de comida para perros del mueble

y, antes de que pudiera abrirla, Pepper ya estaba sentado a su lado, con las orejas tiesas, la nariz olisqueando el aire y relamiéndose ante el inminente festín que iba a darse.

—Venga, todo para ti. Cuando termines, daremos un paseo y a la cama, ¿de acuerdo?

El perro ni se molestó en levantar la cabeza del cuenco de comida, ocupado como estaba en acabarlo lo antes posible. Unos minutos después Pepper se dirigió hasta donde Frank dejaba la correa y se sentó delante.

—¿Sabes que eres muy listo? Más que algunos humanos que conozco —le dijo con seriedad—. Anda, vamos.

Enganchó la correa al collar de su mascota y ambos abandonaron el apartamento.

En cuanto regresaron, Pepper buscó el lugar en donde solía echarse a dormir junto al sofá, apoyó la cabeza sobre las patas delanteras, bostezó y estuvo dormido dos minutos después. Moviendo la cabeza de un lado a otro, Frank se encaminó hacia su dormitorio sin dejar de sonreír.

Durante el breve paseo con el perro, su buen humor había ido dejando paso a otras emociones, que oscilaban entre el dulce recuerdo de Ali entre sus brazos apenas unas horas atrás y el creciente enojo por lo que le esperaba al día siguiente: vérselas cara a cara con Iván Kozlov.

Aferrándose a la imagen de Ali para no terminar cabreado y disgustado antes de tiempo, se dirigió a la ducha.

«Ya tendré tiempo de enfadarme mañana».

Frank se paró ante la puerta del imponente edificio en donde estaban las oficinas de Iván Kozlov y miró hacia arriba. Por unos momentos creyó que estaba ante uno de esos macizos edificios de Nueva York, con docenas de ventanas en la fachada principal. Tomó aire antes de decidirse a empujar la gran puerta doble y entrar en el vestíbulo.

Miró el reloj de muñeca cuando las puertas del ascensor se cerraron

delante de él. Faltaba un minuto para la hora a la que lo habían citado, el tiempo que tardaría en llegar hasta la puerta del despacho de Kozlov. Estar siempre a la hora convenida era una de sus virtudes. Había adquirido ese hábito cuando llegó a la Gran Manzana, y dependía de su puntualidad para llegar cuando debía hacerlo al trabajo, a una subasta o a coger el metro. El timbre del ascensor lo hizo salir de sus cavilaciones. Tomando aire, se colocó bien la corbata y salió al pasillo.

Frente a él había un gran cartel que le anunciaba que allí se encontraban las oficinas de Iván Kozlov. Enfiló el corredor de la derecha y abrió una puerta de lustrosa madera maciza. Otro pasillo, más iluminado que el anterior, con un montón de puertas a derecha e izquierda, se abrió ante él.

Lejanas voces llegaban a sus oídos, y Frank se encaminó hacia ellas. Unos segundos después, cuando aún no había recorrido la mitad del pasillo, una de las puertas se abrió y por ella apareció el joven asistente de Kozlov y amigo de Ali, Sergei.

El hombre se quedó parado junto al vano, con el rostro serio y sin exteriorizar ninguna emoción. Lo saludó con un parco gesto de cabeza.

—Señor Bradley, buenos días.

Frank le correspondió el saludo.

—Buenos días.

—El señor Kozlov y sus abogados le están esperando —le dijo mientras se apartaba y le dejaba el camino libre para que se adentrara en la amplia habitación.

Frank dio un paso hacia el interior y oyó cómo la puerta se cerraba tras él. En ese momento fue plenamente consciente del alocado latir de su corazón. Aunque había tenido gran parte de la noche para reflexionar qué le iba a decir a Kozlov cuando lo tuviera delante, en ese momento no creía que fuera a ser capaz de articular palabra. Sentía la garganta reseca, la mandíbula rígida y las manos le sudaban. Quería terminar con aquello lo antes posible.

Siguió a Sergei a través de la sala. Ambos caminaron hacia una gran puerta doble que había al fondo, y el joven asistente se apresuró a abrirla para que él

pasara delante. Allí dentro, sentado en un amplio sillón de cuero a la cabecera de una larga y reluciente mesa, estaba Iván Kozlov.

Al hombre lo flanqueaban dos más, a izquierda y derecha, vestidos de gris. Frank hubiese jurado que, en lugar de columnas vertebrales, debían de tener sendos palos a juzgar por la rigidez que ambos mostraban sentados en sus asientos. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, los hombres los miraron a la vez, con el mismo gesto de cabeza y la misma mirada, entre despectiva y prepotente. Frank les echó un vistazo. Le recordaron a los personajes de un libro que, siendo niño, le mandaron leer en el colegio, aquellos que ahorraban el tiempo de los demás. Sintiendo un escalofrío recorrer su espina dorsal, se acercó hasta la mesa para detenerse en el extremo opuesto a donde se encontraba Kozlov.

—Buenos días, señor Bradley —le dijo el anciano con una sonrisa artificial que no le llegó a los ojos.

—Buenos días.

Kozlov se incorporó en su asiento y unió sus manos frente a él sobre la mesa.

—Si quiere, puede acercarse para que le eche un vistazo a...

Frank no lo dejó continuar.

—No voy a firmar, Kozlov.

Las palabras murieron en los labios del ruso. Con una mirada atónita, fijó sus ojos en él.

—Perdone, ¿cómo dice?

Notando todos los músculos de su cuerpo en tensión, Frank se irguió en toda su estatura.

—Ya lo ha oído. No voy a firmar.

Los hombres que arropaban al empresario se miraron mutuamente, sin comprender qué estaba sucediendo. Despacio, como si se tratase de una película a cámara lenta, Iván Kozlov se levantó.

—Habíamos llegado a un acuerdo, Bradley. Ahora no puede echarse atrás

—le espetó con los labios apretados, los ojos brillantes y las manos convertidas en puños.

Escondiendo las suyas en los bolsillos de sus pantalones, Frank levantó una ceja.

—Teníamos un acuerdo, sí, pero nada por escrito. Usted no ha depositado ninguna fianza ni yo he firmado ningún precontrato. Puedo echarme atrás si quiero. Y es eso exactamente lo que quiero hacer.

Uno de los hombres de gris hizo el intento de hablar, pero Iván lo detuvo antes de que pudiese articular una sola palabra.

—Déjenos solos, señores —les ordenó con autoridad.

—Señor Kozlov...

—¡He dicho que nos dejen solos! ¡Márchense!

Los dos hombres recogieron sus maletines y se levantaron con rapidez. Sin dirigirle una mirada ni a Frank ni a Kozlov, abandonaron la sala.

En silencio, Frank e Iván se midieron en la distancia. Aun desde lejos, podía sentir la frialdad que emanaba de aquellos ojos acerados del ruso, escondidos tras sus gafas. Una incómoda agitación atravesó su cuerpo para terminar instalándose en el centro de su estómago.

Kozlov salió de detrás de la mesa con paso calmado y una sonrisa falsa en los labios que a Frank le recordó la de una hiena.

—Podemos hablar del precio, si es eso lo que quiere.

—No es eso lo que quiero.

—Creí que le estaba dando una cantidad más que sustanciosa por el edificio. Usted sabe tan bien como yo que no vale lo que voy a pagarle.

Frank bajó la cabeza. Apretó las manos, que seguían resguardadas dentro de sus bolsillos, tanto que sus cortas uñas se le clavaron en las palmas.

—Lo sé. Pero no es cuestión de dinero.

Echando la cabeza hacia atrás, una risotada emergió de la garganta del hombre.

—¡Nos ha salido la vena sentimental! —espetó cuando se recuperó de su

desmesurada reacción—. Vaya, eso no me lo esperaba.

Frank se sintió tentado de dar media vuelta y marcharse por donde había venido. Jamás le había gustado ese hombre, ni tan siquiera cuándo, años atrás, le había comprado el edificio. Sus impresiones no hacían más que confirmarse.

—Me da igual que se ría, o que piense que lo hago por sentimentalismo — le respondió con acidez—. Incluso puede que lleve razón: soy un sentimental. Le he tomado cariño al edificio y a todos los que viven en él.

Iván dio un nuevo paso hacia él, pero continuó separándolos una distancia considerable que los hacía a ambos levantar las voces para que el otro lo escuchara.

—¿Lo dice en serio? Mire, hagamos una cosa. Ponga usted la cantidad, ¿le parece aceptable?

Frank tomó aire lentamente. Estaba comenzando a perder la paciencia.

—No sé si me ha oído bien: no voy a vendérselo. He venido aquí solo para decírselo frente a frente. Así que, si me disculpa, me marcho. Buenos días.

Acababa de girar para abandonar la estancia cuando la voz de Kozlov le llegó fuerte y clara.

—Se arrepentirá de esto, Bradley.

Despacio, Frank se volvió sobre sus pasos.

—¿Cómo ha dicho?

Lejos de arredrarse y desdecirse de sus palabras, Frank vio como el hombre hinchaba el pecho y levantaba la barbilla.

—Se arrepentirá de no haberme vendido, Bradley —repitió—. Llegará un momento en que pensará que debió haberlo hecho cuando tuvo oportunidad.

Frank caminó junto a la mesa en dirección hacia Kozlov, para detenerse a unos pasos de él.

—¿Me está amenazando? ¿Es eso?

—Llámelo como quiera.

La mano de Frank se cerró sobre el borde del respaldo de la silla que tenía

junto a él.

—Amenazas. Lo llamo amenazas.

El paso calmado de Kozlov hizo menor la distancia que los separaba.

—Habrá un momento en que se arrepentirá.

—Podría ir a la policía y denunciarle por esto —espetó Frank, sintiendo todos los músculos de su cuerpo en tensión.

El ruso volvió a reírse.

—¡Oh, por favor! Creía que era usted más inteligente.

Sin querer entrar en más discusiones y con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, Frank dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta con largos pasos, imprimiendo en ellos toda la furia que sentía en ese momento y dejando a solas a Iván Kozlov.

La sonrisa fingida que Iván había esgrimido durante su breve conversación con Frank Bradley se evaporó tan pronto el hombre hubo cruzado la puerta de su despacho. Kozlov le dio un manotazo a la silla que tenía más próxima a él, y esta se tambaleó sobre dos patas.

No podría creer que Bradley hubiese rechazado su más que generosa oferta. Con la cantidad que él le había ofrecido podría haberse comprado dos nuevos edificios si así lo quisiera. O retirarse y vivir de las rentas el resto de su vida. Como fuera, aquello constituía un duro revés para sus planes. El consorcio inversor lo estaba apremiando, y él le había ido dando largas para terminar prometiéndole que tendría todo preparado para la venta al inicio de la semana siguiente. Aquello trastocaba todos sus planes.

Pero no estaba todo perdido. A lo largo de su vida como empresario se había encontrado con muchos *Bradleys* y, como él, lo que habían necesitado para entrar finalmente en razón había sido un ligero empujón en la dirección adecuada.

Él sabía qué clase de incentivo darle.

Sacó del bolsillo su teléfono móvil, rebuscó en su agenda y pulsó la pantalla con energía. Un par de segundos después, alguien contestó. El rostro

de Kozlov se iluminó.

—¿Anatoly? Tengo un trabajito para ti.

CAPÍTULO 24

Frank se desplomó con delicadeza sobre la espalda de Ali, aún enterrado en su interior. Era incapaz de abrir los ojos, que mantenía cerrados con fuerza, y trataba de meter aire en sus pulmones.

Buscó con ahínco el aliento que le faltaba, sintiendo que el corazón se le salía por la boca. En su cuerpo aún perduraban los últimos vestigios del intenso placer que habían compartido y que lo había dejado momentáneamente sin ningún pensamiento coherente al que agarrarse.

Se movió un poco, casi con torpeza, para esconder su rostro en el cuello de ella, y hasta su nariz llegó su inconfundible aroma, ese que lo hacía deseirla aún más de lo que ya la deseaba. La besó con lentitud, recreándose en la suave piel de detrás de su oreja y en el tierno lóbulo, que se le antojaba una tentación para sus labios.

Un gruñido ronco, lento y sensual salió de la garganta de Ali, y Frank sintió que ella se estremecía bajo el peso de su cuerpo. Su reacción arrancó en él una idéntica, haciendo que todos los poros de su cuerpo se erizaran. Ali, de manera perezosa, estiró los brazos sobre su cabeza y se recogió la rubia melena sobre la coronilla, ofreciéndole una visión sin igual de su nuca. Frank sonrió y se apoyó sobre sus brazos, para tratar de atenuar su peso sobre ella. Bajó la cabeza para besar el punto en donde se unían cuello y hombro, despacio, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo.

Ali, al igual que él, trataba de normalizar poco a poco su respiración, inspirando con empeño. Para permitirle tomar aire con libertad, Frank rodó hacia un lado hasta quedar acostado, pegado a todo el largo de su cuerpo. Ella levantó la cabeza, aún sosteniéndose el pelo, e intentó mirarlo sobre su hombro con esa sonrisa, entre pícara y satisfecha, que lo volvía loco. Él pasó el brazo sobre la cintura femenina y la atrajo hacia él para volver a acariciar su hombro, sembrándolo de pequeños y suaves besos.

—No creo que debas continuar besándome de esa manera —la oyó decir con voz áspera cerca de su oído, acariciándolo con su aliento.

Sin dejar de agasajar esa porción de suave piel, Frank sonrió.

—¿Por qué? ¿No te gusta? —murmuró separándose apenas de ella.

Ali rio.

—El problema está en que me gusta demasiado. Te aconsejo que no comiences nada que no puedas terminar.

El comentario hizo que Frank alzara la cabeza y buscara su mirada, que encontró en seguida.

—¿Estás intentando provocarme? —preguntó, levantando una ceja.

—Sí. ¿Funciona? —contestó sin pensárselo dos veces.

Frank se inclinó hacia ella para encontrar sus labios listos para ser besados.

—Sí. Pero funcionará mejor dentro de un rato —susurró rozándolos apenas. Ali hizo el intento de mordisquear su labio inferior, y Frank se retiró unos centímetros, juguetón, dejándola con los ojos abiertos de par en par y una sonrisa ladeada que le iluminaba el rostro.

—¿Y cuánto tiempo voy a tener que esperar?

Atrayéndola hacia él la besó de lleno. Ali le respondió permitiéndole el acceso a su boca mientras se recostaba sobre el colchón para tenerlo de frente y rodear su cuello con sus brazos.

Volvieron a besarse como si hiciera una vida que no lo hacían y no solo unos minutos. Frank pensó que podría quedarse para siempre entre sus brazos, desnudos, piel contra piel, tal y como estaban en ese momento, y no le importaría en absoluto. Pero la realidad se imponía con dureza, y él debía levantarse de esa cama, aunque eso fuera lo último que deseara hacer.

Se separó de ella a regañadientes. Ali dejó caer la cabeza en la almohada con sus increíbles ojos clavados en él.

—Tengo que volver a mi apartamento. —Su voz sonó traidora a sus oídos. Oyó a Ali quejarse para, a continuación, verla componer una mueca de

disgusto.

—¿Por qué? ¿No quieres quedarte?

—Claro que quiero, pero mañana tengo cosas que hacer temprano. Y Pepper está solo, y si no quiero encontrarme algún regalito en el salón, tengo que atenderlo y llevarlo a que dé su paseo.

Ali dejó escapar el aire de sus pulmones, resoplando con exageración.

—Lo sé. El próximo día te lo traes y así no tienes que marcharte.

La punta de su lengua emergió entre sus labios, rojos e hinchados por sus besos, y Frank sintió que la sangre volvía a hervirle en las venas. Se sostuvieron la mirada por unos minutos, sin que ninguna palabra empañara ese instante, porque no creía que hubiera palabras que pudieran resumir y expresar todo lo que sentía.

—Me estás mirando —musitó ella.

Frank asintió con convicción.

—Podría hacerlo todo el día si me dejaras y tuviéramos tiempo —le respondió mientras buscaba también la almohada para descansar la cabeza en ella—. Eres preciosa, Ali.

«Y te quiero».

Se había equivocado. Sí que había palabras. Tres, en concreto.

Aquel pensamiento que apareció a la velocidad del rayo para golpearlo en el estómago lo dejó por unos momentos de piedra y sin respiración para, al segundo siguiente, empujarlo a buscar la boca femenina y besarla como si nunca lo hubiese hecho. La besó con hambre, atrayéndola hasta él todo lo que físicamente podía. Sí, era cierto: la amaba. Quería estar con ella cuanto le fuera posible, se había enamorado de ella como no creyó ser capaz de volver a amar. Se sintió de repente torpe, sin saber qué decirle. Hasta que una idea acudió a su mente, una que le haría no tener que separarse de ella hasta que el sol saliera a la mañana siguiente.

—También puedes venirte esta noche a mi casa. ¿Qué...?

No le dio tiempo a terminar su frase. Los ojos de Ali se iluminaron y se

incorporó un poco para acomodarse contra la almohada.

—Sí.

Ambos se sonrieron, y Ali depositó un fugaz y rápido beso en sus labios antes de saltar de la cama y correr hacia el baño. Un segundo después, su cabeza apareció por el hueco de la puerta.

—¡Venga, vamos! ¿O acaso quieres perder tiempo en limpiar el desastre que podría ocasionar Pepper si tardamos mucho en regresar?

La pregunta surtió el efecto que, con total seguridad, ella pretendió que tuviera, y Frank dejó la cama para correr hacia el baño en pos de ella.

Menos de media hora después, se dirigían en dirección al apartamento de Frank.

La noche se adivinaba cálida, algo húmeda, y en el cielo lucía una luna que aún ascendía por el horizonte y a la que le faltaba muy poco para estar llena. Con su brazo sobre los hombros de Ali, Frank la atrajo más hacia su cuerpo y la besó en la sien. La mujer le correspondió pegándose a su costado y agarrándolo con más fuerza de la cintura. Marcharon así gran parte del trayecto hasta su apartamento, juntos y acompasando su caminar.

Estaban a punto de torcer la esquina para enfilar su calle cuando un resplandor anormal a aquellas horas de la noche le dijo a Frank que algo andaba mal.

Se separaron de inmediato. Frank se quedó petrificado en la acera frente a su edificio, con Ali a su lado, y ambos mirando sin pestañear en dirección a la entrada del bloque, sin poder creer que el interior del soportal estuviese ardiendo.

Frank cruzó corriendo la calle sin mirar si venía algún coche, seguido de Ali. Se detuvieron a unos pocos metros. Dentro, alguien había introducido un contenedor de basura y le había prendido fuego. Las llamas estaban muy vivas. Lamían el techo y las paredes del vestíbulo sin descanso. La mano de Ali se cerró en torno a su brazo, como si le hubiese leído el pensamiento.

—¡Frank, no!

—¡Hay un extintor detrás de la puerta! Tengo que intentar apagar ese fuego antes de que suba por el hueco de las escaleras.

Sin esperar una respuesta de ella, Frank se zafó de su agarre y corrió hacia el soportal. Hacía muchísimo calor allí. Las llamas se habían avivado en pocos segundos. El contenedor se estaba derritiendo a ojos vista y todo lo que contenía parecía sacado del fondo del infierno.

Con cuidado de no tocar nada que pudiese estar caliente, Frank pateó la puerta abierta para coger el extintor. El aparato estaba en el suelo, y la espuma que contenía estaba a su alrededor. Alguien lo había vaciado.

Mascullando una maldición, Frank lo cogió y accionó el pulsador. Por la boquilla apenas salió un pequeño reguero de espuma, que no alcanzaba para nada. Frank levantó la vista, desolado y aturdido, sin poder procesar del todo lo que estaba pasando.

En aquellos pocos segundos, las llamas habían crecido hasta bloquear por completo el acceso a la escalera. Entendió que ya no era posible contener el incendio. Tenía que evacuar el edificio. Fue entonces cuando oyó ladrar a Pepper.

Salió al exterior, donde lo esperaba Ali.

—Ya he llamado a los bomberos —le dijo ella, visiblemente alterada. Frank asintió sin mirarla.

—Pepper está arriba —dijo mientras miraba en dirección a las ventanas de su apartamento. Ali lo imitó al punto.

El ladrido de Pepper se hizo más audible, como si estuviera avisando de que algo extraño estaba sucediendo. Frank creyó que su corazón se había parado momentáneamente para, a continuación, volver a latir de manera alocada y sin control. Su mirada iba de manera frenética de la entrada a la ventana de su apartamento, una y otra vez. Paseó la vista de manera errática por el resto de ventanas del inmueble. Todas estaban apagadas. Seguramente los inquilinos dormían, ajenos a lo que estaba sucediendo en el portal. Tenía que avisarles antes de que fuera demasiado tarde.

Con un rayo de lucidez, se giró hacia Ali.

—¡El callejón! —exclamó para salir corriendo de inmediato y sintiendo que la vida le iba en ello. Ali no necesitó ninguna otra explicación y corrió tras él, pegada a sus talones.

Llegaron allí enseguida. Se adentraron en él hasta el lugar en donde se encontraban los contenedores de basura. Frank miró hacia arriba.

«Tal vez...»

Ali se acercó a él y lo imitó, mirando en la misma dirección.

—Ayúdame —le pidió a la mujer.

—¿Qué quieres hacer? —respondió ella al punto.

Frank se había acercado a los depósitos de basura y comenzó a empujar uno de ellos con dificultad.

—Vamos a ponerlo allí debajo. —Señaló con la cabeza en dirección a la escalera que había recogida en el balcón de la primera planta del edificio—. Si logro llegar hasta ella, quizás pueda bajarla y acceder al pasillo de la primera planta.

—Tal vez deberíamos esperar a que lleguen los bomberos —le dijo ella con manifiesta preocupación en su cara y en su voz.

Él negó tajante.

—Ahí dentro están mis vecinos. Tengo que avisarles para que salgan de sus casas y se pongan a salvo.

Vio la duda reflejarse en ese hermoso rostro que había contemplado muy de cerca hacía menos de una hora, cuando hacían el amor. Ali lo miraba con ojos espantados, la respiración más rápida de lo normal y el cuerpo completamente en tensión.

—Ali, ayúdame, por favor. No puedo perder tiempo.

Con una clara reticencia, ella accedió. Se colocó junto a él y ambos empujaron el contenedor con fuerza. El bidón se movió ante el envite y se desplazó hasta quedar colocado bajo la escalera de emergencias que estaba asegurada contra la barandilla del balcón, y que daba al rellano del primer

piso.

Frank buscó un lugar en donde asirse y subió a la tapa, que acusó levemente su peso. El primer peldaño de la escalera estaba un par de palmos por encima de su brazo extendido. Maldijo entre dientes. Sin dejar de fijar su mirada en él, y sabiendo que no podía fallar porque terminaría hundiéndose en el contenedor, Frank dio un salto y su mano se agarró con fuerza al peldaño. Respiró tranquilo cuando su palma asió el frío metal. Tiró con fuerza de él y la escalera cedió de inmediato, descorriéndose por los rieles hasta quedar ante él, apoyada contra la tapadera del contenedor.

—Ten cuidado, por favor —oyó decir a Ali desde abajo. Frank giró la cabeza para mirarla por encima de su hombro. Lo conmovió la cara de preocupación que ella mostraba. Le ofreció una sonrisa a fin de que se tranquilizara y asintió.

—Lo tendré.

Frank devolvió su atención a la escalera de metal. Se agarró con fuerza a ella y comenzó a ascender. La escalera se zarandeo al soportar su peso, y Frank se sujetó con más empeño a los escalones. Conforme subía recordó que tenía entre sus tareas pendientes renovar esa estructura que estaba en malas condiciones. Lentamente fue escalando, asegurando cada paso que daba. Tenía que lograr alcanzar el rellano de la escalera de incendios lo antes posible, que se le antojaba muy lejano. Apretó los labios y continuó ascendiendo hasta que, al fin, llegó hasta él.

No sin dificultad, Frank se puso en pie en el suelo de acero perforado de la plataforma de las escaleras. Sin perder tiempo, fue hasta la ventana y comprobó que, por fortuna, estaba parcialmente abierta. Introdujo las manos por la rendija y la levantó hasta lograr que se abriera un hueco por el que su cuerpo pudiera pasar. Sin esperar más, se introdujo por él.

El humo estaba ascendiendo por las escaleras de manera alarmante, apoderándose poco a poco del descansillo. Corriendo se acercó hasta la puerta del apartamento de Charlotte. En el apartamento de enfrente, donde vivían los Vargas, sabía que no había nadie desde hacía un mes porque Luisa y

Ernesto habían ido a San Antonio a visitar a su hija, así que redobló sus esfuerzos para que Charlotte lo oyera.

Aporreó la puerta con insistencia.

—¡Charlotte! ¡Abre! —la llamó y volvió a golpear la madera.

Un segundo después la mujer abrió con los ojos desencajados.

—¡Frank! ¿Qué ocurre...?

No tuvo que responderle. El humo que comenzaba a subir por las escaleras se estaba adueñando del espacio. La expresión de Charlotte mudó de inmediato.

—¡Dios mío! ¡Hay fuego!

Frank la empujó hacia adentro con gentileza pero sin perder un segundo.

—Llama a los niños. Tenéis que abandonar el apartamento. Rápido.

La mujer corrió hacia uno de los cuartos y él lo hizo hacia el otro, en donde sabía que dormían los dos hijos varones de Charlotte. Encendió la lámpara del techo, y los niños se removieron bajo las sábanas.

—¡Mamá, la luz! —exclamó el joven Tim, acodándose en el colchón y restregándose los ojos. Frank se encaminó hacia la cama donde aún dormía Charlie y lo movió con gentileza.

—Despertaos. Tenemos que salir del apartamento.

El niño, con expresión rara, abrió los ojos con dificultad.

—¿Señor B? ¿Qué hace aquí?

Frank lo tomó por la muñeca.

—No podemos perder tiempo. Arriba. Vamos.

Intuyendo que algo raro pasaba por encontrarlo allí, los dos niños saltaron de sus camas y fueron en pos de Frank. Lo hicieron a la vez que Charlotte salía del otro cuarto con Amanda en brazos.

—Salid por la escalera de incendios, daos prisa.

Amanda se sujetó con fuerza al cuello de la mujer y comenzó a lloriquear.

—¡No, mamá! ¡Tengo miedo!

Charlotte ofreció a Frank una mirada de impotencia.

—Frank, no vamos a poder bajar por ahí. Tengo miedo de que los niños no puedan agarrarse y terminen resbalando.

En silencio, Frank tuvo que darle la razón. Además, aunque la mujer pudiera hacerlo, no todos sus vecinos podrían salir por ahí, como sería el caso de Bernie y la señora Lileh. Ninguno de ellos tenía la suficiente destreza para bajar los inestables escalones. Debía buscar una nueva solución con rapidez.

—Vamos arriba, a la azotea. Ali ya ha avisado a los bomberos. Nos pueden sacar por ahí.

Al salir al descansillo el humo ya se había vuelto más denso. Entonces, volvió a oír los ladridos de Pepper. Con nerviosismo, y con manos temblorosas, sacó sus llaves del bolsillo de su pantalón y se las tendió al joven Tim.

—Sube a mi apartamento y saca a Pepper. Otra de esas llaves es la de la azotea. Esperad ahí. Rápido.

Todos subieron a la siguiente planta con paso apresurado. Charlotte se giró hacia él.

—¡Bernie y la señora Lileh!

En ese momento, Henry y su hijo Hank bajaban las escaleras.

—¿Qué ha pasado?! ¡Huele a quemado!

Frank asintió sin demora.

—Han prendido fuego al vestíbulo.

—¿Y la alarma?! ¿Por qué no ha sonado?! —preguntó Henry, nervioso.

—¡No lo sé! Han vaciado el extintor de la entrada —le respondió—. Puede que también le hayan hecho algo.

A pesar de sus palabras vio a Henry intentar mantener la calma. El hombre se pasó las manos por el pelo y resopló con fuerza.

—Ayúdame a sacar a Bernie y a la señora Lileh —le pidió Frank.

—Bernie toma relajantes. Aunque llames hasta echar la puerta abajo no vas a lograr despertarlo.

El humo ya ascendía por las escaleras con rapidez, avanzando sin tregua.

Frank recordó, en efecto, que Bernie le comentó que el médico le había recetado pastillas para dormir. Se giró hacia Henry.

—Encárgate de la señora Lileh, por favor. Yo sacaré a Bernie.

El hombre no necesitó otro acicate y se dirigió con una carrera hacia el portón de la mujer. Frank lo imitó, encaminándose con paso ligero hacia la puerta de Bernie y aporreándola con fuerza.

—¡Bernie, abre!

No obtuvo ninguna respuesta. Frank insistió.

—¡¡Bernie, joder, abre la maldita puerta!! Tenemos que salir de aquí.

Nadie le respondió.

Sin esperar un minuto más, Frank se alejó un paso de la puerta y, levantando la pierna, la pateó con tanta fuerza que hizo que el pestillo de la cerradura saltara.

El apartamento estaba a oscuras. Con paso rápido se encaminó hacia la habitación del hombre. Bernie roncaba plácidamente, sumido en un profundo sueño.

—¡Bernie! —exclamó mientras lo zarandeaba sin ninguna contemplación. El humo se estaba colando por el apartamento como si de la bruma en un páramo se tratara. El olor a quemado le estaba irritando la nariz y comenzaba a escocerle los ojos.

No obtuvo ninguna respuesta por parte del hombre, que continuaba dormido.

Frank lo miró desde arriba. Bernie no iba a despertar así como así. Las pastillas cumplían a la perfección con su cometido, y el anciano estaba sumido en un sueño del que parecía imposible sacarlo. Juntando todas las fuerzas de las que era capaz, Frank tiró de los brazos del hombre. El peso muerto del fornido corpachón le ofreció mucha resistencia, apenas moviéndose un poco. Apretando los dientes, Frank jaló nuevamente, ahogando un profundo gruñido, hasta que logró sentarlo en la cama.

El hombre continuaba con los ojos cerrados, ajeno por completo al

esfuerzo que estaba haciendo Frank para sacarlo de su apartamento y ponerlo a salvo. Frank no sabía bien cómo se las iba a ingeniar para sacar a Bernie de allí. El hombre pesaba lo suyo y, sin ninguna ayuda por su parte, se le antojaba un trabajo hercúleo. Pero sabía que no podía esperar mucho más. El humo se iba colando por cada resquicio y, en pocos minutos más, el aire sería irrespirable.

Como pudo, se colocó a espaldas del hombre, afianzó los pies en el suelo y, tomando a Bernie bajo las axilas, tiró de él. La cabeza de su vecino cayó sobre su propio pecho. Frank sintió que los músculos de los brazos le dolían al soportar el peso.

—Recuérdame que te diga que te pongas a dieta cuando te despiertes — dijo con los labios apretados.

A duras penas lo bajó de la cama con todo el cuidado que pudo y lo arrastró por el pasillo hasta el exterior. Se estaba preguntando cómo haría para subir las escaleras cuando Henry apareció por ellas, bajando los escalones de dos en dos.

—He llevado a la señora Lileh a la azotea. Lucas y Gabriella no responden. Los demás ya están allí.

—¿Y mi perro? —preguntó, nervioso.

—También. Hank lo ha sacado de tu apartamento.

Fue la primera vez en todo aquel tiempo que Frank pudo respirar tranquilo, sabiendo que Pepper estaba a salvo.

—Muchas gracias.

Henry lo estaba ayudando a sostener el cuerpo laxo de Bernie cuando escucharon las inconfundibles sirenas de los servicios de emergencia. Frank no sabía si era la policía, los bomberos o la ambulancia, lo único que sabía era que jamás se había alegrado tanto de escuchar aquellos estruendosos sonidos.

En ese momento, Bernie comenzó a espabilarse. Meneó la cabeza de un lado a otro y miró con ojos vidriosos a ambos hombres.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde estoy? —preguntó con la voz ronca y pastosa aún, propia del sueño.

Bernie no podía enfocar bien la mirada, y Frank supuso que era producto de los medicamentos que el anciano tomaba para dormir. Sin querer asustarlo más de la cuenta, le palmeó el hombro.

—Tenemos que subir a la azotea lo antes posible, Bernie.

El anciano bizqueó.

—¿Por qué?

A Frank no le dio tiempo a contestarle. Los ojos del hombre se abrieron de manera desmesurada, y el velo del sueño desapareció de ellos como por ensalmo.

—¿¿Hay fuego?!

Henry lo tomó por el brazo.

—Tenemos que hacerle caso a Frank y subir cuanto antes a la azotea.

El anciano miró a su alrededor mientras Frank y Henry tiraban suavemente de él, obligándolo a subir el primer escalón.

—¿Es fuego! —exclamó como si ni Henry ni él se hubiesen percatado. Intentó zafarse para regresar a su apartamento—. ¡Tengo que poner a salvo mis cosas! ¡Los recuerdos de mi Dottie!

Frank y Henry lo detuvieron.

—No hay tiempo para eso.

A duras penas, los dos hombres consiguieron que el anciano comenzara a subir las escaleras poco a poco, por la dificultad de los años y por el efecto de la pastilla que aún nublaba un poco sus reflejos. El humo estaba subiendo rápidamente por el hueco de la escalera, y Henry comenzó a toser. A Frank habían comenzado a picarle los ojos, y las lágrimas le empañaban la visión.

Preocupado, e intentando fijarse bien en dónde ponía los pies, Frank agarró con más fuerza el brazo del anciano y lo conminó a acelerar el paso.

En el rellano del tercer piso el humo aún no era tan denso, y los tres pudieron respirar aire más limpio. Frank se detuvo a escuchar cómo, en el

vestíbulo, los bomberos ya habían comenzado a intentar sofocar el incendio. Reconoció el sonido de los chorros de agua y el inconfundible siseo del fuego al ir apagándose. No quería especular en los daños que se habrían producido hasta que supiera que todos estaban a salvo; entonces comenzaría a preocuparse por lo material. Y a pensar en quién podría haber hecho aquello, aunque él ya tenía una sospecha sobre el autor. Sus sospechas tenían un nombre y un apellido: Iván Kozlov.

Aunque no debía hacerlo, a la mente de Frank regresaban una y otra vez las últimas palabras que intercambió con el empresario. Lo había amenazado y, estaba convencido, había cumplido con su amenaza, prendiéndole fuego al edificio. No sabía si podría probarlo, pero de lo que no le cabía ninguna duda era de que iba a poner todo su empeño en encontrar cualquier prueba, cualquier simple indicio que apuntara o incriminara al ruso.

La voz de Bernie lo hizo volver de sus cavilaciones mientras enfilaban el último tramo de escaleras.

—Frank, muchacho, me estás dejando el brazo dormido de tanto apretarme.

Miró al hombre con expresión extraña para pasar a fijar los ojos en sus dedos, que apretaban sin razón el brazo desnudo de Bernie. Regresó la mirada hacia él con cierto embarazo y aflojó su agarre.

—Lo... lo siento.

Henry se había adelantado, subiendo con rapidez el tramo de escalera que faltaba hacia el rellano del apartamento de Frank. Él continuó acompañando a Bernie y su paso cansado, ayudándolo a subir. Cuando llegó al descansillo, Frank pudo comprobar que la puerta de su apartamento estaba abierta. Sin dilación, conminó a Bernie para que se dirigieran hacia la azotea.

Henry estaba apoyado en las jambas de la puerta, ocupando todo el vano y charlando de manera nerviosa con Abe Tennison, su vecino del 4B. Bernie pasó a la azotea despacio, pisando con cuidado, y Frank lo hizo detrás. De inmediato, el ladrido excitado de Pepper hizo que girara la cabeza. El animal se había zafado del agarre de Tim y corría en su dirección. En cuanto llegó a él se puso en pie sobre sus patas traseras y colocó las delanteras sobre sus

caderas, empujándolo un poco hacia atrás. Frank tuvo que afianzar su peso para que no lo tirara de espaldas. Feliz él también por volver a verlo, se agachó y lo abrazó como si se hubiera reencontrado con un buen amigo, lo que Pepper era realmente. El animal aprovechó esos instantes y lo lamió en la mejilla varias veces. No pudo evitar sonreír pese a todo lo que había ocurrido mientras lo palmeaba en ambos costados.

—Yo también me alegro de que estés bien, colega —le dijo. El perro continuó sus cariños y halagos. Se echó un poco atrás y atrapó la cabeza del animal entre sus manos—. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

Como si lo hubiera comprendido a la perfección, Pepper ladró con fuerza, levantando la cabeza.

—Frank —oyó a Charlotte llamarlo. Dirigió sus ojos hacia ella, que manteniendo pegada a su cadera a una impresionada Amanda, se apartaba de Miranda, la mujer de Abe, que sostenía en sus brazos a su pequeño hijo Nick. Se levantó y fue a su encuentro.

—¿Cómo estás?

La mujer asintió con reservas.

—Asustada. Pero bien. No sé qué habría sido de nosotros si no llegas a avisarnos.

—No pienses en eso ahora. Estáis bien, y eso es lo que importa.

Charlotte negó con la cabeza.

—Estamos bien gracias a ti. No voy a olvidarlo nunca, Frank —le dijo mientras se acercaba a él y lo abrazaba con fuerza. Conmovido, Frank apreció esa muestra de agradecimiento y palmeó con dulzura la espalda de la mujer. Cuando se separaron, fue el turno de Amanda de seguir el ejemplo de su madre y le abrazó la pierna con todas las fuerzas de las que era capaz.

—Gracias, señor B —le dijo con esa vocecilla dulce que siempre le arrancaba una sonrisa—. Dice Charlie que si no hubiese llegado, la habríamos *palmeado*. ¿Qué es eso, señor B?

La única manera en que Frank podía responder a eso era con una sonrisa,

aunque lo que le había dicho no era para que lo hiciera. No quería ni pensar qué hubiese ocurrido si hubiera llegado cinco minutos después para ver cómo el edificio se consumía en llamas con todos sus inquilinos dentro. Un extraño frío le recorrió la espalda de arriba abajo, y nada tuvo que ver con la brisa nocturna. Las voces de Charlie y de Hank lo sacaron de sus cavilaciones.

—¡Mamá! ¡Señor Bradley! ¡Los bomberos estás subiendo con una grúa!

Frank pasó junto a Charlotte y se aproximó al murete de la azotea para mirar hacia abajo. Era todo un despliegue lo que había en la calle: coches de policía, varias ambulancias y, al menos, tres camiones cisterna de los bomberos. Pudo divisar a varios hombres, manguera en mano, dirigiendo un potente chorro de agua hacia la entrada del edificio. Otro camión había desplegado una gran grúa, y era esa la que ascendía hasta ellos.

Cuando la canastilla llegó hasta el muro, dos hombres, bien pertrechados de la cabeza a los pies, saltaron al suelo con agilidad.

—¿Cómo se encuentran? ¿Están todos bien? ¿Saben si queda alguien ahí abajo? —preguntó uno de ellos.

Frank se encaminó hacia él.

—No, no queda nadie. Todos estamos aquí arriba.

—¿Y usted es...? —preguntó el hombre mientras levantaba la visera de su casco.

—Soy Frank Bradley, el dueño del edificio —se presentó al tiempo que le tendía una mano a modo de saludo, que fue inmediatamente correspondido.

El bombero miró a su compañero para después barrer con la mirada todo lo que había a su alrededor.

—Muy bien. Mis compañeros están ahí abajo estabilizando el incendio. En cuanto me den la orden, comenzaremos a bajarlos. Las ambulancias los están esperando. ¿Alguno precisa de asistencia inmediata?

Los adultos le respondieron de idéntica manera, negando con la cabeza. Los niños ya estaban con su atención puesta en la canastilla que los esperaba.

En cuanto recibieron la conformidad, comenzaron bajando a la señora

Lileh, que abrazaba a su gato con una palpable ansiedad. Uno de los bomberos se subió con ella en la canastilla, y emprendieron el lento descenso.

—¿Puede decirme ya si los daños son muy extensos? —le preguntó Frank al bombero que se quedó con ellos en la azotea y que seguía de cerca la bajada de la grúa.

El hombre miró de nuevo hacia abajo.

—Aún no hay nada concluyente. Tendrá que esperar a que mis compañeros hayan extinguido el fuego por completo y vean el alcance.

—El extintor del vestíbulo estaba en el suelo. Alguien lo había vaciado —le dijo Frank. La expresión del bombero cambió.

—Se lo diré a mis superiores. Ellos y la policía querrán hablar con usted sobre eso.

El siguiente en bajar fue Bernie, luego Charlotte con la pequeña Amanda. Los hermanos Tim y Charlie las siguieron. Los Tennison bajaron a continuación, con una Miranda que agarraba con fuerza a su hijo. Henry bajó detrás de Hank y dejó a Frank y a Pepper, que no se separaba de su lado, en último lugar.

Conforme bajaba, Frank pudo comprobar la frenética actividad en la que estaban sumidos los bomberos y la policía. Estos últimos habían acordonado un perímetro de seguridad, reteniendo a vecinos y curiosos para que no entorpecieran la labor de los primeros. Frank pudo atisbar que del portal de su edificio salía una gran cantidad de humo blanco, y que solo una manguera continuaba funcionando.

En cuanto la canastilla tocó el suelo, un nuevo bombero abrió la pequeña puerta, y Frank saltó de ella tras haberlo hecho Pepper. Un enfermero acudió a él de inmediato, sujetando una manta que Frank desestimó con amabilidad.

—¿Cómo se encuentra?

Antes de que pudiese contestar, la voz de Ali llegó hasta sus oídos.

—¡Frank!

Se giró en el preciso instante en que ella se abalanzaba sobre él y enterraba

su rostro en su pecho mientras lo abrazaba como si necesitara su apoyo para seguir estando en pie.

La reacción de la mujer lo dejó sin respiración. No sabía bien si era por la manera en que había llegado hasta él, arrojándose entre sus brazos, o por darse cuenta del estado de ansiedad que había podido intuir en su exclamación.

—Ali.

Ella continuó con la cabeza enterrada en su pecho y abrazándolo como si la vida le fuera en ello. Frank la atrajo a su vez, acercándola a su cuerpo todo lo que pudo. Cerró los ojos y apoyó la nariz sobre el pelo de la mujer, aspirando así su aroma, tan alejado del olor a humo que él tenía instalado en sus fosas nasales. La apretó con fuerza, y ella hizo lo mismo, mientras lo agarraba por la cintura.

—Ali —volvió a llamarla y buscó su barbilla, para obligarla a alzar el rostro. Despacio, ella levantó la mirada y descubrió lágrimas que aún corrían por sus mejillas.

Sintió una oleada de emoción al ver la preocupación de la mujer que tenía entre sus brazos. Le limpió los surcos que habían dejado en su rostro y la besó con suavidad. Ali le respondió de inmediato.

—¿Estás bien? —preguntó ella contra sus labios mientras se aferraba casi con desesperación a sus antebrazos y se sujetaba a ellos, como si con ese gesto quisiera asegurarse de que estaba realmente allí.

Frank asintió con lentitud.

—Lo estoy, no te preocupes.

—Pero tus ojos... están rojos —insistió ella.

—Igual que están los tuyos ahora.

La respuesta de Frank arrancó una mueca en los labios de Ali, algo que se asemejaba un poco a una media sonrisa. La mujer se secó los ojos con el dorso de su mano.

—Vale, es cierto.

—En serio, no te preocupes.

Solo en ese momento los dos fueron conscientes de que Pepper intentaba reclamar su atención. Ladró una única vez, sentado cerca de ellos. Frank y Ali se separaron para mirar al animal a la vez.

—¡Hey, colega! —lo llamó Frank y el perro se apresuró a ir hasta él y acercarse a sus piernas, buscando mimos.

Ali se agachó para quedar frente al animal.

—¿Estás bien? ¿No te ha pasado nada?

El perro le lamió la nariz en señal de respuesta.

—Vale, creo que está bien —rio Ali rascándole con fuerza ambas orejas y poniéndose en pie.

En ese momento, un nuevo enfermero se acercó hasta Frank.

—Señor, nos gustaría echarle un vistazo. ¿Podría venir conmigo hasta la ambulancia?

Frank asintió y siguió al hombre sin rechistar, seguido de cerca por Ali y Pepper. Cuando llegó hasta el vehículo, una sanitaria hizo que se sentara, le colocó una pinza en un dedo y un pequeño monitor arrojó una cifra junto con un pitido.

—Voy a ponerle oxígeno, ¿de acuerdo?

Sin poder hacer otra cosa, Frank asintió. La mujer le colocó una mascarilla y pasó a examinarle los ojos con sumo cuidado. Frank no se había percatado hasta ese momento de cuánto le escocían. La enfermera los lavó y le instiló un par de gotas en cada ojo que le incomodaron pero, conforme pasaron unos pocos segundos, se sintió mucho mejor.

Cuando logró dejar de pestañear para permitir que el colirio hiciera su trabajo, Ali seguía allí, frente a él, con una mueca en sus labios, a caballo entre una sonrisa y una profunda expresión de preocupación.

Estuvieron así un rato, hasta que la enfermera consideró que la cifra que arrojaba la pequeña pantalla era estable y la óptima. Le quitó a Frank la mascarilla, y él se sintió mejor al no tener ese artilugio pegado a su cara.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Ali.

—Mucho mejor.

Un hombre vestido de bombero se acercó hasta él, interrumpiéndolos.

—¿Señor Bradley? Tengo entendido que es el dueño de este edificio, ¿es así?

Frank se incorporó con rapidez.

—Sí, así es.

El hombre se quitó el casco y lo sujetó bajo el brazo.

—Soy el capitán Coleman. Hemos logrado apagar el fuego con relativa rapidez. Han sido muy afortunados al llegar cuando apenas se había iniciado.

—Han metido un contenedor en el portal —le indicó Frank.

El capitán de bomberos asintió.

—Es cierto. Desgraciadamente, es algo bastante común: los gamberros meten un bidón en un soportal y le prenden fuego.

—¿Los gamberros también vacían los extintores? Porque eso fue lo que me encontré cuando intenté entrar para sofocarlo —le respondió muy seriamente Frank.

Coleman hizo un gesto hosco.

—Que no haya que lamentar más que pérdidas materiales también ha sido toda una suerte.

Frank sintió que una furia ciega comenzaba a hervir en su interior. El hombre tenía razón: había sido una suerte que ellos hubieran llegado apenas unos minutos después de que se iniciara el fuego.

—¿Tiene asegurado el edificio?

—Sí, por supuesto —respondió Frank de inmediato.

—Tendrá que ponerse en contacto con la aseguradora. Rellenaremos los formularios que tendrá que hacerles llegar para la evaluación que le harán al edificio. Pero antes de eso, queremos entrar para corroborar cuál ha sido el alcance. No obstante, no creo que puedan quedarse aquí esta noche. La policía ya está ayudando a sus vecinos a encontrar un lugar en donde pasar la noche. Y

luego querrán hablar con usted, para tomarle declaración sobre cuándo llegó y qué encontró en el portal. ¿Estará de acuerdo?

—Por supuesto. Pueden hablar conmigo cuando quieran —afirmó Frank con rotundidad.

—Le mantendremos informado de la situación. Ahora, si me disculpa, mis hombres se disponen a entrar.

Sin darle tiempo a una nueva pregunta, el hombre giró sobre los talones de sus botas y se encaminó hacia donde lo esperaba un pequeño grupo de bomberos. Un par de ellos subieron a la canastilla que los había bajado y emprendieron de nuevo la subida para comprobar el estado del inmueble.

Frank y Ali los siguieron con la mirada para observar cómo llegaban, saltaban sobre el murete y se perdían de su vista.

Sintiendo que le iba a ser muy difícil aguardar hasta que tuviera noticias de los hombres que habían saltado a la azotea, Frank desvió la mirada hacia Ali, de pie junto a él. Sin que ella dejara de observar lo que ocurría cinco pisos más arriba, notó cómo la mano de la mujer cerraba sus finos dedos en torno a los suyos. Las comisuras de los labios de Ali se alzaron con una tímida sonrisa y, al fin, lo miró de reojo.

—No veía el momento en que aparecieras.

Soltó su mano y, pasándole el brazo por encima de los hombros, la atrajo hacia él, pegándola a su cuerpo todo lo que era capaz. Los nervios que no había sentido hasta ese momento estaban comenzando a manifestarse en forma de sudor frío. La mirada de Ali se entornó ligeramente.

—¿Te sientes bien? ¿Te duelen los ojos?

Frank negó una única vez.

—No, los ojos están bien. Es solo...

—¿Solo qué?

Frank tomó aire y levantó la cabeza para fijar su mirada en la canastilla suspendida.

—En lo que podría haber pasado, Ali. Si no hubiésemos llegado a tiempo.

Si hubiese decidido quedarme hasta mañana en la cama contigo. Si...

Ali detuvo su diatriba poniendo un dedo sobre sus labios.

—Pero no ha sido así. Estabas aquí, y has podido avisar y auxiliar a tus vecinos. Cuando nos digan cómo está el edificio, comenzaremos a preocuparnos, ¿de acuerdo?

Aunque asintió, la mente de Frank no dejaba de darle vueltas al hecho de que alguien estaba detrás de lo que había ocurrido. Y a él solo le venía un nombre a la mente.

La policía se acercó hasta ellos para informarles que tanto Bernie como la señora Lileh habían encontrado con quién quedarse, gracias a los servicios sociales del ayuntamiento. Henry y Charlotte se habían puesto en contacto con sus familiares más cercanos y también tenían ya un lugar en donde pasar la noche. Lucas y Gabriella, que habían llegado del cine hacía pocos minutos, y se habían encontrado aquel panorama y la imposibilidad de subir a su apartamento, estaban charlando con la policía.

Frank se disculpó ante el agente y se acercó con paso rápido hacia el grupo de bomberos que aguardaba a que la canastilla tocara el suelo. El capitán ya lo estaba esperando cuando Frank llegó hasta ellos.

—Mis hombres no han podido ver daños estructurales —comenzó diciendo—. El fuego ha alcanzado la primera planta, pero no ha llegado a ocasionar daños en los apartamentos. Los inquilinos de esa planta no van a poder pasar a recoger sus pertenencias hasta que se complete la revisión. Sí podrán hacerlo los vecinos de los pisos superiores. Ahora mismo vamos a avisarles. Subirán por turnos y tomarán lo que necesiten para pasar la noche.

Frank escuchó atentamente las palabras del jefe de bomberos. Henry y Abe se hicieron cargo de subir para coger algunas de las pertenencias de Bernie y de la señora Lileh, a fin de que ellos no tuvieran que pasar de nuevo por la angustiada experiencia de montarse en aquel artefacto, como lo había denominado la anciana.

Eran casi las tres de la mañana cuando Frank, con una pequeña bolsa colgada de su hombro y los papeles del informe del siniestro en su poder, fue

capaz de despedirse de los hombres que habían participado en la extinción del fuego.

Frank y Ali se quedaron a solas, con Pepper sentado junto a ellos, bostezando sin ningún pudor. Notó la mano de Ali acariciarle el antebrazo con afecto.

—Vamos. Te vienes a casa conmigo.

Sintiendo que su cuerpo comenzaba a rendirse, Frank tardó en fijar la mirada en Ali.

—Ali, puedo buscar un...

La expresión seria de ella le hizo guardarse para sí el resto de la frase.

—Si me dices que puedes buscar un hotel para pasar la noche, me enfadaré. Y aún no me has visto enfadada. Ni quieres verme.

Frank pestañeó un par de veces, boqueando como un pez fuera del agua.

—Solo... solo era una sugerencia. No quiero imponerte mi presencia.

Ella se acercó a sus labios y lo besó con dulzura.

—No me impones nada. Tú me invitaste a pasar unos días maravillosos en tu casa de Clarendon. Ahora soy yo la que te invita a hacerlo en la mía —expuso ella sonriente y sin rastro de la expresión seria de segundos atrás, que se había evaporado como el humo.

Sonriéndole, Frank asintió.

—Está bien. Pero que conste que es porque no quiero verte enfadada.

—¿Nada de porque quieres pasar más rato conmigo? —preguntó ella a modo de respuesta, acercándose a él y buscando su boca.

Frank la besó con suavidad, sintiendo que esa luminosa sonrisa le aligeraba el corazón y el peso que parecía haber recaído sobre sus hombros. Suspiró antes de rozar de nuevo sus labios.

—Es verdad. Es justamente eso lo que quiero.

CAPÍTULO 25

Ali precedió a Frank al entrar en su apartamento. Encendió las luces del salón y se giró hacia él. Instintivamente, Frank encogió los párpados e intentó resguardarse desviando la mirada hacia un lado. Ante su malestar, Ali optó por dejar el salón a oscuras.

—¿Te molestan los ojos? —preguntó mientras se acercaba a él. Lo tomó de la barbilla y los observó. Estaban rojos e irritados, aunque bastante mejor de como los tenía cuando lo vio salir del edificio.

—Se me pasará en cuanto me ponga de nuevo lo que me ha recetado el médico y los descanse —le contestó fijando su mirada en ella. Ali lo contempló en silencio, estudiando cada rasgo, cada poro de su barba ahora algo crecida y cada pequeña arruga que se formaba alrededor de sus ojos, unos ojos azules que ella apenas había comenzado a conocer pero que ya la habían enamorado.

Con delicadeza depositó un beso en sus labios que él respondió con la misma suavidad. Aun cuando no deseaba hacerlo, Ali se retiró hacia atrás, abandonando su roce.

—¿Quieres darte una ducha?

A escasos centímetros de ella, Frank asintió sin dejar de mirarla, y todo el cuerpo le vibró bajo su atenta mirada.

—Sí. Huelo a humo, o tal vez sea que tengo ese olor metido en la nariz.

—Puede que sean ambas cosas —le contestó ella—. Además, te ayudará a relajarte.

Frank se acercó a ella tanto como pudo, pegándola a él.

—¿El qué me ayudará?

—El agua caliente —respondió ella intentando que la saliva pasara por su garganta cerrada, atenazada bajo esa escrutadora mirada.

Frank hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza.

—Ah, ya, el agua caliente—le susurró—. Yo pensé que te estabas refiriendo a otra cosa aún mejor para eso de relajar los músculos.

Ali tomó aire con lentitud y miró hacia un lado, mordisqueándose el interior de su mejilla. Una única frase de él, y ella se deshacía como si fuera una porción de mantequilla cerca del fuego. Bueno, una frase unida a la manera como la miraba, pensó Ali, como si ella fuera la única mujer sobre la faz de la tierra, lo que la hacía sentirse tan especial.

Armándose de valor, Ali dio un paso atrás.

—Dúchate, y ya veremos qué podemos hacer luego con respecto a eso, ¿de acuerdo?

Frank tardó unos segundos en responderle.

—De acuerdo.

Tan pronto él entró en el baño, Ali le pidió su ropa. Su nariz también le decía que esas prendas necesitaban un buen enjuague y un montón de suavizante para quitarle el olor a quemado. Bajó hasta el sótano del edificio y programó una de las lavadoras de la comunidad para un lavado intenso, al que complementaría con el programa de secado. Antes de meter la ropa en el bombo se quedó parada, con ella en sus manos, mirándola fijamente. Esa misma tarde, ella y Frank habían estado juntos allí, en su apartamento, disfrutando el uno del otro, besándose y haciendo el amor hasta que él decidió que, aunque no le apetecía, debía irse a su casa. Ali no quería pensar qué hubiese pasado si aquel incidente lo hubiera pillado en su edificio mientras dormía sin percatarse de lo que ocurría unos pisos más abajo, en el vestíbulo. Un frío helado recorrió su espalda de arriba abajo. Hacía poco que conocía a Frank, pero ella ya podía decir que se había enamorado de él hasta la médula y que lo quería como no recordaba haber querido a nadie antes.

Lo quería.

Darse cuenta de ello la dejó de piedra. ¿No era demasiado pronto para pensar en esos términos? Normalmente, en sus relaciones anteriores siempre había ido a la expectativa y con mucha cautela, evitando usar aquella expresión: «Te quiero». Siempre había sentido que le iban muy grandes esas

palabras y se había escudado en que tendría que ver cómo iban las cosas en la relación antes de expresar en voz alta algo que ella consideraba tan importante. Pero con Frank aquello no le ocurría. Estaba convencida de que lo quería y de que era correspondida. Deseaba decírselo; deseaba besarlo hasta dejarlo sin aliento y decírselo al oído, una y otra vez. Y que después se desnudaran e hicieran el amor una vez más.

Apretó las prendas con fuerza. No tenía ninguna duda de que Frank no había aparecido en su vida para marcharse en seguida, no era alguien efímero con quien pasar el rato y tener buen sexo. Frank había llegado para quedarse, estaba absolutamente segura de ello, al igual que lo había estado en las cosas importantes de su vida.

Pensar que podría haberle pasado algo por culpa de aquel incendio le retorció las entrañas y le impedía respirar.

Metió la ropa en la máquina, la cargó con detergente y suavizante y le dio al botón de comienzo. Como tenía acordado con sus vecinos, dejó una nota sobre la lavadora, en donde escribió a quién pertenecía lo que había en su interior, y la puso sobre los botones de encendido, para después subir corriendo hasta su apartamento.

Cuando entró, Frank ya había terminado de ducharse. Salía del baño en bóxers, con una camiseta blanca bastante usada, secándose con una toalla el pelo, que quedó por completo desordenado y a su aire. Seguía teniendo los ojos un poco hinchados y el aire soñoliento de aquel que está deseando meterse en la cama y dormir hasta que el cuerpo le dijera basta. No pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro. Cuando lo vio la primera vez, Frank le pareció un hombre guapo, con una belleza discreta aunque muy masculina, pero no había sido eso lo que había terminado enamorándola. En cambio, ahora le parecía el hombre más atractivo que jamás hubiera existido sobre la faz del planeta.

«Si esto no es estar enamorada hasta las cachas, no sé qué será, hermana».

Se acercó hasta donde estaba Frank y lo besó, tal vez demasiado entusiasmada a pesar de la hora y de todo lo que había ocurrido esa noche. Se

separó de él y pudo ver en sus ojos claros una chispa de diversión que hacía un minuto no estaba allí. Ali dio un paso atrás, le pasó la mano por el pelo aún húmedo y le acarició la mejilla.

—Venga, tienes que descansar.

Frank parpadeó un par de veces, hasta que en su boca apareció una sonrisa que hizo que las rodillas de Ali temblaran.

—Estás intentando llevarme a la cama, ¿a que sí?

Ella asintió con convicción.

—Sí. Pero no por la razón que tú crees.

Una mueca de fingida contrariedad cruzó el semblante de Frank.

—Vaya, yo que me había hecho ilusiones...

Ali estalló en una carcajada.

—Estás agotado y necesitas dormir.

Él no dudó en darle la razón con un gesto cansado.

—Es cierto.

—¿Tienes que volver a echarte el colirio? —preguntó Ali mientras entraban en el dormitorio. Frank asintió.

—Dentro de un rato, sí.

Sin mucha ceremonia, ambos se sentaron en la cama para respaldarse contra el cabecero, uno junto al otro. Sus brazos se rozaban, y Ali era plenamente consciente del calor que emanaba el cuerpo masculino, despertando su deseo. Frank apoyó los pies sobre el colchón y encogió las piernas para descansar sus manos sobre cada una de sus rodillas.

Se mantuvieron un rato en silencio. Distráida, Ali buscó la mano de Frank para entrelazar los dedos con los suyos. Él los recibió con agrado y los apretó con suavidad para pasar a acariciarle los nudillos. Despacio, Ali dejó caer su cabeza sobre el hombro de Frank y tomó aire. Tras unos minutos de no decir nada, Ali podría haber pensado que Frank se había quedado dormido de no haber sido por la manera en que lo oía respirar. Estaba comenzado a conocer sus hábitos y el sonido que hacía cuando se relajaba o dormía. Lo miró por el

rabillo del ojo.

—¿Estás preocupado?

Él asintió antes de contestar.

—Sí.

Ali lo comprendió. Pensó que debía de ser muy duro ver venirse abajo algo en lo que había puesto tanto esfuerzo y esperanza. Y todo porque algunos gamberros así lo habían decidido, como parecía ser el caso. Estrujó sus dedos con delicadeza.

—Todo se arreglará, ya lo verás. Los bomberos han insinuado que se trata de un acto de vandalismo, y tu seguro lo verá igual de claro. No te preocupes.

Frank tomó aire y lo exhaló con lentitud. Dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el cabecero.

—No es el seguro lo que me preocupa, Ali.

El tono de voz que él utilizó hizo que ella levantara una ceja primero para, un segundo después, alzar la cabeza y mirarlo de frente.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué ocurre?

—Hay algo que no te he contado. Porque en un principio no creí que fuera nada relevante.

Sintiendo que los músculos de la espalda se le agarrotaban, Ali se tensó.

—¿Qué fue lo que no me contaste? ¿Tiene algo que ver con el incidente de esta noche?

Él asintió sin dudar.

—Creo que sí.

Ali se retrepó en el colchón y giró el cuerpo hacia él.

—¿Qué pasa?

Frank no la miró, absorto como estaba en sus propias manos.

—Ya te digo que no te lo conté porque no lo creí importante. Lo achaqué al ardor del momento y a no haberse salido con la suya. No pensé que podría ir en serio.

—No te entiendo.

Lo vio tomar aire y girar la cabeza hacia ella.

—Creo que sé quién ha podido ordenar que quemaran el edificio.

Ella esperó a que él continuara, pero Frank no lo hizo, así que le preguntó abiertamente.

—¿Quién?

—Iván Kozlov.

Ali parpadeó un par de veces mientras su mente procesaba el nombre que Frank acababa de darle. Antes de que le preguntara algo más, él continuó hablando.

—No se tomó demasiado bien cuando le dije que no iba a firmar la compraventa. Me amenazó...

—¿¿Te dijo que iba a quemar el edificio?? —lo interrumpió.

—¡No, claro que no! No dijo nada de eso. Fue una amenaza en el sentido más amplio. Pensé que eran palabras vacías, y lo achaqué al enfado, a la ofuscación por ver cómo sus planes se iban por el retrete y no creí que fuera a llevar a cabo nada. Pero por más vueltas que le doy, es demasiada casualidad que haya pasado esto justamente horas después de que le dijera que no le vendía el edificio.

Ali se reclinó de nuevo contra el respaldo de la cama.

—Es algo muy serio, Frank.

—Lo sé. Y llevo dándole vueltas al asunto un buen rato, créeme.

Frank resbaló un poco contra el cabecero, para quedar semi incorporado. Buscó el brazo de Ali y reclinó su cabeza sobre su hombro.

La mente de Ali trabajaba a mil por hora. Conocía a Iván Kozlov desde que tenía uso de razón, y aunque había escuchado ciertas cosas sobre los métodos que el ruso había empleado para llegar a forjarse un nombre dentro de la sociedad de Newburyport, nunca les había querido dar crédito. Hasta ese momento.

Giró un poco la cabeza y se encontró la frente y el pelo de Frank a su altura. Cerró los ojos y aspiró el aroma a limpio de su cabello, aún un poco

húmedo. Despacio le dio un beso, apenas un roce con sus labios. El pelo le cosquilleó la nariz, pero ella no se retiró, cerró los ojos y volvió a besarlo, afianzando sus labios contra él.

—¿Qué piensas hacer? —murmuró.

Frank tardó en contestar, y Ali temió que se hubiese quedado dormido. Él se removió para apoyarse más cómodamente contra ella.

—Aún no lo sé —le respondió con la voz pastosa de aquel que se está sumiendo en el sueño—. Lo pensaré mañana.

El brazo de Frank resbaló por el suyo, buscó su mano con un torpe gesto y la agarró con fuerza para, poco a poco, ir soltándola con suavidad. Ali supo en ese momento que se había quedado dormido. Con cuidado, hizo que se acomodara mejor sobre la almohada. Frank no despertó, se limitó a dejarse guiar por Ali. Cuando estaba a punto de descansar su cabeza junto a él, recordó que ella no se había cambiado de ropa. Así que se levantó con cuidado, tomó su pijama y fue al baño a lavarse los dientes y asearse un poco. Regresó a la habitación todo lo rápido que pudo.

Frank no se había movido en aquel tiempo y continuaba tumbado de lado, respirando sereno. Ali sonrió. Iba a serle muy fácil acostumbrarse a eso, irse a dormir por la noche con él y levantarse cada mañana sabiendo que Frank estaría allí.

Se tumbó a su lado, intentando no despertarlo. Sin abrir los ojos, Frank la buscó a tientas. Pasó un brazo sobre su cintura y la atrajo hacia su cuerpo, pegándola por completo a él. Ali lo escuchó exhalar el aire y acomodar su cabeza sobre su pecho. No pudo evitar que una sonrisa acudiera a sus labios, le gustaba el gesto inconsciente de buscarla. Con cuidado de no despertarlo, Ali pasó un brazo bajo su cabeza y trató de hallar una postura cómoda, mientras se inclinaba un poco hacia él. Las piernas de ambos se entrelazaron casi por instinto, y cerró los ojos sin dejar que la sonrisa se borrara de su rostro. Antes de que pudiera darse cuenta ya estaba dormida.

Cuando Ali despertó a la mañana siguiente estaba sola en la cama. Estiró el brazo en dirección hacia donde Frank había estado durmiendo y aún estaba tibio. Sin esperar más se levantó, buscó las zapatillas y salió de la habitación. No tardó en encontrarlo. Frank había tomado una silla y se había sentado frente a la ventana, de espaldas a la puerta. Observó su pelo despeinado y sonrió al recordar cómo se había quedado dormido junto a ella, abrazado a su cintura. Tomó aire y lo expulsó despacio. Esperaba que aquello se repitiera durante muchas noches más de ahí adelante.

—Buenos días —le dijo en voz baja al llegar a su lado.

Solo entonces se dio cuenta de que Blue estaba sobre el regazo de Frank, enroscada, con los ojos cerrados y meneando el rabo con lentitud mientras Frank le pasaba una mano de manera distraída por el lomo. La gata, al escucharla, se incorporó rápidamente sobre las patas traseras, se apoyó contra el hombro masculino y maulló para llamar su atención, con las orejas tiesas y sus ojos claros fijos en ella. Con una sonrisa, Ali le acarició la cabecita y obtuvo un placentero ronroneo por parte del animal. Cuando consiguió lo que se proponía, Blue volvió a su lugar inicial, acurrucada sobre las piernas de Frank.

—Hola a ti también —susurró contra los labios de él justo antes de darle un beso.

Frank la recibió con una mueca perezosa.

—Buenos días. He hecho café, espero que no te importe —le dijo mientras levantaba la taza. Ali negó con rotundidad.

—En absoluto —contestó. Tomó la taza y bebió de ella. El café estaba fuerte, amargo y aún estaba lo bastante caliente. No era como a ella le gustaba, pero no le desagradó.

Buscó una silla y se sentó de espaldas a la ventana para poder mirar a Frank de frente.

—¿Qué tal has descansado?

—Muy bien.

—¿Y los ojos?

—Apenas me duelen.

Ali le sonrió, complacida.

—Tienes que ponerte de nuevo el colirio. Anoche lo olvidaste.

—Me quedé dormido, ¿verdad?

—Como un tronco.

Vio cómo Frank bajaba la cabeza para esconder una sonrisa casi tímida que arrancó una idéntica en ella. Pero esa sonrisa murió rápidamente en los labios de ambos. Ali sabía que la cabeza de Frank no paraba de darle vueltas a todo lo que había ocurrido el día anterior. Buscó su mano y la estrechó.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer?

Frank levantó apenas la mirada en su dirección.

—Sí.

Ella aguardó. Frank entendió que no iba a acuciarlo y que podía contestarle cuando quisiera. Entonces él continuó:

—Voy a ir a ver a Kozlov.

—Quiero ir contigo. —Las palabras salieron de la boca de Ali sin pensar. Frank levantó la cabeza como si la hubiesen accionado con un gatillo y clavó sus ojos claros en ella.

—Ali, no quiero que te veas envuelta en nada de esto. Sé que conoces a Kozlov y...

Ali no lo dejó continuar.

—Me gustaría ir contigo. Por favor —le rogó acercándose a él y tomando su mano—. Necesito mirarlo a la cara y preguntarle por qué ha hecho eso.

Se sostuvieron la mirada por unos instantes sin decirse nada. Ali supo la respuesta de Frank antes que él pudiera decírsela.

—Está bien. Si quieres, ven conmigo.

—Gracias.

Los ojos de Frank se contrajeron levemente para, a continuación, chasquear la lengua y negar a la vez con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ali.

—Hoy es sábado. No sé si Kozlov estará en su oficina hoy, y no me apetece estar rumiando todo esto hasta el lunes.

Sin pensárselo dos veces, Ali fue hasta donde había dejado su móvil la noche anterior. Podía sentir los ojos de Frank seguirla con interés. Cuando dejó de teclear, buscó su mirada y vio una muda interrogación en ellos.

—Le he enviado un mensaje a Sergei, preguntándole dónde está Iván hoy.

El móvil no tardó en vibrar al recibir una respuesta. Ali leyó el escueto mensaje y dejó escapar despacio el aire de sus pulmones para levantar la vista y buscar a Frank.

—Está trabajando en sus oficinas del centro.

—Bien.

Un nuevo pitido le hizo saber que había recibido otra notificación. En ella, Sergei le preguntaba por qué quería saberlo. Ella le contestó con un evasivo «luego hablamos», y dejó el aparato a un lado. Frank soltó la taza en el suelo, para dejarla junto a la pata de la silla, y buscó su móvil.

—Hace un rato me ha llegado un mensaje de la aseguradora. Esta tarde estará aquí el perito para evaluar los daños.

Ali se irguió en su asiento.

—Eso sí que es eficiencia.

—Para lo que me cuesta la póliza, deben serlo. Tendré que estar en el edificio después de comer. Tengo que llamar a los inquilinos y decirles que estén también allí, por si les permiten entrar en los apartamentos.

—Iré... —Las palabras se quedaron atascadas en la garganta de Ali—. Vaya, iba a decirte que te acompañaría, pero esta tarde tengo que trabajar. Le prometí a Sean y a Jimmy que haría las guardias de este fin de semana.

Frank asintió con seguridad.

—No te preocupes. Yo me encargo de todo. Y esta noche, si quieres, puedo ir a la clínica y llevar algo de cenar, ¿te apetece?

La sonrisa que acudió a los labios de Ali consiguió iluminar todo su rostro.

—Por supuesto que me apetece.

Frank se inclinó hacia ella para besarla. Fue un beso rápido, apenas un roce, pero hizo que su ánimo, ya de por sí alegre, se levantara aún más. Frank palmeó con ternura el lomo de Blue, que seguía descansando sobre sus piernas ajena a todo, y la gata se apresuró a bajarse, dando un salto al suelo y perdiéndose tras el sofá.

—Voy a vestirme —dijo mientras se incorporaba—. No quiero demorar todo esto.

Ali lo imitó para quedar frente a él.

—Sí, es lo mejor.

Sentía que el buen ánimo con el que se había levantado se desvanecía poco a poco. Le había dicho a Frank que quería ir con él y eso haría, pero no sería un plato que fuera a tragar con gusto. Iván era lo más parecido que le quedaba a un familiar, y preguntarle si él estaba detrás de lo que le había ocurrido al edificio de Frank no iba a ser fácil.

Y más aún temía la respuesta que pudiera darle el hombre.

Frank se mantuvo muy serio durante todo el trayecto en coche hasta donde se encontraban las oficinas de Iván Kozlov. Sentada a su lado, Ali lo miraba de reojo. Estaba aprendiendo a interpretar algunos de los gestos que él hacía cuando se encontraba de un humor u otro, o cuando intentaba gastarle una broma. El pulso que veía en su mandíbula le hablaba más claro que las palabras de cómo se encontraba en ese momento: nervioso, tenso y expectante. Ali buscó su mano, sobre la palanca de cambios del coche, y la apretó con fuerza. Le bastó una mirada subrepticia por el rabillo de su ojo y el atisbo de una sonrisa para que ella le correspondiera de igual manera.

—Vamos a aclararlo todo —le dijo, intentando sonar convincente.

Con cierta tristeza, Ali pensó que era mucho más fácil decirlo que creérselo.

Aparcaron cerca del edificio. A pesar de que ya hacía calor esa mañana de mediados de agosto, la ciudad rezumaba actividad. Aún había muchos turistas,

que le otorgaban una vida especial, más alegre y dinámica. Pensó que ojalá se pudiera contagiar de aquella sensación que se podía apreciar por las calles, porque sentía que su ánimo en ese momento era todo lo opuesto.

Ya dentro del ascensor continuaron en silencio. Los dos se mantenían con la vista puesta en la puerta metálica que había delante de ellos, como si esta pudiese ofrecerle alguna respuesta a todo lo que pasaba por sus mentes. Cuando el suave timbre de la cabina les anunció que habían llegado a la planta solicitada, Ali tomó aire por instinto. Sentía una extraña opresión en el pecho y la sensación de que un puño le agarraba con fuerza el estómago. La puerta terminó de abrirse, y ellos pasaron al corredor.

No recordaba haber estado allí antes. Había escuchado a Sergei hablar de ese lugar, sí, pero nunca lo había visitado. Sobre todo porque no había tenido por qué hacerlo. Las oficinas parecían desiertas. Frank se adelantó unos pasos, con la seguridad que transmitía alguien que sabía hacia dónde se dirigía, así que caminó tras él por un pasillo. Sus zancadas eran largas, seguras e imprimía fuerza en cada una de ellas, no dejando ninguna duda de cuál era su estado de ánimo en ese momento.

Habían recorrido ya la mitad del corredor cuando, tras una puerta, apareció Sergei. Los miró a los dos con una expresión sorprendida.

—¡Ali! ¡Señor Bradley! ¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

Ali lo saludó con un contenido cabeceo.

—Venimos a ver a su jefe —intervino Frank antes de que ella pudiese decir nada.

El joven miró a uno y a otro alternativamente.

—Me... me temo que no puede recibirlos ahora. Tiene la agenda completa y...

Frank dio un paso hacia el joven.

—Me importa una mierda cómo tenga su agenda —dijo en un tono de voz más alto de lo normal en él.

No sabía si de manera inconsciente o no, pero Ali vio a Sergei dar un paso

hacia atrás y abrir los ojos de manera desmesurada.

—Señor Bradley...

Frank tomó aire y apretó la mandíbula, como si estuviera haciendo un esfuerzo por contenerse.

—Mira, sé que tengo que agradecerte lo que le contaste a Ali, pero ahora necesito hablar con tu jefe —dijo ya en un tono más calmado.

Antes de que el joven asistente pudiese contestarle, un pertinaz pitido, proveniente de un intercomunicador, los sobresaltó a los tres.

—Discúlpenme, por favor.

Sintiéndose preocupada, Ali se acercó a Frank y lo tomó de la muñeca con ternura.

—¿Estás bien?

La expresión pétrea del hombre se dulcificó un poco al volver la vista hacia ella.

—No —le contestó con manifiesta sinceridad—. No me gustan los enfrentamientos ni las disputas. Pero no puedo dejar esto así. No, cuando estoy absolutamente seguro de que ha sido él.

Aunque no quiso decírselo, Ali también estaba segura de que, si bien Iván no lo había hecho por su propia mano, sí que estaba detrás de aquello. Durante todo el trayecto hacia allí había estado reproduciendo en su mente la conversación que tuvo con Sergei el día del funeral de Dimitri. Recordaba en especial lo nervioso que había encontrado a su amigo cuando le contó qué pensaba hacer Iván con el edificio cuando lo recuperara porque había encontrado un resquicio legal para echar a todos los inquilinos a la calle en cuanto hubieran formalizado la venta.

No se hubiera esperado eso de Iván, pero si había maquinado esa argucia, ¿por qué no iba a ser posible que estuviese detrás del incendio?

No pudo escuchar lo que estaba hablando Sergei por el teléfono, a tanto no alcanzaba su oído. Lo que sí apreció fue que la postura de su amigo había cambiado súbitamente: había enderezado los hombros y la espalda hasta tal

punto que creyó que era un milagro no haber escuchado el ruido de los huesos al quebrarse. La expresión también le había cambiado, volviéndose más seria si cabía. Lo vio asentir una única vez, colgar el auricular y encaminarse de regreso hasta donde ellos se encontraban.

—El señor Kozlov tiene un hueco en su agenda y puede verlos ahora —les dijo con la mandíbula rígida y el cuerpo en tensión.

Ali dejó de mirar a su amigo para enfocar su atención en Frank. El rostro siempre amable del hombre se había ensombrecido a simple vista. Una marcada arruga había aparecido en el centro de su frente, partiéndola por la mitad, y los labios se habían convertido en un par de duras líneas en su rostro.

—Muy bien —respondió él al fin.

Sin esperar a que Sergei lo anteciedera, Frank se encaminó con paso resuelto hacia una puerta que debía ser por la que se accedía al despacho de Iván. Ali aligeró el paso para seguirlo. Frank abrió la puerta y entró en la sala, con ella pisándole los talones.

Iván estaba sentado en la cabecera de una amplia mesa de madera oscura, tras un montón de papeles. Levantó la cabeza despacio para mirarlos por encima de la montura de sus gafas.

—¿Por qué? —oyó preguntar a Frank, que aún mantenía el pomo de la puerta apretado en su mano.

Iván se quitó las gafas con estudiada parsimonia y las dejó a su lado, ofreciéndoles una sonrisa.

—Buenos días, Bradley. Aliena, ¡qué sorpresa verte por aquí!

Frank anduvo hacia el interior y se paró a pocos pasos de la mesa.

—Déjese de formalismos y contésteme: ¿por qué?

Iván se arrellano en su caro sillón de cuero, que crujió bajo su peso. Extendió ambos brazos sobre la mesa y tamborileó la superficie con los dedos.

—No sé a qué se refiere.

—Ayer me amenazó —espetó Frank—. Lo hizo cuando no quise firmar el

contrato. Por la noche, mi edificio ardió en llamas. ¡Vaya casualidad! ¿No le parece?

Ali vio a Iván encoger los párpados mientras una sonrisa burlona aparecía en sus labios. La expresión le hizo apretar los puños con fuerza. Conocía al amigo de su abuelo desde que podía recordar y tenía muy claro que se estaba riendo de Frank.

—No lo sigo, señor Bradley. ¿Pretende decirme algo? —le contestó el ruso al fin.

Dos largos pasos más por parte de Frank, y la distancia que lo separaba de la mesa dejó de existir. Ali lo siguió y se paró a su lado.

—Déjese de gilipollecas. Usted ordenó quemar el edificio como venganza. Iván lo miró de arriba abajo con manifiesta superioridad.

—¡Ah! Ya veo dónde quiere ir a parar. Pero siento decirle que no tengo nada que ver con eso —dijo, recalcando cada palabra. Despacio, tomó las gafas que había dejado a su lado y se las puso—. Ahora, si me disculpan.

Frank aporreó una única vez la mesa con la palma de la mano abierta, lo que hizo que Ali pegara un pequeño respingo.

—¡No, no lo disculpo! —exclamó para a continuación calmarse de inmediato. Lo vio tomar aire, enderezar los hombros y proseguir—. Usted tiene algo que ver. No sé cómo lo hizo, tal vez contrató a alguien, ni idea, pero de que está detrás de todo esto no tengo la menor duda. Lo voy a denunciar a la policía.

La sonrisa que le estaba revolviendo el estómago seguía allí, inamovible, en los labios del ruso. Iván levantó la barbilla, altanero.

—¿Y qué le va a presentar a la policía? ¿Una corazonada y un berrinche? No tiene ni idea de con quién se las está viendo. No tiene pruebas de nada.

Ali ya no pudo continuar mordiéndose la lengua para no intervenir. No iba a soportar que menospreciara y ridiculizara a Frank.

—¿Así que es cierto? —le preguntó con calma. Los dos hombres giraron sus cabezas hacia ella, con distintos grados de sorpresa. Ali no podía apartar

la mirada de aquel hombre que la había visto crecer y que, ante sus ojos, se estaba derrumbando como un ídolo con pies de barro—. Quería pensar que no era así, pero sí. Has mandado quemar el edificio.

La expresión en el rostro de Kozlov mutó, volviéndose más oscura.

—Aliena, esto no va contigo —le dijo con voz grave.

Ali asintió una y otra vez.

—Te equivocas, sí que va conmigo. Frank es alguien muy importante para mí. Dile si has tenido algo que ver en eso, Iván.

Solo obtuvieron silencio por parte del hombre; silencio y una dura mirada que iba de uno a otro de manera alternativa. Entonces fue cuando comprendió que Iván había orquestado aquel incidente. Sin lugar a ninguna duda. La bilis le subió por la garganta. Ali apretó los dientes, puso las manos sobre la mesa y se echó hacia adelante, reduciendo la distancia entre ellos.

—O sea que Frank lleva razón. Estás detrás del incidente.

Sin previo aviso, el hombre se levantó, haciendo gala de una agilidad impropia de una persona de su edad. El fornido corpachón se irguió en toda su estatura, y Ali sostuvo el aire en sus pulmones cuando vio cómo su rostro se tornaba rojo de ira.

—¡No sabes nada, Aliena! —le gritó mirándola directamente.

—No vuelva a gritarle —oyó decir a Frank, a su lado. Volteó la cabeza hacia él para encontrarlo con la mirada fija en Iván. Un pulso constante se mostraba en su mandíbula. Frank le sostuvo la mirada al hombre. Levantó un dedo admonitorio y apuntó a Kozlov con él—. No vuelva a gritarle, o será entonces cuando llame a la policía.

Las palabras de Frank no parecieron inmutar lo más mínimo a Iván, que continuó con la mirada puesta en ella. El rostro del hombre no parecía el de siempre, y Ali se preguntó si alguna vez había conocido realmente al auténtico Iván Kozlov.

Aliena trató de calmarse antes de dirigirse de nuevo a él.

—Me resistía a la idea de que fuera cierto, pero me doy cuenta de que

Frank lleva razón. Tal vez seas tú el que termine arrepintiéndose de lo que ha hecho.

—¿Ahora eres tú la que me está amenazando?

Casi con desgana, Ali negó con un único gesto de la cabeza.

—No te estoy amenazando, Iván. Pero esto no va a quedar así.

—Soy lo más parecido a una familia que tienes, Aliena Victorovna Ruslana —espetó el hombre con los dientes apretados—. Te pones de su parte, dejando a un lado a tu gente.

—¡Oh, por favor, no apeles a mi sentido patriótico llamándome por mi nombre completo! —estalló ella, harta ya de dar vueltas alrededor de un círculo—. No dejo de lado a mi gente, porque si has hecho eso, tú no eres *mi* gente. Mírate, nos has tenido engañados a todos, haciéndonos creer que eras un respetable miembro de la sociedad, y lo cierto es que no eres más que un matón con el disfraz de hombre honorable. Sé que tenías grandes planes con esa venta, pero no siempre te puedes salir con la tuya, no a este precio. ¡Has puesto en peligro vidas humanas! Ahora comprendo muchas cosas que creí escuchar estos años, pero que no quise dar por ciertas.

Ali tomó de nuevo aire para armarse de valor.

—Voy a contarle a la comunidad lo que eres y lo que has hecho. Iré a Boston el lunes y les contaré todo lo que sé. Ellos sabrán qué hacer.

El color de la cara de Iván cambió, pasando de un rojo subido a un blanco mortuorio.

—No te atreverás.

Frank volvió a intervenir.

—No la amenaces, Kozlov.

Despacio, Iván paseó su mirada de ella a Frank. Clavó sus helados ojos en él, escondidos tras sus párpados entornados.

—¿O qué, Bradley? ¿Vas a pegarme? Hazlo.

Sin dilación, Frank negó varias veces.

—No, no voy a pegarle, aunque ganas no me faltan. Sería ponerme a su

altura, y usted es un anciano. Voy a arreglar esto donde debo hacerlo: delante de la policía.

—Lo que ocurre es que no tienes cojones para enfrentarte a mí —le exhortó Iván, intentando sacar a Frank de sus casillas.

—Eres un viejo patético —fue la respuesta que obtuvo el ruso.

Antes de que la situación se les fuera a todos de las manos, y tras saber que lo que habían ido a preguntar era cierto, Ali posó su mano en el brazo de Frank y lo apretó ligeramente.

—Déjalo, Frank. —Regresó su mirada sobre Iván, que se mantenía sujeto al borde de la maciza mesa del escritorio. Lo miró de arriba abajo, sintiendo verdadera pena al saber que su relación con Iván Kozlov había llegado a su punto final. Buscó su mirada y Ali levantó la barbilla antes de volver a hablar —. Me atreveré, Iván, claro que lo haré. No dejaré que esto quede impune. Vas a vértelas con la justicia.

Se giró de nuevo hacia Frank y llamó su atención.

—¿Nos vamos? Creo que ya hemos acabado aquí.

Frank la miró por el rabillo del ojo, y después de unos largos segundos asintió. Buscó su mano, y ella la agarró. Le sudaba la palma, pero no le importó lo más mínimo; la asió con fuerza, y juntos salieron del despacho sin mirar atrás, dejando a solas a Kozlov.

Cuando la puerta se cerró tras Aliena y Bradley, la montaña de papeles que había en el extremo de la mesa voló hacia el suelo, empujada por un fuerte manotazo de Iván. No podía creer que Bradley hubiese tenido la desfachatez de presentarse en su oficina para acusarlo. Era imposible que tuviese ninguna prueba de ello, salvo la conjetura por haberlo amenazado.

Tenía que admitir que había cometido un error mandando a Anatoly al edificio de Bradley; se había dejado llevar por el enfado y la decepción, y eso fue lo que lo empujó a hacerlo. Había tenido en la punta de sus dedos la compra del edificio, y que Bradley decidiera que no se lo iba a vender en el último momento había sido un revés difícil de asimilar, más aún cuando él siempre, sin ninguna excepción, conseguía todo lo que se proponía.

No le preocupaba que Bradley fuera a la policía, no tenía ninguna prueba. Lo que sí le preocupaba, y mucho además, era lo que Aliena pudiera hacer. Algunos de sus compatriotas habían escuchado cosas durante todos aquellos años, cosas que él se había encargado de acallar y desmentir, con buenas palabras unas veces y con sobornos otras tantas. Pero ninguno de aquellos *encargos* había sido tan relevante como lo que había mandado hacer con el edificio de Bradley.

Iván miró los papeles esparcidos por el suelo y tomó aire. No iba a permitir que Aliena Ruslan, por muy nieta que fuera de su desaparecido amigo, lo pusiera en entredicho delante de la comunidad.

CAPÍTULO 26

Tomaron el coche, y Frank condujo hasta el paseo marítimo. La zona más alejada era la menos frecuentada por los turistas, y hasta allí se encaminaron. Cuando Frank aparcó y ambos salieron del interior del vehículo, Ali agradeció de inmediato la brisa marina, que le acarició el rostro y le despeinó el cabello.

Él no la esperó cuando bajó y caminó hacia el murete que asomaba sobre el nivel del agua. Ali lo siguió con la mirada. Frank se apoyó en la balaustrada, con la vista fija en el horizonte azul que se abría ante ellos.

Sin moverse de su lugar junto al automóvil, Ali lo observó: la rigidez de su postura, la manera en que se aferraba al borde del muro... No le había dicho ni una sola palabra desde que salieran de la oficina de Kozlov, y ella lo entendía. Había sido un momento muy desagradable para los dos, y hablar de ello solo conseguía hacerle hervir la sangre de nuevo. Casi sin pensárselo, Ali fue hasta donde él se encontraba y se paró a su lado, brazo contra brazo. Depositó las manos sobre la balaustrada, muy cerca de las masculinas. Frank no la miró, ni le habló, pero movió su mano derecha lo suficiente para buscar su roce. Los dedos de Ali atraparon los suyos, y ambos permanecieron un buen rato así, cogidos de la mano y mirando cómo el río Merrimack se encontraba con el océano.

Un buen rato después, Ali se giró hacia él.

—¿Estás mejor?

Frank tardó unos instantes en responder.

—Sí. Solo necesitaba respirar un poco.

Ali lo comprendió. Incluso ella aún sentía el estómago contraído por la situación que habían vivido.

—Gracias —le dijo Frank.

Ella lo miró con evidente sorpresa.

—¿Por qué?

—Por apoyarme. Por estar ahí.

Ali hizo que se girara hacia ella y, sin vacilar, pasó sus brazos alrededor de su cintura y lo abrazó con fuerza, pegando su mejilla al pecho masculino.

—No querría estar en otro lugar. Ni con nadie más.

Una mano de Frank bajo su barbilla hizo que alzara la vista. Sus ojos claros la miraban con una sonrisa asomando a ellos. La besó con tanta delicadeza, apenas acariciando sus labios, que una corriente eléctrica la recorrió de los pies a la cabeza, embriagándola más que si hubiese sido el más sensual y provocativo de los besos.

Indecisa, Ali se retiró unos centímetros para mirarlo. Se fijó primero en la boca masculina para ascender y fijar la mirada en sus ojos.

—Te quiero —susurró.

Había tenido miedo de no ser capaz de poder expresar esas dos palabras, pero salieron de su boca con naturalidad, segura de estar diciendo lo que sentía. Había sido un miedo inútil.

Lo vio contener la respiración. Le sostuvo la mirada, como si con ese gesto quisiese asomarse a su alma y a su corazón. Ella estaba dispuesta a que lo hiciera, más aún: quería que mirara dentro de ella y viera cuánto lo quería.

Frank intentó articular palabra, pero ella lo acalló del todo cuando volvió a besarlo con hambre, agarrándose a sus brazos con todas sus fuerzas. Como si estuviese negociando una rendición, Frank buscó sus labios para volver a besarla, pero esa vez no hubo ningún atisbo de la delicadeza que había demostrado segundos atrás, sino todo lo contrario: era un beso que la devoraba, que despertaba en ella las ganas de agarrarlo de la mano y correr hacia su casa para encerrarse con él en el dormitorio hasta que estuviesen saciados el uno del otro. Cosa que no creía que fuese a ocurrir en un futuro cercano.

Con clara desgana, y luchando contra sí mismo, Frank abandonó su boca. Sus brazos se cerraron en torno a ella y la apretó contra su pecho. Ali podía escuchar a la perfección los vigorosos latidos de su corazón.

—Si seguimos por este camino, vamos a dar un espectáculo —murmuró él contra su pelo. Ali sofocó una sonrisa.

—Mejor parar, sí. —Con un rápido movimiento, Ali levantó la cabeza y clavó sus ojos en él—. Pero solo durante un rato. Hablaremos esta noche.

Frank torció el gesto.

—Sí, hablaremos esta noche. Pero me temo que tienes trabajo, ¿recuerdas?

A Ali le encantaba su trabajo. Más aún: estaba enamorada de él, pero no le apetecía ni lo más mínimo pasar aquella noche en la clínica en lugar de hacerlo entre los brazos de Frank. Compuso una mueca de disgusto y se hundió de hombros.

—Lo recuerdo. Y también recuerdo que me prometiste que ibas a ir a cenar conmigo.

—Y mantendré mi promesa.

Estuvieron abrazados un buen rato, Ali con los ojos cerrados y él acariciándole la espalda de manera distraída. El aire que llegaba del mar era suave y olía a salitre. Se dio cuenta de que solo habían desayunado un café cuando el estómago de Frank rugió con ferocidad. Ali se separó de él y estalló en una carcajada a la que él se unió un segundo después.

—¿Vamos a comer algo? Es casi la hora, y tú tienes que ir a tu casa para recibir al perito de la aseguradora.

—Sí. Será mejor que comamos ya. De lo contrario, puede que el estómago me devore a mí.

Encontraron un pequeño restaurante a apenas cinco minutos caminando y allí se sentaron. Ninguno de los dos hizo referencia al incidente que habían tenido con Iván. Ali no quería que aquello diera al traste con el recién recuperado buen ánimo de Frank. Lo había visto muy afectado cuando salieron, así que se dedicaron a dar buena cuenta de la comida que habían pedido.

Estaba a punto de dar la una y media cuando el teléfono de Frank vibró en el bolsillo de su pantalón. Desbloqueó la pantalla para recibir el mensaje.

—Es del seguro —le dijo antes de que ella pudiese preguntar—. El perito llegará a las dos.

Ali se apresuró a limpiarse los labios con la servilleta y llamar al camarero que los había atendido.

—Bien, vámonos.

—Puedo dejarte en la clínica antes, si lo prefieres —ofreció Frank mientras se levantaba.

Con un gesto enérgico, Ali asintió.

Frank paró el coche delante de la clínica y puso el freno de mano.

—Hasta esta noche —se despidió, no sin antes buscar los labios de Ali, que encontró a medio camino.

Con una sensual sonrisa, Ali bajó del coche y se despidió agitando la mano. Por el espejo retrovisor pudo ver cuando entraba en la clínica y cerraba tras ella.

Tardó apenas cinco minutos en llegar a su edificio. Un coche de los bomberos estaba aparcado en la acera de enfrente y, delante del portal, estaba el jefe de los bomberos, el mismo que había estado en el incendio la noche anterior, hablando con un hombre vestido con un formal traje de chaqueta y que llevaba un maletín colgando del hombro. Frank estacionó su coche y bajó de él para encontrarse con ambos.

Apenas había llegado hasta ellos cuando el capitán Coleman se giró en su dirección.

—Señor Bradley, lo estábamos esperando. —Y le tendió una mano a modo de saludo.

Frank hizo lo propio.

—Soy Frank Bradley, dueño del edificio.

El otro hombre, que debía tener algunos años menos que él, era un poco más alto y de hombros anchos. Lo obsequió con una amplia y cálida sonrisa.

—Jake Mensfield. Del departamento de Verificación de siniestros de la

Barret and Giles.

—Gracias por la prontitud en venir, señor Mensfield —le dijo Frank.

—De nada. Es nuestro deber. Mi empresa tiene una férrea política sobre la satisfacción de los clientes —contestó mientras cabeceaba de manera afirmativa—. Intentaremos ayudarlo en todo lo que podamos, señor Bradley.

El capitán Coleman se giró hacia Frank con gesto agrio.

—Comenzaremos con la planta baja y revisaremos las estancias comunes, como la caldera y el cuarto de contadores —explicó el hombre con un tono de voz autoritario—. Cuando hayamos terminado, lo haremos con las plantas superiores y veremos el alcance de las llamas. Si llegan los demás vecinos, dígalos que aguarden aquí, por favor.

—¿Podría entrar con ustedes? Me gustaría ver cómo ha quedado todo.

Las miradas del capitán y Mensfield se encontraron. Frank vio cómo el verificador de la compañía de seguros asentía con energía mientras una sonrisa aparecía en su rostro.

—Por mí no hay ningún problema —le dijo con amabilidad—. A menos que el capitán estime lo contrario.

La expresión del jefe de bomberos permaneció neutra. Unos segundos después, y un poco a regañadientes, accedió.

—Está bien. No tengo ningún problema en que esté presente en el examen.

La decisión alegró a Frank. Estaba deseando ver con sus propios ojos el daño que el incendio había causado.

Los tres traspasaron el umbral y miraron alrededor como si hubiesen sido uno solo. Lo que quedaba del contenedor que habían usado para iniciar el fuego permanecía en el centro del vestíbulo, derretido a medias. A su alrededor, todo estaba ennegrecido. Los buzones eran un amasijo de metal casi incrustado en la pared, y los elementos de madera que una vez habían existido ahora no eran más que trozos de carbón.

Frank sintió que el alma se le caía a los pies. Hacía apenas tres semanas que había estado pintando el vestíbulo y las escaleras, para que lucieran más

presentables y renovados. Ahora, ya nada de eso importaba. Mirara donde mirase el fuego había acabado con el revestimiento de las paredes, dejando en algunos lugares el ladrillo visto. Levantó la mirada hacia el techo. La escayola, que una vez fue de un blanco resplandeciente, había caído al suelo en partes.

Jake Mensfield miró a su alrededor, cuidando de en dónde posaba los pies.

—Vaya, el viejo truco del contenedor de basura —dijo.

Frank estaba tan impactado con cómo había quedado el vestíbulo que no tenía ganas de saber a qué se refería. Restos de madera, escayola o Dios sabía qué más crujieron bajo la suela de sus zapatillas deportivas. Iba a necesitar mucho tiempo y mucho esfuerzo para devolver a ese lugar el aspecto que había tenido solo un día atrás.

Un regusto a bilis subió por su garganta al recordar a Kozlov. No le cabía la menor duda de que él había mandado hacer aquello. Pero que él lo creyera no era suficiente; necesitaban pruebas para denunciarlo, y esperaba encontrarlas de la mano del hombre de la compañía de seguros.

—Capitán —escuchó decir a Mensfield—, ¿podríamos entrar en esa sala? ¿Qué hay ahí?

Frank se apresuró a contestarle.

—Es el cuarto de la caldera.

Lo vio asentir al tiempo que el hombre sacaba un par de guantes de vinilo del bolsillo de su chaqueta gris de impecable corte.

—Me gustaría ver cómo ha quedado.

—Muy bien. Tengan cuidado por donde pisan —les dijo Coleman sin apenas reparar en ellos.

El capitán tomó la delantera y pasó al interior del cuarto, seguido de Mensfield y de Frank. Las conducciones habían reventado, y la maquinaria no había corrido mejor suerte. Solo mirando a su alrededor Frank supo que ninguno de los inquilinos, él incluido, iban a poder regresar a sus casas hasta pasado bastante tiempo. Allí había mucho trabajo por hacer.

Sacando una carpeta del interior del maletín, Mensfield comenzó a tomar notas. Un segundo después se giró hacia él.

—Señor Bradley, ya leí la denuncia que usted presentó ante la policía, pero me gustaría hacerle algunas preguntas. ¿Habría algún problema? —le preguntó con amabilidad.

Frank negó con la cabeza antes de contestar.

—No, ninguno.

—No seré muy pesado, se lo prometo. Lo justo para rellenar el informe de la compañía. Tengo una jefa agradablemente insistente y un tanto quisquillosa en cuanto a protocolos se refiere —bromeó Mensfield, y les sonrió a ambos para distender el ambiente.

Aunque lo intentó, Frank fue incapaz de componer una sonrisa en respuesta a la del hombre.

—No pasa nada. Adelante.

Jake Mensfield le hizo varias preguntas sobre dónde estaba él en el momento en que ocurrió el siniestro. Frank no tuvo ningún problema en contarle que había estado fuera, con Ali, y que ambos habían llegado al edificio cuando ya estaba ardiendo.

El hombre anotó en un formulario todo lo que le pareció relevante, insistiendo en algunos puntos que parecían no haberle quedado demasiado claros en un principio. Satisfecho, Mensfield cerró la carpeta.

—Muy bien. Por ahora esto es todo lo que necesito saber. Aún estaré por aquí un par de días por si me surgen nuevas dudas. —Se giró en redondo—. Necesito los planos de este cuarto, así como de todas las dependencias comunes, ¿sería posible?

Frank dio un paso hacia él.

—Hice mejoras hace apenas un mes. La caldera es... era nueva.

Vio cómo el hombre lo anotaba en su carpeta.

—¿Tendría las facturas del cambio? Cuánto le costó la nueva caldera, la instalación. Todo lo que tenga.

—El cambio lo hice yo, pero la factura está en mi apartamento. Junto con los planos.

El hombre se giró hacia el capitán.

—¿Sería posible subir?

El capitán de los bomberos giró sobre sus botas.

—En cuanto veamos el estado de las escaleras se lo podré decir, no antes.

A Frank no le caía bien el jefe de bomberos. Era estirado y parecía mirarlo por encima del hombro con suspicacia. En cambio, el hombre de la compañía de seguros parecía afable y cercano, acostumbrado a un trato cordial con las personas. Frank le dio la espalda al capitán Coleman para continuar respondiendo las preguntas del perito de la compañía de seguros.

Fue entonces cuando escuchó unas voces fuera. Asomó la cabeza por el hueco de la puerta y vio la figura de una persona que aparecía por el soportal. Se giró hacia el hombre joven.

—Si me disculpan, creo que algunos de los vecinos han llegado.

—Claro, por supuesto —contestó Mensfield, que se quedó charlando con el capitán de bomberos, intercambiando opiniones.

Con cuidado, Frank atravesó el vestíbulo. Los restos del incendio volvieron a crujir bajo las suelas de sus deportivas. Cuando llegó a la puerta, Charlotte lo estaba esperando.

—Hola —la saludó.

El rostro de la mujer era una máscara de asombro.

—¡Frank, Dios mío! Esto es... —exclamó mientras se llevaba una mano a la frente con evidente preocupación.

—¿Cómo están los niños?

Charlotte desvió la vista hacia él un segundo para asentir.

—Bien, bien. Estamos en casa de una amiga.

Frank miró a su vecina. Sabía lo difícil que era para ella conciliar la vida familiar, con tres hijos de los que encargarse sola, y su trabajo como enfermera. Que hubiera pasado aquello no debía de ser fácil para ninguno de

los miembros de su familia.

—El perito de la compañía de seguros ha llegado. Cuando termine aquí abajo querrá hablar contigo también. Veremos si los bomberos dan el visto bueno para que podamos subir.

La mujer lo miró con un brillo de esperanza asomando en sus ojos marrones.

—¿Crees que me dejarán entrar para coger algunas cosas del apartamento? Nos fuimos literalmente con lo puesto. Menos mal que mi amiga nos ha prestado algunas ropas. Otras cosas las he tenido que comprar aprisa.

—Espero que sí. Yo también necesito cosas del mío.

Charlotte no dejaba de mirar hacia el interior.

—¿Cómo ha quedado? —le preguntó.

Frank se hizo a un lado.

—Ven, pasa y juzga tú misma.

Ambos entraron en el vestíbulo. Charlotte miró a su alrededor, paseando la vista por las paredes y los techos.

—Esto es horrible, Frank —le dijo al encontrarse frente al contenedor que aún ocupaba el centro de la estancia, como un macabro recuerdo de lo sucedido—. ¿Cómo puede alguien hacer algo así?

Las palabras de la mujer hicieron regresar a su mente a Iván Kozlov y su velada amenaza. Y la sangre le hirvió en las venas al pensarlo. Deseó hacerle pagar, no solo lo que le había hecho a él, sino a todos los que allí vivían.

Charlotte giraba despacio sobre sus talones, mirando con una manifiesta tristeza dibujada en su rostro, cuando Frank escuchó salir a alguien del cuarto de contadores. Volteó la cabeza para ver a Jake Mensfield, que mantenía la vista clavada en las anotaciones que había tomado.

—Señor Mensfield. Ella es una de mis inquilinas, Charlotte Broussard —le dijo, reclamando así la atención del hombre.

Jake Mensfield levantó los ojos de los papeles con una sonrisa ya prendida en su afable rostro, sonrisa que desapareció de inmediato al posar su mirada

en la mujer.

—Charlotte, él es Jake Mensfield, de la Barret and Giles, la compañía de seguros.

La expresión de preocupación que Frank había visto en el hermoso rostro de su vecina fue desvaneciéndose, poco a poco, para dar paso a una de sorpresa manifiesta pero que duró solo un instante, pues Charlotte hizo un esfuerzo por enmascararla de inmediato. Ella abrió la boca, y Frank pensó que iba a decir algo, pero tal y como la abrió, la volvió a cerrar, apretando con fuerza los labios.

Mensfield le tendió la mano.

—Encantado, señora Broussard —dijo, esperando que ella correspondiera a su saludo. Tras unos largos segundos, la mujer hizo lo propio.

—Señor Mensfield —respondió Charlotte.

Frank miró a su vecina para, a continuación, pasar al hombre. Mensfield la miraba como si no hubiese nadie allí más que ellos dos, como si no estuvieran en medio de un lugar que había estado ardiendo hacía menos de veinticuatro horas. En el rostro afable y simpático de Jake Mensfield apareció una cálida sonrisa que se reflejó en sus ojos.

Se estaba perdiendo algo, pensó Frank. Tenía la misma sensación de quien lee un libro y se ha saltado un capítulo. Señaló a uno y a otro con un gesto de la mano.

—¿Se conocen?

Las respuestas de ambos se solaparon.

—No.

—Sí. —El hombre, al darse cuenta de cuál había sido la contestación de la mujer, rectificó de inmediato—: No, no nos conocemos.

Frank miró a ambos alternativamente hasta que decidió que a él no le importaba lo que estuviese ocurriendo entre esas dos personas. Porque tenía clarísimo que algo ocurría entre ellos. Tal vez se hubiesen conocido con anterioridad, o eran viejos amigos, no le importaba. Un poco incómodo, Frank

se giró hacia el hombre.

—Como le decía, Charlotte es una de mis inquilinas.

Jake Mensfield asintió, pero sin apartar la vista de la mujer que se sostenía estoica, con la barbilla ligeramente levantada y las manos apretadas y juntas por delante de su cuerpo.

—¿En qué apartamento vive? —preguntó Mensfield directamente a la mujer. Ella tomó aire antes de responder.

—En el 2A —contestó Charlotte con parquedad.

El hombre lo anotó en su carpeta y alzó de nuevo la mirada.

—En cuanto termine aquí, pasaremos a inspeccionar los daños en los pisos —le anunció Mensfield intentando mirarlo, cosa que parecía serle muy difícil porque sus ojos buscaban a la mujer una y otra vez. Al fin, el hombre pareció rendirse y miró de frente a Charlotte—. Necesitaré hablar con usted. Y con los demás inquilinos, por supuesto.

Frank asintió hasta que se dio cuenta de que Mensfield no estaba hablando realmente con él, sino con Charlotte. Era a ella a quien se estaba dirigiendo desde que la viera. Sin saber bien qué hacer o qué decir, Frank carraspeó.

—Entonces, ¿podremos subir?

Mensfield asintió sin mirarlo, y Frank pensó que, tal vez, ni lo había escuchado. Un pesado silencio se hizo en el vestíbulo que duró lo suficiente para hacer que Frank se sintiera incómodo. Se pasó una mano por la nuca y torció el gesto.

—Señor Mensfield —dijo, tratando así de llamar su atención.

Charlotte dio un paso hacia atrás como si acabaran de pincharla con una aguja.

—Si me disculpan, no puedo soportar por más tiempo este olor. Estaré fuera hasta que nos diga que podemos subir. —Y se giró para encaminarse hacia la calle mientras trataba de no trastabillar a cada paso que daba.

Frank miró por el rabillo del ojo al hombre, que no se había perdido un solo movimiento de cuantos había hecho la mujer. Llegó a la conclusión de

que, se conocieran o no, lo que no fuera relativo a lo que le había ocurrido al edificio, no era de su incumbencia.

Cuando la mujer salió del vestíbulo Mensfield pareció regresar en sí. Se giró hacia él con una amplia sonrisa en el rostro.

—Bien, señor Bradley. Tal vez sea mejor que sigamos trabajando. Así podremos decirles cuanto antes a sus vecinos si pueden pasar a sus apartamentos.

Antes de volver hacia el cuarto de caldera, Frank vio a Mensfield echar una mirada furtiva hacia el soportal y, vacilando, volvió al trabajo. Lo siguió deseoso de saber qué opinión tenía aquel hombre de todo lo que había ocurrido allí.

CAPÍTULO 27

Cuando Frank terminó en el edificio, era ya media tarde. Se había llevado allí horas, junto con el capitán de los bomberos y Jake Mensfield. Los tres estuvieron intercambiando impresiones y datos. Hicieron fotos y se aseguraron de que todas las pruebas que encontraron fueran debidamente etiquetadas y clasificadas. Mensfield no había querido adelantarle nada, pero él había interpretado por sus comentarios que no tenía ninguna duda sobre que el incendio había sido intencionado, aunque para eso él no tenía que ser perito de ninguna compañía. Pero los protocolos eran así, y la empresa se acogería a un clavo ardiendo para no hacerse cargo de la reparación del edificio. Frank sabía que arreglar todos los desperfectos, para dejarlo tal y como estaba antes del incendio, iba a llevar tiempo y dinero. Si algo tenía claro era que él no iba a desfallecer y que, además, quería que Kozlov pagara por lo que había hecho.

Mensfield y Coleman les habían dado permiso para subir a los apartamentos guardando una serie de precauciones. Cuando avisó a Charlotte, que los esperaba fuera, la mujer entró con gesto serio. Frank la vio subir atendiendo a las indicaciones del capitán de bomberos. Él subió detrás seguido de Mensfield, que quería documentar si los apartamentos habían sufrido algún daño en su interior, además de los portones ennegrecidos por el calor y el humo.

Dejaron a Mensfield y a Charlotte entrando en el apartamento de esta, y Coleman lo acompañó hasta el suyo. Recogió en una bolsa algo de ropa y todo lo que creyó que necesitaría para estar unos días fuera de allí, y buscó los papeles que le había pedido la aseguradora. Los encontró a la primera. Aunque pareciera que en su casa a veces reinara cierto desorden, siempre había sido escrupulosamente metódico con las cosas que de verdad eran importantes y sabía que tenía todo lo que le habían requerido en una carpeta, en un cajón del salón.

Cuando bajó, Charlotte ya estaba aguardando junto a Mensfield. A sus pies tenía dos grandes maletas y continuaba con el rostro serio y la mirada huidiza. Su vecina parecía estar más seria y callada de lo normal en ella.

—Bien, si no me necesitan más, me marchó. Tengo a... los niños en casa de una amiga y voy a recogerlos.

La mujer hizo el amago de coger las dos pesadas maletas, pero Mensfield se le adelantó.

—¿Ha traído coche?

Con reticencia, ella negó una única vez con la cabeza.

—Voy a llamar un taxi, no se preocupe.

—Puedo acompañarla y ayudarla con eso. Pesan bastante —le dijo el hombre sin soltar el asa de ambos bultos.

Después de unos segundos de sopesar el ofrecimiento, Frank vio a la mujer asentir.

—Está bien. Gracias.

Frank fue entonces consciente de que aún sostenía la documentación que el hombre le había requerido.

—Aquí tiene lo que me ha pedido —le dijo, entregándole la carpeta.

Mensfield dejó por un momento las maletas de Charlotte en el suelo, aceptó con una sonrisa los papeles que Frank le tendía y los guardó de manera apresurada en su maletín.

—Creo que tengo todo lo que necesito por ahora —le dijo—. Como le comenté, voy a estar un par de días por aquí. Estaré en contacto con usted.

—Por supuesto —respondió Frank asintiendo.

El hombre marchó tras Charlotte cargando con las dos pesadas maletas y su propio maletín colgado al hombro, y se perdieron de su vista al cruzar el umbral.

Frank se quedó junto al capitán de bomberos, que se excusó de inmediato, alegando que su trabajo allí había terminado. Se despidió de él, y Frank se encontró a solas en medio del vestíbulo de su edificio.

No podía creer lo que había sucedido. No podía creer que esa fuera su casa, ni en las condiciones que se encontraba. Se sentía triste, vapuleado, pero sobre todo sentía rabia e impotencia. Le habían hecho pagar muy caro el negarse a firmar el contrato de venta. Y todo porque Kozlov no había podido salirse con la suya. «Que aún no tengo pruebas de ello, de acuerdo», recapacitó, pero a él no le cabía ninguna duda de la autoría de aquel *repentino* incendio.

Esperaba con todas sus fuerzas poder encontrar esas pruebas, que se demostrara que Kozlov estaba detrás y poder llevarlo ante la justicia. Eso era lo único que quería. Y ponerse a trabajar cuanto antes en la rehabilitación.

Frank sonrió cuando palpó el bolsillo de su pantalón y tocó las llaves. Se las había colado allí Ali aquella mañana. Ni le dio tiempo a preguntarle por qué se las había dado, ella se limitó a sonreírle y a darle un rápido beso antes de salir del apartamento. Con esa imagen de Ali en su mente, abrió la puerta.

Pese a que Pepper había estado todo el día solo en un lugar que no conocía —y haciéndole compañía a un gato, además—, parecía haberse adaptado bien a su momentáneo nuevo hogar. Frank había esperado que hubiese ocurrido cualquier catástrofe, dada la naturaleza de los dos animales, pero no había sido así. Para su sorpresa, todo estaba tal cual lo había dejado aquella mañana, incluso con Pepper dormitando plácidamente delante del ventanal que llegaba hasta el suelo. Al escuchar su llegada, el perro enderezó las orejas y se levantó con alegría para darle la bienvenida. Frank lo acarició, y el perro cerró los ojos con aparente deleite.

—Vaya, no sé por qué, pero esperaba que hubieseis liado la de Troya. Bien hecho, colega.

En ese momento Blue apareció, salida de la nada, y se subió al respaldo del sofá. Se sentó muy erguida en él y le maulló de manera lastimera, diciéndole de esa manera que también era merecedora de una ración de mimos. Frank se acercó hasta ella y le rascó la cabeza, obteniendo un ronroneo grave y zalamero.

—Hola a ti también, pequeña. —Unos instantes después Bluebell decidió que ya había tenido suficiente y saltó al suelo para dejarlo mirando cómo se alejaba, con el rabo en alto y orgulloso porte.

Frank miró hacia el suelo, junto a sus pies, y ahí estaba Pepper, sentado y mirándolo con esas brillantes canicas marrones que tenía por ojos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó. El perro ladró una única vez—. Tú me entiendes cuando te hablo, ¿a que sí?

Pero esta vez el perro se limitó a sacar la lengua, que dejó colgando por un lado de su boca. Lo siguió hasta la cocina. Ali había guardado bajo el fregadero el medio saco de pienso que habían traído de vuelta de sus pequeñas vacaciones. Volcó un poco en un recipiente y lo puso en el suelo, delante del animal. No había terminado aún cuando Blue volvió a aparecer. Se frotó contra sus piernas y le maulló.

—¿Tú también quieres comer? —Frank había visto unas pequeñas latas apiladas en el mismo lugar en donde estaba la comida de Pepper. No se había equivocado al pensar que era la comida de la gata. Abrió una y se la sirvió en su comedero.

Miró el reloj y sonrió.

—Pues es hora de que me ponga con la cena.

Apenas quedaban diez minutos para las cinco de la tarde. Si quería llegar a la clínica de Ali cuanto antes, tendría que ponerse manos a la obra. Torció el gesto y miró a su alrededor. La cocina de Ali era mucho más completa que la suya, y estaba seguro que la despensa estaría también mejor provista. Pero se resistía a husmear en las alacenas sin que ella lo supiera. Cogió el móvil que había guardado en el bolsillo trasero de su pantalón y tecleó:

¿Qué te apetece cenar? Puedo cocinar algo de pasta si quieres. No es que sea un gran chef, pero hasta ahí sí que puedo llegar.

Sonrió cuando le dio al botón de enviar. Era un mal cocinero, tenía que admitirlo. Pero haría un esfuerzo por agradecerla si ella se lo pedía. La respuesta no tardó en llegar.

No te compliques la vida. Trae una pizza.

Frank sonrió al leer el mensaje.

De acuerdo. Nos vemos en un rato.

El nuevo mensaje que Ali le envió fue una larga hilera de pequeños dibujos que simulaban besos. Sabía que era una idiotez por su parte, pero recibirlos había hecho que su corazón latiera mucho más rápido.

Acarició la pantalla con el pulgar y se sintió tentado de responderle con el *te quiero* que estaba deseando decirle, uno idéntico al que ella le había dicho esa misma mañana y que lo había dejado sin palabras y sin aliento. Pero, cuando lo hiciera, quería tenerla delante de él, mirarla a los ojos y, después, besarla hasta que ambos se quedaran sin respiración. Que se lo dijera no iba tardar mucho en suceder, porque quería que ella supiera que era correspondida, que si no le había contestado había sido porque ella lo había dejado sin ningún pensamiento coherente en su cabeza cuando lo besó.

Guardó el teléfono en el bolsillo sin que la sonrisa se hubiese borrado de sus labios. Pepper había regresado y se había sentado a sus pies, con las orejas enhiestas y olisqueando el aire.

—¿Quieres pizza, colega?

El ladrido con el que lo obsequió le hizo soltar una carcajada. Pepper se había incorporado y movía el rabo con energía de un lado a otro.

—No te puedes resistir a la pizza, ¿a que no? —le dijo mientras lo acariciaba entre los ojos, cosa que pareció deleitar al animal.

—Voy a darme una ducha y nos marchamos en un rato, ¿de acuerdo?

Al entrar en su despacho, Ali encontró sobre la mesa la notita que Sean le había dejado. En ella le decía que la llamaría para ver cómo se encontraba el pequeño pincher de la señora Gibbs. Leerla la hizo sonreír. No podía negar que Sean se preocupaba por sus pacientes. Sabía que, si ella no hubiese estado disponible para aquella noche, allí estaría él, sin importarle que se hubiese llevado en la clínica todo el día.

Con aquél buen ánimo Ali dejó su oficina para encaminarse de nuevo hacia

la parte de atrás de la clínica. El pequeño perro aún estaba adormilado dentro de su jaula, con un gotero de suero y medicamentos conectado a su patita. El pobre animal casi no podía abrir los ojos para mirarla. Ali abrió la jaula y le acarició la cabeza con suavidad.

—¿Cómo te encuentras, campeón?

La única respuesta que Ali obtuvo fue el intento por parte del animal de mover las orejas, que ni tan siquiera pudo hacer adecuadamente. La miró con ojos tristes y sollozó. Ali acercó su nariz a él, y el perro la olisqueó.

—Mañana estarás mejor, no te preocupes. Vamos a cuidarte mucho, y te pondrás bueno enseguida.

Ali comprobó el gotero y calculó cuánto restaba para que ambas botellitas se agotaran. Anotó todo lo relevante en el historial de su paciente y cerró la puerta de barrotes metálicos. Entonces se dirigió a una jaula cercana. Allí, hechos unas bolitas de suave pelusa, había cuatro pequeños gatitos que ella pensaba que no tenían más de un mes de vida. Esa misma mañana una niña los había llevado a la clínica. Les dijo que se los había encontrado en una caja de cartón en el parque y que le había dado pena dejarlos allí. Sean ya había llamado al hogar de acogida y habían acordado que irían a recogerlos el lunes a primera hora. Mientras tanto, los cachorros habían comido y dormían muy a gusto. Ali sonrió con ternura. Les colocó una liviana manta encima y cerró la jaula con sumo cuidado.

Fue entonces cuando, de repente, se fue la luz.

—Genial —exclamó Ali entre dientes, sin querer despertar a los gatitos.

Casi por instinto, echó mano al bolsillo trasero de su pantalón para buscar su teléfono móvil. Podría usarlo para que la iluminara momentáneamente. Pero no estaba en donde ella creía que lo tenía. Palpó el otro bolsillo, y también los delanteros. Nada. Refunfuñó en silencio. Debía de haberlo olvidado en su mochila.

Resignada, dio media vuelta y caminó en dirección hacia la parte de atrás de la clínica. Aunque sabía que fuera aún habría algo de luz solar, en la sala de exploraciones y donde se encontraban las jaulas no tenían ninguna ventana

y, por tanto, no recibían más luz que la de los fluorescentes que ahora estaban apagados.

En el almacén, a donde se dirigía, estaba el cuadro eléctrico. Pensó que habría saltado algún diferencial o algo parecido. Ella no entendía mucho de electricidad, pero sí que sabría accionarlos para restablecer la corriente eléctrica. Avanzó a tientas, con los brazos por delante y haciéndose una idea de por dónde pasaba gracias a sus manos. Masculló una maldición cuando se golpeó la rodilla con la camilla metálica que había en la zona de exploración, la cual tenía que atravesar por completo para llegar a la puerta que daba acceso al almacén.

Sonrió cuando adivinó que estaba cerca de la puerta. Puso la mano en la manija y tiró hacia abajo, pero la puerta no se abrió. Extrañada, volvió a empujar, pero nada cambió. Volvió a repetir el proceso con un poco más de fuerza. Y luego una vez más. Escuchaba el pestillo resistirse a sus esfuerzos, y el resultado era siempre el mismo: cerrada.

Preocupada, Ali hizo el camino inverso, pasando por delante de las jaulas de los animales, para cruzar por la sala hasta la puerta doble que daba acceso al pasillo donde estaban las consultas. Estaba comenzando a sentirse agobiada con tanta oscuridad a su alrededor. «¡Si al menos no hubieras olvidado el móvil!», pensó. Al fin, cuando llegó hasta las puertas empujó con brío, pero estas no cedieron.

—Pero qué demonios...

Empujó una vez más, ayudándose del hombro. Nada. Esas puertas de vaivén se abrían tan solo al darles un empujón, pues no tenían pestillos ni cerraduras; nada que pudiese haberse estropeado. Fue entonces cuando entendió que alguien las había trabado por fuera.

Frank salió del establecimiento con dos cajas en sus manos, conteniendo sendas pizzas que despedían un exquisito olor y que prometían estar deliciosas. El cocinero había tardado un poco más de lo habitual en tenerlas preparadas. O tal vez solo había sido una apreciación suya, alentada por las

ganas que tenía de llegar a la clínica para estar con Ali.

A su lado, Pepper caminaba con paso resuelto, separado de él lo justo para que ambos pudiesen andar sin entorpecerse. Frank le había quitado la correa, que había guardado en el bolsillo trasero de su pantalón, para andar más cómodos. Era asombroso cómo se habían habituado el uno al otro en tan corto espacio de tiempo. El perro había sabido hacerse un hueco en su vida, y él no podía estar más feliz por ello.

Anduvieron calle abajo, en dirección a la clínica de Ali. Apenas pasaban quince minutos de las siete de la tarde. La luz estaba comenzando a cambiar, y las nubes estaban adquiriendo un bonito color violeta gracias a la inminente puesta de sol. De buen ánimo, Frank continuó con su camino. Quería llegar cuanto antes a la clínica y ver a Ali. Apenas unas horas sin estar con ella y ya la echaba de menos. Sonrió al pensar que parecía un adolescente con su primer y recién descubierto amor, pero era así como se sentía. No recordaba haberse sentido nunca de aquella manera, ni cuando tenía dieciocho años y se había enamorado por primera vez.

Cruzó la calle rápidamente, mirando hacia uno y otro lado con Pepper a la zaga y agarrando con fuerza las dos cajas. La clínica estaba a unos pocos metros, y Frank aceleró el paso. Subió con alegría los pocos escalones que partían desde la acera hasta la puerta y llamó con los nudillos cuando llegó ante ella.

Nadie contestó. Extrañado, intentó abrir, pero la puerta estaba cerrada. Volvió a llamar, redoblando sus esfuerzos.

—¿Ali?

Ella no contestó.

Bajó los escalones mirando atrás por encima de su hombro y dejó las cajas de pizza sobre uno de los parterres para sacar de inmediato el móvil del bolsillo. La llamaría y le haría saber que estaba en la puerta. Pensó que estaría ocupada dentro con algún paciente y por eso no había atendido a su llamada.

El teléfono llamó una y otra vez hasta que saltó el buzón de voz.

Frank levantó la cabeza para mirar de nuevo hacia la puerta, repasando en

su mente la conversación que había tenido con Ali sobre quedar allí. Incluso relejó los mensajes. No se había equivocado.

Entonces, ¿por qué no contestaba?

El corazón de Ali comenzó a bombear con fuerza dentro de su pecho. Estaba a oscuras, y las dos puertas de acceso a esa sala habían sido cerradas de alguna manera desde el exterior. Se masajeó los párpados cerrados con las yemas de los dedos mientras intentaba tomar aire para calmarse, una y otra vez, metiéndolo por la nariz y expulsándolo despacio por la boca. No arreglaba nada si se dejaba llevar por el pánico. Tal vez su vívida imaginación estaba haciendo de las suyas y había montado un escenario que no existía en realidad.

Cambió de idea cuando, al abrir los ojos, vio el resplandor por debajo de la puerta.

Era una luz danzarina, anaranjada y que titilaba. Al momento siguiente aparecieron los primeros indicios de humo, colándose como un ente etéreo y endemoniado, al que se le unió un inconfundible olor a quemado. Ali ya supo entonces que su imaginación se había quedado muy, muy corta.

No supo qué tenía que hacer. E hizo lo primero que le vino a la mente: volver sobre sus pasos de manera apresurada, alejarse de aquella entrada e intentar salir por la puerta cerrada del almacén.

Sintiendo un extraño pellizco en el estómago, Frank rodeó el edificio. Sabía que la clínica tenía un acceso posterior porque Ali se lo había contado la tarde en que la encontró escondida entre los parterres tras haber perdido aquel paciente. Con cautela se encaminó hacia allí con el móvil en la mano y deseando que Ali lo llamara.

Pepper iba unos pasos por detrás, con las orejas levantadas y el hocico en alto, mirando hacia todas partes. A unos veinte metros de la entrada de la estrecha callejuela había una puerta de madera blanca. Buscó un timbre o una

aldaba, pero no encontró nada, así que usó los nudillos para llamar.

—Ali, soy Frank.

Esperó, pero nadie contestó.

Frank oyó ladrar a Pepper y giró la cabeza en su dirección. No le dio tiempo a reaccionar cuando un puño se estrelló contra su mandíbula, haciéndolo trastabillar y caer de espaldas. Escuchó caer al suelo el móvil, que salió despedido a causa del golpe. Un par de manos fuertes lo levantaron en volandas y lo sacudieron.

—¿Pero qué cojones...?

No le dio tiempo a terminar su frase. El hombre, un espécimen que parecía recién salido de un gimnasio y que le sacaba un palmo tanto de ancho como de alto, lo golpeó en las costillas dejándolo sin aire.

Detrás de él, Pepper continuaba ladrando sin resuello. Se acercaba al atacante para amedrentarlo y, a renglón seguido, daba un salto hacia atrás, huyendo de él.

Frank aprovechó un momento de distracción del hombre para zafarse de su agarre y asestarle un golpe en el estómago. El hombre se dobló sobre sí mismo, soltando una retahíla de palabras en algún idioma que Frank no pudo entender. Un segundo después, justo antes de recibir un nuevo golpe en el costado, su mente hizo las conexiones apropiadas y supo que aquellas palabras que había escuchado habían sido dichas en ruso. Tenían la misma sonoridad que algunas que le había escuchado decir a Ali.

Ese hecho lo dejó petrificado por unos instantes, y el fortachón usó aquella distracción en su propio beneficio: lo golpeó de nuevo en las costillas y bajo la mandíbula. Sin poder sostenerse, Frank cayó al suelo con los ojos fuertemente cerrados y doblado de dolor. Escuchó a Pepper ladrar con más ímpetu, una y otra vez, y también escuchó los gritos del hombre cuando el perro se le abalanzó. Abrió un ojo en el momento justo en que el ruso pateaba con gran fuerza a su perro.

Los gemidos lastimeros del animal le llegaron desde lejos, para a continuación escuchar el sonido de algo al impactar contra el suelo, como si

de un fardo se tratara. Frank intentó incorporarse, apoyándose sobre las manos, pero su cuerpo no respondía. Volvió a caer de bruces contra el duro asfalto, sintiendo que le faltaba el aire y que la visión del ojo izquierdo comenzaba a restringirse a causa de la creciente hinchazón. Cayó y apoyó la mejilla contra el suelo. El frío le sentó bien, pero no tanto como para lograr reanimarlo y hacer que se levantara. Intentó moverse, pero fue inútil. Llevándose las manos a las doloridas costillas, en su mente solo había un pensamiento coherente.

—Ali —susurró.

Todo se volvió negro a su alrededor.

Por fin, Ali llegó hasta la puerta. Palpó el frío metal y buscó la manija a tientas. Seguía tan bloqueada como minutos atrás.

—¡Ábrete, maldita sea! —espetó entre dientes mientras usaba toda la fuerza de la que era capaz. Pero nada cambió.

Sentía que le faltaba la respiración. La sala de exploraciones se estaba llenando rápidamente de humo, y el fuego no tardaría mucho en abrirse paso hacia ella. No entendía por qué no había funcionado el sistema contra incendios. Habían pasado la revisión hacía poco más de dos meses, así que no podía ser que se hubiese estropeado. Ahogó un sollozo y redobló esfuerzos sobre la puerta. Si no conseguía abrirla, moriría allí, ahogada. O quemada.

Con rabia se secó las lágrimas que, sin darse cuenta, habían comenzado a resbalar por sus mejillas. ¿Qué podía hacer para abrir esa puerta?

Lo espabiló el olor a quemado. Frank parpadeó un par de veces antes de que una alarma sonara en su cabeza. Fuego. Se levantó como pudo, soportando un intenso dolor en el costado y en la mejilla. Se pasó las yemas de los dedos con cuidado por el pómulos y notó el tacto caliente y húmedo de la sangre. El estómago dio un salto dentro de su abdomen al ver el oscuro líquido. No podía desfallecer de nuevo. Alguien, seguramente aquel hombre que lo había

atacado, había prendido fuego a la clínica de Ali.

El miedo intentó oprimirlo entre sus invisibles garras, pero no se lo permitió. Necesitaba estar lúcido, encontrar la manera de entrar en la clínica y sacarla de allí. No iba a consentir que a Ali le pasara nada. Apoyándose en el suelo, se levantó con dificultad, siseando de dolor. Miró a su alrededor, buscando algo que pudiera utilizar para entrar. Fue cuando vio a Pepper tumbado en el suelo al final del callejón.

Con pasos torpes corrió hacia él. El animal estaba tendido de costado y respiraba con dificultad. Al llegar hasta él, Pepper intentó levantar la cabeza, pero le fue imposible. Lo miró con sus brillantes ojos y jadeó.

Aterrado, Frank le pasó una mano una y otra vez por el cuello con dulzura.

—Te vas a poner bien, ya lo verás, colega. Pero antes tengo que sacar a Ali de ahí dentro, ¿de acuerdo? Aguanta un poco. —Se agachó para darle un beso en la cabeza, que el perro correspondió con un gemido y un movimiento enérgico del rabo chocando contra el suelo.

Convocando todas las fuerzas que poseía, Frank se levantó. Fingió que el intenso dolor que sentía en el costado no existía. Se acercó de nuevo a la puerta, tomó la manija e intentó abrirla. No tuvo éxito.

Necesitaba ordenar sus ideas y tenía que hacerlo cuanto antes.

Sin querer doblegarse ante el pánico, Ali pasó lista en su mente a todos los utensilios y elementos que podría haber en esa sala, que pudiera usar para forzar la puerta que la impedía ponerse a salvo.

—Piensa, Ali, piensa —se dijo en voz alta.

Fue cuando recaló en la camilla.

Regresó hacia la sala. El humo se iba colando cada vez más hacia el interior, pero no tenía tiempo que perder. Cuando llegó hasta ella se agachó, quitó los frenos de las patas y liberó las ruedas. Con dificultad, comenzó a empujarla en dirección a la salida. Chocó con varias cosas que había en la sala mientras la empujaba. Utilizó toda la rabia que sentía para impulsarla con

violencia y arremeter contra la puerta. El metal golpeó la superficie con un ruido seco. Ali arrastró la camilla hacia atrás sin esperar y embistió de nuevo.

Lo único que Frank pudo encontrar fue un enorme clavo en un rincón del callejón, perteneciente a Dios sabía qué. Y una pesada piedra que esperaba que le sirviera para sus propósitos. Con ambos elementos corrió hacia la entrada tan rápido como le permitió el dolor del costado y colocó la punta oxidada del clavo contra la cerradura. Levantó la piedra y tomando impulso, golpeó la cabeza del clavo. Un sonido sordo le indicó que la había reventado. Todo lo que necesitó fue un empujón moderado, y la puerta se abrió.

Ali arremetió una vez más, agarrando con ímpetu la superficie de la camilla, con la mandíbula apretada. Un desagradable chirrido, de metal contra madera, le hizo saber que la puerta había cedido. Al terminar de abrirse, descubrió a Frank al otro lado.

—¡Oh, Dios mío!

Tiró de la camilla con energía para quitarla de su camino e ir en su búsqueda. Se arrojó a sus brazos, y Frank la recibió estrechándola contra su pecho y dándole un millón de besos en el pelo y en la frente.

Le retiró el pelo de la cara de manera nerviosa. Las manos alteradas del hombre enmarcaron su rostro y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Ali, por favor, dime que estás bien.

Ella asintió una y otra vez, incapaz de retener el torrente de lágrimas que corría por sus mejillas. Se agarró con fuerza a los antebrazos masculinos, como si así quisiera asegurarse de que él estaba allí y no eran imaginaciones suyas.

Frank le secó las lágrimas con las yemas de sus pulgares y la besó en la frente.

—¡Frank, tu ojo! —exclamó al distinguir al fin el rostro medio hinchado del hombre, gracias al resplandor que se colaba por la puerta abierta que daba al exterior. Trató de rozarlo con la punta de sus dedos, pero él se retiró—.

¿Qué te ha ocurrido?

Le tocó instintivamente el costado para abrazarlo y él hizo un movimiento esquivo, que lo llevó a tomar aire y componer una mueca de dolor.

—Luego te lo cuento. Ahora tenemos que salir de aquí y llamar a la policía.

Intentó tomarla de la muñeca, pero Ali la retiró antes de que él pudiese cerrar sus dedos en torno a ella.

—¡Los animales! —exclamó. Se separó de él como si la hubiesen quemado con brasas ardientes y, sin esperar su reacción, se adentró de nuevo en la sala.

—¡Ali! —gritó él para imitarla al punto e ir tras ella.

—¡Ayúdame, Frank! —le gritó mientras corría hacia las jaulas.

El humo se había colado hasta la mitad de la sala, y las llamas ya lamían el vano de la puerta. Era cuestión de minutos que alcanzaran donde estaban confinados los animales. Ali llegó hasta las jaulas, y Frank lo hizo dos segundos después. Ella abrió en donde estaba el pequeño pincher para desconectar a continuación el gotero con manos temblorosas. Agarró al animal, y este se quejó suavemente. Ella, con todo el cuidado del que fue capaz, se lo pasó a Frank.

—Toma, sácalo de aquí.

Él la miró con el miedo asomando por sus ojos.

—¿Qué vas a hacer tú? ¡Vámonos de aquí!

Ella no le contestó. Se limitó a abrir la jaula contigua y sacar, envueltos en un paño, a los cuatro gatitos. Ali tosió cuando notó el humo llegar hasta su nariz.

—No voy a dejarlos.

Frank miró a los pequeños animales que ella cobijaba contra su pecho y asintió.

—¿Listo? ¿Alguien más a quien haya que sacar?

Ali negó con seguridad.

—Vámonos.

Ambos corrieron hacia la salida, protegiendo contra sus cuerpos los

frágiles seres. Con rapidez accedieron al almacén por el que Frank había entrado. La puerta estaba abierta de par en par y salieron a toda prisa sin mirar atrás. Apenas habían puesto un pie en el callejón cuando Sean y Jimmy llegaron a la carrera, con los rostros desencajados y respirando laboriosamente.

—¡Por todos los santos, Ali! ¿Estás bien? —preguntó Sean acercándose a ella y tomándola del brazo—. ¿Qué ha ocurrido?

Ali seguía abrazando a los gatitos, que se revolvían inquietos contra su pecho. No podía parar de llorar. Entre lágrimas vio como Frank le tendía a Jimmy el pincher que aún sostenía y, sin aguardar ni un instante la atrajo hacia sí con cuidado de no aplastar a los cuatro pequeños felinos. Ali enterró su rostro en su cuello, y su llanto se hizo más fuerte, dejando que su cuerpo se convulsionara sin control.

—Te tengo y estás a salvo —le susurraba Frank junto a su oído mientras la besaba en la mejilla con suavidad, una y otra vez—. Estás a salvo.

Sintió una mano sobre su hombro, que la acarició e intentó reconfortarla.

—Ya hemos llamado a los bomberos. Estarán al llegar—oyó decir a Sean a su espalda y asintió con la frente aún apoyada contra el pecho de Frank.

Después de unos segundos, salió del seguro refugio que eran los brazos de Frank y miró a su alrededor. Tres pares de ojos la observaron con preocupación.

—Estoy bien —les dijo mientras se secaba las lágrimas con el antebrazo. Sean le pidió con un gesto que le entregara a los animalitos, y ella se lo agradeció con una forzada sonrisa que no llegó a sus enrojecidos ojos. Libre de su carga, pasó los brazos por la cintura de Frank y se abrazó a él con toda la fuerza que sus músculos pudieron reunir. El hombre pasó los suyos sobre sus hombros y la pegó contra su cuerpo.

Un segundo después Frank la separó de él y la expresión del masculino rostro cambió.

—¡Pepper! —lo oyó exclamar.

Frank giró sobre sus talones para correr en dirección al interior del

callejón, hacia lo que parecía un bulto tirado en el suelo y en el cual ninguno de los tres habían reparado. Ali, seguida de Jimmy y de Sean, corrieron en pos del hombre para comprobar que aquel bulto que había creído apreciar no era otro que Pepper, que yacía acostado en el suelo. Olvidando todo lo que había pasado, se arrodilló junto a Frank y posó una mano temblorosa sobre el vientre del animal.

—¿Qué le ha sucedido?

El rostro de Frank era una máscara de preocupación, con la mirada fija en su mascota, que meneaba el rabo con insistencia.

—Creo que intentó defenderme y morder al tío que me hizo esto —dijo mientras señalaba su ojo hinchado—. ¡Ya podría pudrirse en el infierno! No... no sé qué le hizo, si le dio una patada o quién sabe qué. Lo único que recuerdo es que oí un golpe y, de inmediato, él gimió.

Jimmy y Sean rodearon al animal y se arrodillaron al otro lado. Sean se apresuró a pasarle de nuevo los gatitos a Ali.

—Voy a ver qué te ha sucedido, muchacho.

Sean palpó el abdomen del animal con manos expertas, concentrado en su tarea. Cuando terminó pasó a comprobar las extremidades. Pepper se quejó y lloriqueó cuando tocó una pata delantera, e intentó zafarse de la exploración.

—Creo que tiene una pata rota. Deberíamos llevarlo a la clínica de Paul Camper, un veterinario amigo nuestro. Puedo llamarlo y pedirle el favor. Ya de paso le haríamos una placa torácica, para descartar cualquier lesión interna causada por el golpe.

Ali miró a Frank y asintió sin perder tiempo.

—Cógelo con cuidado —le dijo Sean a Frank. Este hizo lo que el hombre le indicó y levantó al animal.

Ali sentía la mirada preocupada de sus amigos en ella. Intentando componer una sonrisa los miró a los dos.

—Estoy bien, en serio.

—Y un cuerno —contestó Jimmy con dureza, acunando al pincher entre sus

brazos.

Sabía que no podría mentirles, aunque se lo propusiera. Y de nuevo, las lágrimas comenzaron a agolparse en sus ojos. Frank se acercó a ella y la besó sin soltar a Pepper. Sean se apresuró a recoger de nuevo a los gatitos. Ali pasó un brazo por la cintura de él para apoyar la cabeza sobre su hombro. Sin dejar de abrazarlo, buscó a sus amigos con la mirada.

—Le han prendido fuego a la clínica.

Sean y Jimmy se miraron el uno al otro, con expresión de no comprender qué estaba diciendo.

—Ali, no lo puedes saber. A lo mejor ha sido un cortocircuito, o...

Ella no lo dejó continuar.

—Me han encerrado ahí dentro, Jim. Bloquearon las puertas del pasillo y del almacén para que no pudiera salir.

Los rostros de sus amigos reflejaron de inmediato el estupor al escuchar la noticia.

—Es mi culpa —dijo Frank, con la mandíbula apretada. Ella alzó con rapidez la mirada y encontró la del hombre a tan solo unos pocos centímetros de distancia, con el rostro mortalmente serio—. Ambos sabemos que Kozlov lo ha ordenado. Esto —dijo mientras hacía un gesto para señalar su ojo hinchado— me lo ha hecho un hombre que hablaba en ruso. ¿Casualidad? No lo creo, Ali.

Ella negó una y otra vez con la cabeza.

—No es tu culpa, Frank. Tú no has hecho nada malo. Esta vez ha ido contra mí, por las amenazas que le hice sobre ir a acusarlo ante la comunidad. Aquí, el único culpable es Kozlov, y es él quién va a tener que responder por lo que ha mandado hacer.

Ali giro la cabeza hacia donde se encontraba Sean.

—¿Cómo es que estáis aquí? No teníais por qué venir esta noche.

—Te llamé al teléfono de la clínica y no contestabas. Y luego lo hice a tu móvil y tampoco lo cogías. Supuse que algo raro debía pasar para que no lo

hicieras. Así que hemos venido corriendo.

El primer camión de bomberos llegó unos instantes después, anunciándose con su estridente sirena, mientras ellos aún permanecían en el callejón. Ali se separó a regañadientes de Frank y los cuatro caminaron hacia la calle principal, en donde los bomberos ya se estaban organizando para poder extinguir el fuego a través de las ventanas de la clínica.

CAPÍTULO 28

Siempre le habían gustado los domingos por la mañana, recordó Iván sonriente, arrellanado en su sillón favorito y tomando su segunda taza de café.

Era el único día de la semana en que podía disponer de su tiempo a voluntad. Jamás en su vida se había levantado tarde, y eso incluía los domingos, pero esos días sí que podía relajarse y, simplemente, disfrutar del tiempo.

Empujó el plato del desayuno hacia un lado y abrió el periódico. Aún no había podido fijar la vista en las noticias de la primera plana cuando Sergei irrumpió en el salón seguido de Milenka, su cocinera desde hacía más de veinte años. La mujer se apretaba con fuerza las manos delante de su pecho.

—Señor Kozlov, no he podido...

A Iván solo le bastó arquear una ceja para que ella callara.

—No pasa nada, Milenka —le dijo sin apenas mirarla—. Puedes marcharte.

Clavó sus ojos en Sergei, apostado frente a él al otro extremo de la mesa. El joven no tenía buen aspecto. Había desechado su atuendo formal de todos los días por una camiseta que, por descontado, no iba con su personalidad. Incluso creyó que no se había peinado antes de salir de su casa. Además, respiraba trabajosamente, como si hubiese corrido hasta allí. Al mirarlo a los ojos pudo ver un mudo reproche en ellos que no supo a qué venía. Iván levantó su taza de café, se la llevó a los labios y dio un corto sorbo.

Sergei apoyó ambas palmas sobre la mesa y se inclinó un poco hacia adelante.

—¿Qué es lo que ha hecho? —inquirió con los labios apretados, tanto que se convirtieron en dos finas líneas en su pétreo rostro.

Iván volvió a dar un sorbo a su café. Dejó la taza de nuevo sobre el platillo y levantó una ceja.

—Buenos días, Sergei.

El golpe que el joven dio sobre la mesa lo cogió desprevenido. La cucharilla tintineó sobre la porcelana, y el jarrón de flores frescas que había a un lado de la mesa se tambaleó precariamente.

—¡A la mierda con las formalidades! —gritó su asistente—. ¿Qué cojones ha hecho?

Tomando aire, Iván se arrellanó de nuevo en su sillón mientras tomaba la servilleta de su regazo y la dejaba junto al servicio de desayuno con un gesto contenido.

—No te entiendo —le dijo, componiendo una mueca—. Y me temo que es muy temprano para andar con adivinanzas.

Vio al joven tomar aire y mirar hacia el techo. Sus hombros se relajaron ante sus ojos. Sergei volvió a clavar su vista en él.

—Con Ali.

Oír el nombre de la chica de sus labios lo dejó mudo durante unos segundos. Hizo un esfuerzo para que su rostro no delatara que le había afectado escucharlo. Se revistió con su mejor disfraz de indiferencia y agarró de nuevo la taza por la delicada asa.

—¿Qué le ocurre?

El rostro de Sergei se contrajo y se tornó rojo, como jamás lo había visto. Sergei apretó los dientes y dejó escapar el aire por la nariz, al igual que un novillo ante la puerta del toril.

—¡¿Que qué le ocurre?! —espetó con acritud—. Anoche hubo un incendio en su clínica.

—Vaya, lo siento mucho.

El joven se irguió cuan alto era y enderezó los hombros, tanto que Iván pensó que los huesos de su columna vertebral podrían haberse desencajado unos de otros.

—¿Lo ordenaste tú?

La pregunta lo tomó por sorpresa, al igual que no le pasó por alto que

Sergei había dejado el tratamiento formal para comenzar a tutearlo, cosa que jamás hacía si él no se lo pedía. Despacio, soltó la taza en su sitio y volvió a repetir el ritual de limpiarse con suma delicadeza la comisura de los labios. En realidad, aquello no era más que un teatro. Estaba tomándose su tiempo para que Sergei no sospechara más de lo que parecía que ya hacía.

—No sé de qué me estás hablando —le contestó mientras doblaba cuidadosamente el periódico y lo dejaba a un lado.

Sergei rodeó la mesa y se paró a su lado.

—¿No? ¿Igual que no sé que fuiste *tú* el que ordenó incendiar el edificio de Frank Bradley? ¿Que te pusiste en contacto con Anatoly?

Si Iván hubiera estado en pie, esas palabras lo habrían hecho sentarse de sopetón. No las esperaba. Habían sido como un rechazo en la mandíbula.

—Sigo sin saber de qué me hablas, Sergei —le dijo, midiendo la entonación de cada una de las palabras—. Si me disculpas, tengo muchas cosas que hacer esta mañana.

—¡No te disculpo, Iván! —estalló el joven.

Jamás había visto a Sergei reaccionar de esa manera y su actitud lo asustó. El hombre se pasó la mano por el pelo y se lo desordenó más de lo que ya lo estaba. Resopló con vigor antes de volver a hablar.

—¡Ali casi muere en ese incendio! ¡La dejaron encerrada dentro! ¡Joder, podría haber muerto!

Esas frases actuaron como un cañonazo en el centro de su pecho. Una ligera punzada se instaló en su sien derecha, y un súbito calor encendió su rostro. Despacio, echó el sillón hacia atrás, arrastrándolo en el suelo, y se levantó. Buscó el apoyo del borde de la mesa y se agarró a él con fuerza.

—¿Pero está bien? —le preguntó. Quería saber si lo estaba. Necesitaba saberlo

—¿Ahora te importa?

Breves retazos de la escueta conversación que mantuvo la mañana anterior con Anatoly regresaron a su recuerdo. Le había dicho que volvía a tener un

trabajo para él. Le había dicho que quería que la clínica de Ali corriera el mismo destino que el edificio de Bradley, pero él no tenía manera de saber que ella iba a estar allí cuando Anatoly fuera a ejecutar su orden. Y su sicario no había tenido la consideración de preguntarle qué debía hacer en aquel caso.

Iván comprendió en ese preciso instante que todo se le había ido de las manos. Había llevado al límite la negativa de Frank Bradley de venderle el edificio y había actuado sin pensar, queriendo que el hombre pagara por contravenir lo que él deseaba que hubiera hecho. Lo que había querido era vengarse de Bradley.

—Yo no...

Sergei dio un paso hacia él, amenazante.

—¿No, qué?! —El joven, al que casi había visto crecer y a quien quería como a un hijo, se llevó las manos a la cabeza y se alejó de él unos pasos para regresar de inmediato junto a la mesa—. ¡Por Dios bendito! ¿En qué estabas pensando?

Con paso lento Iván se encaminó hacia el gran ventanal que daba al patio trasero y por el que entraba la brillante luz de la mañana de agosto. Posó una mano sobre el templado cristal y miró hacia el exterior, sin ver nada en realidad. Aquella era una buena pregunta: ¿en que había estado pensando para pedirle a Anatoly que le diera un susto a Ali? No había pretendido que a ella le pasara nada. Solo quería que desistiera de su intención de ir a la comunidad y hablar en contra de él, solo eso. Cerró los ojos y sintió palpar una y otra vez una vena en su sien derecha. Se pasó la lengua por los labios resecaos, y el amargor del café en su boca lo fue aún más. Intentó tomar aire antes de contestar, pero este no llegó al fondo de sus pulmones.

—Amenazó con decirle a la comunidad que yo había ordenado el incendio al edificio de Bradley.

Oyó a Sergei moverse a su espalda.

—Tienes problemas más importantes que ese ahora mismo.

Con dificultad, Iván se giró sobre sus talones para enfrentar al joven, sintiendo sobre sí todo el peso de sus ochenta y seis años. Levantó la mirada

de manera cansada y la fijó en su asistente.

—No lo entiendes, Sergei. Me he labrado una reputación durante toda mi vida. No iba a consentir que la destruyeran así como así, de la noche a la mañana.

—¡Ella no iba a destruirla, joder! ¡Lo has hecho tú solo con tus acciones de matón de tres al cuarto!

Quizás era demasiado tarde para admitir que Sergei tenía razón. Ali no había hecho nada, tan solo intentar defender a Frank Bradley. Aterrado, miró a su asistente.

—¿Qué he hecho?

Sergei alzó la barbilla con un gesto altivo.

—Sí, esa es una buena pregunta. Qué has hecho.

Durante unos segundos ambos se sostuvieron las miradas, y lo que vio en los ojos del muchacho fue reproche y desencanto, además de vergüenza. La misma que sentía por sí mismo en ese preciso instante.

Sergei entornó la mirada y dio un paso hacia atrás y luego otro más. Iván se agarró al respaldo del sillón con fuerza, tanto que sus cortas uñas se clavaron en la madera que conformaba el armazón debajo del caro tapizado.

—¿Adónde vas? —preguntó y casi no reconoció esa voz como la suya.

El joven se detuvo y tomó aire.

—A pensar si merece la pena seguir trabajando para ti.

—¡Sergei!

—Adiós, Iván.

Y se giró sin más para dirigirse con pasos largos y resueltos hacia la salida de la sala, imprimiendo el enfado que sentía en cada zancada.

Iván lo vio desaparecer por la puerta, y el corazón le dio un vuelco dentro del pecho. Se aferró aún con más fuerza al mueble y cerró los ojos. «¿Qué he hecho?», volvió a repetirse, aunque sabía perfectamente cuál era la respuesta. Se había comportado como un egoísta y prepotente hijo de puta, al que no le había importado nada ni nadie en su afán de conseguir lo que quería. Ahora

se daba cuenta. Y era demasiado tarde.

Volvió a palparle la sien, pero en esa ocasión fue una punzada dolorosa que lo dejó sin respiración. Abrió los ojos de manera desmesurada, pero no estuvo seguro de estar viendo nada de lo que había a su alrededor. La luz del día dejó de ser brillante, y el aire que entraba en sus pulmones lo hacía a trompicones y le quemaba el pecho al entrar. Su agarre dejó de ser firme, y los dedos comenzaron a desasirse poco a poco, resbalando por el borde de la silla. La punzada se había convertido en una constante en su cabeza, un dolor como nunca antes había sentido. Notó cómo las rodillas comenzaron a fallarle, incapaces de sostener su propio peso. Se echó hacia adelante para sujetarse a la mesa, pero no le fue posible y terminó resbalando hacia el suelo.

La cara alfombra amortiguó la caída.

La mirada de Iván estaba clavada en el techo, aunque notaba que, a cada segundo que pasaba, su campo visual se restringía más y más. Intentó llevarse la mano al pecho, pues sentía insuficiente el aire que llegaba a sus pulmones. Abrió la boca y trató de respirar por ella, al igual que un pez fuera del agua, a bocanadas.

—Ser... Sergei —lo llamó, aunque no tenía muy claro si había logrado decir su nombre, o si lo que oía era un eco de su propio deseo por hacerlo.

Volvió a intentarlo, pero lo único que salió de su garganta fue un sonido ininteligible.

Era ya mediodía cuando, sentado en una pequeña banqueta en el cuarto de baño del apartamento de Ali, Frank se dejó convencer para que ella le curara de nuevo la herida del labio. Componiendo una mueca lastimera, se retiró instintivamente al notar el algodón sobre su carne lastimada.

—Me escuece.

Ali elevó la vista hacia el techo y resopló.

—No te quejes más —le dijo mientras sujetaba la bolita impregnada en antiséptico delante del rostro de Frank.

Acercándosele con cuidado, Ali dio pequeños toques sobre la herida que Frank tenía sobre la ceja izquierda, aún hinchada.

—Auch.

—Estoy teniendo cuidado —le contestó ella. Se retiró unos centímetros para mirarlo. En su rostro no vio dolor ni incomodidad. Al contrario. La boca de Frank estaba ligeramente curvada y sofocaba una sonrisa pícaro que la hizo sonreír a su vez. Soltó la torunda en el lavabo y se paró delante de Frank. Lo tomó por la barbilla e hizo que la mirara a los ojos.

—Te estás quejando por el gusto de hacerlo. —Y no fue una pregunta.

Frank pareció sopesar su respuesta.

—¿Eso haría que me dieras un beso? —le contestó unos segundos después.

La carcajada que salió de la garganta de Ali llenó el cuarto de baño. Cuando fue capaz de recomponerse lo miró con ternura.

—Esta mañana no necesitaste quejarte para que te besara —dijo mientras acercaba sus labios a los de él. Frank intentó atraparlos, pero ella se retiró antes de que lo lograra.

—Pero eso fue esta mañana —añadió él en un tono tan bajo que todas las terminaciones nerviosas de Ali reaccionaron como una sola—. Ahora me gustaría que me besaras de nuevo.

Ali no le contestó, pero se apresuró a hacer realidad su petición. Lo besó con delicadeza. Los labios de Frank aún estaban sensibles y doloridos por la paliza que había recibido el día anterior en la puerta de su clínica. Aunque la hinchazón de su ojo había comenzado a remitir, aún lo tenía un poco entrecerrado y estaba tomando un inquietante tono morado.

Saboreó esos labios con deleite mientras lo abrazaba, como si necesitara hacerlo para poder seguir en pie. Tal vez era así, pues de no estar sujeta a sus hombros, sus rodillas habrían fallado y la habrían hecho caer ante la ternura con la que él la estaba agasajando.

Él pasó los brazos por su cintura y la atrajo hacia sí todo lo que pudo. Ella lo imitó, abrazándolo y acercándolo a su cuerpo. De la garganta de Ali salió

un sonido de disgusto cuando los labios de Frank dejaron de besarla.

—Ahora soy yo la que se queja —le dijo con fingida contrariedad. De inmediato abrió los ojos de manera desmesurada—. ¿Te he hecho daño al abrazarte? ¿Te molestan las costillas?

Con cuidado, le pasó la yema de los dedos por la zona. Aquella mañana había visto el moratón que Frank tenía bajo el pecho izquierdo, pero él le aseguró que era más apariencia que otra cosa.

Frank no le respondió. Se limitó a mirarla como si nunca antes lo hubiese hecho, como si, con esa mirada, quisiera asomarse a lo más hondo que había en su interior.

—No, no me molestan. —Y volvió a besarla.

Ambos se separaron cuando les faltó el aire en los pulmones. Ali apoyó sus labios sobre la frente de Frank sin dejar de sonreír. El calor de su cuerpo la reconfortó, y pensó que le gustaría quedarse tal y como estaban en ese momento durante todo el día, cerca uno del otro, sintiendo su ternura y su fortaleza a partes iguales. Pero sabía que no podía ser. Chasqueando la lengua le dio un pequeño toque en el brazo para llamar su atención, mientras se separaba de él, y lo miró a los ojos.

—Tenemos cosas que hacer. Me encantaría quedarme aquí, besándote, o lo que se terciara, pero no podemos —le dijo con cierto toque de frustración en su voz por no poder seguir haciendo lo que más le apetecía.

—Ali —oyó decir a Frank justo cuando estaba a punto de salir del cuarto de baño. Se giró para enfrentarlo.

—Dime.

Frank se puso en pie. La miraba fijamente, con aquellos hermosos ojos azules clavados en ella, que la hacían sentir tan especial. Lo vio guardar ambas manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros, para inmediatamente sacar una de ellas y pasársela por el pelo con un gesto nervioso que hizo que Ali le sonriera.

—¿Y bien?

—Ayer... —comenzó diciendo Frank, turbado—, Dios, parece que fue hace un siglo... Ayer quise responderte, pero cuando fui a hacerlo me besaste y ya no pude pensar más allá.

—¿Responderme a qué?

Frank caminó hacia donde ella se encontraba. Ali alzó la cabeza para poder mirarlo a los ojos y lo vio tomar aire antes de hablar.

—Te quiero, Ali —le soltó sin que ella lo esperara—. Me hubiese gustado habértelo dicho ayer, cuando tú me lo dijiste. Va a sonar cursi o moñas o qué sé yo, pero te quiero. Te quiero como no pensé que podría querer a nadie. Te quiero con toda mi alma. No sé qué hubiera pasado si...

No pudo medir su reacción. Ali volvió a atrapar sus labios, tragándose sus palabras y un nuevo «te quiero» que él susurró contra sus labios, que la dejó con el corazón latiendo como loco en su pecho y con la cabeza dándole vueltas.

Sabía a lo que él se refería cuando lo oyó decir que no sabía qué hubiese pasado. Ella misma lo había pensado cuando se había dado cuenta de todo lo que estaba ocurriendo. La idea de que no volvería a ver a Frank la había atenazado durante unos largos segundos. Recordó que fue incapaz de creer que su vida fuese a terminar en el mismo lugar que tanto le había costado levantar. Fue cuando tomó la resolución de que no iba a permitir que ocurriera ninguna de las dos cosas.

Los labios de Frank abandonaron su boca para continuar por las mejillas, el contorno de su rostro y sus párpados. Ali se sentía incapaz de hacer desaparecer la sonrisa que se adueñó de inmediato de sus labios y de su corazón.

—Frank.

—Creo que podría estar diciéndotelo todo el día.

Ella se separó un poco y lo miró a los ojos con embeleso.

—Estoy segura de ello, y a mí me encantaría escucharlo, te lo prometo. Pero les hemos dicho a Sean y a Jimmy que estaríamos allí en... —dijo ella mientras miraba su reloj de muñeca. Una mueca de desaprobación se dibujó en

su rostro—. Quince minutos. Aunque tienes tiempo para decírmelo media docena de veces más, si quieres. Yo no voy a quejarme en absoluto.

Él negó divertido y la besó fugazmente antes de alzar una ceja.

—No, no me alcanza con ese tiempo para decírtelo de la manera en que tengo pensado hacerlo.

Ali cerró los ojos al sentir que un cosquilleo subía por su espina dorsal para instalarse en la base de su cabeza.

—Dímelo una vez antes de marcharnos.

—Te quiero.

Ella buscó a tientas sus labios.

—Adoro como suena —le dijo sintiendo que le faltaba el aire en los pulmones—. Todavía puedo llamar a Sean y decirle que vamos a llegar un poco más tarde. Seguro que lo entienden.

A Frank debió parecerle buena idea porque la tomó de la mano para guiarla hacia su dormitorio y cerrar la puerta tras ellos.

CAPÍTULO 29

Frank comenzó con las gestiones para la rehabilitación a la semana siguiente. Se puso en contacto con un viejo amigo, el mismo que había acometido las obras cuando compró el edificio, y acordó con él el comienzo de la obra, aun cuando no había tenido noticias de la aseguradora. No podía permitir que todos sus inquilinos estuvieran fuera de sus casas más tiempo del estrictamente necesario.

Una semana después del incendio de la clínica de Ali, el teléfono móvil de Frank sonó cuando ambos acababan de comenzar a desayunar.

—¿Quién podrá ser? Es muy temprano —le dijo Ali mientras se llevaba a la boca una cucharada de cereales. Frank se encogió de hombros.

—No tengo idea —le contestó a la vez que aceptaba la llamada—. Frank Bradley.

—Señor Bradley, buenos días. Soy el inspector Spencer.

Inconscientemente, Frank se enderezó en su asiento, dejando la taza de café sobre la mesa. Recordaba al inspector con el que habló la noche del incendio de su edificio, y que también estuvo cuando el incidente en la clínica.

—Buenos días.

—Verá, señor Bradley, tenemos un sospechoso que podría encajar con la descripción que usted nos dio de la persona que lo atacó.

Como si el inspector pudiera verlo, Frank asintió.

—Sí.

—¿Sería posible que usted y la señora Ruslan vinieran hoy a la comisaría?

Los ojos de Frank recayeron en Ali. La vio soltar la cuchara dentro del cuenco y clavar en él su mirada, que le preguntaba en silencio qué estaba ocurriendo.

—Un momento, por favor —le rogó al hombre. Pulsó el botón de silencio

en la pantalla del teléfono y se dirigió a Ali—. Es la policía. Tienen a un sospechoso. Me preguntan si podemos ir hoy.

Sin esperar, Ali asintió con convicción.

—Dile que iremos, claro.

Frank pulsó de nuevo la pantalla.

—Bien, sin problemas. Díganos una hora, y allí estaremos.

El policía los emplazó para la primera hora de la tarde. Frank no dejó de darle vueltas al hecho de que si realmente el detenido era la persona que lo había atacado, tendría que volver a encontrarse con aquel tipo. Retazos de ese preciso momento regresaban una y otra vez a su mente. Incluso volvió a sentir el dolor bajo las costillas. Verlo era algo que no le apetecía en absoluto, pero entendía que era necesario para resolver lo que había ocurrido y seguir adelante.

Ali se encontró con él delante de la comisaría diez minutos antes de la hora acordada.

—¿Nervioso? —le preguntó ella mientras su mano se deslizaba en la de Frank y entrelazaba sus dedos con los de él.

Frank no dudó con su respuesta.

—Sí. Pero quiero dejar zanjado esto cuanto antes.

Entraron en el vestíbulo y preguntaron por el inspector Spencer. Cinco minutos después, el hombre bajito y casi calvo que recordaba se presentó ante ellos.

—Buenas tardes, señor Bradley. Síganme, por favor.

El hombre los condujo por las dependencias policiales hasta una pequeña sala en donde aguardaron. Sentados uno junto al otro, ninguno de los dos dijo nada, envueltos como estaban en un silencio tenso que se vio roto unos minutos después por la aparición de un joven policía.

—Si son tan amables de seguirme —les pidió con cortesía y una sonrisa en los labios.

Ali y Frank fueron tras él y se detuvieron delante de una puerta. El policía,

que atendía al nombre de Reynolds según la placa que llevaba sobre la solapa, se giró hacia ellos.

—Debe entrar él solo. Si es tan amable de esperar aquí fuera, señora Ruslan, no tardaremos mucho.

Ali asintió con reserva. Su mano buscó la de Frank y la apretó con fuerza.

—Aquí estaré cuando salgas, ¿de acuerdo?

No tenía sentido ocultarle su nerviosismo. Frank tomó aire y asintió.

—De acuerdo.

Y siguió al policía al interior.

El cuarto era pequeño y oscuro. Dentro había un par de personas más junto al inspector Spencer, que lo saludaron con un escueto cabeceo.

—Por favor, si es tan amable, colóquese tras la línea que está marcada en el suelo —le dijo Reynolds mientras señalaba a sus pies.

Frank hizo lo que le pedía.

—Ahora, la luz del otro lado del cristal se encenderá y entrarán cinco personas. Ellos no podrán verlo a usted. Es importante que se fije bien en todos y que nos diga si reconoce a alguno de ellos, pero solo si está completamente seguro. ¿Lo ha entendido?

Con la garganta cerrada y las manos sudorosas, Frank respondió con un gesto de la cabeza.

La luz del techo se encendió al otro lado del cristal, y cinco hombres entraron de manera calmada en la sala. Andaban uno detrás del otro, guardando la distancia.

Reynolds pulsó el botón del intercomunicador que había junto al falso espejo.

—Por favor, gírense y miren al frente.

Algunos con más desgana que otros, los hombres se enfrentaron al cristal.

Los ojos de Frank recayeron de inmediato en uno de ellos. No tenía lugar a dudas. Era el mismo rostro de quien lo había golpeado hasta dejarlo sin sentido una semana atrás, en el callejón. Sintió una sacudida recorrer su

espalda cuando su mirada se clavó en los fríos ojos del sospechoso.

—¿Reconoce a alguien? —oyó decir al inspector Spencer a su espalda, en la sombra.

Sin apartar la vista, Frank asintió.

—Sí.

—¿Puede señalar y decirme el número que hay sobre la persona a la que usted reconoce, señor Bradley?

De nuevo, no dudó. Frank señaló al hombre.

—Es él. El número dos.

Reynolds pulsó el botón del intercomunicador.

—Por favor, número dos, ¿podría dar un paso hacia adelante?

Casi con altanería y con los párpados entornados, el hombre dio un paso al frente mientras alzaba la barbilla y clavaba sus ojos en el cristal.

—¿Es él?

Frank asintió.

—Es él. No tengo la menor duda.

El agente Reynolds le dio órdenes a todos de que abandonaran la sala.

—Por favor, señor Bradley —lo llamó el inspector mientras le tendía un bolígrafo—, si es tan amable, firme este documento en donde se recoge que usted ha reconocido en la rueda a Anatoly Chechenkov.

«Ruso», pensó Frank. «No podía ser de otra manera».

Sin dilación Frank firmó los papeles y salió al pasillo. Ali lo aguardaba allí, tal y como le había dicho. Se acercó hasta él y lo tomó de las manos.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó.

El agente Reynolds lo interrumpió antes de que Frank pudiese contestarle.

—Deben esperar en la sala, señor.

Frank y Ali se dirigieron hacia la sala en la que ambos habían estado minutos atrás.

—¿Cómo ha ido? —se interesó Ali mientras se sentaba junto a él.

Él se pasó una mano por el rostro y exhaló con exageración.

—Lo he reconocido. Anatoly Chechenkov. ¿Te suena de algo?

Ali se envaró en su asiento.

—¿Chechenkov? Sí, sí, claro que me suena. Pertenece a mi comunidad. Pero hace años que no sé de él. Lo último que escuché es que estaba en la cárcel.

—Pues ya ves que no sigue ahí.

Con un gesto nervioso, Ali se retorció las manos.

—Kozlov lo contrató —afirmó tajante y convencida.

Frank la miró.

—Eso creo yo también, sí. Ahora la policía tendrá que demostrar la vinculación entre ambos.

Tan solo un día después, a la misma hora del desayuno, la policía volvió a ponerse en contacto con Frank.

Reconociendo de inmediato el largo número que aparecía en la pantalla de su móvil, Frank contestó la llamada.

—Bradley.

—Buenos días, Señor Bradley, soy el inspector Spencer.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Frank mientras se levantaba de su asiento y sintiendo la mirada de Ali clavada en él.

—En efecto: Anatoly Chechenkov ha confesado su implicación en ambos incidentes.

Frank se giró hacia Ali y sintió que las piernas se le aflojaban ante la noticia, que no por esperada era menos sorprendente.

—Bien.

—Además, ha confesado que la persona que le ordenó incendiar ambos inmuebles fue Iván Kozlov. Lo ha acusado de ser el promotor de los hechos.

El aire se quedó atascado en sus pulmones al oír el nombre del ruso.

Buscando el sofá, se sentó bajo la atenta mirada de Ali, que no comprendía qué estaba sucediendo.

—Frank —lo llamó en voz baja.

Él le hizo un gesto para que ella se sentara a su lado. Puso el móvil sobre la mesita de café y pulsó el botón del altavoz.

—Señor Bradley, ¿sigue ahí? —ambos oyeron preguntar al inspector.

Frank se apresuró a contestar.

—Sí, aquí estoy.

—Como le decía, Chechenkov ha señalado a Kozlov. —Vio por el rabillo del ojo cómo Ali se tapaba la boca con ambas manos y sus ojos se llenaban al instante de lágrimas. El policía continuó—: Pero mucho me temo que no vamos a poder ejecutar la orden que se ha emitido para su detención. Al menos, aún no.

Frank se removió en su asiento mientras se inclinaba un poco hacia adelante.

—¿Por qué dice eso?

—Iván Kozlov está en la unidad de cuidados intensivos del hospital Presbiteriano. Al parecer, sufrió un infarto cerebral. Los médicos no saben si sobrevivirá.

La noticia dejó a Frank sin saber qué responder. Giró la cabeza hacia Ali. Los ojos de la mujer estaban fijos en el teléfono que descansaba sobre la mesa. Frank tomó aire, sintiendo que no le llegaba al fondo de los pulmones, y apretó los labios.

—Muchas gracias por la información, inspector Spencer.

—Es mi deber, señor Bradley. Si tenemos alguna noticia más, se la haremos saber de inmediato. Buenos días.

Antes de que Frank pudiese contestarle, el inspector ya había colgado. Con lentitud, Frank pulsó el botón rojo de su pantalla, y esta se oscureció. Buscó a Ali con la mirada. Ella no se había movido ni un solo centímetro, con los ojos llorosos aún puestos en el aparato.

—Ali.

—Fue él, Frank —le dijo con un tono de voz tan bajo que le costó entenderla.

—Lo sé.

—Sabía que podría haber sido, por supuesto, pero tener la certeza...

Frank se acercó a ella y le pasó un brazo sobre los hombros y la atrajo hacia él. Ali se recostó contra su pecho, y nuevas lágrimas bajaron por sus mejillas. La besó en la frente, demorando sus labios en ella mientras el brazo de Ali lo ceñía por la cintura para pegarse a él todo lo que la postura le permitía.

—Ya ha pasado. Estamos bien, y todo se va a arreglar.

Vio a Ali asentir con un pequeño gesto de la cabeza.

Permanecieron allí sentados, sin moverse. Frank no podía dejar de pensar en que, al fin, todo empezaba a colocarse en el lugar que le correspondía, y podría comenzar a dejar atrás todo lo que había sucedido.

Besó una vez más a Ali en la línea de su pelo mientras percibía el olor del champú. Como respuesta, ella se abrazó con más fuerza a su cintura.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a llamar a Sergei?

Después de unos instantes, ella negó con convicción.

—No podría hablar con él ahora mismo. No después de lo que ha pasado.

Frank lo comprendía. Iván había estado en su vida desde siempre, y ella lo había visto en parte como el abuelo que había perdido hacía tantos años. Pensó que era normal que ella se sintiera dolida y traicionada tanto por Iván como por su amigo de la infancia.

Estuvieron así un rato más, abrazados, y ambos olvidaron el desayuno que había quedado frío sobre la encimera de la cocina.

Jake Mensfield se puso en contacto con él al día siguiente. La detención y la posterior confesión de Anatoly Chechenkov no dejaron lugar a duda de que el incendio del edificio había sido premeditado, así que el hombre le anunció

que la compañía se haría cargo de todo y que las obras podían comenzar cuando Frank lo creyera oportuno.

Sean, Jimmy y Ali tampoco tardaron en empezar con los arreglos la clínica en cuanto todos los papeles con su propio seguro estuvieron en regla.

El fuego había destruido el vestíbulo y la recepción, así como las tres consultas que había en el pasillo, pero por fortuna apenas había alcanzado a la sala de curas y la zona de quirófanos. Aunque iban a tener que emplearse a fondo para que todo aquel olor a quemado y el rastro de hollín desaparecieran de todos los enseres y material de la clínica.

Mientras su edificio estuvo en obras, Frank continuó viviendo en casa de Ali, junto con Pepper. Con su pata entablillada y un escandaloso vendaje alrededor de sus costillas, al perro pareció encantarle aquel arreglo entre él y Ali. El animal no tardó en adueñarse de un buen sitio delante de la ventana, en donde podía dormir largas siestas mientras le daba el sol.

Por fortuna, a Blue no pareció importarle compartir a Ali con dos seres más. La gata se acostumbró de inmediato a la presencia de ambos, y comenzó a buscar a Frank para que le diera mimos de la misma manera en que buscaba a su verdadera ama. A él le gustaba corresponder la confianza de la gata, otorgándole sus atenciones cuando esta lo requería.

Para llevar tan poco tiempo juntos, Frank consideraba que la convivencia con Ali era muy sencilla. Ella vació dos cajones de la cómoda del dormitorio para que dejara allí sus cosas y le había hecho sitio en el armario sin ningún problema y sin él pedírselo siquiera. Ninguno de los dos tenía especiales manías: eran ordenados en una justa medida y se habían adaptado a la perfección el uno al otro. Por la noche, después de regresar de las obras del edificio y de la rehabilitación de la clínica respectivamente, se sentaban juntos en el sofá para ver una película, de la que casi nunca veían las escenas finales. Cada día que pasaban juntos estaba más seguro de que sus sentimientos por ella eran genuinos, como también estaba seguro de que ella sentía lo mismo por él; lo podía ver cada mañana cuando se despertaba y ella le daba los buenos días con un beso rápido cuando tenían asuntos que atender, o con una

placentera mañana de sexo sin prisas cuando ambos podían quedarse en la cama hasta la hora que les apeteciera.

Septiembre se abrió paso, y las obras de sus respectivos edificios avanzaban a buen ritmo. La ciudad se había vaciado de turistas, las tardes ya no eran tan luminosas ni tan largas y el tiempo había refrescado considerablemente.

Ni él ni Ali habían hablado de qué iba a hacer él cuando su apartamento estuviese arreglado y listo para que regresara. Lo cierto era que no le apetecía lo más mínimo. Se había acostumbrado a su presencia constante, a poder besarla cuando lo deseaba o a que Ali lo sorprendiera con un abrazo por la espalda cuando él intentaba cocinar algo que no fuera cocer pasta o encargarse una pizza. En palabras más simples, pensó Frank, quería seguir estando junto a Ali todo el tiempo que pudiera.

Una mañana, casi a finales de ese mismo mes, los pintores estaban dando una nueva capa a la escalera cuando Charlotte apareció por el vestíbulo, con una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Vaya cambio está dando esto, Frank! —le dijo cuando llegó hasta él. Miró a su alrededor a la vez que se retiraba un mechón de pelo de la cara.

Frank se limpió las manos en los pantalones de faena y saludó a la mujer con un afectuoso abrazo.

—¿Cómo estás, Charlotte?

Ella asintió sin dejar que la sonrisa que lucía desapareciera de su hermoso rostro.

—Muy bien. Los niños están deseando volver a casa.

Entendiendo a la perfección aquel deseo, Frank hizo un gesto con la cabeza.

—Ya queda menos. Creo que a finales de mes podremos estar aquí todos.

Charlotte se hundió de hombros.

—Ojalá. Estamos muy bien en casa de mi amiga, pero ya tengo ganas de estar en mi propio apartamento —le confesó—. Oye, ¿podría subir para coger algunas cosas?

—Por supuesto. Siempre y cuando no te roces con las paredes.

Ambos rieron.

—Ahora nos vemos, ¿de acuerdo? —oyó decir a la mujer mientras subía las escaleras.

En cuanto ella se perdió en el rellano superior, Frank regresó a su trabajo. O lo intentó hasta que una conocida voz volvió a entretenerlo.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí?

Frank se giró para encontrar a su amigo Sam en el umbral del soportal, mirándolo todo con ojos espantados. Se acercó hasta él y le dio un fuerte abrazo a modo de saludo.

—Es una larga historia, y ahora mismo no tengo ganas de contártela.

—Pues tendrás que hacerlo en algún momento, colega —le dijo, recorriendo con la mirada todo a su alrededor.

Feliz por ver de nuevo a su amigo, Frank le palmeó el hombro.

—¿Qué haces por aquí?

Sam compuso una mueca.

—¿No estás contento de verme? —preguntó provocando que Frank torciera el gesto con fingida contrariedad.

—¡Claro que estoy contento, mendrugo! ¿Acaso no puedo preguntar?

Vio a Sam tomar aire y expulsarlo lentamente antes de hablar.

—Lo he dejado.

—¿Has dejado el qué?

—El trabajo. ¡Joder, Frank! ¿Qué crees que había dejado?

—¡Yo qué sé! ¡Bastante tengo aquí montada como para hacer conjeturas! —exclamó mientras elevaba los brazos hacia el techo con un exagerado gesto.

Sam se pasó la mano por su corto cabello negro y bufó.

—Vale, sí, es cierto. El trabajo, he dejado el trabajo en la Bolsa. He pedido la liquidación, hemos cogido las maletas y nos hemos venido para acá.

Por mucho que lo intentara, Frank no podía dar crédito a lo que su amigo le acababa de contar.

—¿En serio? ¿Has dejado aquello y te has venido a Newburyport?

Su amigo asintió con convicción.

—En serio.

—¿Cómo está Martha? ¿Cómo va con el embarazo? —quiso saber Frank.

Los ojos oscuros de Sam se iluminaron.

—Está estupenda. Las náuseas pasaron, y está muy bien. Un poco cansada por las mañanas. Y ya se le empieza a notar la tripita.

Frank abrazó a su amigo una vez más.

—Me alegro mucho —le dijo mientras le palmeaba una y otra vez la espalda—. Me alegra que todo vaya bien y que estés feliz. Se te nota.

Sam se separó de él.

—Lo estoy.

—¿Tenéis ya un sitio dónde vivir?

—De momento estamos en el hotel. Estamos buscando un apartamento en donde...

—Ya puedes dejar de buscar —lo interrumpió Frank—. Te dije que tenía uno libre y sigue estando libre. Es vuestro. Si lo queréis.

Sam frunció el ceño.

—Lo último que me dijiste fue que ibas a vender el edificio. ¿O es que acaso no lo has hecho?

—No, no lo he hecho —se apresuró a aclarar.

Dando un paso hacia atrás, Sam lo miró de arriba abajo.

—A ti también se te ve bien. Feliz. ¿Algo que me quieras contar?

—¿Cómo qué? —preguntó a su vez Frank, sofocando una sonrisa.

—No sé, algo sobre aquella chica que encontré en tu apartamento...

—Aún te tengo guardada la manera en que nos interrumpiste aquella noche.

De la garganta de Sam emergió una carcajada que llenó el vestíbulo.

—Vale, sí, pero ¿qué?

No pretendía sonrojarse, y menos delante de Sam, sobre todo porque no

tenía sentido, pero Frank notó cómo un ligero calor le subía por el rostro.

—Llevamos un par de meses juntos. Y nos va muy bien... más que bien.

Fue el momento de Sam de abrazar a su amigo.

—¡Hey! ¡Si resulta que estás pillado! Eso hay que celebrarlo. Me alegro mucho de que te hayas enamorado. Ya decía yo que te veía más cara de estúpido de lo normal.

—Yo también te quiero, Sam —fue la respuesta que le concedió Frank sin dejar de sonreír.

—¿A dónde podemos ir a tomar algo y celebrar todo lo que tenemos que celebrar? ¿Puedes marcharte? ¿Tu jefe te deja? —bromeó el hombre.

—Hablando de jefe...

—¿Qué ocurre?

Frank miró de frente a su amigo y se aseguró de que este lo miraba.

—¿Recuerdas que te dije que, de no vender el edificio, te hubiese propuesto ser mi socio?

Sam asintió una única vez.

—Claro.

—Bien, no lo he vendido. La oferta sigue en pie.

Lo vio parpadear, una y otra vez.

—¿Cómo dices?

—Que sigue en pie. ¿Quieres ser mi socio en el edificio?

La expresión impertérrita de Sam cambió de momento a otra, mostrándole una sonrisa exultante de oreja a oreja.

—¡Dios, Frank! ¡Claro que quiero!

Se abrazaron una vez más. Había echado mucho de menos a ese hombre. Tenerlo cerca de nuevo, y también a Martha, sería una bendición. Eran sus más queridos amigos, y no podía estar más feliz.

—Vamos a tomarnos una cerveza y hablamos con más calma, ¿quieres?

Sam le echó un brazo por encima de los hombros, y juntos salieron sin que la sonrisa se borrara de ninguno de los dos rostros.

La reapertura de la clínica fue la primera semana de octubre. Como símbolo de su nueva etapa, Jimmy, Sean y Ali encendieron el flamante y recién renovado cartel luminoso que había sobre la puerta, durante una pequeña fiesta para sus clientes más cercanos, que eran ya más amigos que otra cosa. Shirley había llevado las bebidas, y ella se había ocupado de la comida, que había encargado a Laurie, delegando en los dos miembros masculinos la decoración del lugar para el evento.

La tarde transcurrió entre risas y buenos deseos para la nueva etapa que afrontaban. Ali quiso enseñarle a Frank todas las mejoras que habían podido hacer en la clínica, algunas de ellas las llevaban años postergando, y la reparación del incendio les había brindado una buena excusa para hacerlas al fin.

Ali miró a su alrededor. Si cerraba los ojos aún veía la luz anaranjada de las llamas por debajo de la puerta de la sala de exploraciones. Y sentía el olor. Se estremeció. Eso tardaría aún más en marcharse de su memoria. Notó el brazo de Frank rodearla por su cintura y atraerla hasta él para depositar un beso en la línea de su pelo.

—¿Qué estás pensando?

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—¿Tanto se nota que estoy pensando?

Frank se encogió de hombros.

—Eres transparente, Ali. Se te nota en la cara que algo te preocupa.

Ali torció el gesto. Frank llevaba razón: cuando algo le preocupaba, no podía evitar que se viera en su rostro.

—Estaba recordando aquella noche...

—No —la interrumpió Frank mientras la tomaba de la barbilla y la obligaba a mirarlo—. No pienses más en ello. Pasó, y lo has superado. Todo ha quedado atrás como una maldita pesadilla.

Despacio, Ali asintió. Buscó la mirada de Frank, y los ojos de él se prendieron en los suyos.

—Tienes razón. No tiene sentido darle más vueltas.

Frank la deleitó con una hermosa sonrisa, que hizo aparecer aquellas encantadoras arruguitas en la comisura de sus ojos.

—Esto está bien.

Ali le dio un beso rápido en la mejilla.

—Tengo que regresar a la sala. ¿Vienes?

Se encaminó hacia el lugar, seguida de Frank. Allí, ambos se separaron. Frank buscó la compañía de Jimmy, que estaba sentado bebiendo una cerveza, y ella pasó a saludar a algunos viejos amigos que acababan de llegar.

Un rato después, cansada de reír y charlar, buscó a Frank con la mirada. Seguía en el mismo lugar, hablando con Jimmy, y se les había unido Sean. Cada uno sostenía un botellín de cerveza y conversaban amigablemente, aunque a Ali le llamó la atención la cara de seriedad que mostraban los tres. Intentó llegar hasta a ellos, pero Shirley le pidió ayuda para sacar más bebida del almacén.

Cuando terminaron, su intención fue acercarse a sus amigos y sentarse un rato, pero la señora Gibbs la interceptó, para hablarle de lo bien que se encontraba su pincher después de la operación, de lo feliz que estaba por ello y de lo agradecida que le estaba por haberle salvado la vida al sacarlo del incendio. Ali la atendió con educación y se interesó por la mejorada salud del perro.

Al cabo de casi quince minutos, cuando la mujer estimó que ya la había entretenido lo suficiente, Ali pudo acercarse al fin a sus amigos. Para entonces, la fiesta había acabado, y los clientes se habían ido marchando poco a poco. Ali estaba feliz por haber estado rodeada de tantas personas en esa nueva etapa de su carrera, pero también estaba exhausta, y todo lo que quería era irse a casa, tomar un baño y tumbarse en la cama junto a Frank.

Con los pies doloridos y una molestia en la espalda por estar tanto tiempo en pie, Ali se acercó hasta donde estaban sentados los tres hombres charlando. Arrimó una silla junto a Frank y se dejó caer en ella con pesadez.

—Estoy molida.

Todos la miraron y le sonrieron. Frank apuró lo que quedaba de su cerveza, que ya debía de estar caliente, y dejó el botellín en el suelo, junto a la pata de su silla.

—Ali, tengo que hablar contigo.

Sorprendida por sus palabras, miró por el rabillo del ojo a sus amigos. Sean y Jimmy, muy serios, bajaron la cabeza.

Sintió que su buen humor estaba a punto de desaparecer.

—Esa frase nunca anticipa nada bueno. ¿Tengo que preocuparme por algo?
—le contestó sintiendo que un nudo se instalaba en su garganta.

Una sutil mueca, que apenas alcanzó a ser sonrisa, apareció en los labios de Frank

—Si tuviera que decirte algo de lo que debieras preocuparte, no lo haría delante de Sean y de Jimmy, ¿no crees?

Ali pensó que Frank no dejaba de llevar razón. Un poco más tranquila, se removió en su asiento.

—Sí, es cierto. Bien, tú dirás.

Lo vio inspirar y mirar de refilón a los dos hombres que estaban sentados frente a ellos y que guardaban silencio. Frank se giró un poco hacia ella para poder mirarla de frente.

—Ayer me llamó mi padre. Y también el señor Collins. ¿Recuerdas que te hablaron de McMillan?

Ali frunció los labios, pensativa.

—¿El veterinario?

—Sí.

—Ya te contaron que era un hombre mayor. Y toda su familia vive en Siracusa.

—Sí, eso lo recuerdo —replicó ella con energía.

—Pues ha decidido cerrar la clínica.

No supo qué contestar. Ali sintió cómo la espalda comenzaba a dolerle aún más. Buscó una postura más cómoda. Tardó un poco en encontrar qué

responderle.

—Vaya —fue lo único que acertó a decir.

Frank movió la silla para quedar frente a ella. Buscó sus manos y las entrecerró entre las suyas, apretándolas con suavidad.

—Mi padre y Andy han pensado que, tal vez, tú estés interesada en hacerte cargo de ella.

Ali parpadeó varias veces sin saber si había entendido bien. Repasó mentalmente las palabras de Frank y llegó a la conclusión de que había oído a la perfección.

Tardó en encontrar su propia voz.

—¿Yo?

—Sí. Te gusta aquello, ¿no es cierto?

—¡Claro que me gusta! —le respondió agarrándose a sus manos con más fuerza.

—Y te desenvolviste bien los días que estuviste allí.

Ali asintió varias veces antes de contestarle.

—Pero...

Frank se movió en la silla y se sentó en el filo para acercarse a ella todo lo que era capaz sin perder el equilibrio.

—¿Querías hacerte cargo de esa consulta?

Por unos momentos Ali olvidó cómo se respiraba. Parpadeó una y otra vez.

—Frank...

Las manos masculinas soltaron las suyas para acariciarle ambas rodillas. Ella notó el calor emanar de las palmas y la reconfortó el suave movimiento que ambas ejercían.

—Dime, ¿te gustaría irte a vivir allí y ser la nueva veterinaria de Clarendon?

La mirada de Ali viajó con rapidez a sus amigos, sentados frente a ella. Los dos la miraban con interés.

—No sé qué decir. Todo esto... me ha cogido de sorpresa —dijo con

seriedad. Pero al instante, sintió cómo su estómago daba una voltereta en su abdomen y que no podía controlar la sonrisa que estaba aflorando a sus labios—. ¡Claro que me gustaría! Pero está la clínica. Y ellos —agregó, señalando a sus amigos sentados frente a ella—. No puedo dejarlos en la estacada.

Fue Sean el que, en esa ocasión, buscó sus manos y las apretó entre las suyas.

—No vas a dejarnos en ninguna estacada —comenzó diciendo con un tono de voz suave y conciliador—. Mira, Frank nos ha estado contando la propuesta. Y nos parece perfecta para ti. Sé que vivir en el campo, y tener una clínica en un lugar como debe de ser aquel, siempre ha sido tu sueño.

Los ojos de Ali se entrecerraron.

—Yo nunca te he contado eso.

Sean miró hacia el techo y dejó que el aire se escapara lentamente de sus pulmones.

—¿Hace cuánto que nos conocemos, Ali? Hace ya tantos años que no tengo recuerdos en los que no estés tú de alguna manera. Es mi deber de amigo saber cuáles son tus sueños.

Un sentimiento cálido se instaló en el pecho de Ali. Ese era su mejor amigo, el hombre en cuyo hombro había llorado mientras terminaba los estudios. Se habían apoyado mutuamente, sobre todo cuando decidieron ser socios además de amigos. Tenía suerte de tener hombres como ellos, como Sean y como Jimmy, en su vida.

Se pasó la punta de la lengua por el labio inferior y trató de controlar así las lágrimas que se habían comenzado a formar en sus ojos. Sintió un picor al fondo de la garganta e intentó mitigarlo tragando saliva. No sirvió de mucho.

Frank buscó su mirada cuando Ali giró la cabeza hacia él.

—Dime si quieres regresar allí. Vivir allí.

La mano de Ali viajó hasta el rostro de Frank, y le acarició la mejilla con dulzura. Él cerró los ojos y buscó su contacto, apoyándose en la palma de su mano para besarla con delicadeza.

—Me dijiste que te fuiste de Clarendon porque andabas buscando algo y que no sabías si lo habías encontrado.

Fue el momento de Frank de tomarla por la barbilla y hacer que lo mirara.

—Mírame, Ali. Sí, me fui de allí porque aquello, en aquel momento, no estaba hecho para mí. Quería otra cosa, y me ha llevado todos estos años de mi vida encontrarlo. Creí que, al venir aquí, a Newburyport, lo había encontrado al fin. Pero has tenido que llegar tú para saber con total seguridad que ahora sí lo he encontrado.

Ali se acercó a él y lo besó sin importarle que sus amigos estuvieran presentes. Lo besó con todo el amor que sentía en su corazón y que la sobrepasaba. Se separó de él para susurrar contra sus labios:

—Yo también pensaba que tenía todo lo que deseaba. Has llegado tú y entonces me he dado cuenta de que faltabas en mi vida. Ahora mismo solo tengo una cosa clara: que quiero estar contigo, estés donde estés.

Volvió a besarlo, enmarcando su rostro con sus manos. Frank la atrajo hacia él, tomándola por los hombros y ahondando su beso.

Sean y Jimmy carraspearon divertidos.

—¡Oh, por favor! —exclamó Jimmy con diversión mientras arrastraba las palabras— ¡Si ya no os hace falta escribir los votos matrimoniales, ya los tenéis!

Ali se apartó como si la hubiesen pinchado con una aguja. Miró a Frank y le sonrió antes de pasar a sus amigos. El rostro de Sean mostraba una amplia y genuina sonrisa, y Jimmy fingía retirarse una imaginaria lágrima de su ojo con un dedo. Sin esperar más, los dos eligieron ese momento para levantarse. Jimmy codeó a su novio y le ofreció una pícaro sonrisa.

—Sean, creo que debemos marcharnos. Estorbamos.

Ali los imitó, seguida de Frank. Sus amigos se encaminaron hacia la puerta. Antes de abrirla, Sean se giró hacia ellos.

—Ali, decidas lo que decidas, somos tus amigos y te apoyaremos. Lo único que queremos es que seas feliz.

Sintiendo de nuevo las lágrimas agolparse en sus ojos, Ali asintió una y otra vez con la cabeza.

—Gracias, Sean.

Jimmy se acercó hasta ella y la abrazó con fuerza.

—Si decides marcharte, y déjame decirte que estarías loca si no lo hicieras, te echaríamos muchísimo de menos. Pero no es como si te fueras al fin del mundo, ¿no es cierto? Podríamos ir algún fin de semana y llevarnos a Cinnamon para que correteara por allí.

—Siempre y cuando esterilicéis a Pepper —intervino Sean con fingida contrariedad—. No vamos a dejar que preñe de nuevo a nuestra niña.

Los cuatro rieron de buena gana, y Jimmy volvió a abrazarla.

—Eres nuestra amiga y lo serás por siempre.

Cerrando sus brazos en torno a la cintura masculina, Ali descansó su mejilla sobre el hombro de Jimmy.

—Vais a hacerme llorar.

Su amigo se separó de ella y caminó hacia donde lo aguardaba Sean, aun sujetando el pomo de la puerta.

—No queremos hacer eso —le dijo Jimmy—. Frank, te la dejamos a ti. Consuélala. Seguro que tú ya sabes cómo. —Y le guiñó un ojo de manera cómplice.

Una carcajada se mezcló con una lágrima que resbaló traidora por la mejilla de Ali.

—Buenas noches a los dos —se despidió Sean. Ambos salieron y cerraron la puerta tras de sí.

Frank se giró hacia ella y, despacio, la atrajo hacia él tomándola por la cintura.

—Entonces, ¿qué me dices?

Ali frunció el ceño.

—¿Sobre qué?

Sorprendido, Frank dio un paso atrás y puso los ojos en blanco.

—¡Sobre las últimas lluvias en el parque Yellowstone, si te parece! — exclamó.

Sin poder evitarlo, Ali estalló en carcajadas. Fue el momento de atraerlo de nuevo hacia ella.

—Ya sé a qué te referías. Estaba bromeando.

—¿Y bien? ¿Te apetece irte a vivir a Clarendon y traer al mundo más vaquitas y ovejas?

Ella pareció sopesar sus palabras con gesto serio. Un segundo después, sonreía radiante.

—No hay nada que me apetezca más.

Los labios de Frank apresaron los suyos con fiereza, y Ali respondió de igual manera. Cuando se separó de él, sin aire y sin fuerza en las piernas para sostenerla, ella le guiñó un ojo.

—Bueno, sí que puede que haya algo que me apetezca aún más.

Frank exhaló el aire acompañado de un largo gemido que hizo que todas sus terminaciones nerviosas se activaran.

—Ali, por favor —le dijo cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás—. No puedes decirme esto ahora, cuando estamos a quince minutos andando de tu apartamento y de la cama más cercana.

Ella lo miró de manera pícaro.

—Tengo un nuevo despacho que pide a gritos ser estrenado.

Sin esperar ninguna respuesta por su parte, Ali lo tomó de la muñeca para encaminarse hacia el pasillo que daba acceso a su oficina. Iba a demostrarle con hechos cuánto le gustaba la idea de convertirse en la nueva veterinaria de Clarendon.

CAPÍTULO 30

Les llevó casi todo el mes de octubre tener listos los preparativos para su marcha. Aunque Frank pudo haber regresado a su apartamento quince días antes, Ali lo convenció para que siguiera allí. Sin ningún titubeo por su parte, Frank se quedó con ella.

Ali llegó a un arreglo con Sean y Jimmy: les vendió parte del negocio y ella se quedó con una pequeña. No quería deshacerse del todo de aquello que tanto les había costado levantar. Y sus amigos estuvieron de acuerdo.

Frank, por su parte, acordó con Sam todo lo relativo a su nueva sociedad, que firmaron en cuanto una notaría tuvo listos los papeles. Sam y Martha se mudaron al apartamento que Frank les había ofrecido hacía ya algún tiempo, y que ahora podían usar con todas las de la ley.

Los vecinos regresaron al edificio, y Frank se encargó de presentarle uno por uno a Sam, quien sería el nuevo casero a partir de ese momento. Lo hizo en una pequeña fiesta que organizó en su apartamento, dado que el tiempo no estaba ya para celebraciones en la azotea.

Ali conoció allí a todas esas personas que habían compartido la vida de Frank hasta entonces y saludó con cariño a todos ellos.

—Así que tú eres la preciosidad de la que nuestro señor B se ha enamorado, ¿eh? —les dijo un hombre mayor, ataviado con una gorra y con cara de bonachón. Frank dejó la cerveza a un lado y le tendió la mano al recién llegado.

—Bernie, ¿cómo te encuentras? Y creí que teníamos un acuerdo con eso de señor B.

El hombre le sonrió de manera afectuosa.

—Lo tenemos, sí, es cierto. Es la fuerza de la costumbre. Y las ganas de chincharte también —dijo guiñándole un ojo.

La sonrisa que el hombre había mantenido durante todo ese tiempo desde

que llegara se esfumó lentamente.

—Vamos a echarlos de menos.

Ali giró la cabeza hacia Frank. Lo vio bajar la mirada hacia el suelo y torcer el gesto.

—Yo también voy a extrañarlos, Bernie. De verdad.

—Nos habíamos acostumbrado a ti. Eres un buen hombre.

—Sam también es un buen hombre. Lo hará muy bien, y me olvidaréis enseguida. Ya lo verás.

—Seguro que lo es, pero igualmente te echaremos de menos —volvió a decir el anciano—. Y dime, ¿cuándo os marcháis?

Ali tomó la iniciativa.

—Mañana a mediodía.

Bernie asintió con un enérgico cabeceo.

—Los inviernos son bonitos en Vermont, sí. Yo estuve viviendo unos años allí, con mi Dottie. Fueron buenos años, sí, señor. —El rostro del hombre se ensombreció un poco ante sus recuerdos. Unos instantes después, su ánimo pareció recomponerse y les ofreció una amplia sonrisa. Tomó a Ali de la mano y le palmeó el dorso con cariño—. Cuídalo, ¿quieres? A veces es un poco desastre. Se le quema el bacón.

Los tres rieron ante la rogativa del hombre. Bernie se tocó la visera de la gorra a modo de despedida.

—Que seáis muy felices.

Sin esperar una réplica vieron a Bernie marcharse con paso poco resuelto. Ali giró la cabeza para encontrar a Frank mirando cómo se alejaba su inquilino. Buscó su mano y la apretó con la suya.

—¿Estás bien?

Frank tardó unos instantes en responder con un gesto afirmativo.

—Estoy bien. Solo que voy a echarlos de menos, eso es todo.

Ali se mordió el labio inferior.

—¿Te arrepientes de la decisión de irnos a Clarendon?

Frank giró la cabeza hacia ella con rapidez.

—¡No, claro que no! No voy a arrepentirme de eso. Nunca.

Ali buscó sus labios y le dio un fugaz beso.

—Te quiero.

Él no necesitó responderle pues ella vio que sus ojos lo hicieron en su lugar. Toda la gente que había en el apartamento desapareció por unos instantes, y solo fueron ellos dos. La magia se esfumó cuando una mujer se acercó.

—Frank. Quería despedirme de ti.

Ali le sonrió a la recién llegada.

—Soy Charlotte. Encantada de conocerte. —Y le dio un par de besos, uno en cada mejilla.

—Yo soy Ali.

—Ya me ha dicho Bernie que os marcháis a Vermont.

Frank se apresuró a asentir con la cabeza.

—Sí. Regresamos a mi pueblo natal.

Charlotte los miró a uno y a otro con una hermosa sonrisa prendida de sus labios.

—Espero que os vaya muy bien. Venid de vez en cuando, ¿de acuerdo?

Ambos asintieron casi al unísono.

—Por supuesto.

La mujer se marchó para reunirse con el grueso del grupo, que la recibió con amplias sonrisas. Fue el turno de Sam de llegar hasta ellos, como si hubiese estado esperando que se quedaran solos.

—Tío, en serio, no tienes por qué dejarme el coche —le dijo mientras ponía una mano sobre el hombro de Frank—. Ali, dile que no tiene por qué hacerlo.

—Es mayorcito para tomar sus propias decisiones, a mí no me mires.

Frank echó la cabeza hacia atrás y resopló con fuerza.

—Te lo he dicho un millón de veces. Es un préstamo. Mañana nos iremos

con el coche de Ali, y el mío se va a quedar aquí hasta que contrate una grúa para que lo lleven hasta Clarendon. Mientras tanto, lo tienes tú y lo usas. Simple.

El hombre, sin agregar palabra, abrazó a su amigo.

—Joder, he venido hasta aquí, y ahora tú te marchas. Esto es un mal chiste.

Frank correspondió el abrazo del hombre.

—Siempre puedes visitarnos allí. Os encantará aquello.

—O venid vosotros aquí. Tenéis este apartamento.

—Sí —dijo Frank con convicción—. Tenemos este apartamento.

La tarde pasó entre risas y despedidas. Regresaron tarde al piso de Ali. Ya todo estaba recogido en cajas. Las cosas de Frank también estaban allí. Ellos se llevarían lo imprescindible, y las jaulas con Pepper y con Blue en el coche. Para que les hicieran llegar el resto de sus pertenencias, habían contratado a una agencia de transportes.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Ali paseó una vez más la vista por el apartamento. La taza de café se quedó a medias delante del rostro de Frank.

—¿Qué piensas?

Ali compuso una mueca.

—Me gustaría despedirme de Sergei. Sé... sé que dije que no quería hablar con él, pero después de este tiempo y de no saber qué ocurrió con Iván...

—Si hubiese muerto te habrías enterado, ¿no crees?

Ella asintió, pesarosa. La comunidad rusa se habría encargado de hacerle llegar la noticia, de eso no tenía dudas.

—Sí. Supongo que sí.

Frank bajó la mirada, dejó la taza delante de él y asintió.

—Pero lo entiendo. Sergei es tu amigo, y él no tiene la culpa de lo que hizo su jefe. Además, si no hubiese sido por él, yo habría firmado la venta del edificio. ¿Qué vas a hacer, lo vas a llamar?

Con seguridad, Ali asintió. Tomó el teléfono móvil que descansaba en la

mesa del desayuno y buscó el contacto de Sergei. Un minuto después de haber enviado el mensaje, el aparato vibró, y Ali lo leyó en silencio.

—Me pregunta si podemos vernos —le dijo a Frank, buscando sus ojos.

—Tenemos tiempo antes de marcharnos.

Volvió a leer el texto, extrañada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él.

—Me da una dirección.

—¿Quieres que vaya contigo?

Ella se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no. Estaré bien.

Dejando su taza y su plato en el fregadero, Ali se encaminó hacia el dormitorio. En pocos minutos estuvo lista para marcharse. Tomó el abrigo que descansaba sobre el sofá y se lo puso.

—Intentaré regresar en cuanto pueda —le dijo mientras lo besaba en la mejilla. Frank le rozó una mano y ella lo miró.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo?

Asintiendo, Ali le sonrió y salió del apartamento.

Se aseguró de que estaba en la dirección que Sergei le había enviado. La había citado en una residencia de rehabilitación. Ali notaba el corazón bombeándole con fuerza dentro del pecho. Entendía que si le había pedido que fuera allí, era porque Iván no había fallecido y querría hablar con ella. No sabía si estaba preparada para encararlo. No sabía qué iba a poder decirle.

En la puerta había una furgoneta médica, y de ella bajaban varias personas ayudadas de unos enfermeros. Ali cogió su móvil y buscó el contacto de Sergei.

Estoy en donde me dijiste.

Un segundo después le llegó la respuesta.

Espera, que salgo a buscarte.

Guardó el aparato en el bolsillo y miró a su alrededor. La furgoneta había partido, y su lugar lo ocupaba un taxi, del cual salía una mujer que se apoyaba con esfuerzo en un par de muletas. Fue entonces cuando tocaron su hombro.

Ali se giró con rapidez para encontrarse frente a frente con Sergei. No recordaba haber visto nunca a su amigo vestido con nada que no fueran sus habituales trajes de tres piezas. En cambio, el hombre que tenía delante de ella vestía con una camisa desenfadada de manga larga, por fuera de unos vaqueros desgastados. Si eso le llamó la atención, más lo hizo su pelo. El siempre pulcro cabello de Sergei lucía despeinado, sin aquella apariencia rígida que tan poco le gustaba a Ali. Lo saludó sin que su sonrisa le llegara a los ojos.

—Sergei.

Él se apresuró a recibirla con un par de besos.

—Hola, Ali.

—Me ha extrañado que me citaras aquí.

Sergei asintió con seriedad.

—Lo sé.

Ali bajó la mirada hasta clavarla en las punteras de sus botas.

—Supongo que Iván no ha fallecido.

—No. Pero ven, vamos dentro.

Unas puertas de cristal se abrieron automáticamente a su paso. Entraron a un amplio y luminoso vestíbulo de suelos de mármol y techos altos. A un lado, una recepción tras la cual se encontraba una enfermera perfectamente ataviada y que atendía el teléfono. Ali siguió a Sergei al adentrarse por uno de los pasillos que partían del vestíbulo, y luego recorrieron otro más. Se cruzaron con varias personas vestidas de la misma manera que la recepcionista, con pantalones de algodón fino y blusas abotonadas del mismo tejido. Algunas de esas personas acompañaban a otras, ancianos en su mayoría. Los llevaban cogidos con gentileza bajo el codo, como si los estuvieran ayudando a caminar, cosa que estos parecían hacer con dificultad. Ali arrugó el entrecejo y siguió a Sergei.

Unos instantes después llegaron a una amplia sala, cuyas paredes eran grandes ventanales que daban a un hermoso y amplio jardín, que parecía bien cuidado. Delante de aquellas ventanas, había numerosos butacones en donde descansaban personas mayores. Se dirigieron hacia el ventanal más alejado. Allí, de cara al jardín, había un hombre sentado en una silla de ruedas, del que solo podía apreciar su espalda. Ali se detuvo antes de llegar.

—¿Es Iván? —le preguntó al joven con un hilo de voz.

Sergei señaló con la cabeza hacia quien estaba sentado en la silla.

—Acércate si quieres.

Expectante y con los labios apretados, Ali anduvo hacia él despacio, y lo rodeó hasta que quedó frente al hombre. El aire se le quedó congelado en los pulmones cuando se dio cuenta de que le costaba reconocer a la persona que estaba sentada delante de ella. Ya no había nada en él que le recordara al Iván Kozlov que ella había conocido.

El pelo era tan solo un recuerdo, pues lo llevaba rapado al completo, y un enorme apósito cubría gran parte de su cabeza. Había perdido mucho peso desde la última vez que lo había visto, y sus rasgos faciales lo acusaban. Vestía una camisa de franela a cuadros marrones y un jersey abotonado sobre esta que parecía pasado de moda. Iván no pareció percatarse de su presencia allí y siguió con los ojos fijos en el jardín del otro lado del cristal. Ali buscó a Sergei, sin comprender qué estaba ocurriendo.

Fue entonces cuando Iván levantó la cabeza y depositó la mirada en Ali. Eran unos ojos distintos a los que ella recordaba. Nada quedaba de aquella mirada acerada y perspicaz. En su lugar había unos ojos vidriosos, que la miraban como si no la reconociera. El hombre arrugó la frente y alzó la mano con lentitud.

—¿Vas a llevarme fuera? —le preguntó con voz pastosa y cierta dificultad.

Los ojos de Ali volaron hacia Sergei.

—La policía nos dijo que había sufrido un infarto cerebral, y que los médicos no sabían si sobreviviría.

Sergei se acercó hasta la silla de Iván.

—Fue un aneurisma cerebral. Lo operaron con urgencia. Me explicaron el procedimiento, algo muy complicado. Como resultado su memoria ha resultado dañada, y aún están evaluando los daños cognitivos que ha sufrido. No puede caminar ni valerse por sí mismo, Ali. No es el Iván que conociste una vez. Ya... ya no podrá regresar a Rusia, como él deseaba hacer. No está en condiciones para ello.

Ali regresó su atención a Iván. El anciano tenía clavados sus ojos azules en ella, pero no la miraba de la misma manera en que lo había hecho durante toda su vida. La miraba como si no la conociera de nada, como si fuera la primera vez que estaba ante él.

—¿Vas a llevarme fuera? —volvió a preguntar. Ali colocó su mano sobre la de él, la mano arrugada de un anciano y no la mano fuerte que ella recordaba de su infancia. Cerró los ojos e intentó controlar las lágrimas.

—No, no voy a llevarte fuera —le dijo con más ternura de la que en realidad sentía—. ¿No sabes quién soy?

Iván torció un poco la cabeza, lentamente, sin dejar de mirarla.

—Te pareces a Natalia. ¿Eres Natalia? —le dijo casi arrastrando las palabras, mientras una lenta sonrisa afloraba en el ajado rostro, al que se le habían echado encima los años—. Hace mucho que no nos vemos. Tu padre no viene a verme.

Ali sintió que el corazón le daba un vuelco. Natalia era el nombre de su madre. Cerró los ojos, se agachó hasta quedar a su altura y asintió.

—Sí, soy Natalia, Iván.

La sonrisa del hombre se ensanchó apenas, convirtiéndose en poco más que una mueca triste.

—¿Vas a llevarme fuera?

Sergei cubrió la mano de Ali con la suya.

—Cuando... cuando supe lo que había hecho, me enfadé con él. Nos peleamos, bueno, yo me peleé con él y le dije que no iba a seguir a su lado, que se olvidara de mí. Después, Milenka me llamó para decirme qué le había

ocurrido. Lo encontraron en el suelo del salón, balbuceando mi nombre. Y aunque en aquellos momentos previos, cuando nos peleamos, pensé en pedirle la cuenta y marcharme, no puedo hacerlo, Ali. Sé lo que ha hecho, y sé que está mal, pero no puedo dejarlo en las condiciones en las que está. No tiene a nadie más que a mí.

Ali se levantó y asintió.

—Te entiendo. No, no lo dejes, Sergei. Eres importante para él, y estoy segura de que tenerte cerca lo ayudará a recuperarse.

Con manifiesta tristeza, Sergei asintió. Los dos se sumieron en un incómodo silencio, solo roto por el paso de algunos residentes cerca de ellos. Ali miraba el jardín, más allá de las cristaleras, cuando la voz de Sergei la trajo de regreso.

—Gracias por venir.

Ali miró al techo e intentó que el nudo que sentía en su garganta se deshiciera y le permitiera tragar saliva.

—No quise venir antes —se oyó decir a sí misma—. No podía hacerlo. Saber que fue él quien ordenó los incendios... Me era imposible pensar tenerlo frente a mí. Fue muy grave lo que hizo.

—¿Crees que no lo sé? —contestó Sergei con el rostro serio y visiblemente avergonzado—. Aún le quedan muchas cosas a las que enfrentarse, y no sé si va a soportarlo.

Los ojos de Ali viajaron de nuevo hacia Iván. El hombre parecía ajeno a todo y a todos, enfrascado en su propio mundo. Ella bajó la cabeza y se giró hacia su amigo.

—No te voy a decir que está todo olvidado, porque lo que hizo no se puede olvidar con facilidad. Pero si alguna vez pregunta, si lo recuerda, dile que lo hemos perdonado y que no se preocupe, ¿quieres?

Sergei apretó los labios y retiró la vista hacia el ventanal. Con esfuerzo, asintió.

—Lo haré, sí.

Con el corazón en un puño, Ali volvió a mirar al anciano.

—Adiós, Iván. Cuídate.

Una sombra cruzó por los ojos del hombre. Sus labios se convirtieron en dos duras líneas en su rostro. Un segundo después, regresó a mirar a través del cristal hacia el jardín.

Hicieron el camino de regreso en silencio, uno junto al otro. Sergei la acompañó hasta su coche.

—Espero que os vaya muy bien, Ali.

El hombre la besó en ambas mejillas, y ella le correspondió de la misma manera.

—Cuídale, ¿de acuerdo? Y tú cuídate también.

Se montó en el coche en el mismo momento en que Sergei regresaba al interior de la clínica. Ali no quiso mirar atrás por el espejo retrovisor y no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla.

Cuando llegó al apartamento, Frank había recogido todo lo que habían utilizado aquella mañana y había colocado las maletas junto a la puerta. Los transportines de los animales estaban preparados y listos para sus inquilinos. La miró con preocupación y la tomó de la barbilla, obligándola así a que lo mirara a los ojos.

—¿Qué ha ocurrido?

Ella se esforzó en sonreírle.

—Nada. De verdad.

—¿Has estado llorando? ¿Te ha pasado algo?

Ali levantó la mirada y encontró la preocupación escrita en los ojos de él. Buscó sus labios y los besó despacio, agarrándose a la feliz promesa de que tendrían todo el tiempo del mundo para besarse a partir de ese momento.

—Te lo contaré por el camino, ¿vale?

Pepper decidió en ese momento darle la bienvenida. Se colocó a su lado y frotó su lomo contra su pierna. Frank miró a su mascota y le sonrió.

—¿Listo para el viaje, colega?

La respuesta del animal fue un barrido del suelo con el rabo y un ladrido amigable que los hizo sonreír.

Frank volvió a mirarla.

—¿Preparada tú también?

Limpiándose los restos de su última lágrima y reemplazándola por una sonrisa que le nació del corazón, Ali asintió:

—Absolutamente.

EPÍLOGO

Trece meses después

Las tardes eran cada vez más cortas a mediados de noviembre. La semana anterior habían tenido la primera nevada del año, y hacía frío. Dentro de la casa, por el contrario, la temperatura era muy agradable y confortable. Frank había avivado el fuego de la chimenea hacía casi una hora para que la habitación estuviera caldeada, a la espera de que Ali llegara de la consulta.

Junto al sofá, Pepper dormitaba tranquilamente. Cuando el tiempo le impedía salir a corretear entre los árboles tanto como a él le gustaba, el animal pasaba su tiempo tumbado en el cómodo cojín que le habían regalado las navidades anteriores y que él usaba a diario.

Frank dejó sobre la encimera de la cocina el sándwich que acababa de prepararse y abrió la puerta del horno. Dentro estaba el pollo con verduras que se estaba terminando de asar para la cena y que olía de manera deliciosa. Satisfecho, fue a la nevera y estaba a punto de sacar una cerveza de ella cuando escuchó el burbujeo melódico de la llamada de Skype. Con una sonrisa, tomó el sándwich y la bebida y se encaminó hacia donde tenía ubicado el ordenador portátil, en la mesa del salón.

Aún no había terminado de acomodarse en la silla cuando Blue saltó a su regazo, le maulló con zalamería y se hizo un ovillo de inmediato, para cerrar los ojos a continuación.

—Hola, bonita. Te gusta que te rasque, ¿verdad? —Frank le acarició el suave lomo con cariño, y la gata ronroneó complacida. Aceptó la llamada, y en la pantalla apareció de inmediato el rostro amable y siempre sonriente de su amigo Sam.

—¡Colega! Ya creí que no ibas a contestar.

—Hola, Sam —lo saludó levantando la cerveza y dando un primer sorbo.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó su amigo al otro lado de la pantalla,

obsequiándolo con una enorme sonrisa que era toda dientes—. ¿Qué tal sienta cumplir cuarenta? ¿Te sientes distinto?

Frank parpadeó un par de veces y forzó una mueca.

—Me siento igual que ayer, Sam.

—¿Nada cambia? Mira que dicen que, cuando cumplimos esa edad, a los tíos se nos va la pinza, nos da por querer volver a tener veinte años y hacer gilipollices.

—Pues será a otros porque yo ni de coña vuelvo a esa edad. Muchas gracias.

Sam soltó una carcajada.

—¿Qué tal todo por ahí? —preguntó Sam.

Frank le sonrió de manera genuina en respuesta.

—Genial.

—¿Hace frío? He visto en las noticias que ya ha nevado.

Volvió a darle un trago a su bebida antes de responder.

—Sí, lo ha hecho y hace un frío de mil pares de narices.

—¿Ya te has acostumbrado a vivir entre vacas y ovejas?

Frank bufó y puso los ojos en blanco.

—¿Recuerdas que nací aquí?

—Y te llevaste fuera de Clarendon, ¿cuánto? ¿veinte años?

—Cada vez que hablamos me haces la misma pregunta, Sammy. Y siempre te contesto lo mismo: que me siento como nunca antes me había sentido.

—Porque aún espero que regreséis a vivir aquí, por eso siempre lo pregunto —le dijo su amigo.

Frank expulsó el aire y bajó la cabeza, ocultando una media sonrisa.

—Por ahora, eso no va a pasar. Estamos muy felices aquí, más de lo que yo nunca hubiera imaginado. Ali está contentísima con la consulta, y todos la han aceptado encantados. Pero seguro que no me has llamado solo para preguntarme cómo estamos, ¿qué tal todo por ahí?

Su amigo miró hacia un lado para volver a fijar la vista en la pantalla.

—Tengo noticias buenas y malas. ¿Cuál prefieres primero?

Frank arrugó la nariz ante la pregunta. Cogió el sándwich y miró a su amigo.

—Las malas, por favor. —Y dio un bocado.

Vio a Sam removerse en su asiento.

—Bien, pues Gabriella y Lucas se marchan.

Los ojos de Frank se abrieron como platos.

—¡Venga ya! ¿Y eso?

—Al parecer, a Gabriella le han ofrecido un trabajo muy bueno en la Costa Oeste, y se mudan allí.

Con pesar, Frank asintió.

—Vaya, siento mucho que se marchen. Son buena gente.

—Y no es la única mala noticia.

Blue maulló quejosa cuando Frank se movió inquieto.

—No —continuó Sam—. Charlotte también se marcha.

Frank abrió la boca para cerrarla a continuación, sin que ningún sonido saliera de ella. Repitió el proceso hasta que encontró su propia voz.

—No lo dices en serio.

Vio a Sam mover con tristeza la cabeza de manera afirmativa.

—Lo digo totalmente en serio. Se marcha. Creo que a Boston. O a Washington. No lo recuerdo.

Torciendo el gesto, Frank bajó la mirada. Hacía ya algunos meses que no veía a sus antiguos inquilinos y vecinos. La última vez había sido en el verano, cuando había ido a visitar a Sam y a Martha, y a arreglar algunos papeles que necesitaban la firma de los dos. Pero, a pesar de ya no estar allí todo el tiempo, ni de ser el encargado de que el edificio se mantuviera en óptimas condiciones, se las apañaba para permanecer en contacto con todos.

—Pero aún tengo que darte las buenas noticias.

Frank levantó la cabeza.

—Pues espero que sean realmente buenas, porque las malas me han dejado

hecho polvo.

—Ya he encontrado nuevos inquilinos —le dijo Sam sin hacerse rogar—. Han aceptado la nueva renta, hemos firmado los contratos, y se instalarán en cuanto yo pueda entregarles las llaves de los apartamentos. Gabriella me las dará a finales de mes. Charlotte aún tardará un poco más. Ya sabes, mudar a unos niños siempre acarrea más jaleo.

De nuevo, Frank alcanzó el botellín de cerveza.

—Bueno, al menos no se van a quedar vacíos.

—Tenemos que pensar en instalar un ascensor, Frank. Bernie y la señora Lileh lo van a necesitar antes de que nos demos cuenta. Bernie ya no sale tan a menudo porque le cuesta subir y bajar las escaleras. Y yo... bueno, no sabes cómo pesa ya la enana. Y el carrito. Y la compra. Tío, me estoy dejando la espalda hecha un asco.

Sin poder evitarlo, Frank rio con ganas.

—Eres un quejica. Nunca te gustó mi apartamento por culpa de que tenías que subir muchas escaleras—le respondió—, pero es cierto lo de Bernie y la señora Lileh. Y lo de Marie. Solo por ella voy a considerarlo seriamente.

Sam compuso una expresión de júbilo.

—Que pienses en ella me gusta más que si pensaras en mí. Te mereces un beso. —Y se acercó hasta la pantalla.

Frank se echó involuntariamente hacia atrás cuando en su monitor, lo único que pudo ver fueron los labios fruncidos de Sam, fingiendo que le daba un beso. Compuso una mueca de aparente disgusto.

—Quita, anda. —Pero la sonrisa que esgrimía lo decía todo. Frank estiró el brazo y se hizo con el bolígrafo y la agenda que siempre descansaban junto al ordenador—. Vale, me encargaré de pedir presupuestos. Y trata de enterarte de qué documentación necesitaríamos para las obras, ¿de acuerdo?

—Estupendo —contestó su amigo mientras anotaba algo él también.

—Puede que necesitemos financiación.

—Me encargo de ir al banco también, descuida —le contestó Sam sin

levantar la cabeza de lo que Frank creía que sería su agenda.

Blue se incorporó inesperadamente para alzarse sobre sus dos patas traseras y levantó el rabo. Se apoyó en su hombro y maulló a la vez que la puerta se abría. Frank desvió la mirada para ver entrar a Ali. La mujer paseó la mirada por la estancia y le sonrió desde lejos. Solo eso hizo que el corazón de Frank diera un vuelco dentro de su pecho. Todo aquel tiempo que llevaban juntos y aún se le cortaba la respiración al verla aparecer. Sin poder evitarlo, una sonrisa iluminó el rostro de Frank, y dejó de prestarle atención a la pantalla para centrarse solo en la mujer que acababa de entrar.

—Hola —le dijo mientras se deshacía de sus botas embarradas, que dejó junto a la puerta. Colgó el grueso abrigo y el gorro de lana en el perchero y caminó hacia él.

Ali volvía a tener el pelo de color rojizo, el mismo que tenía cuando la vio por primera vez, en la tienda de mascotas. Se lo había cortado por encima de los hombros y su melena se ondulaba de forma natural. A él le encantaba la manera en que le dejaba el cuello un poco más despejado, porque no le presentaba ningún impedimento para que él pudiera besarla cuando le apeteciera.

—¡Eh! Sigo aquí, ¿recuerdas? —oyó decir a Sam—. Seguro que Ali acaba de llegar. Se te ha puesto cara de idiota.

Frank desvió con desgana la mirada hacia la pantalla y arrugó la frente, componiendo una mueca en apariencia ofendida.

—¡Pero qué poca vergüenza tienes! ¿A ver quién fue el que aguantó tus «Me gusta, pero no sé si debo decírselo»? ¿O tus, «¿Qué hago, Frank? ¿Se lo digo o no se lo digo»? —respondió con cierto retintín.

Vio a Sam inclinarse sobre su asiento y cruzar los brazos delante de su pecho.

—Vale. No he dicho nada.

Ali llegó en ese momento hasta donde estaba sentado. Se inclinó hacia él y capturó sus labios con un beso.

—Hola, guapo. Feliz cumple —le dijo en voz baja y seductora cuando se

retiró. Giró su cabeza hacia la pantalla y sonrió a la vez que acariciaba la cabeza de Blue, que también requería sus atenciones—. Hola a ti también, Sam.

—Hola, Ali —respondió este mientras agitaba una mano.

Frank agarró por la cintura a Ali y la pegó a su costado.

—Sam, vais a venir en Acción de Gracias, ¿verdad? —oyó preguntar a Ali a la vez que le pasaba un brazo sobre los hombros para que ambos quedaran en el campo de visión de la videocámara del ordenador.

—Por supuesto que iremos —respondió el hombre con jovialidad.

Frank giró la cabeza hacia Ali y la miró desde su posición más baja.

—¿Mucho trabajo?

Ella asintió con seguridad.

—Pues sí. La perrita de Maggie Collins ha dado a luz. Seis magníficos cachorros igualitos a su papá. —Señaló con un gesto de cabeza hacia donde estaba Pepper tumbado—. Aquí nuestro amigo tuvo tiempo de hacer nuevos perritos antes de que lo esterilizáramos.

—Llegamos tarde —coincidió él con una mueca divertida.

—Menos mal que lo hemos hecho ya, o llena de cachorros todo el condado —le dijo a la vez que tomaba el sándwich que descansaba sobre el plato junto al ordenador y le pegaba un gran bocado.

Frank arrugó la nariz.

—Eso es mío.

Con los ojos abiertos como platos y los carrillos llenos, Ali negó una y otra vez con un gesto de la cabeza.

—No. Ya no. Ahora es mío —respondió con la boca llena. Y volvió a darle un nuevo mordisco que hizo que le brillaran los ojos.

Frank no podía dejar de sonreír al mirarla mientras la tenía agarrada por la cintura. Algunos días se levantaba pensando en que debía haber hecho algo muy bueno en la vida para que le hubieran pagado conociendo a Ali. En ocasiones, cuando la miraba, sentía que era el hombre con más suerte del

planeta y, posiblemente, también el más feliz. La quería con toda su alma y todo su corazón, como jamás pensó que podría querer a nadie.

—Bueno, creo que vamos a dar por terminada esta reunión —oyó decir a Sam. Giró su cabeza hacia él, y este le sonreía, con los codos apoyados delante del teclado—. Tío, lo dicho: cara de idiota.

En ese momento, al otro lado de la pantalla, un bebé lloró. Sam se levantó con agilidad y se perdió de la vista de Frank. Cuando regresó, lo hizo con su hija en brazos.

—Creo que alguien quería pasar a decir hola —dijo a la vez que sentaba a la pequeña Marie en su regazo y le movía el bracito con cuidado y cariño para saludar.

Frank y Ali clavaron sus miradas en la pantalla y sonrieron a la vez.

—¡Hola, pequeñaja! —saludó Frank, imitando a la niña.

Su amigo sonreía sin parar, con su hija en brazos. La niña había cumplido ya seis meses, había sacado el pelo negro y rizado de su padre —y también su sonrisa—, los ojos increíblemente azules de su madre y un hermoso tono de piel color café con leche.

—Está preciosa, Sam —le dijo Ali.

El hombre asintió con orgullo.

—Lo está. La adoramos. Bueno, cuando se despierta a media noche, berreando y pidiendo el biberón, la adoramos un poquito menos —respondió mientras guiñaba un ojo.

Todos rieron ante el comentario, y Frank miró a su amigo.

—No digas tonterías, Sammy. ¿Cómo no vas a adorarla? —le dijo—. No te preocupes, enana, el tío Frank está aquí para defenderte.

Sam no pudo contener una carcajada que hizo que su propia hija girara la cabecita hacia él y compusiera un puchero que, finalmente, no rompió en llanto.

—Eso lo veremos cuando te toque el turno a ti, colega. A ver qué cara pones cuando te tengas que levantar a media noche para preparar biberones o

cambiar pañales, cuando tú lo que quieres es seguir durmiendo.

Frank se contagió de la carcajada de su amigo. Iba a replicarle, pero Ali habló antes que él.

—Pues puede que no tengas que esperar mucho para ver eso, Sam —dijo Ali con aire distraído al tiempo que le daba un nuevo bocado a su mermado sándwich.

Las carcajadas de uno y otro lado de la pantalla cesaron de inmediato, y el salón quedó en completo silencio, solo roto por el oportuno bostezo que lanzó Pepper. Frank giró la cabeza con tal rapidez en dirección a Ali que, por un momento, temió haber sufrido un esguince en el cuello. Sus ojos se abrieron como platos cuando la miró.

—¿Cómo has dicho? —preguntó a la vez que sentía que su garganta se cerraba.

Ali dio un nuevo bocado al ya casi inexistente bocadillo.

—Que puede que no tenga que esperar mucho para ver eso —repitió ella.

Frank enderezó la espalda y se incorporó en su asiento para buscar a tientas el borde de la pantalla de su ordenador.

—¡Frank! ¡Ni se te ocurra colgar ahora! ¿Me oyes? ¡No me dejes sin saber si...!—oyó decir a Sam al otro lado, envarado en su asiento.

—Te llamo luego, Sam —le dijo mientras cerraba despacio la pantalla. Aún pudo escuchar una última vez el eco de la voz de su amigo llamándolo a gritos por su nombre.

Blue saltó de su regazo en cuanto Frank se puso en pie. Lo hizo con dificultad y sin dejar que sus ojos se alejaran de Ali ni un solo instante. Ella había terminado de masticar el último bocado de sándwich y lo miraba con una sonrisa ladeada en sus labios.

—Ali —le dijo, sin reconocer aquella voz como la suya. Sentía que las manos estaban comenzando a temblarle. En realidad, le temblaba todo el cuerpo, así que decidió buscar sujeción en ella, agarrándose a sus brazos.

—¿Qué?

—Eso quiere decir...

Ella no lo dejó continuar.

—¿Que estoy embarazada? Sí, eso quiere decir.

La noticia lo dejó sin aire en los pulmones. Cerró con más fuerza las manos en torno a los brazos de ella y, con energía, la atrajo hacia sí y la abrazó, pegándola por completo a su cuerpo.

—Dios mío, Ali.

Entre sus cuerpos no había ni un solo milímetro de separación. Notó cómo ella se reía y se separó lo justo para mirarla a la cara.

—No lo puedo creer.

Ella enarcó una ceja.

—Pues créetelo. Llevamos dos meses jugando con fuego, Frank. Era predecible que terminaríamos *chamuscados* en algún momento—le dijo y le guiñó un ojo.

Él rio con ganas ante su comentario.

—Oye, yo quería *chamuscarme* —le aseguró con convicción—, pero no esperaba que fuera tan pronto.

Ali cerró su abrazo en torno a la cintura de él, sin dejar que se apartara. Aunque Frank no tenía ninguna intención de hacerlo. Los ojos verdes de Ali relampaguearon de felicidad.

—¿Cuándo te has enterado? —preguntó Frank.

—Me hice la prueba a mediodía —le dijo mientras se separaba de él y sacaba de su bolsillo el test.

Frank lo tomó y miró la ventanita que mostraba dos pequeñas aunque visibles líneas azules. Aun cuando lo tenía delante, a Frank se le hacía difícil creer que eso estuviera pasando. Llevaba imaginando esa escena desde hacía meses, cuando él y Ali hablaron de la posibilidad de tener hijos algún día.

Levantó la mirada despacio y buscó la de ella.

—¿Por qué no me llamaste para decírmelo? —le preguntó con ternura.

Ali le sonrió nuevamente, y él sintió que su estómago saltaba dentro de su

abdomen.

—Quería ver tu cara cuando te lo dijera. Feliz cumpleaños.

—¿Para cuándo...?

—Para comienzos de verano —contestó ella mientras su hermosa sonrisa se hacía aún más amplia—. ¿Estás contento? ¿Te gusta tu regalo de cumpleaños?

Frank volvió a pegarla contra su pecho y la besó en el pelo una y otra vez.

—¿Que si me gusta?! ¡Dios, no hay nada que hubiera podido gustarme más! Y contento no se acerca ni un poco a cómo me siento en realidad, Ali —le susurró. Tomó aire antes de continuar—: Hasta hace no demasiado pensaba que era feliz. No lo era, al menos no del todo. Ahora sí que lo soy. Has tenido que llegar tú para que lo fuera.

Ella se abrazó a él con más fuerza, y Frank notó los suaves besos que ella le estaba dando en la línea de su cuello. Cerró los ojos con deleite y sintió cómo todo su cuerpo reaccionaba ante las caricias de sus labios.

—¿Nos vamos a la cama? —le preguntó ella con voz ronca.

Frank se separó un poco para mirarla con ojos muy abiertos.

—¿Te sientes cansada? ¿Te encuentras mal?

Ella lo miró con una ceja alzada y una encantadora expresión de felicidad dibujada en su rostro. Lo besó una vez más con lentitud, acariciándolo con sus labios.

—Precisamente, no es cansada como me siento ahora mismo.

Una nueva sonrisa no tardó en aparecer en los labios de Frank. Buscó su boca una vez más y la besó con fervor antes de separarse de ella.

—Te quiero, Ali. Y creo que podría estar diciéndotelo hasta que te canses de oírlo.

Con una sonrisa franca, ella asintió mientras se mordisqueaba el labio con un gesto pícaro. Las manos de Ali se colaron lentamente por debajo del borde de su jersey, buscando el contacto con su piel. Frank sintió que todo su cuerpo se erizaba bajo esa sutil caricia que tenía el poder de desarmarlo siempre.

—Entonces, ¿eso es un sí? —preguntó ella, y Frank supo que solo había una cosa que deseaba hacer ante su mirada llena de anhelo.

Rindiéndose con gusto, Frank asintió.

—Eso es un sí.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Para esta novela he tratado de documentarme sobre las técnicas veterinarias que aquí aparecen, e intentado ajustarme a la realidad lo máximo posible. Con total seguridad puede que haya cometido algún error al exponerlo y narrarlo. Pido disculpas entonces por los errores que hayáis podido encontrar.

Si te ha gustado

Hasta que tú llegaste

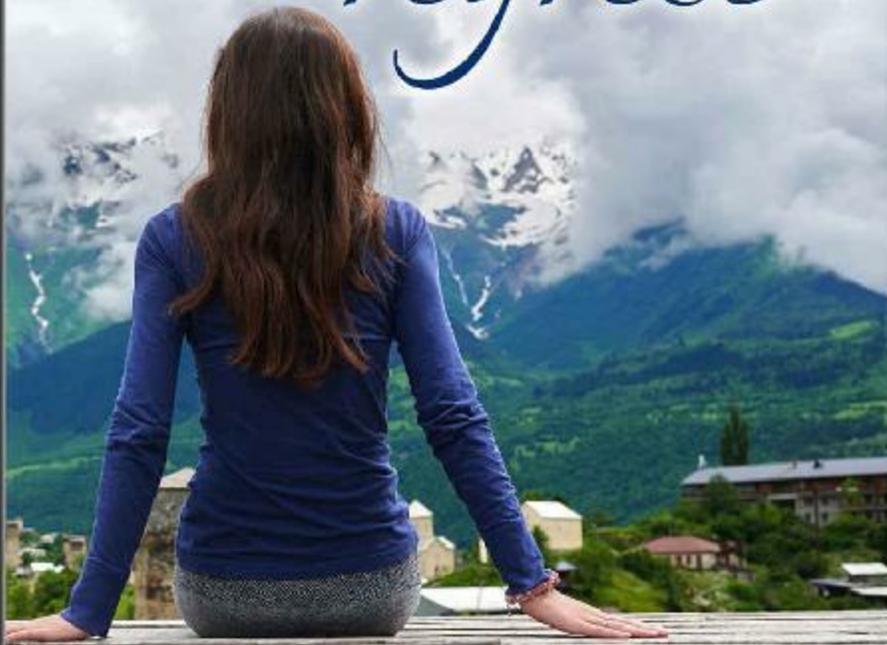
te recomendamos comenzar a leer

Cuando regresé

de Esmeralda Laderas

Selección RNR

Cuando regresé



ESMERALDA LADERAS



Suspense romántico

Capítulo 1

Había llegado a su destino. Inspiró con fuerza y se pasó los dedos por el largo cabello castaño. Notó que sus manos temblaban. Se recriminó a sí misma estar tan nerviosa, habían pasado ya diez malditos años. Realizó una inspiración profunda mientras los recuerdos volvían con fuerza y se agarraban a su estómago, amenazando la integridad del pequeño desayuno que había tomado en un bar de carretera. Debía, a toda costa, mantener la fachada de seguridad que con tanto esfuerzo había conseguido. En ella no podía habitar ningún sentimiento que la hiciera vulnerable. No tardarían mucho en enterarse de su regreso. Los todopoderosos Graham tenían un servicio de información que sería la envidia de cualquier agencia estatal. El pueblo de Eford y casi todos sus habitantes les temían.

Se detuvo en la avenida Madison, y bajó del coche. Era un soleado día de verano: al mirar hacia la plaza, tuvo la sensación de que nada había cambiado. Casi podía oler el aroma a pan recién hecho de la panadería de la esquina y oír los gritos de los niños que jugaban al balón despreocupados. Los helados que el viejo señor Channing vendía desde su carrito. Pensar que era una adolescente más que estaba disfrutando de una tarde de compras, viviendo el momento como si no importara nada más. Desgraciadamente esa adolescente tímida pero feliz hacía mucho que había muerto. Ellos la mataron.

—Disculpe señorita, no puede aparcar aquí.

—¿Perdón? —La voz del agente de tráfico la sacó de su ensoñación y la hizo volver a la realidad.

—Está prohibido aparcar en toda la avenida. ¿No ha visto la señal al principio de la calle? —le indicó.

—La verdad no, lo siento mucho. Hace diez años esa señal no existía —se excusó.

—Hace diez años... —El hombre la miró fijamente, y una luz de reconocimiento brilló en el fondo de sus ojos—. ¡Por todos los diablos, Sara! ¿Eres tú?

Sara buscó en su memoria alguna señal, algún recuerdo que la ayudara a identificar a ese hombre canoso que la miraba con aire de sorpresa. De

repente una imagen golpeó su mente: una mano fuerte y velluda, que sostenía una caña de pescar, y una voz grave que le ordenaba a que saliera del agua y no siguiera asustando a los peces.

—¿Señor Grant?

—¡El mismo, muchacha! ¡Pero vaya si estás cambiada! Si no hubiera sido por los ojos, nunca te hubiera reconocido. Jamás vi un color verde como ese. Cuando me clavabas la mirada siempre lograbas intimidarme a pesar de no ser más que una renacuaja. ¿Y tus padres han venido contigo? ¿Habéis vuelto para quedaros? —preguntó con suspicacia.

—Moveré el coche ahora mismo. Encantada de verlo de nuevo, Sr. Grant —se acercó a su auto y, cuando ya tenía la puerta abierta, lo oyó acercarse a su espalda.

—No me has contestado, Sara. ¿Cómo están tus padres? —la pregunta encerraba curiosidad y temor a partes iguales.

Se volvió de golpe con la ira reflejada en sus ojos. El hombre sintió esa dura mirada fija en él, y dio instintivamente un paso atrás.

—Muertos. Están muertos.

—Lo siento mucho, créeme. Yo no sabía...

—¿Qué tengo que creer? —No lo dejó acabar—. ¿Que de verdad lamenta su muerte? Mis padres murieron el mismo día en el que todo este pueblo les dio de lado. El día en el que los que se decían sus amigos no contestaban al teléfono, que ni siquiera se despidieron cuando nos tuvimos que marchar como si fuéramos delincuentes. Esos miserables que se vendieron por miedo. No, no diga que lo siente. No se lo voy a permitir.

Sara se sentó ante el volante y lo agarró con fuerza. Sentía un nudo en la garganta que le impedía respirar. Miró hacia el hombre que seguía inmóvil en la acera y bajó la ventanilla para que la brisa pudiera golpear su rostro y llevarse la cólera que sentía en su interior. Arrancó con brusquedad y vio por el retrovisor cómo la figura del señor Grant se difuminaba poco a poco.

En el interior de la vieja tienda de comestibles nada había cambiado. Incluso persistía el olor dulzón que recordaba. Tras el mostrador se

encontraba una mujer rubia de apenas treinta años que discutía con un hombre de uniforme que estaba de espaldas. Sara se concentró en él. El color pelirrojo de su cabello y su forma de tocarse la oreja mientras hablaba le resultaba muy familiar.

—¡Buenos días!

La conversación que mantenían cesó de inmediato. Dos pares de ojos la observaron detenidamente con curiosidad durante varios segundos, lo que le permitió hacer lo mismo. A la muchacha no la conocía, de eso estaba segura. El *sheriff* era otro cantar. Había adelgazado, pero su cara pecosa y afable seguía siendo la misma. Tom Sheldon, su compañero de secundaria.

—¡Buenos días! —contestó la mujer—. ¿Puedo ayudarla?

—No se preocupe, gracias. Ya me sirvo yo misma.

—Si no encuentra algo, por favor, dígamelo —se ofreció.

—Lo haré. Gracias de nuevo.

Sara empezó a recorrer los pasillos sintiendo la mirada de los dos clavada en las costillas. Se arrepintió enseguida de no haber comprado lo necesario antes de llegar a Eford. Después de todo era un pueblo pequeño, y la variedad brillaba por su ausencia. Debería haberlo previsto. Cogió el juego de sábanas más discreto que pudo encontrar —si por discreto se entiende, claro, unas enormes flores violetas sobre fondo amarillo—. Tendría que acercarse a Austin más adelante.

Tom no había dejado de observar fijamente a la forastera desde que había entrado en la tienda. Tenía una sensación extraña, una especie de *déjà vu* que lo llevaba a otro tiempo. Era una mujer bellísima, con un cuerpo lleno de curvas y con ese estilo lánguido y refinado que daba la gran ciudad. Pero en ella había algo que lo inquietaba profundamente. La vio fruncir el ceño al mirar el precio de una etiqueta y colocarse un corto mechón del flequillo con un soplido. Y fueron esos gestos los que la delataron. La corta melena castaña de otro tiempo era ahora muy larga, y sus enormes ojos verdes ya no estaban ocultos tras unas gafas de pasta. Pero era ella, Sara Forrester había vuelto a Eford y, lo que era peor, también los problemas.

Sara se acercó al mostrador con un carro lleno hasta los topes. La rubia dependienta no pudo disimular su cara de satisfacción al pensar en la comisión de fin de mes, y decidió que esa clienta merecía un trato especial, a pesar de las ganas que tenía de matar al *sheriff* por mirarla como un adolescente enamorado.

—¡Vaya! Parece que se va a quedar por aquí por un tiempo. Si me da su dirección, puedo encargarme de que le lleven sus compras esta misma tarde.

—Se lo agradezco, pero no es necesario. Tengo el coche aparcado en la puerta.

—Y un caballero aquí mismo, dispuesto a ayudar. —Tom sonrió—. Después de todo, jamás pude devolverte el favor del examen de álgebra.

—¿Os conocéis? —La dependienta miró a ambos con recelo.

—Fuimos compañeros de escuela. ¿Cómo estás, Tom?

—Algo más cansado y más viejo, como puedes ver. Tú, en cambio, te ves estupenda. Ha pasado mucho tiempo, Sara.

—Diez años, tres meses y veintidós días, Tom —esbozó una triste sonrisa—. Ese es exactamente el tiempo que ha pasado.

Ni un abrazo, ningún signo de afecto por el reencuentro de dos viejos amigos. Sara apretó los puños. Era cierto que Tom se mostraba educado; después de todo, se había ofrecido a ayudarla. Pero detrás de esa postura había una cautela y una desconfianza que se palpaban. Y ella sabía muy bien por qué. Los tentáculos de los Graham eran muy largos y poderosos. El ser amigo de sus enemigos significaba quedarse sin trabajo. No importaba que pertenecieras a la mismísima policía.

Tom empujó el carro, mientras Sara lo seguía en completo silencio. Le hubiera encantado preguntarle muchas cosas: cómo estaban sus padres y si la señora Sheldon seguía haciendo esos bizcochos que nadie comía. Si no le hubieran arrebatado su pasado, podría haberlo hecho. Pero las circunstancias ahora eran muy distintas.

—Es el todoterreno plateado. —Odió que su voz sonara tan débil—. No hace falta que esperes, puedo arreglármelas sola. No deseo interrumpir tu

trabajo.

—Pero bueno, Sara, estamos en el Sur. Aquí ayudar a una dama es una regla ineludible —le sonrió.

—Regla que se olvida cuando es conveniente.

—Ya estás mayorcita para que ande dándote consejos, sin embargo, si yo fuera tú, me montaría ahora mismo en el coche y saldría pitando de aquí sin volver la vista atrás.

—¿Me lo dices como *sheriff* o como antiguo compañero? —respondió burlona.

—Ayudante del *sheriff* —la corrigió—. Te lo digo por ambas cosas. Si te quedas aquí, vas a tener serios problemas y lo sabes.

—Una pregunta Tom, ¿tu sueldo lo pagan los Graham?

—Mi sueldo lo paga el Ayuntamiento, Sara.

—Me voy a quedar, Tom. Aquí nacieron mis padres, aquí nací yo. Tengo tanto derecho como cualquiera a vivir en este pueblo. No pienso buscar problemas, pero espero que tampoco me los busquen —dijo con verdadera convicción.

—Sabes que eso es imposible. Marcia Graham nunca olvida. Si te quedas, hará todo lo que esté en su mano para volverte a echar. Y ni siquiera yo podré evitarlo.

—¿Por qué no? La ley es igual para todos. Tanto para ellos como para mí. Tú solo te tienes que encargar de hacer bien tu trabajo

Juntos metieron el último paquete en el maletero. Tom abrió a Sara la puerta del coche y se apoyó en la ventanilla que ella había bajado.

—Ten en cuenta lo que te he dicho, por favor. —Pero en los ojos de ella se veía a las claras que no pensaba hacerlo.

—Gracias por tu ayuda, y no te preocupes. Ahora sí sé cuidarme sola.

—¿Dónde vas a quedarte?

—En mi casa, por supuesto.

—¿Por eso has comprado casi todo el suministro de productos de limpieza?

—Torció el gesto—. Tú debes de estar loca. No quiero ni pensar cómo estará la casa después de haber estado diez años deshabitada.

—Si necesito ayuda, te llamaré —le respondió.

Tom se quedó mirando cómo el coche se alejaba. Definitivamente esa nueva Sara tenía agallas. Y a él lo amenazaba un terrible dolor de cabeza pensando en los fuegos artificiales que se avecinaban. Iba a tener que sacar a flote toda su mano izquierda para navegar entre dos aguas. Y no en aguas mansas precisamente.

El aire olía a tierra húmeda y hierba fresca. Respiró hondo antes de tener el valor de mirar al frente. Ahí estaba la casa, su casa. Allí había pasado dichosa sus primeros dieciocho años de vida hasta ese momento fatídico en el que todo cambió. Un pájaro cantó a lo lejos, y el rumor del río le trajo recuerdos de aquellas mañanas de pesca junto con su padre. Miró el porche cubierto de polvo y en total abandono y creyó ver de nuevo a su madre con su delantal azul favorito, avisándoles que el almuerzo ya estaba preparado.

Nunca volvería a sentir el aroma de una tarta de manzana recién hecha ni a escuchar las risas despreocupadas de aquellos dos seres maravillosos que la habían amado por encima de todas las cosas. El feliz pasado había muerto inexorablemente, ahora solo quedaba mirar hacia adelante reuniendo toda la fuerza posible.

Aunque intentaba darse ánimos, sintió unas tremendas ganas de llorar. Para evitarlo se concentró en el estado de dejadez de todo lo que la rodeaba, y consiguió serenarse pensando que seguramente el trabajo que tenía por delante iba a evitar que se desmoronase.

La cerradura de la puerta estaba oxidada, y le costó un esfuerzo enorme hacer que la llave girara. Necesitó de todo su autocontrol para traspasar el umbral. El panorama era desolador. Al menos las paredes y el techo seguían en su sitio. Las sábanas que cubrían los muebles estaban totalmente ennegrecidas. Olía a humedad, y prácticamente había que abrirse paso entre las telarañas. La escalera de madera crujió bajo sus pies cuando subió al

segundo piso. El aspecto de los dormitorios no era mucho mejor. Sería un día muy largo si pensaba dormir allí.

—Bueno, Sara—se dijo en voz alta—, arremángate.

Volvió a salir para sacar todas las cosas que se encontraban en el coche. Fue un trabajo arduo, y acabó sin resuello. Rebuscó en el fondo de una de sus maletas y sacó la ropa que acostumbraba a usar para estar en casa, en Nueva York. Se cambió, preparó los utensilios de limpieza y, con un profundo suspiro, comenzó su tarea por su antiguo dormitorio.

Pasó toda la tarde limpiando. Cuando por fin miró el reloj, exhausta, eran ya las diez de la noche. Estaba hambrienta pero satisfecha. Había hecho un gran trabajo. Su alcoba de toda la vida, donde pensaba dormir, estaba cuanto menos decente.

Se echó un vistazo en el espejo del pasillo, y reprimió una carcajada. Estaba realmente espantosa. Tenía que darse un buen baño antes de cenar —si el estado del aseo se lo permitía—. Por suerte sus padres nunca habían dejado de pagar los recibos de la casa, con la esperanza de volver algún día. Y cuando ya no hubo esperanza, ella lo hizo en su memoria.

De repente, como un mal presagio, el silencio fue roto por el sonido de un brusco frenazo, acompañado de un portazo más brusco aún. Sara sintió que se le encogía el corazón. Se agarró con fuerza a la barandilla de la escalera y pensó que no habían tardado mucho en llegar los problemas.

El miedo fue sustituido por el mal humor al escuchar los golpes insistentes en la puerta. Siempre arrogantes—pensó, y bajó la escalera lo más despacio posible.

Al abrir la puerta fue difícil saber quién de los dos estaba más sorprendido. La mirada de Sara se topó con dos profundidades doradas y frías. No pudo evitar dar un paso atrás ante la envergadura del hombre que casi tapaba el umbral. Pero, al igual que los animales cuando se sienten amenazados, decidió sacar las garras.

Se observaron mutuamente durante unos segundos, que a los dos les pareció una eternidad. Cuando sintieron que el silencio iba a ser infinito, el hombre lo

rompió con una voz ronca y profundamente turbadora.

—¿Qué hace aquí? —la espetó sin miramientos—. ¿Por qué demonios ha vuelto?

—Primero me gustaría saber quién es usted y qué hace gritando como un energúmeno en mi propiedad. —Sara se felicitó por lo serena que aparentaba.

—Soy Nicholas Graham. —Su voz bajó de intensidad—. ¿Aclaradas sus dudas?

El hermano de Jason. El heredero al que no conocía puesto que desde pequeño había sido enviado a estudiar a Inglaterra. Los colegios de Estados Unidos no eran lo bastante elitistas para el mayor de los Graham. Buscó algún parecido entre ellos, pero no lo encontró. Jason había sido moreno y de complexión delgada. El hombre que tenía enfrente tenía el cabello del mismo tono dorado de sus ojos, y su cuerpo, perfectamente esculpido, irradiaba fortaleza y seguridad.

—¿No va a decir nada? Estoy seguro de que sabe muy bien a qué he venido.

—Sí, tiene razón. —Sara tragó saliva—. Sé perfectamente a qué ha venido. Aunque le juro que hubiera preferido no saberlo nunca.

Sara observó cómo una pequeña arruga se formaba en su frente y, por un segundo, la mirada de ira del hombre se transformó en curiosidad. Pero se repuso enseguida, como no podía ser de otra manera. Los Graham eran expertos en ocultar emociones cuando les convenía.

—Estoy esperando que conteste a mi primera pregunta.

Nick comenzaba a impacientarse. Esa mujer menuda y arrogante lo ponía nervioso sin un por qué. Y Dios sabía que eso era muy difícil de conseguir.

—Y yo no pienso hacerlo. —La furia iba en aumento; adiós a la serenidad—. Coja su coche y lárguese inmediatamente de aquí.

—Mire, me está costando mucho comportarme de manera civilizada, pero...

—¿Civilizado? —Sara estalló—. ¿Llama «civilizado» a invadir una

propiedad privada y aparecer dando voces en mitad de la noche en una casa en la que no ha sido invitado? Pero claro, usted es un Graham —escupió el nombre con todo el odio que fue capaz— y se cree con derecho a todo. ¿Quién lo ha mandado? ¿Papá? ¿No está usted ya mayorcito para andar haciendo recados? ¡Dígale de mi parte que ya no soy la adolescente asustadiza a la que pisoteó! Ella murió el mismo día que me marché de aquí.

No pudo seguir hablando porque le faltaba el aire. Le hubiera gustado gritarle alto, muy alto, hasta que le estallaran los pulmones. Decirle más cosas, muchas cosas más. Pero el dolor le había atenazado la garganta, y tuvo que apretar los dientes para que ese hombre no la viera llorar.

—Mi padre falleció el año pasado —contestó Nick sin inflexión en la voz—, pero estoy seguro de que se habría dado cuenta enseguida de que usted no es una adolescente. —Le recorrió el cuerpo con una mirada especulativa.

Sara se sintió turbada, y eso la irritó. De repente le entraron unas ganas locas de molestarlo.

—Siento no poder darle el pésame. Odio mentir.

—¿Ah, no? Me habían dicho todo lo contrario. —No quería entrar en su juego de provocación, pero le fue imposible. Esa mujer estaba sacando lo peor de él—. Al menos eso dicen las malas lenguas. —Con gran esfuerzo consiguió esbozar una sonrisa encantadora.

—Me tiene sin cuidado lo que le hayan contado y, mucho menos, lo que usted piense de mí. Ahora lárguese —le ordenó.

—Me iré, pero quiero que mañana desaparezca de aquí. Bastante dolor le ha causado ya a mi familia. Y le advierto que no soy un hombre paciente —la amenazó.

Nicholas se dio la vuelta y empezó a bajar las escaleras del porche con Sara pegada a sus talones.

—Habla de dolor, pero dudo que sepa en realidad lo que significa —le chilló Sara a sus espaldas.

Se volvió bruscamente, y casi choca con ella. La mirada de Nick vagó de su cara a un punto indeterminado.

—Ya lo creo que sí. Soy un experto.

Siguió caminando hasta su coche, mientras Sara se quedaba clavada en el mismo sitio con los brazos cruzados sobre su pecho. El silencio de la noche solo se veía turbado por el canto de los grillos y, en ese momento, por la puerta de un auto que se abría.

—Recuerde lo que le he dicho: mañana la quiero fuera de aquí.

—Esta es mi casa, y me iré cuando yo lo decida. Y si mañana o cualquier otro día se le ocurre invadir de nuevo mi propiedad, puede que lo confunda con un delincuente. Soy muy buena tiradora. Recuérdelo usted —le devolvió la amenaza.

Sin esperar contestación entró de nuevo en la casa y cerró la puerta de un fuerte empujón.

Nicholas condujo su Land Rover de camino a casa como si el demonio lo estuviera persiguiendo. Intentaba poner en orden sus pensamientos y su confusión. La Sara Forrester que acababa de conocer no se parecía en nada a la imagen que se había hecho de ella. Su padre, cuando aún vivía, su madre y, sobre todo, su hermana Margaret le habían descrito una mujer extremadamente fría y calculadora. Él había conocido muchas mujeres así, pero estaba seguro de que ninguna de ellas le habría abierto la puerta con unos vaqueros llenos de remiendos y una camisa dos tallas más grande, totalmente despeinada y con la cara cubierta de polvo. Y por supuesto ninguna de ellas lo habría amenazado con dispararle.

A pesar de su corta estatura, esa mujer destilaba coraje. Prácticamente se había puesto de puntillas para gritarle pues apenas le llegaba a los hombros.

Comprendía perfectamente que su hermano hubiera perdido la cabeza por ella. Si hace diez años había sido la mitad de atractiva, hasta él se hubiera ahogado en esas lagunas verdes.

—¡Nick, que demonios te pasa! —se recriminó—. ¿Has olvidado quién es ella? —Y como si su conciencia quisiera castigarlo, una imagen de Jason le

golpeó el cerebro.

Su hermano pequeño, el favorito de su madre. Nunca podría olvidar el día que le comunicaron su muerte. Estaba terminando su carrera de abogado en Londres. Su padre, con esa forma impersonal de dirigirse a todo el mundo, le informó que acababan de enterrar a su hermano. No vio la razón de avisarle antes. Después de todo estaba en los exámenes finales y no podía perder su último año de carrera. —Mira, Nicholas —le dijo—, lo importante no era que asistieras al funeral, el dolor puede llevarse por dentro. Lo importante es que saques las mejores notas posibles en honor a tu hermano.

Por eso el dolor fue doblemente cruel, tan cruel que aún no podía superar el no haberse podido despedir de él. No eran los mejores amigos precisamente pero, ¡maldita sea!, era su hermano. Tenía que haber estado allí, junto con su familia, llorando su muerte. Su única revancha fue suspender todas las asignaturas, y abandonar su brillante futuro como abogado. Su padre jamás se lo perdonó. Él tampoco.

Después de tantos años, su madre y Margaret habían hecho frente común. Decidieron desenterrar su dolor y el hacha de guerra desde el momento en que se habían enterado del regreso de esa mujer. La cólera se había instalado de nuevo en el rancho de los Graham.

Nunca había visto a su hermana, siempre tan correcta, perder los papeles de ese modo. Solo por esa razón había aceptado visitar o amenazar —según se mire— a Sara Forrester. En su defensa también era cierto que lo había hecho para evitar un mal mayor. Porque hasta él tenía miedo de los métodos que las mujeres de su familia podían utilizar para resolver problemas. Le dolía en lo más hondo reconocerlo, pero perdonar y olvidar no eran los puntos fuertes de los Graham.

Detuvo el coche. La luz de la biblioteca estaba encendida. No iba a librarse esa noche, su madre estaba aún levantada esperando su informe. Abrió muy despacio la puerta y se dirigió al salón principal. Necesitaba desesperadamente un buen trago de *whisky* antes de enfrentarse a la gran dama. Se desabrochó un par de botones de la camisa y pasó repetidamente los dedos

por su espeso cabello. Cuando Marcia entró en la habitación, estaba sentado en uno de los sofás de cuero negro, con los pies apoyados en la mesa baja de cristal.

Marcia Graham frunció el ceño cuando vio a su hijo. Odiaba su costumbre de poner los pies en cualquier sitio. Pero sobre todo odiaba encontrarlo tan relajado, con un vaso de *whisky* en las manos y con los ojos cerrados. Parecía que no le importaba que esa maldita mujer hubiera regresado. ¡Qué diferente era de Jason, su pequeño muchacho!

—¿Y bien, la has visto? —Su voz sonó tan fría y dura como el acero.

—Sí, mamá. —Ni siquiera levantó la vista.

—No te hagas el interesante conmigo, Nicholas. No estoy de humor.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que la atropellé con el coche? ¿Eso te haría feliz?

—¡No digas estupideces, por favor! Y quita los pies de la mesa, sabes que no lo soporto —le recriminó.

—Lo siento, querida mamá. —Pero no bajó los pies—. La verdad es que no soportas nada de lo que hago.

—Basta de rodeos, Nicholas, ¿Qué ha ocurrido?

—Ocurre que le importan un rábano nuestras amenazas. No piensa marcharse. ¿Satisfecha?

—¿No piensa marcharse?, eso lo veremos. —Esbozó una cruel sonrisa—. Quizás no hayas sido lo bastante explícito.

Nicholas dio un gran sorbo a su bebida y miró con atención a su madre. Le causaba escalofríos lo que su mente pudiera estar maquinando.

—Cuidado, mamá, no caigas en el error de menospreciar a esa mujer. Te aseguro que tiene carácter. Mucho me temo que echarla de aquí no va a ser tan fácil como imaginas.

—Yo no cometo errores. Sara Forrester saldrá de este pueblo por las buenas o por las malas —dijo con convicción.

—¿Y cómo sería por las malas? ¿Piensas envenenarla o utilizar un método

menos sutil?

—Será mejor que dejes de beber, Nicholas, el alcohol te está afectando el cerebro.

Nick se incorporó, y se acercó a su madre. Estuvo tentado de ponerle las manos sobre los hombros, pero en el último momento sus brazos cayeron a los costados; Marcia Graham nunca quiso ternura, solo obediencia.

—No lo suficiente, créeme. Lo he intentado, bien sabe Dios que lo he intentado. Pero nunca consigo beber lo bastante para olvidarme de todo. Por una vez te pido que tú lo hagas. Jason murió hace diez años, y nada de lo que hagamos va a devolvérselo.

Marcia sintió una ira inmensa y su cara, casi siempre impassible, se tiñó de rojo. Su voz sonó tan aguda y alta que por un momento Nick temió que estallaran todos los cristales de la sala.

—¿Que olvide a la asesina de mi hijo? ¡Pero qué demonios te corre por las venas!

Los gritos se mezclaron con el sonido de la puerta, que se abrió bruscamente. Una mujer treintañera, rubia y espigada, entró en la habitación.

—¿Por qué gritas, mamá? —Se paró al ver a Nicholas—. No te he oído regresar. ¿Hablaste con ella?

—Vamos, Nicholas, contesta a tu hermana. ¡Dile lo que me acabas de decir a mí! ¡Dile que estás dispuesto a olvidar quién es ella!

Margaret Graham abrió desmesuradamente sus ojos celestes, y miró a su hermano. Su cara, como antes había sucedido con su madre, se transformó en una máscara de odio. Se acercó a él escupiendo las palabras.

—Mamá no puede estar hablando en serio, ¿Nick?

Pero el aludido no contestó, tan solo la miró un momento e intentó salir de entre las dos mujeres. Pero la retirada no iba a ser tan fácil, y él lo sabía. Margaret se interpuso en su camino y, en un gesto que rallaba el histerismo, lo agarró de la camisa.

—¡Quiero a Sara Forrester lejos de aquí! —chilló—. ¡No me importa

cómo, pero que se vaya! ¡No soporto saber que está aquí! ¡No lo soporto!

Nick agarró las muñecas de su hermana suave pero firmemente. En esos momentos lo único que deseaba era estar en cualquier otro lugar.

—A veces me pregunto si todo ese odio es solo por motivo de Jason o si hay algo más que desconozco. —Nick clavó los ojos en su hermana, y vio cómo ella palidecía y se alejaba de él.

—¿Qué ocurre, Nicholas? —Marcia se dirigió a él con desdén—, Por lo visto esa mujer es muy hábil. Logró enredar a Jason y parece que ha hecho lo mismo contigo. Yo que tú, tendría cuidado, a él le costó la vida.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, mamá. Y para evitar que me enrede, desisto. A partir de ahora Sara Forrester no es asunto mío. Valoro mucho mi vida.

—El chiste no tiene ninguna gracia.

—No me estoy riendo, Margaret. ¿O te parece que me divierto? —le preguntó totalmente serio—. Ahora, si me disculpáis, os dejaré a solas para que podáis discutir vuestros planes.

Salió cerrando la puerta con brusquedad Marcia se sentó en uno de los sofás, mientras Margaret paseaba inquieta.

—¿Qué piensas hacer, mamá?

—Necesito pensar. La actitud de tu hermano me ha desconcertado.

—Olvídate ahora de él. Lo único importante es ella. ¡Te lo ruego, mamá, tienes que hacer que se vaya!

Marcia se levantó de golpe del sofá y se acercó a su hija.

—¡Basta, Margaret! No me gusta que pierdas los nervios de esa manera. Mañana temprano hablaré con Charles.

—¿Y qué va a hacer él, ponerle una maldita multa de tráfico?

Marcia comenzaba a perder la paciencia. No comprendía cómo su hija podía parecerse tan poco.

—La ironía no te pega para nada. Me gustaría que por una vez te tomaras las cosas con más calma.

—¿Calma? Hace diez años esa mujer provocó la muerte de Jason, y no tuvo castigo. Tan solo quiero justicia, mamá. —Su voz se quebró, y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Y la tendrás, te lo juro. —Se acercó a su hija, pero ni siquiera la tocó—. Sara Forrester pagará con creces la osadía de haberse atrevido a regresar.